MANUEL E. MIRA

El murmullo del tiempo

algaida

MANUEL E. MIRA

El murmullo del tiempo

algaida

Índice

ACLARACIÓN NECESARIA
A modo de prólogo del autor.

INTRODUCCIÓN
Presentación de la novela.

NOCHE 1ª
Andrés y Antonia se conocen. Fiesta de San Blas. Convento de la Trinidad. El león del Malecón. Las siete coronas de Murcia. Iglesia de la Purísima Concepción.

NOCHE 2ª
Familia de Marcial Laorden. Viernes Santo. Entierro de la sardina. Bando de la Huerta.

NOCHE 3ª
Fiestas del Rincón de Seca. Murcianos en la siega de La Mancha. Peñas de San Pedro. Mal de ojo. Tona, la Camporra.

NOCHE 4ª
Los Alcázares.

NOCHE 5ª
Antón y Fuensanta. La desperfolla. Los Auroros.

NOCHE 6ª
La matanza. La Navidad. Aguilandos. El baile de inocentes. Los adagios.

NOCHE 7ª
Auto de los Reyes Magos. *Fiesta de Candelaria y San Blas: Andrés y Antonia se hacen novios. Andrés pide permiso para cortejar a Antonia.*

NOCHE 8ª
El canto de los mayos. Los toques de conjuro.

NOCHE 9ª
Choni. El Consejo de Hombres Buenos. Subida a la torre de la Catedral. Mariposa de plata. Tertulia política sobre Cataluña en el café del Sol de El Arenal.

NOCHE 10ª

Llamada a filas. Cuartel de Trinidad. Redención a metálico y por sustitución. Cuba. La Habana. Catedral de la Habana. Sancti Espíritu. Trinidad. Hospital Militar de Nuestra Señora de Candelaria de la Popa. Boda de Eduardo y M.ª de las Victorias. Santería. Navidad en Cuba. Ofelia, Cachita y Pilar.

NOCHE 11ª
Cuba. Asalto al convoy. Partida de cartas en La Habana. Regreso a España.

NOCHE 12ª
La boda. Baños de Mula y Caravaca de la Cruz. El parto.

NOCHE 13ª
Riada de Santa Teresa. Epidemia de cólera.

NOCHE 14ª
Héroes de Baler (Los Últimos de Filipinas).

NOCHE 15ª
Última noche: La campana del Rincón de Seca habló.

EPÍLOGO
Culminación de la novela.

ADENDA

AGRADECIMIENTOS

PERSONAJES

Créditos

A Murcia, mi patria bella, con la esperanza de que entre todos sus hijos sostengamos viva su memoria y la de aquellos que nos precedieron.

Aclaración necesaria

Una tarde de otoño, al amparo de uno de los grandes ficus que embellecen mi ciudad, hablaba con unos amigos sobre el origen de aquel árbol. La conversación fue derivando hacia personajes e historias que acontecieron en Murcia, y en España, en los años de la segunda mitad del siglo XIX. La memoria nos fue escasa y la ignorancia mayor de lo deseable.

Unos días más tarde contemplé la fotografía de un antiguo corpiño que había pertenecido a alguna mujer, allá por el año 1850. Me quedé contemplándolo durante un largo rato y dejé que aquel objeto me hablase y me contase su historia: quién fue aquella mujer, qué fue de su vida y de sus sentimientos. Descubrí que los objetos «hablan», y concretamente este me habló de una historia fascinante.

Sentí un profundo deseo de descubrir las vidas de aquellas personas —algunas vagamente conocidas y otras injustamente olvidadas— cuyos nombres rotulan nuestras calles, sus sombras se solapan con las nuestras cuando paseamos por la ciudad, sus voces aún resuenan por nuestros muros, y hemos estudiado en las mismas aulas donde ellos estudiaron.

Así fue surgiendo *El murmullo del tiempo,* como una forma de rescatar la fascinante y rica historia de mediados del siglo XIX (1855-1901) dentro de una novela cuyos personajes, unos ficticios y otros reales, se entremezclan y nos van descubriendo interesantes acontecimientos que ahora duermen en el limbo de los olvidos.

El murmullo del tiempo —por medio de los objetos que durante quince noches son sacados de un viejo baúl— cuenta la historia de unos protagonistas que vivieron en Murcia, en la huerta (Rincón de Seca) y en la capital (plaza de Santa Catalina). Así, noche tras noche, unos nietos (Candela, Ana, Javier y Daniel) van conociendo la vida de sus antepasados huertanos (Andrés y Antonia) y la de una adinerada familia de la ciudad (Marcial Laorden).

La trama transcurre en Murcia, en España, en Cuba y en Filipinas.

No se trata de un ensayo histórico, etnológico, folclórico o

político, sino de una novela en la que cada noche va regresando a nosotros la memoria de nuestras costumbres y nuestras fiestas. El recuerdo de muchas nobles personas que nos precedieron (Martínez Tornel, Marín Baldo, Díaz Cassou…). El valor de los héroes murcianos que derramaron su sangre en cumplimiento del deber (Cuba, Filipinas, Baler…). Los sufrimientos que forjaron nuestro carácter y nuestra generosidad (inundaciones, epidemias…). La tradición y el patrimonio cultural que estamos perdiendo (toques de conjuros, Auroros, canto de los mayos…), la historia que ya ignoramos (convento de la Santísima Trinidad, iglesia de la Purísima Concepción, el león del Malecón, las siete coronas de Murcia…). Todo ello envuelto en una historia de amor y odio, tan real como la vida misma.

De los quince capítulos (noches), los primeros son de ambientación, presentación de los personajes, y descubrimiento de las formas de vida y costumbres peculiares de una huerta y una ciudad que vivían de espaldas la una a la otra. Conforme transcurre la novela, los capítulos se van haciendo más densos y ricos hasta llegar a los últimos, y al epílogo, donde la hondura, la riqueza, y el dramatismo, alcanzan su mayor intensidad y dulzura.

La estructura de esta novela permite que, con la misma narradora (Candela) y la misma familia (Marín) junto con la misma fuente de los inagotables objetos guardados en el arca, se pueda continuar narrando la historia de esta saga familiar, vivida en Murcia o por sus gentes en todo el mundo, hasta llegar a nuestros días. En esa empresa me hallo.

En definitiva, *El murmullo del tiempo* es una novela, con pretensiones de continuidad, que en su trasfondo nos va dejando como un murmullo de historia contada con total fidelidad (bebiendo en las raíces de nuestra cultura, de la historia y del legado de nuestros antepasados), y con gran cantidad de hechos nuestros, que no debemos olvidar y que queremos rescatar, por eso: porque son nuestros.

La historia es justa y veraz; los hombres… no tanto.

MANUEL E. MIRA SÁNCHEZ

Pueblo que no sabe su historia es pueblo condenado a irrevocable muerte. Puede producir brillantes individualidades aisladas, rasgos de pasión de ingenio y hasta de género, y serán como relámpagos que acrecentará más y más la lobreguez de la noche.

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

INTRODUCCIÓN

Mi nombre es Candelaria Marín, pero todos me llaman Candela.

Esta historia comenzó en Murcia, durante el mes de agosto del año 1995. Tenía yo entonces diecisiete años y mil dudas por resolver sobre mi futuro.

Fue al comienzo de unas vacaciones que, junto con mi hermano Daniel y mis primos Ana y Javier, disfrutábamos en casa de los abuelos en el Rincón de Seca, en Murcia, donde ellos vivían desde que se jubilaron. La casa, y el huerto, los heredó mi abuelo de sus antepasados.

Una de aquellas calurosas mañanas, cuando las sombras aún permanecían escondidas bajo los árboles, descubrimos en el desván un arca, grande y pesada, llena de extraños objetos que suscitaron nuestra curiosidad. La abuela nos dijo que aquellos objetos no estaban dejados allí por casualidad o por abandono, sino que habían sido cuidadosamente guardados y cada uno de ellos encerraba una historia que hablaba de la persona a la que había pertenecido. En nuestra imaginación se fueron desgranando fabulosas aventuras que bregaban por salir a la luz. Ante nuestra insistente curiosidad por conocer esas misteriosas historias que nos vinculaban con nuestros antepasados, la abuela nos sugirió que cada día sacáramos uno de aquellos objetos, el que ella eligiese, para que por la noche el abuelo nos fuese revelando su particular misterio.

Y así lo hicimos.

Mi abuelo ya sabía que aquella noche, cuando todos estuviésemos reunidos en el porche, tendría que comenzar a contarnos las mismas historias que su abuelo Blas le contó a él, en aquella misma casa, bajo aquel mismo porche, sentado en la misma mecedora, en una noche de verano como aquella, de hacía… más de cincuenta años.

Recuerdo que la noche era oscura y el cielo mostraba un amplio catálogo de estrellas. Una ligera brisa iba dejando ese frescor que le va arrebatando al agua de las acequias, junto con los perfumes que toma prestados de los jazmines, hierbabuenas y albahacas, cuando las mece a su paso por la huerta. Sólo se escuchaba el intermitente

canto de los grillos y el de alguna lejana lechuza que, muy de cuando en cuando, dejaba constancia de que ella era la señora de la noche. La tenue luz de una lamparita, colocada sobre el mueble del recibidor de la casa, apenas nos iluminaba.

Y el abuelo comenzó a contarnos.

Noche 1ª

Manuel miró a sus nietos y con una sonrisa los escrutó uno a uno: sabía lo que ellos estaban esperando.

—Bueno, ¿de qué queréis que hablemos esta noche?

—Abuelo, queremos que nos cuentes la historia de nuestra familia: quiénes eran, cómo se llamaban, donde vivieron, cuáles eran sus costumbres, sus inquietudes. Hemos descubierto un arca, medio escondida y llena de objetos. Le hemos preguntado a la abuela y ella nos ha dicho que esos objetos son trozos de nuestra historia y que no están allí abandonados, como por casualidad, sino que han pertenecido a nuestros antepasados y que cada uno de ellos tiene su propia vida. Nos ha emocionado mucho el saber que se han estado guardando para que nosotros pudiéramos conocerlos. Eso es lo que queremos: que nos cuentes nuestra historia —dijo Candela como portavoz de todos.

—Está bien —respondió el abuelo con disimulada satisfacción—. Ya ha llegado el momento de que conozcáis a vuestros antepasados porque mientras se les recuerde no se habrán marchado de nuestro lado. Si vosotros estáis hoy aquí es por ellos. Ellos tuvieron una misión en la vida, que ya cumplieron, y ahora nos toca a nosotros cumplir la nuestra. Todos hemos nacido con una misión por hacer, y si no la realizamos otros cargarán con la falta de ella, y la historia, sus vidas, será de manera diferente a como debiera haber sido.

Los cuatro nietos se removieron en sus asientos con un sentimiento de honda responsabilidad, sabiéndose portadores de una misión importante en la historia de sus vidas y en la de los que aún faltaban por nacer.

—¿Por dónde queréis que comencemos?

Candela sacó entonces una vieja guitarra y se la entregó al abuelo.

—La abuela nos ha dicho que es mejor que comiences por aquí.

El abuelo tomó en sus manos aquella guitarra como si lo hiciese con un niño pequeño. Ya no tenía brillo en su piel y mostraba la herida de una larga fisura que le atravesaba la caja de resonancia. Tenía colocadas las seis cuerdas, pero cuando quiso dar un acorde

sonó a cascado. Todos rieron: no esperaban aquel ronco sonido. Manuel se dispuso a afinar la guitarra tensando sus cuerdas con las clavijas de madera —ellos no habían visto nunca una guitarra con clavijas de madera y miraban con curiosidad cómo lo hacía el abuelo—. Cuando la hubo afinado, dio unos acordes y ejecutó un arpegio que arrancó aplausos y agradecidos silbidos de la joven audiencia.

—Esta guitarra era de mi tatarabuelo —comenzó diciendo el abuelo abrazándose a ella—. Os hablaré de él: se llamaba Andrés y nació en el siglo XIX, concretamente el 3 de febrero del año 1833, un día de gran efeméride en la historia de Murcia, pues, como sabréis, el día 3 de febrero de 1266 —festividad de San Blas—, fue cuando el rey aragonés, Don Jaime I, el Conquistador, volvió a reconquistar el reino de Murcia en nombre de su yerno el rey castellano don Alfonso X, el Sabio, entrando en la ciudad por la puerta de la muralla, llamada de Alfarica, que es la que ahora se puede visitar junto a la iglesia de Santa Eulalia.

La festividad de San Blas, primero en la explanada frente al convento de los Trinitarios y después en la plaza de la iglesia de Santa Eulalia, fue —y sigue siéndolo—, una fiesta muy popular. Aquella fiesta duraba entonces cuatro días, con misa, sermón, romería y feria, y se venía celebrando desde muy antiguo porque, además de conmemorar la reconquista de Murcia, entre los años 1386 y 1392, la ciudad sufrió una epidemia de «garrotillo», sin cura médica alguna, que ocasionó una gran mortandad por asfixia que afectaba especialmente a los niños. Ante tan gran desgracia se hizo una rogativa a San Blas —que fue un obispo que mientras iba siendo conducido hacia el martirio hizo el milagro de salvar a un niño que se moría asfixiado, debido a una espina de pescado—. Lo cierto es que la epidemia remitió, y el Concejo, el obispo, y el pueblo entero, agradecidos, cumplieron la promesa de construir una ermita en aquel lugar próximo al convento de los Trinitarios, en la aljama, y junto a la explanada de lo que ahora es la plaza de Santa Eulalia. Así lo hicieron, y ese día se convirtió en una fiesta muy querida por los murcianos que se ha mantenido hasta nuestros días.

Todos los años, en esas fechas, muchas familias de Murcia y de su huerta pasaban el día de romería en aquella explanada formando animados corros de familiares y amigos en grata convivencia. Era típico comprar los «rollicos de San Blas», un invento que se le ocurrió al hermano cocinero de los vecinos monjes trinitarios para ayudar a la precaria economía de su comunidad y cuya fórmula guardaba con gran secreto. Cuando al hermano cocinero se le

preguntaba por sus ingredientes, contestaba que estaban hechos con buenos productos, con mucho amor y con las instrucciones del santo (san Blas), y que por eso no podía revelar la fórmula porque: «El santo no me lo permite» —los nietos rieron a carcajadas celebrando la buena ocurrencia y la gracia de aquel hermano cocinero trinitario.

—Ocurrió que a esa festividad de San Blas del año 1855 asistió una muchacha llamada Antonia con su familia, al igual que otros muchos jóvenes. Después de comer, Antonia, junto con su hermano y sus primos, se acercó hacia un animado corro en el que estaban bailando. Antonia se fijó en uno de los jóvenes que tocaba la guitarra y que no dejaba de mirarla. Antonia se emparejó a bailar con su hermano Francisco y cuando el joven de la guitarra la vio bailar, improvisó una letrilla a la jota que estaba cantando y que decía así:

La moza que está bailando,
La moza que está bailando
Algo tiene y no sé qué es.
Pero si con ella bailo,
Con ella me casaré.

Dicho esto, Andrés, que así se llamaba el joven, soltó bruscamente la guitarra y se puso a bailar con Antonia, desplazando a su hermano. A todos les hizo gracia aquella salida tan espontánea de Andrés y la rondalla tocó y cantó sin interrupción.

Andrés puso mucho ímpetu y brío en el baile, pero Antonia no le fue a la zaga y le puso más. La rondalla cambiaba de jotas a parrandas y luego a malagueñas, sin transición alguna. En las malagueñas, Antonia dio unos pasos y unos quiebros difíciles, para confundir y hacer marrar a Andrés, pero Andrés no se dejó engañar. Cuando los demás se dieron cuenta del «pique» que había entre los dos jóvenes, se apartaron haciendo corro para verlos bailar a ellos solos.

Al terminar estaban agitados, sonrosados y sudorosos. Antonia vio a Andrés muy hombre y Andrés vio a Antonia más guapa, más mujer, y con una extraña luz que le iluminaba el rostro.

—Bailas muy bien ¿Cómo te llamas? —preguntó jadeando Andrés.

—Me llamo Antonia.

—No te había visto antes por aquí y eso es muy raro, porque a mí no se me escapa una mujer guapa. Además cuando te he mirado he visto, por un instante, como un aura alrededor de tu cabeza que

me ha sorprendido.

Antonia se turbó al oír aquellas palabras que nunca nadie le había dicho. Lo disimuló diciendo:

—¡Anda, ni que fueras tú ese don Juan Tenorio del que dicen! Quizás no me has visto antes porque… no te has fijado. Vengo todos los años, desde niña, y… tampoco soy tan guapa.

—Pues este último año te ha cundido mucho el crecer y el ponerte guapa, porque ahora eres toda una mujer y la guapura… la tienes a raudales.

Antonia se ruborizó aún más y bajó la mirada esbozando una sonrisa.

—¿Quieres que descansemos un poco? —preguntó galantemente Andrés.

—Sí.

Fueron a una orilla del corro y allí se sentaron a platicar.

—Yo me llamo Andrés y vivo en el carril de la Esparza, en la Arboleja.

—Bueno pues ya conoces mi nombre y yo vivo en el Rincón.

—¿En el Rincón de Beniscornia?

—No, en el Rincón de Seca.

—¿Con quién has venido?

—Con mis padres que están allí —dijo Antonia señalando con la cabeza hacia un corro que no estaba lejos y cuando hizo esto, Antonia se cruzó con la mirada de Rosa, su madre, que la miraba con complicidad—. También he venido con mi tío Ñin, mi tía Teresa, mi hermano Francisco, mi prima Ana y mi primo José.

—A tu primo José sí lo conozco

—¿Y tú? ¿Con quién has venido?

—Yo he venido solo.

—¿Solo? ¿Acaso no tienes familia? —preguntó Antonia con cierta curiosidad.

—Sí, sí que tengo, pero es muy corta. Mi padre se llama Enrique, le dicen el Justo, y mi madre murió al poco de nacer yo. Aquí se acaba prácticamente mi familia.

—Lo siento mucho, Andrés. Ha debido ser muy duro para ti.

—No lo sé; es posible, pero… esa es mi vida. Cuando falleció mi madre se vino a vivir con nosotros mi tía Ramona, la única hermana de mi padre, a la que quise como creo que se quiere a una madre. Mi padre no se volvió a casar y ella vivió con nosotros hasta que murió hace dos años, poco después de mi salida del seminario.

—¡Así que ibas para cura!

—Pues sí, ingresé en el seminario cuando tenía diez años y

pensaba que esa era mi vocación, pero el Señor me dijo que no, que mejor lo dejara, que encontrara una buena moza y que formara una familia. ¡Je, je!… y en ello estoy.

Los dos rieron.

—Y ¿qué haces ahora? —preguntó Antonia.

—Ayudo a mi padre a llevar la tierra. También enseño a unos zagales y a personas mayores para que aprendan a leer, a escribir y hacer cuentas.

—Entonces ¿eres maestro?

—¡No, qué va! Lo cierto es que así me llaman, pero no, no soy maestro.

—Pues con lo que debes saber del seminario bien podrías serlo.

—Sí, alguna vez pensé en presentarme al examen de Magisterio pero no, no debo hacerlo: tengo que ayudar a mi padre en la huerta. Al atardecer, también escribo y leo cartas para otros.

—¡Vaya, si tenemos aquí a todo un señor escribano! ¿También escribes las cartas de las novias para los mozos que están de quintos en el servicio militar? —preguntó Antonia con ironía.

—¡Anda que no tiene guasa la nenica! —rio Andrés—. Pues sí, también escribo cartas de amor, si es a eso a lo que te refieres, pero no te contaré nada: eso pertenece al secreto profesional. Si quieres que te lea o te escriba alguna, tendrás primero que hacerte novia.

—¡Ja, ja! No necesito que nadie me lea las cartas. Sé leer y escribir.

—Sí, pero necesitarás primero que alguien las escriba para ti. A eso me refería —apostilló Andrés devolviéndole la ironía intencionada.

Antonia, encajando el golpe, bajó la cabeza con el gesto mohíno, pero no por ello se acoquinó y con una pizca de orgullo le respondió:

—Bueno, pues ese hombre ya debe estar por ahí y nadie me lo va a quitar. Lo que sí le pediré es que sepa leer y escribir para que nadie le tenga que escribir lo que él me diga a mí, ni nadie le tenga que leer lo que yo le diga a él.

—Me apunto el primero en la lista para ese puesto. ¡Soy el candidato perfecto!

—¡Vas tú listo, Calixto! En el agua de mi acequia hay más de cien nombres ya escritos.

Los dos jóvenes se rieron de sus propias bromas.

Andrés miró en silencio a Antonia que al sentirse observada mostró su perfil con fingida indiferencia.

Antonia era una moza, como se dice en la huerta, «bien plantá y

de buen ver», en la flor de sus casi dieciocho abriles. Era alta —en eso se parecía a su padre, Juan Parra, que era un hombretón— y también tenía la gracia y la viva inteligencia de su madre Rosa, la Manchega. Su porte era fino y esbelto —quizá no muy al gusto de la época—: estrecha de cintura, abierta de caderas, pelo moreno y tez blanca. Su rostro, un poco alargado, quedaba iluminado por unos preciosos ojos verdes que se achinaban al sonreír.

Vestía un refajo de paño, en color azul marino, bordado con flores. El corpiño era de terciopelo negro, ajustado al talle. Debajo del corpiño llevaba una camisa de hilo con escote de pico. Una pañoleta de seda, en color crudo natural, con bordados de pájaros cubría sus hombros, y sobre el refajo un delantal blanco con adornos de lentejuelas. Aunque el día estaba soleado, había traído un mantón grande, de lana, que dejó a un lado para bailar. Las medias eran de ganchillo y las alpargatas de cáñamo atadas con cintas azules. Iba peinada con un moño de picaporte sujeto con peineta, horquillas y agujones. En las orejas unos pendientes de jarretes y sobre el escote, un broche de plata que, prendiendo dos claveles, ocultaban el inicio de sus proporcionados senos.

Andrés salió de su silencio, y tratando de volver a la conversación le preguntó:

—¿Y tú qué haces?

—Poca cosa: ayudo a mi madre en las tareas de la casa, cuido de mis gusanos de seda, coso, hago bolillo, bordo mi ajuar… y algunas pequeñas faenas de la huerta. Cosas normales.

—¿Y no te aburres de hacer siempre lo mismo?

—Pues no, no hago siempre lo mismo. Además tengo a mis amigas y siempre estoy acompañada. No, no me aburro; hay muchas cosas para hacer.

—Oye, ¿y dónde incubas la simiente de tus gusanos de seda? —preguntó provocativo Andrés sabiendo, como sabía, que muchas mujeres de la huerta incuban la simiente de los gusanos dentro de una bolsa de hilo, calentándolos en su seno.

—Pues… como yo soy la responsable de mis gusanicos… la simiente la incubo… en una bolsica de hilo que guardo… debajo de mi almohada —respondió Antonia, marcando los tiempos y contestando con gracia a la provocadora pregunta de Andrés.

—¿Y en ningún sitio más?

— Pues no, sólo allí.

—¡Ay, quién fuera gusanico!

Los dos jóvenes rieron. Se daban cuenta de que la conversación, aun pareciendo trivial, se iba encauzando para darse a conocer el

uno al otro y esto complacía a ambos.

—Por eso tienes esas manos, y ese cutis tan fino como la seda. Todas las mujeres que trabajan la seda tienen una piel muy suave y a ti se te nota.

—Es que no hago excesivos trabajos. Los trabajos de la huerta los hace mi padre, con algunos empleados.

—¿Y tu hermano Francisco? ¿No trabaja en la huerta con tu padre y sus jornaleros?

—Algunas veces. Cuando viene de vacaciones.

—¿De vacaciones?

—Sí, él está estudiando para médico en Madrid.

Después de haber dicho estas cosas, Antonia se sintió molesta porque podía parecer que era una presuntuosa, que estaba haciendo ostentación de huertana acomodada, y ella aún no conocía la condición de Andrés. No debía haber llegado tan lejos, se reprochaba a sí misma.

Se volvieron a quedar en silencio y ahora era Antonia la que observaba a Andrés.

Andrés era una hombre moreno, alto, delgado y fuerte, con manos grandes y poderosas. Se reía con los ojos, que eran verdes como los de Antonia pero menos luminosos. Su perfil, algo aguileño, le confería un porte noble que inspiraba confianza.

Antonia se levantó y Andrés —que en modo alguno quería dar por concluida aquella conversación—, se levantó con ella.

—¿Quieres que caminemos un poco?

—Sí, demos una vuelta por la plaza.

La plaza de Santa Olalla era una gran explanada y en uno de sus extremos se alzaba el edificio que había sido el convento de la Santísima Trinidad[1].

Cuando se acercaban a él, Antonia comentó la belleza de la edificación y Andrés le dijo:

—Efectivamente, cuando Mendizábal desamortizó los bienes de la Iglesia, no tuvieron suerte los hermanos trinitarios calzados. Ellos fueron los que construyeron este convento, con el huerto y la iglesia, después de que en 1580 una enorme riada dañara muchísimo el convento anterior que estaba fuera de la muralla. Obtuvieron permiso para reconstruirlo dentro de la zona amurallada de la ciudad, donde estaba la pequeña ermita de San Blas, por lo que se le llamó convento de la Santísima Trinidad y de San Blas cuya imagen se veneraba en el altar mayor.

—No conocía esta historia —comentó Antonia.

—Es una de tantas. Lo mismo ocurrió con los conventos de los

dominicos, agustinos, franciscanos, carmelitas, mercedarios y otros muchos. Como puedes ver es una construcción de estilo renacentista. En el altar mayor y en su ala izquierda, hay unos frescos, en perspectiva, muy interesantes, pintados por nuestro pintor murciano don Nicolás de Villacis y Arias, que fue alumno predilecto de don Diego Velázquez, y representan escenas de la vida de san Blas de Sebaste. En el lado del Evangelio hay pintada una falsa balaustrada con una serie de personajes entre los que aparece el propio Villacis, el corregidor de Murcia: don Ambrosio Fontes y Carrillo de Albornoz, y el mecenas de la orden trinitaria: el conde del Valle de San Juan.

Villacis pintó estos frescos a petición de su padre que ingresó en la orden trinitaria cuando enviudó.

El edificio del convento pasó a ser propiedad del Ayuntamiento que a su vez lo cedió para cuartel, lo cual fue recibido con gran alivio por los ciudadanos porque este cambio de uso les eximía de la obligación de dar alojamiento, en sus domicilios particulares, a los soldados que no tenían plaza en los pocos cuarteles que existen en la ciudad.

El culto a san Blas, junto con las imágenes que había en la iglesia, entre ellas las del propio san Blas[2], pasaron a la vecina iglesia de Santa Eulalia, a la ermita de Santa Quiteria y a la iglesia de San Lorenzo.

—Vaya, qué listico y qué enterao que estás. ¿Eso te lo han enseñado en el seminario? —apostilló Antonia con ironía.

—Guasonica… sí que eres tú un rato ¿eh? Anda, vámonos que ya no te cuento nada más.

—Andrés, por favor, no te molestes. De verdad que me gusta conocer esas cosas, pero no he podido evitar el tirarte una puntaíca —le suplicó graciosamente Antonia.

Andrés le dedicó una de sus mejores sonrisas.

La tarde ya estaba concluyendo cuando los dos jóvenes regresaban caminando.

—Antonia, me gustaría volverte a ver y conocerte un poco más.

—Pues que yo sepa, en mi pueblo no hemos puesto aduana ni fronteras. Aunque eso sí: nos separa el río; así que… si me quieres ver… te vas a tener que mojar, ¡ja, ja!

—Eso no es problema, si tú me permites visitarte.

—Te lo permito.

—¿Estás segura de que si voy a verte te acordarás de mí, o me habrás olvidado por otro que allí te esté esperando?

—Seguro que sí me acordaré de ti; aunque… haber…, haber…,

puede que haberlos haya —dijo riendo Antonia.

Rosa, su madre, la llamó para ir recogiendo. Andrés ayudó a Antonia a colocarse el mantón que había dejado junto al corro y, al hacerlo, le rozó levemente los hombros. Fue apenas un segundo, un pestañear de ojos… pero ella sintió que una traviesa caricia le recorría por toda la espalda. Los dos jóvenes se miraron fijamente…, en silencio.

—Hasta la vista, Andrés.

—Hasta pronto, Antonia.

Juan, el padre de Antonia, aparejó la tartana con Cascabel, el caballo de trote alegre que tenía para ir de paseo y cuyo nombre le había puesto su hija Antonia.

Andrés fue a por su pequeña yegua, Mohína, que estaba atada a una morera. Cuando se fue a colocar la guitarra en bandolera, se percató de que esta tenía una fisura: «Esto ha sido cuando la he tirado al suelo para bailar con ella —dijo para sí— ¡Si ha de ser para bien, que en buena hora sea! ¡No la pienso arreglar!».

Antonia se situó en la parte trasera de la tartana y retirando discretamente la cortinilla miraba para ver si Andrés la seguía. Efectivamente, Andrés la seguía a una prudente distancia, y él no sabía si era porque su corazón latía desbocado o porque Mohína se había prendado de Cascabel, lo cierto era que tenía que sujetar a su joven yegua para que no se acercara tanto a la tartana dando un pequeño trote.

Antonia tenía el rostro radiante y su madre, Rosa, que era pequeña pero más lista que las perdices de su tierra, la miraba de reojo y sonreía en sus adentros.

Ya estaban encendiendo las farolas de aceite que iluminaban las calles de Murcia y sus tenues luces comenzaron a jugar con las sombras que se adelantaban y atrasaban, subían y bajaban, por calles y fachadas, como en un fantasmagórico baile.

La tartana tomó por la calle de San Antonio hacia la plaza de los Apóstoles bordeando la Catedral (que continuaba cerrada desde que ese mismo mes de febrero del año anterior, se produjera aquel pavoroso incendio que destruyó todo el retablo del altar mayor, las sillerías y el coro con el órgano). Al pasar por delante de la puerta del Seminario de San Fulgencio, Antonia se imaginó a Andrés tras aquellos muros vestido con las sotanas de seminarista y apartó la imagen de su mente al sentir un leve escalofrío. Entraron en la plaza de Palacio y tomando por la calle de la Cárcel Vieja llegaron al paseo del Arenal; giraron hacia la izquierda y, cruzando el río por el puente de los Peligros, se adentraron en el barrio por la plaza de

Camachos y la Alameda. Pasaron frente a la iglesia del Carmen (que antes había sido la ermita de San Benito) y doblando por la plaza de la Media Luna enfilaron el camino de Alcantarilla que les llevaba de regreso al Rincón de Seca.

Al llegar a lo alto del puente de los Peligros, Andrés se detuvo y quedó observando cómo la tartana se alejaba. Cuando la perdió de vista volvió sobre sus pasos y torció a la izquierda por la orilla del río. Pasó junto a los molinos de cereales y, con gesto alegre, se quitó la montera saludando al león de piedra que guarda la entrada del Malecón —el que regaló a Murcia el rey Felipe V, el 16 de septiembre de 1709, y en el que se podía leer la conocida inscripción que así dice: *«Priscas novissima exaltat et amor»* (Ensalzar y amar lo antiguo y lo nuevo)[3].

Cruzó Andrés el Plano de San Francisco, pasando por la plaza de abastos junto al convento de Verónicas y, dejando atrás la lonja del Almudí, paró delante de la iglesia de la Purísima Concepción[4] para rezar un avemaría contemplando la belleza de la imagen de aquella Virgen, que desde su hornacina superior, presidía la gótica, pero sencilla, iglesia.

Andrés continuó su camino por la calle del Mesón y, bordeando el Malecón, entró por las Cuatro Piedras enfilando el carril de la Esparza.

La noche era ya cerrada y fría cuando llegó a su barraca. Allí estaba su padre, Enrique, leyendo con atenta lentitud las nuevas *Ordenanzas y Costumbres de la Huerta de Murcia,* a la luz de un candil y al calor de un brasero que agonizaba con sus últimos rescoldos.

—¿Qué? ¿Lo has pasado bien? —preguntó su padre.

—Sí, padre, lo he pasado muy bien. He conocido a una moza que me ha gustado. No sé…, ya veremos…, pero la verdad es que me ha gustado.

—Me alegro mucho, hijo mío. Me gustaría verte tan feliz como lo fui yo con tu madre.

—Buenas noches, padre.

—Buenas noches, hijo. Mañana tenemos que madrugar: nos toca regar en la tanda. Yo te ayudaré a primera hora pero luego me tengo que ir a una reunión del Consejo de Hombres Buenos.

—No se preocupe usted, padre; yo me encargo de todo.

* * * * *

En el reloj del salón de la casa de los abuelos sonaron doce campanadas interrumpiendo el encanto en el que todos los nietos

estaban sumidos.

—Y aquí termina la historia por hoy —sentenció el abuelo Manuel.

—¡No!, no puedes dejarnos ahora así —protestaron.

—¿Se volvieron a ver Antonia y Andrés? —preguntó ansiosa Ana.

—¿Qué era eso del Consejo de Hombres Buenos?

—¿Sigue existiendo esa fiesta de San Blas?

—¡Jolín, abuelo, no nos dejes ahora con la miel en los labios!

—No os preocupéis que mañana seguirá: esto ya no hay quien lo pare —sentenció Candela.

El abuelo miró complacido a su nieta y pensó para sus adentros: «Llevas razón, Candela: esto, ya no hay quien lo pare».

La abuela Isabel introdujo su mecedora en la casa, lo cual era señal inequívoca de que todo había concluido por aquella noche.

—Mañana, si queréis, cenamos temprano para que tengamos más tiempo —sugirió la abuela.

Se despidieron dándoles un beso a los abuelos.

—¡Oigan ustedes, señoritos!, los sillones se meten todos dentro de la casa que luego me toca a mí meterlos y ya no estoy para esos trotes —protestó la abuela.

Cuando se acostaron los nietos, Isabel se fue a despedir de su marido.

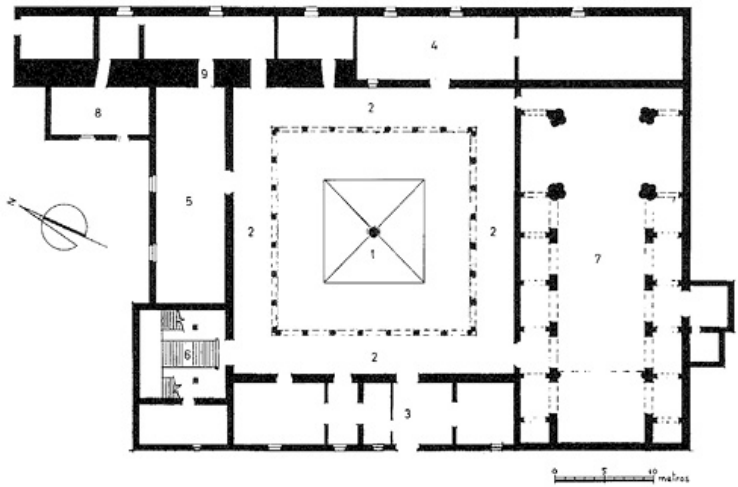
—No tardes que hace relente y te puedes enfriar. Ya sabes que no me duermo hasta que tú no llegas.

—No te preocupes, mujer, que voy enseguida. Necesito estar aquí un rato, solo, en silencio.

Isabel, dándole un beso, se marchó al dormitorio mientras él se quedó pensando en todo lo que les había contado a sus nietos y escuchando las tenues voces de la noche y, sobre todas ellas, la que más le gustaba escuchar: el murmullo de su acequia.

Notas de la noche 1ª

1Convento de la Santísima Trinidad y San Blas.



Plano de planta

2Obra de nuestro escultor Francisco Salzillo.

3El león del Malecón.

Fue Felipe V, el primer rey Borbón de España, el que otorgó a Murcia la séptima corona que aparece en su escudo por la fidelidad de los murcianos en la llamada batalla del Huerto de las Bombas, y por la astucia de su incondicional obispo, don Luis Antonio de Belluga y Moncada, que mandó inundar la huerta evitando con ello que Murcia cayera en poder de las tropas austriacas del archiduque Carlos.

De las otras seis primeras coronas, muy poca gente sabe. Yo recuerdo aquella décima que escribiera el licenciado don Francisco de Cascales y que dice así:

De seis coronas compuesta,
Murcia su lealtad mantiene;
del rey Sabio, cinco tiene;
del rey don Pedro la sexta;
y su gloria insigne es esta,
que las coronas doradas,
en campo rojo asentadas,
para más dignos blasones,
de castillos y leones,
están ceñidas y orladas.

4Ni esa imagen ni esa iglesia es conocida ahora en Murcia. Fue a media mañana del miércoles 13 de mayo de 1931, al mes de proclamarse la II República, cuando unas enfurecidas personas, hostigadas por la intolerancia, la demagogia y la falacia de determinados líderes y medios de comunicación de la izquierda, le pegaron fuego a la iglesia y quemaron la única imagen que Salzillo esculpió sobre esta figura de esta Virgen y que según los entendidos era la mejor obra del escultor murciano. También saquearon otros conventos, como el de Verónicas y el de Isabelas, que no ardieron gracias a la valiente intervención del joven alcalde murciano, el señor Ruiz del Toro, primer alcalde socialista que tuvo Murcia en la II República. También ardieron la sede y talleres del periódico *La Verdad*.

Noche 2ª

Hacía rato que en el viejo reloj de péndulo habían sonado las diez de la mañana cuando los nietos, apremiados por la abuela, se levantaron alegres y contentos recordando las cosas que habían conocido en la noche anterior. Durante el desayuno se les notaba emocionados.

—Abuela, lo de anoche fue genial. Yo no sabía que teníamos una historia tan interesante. Estoy muy ilusionada —comentó Candela.

—Yo también estoy deseando que llegue la noche y que el abuelo nos cuente lo que continúa. Me he desvelado pensando en si Andrés y Antonia se volverían a ver o no. ¿Es verdad que en aquella época los jóvenes eran tan… tan así? —preguntó Ana.

—Tan así, ¿cómo? ¿Cómo quieres que sean, so pánfila? —le increpó su hermano Javier burlándose de ella—. Pues igual que somos ahora; lo que pasa es que tú eres una cursi romanticona de cuello vuelto.

—¿Y tú que sabrás, pollo, que aún llevas el cascarón pegado en el culo? Los críos de ahora sois unos sosones sin pizca de romanticismo, incapaces de mantener una conversación inteligente. Sois unos incultos. No hay ninguno interesante —replicó Ana.

—Bueno, ya está bien —terció la abuela—. La verdad es que ahora los jóvenes sois… diferentes. Hay muchas cosas que parece que han sido inventadas para facilitar la comunicación, como los teléfonos móviles o los ordenadores, que están muy bien, pero que han anulado la interiorización, la creatividad, la emoción que se siente cuando te imaginas y piensas en otra persona que está lejos y sin poderte comunicar tan fácilmente con ella. El soñar o pensar en qué estará haciendo la persona amada enriquece la imaginación, emociona y enamora. Ahora habláis inmediatamente por el móvil e incluso os podéis ver al instante aunque estéis muy lejos…, pero no sabéis comunicaros, no sabéis escribir una carta de amor, no sabéis mostrar vuestros sentimientos con palabras bonitas y hermosas. Vuestros mensajes son unos jeroglíficos horribles en los que aportáis muy poco desarrollo personal. ¿A que sí? —preguntó la abuela sin que nadie se atreviera a contestarle—. Vale, terminad de desayunar

y que cada uno friegue sus cosas. Haced vuestras camas y quiero toda la ropa recogida. Antes del baño, hay que limpiar y arreglar la casa. Hoy no hace falta que vayáis a la tienda porque el abuelo se ha llevado la nota para comprar en Murcia.

La abuela se fue a recoger la ropa tendida preparándola para planchar por la tarde. Ella quería que sus nietos aprendieran, en las vacaciones, lo que no podían aprender en la época de estudios. Los chicos al mismo compás que las chicas.

Por la tarde subieron todos al desván para elegir el objeto que debían presentar al abuelo aquella noche. Estuvieron un buen rato registrando por entre los numerosos recuerdos. ¡Y pensar que cada uno de ellos contenía su propia historia que durante tantos años estaba esperando para salir de allí y ser contada! La abuela escogió un sobre que contenía una amarillenta bolsa de celofán, envuelta en un trozo de papel de seda que estaba casi deshecho. En el interior de la bolsa se adivinaban los restos de una flor con los pétalos extendidos sobre una cartulina que alguna vez fue blanca. En la cartulina había una escritura, muy desvaída, realizada con tinta violeta y gótica caligrafía, en la que apenas se podía leer: «Viernes Santo 1855». La abuela les dijo que aquella letra era la de Antonia y que la flor eran los restos de un clavel.

Aún no se había ocultado el sol de aquella interminable tarde de agosto cuando el abuelo salió al porche. Ya estaban las mecedoras en su lugar, los sillones de mimbre alrededor, y todos esperando. Sonrió al ver el vivo interés que la historia había despertado en sus nietos.

Su sorpresa fue aún más grata cuando Daniel y Javier sacaron una bandeja con una jarra de horchata muy fría y Ana portaba una fuente con trozos de bizcocho del padre Pío.

—¡Hombre esto sí que está bien! Me parece que voy a racionar esta historia para que dure mucho más tiempo —bromeó el abuelo.

—¡Ah, no! ¡Ni hablar! Los capítulos han de ser bien cumplidos o mañana no probarás el arroz con leche que he hecho hoy —amenazó riñéndole Candela.

—¡Vale, vale, me rindo!

Todos se sentaron alrededor menos la abuela, que planchaba de pie mientras escuchaba.

—Bueno, ¿dónde nos quedamos ayer? —preguntó el abuelo haciéndose el interesante.

—¡Venga, abuelo, que ya lo sabes! ¡No nos vaciles! Se habían despedido Andrés y Antonia el primer día que se conocieron y quedaron en que se volverían a ver —dijo impaciente Ana.

Candela le entregó el sobre de celofán y el abuelo lo tomó, con sumo cuidado, en las palmas de sus manos. Contempló durante un corto rato aquel recuerdo y una sonrisa se dibujó en su rostro. Miró a su mujer, miró a sus nietos, y se dispuso a continuar la historia.

—Sí, Antonia y Andrés se volvieron a ver…

* * * * *

El siguiente 19 de marzo, día de San José, José, el primo de Antonia, organizó una pequeña fiesta en su casa e invitó a unos amigos, entre ellos a Andrés. Ya habían llegado todos; todos menos Andrés. Antonia se impacientaba.

—¿Pero estás segura de que viene? —preguntó ansiosa a su prima Ana.

—Que sí, Antonia, que sí. Ya verás como sí viene. ¡Si lo está deseando tanto como tú! Pregúntale a José y que te cuente lo que se le alegró la cara cuando le dijo que viniera a la fiesta.

Por fin apareció Andrés, pero Antonia hizo como si no le hubiese visto llegar.

Andrés fue saludando a los demás y esperando a que Antonia le dedicara una mirada. La cosa no estaba ocurriendo como él había imaginado y pensó que Antonia ya no se acordaba de él: «Apenas ha pasado un mes y medio desde que nos conocimos y ya ni se acuerda de mí» —se decía para sí mientras la veía allí, esquiva, huyendo de él, como queriendo evitarlo—. Andrés imaginó mil cosas: «Yo no le gusto; no le intereso; soy muy poco para ella. Qué necio he sido abrigando esperanzas de una mujer a la que apenas conozco…». Estaba pensando en poner una excusa para marcharse pero se quedó quieto, contemplándola. Ella estaba de espaldas y conversando animadamente con un joven alto y pelirrojo que, por sus ropajes y modales, denotaba gozar de una buena posición económica y social; era evidente que aquel grandullón no era un huertano. Antonia se balanceaba de forma coqueta y parecía que iba a bailar con aquel hombre. La cuadrilla afinaba los instrumentos.

Antonia, que intuía que Andrés estaba detrás, se volvió y se encontró con él, que la estaba mirando con un rictus serio dibujado en su rostro.

—¡Ah! Hola, Andrés ¿Tú por aquí? —dijo con simulada sorpresa.

—Pues sí, ya lo ves, he venido. De pronto he pensado: voy a visitar a aquella mujer tan maravillosa que conocí en San Blas y que le prometí que nos volveríamos a ver, pero parece ser que aquella mujer ya no se acuerda de mí y está muy ocupada. Me voy a marchar; no quiero ser inoportuno.

—Por favor, Andrés, no te marches; estaba esperando a que vinieras. Ven, vamos a tomar algo antes de bailar —dijo Antonia con gesto conciliador.

El hombretón pelirrojo, que se llamaba Godo, protestó diciendo:

—Oye, Antonia, que tú estabas hablando *conmigo*. Ibas a bailar ahora *conmigo*.

—No, Godo, eras tú el que me pedías que bailara contigo, pero yo iba a decirte que estaba esperando a este amigo. Luego también bailaremos juntos —respondió Antonia con una amable sonrisa.

—Pues no va venir ahora un forastero a quitarnos a las mozas del pueblo —dijo Godo elevando fuertemente la voz y encarándose con Andrés.

Andrés tomó a Antonia del brazo y colocándola detrás de sí se quedó mirando fijamente a los ojos de aquel gigantón con pelo de panocha.

Todos callaron y se apartaron al ver aquel enfrentamiento.

José estuvo rápido y se interpuso ente los dos jóvenes. Tomando a Godo del brazo y apartándolo a un lado le dijo:

—Godo, no vayas a hacer ahora una de las tuyas. Te recuerdo que estás en mi casa, que esta es mi fiesta y todos sois mis amigos.

—Precisamente porque somos tus amigos, y esta es tu casa, no deberías permitir que venga ahora un palurdo forastero a quitarnos a las mozas del pueblo. Antonia iba a bailar conmigo hasta que llegó ese patán y…

—Godo, Antonia es mi prima y ella baila con quien ella quiera, ¡faltaría más! No creo que tuviera decidido bailar toda la tarde contigo. ¡Venga, Godo, que estamos de fiesta! Vamos a tomarnos un vino. Ven, te voy a presentar a una zagalica de Nonduermas que me ha preguntado por ti y que te va a gustar —le propuso José llevándose a Godo hacia otro lado.

* * * * *

El abuelo Manuel interrumpió aquí la narración.

—Ahora tengo que hacer un inciso para hablaros de un personaje y de una familia que tienen un gran peso en esta historia —dijo el abuelo—. Godo era un mozo de unos veintitantos años que, a primera vista, parecía que le faltaba algún hervor; diríase que era una persona un poco corta de entendimiento. Pero, en el fondo, era un muchacho que podría haber sido una gran persona, incluso inteligente, si no hubiese sido mediatizado por una nefasta educación. En cualquier caso era un hombre poco previsible por sus fobias, sus filias y sus rencores.

Su padre, que se llamaba Marcial, era natural del Rincón de Seca. Cuando Marcial se fue al servicio militar, le tocó hacerlo en la Marina, en Cartagena, y allí lo destinaron a cocinas. Como era un muchacho avispado y muy dispuesto, lo tomó de ayudante un sargento de aprovisionamiento llamado Amancio Cabrera, y como Marcial sabía un poco de letras y mucho de cuentas, pronto le nombraron cabo y llegó a tener un gran poder, en los asuntos del avituallamiento, a las órdenes de su sargento Cabrera. El sargento regentaba, junto con su mujer, una carnicería en la calle Cuatro Santos y Marcial comprendió rápidamente que mientras no metiera las narices en los trapicheos del suministro de la carne, que llevaba personalmente su sargento Cabrera, el resto era campo libre para él.

En el tema de las verduras, hortalizas y frutas, no tenía rival porque era más huertano que las lechugas de la Albatalía. Así que Marcial, comprando estos suministros para todo el cuartel de marinería, aprendió rápido el negocio y fue amasando unos buenos dineros. Supo mantener la maquinaria bien engrasada —como su sargento Cabrera le enseñó—, y repartiendo dádivas, por aquí y por allá, se fue quedando con el bocado del león. Eso sí, del león vegetariano, porque el de la carne le pertenecía íntegramente a su sargento.

Tenía el sargento Cabrera una hija —no especialmente agraciada pero sí bien dotada de exuberantes atributos pectorales— que se llamaba Vicenta, pero se hacía llamar Vicky. A Vicenta le gustaban los militares con galones más que a su loro las pipas y se moría de ganas por cazar a un oficial de Marina, con el beneplácito y mayor alegría de sus progenitores —incluso decían las malas lenguas que algunas noches, por la muralla del Mar, Vicky ya había paseado con algún que otro galón más o menos entorchado—.

El sargento y su mujer pronto comprendieron que su única hija, su Vicentita, se estaba quedando para vestir a los Cuatro Santos y eso era una inmensa tragedia que tenían que evitar a toda costa. Como el sargento vio que Marcial era un buen mozo, sanote, y que se escapaba de listo, pronto empezó a rebajar la escala de sus pretendidos galones y, tanto a él como a su mujer, les pareció que los galones de un cabo, al fin y al cabo… también eran galones.

Así pues, el sargento Cabrera comenzó a enviar a Marcial, con excusas diversas, a su «despacho de carne» —como a él gustaba decir de su carnicería—, que estaba en el bajo de su casa. Allí conoció Marcial a Vicky, y a sus sorprendentes atributos. Al principio, los cortos galones de Marcial y el que encima fuera un murciano *barrigaverde* —huertano para más inri—, no le atraía en

absoluto a Vicky, pero siguiendo los sabios consejos de su madre, en base a que se le estaba «pegando el arroz» —pese a que sólo tenía 20 años—, y mirando por los ojos de su padre, que veía futuro en el avispado y no mal parecido muchacho, Vicky empezó a mirar a Marcial con mejores ojos. Además de su debilidad por los galones, a Vicky, y a su familia, les embobaba los apellidos rimbombantes y como Marcial se llamaba Marcial Laorden, aquel apellido les pareció de tan rancio abolengo que los galones de la bocamanga del humilde uniforme de cabo comenzaron a crecer y a retorcerse en longas filigranas, más que los alpicoces por la noche, y ante sus ojos aparecieron todo tipo de barras, cocas, galletas y entorchados que tornaban hacia el color áureo y que superaban, en número y anchura, a las del mismísimo almirante del arsenal militar.

Tanto envió el sargento Cabrera a Marcial, con recados, al despacho de la carne, que al final Vicky se quedó embarazada y aquello terminó —o comenzó— con una boda a las ocho de la mañana, pero eso sí, en la basílica de Santa María de Gracia y con un grandioso ágape —en un café de la vecina calle del Aire— consistente en un desayuno de chocolate con bollos suizos —de la famosa tahona de la calle del Caballero—, pues Vicky, que ya estaba de antojos, no soportaba oler ni a churros, ni a picatostes, ni a nada que llevara aceite frito.

El sargento Cabrera le enseñó a su yerno todos los trucos de los avituallamientos cuarteleros que Marcial supo extender a otros cuarteles, prisiones, hospitales y navíos —tanto de guerra como de la marina mercante—, con lo cual Marcial dominó el suministro, no sólo de las frutas y hortalizas, sino también el de la carne; y no pudo con el suministro del pescado porque ese era territorio vedado de otro sargento de Santa Lucía, llamado Zambudio, y que así se lo hizo saber, en una convincente y amable conversación, con el acompañamiento gráfico de una navaja albaceteña de siete muelles puesta junto a su garganta y dos gorilas a ambos lados.

Cuando Marcial se licenció ya había acumulado un respetable dineral y pasó, de comprar para el ejército, a venderle al ejército, conociendo todos los intríngulis del negocio. Comprando directamente a los agricultores y ganaderos, Marcial era una ardilla, y vendiéndole al ejército, era un lince —sabiendo aplicar el *engrase* oportuno—. Para el ejército siempre había que dejar los suministros de fiado, pero a cambio, cuando la mercancía pasaba la puerta cuartelera, el peso del suministro se había multiplicado por dos o por tres dependiendo del nivel del *engrase* —algo así como el milagro de la multiplicación de los panes y porque el sargento

Zambudio no le dejó con el de los peces.

Vicenta, perdón Vicky, tenía aspiraciones sociales y pretendía alternar y codearse con la más alta sociedad cartagenera; ¡harto difícil! Aquella alta sociedad sólo la formaban la oficialidad de Marina —que era un reducto hermético y exclusivo de la nobleza—, junto con una pequeña parte de los mandos del ejército de tierra; unos pocos propietarios de minas de La Unión —que aportaban el dinero—, y por último, algunos profesionales liberales y universitarios, que daban la pátina cultural. Allí, Vicky, la Carnicera, no podía aportar nada, ni tenía nada que hacer por muchas fiestas que organizara —a las que no acudía casi nadie—, ni por muchos roperos parroquiales a los que perteneciera: misión imposible. Las demás relaciones no satisfacían las aspiraciones de Vicky pues, como ella decía: «Esas relaciones son de medio pelo y no me interesan. Yo aspiro a mear más alto».

De aquel embarazo nació Victorita que era una niña muy mona pero —gracias al empeño que puso su madre— más cursi que una gallina con bolso. La niña iba al mejor colegio de la ciudad y recibía clases particulares de música y canto. A los seis años ya sabía tocar al piano *Para Elisa* ¡y sin partitura!

Como Marcial estaba siempre por Murcia, comprando por la huerta, y Vicky no prosperaba en sus pretensiones sociales, pensó ella en irse a vivir a Murcia. Al fin y al cabo Murcia era la capital y allí estaba el gobernador civil, el obispo, la catedral, el gobernador militar… y había una sociedad menos encorsetada y hermética que la de Cartagena, lo cual le daba más oportunidades.

Marcial celebró mucho la propuesta de su mujer, no sin cierta tristeza porque le había tomado cariño a Cartagena y a sus gentes —aunque le dijeran aquello de *barrigaverde*; al fin y al cabo también él les decía a ellos *aladroques*. Fuera lo uno por lo otro—. Marcial decía que conocer Cartagena era amarla.

Dejó el negocio cartagenero al cuidado de su hermano Fulgencio y bajo la supervisión de su suegro, el sargento Cabrera.

Marcial había construido en su pueblo, en el Rincón de Seca, un gran edificio que era almacén regulador, con cuadras y caballerizas para ocho pares de mulas, patio de carruajes, oficina y vivienda para el encargado, y otra vivienda principal en la planta alta. Vicky no había ido nunca a ver aquella casa, ni siquiera conocía Murcia, por lo que se imaginaba las cosas según lo que su entusiasmado marido le había contado, más lo que ella fue incrementando con su fastuosa imaginación.

Cuando decidieron ir a vivir a Murcia ya les habían nacido,

además de Victorita, Marcialín y el pequeño Godo, que tenía por entonces unos pocos meses.

Así que, un primer viernes de Cuaresma, se pusieron en marcha hacia Murcia.

Cuando entraban por el pueblo de Rincón de Seca, Marcial no cabía de emoción contándole a Vicky y a los niños sus aventuras y travesuras infantiles por entre aquellos carriles y bancales. Vicky, que pensó que «aquello» que estaba viendo era ya Murcia, empezó: primero a abrir los ojos con grandísimo espanto; después pasó a la fase del rechinar de dientes e hinchazón de pecho —que parecía que le iban a explotar las «exuberantes»—; luego a ponerse más roja que un pimiento morrón; le asaltaron fuertes espasmos respiratorios, y por último, cuando bajó de la diligencia y se vio en medio de la puerta del parador de aquella su nueva vivienda almacén…, dio el más terrible, estentóreo y prolongado grito, jamás escuchado por oído humano. Todos los vecinos del Rincón de Seca salieron alarmados a la calle preguntándose quién sería el loco que estaba matando al marrano en plena Cuaresma.

Victorita y Marcialín rompieron a llorar, y el ama de leche de Godo, al que llevaba en brazos, se tapó los oídos con ambas manos y Godo cayó al suelo dándose un formidable coscorrón que le dejó medio inconsciente. Su padre lo tomó en brazos y, a uña de caballo, lo llevó a Murcia mientras Vicky quedaba sentada en una silla que pidió para poderse desmayar más cómodamente.

Marcial llegó al hospital de San Juan de Dios y los médicos dijeron que el niño se debía quedar en observación.

Aquel episodio de Godo quedó sin mayores consecuencias salvo la recomendación de los médicos de tener al niño en observación temporal para ver si hacía cosas extrañas, como convulsiones o vómitos —cosas que no ocurrieron nunca—, pero lo de la «observación temporal», Vicky lo tradujo como «obsesión perpetua».

Godo se llamaba realmente Godofredo (su madre no había encontrado otro nombre más noble y que fuera descendiente de la pata del Cid), pero llamarle Godofredito quedaba como muy largo. Cuando el niño comenzó a balbucear palabras y quiso repetir su nombre, la criatura dijo: «Godo–fito». Aquello hizo gracia y le empezaron a llamar cariñosamente Godo.

Godo fue un niño tremendamente mimado que no pudo desarrollarse con normalidad. Nunca podía estar solo, ni siquiera para ir al aseo. A Godo no se le podía contradecir en nada, ni castigarle, para que no tomara berrinches ni se alterara. No le dejaron jugar a los juegos que todos los niños juegan en la calle.

Cada dos o tres meses su madre llamaba a consulta a los médicos, que le cobraban unos buenos dineros y hacían severas advertencias y recomendaciones; cuanto más dramáticas fuesen estas recomendaciones mejor criterio tenía Vicky sobre la ciencia del galeno y, por tanto, mayores eran los honorarios y los obsequios de buenas cestas de hortalizas y frutas, con pata de cabrito incluida.

Godo, que no era tan tonto, pronto vio un filón en aquella «enfermedad» y la aprovechaba tiranizando a todos para conseguir hasta sus caprichos más nimios simulando para ello furibundas rabietas, pataletas, congestiones compulsivas, y hasta ataques epilépticos que aprendió a fingir con mucha naturalidad. No fue a ningún colegio por el miedo que tenía su madre de que tuviera algún percance con algún otro niño y porque no permitían que su niñera permaneciera junto a él en la clase. Por eso decidieron sus padres ponerle un profesor particular. Tras varios frustrados intentos se dio con uno que se plegaba a los caprichos y voluntades de Godo y, a los trece años, tras varios años de estudios y concienzuda preparación —y después de que su padre repartiera oportunas dádivas de material gastronómico (como siempre «para engrasar») y de que su madre encargara no sé cuántas misas y rosarios en todos los conventos de clausura de la ciudad—, presentaron a Godo a examen de ingreso para bachiller, como si aquello fuera el Juicio Universal. El examen se lo hicieron a él solo, en un despacho y por escrito, en vez de hacerlo oral y público, como todos los demás imberbes examinandos —con algún que otro barbado—. Además se consintió que su profesor particular se sentase a su lado y le soplase a la oreja, porque: «Sabérselo, se lo sabe todo —según decía Vicky—, lo que ocurre es que se pone muy nervioso». El éxito de Godofredito fue clamoroso y obtuvo la calificación de «Apto» escrito en una papeleta del tamaño de media cuartilla, que su madre mandó enmarcar con muchísimo paspartú y colgar en sitio relevante de la pared del salón como si de un título nobiliario se tratara.

A pesar de todo, Vicky consideró que aquello había sido muy estresante para Godo y a partir de entonces decidió que Godo no se volvería a presentar a ningún otro examen y que lo examinaría su profesor particular, porque su padre tenía cuartos suficientes para comprarle todos los títulos académicos que quisiera. Y razón llevaba Vicky, porque en aquella época los pobres maestros no cobraban sus emolumentos hasta cinco meses más tarde y por ello pasaban más hambre que el perro del afilador —que se tragaba las chispas que salían de la piedra de afilar de su amo si quería comer algo caliente

—. Los pobres maestros se socorrían con las cestas de verduras con frutas, y los cuartos de cordero que de vez en cuando les regalaba Vicky, la Carnicera.

Después de aquel fatídico día de su llegada al Rincón de Seca, Vicky hizo las paces con su marido a cambio de que este le comprase una casa de tres plantas, frente al suntuoso palacio del Contraste, en la plaza de Santa Catalina —que era por entonces el cogollo de la ciudad de Murcia—, no sin antes haberse empecinado en que su marido le comprase el hermoso edificio que había en la plaza de Palacio con vistas a la Catedral. Mucho le costó al pobre Marcial convencer a Vicky de que aquel edificio no era otro que el Palacio Episcopal, donde vivía y trabajaba el señor obispo, y que no estaba en venta.

La plaza de Santa Catalina, y su vecina la de Santa Isabel, frente al arco del Vizconde, era, en aquellos tiempos, el centro neurálgico de la ciudad. Además del Contraste, la lonja y un matadero, allí estaban casi todos los escribanos de Murcia, así como las boticas más importantes, las tiendas más distinguidas y la tahona de Bonache. También allí, en el porche de la iglesia de Santa Catalina y en el Palacio del Contraste, se reunía e impartía justicia el Consejo de Hombres Buenos.

La iglesia de Santa Catalina tenía un gran peso litúrgico y era donde se predicaban los mejores sermones. Incluso, antaño, llegó a ser la torre más alta de la ciudad hasta que un terremoto en el siglo XVIII la derribó y la dejó en su altura actual.

A Marcial le gustaba vivir en aquella plaza porque era un lugar muy dinámico. En el Contraste se hacían todas las transacciones de la seda y frente a él estaba la lonja de las verduras. Justo a un lado del edificio, en la plaza de la Carnicería —ahora plaza de las Flores —, estaba el matadero. Sus negocios de suministros militares prosperaban con éxito e incluso controlaba casi toda la lonja de las verduras y gran parte de la carne.

Vicky no quiso volver jamás al Rincón de Seca porque a Marcial se le conocía allí como, el Coliso —tal era el apodo de su familia, y a mucha honra—, y a ella —que no les caía muy bien a las sencillas gentes del pueblo desde aquella entrada triunfal a lo Aida—, le habían puesto el apodo de la Piojilla; no por mala idea o porque llevara encima tan molestos huéspedes ftirápteros, sino porque era pelirroja y… de pelirroja…, *pilirrojilla* y de ahí..., por socarronería y mala *follaica* huertana, la abreviación de la Piojilla.

Marcial no es que fuera un calzonazos, pero no tenía un pelo de tonto y pronto comprendió que lo mejor era no ir contra la

corriente y hacer por el camino lo que quisiera. Así que, de vez en cuando, se marchaba a Madrid con el pretexto de reuniones en el Ministerio del Ejército, o a Albacete, para el asunto de los borregos. Por aquellas tierras era conocido, en las más prestigiosas casas de alterne y cabarés, como «el señor de las carnes» —con su doble acepción—, hombre alegre, juerguista y de bolsillo generoso. En Murcia y Cartagena se abstenía por completo de estos lances pues, como bien sabía, un disgusto con Vicky le podía salir carísimo.

Marcialito, el hijo mayor de Marcial, salió un buen «pinta». Estaba en Madrid estudiando para ingeniero de minas, pero la verdad es que no daba ni golpe, bueno…, no daba ni golpe dentro de la escuela de Ingenieros de Minas donde apenas lo conocían, pero en las Vistillas y en la pradera de San Isidro era más conocido y popular que el Pichi, no por nada en especial, tan sólo por ser un señorito rico de provincias y algo infelizote para la chulapería castiza madrileña. Además era asiduo de todos los teatros y corralas de Madrid por su gran afición a este género del arte. Era todo un actor fingiendo y dramatizando.

Marcial sabía de las andanzas de su hijo pero su madre vivía engañada y… ¡cualquiera la sacaba del engaño de su querido Marcialito! En las veladas sociales Vicky siempre sacaba pecho diciendo que su hijo, el señorito Marcial, estaba en Madrid y que ya estudiaba el quinto año del primer curso de ingeniero de minas —ella no sabía lo que decía, pero aquello le parecía que debía ser algo muy bueno e importante— y que cuando terminara la carrera su padre le compraría una mina en La Unión para que él fuese el director. Y de su María de las Victorias, ¡ni qué decir tenía!, a la vista quedaba lo guapa, discreta y preparada, de «to y por to», que estaba y del maravilloso ajuar y la magnífica dote que aportaría a su matrimonio, si hubiese algún gallardo y noble mozo digno de ella.

Sobre Godo decía que le hubiese gustado que estudiara para ingeniero agrónomo, pero que su padre necesitaba que le ayudase en la empresa y que, por ahora, estaba como director general adjunto del almacén regulador de suministros alimenticios militares Marcial Laorden, que tenían en el Rincón de Seca. Los contertulios, que estas sandeces escuchaban, se reían —con disimulo algunas veces y otras sin él—; pero ella era así.

Marcial, en cambio, estaba muy preocupado porque veía que, cuando él faltase, el negocio no tenía continuidad y, una de dos, o lo vendía, o aquellos cuatro pánfilos se morirían de hambre. Tenía que actuar rápido.

—Bueno, ya conocéis a Godo y a la familia Laorden que tienen un peso importante en nuestra historia. Ahora continuemos —prosiguió el abuelo—. Como os he dicho, la fiesta del día del santo de José no fue precisamente muy afortunada. Andrés se quedó en ella el tiempo justo. Aquella noche Antonia aprendió que en tema de amores, como con el fuego, es mejor llevar cuidado con los experimentos y los jueguecitos. Cuando Andrés se marchó, Antonia se fue a su casa muy enojada. Desde aquella noche surgió una gran enemistad de Godo hacia Andrés que tuvo sus serias consecuencias posteriores.

—¿Pero Andrés y Antonia se volvieron a ver, no? —interrumpió Ana, angustiada.

—Sí, ¡claro que se volvieron a ver! Unas semanas más tarde llegó la Semana Santa y Antonia supo, por su primo José, que Andrés salía en la procesión de Viernes Santo portando el trono de La Caída[1]. Andrés era desde su nacimiento, como también lo era su padre, cofrade de este paso y desde hacía cuatro años salía portándolo a hombros todos los Viernes Santos. Como Andrés era un hombre alto, cargaba como punta de vara del lado derecho. Su padre era el cabo de andas desde hacía ya más de treinta años. Fue el bisabuelo de Andrés el primer cabo de andas que tuvo este trono, por expreso deseo de don Joaquín Riquelme, y ese cargo es, tácitamente, hereditario aquí en Murcia.

Antonia, su madre Rosa y sus primos José y Ana, fueron a la procesión de Los Moraos. Se situaron, para verla pasar, en la plaza de Palacio, con la Catedral como telón de fondo.

La Caída llegó en sexto lugar y nada más entrar en la plaza de Palacio, Antonia vio a Andrés cargando, de frente, con la túnica subida —como es la costumbre, para no enredarse los pies con ella al ir venciéndose por los 31 kilos de peso que llevaba sobre los hombros—. Las medias, de repizco con bordados de garbanzo y sus esparteñas, estaban manchadas de barro porque el día anterior había lloviznado y, por entonces, eran pocas las calles adoquinadas de Murcia. Andrés no parecía darse cuenta de la presencia de Antonia entre la multitud de gente que contemplaba el paso de la procesión. Antonia pidió, al Señor caído, que Andrés se fijase en ella. La petición de Antonia no parecía que fuese a ser escuchada porque el paso se había parado unos diez metros antes de llegar hasta ellos y Andrés miraba al frente sin percatarse aún de su presencia. Ana, que tenía el brazo «morao» pero por los apretones y repizcos que le propinaba su nerviosa prima, le hizo una señal a su hermano para que este hiciese algo. José echó un paso adelante y se

agachó, como para atarse el calzado, y se quitó el calañés. Al hacer este movimiento llamó la atención de Andrés que rápidamente se dio cuenta y se encontró con la mirada angustiada de Antonia. El corazón de Andrés se aceleró cuando los dos se miraron fijamente a los ojos. El paso se volvió a poner en marcha y recorrió la distancia que les separaba, queriendo la suerte que se volviera a parar justo al lado de ellos.

El diálogo fue sencillo y simplón:

—Hola.

—Hola.

—¿Cómo estás?

—Estoy.

—¿Pesa mucho?

—Lo suyo.

—Eres un buen cirineo —comentó Antonia, a cuyo cumplido respondió Andrés con una sonrisa.

—¿Y os queda mucho que andar aún?

—Lo menos tres horas.

—¡Madre mía! ¿Terminarás muerto?

—Bueno, aún no se nos ha muerto nadie.

—Es un paso precioso.

—Sí…

Andrés sacó de su «sená» un puñado de habas tiernas y un huevo duro y se lo dio a José. Sacó tres monas con huevo y unos pocos caramelos y se los dio a las mujeres[2].

Enrique, el padre de Andrés, observaba la escena y no necesitó que nadie le explicara nada viendo cómo aquellas tres mujeres miraban a su hijo y en especial aquella buena moza, morena con los ojos verdes. Notó que Andrés estaba tenso y retuvo el paso un momento más largo. Tomó del paso tres claveles reventones y se los dio a cada una de las mujeres.

—Muchísimas gracias. Son preciosos.

—Pues ahora se han de morir de envidia —les dijo Enrique.

—Muchas gracias —repitieron las mujeres con cierto rubor ante la galantería.

—Este señor es el padre de Andrés —aclaró José.

—Mucho gusto.

—El gusto ha sido para mí —respondió Enrique apartándose discretamente.

—Andrés, el domingo por la tarde vamos a hacer una pequeña merienda para festejar la Resurrección del Señor. Nada particular, sólo unos pocos amigos íntimos para tomarnos algo y bailar. Te

esperamos —dijo José.

Ana y Antonia se quedaron boquiabiertas porque ni sabían ni habían previsto nada de eso, pero Ana se dio cuenta de la astucia de su hermano y le dio un tirón a Antonia para que no dijera nada.

—Gracias, José, procuraré estar.

El paso volvió a ponerse en marcha y todos quedaron mirando cómo se alejaba, con movimientos cadenciosos, y torcía frente a la fachada de la Catedral, adentrándose en la calle del Palacio Viejo, donde lo perdieron de vista.

Cuando terminó la procesión, y regresaban andando hacia su barraca, el padre le comentó:

—Parece una buena chica, y que es guapa y buena moza salta a la vista.

—Sí, es cierto.

—¿Pero…? —preguntó su padre al detectar cierta duda en la respuesta de Andrés.

—No sé, padre, no sé…; posiblemente yo no sea lo suficientemente bueno para ella.

—No digas tonterías; si se le notaba que está colaica por ti.

—Humm… no sé, padre, no sé.

Llegó el domingo y Antonia estaba particularmente contenta y radiante. Su padre, que la había visto las semanas anteriores un poco triste y apesadumbrada, la miraba ahora con interrogativa extrañeza y Rosa, su mujer, le aclaraba, guiñándole un ojo y con cierta picardía: «Debe ser porque ha resucitado el Señor».

Antonia se arregló muy bien aquella tarde y fue a casa de sus primos para ayudarles a preparar la fiesta.

José se apresuró a invitar a varios amigos, entre ellos a uno de Alcantarilla, y se cuidó muy bien de que Godo no apareciese por allí.

Los amigos fueron llegando, y Andrés tardaba. Por fin apareció, y cuál fue su sorpresa cuando se encontró que también estaba su antiguo compañero: Pedro Riquelme Pacheco. Hacía tres años que no se habían visto —desde que salieron juntos del seminario— y los dos se abrazaron, ante la sorpresa de todos.

* * * * *

—Qué casualidad. ¡Los dos amigos en el seminario! —interrumpió Candela

—En aquella época no era tan extraño. En los pueblos el cura era el referente de casi todos los jóvenes. Era para ellos como el hermano mayor, su enciclopedia, su maestro y muchas veces hasta

como el padre que les faltaba. Donde no había maestro —que era la inmensa mayoría de las veces en los pueblos pequeños—, el cura hacía de maestro y la sacristía era la escuela, y en los lugares donde sí había maestro, la sacristía se convertía en una academia de formación permanente; incluso en los periodos vacacionales. Allí aprendían a leer y algunos se preparaban para los exámenes de bachiller. Todos los zagales del lugar, o eran monaguillos, o lo querían ser. Era lo más natural en una sociedad en que apenas había diversión alguna. Los monaguillos, eran protagonistas y participaban, en primera fila, de la vida del pueblo: ayudaban en misa; salían en las procesiones portando incensarios, cirios o cruces; tocaban las campanillas y repicaban las campanas de la torre con todos sus toques; metían las narices en todas las casas donde había enfermos o moribundos acompañando al cura llevando el viático; por la misma razón eran invitados a bodas, bautizos y comuniones, y se bebían del vino de consagrar —que estaba buenísimo—, sin que el cura lo supiera (eso se creían ellos). Ellos eran los que preparaban y hacían funciones de teatro que luego representaban para todo el pueblo. Era normal que todos los chiquillos quisieran estar en esa pléyade de monaguillos que pululaban siempre alrededor del cura. Las madres se sentían orgullosas de ver a sus hijos revestidos y de que se supieran las oraciones en latín. Los veían como a pequeños sacerdotes, que era la gran ilusión de muchas de ellas.

Yo mismo he vivido eso. En Sucina, el pueblo de mi madre, donde pasaba de pequeño muchas vacaciones, todos mis amigos eran monaguillos. El cura, don Telesforo, era un hombre amable y de fuerte carácter. Recuerdo especialmente a mis amigos, Pedrín, Pepito, Pascual, Papín, Ginés, Rafael, Sebastián, Jacinto, Joselito… y de todos ellos, al menos seis se fueron al seminario. Que yo recuerde de esos seis sólo uno fue ordenado sacerdote. Los demás se salieron y fueron después: uno médico, otro profesor, otro llegó a ser un altísimo ejecutivo de un banco, otro guardia civil, otro administrador de una gran empresa… el caso es que de una manera o de otra el cura influyó en sus vidas ayudándoles a conocer sus posibilidades, formándoles moral e intelectualmente, cosa que no hubieran conseguido de otro modo pues todos ellos eran de condición humilde.

También era normal que en una época, tan pobre y de tantas necesidades, muchos zagales confundieran la vocación sacerdotal como si ella fuera una aventura que les sacaba de la pobreza material e intelectual a la que estaban condenados.

Los rectores e instructores de los seminarios ya contaban con todo eso. Sabían que de aquellas filas interminables de seminaristas que procesionaban el día del Corpus, tan sólo una parte serían ordenados sacerdotes. Para ello tenían los mecanismos de selección necesaria, como eran: la dirección espiritual, los estudios y, especialmente los escrutinios, donde se discernía, y se les ayudaba discernir, sobre si se confirmaba su vocación al sacerdocio. En caso contrario eran invitados a dejarlo. Eran conscientes de que, a muchos de ellos, les habían ayudado a salir de una fase difícil de sus vidas y habían adquirido una formación que les ayudaría muchísimo; no solamente por los estudios sino en el discernimiento que adquirían para el día a día de sus vidas.

—¿Tú fuiste al seminario, abuelo? —preguntó Daniel.

—No, yo no fui al seminario; ni siquiera fui monaguillo, aunque cuando tenía nueve años creí sentir esa llamada, como la sintieron mis amigos del pueblo, y mi pobre madre, llena de santa devoción, ya se veía en su vejez como la madre de un respetable párroco y comenzó a preparar las ropas para mi ingreso en el seminario. Pero mi padre consideró, muy acertadamente, que debía esperar para ver si aquello se confirmaba como una llamada de Dios… o de mis amigos.

—Abuelo, yo no te imagino a ti de cura —le dijo riendo Daniel.

—Ni yo tampoco —apostilló con ironía la abuela.

Todos rieron.

—Bueno, continuemos con la historia, que nos perdemos en chácharas —cortó rápido el abuelo para no ser objeto de chanzas.

* * * * *

El encuentro entre los dos amigos fue muy celebrado y sus anécdotas acaparaban toda la atención del grupo. Antonia no lo celebraba tanto porque Andrés no le prestaba la atención que ella había previsto. Una vez más, uno se imagina una historia y luego sale otra con un guion completamente diferente.

Bailar, bailaron poco, por lo animado de la conversación, pero de comer… no pararon.

—Se nota que se ha terminado la Cuaresma. Nos estamos poniendo moraos, pero a marrano —celebraron riendo.

—Sí, hoy he estado en Murcia y he visto una especie de cabalgata que llaman entierro de la sardina —comentó Andrés.

—¿Y qué es eso? —preguntó Carmen, la Posi, una de las amigas de José.

—Resulta que hace tres o cuatro años, creo que fue en 1851, un

grupo de jóvenes murcianos que estudiaban en Madrid, y entre ellos un poeta lorquino llamado José Selgas Carrasco, sorprendieron a toda Murcia, reproduciendo las «mascaradas» que habían visto celebrar en Madrid. Recorrieron las principales calles de Murcia —especialmente las del barrio de San Antolín—, con capuchones negros y portando un féretro en cuyo interior portaban una sardina a la que terminaron quemando, representando así el final y la muerte de doña Cuaresma y celebrando el revivir de don Carnal.

Lo cierto es que este entierro de la sardina ha tenido mucha aceptación entre la gente de la ciudad, deseosa de experiencias nuevas, y lo que comenzó como una broma de estudiantes, se está convirtiendo en una auténtica cabalgata popular.

El año pasado toda la organización se centró en la plaza de toros de San Agustín[3] y la sardina fue llevada en procesión hasta su «palacio» que estaba instalado en el casino. La acompañaban con carrozas y carros decorados con motivos mitológicos, especialmente el del dios griego Dionisio (Baco). Una gran profusión de bengalas y hachones va iluminando la noche de Murcia a su paso, los vecinos, cuelgan faroles y candiles.

—Sí, ya sé que os sorprende tanto atrevimiento —siguió comentando Andrés viendo la cara de sorpresa de sus amigos—, pero aún queda lo mejor. Resulta que a la misma vez, unos churubitos que se reúnen en una botica de la calle Vidrieros, y entre los que se encuentran, además del boticario Miguel Rubio Arroniz, el cura Miguel Ortega, el médico Juan Antonio Serrano Hernández y un estudiante llamado Joaquín López, han organizado una cabalgata para divertirse a costa de los huertanos. Le llaman «el bando», y allí salen ellos disfrazados con nuestras vestimentas típicas huertanas, mofándose de nosotros, imitando y exagerando nuestras costumbres y nuestra forma de hablar a la que han bautizado con el nombre de «*panocho*», pero la verdad es que tiene bien poco que ver con nuestros hablares. Lo inventan y lo exageran todo. Reproducen escenas de cómo nos ven ellos cuando vamos a la ciudad a venderles los productos de la huerta o a comprar en las tiendas.

—¿Dónde y cuándo es eso?

—Pues comenzaron a salir hace cuatro años y hoy han salido del mismo sitio que el Entierro de la Sardina; de la plaza de San Agustín. Pero no os molestéis, es una burla inocente y tampoco saben hacerla bien.

—El año que viene iremos todos a verla —dijo José.

—¡Hecho!

La reunión fue trascurriendo entre risas y bromas de amigos. Andrés y Antonia no tuvieron ocasión de hablarse a solas. Cuando se despidieron, Antonia le dijo a Andrés que no fuera tan caro de ver.

Pedro invitó a sus amigos para que fueran a las fiestas de Alcantarilla, que se celebrarían el próximo mes de mayo, en honor de su patrona la Virgen de la Salud.

Aquella noche Antonia, en su dormitorio, se entristeció pensando que Andrés no la quería y guardó el clavel que Enrique le había dado.

* * * * *

—Pero eso será mañana, que por hoy ya está bien. A dormir —ordenó la abuela.

—Pero abuelo, ¿Andrés y Antonia se hacen novios o qué? —preguntó ansiosa Ana

—¡Ah, no sé!; eso lo veremos más adelante —contestó el abuelo haciéndose el interesante.

—Y el clavel reventón aquel que le dio Enrique, el padre de Andrés, a Antonia es este que hay en la bolsa de celofán, ¿verdad? —preguntó Ana.

—Sí, efectivamente, es este.

—Cada vez me gusta más esta historia.

—Y que lo digas —apostilló Candela.

Los nietos se despidieron con un beso y se marcharon a dormir.

Manuel se quedó sentado en la puerta mirando las estrellas y sus misterios, porque eso es lo principal que tienen las estrellas, que ellas han sido fieles testigos de todas las historias que en el mundo han acontecido y en ellas están escritas. ¡Si ellas hablaran y contaran! Se movió una ligera brisa de aire impregnado del buen olor de la huerta.

Al poco rato llegó Isabel y tomando cariñosamente del brazo a su marido le dijo:

—Venga, vámonos, que anoche tosiste un poco y ahora hace mucho relente.

Él se dejó llevar y tomando a su mujer por el hombro entraron juntos en la casa.

Notas de la noche 2ª

1Este paso representa el momento en que Jesús cae al suelo. Lo talló Francisco Salzillo en el año 1752, por encargo del mayordomo de la cofradía de Nuestro Padre Jesús, don Joaquín Riquelme de Togores; señor de Guadalupe y regidor perpetuo de Murcia —que era amigo y mecenas de Salzillo, y el mismo que le encargó que esculpiese el famoso belén.

2Es tradición en Murcia, y una costumbre muy antigua, el que los nazarenos obsequien con caramelos y otros alimentos (habas, monas con huevo…) a los amigos y familiares que asisten a la procesión (especialmente a los niños). Entre otras razones, para ayudar a soportar el largo tiempo que tarda en pasar la misma, incrementado con el de los viajes de ida y vuelta a sus casas y también como penitencia, y signo de reconciliación, por los roces y pequeñas disputas tenidas durante el año con los vecinos huertanos, los familiares y los amigos.

3En la actual plaza de San Agustín, frente a la iglesia de Jesús, estaba ubicado el convento de los Agustinos que al ser demolido (por la ley de Mendizábal) se convirtió en una plaza en la cual se celebraron corridas de toros.

Noche 3ª

—¡Hay paparajotes!

Estas dos palabras tenían el mágico poder de hacer saltar a los nietos de la cama con más rapidez que los soldados al toque de diana. En el fondo era por el temor a ser el último y que los demás no dejasen casi nada de aquellos ricos paparajotes que les hacía la abuela y que únicamente tenían la oportunidad de comer cuando venían a Murcia. ¿En qué otra parte del mundo se podía comer una especie de buñuelo rebozado en una hoja de limonero y espolvoreado de azúcar y canela? En ninguna. Son exclusivos.

El día se fue cubriendo de nubes que corrían presurosas y ya estaban un rato bañándose en la pequeña piscina cuando comenzaron a caer gruesas gotas de agua. No duró mucho la lluvia, pero sí lo suficiente como para que diesen por concluido el baño de aquel día.

La tarde fue transcurriendo al son que marcaban las campanadas del viejo reloj del salón y poco a poco, a golpes de gongs, anunciaba el declinar el día a la par que le daba entrada a la noche.

La refrescante lluvia del mediodía había limpiado el ambiente y el cielo se mostraba transparente. La luz del atardecer desplegó ese muestrario de colores que nunca ha conseguido copiar la paleta de un pintor. Un olor a tierra húmeda impregnaba el aire.

—¿Dónde nos quedamos anoche? —preguntó el abuelo.

—Te quedaste en que Pedro, el amigo de Andrés, había invitado a todos a ir a las fiestas de la Virgen de la Salud —informó Daniel.

—¡Ah, sí! Era el mes de mayo y aquel año fueron todos los amigos a las fiestas de Alcantarilla. Pedro era una persona en la que se podía confiar plenamente; ya lo dice el refrán: «Si quieres tener buen compañero, échatelo alcantarillero». Siempre estaba dispuesto para acudir a la llamada de un amigo; dejaba todo lo que estuviese haciendo cuando se le requería o sabía que le necesitaba, por pequeña que fuese esa necesidad y siempre con una sonrisa en los labios. Únicamente se ponía serio cuando gastaba una broma —a las que era muy aficionado—. Dentro de su corpachón grande se ocultaba un niño tierno que se emocionaba con facilidad y los que

lo conocían sabían que ante una palabra o un gesto sensible, Pedro se callaba, apretaba los labios, entornaba mucho los ojos y por sus comisuras se podían ver unos reflejos vidriosos inequívocos de que estaba emocionado. Tenía una gran aceptación entre las mujeres, que lo adoraban por su lealtad y nobleza, y no dudaban en darle algún beso, en público, y Pedro se ponía más ancho que alto, lo cual no era físicamente muy difícil, pues no era bajo, pero pesaba más de doce arrobas.

—¿Qué objeto habéis traído hoy? —preguntó el abuelo.

—Hoy te hemos traído esta cinta y este pañuelo.

Manuel tomó en sus manos la cinta y el pañuelo que Candela le entregaba. Era una cinta de seda de unos tres centímetros de ancho y de aproximadamente un metro de largo. Era de color verde manzana y llevaba bordado: *FIESTAS DEL RINCÓN DE SECA 1855*. En un extremo de la cinta había cosida una anilla. El pañuelo también era de seda, del mismo color, y llevaba bordado en letras de colores:

«FIESTAS DEL RINCÓN DE SECA 1855»
«DAMA DE HONOR»
«ANTONIA PARRA»

El abuelo continuó con la historia:

—Las fiestas de Alcantarilla sirvieron para que Andrés y Antonia pudiesen hablar entre ellos y conocerse un poco más. Todos sus amigos los protegían y propiciaban el que ellos estuvieran juntos. En ello estaban cuando Antonia dijo a Andrés:

—Dentro de unos días nos iremos a Peñas de San Pedro.

—¿Y eso? —preguntó Andrés.

—Todos los años, el día después de San Juan, nos marchamos al pueblo de mi madre, a la trilla, pero este año lo vamos a adelantar para poder regresar aquí antes de las fiestas de Santa Ana.

—¿Todos los años?

—Sí. Nos vamos todos los años, allí se llaman aldeas y tenemos que estar mientras dure la trilla. Este año regresaremos antes de tiempo, menos mi padre que se quedará allí unos días más, porque, no sé si lo sabes, mi padre es almacenista de cereales y tiene que comprar otras cosechas de grano de por allí. Él volverá el día antes de las fiestas.

—¿Y por qué os volvéis vosotros antes?

—Bueno, es que este año me han nombrado dama de honor y tengo que estar aquí unos días antes preparando las fiestas.

—Lo primero es una sorpresa, no conocía eso de Peñas de San

Pedro y lo segundo no me extraña nada; yo te hubiese elegido como la «*Raina* de las fiestas del Rincón».

—¿Ya estamos con las bromicas? —dijo Antonia notando el retintín de las palabras de Andrés.

—Sí, es cierto, estoy un poco de broma.

—¿Y eso por qué?

—No lo sé, debe ser porque no he tratado nunca con una mujer «rica» y no sé cómo se hace. Bueno, la verdad es que no he tratado ni con ricas ni con pobres, y también porque pensaba venir para salir contigo estas fiestas, pero ahora, como eres dama de honor…, va a ser muy difícil el acercarse a ti.

—Pues a lo primero se le llama soberbia y tú ya sabes muy bien lo que dice la Santa Madre Iglesia: «Contra soberbia, humildad». No es cierto que yo sea rica. Sí es cierto que mi familia goza de una situación económica acomodada, pero yo soy una mujer que sabría vivir tanto en la abundancia como en la escasez. Me molesta mucho que me definas así, no es justo. Además tú tampoco eres tan «humilde» y por lo que veo y sé, no estás tan mal económicamente y también tienes una riqueza personal que para sí la quisieran muchos de los que tú llamas «ricos». Me parece que no te estimas ni te valoras lo suficiente —dijo Antonia con cierto reproche.

—Llevas razón, he sido un tonto. Perdóname, no volverá a ocurrir; pero es que me abruma esta inexperiencia mía con las mujeres.

—No te preocupes, ya somos dos; yo tampoco tengo experiencia con los hombres. Y referente a lo segundo si tu deseo es venir a las fiestas y salir conmigo, no dejes de hacerlo porque ya veré la forma de solucionarlo. A mí me agradará mucho que vengas.

Para cualquier otro hombre, más avezado en lides amorosas, aquellas palabras de Antonia eran el preámbulo perfecto para el inicio de una declaración de amor formal; pero Andrés no era así, no podía dejarse guiar por un impulso en un terreno que desconocía y que le parecía tremendamente resbaladizo.

—Gracias, Antonia, esperaré a que vuelvas con impaciencia.

Eso fue lo máximo que se atrevió a decir Andrés.

Cuatro días más tarde, toda la familia de Antonia se marchó hacia Peñas de San Pedro.

* * * * *

—Ahora tengo que hacer un inciso en el relato para comentaros unas cosas que desconocéis porque no las habéis vivido —dijo el abuelo.

En aquellos años, los tiempos los marcaban las recolecciones agrícolas y las festividades litúrgicas; uno de esos tiempos era el tiempo de la siega y la posterior trilla.

La siega requería de abundante mano de obra por lo que muchos de nuestros huertanos, que tenían tahúllas arrendadas —que eran la mayoría de ellos—, se marchaban a la siega para ganarse unos jornales. Solían ir a las vecinas tierras de Albacete donde el trigo y la cebada eran casi la única agricultura existente. Lo que ganaban los huertanos en estos jornales de la siega, era con lo que pagaban el rento de las tahúllas que tenían arrendadas a los dueños de la tierra —el pago de los rentos se hacía el día de San Juan—. Así, con lo que obtenían del cultivo de la tierra, era con lo que muchos huertanos mantenían a su familia, y lo que ganaban con la venta del capullo de la seda lo dedicaban para los ajuares y los gastos extraordinarios. Era una economía muy precaria, de subsistencia, con resultados inciertos que dependían, en exceso, de las clemencias del tiempo.

Así fue como Juan Parra, el padre de Antonia, apareció un año por Peñas de San Pedro a segar en la finca que tenía un tal Joaquín Cavas, que era el padre de Rosa. Allí volvió Juan a segar durante varios años y, entre siega y siega, entre cuerva y cuerva, y entre jota y jota, Juan y Rosa se enamoraron. Como Rosa «mandaba mucha romana» y Juan era un zagal listo y trabajador, el padre de Rosa no tuvo inconveniente en que su única hija se hiciera novia de aquel muchachote murciano. Juan se quedaba allí, después de la siega, para ayudar con la trilla y, como repito era listo y tenía instinto para ver dónde había negocio, pronto se dio cuenta de que con el trigo, la cebada y la avena, se podía vivir mejor que bien. Comenzó por comprarle al padre de Rosa parte del grano, como pago por sus jornales, que dejó depositado en sus graneros; luego vendió el trigo en los molinos de Murcia y del campo de Cartagena una vez pasada la Navidad, cuando ya apenas quedaba trigo en los graneros y el precio había subido.

Tan bien le fue el negocio que, al año siguiente, su suegro le dijo que podía disponer de todos los cereales suyos y que los beneficios lo compartirían a medias.

Juan y Rosa se casaron muy enamorados y con una buena faltriquera.

Cuando los padres de Rosa murieron, ella heredó la finca de Peñas de San Pedro y toda la producción se destinó al negocio que Juan fue ampliando con el grano que compraba en otras aldeas vecinas y allí volvían todos los veranos. Antonia y su hermano

Francisco eran felices viviendo aquel tiempo veraniego en Peñas de San Pedro.

Las cálidas siestas en aquel inmenso océano de trigales cuyas olas mecía el viento con monocordes susurros… eran únicas. Los bellísimos atardeceres con aquellas explosivas puestas de sol, que a Antonia le gustaba contemplar desde una loma cercana a la casa eran incomparables. Y qué decir de las noches tranquilas y serenas, sentados bajo la acacia de la puerta, con el infinito cielo cuajado de estrellas que parecía que hablaban entre sí con el chispear de sus luces. O cuando se organizaban las «cuervas» en el patio de la aldea, con los encargados, los muleros, los pastores, el guarda de la caza, el guarda de la viña y los jornaleros, junto con todas sus mujeres y sus hijos que vivían o trabajaban en la aldea… Allí aprendió Antonia a bailar las «manchegas» que tan bien ejecutaban su madre y su hermano Francisco. Los mozos y las mozas del lugar las bailaban con gran fogosidad e increíbles saltos.

Contaban las gentes que en noches como aquellas, cuando las necesidades del amor aprietan, muchos mozos y mozas se habían fugado y su ausencia no fue advertida hasta el día siguiente. El elixir mágico de aquellas cuervas, el erotismo de los bailes acompañado por el deseo que palpitaba bajo las leves ropas que dejaban entrever los sudorosos cuerpos bronceados por el sol y a los que la luna acariciaba adornándolos con sus destellos de plata, eran los causantes de tan apasionadas historias de amor que no se recataban de contar en el corro, delante de todos, con todo lujo de detalles y eróticamente incrementados, como para hacer subir más, si aún ello fuera posible, el tono de la excitación y provocar encendidas pasiones.

Aquellas noches eran para el amor y sin él parecía que todo el día quedaba inconcluso. Así fue como se enamoraron sus padres. Allí fue donde su hermano y ella misma fueron engendrados. Eran noches felices cargadas de romanticismo y sensualidad. De allí salieron apasionados noviazgos y algún que otro prematuro embarazo concebido en lechos de pajares y de graneros, bajo el conjuro protector de la luna.

Una noche de aquel verano, Antonia soñó despierta con el hombre que sería su marido y con el que viviría aquellas noches de amor. Deseaba poder concebir un hijo allí, con su marido, en una noche mágica como aquella. En estos pensares estaba, abrazada a la almohada, cuando le vino a la mente la imagen de Andrés. Sintió un agradable estremecimiento y aquella noche, Antonia supo que estaba perdidamente enamorada de él.

Mientras tanto, Andrés ayudaba en las labores de la huerta y su padre lo notó extrañamente silencioso y ausente. Su imaginación vagaba por unos parajes que desconocía, tratando de adivinar lo que Antonia estaría haciendo en aquél momento; con quién estaría hablando; si algún hombre la estaría pretendiendo o si se acordaría de él. Para distraer su mente, trabajó con ahínco procurando descargar de trabajo a su padre. Apretó duro, como con rabia, a golpes de azada en la maginca de la tierra. Ayudó a recolectar la fruta y las hortalizas de la huerta y cuando terminó con las de su padre, se dedicó a hacer, como siempre, lo mismo en las dos tahúllas que tenía su vecina Lucía.

Lucía era una mujer que se había quedado viuda no hacía mucho tiempo. Era joven y tenía tres hijos. La mayor, de quince años, se llamaba Mari Carmen; le seguía un hijo de trece años que se llamaba Antón; y por último otro pequeño de siete, que nació con parálisis cerebral, que se llamaba Tomás. Lucía no sabía muy bien qué hacer con la huerta porque ella no era huertana: había nacido en la ciudad. Vicente, su difunto marido, era el que se ocupaba de todo hasta que un tumor maligno se lo llevó. Su hijo Antón era muy joven y tuvo que dejar el colegio para hacerse cargo de la tierra. Vicente llevaba, además de sus dos tahúllas, otras cuatro arrendadas pero cuando Vicente murió, el dueño de las cuatro tahúllas —un comerciante de la ciudad— consideró extinguido el contrato. Poco pudo hacer Lucía para retener aquellas tahúllas arrendadas porque si grandes le venían las dos tahúllas propias, aún más grandes lo eran las otras cuatro.

Andrés estaba atento a todas las necesidades de la familia de Lucía, que no eran otras que las suyas propias. En las tahúllas de Lucía únicamente se plantaba lo que Andrés decía y la tierra era cultivada por Andrés llevando siempre a su lado a Antón para enseñarle. Además Andrés les daba clase a Mari Carmen y a Antón. Así, poco a poco, fue haciendo que aquellas dos tahúllas prosperaran lo suficiente como para que Lucía pudiese mantener unida a su familia. Sin su ayuda, no sabemos qué mala determinación hubiera podido tomar Lucía. Cuando una floja cosecha no llegaba para cubrir las necesidades, Andrés le decía a Lucía que le había vendido las hortalizas a un verdulero de la ciudad a un precio magnífico —cosa que Antón sabía que no era cierto, pero se callaba, porque también sabía que esa era la forma que Andrés tenía de ayudarles sin que su madre lo supiera y tuviera que agradecérselo o sentir que tenía que devolver aquel dinero—. Así, poco a poco, y con la ayuda de Andrés, Lucía sacaba adelante a

su familia al mismo tiempo que su hijo Antón se iba convirtiendo en un muchacho fuerte y un huertano entendido.

Los días fueron pasando como pasan todos los días: uno detrás de otro, cual procesión de mariquillas. Por fin llegó el jueves 26 de julio, festividad de Santa Ana: el día grande de las fiestas del Rincón de Seca.

Andrés se arregló con sus mejores ropas y montado en la alegre Mohína, se marchó hacia el Rincón de Seca donde toda la semana estaba siendo festiva. Antonia, como dama de honor, tenía muchas actividades, pero esperaba con impaciencia la llegada de Andrés. Hoy no podía faltar; si hoy no venía, sería señal de que no le interesaba.

El pueblo estaba engalanado y en todas sus esquinas se habían hincado unos palos altos totalmente recubiertos con ramas de verde baladre atadas a ellos. Las calles se cubrieron con guirnaldas, banderolas y farolillos de alegres y coloridos papeles que los mayordomos, responsables de las fiestas, se encargaban de repartir entre todas las casas del pueblo junto con bobinas de hilo de bramante. Por las siestas, entre cantos y chismes, los jóvenes pegaban con engrudo los papelillos de colores, confeccionando larguísimas guirnaldas que eran enrolladas en el respaldo de una silla para poderlas transportar y desliar en el momento de su montaje. Así era como todo el pueblo participaba, muy activamente, en la preparación de sus fiestas.

Ya se habían realizado algunas de las pruebas y concursos; como la tarde anterior, la de la cucaña, en la que Gabriel, el Tisis, se había llevado el premio de un par de pollos capones. Gabriel era el hijo de Tona, la Camporra, y algunos, malévolamente, le apodaban el Tisis —apodo que le puso Godo, porque Gabriel era muy delgado y una vez que le oyó toser un poco, Godo empezó a decir de él que estaba tísico—. Cuando Gabriel oteó los dos capones cebados colgando en lo alto de aquella cucaña, impregnada con pringue, en la que ya habían fracasado numerosos y fornidos mozos, salió corriendo por entre la gente gritando: «¡Dejadme a mí, dejadme a mí!» y ayudándose con manos y uñas —las de las manos y las de los pies— y hasta con los dientes, espoleado por la visión de aquellos dos hermosos capones, y como todo en él era pura fibra, subió más rápido que un gato y se afanó al trofeo con tanta fuerza que casi le arranca las patas a los pobres pollos. La verdad es que el muchacho era pobre y debía pasar más hambre que un esquimal cazando focas por el desierto, por eso se le veía tremendamente feliz y contento paseando por en medio de la gente con sus dos capones en las

manos.

Antonia vio por fin a Andrés en la misa mayor y le dedicó su mejor sonrisa.

«Qué guapa está con ese vestido de gala y ese color moreno en las mejillas» pensó Andrés.

«Ha venido. Gracias Santa Ana. Está bonico rematao con ese color bronceado y esa camisa blanca…» pensó Antonia.

Se fueron viendo, en la distancia, sin apenas poder decirse nada porque ella estaba cumpliendo con sus deberes de dama yendo de acá para allá, haciendo los honores, presidiendo y recaudando dinero y ayudas para las fiestas.

Ana llamó aparte a Andrés y le confió en secreto:

—Si quieres estar esta tarde con Antonia, participa en el concurso de la carrera de cintas a caballo, y tienes que sacar la cinta de color verde manzana que es la suya. Así podrás estar toda la tarde de acompañante y bailar luego a la noche con ella.

—¿Te ha dicho ella que me lo digas o esto es cosa tuya? —preguntó Andrés.

—¡Ah!, se dice el pecado pero no el pecador.

—De todas maneras muchas gracias, Ana.

La carrera de cintas estaba programada para primera hora de la tarde y…

—Un momento, un momento, abuelo, que me pierdo —interrumpió Daniel—. ¿Cómo era esa carrera de cintas a caballo?

—¿Ves esta cinta que tengo en la mano? —le respondió el abuelo—; pues la reina de las fiestas y cada una de las damas de honor bordaban una cinta, cada una de un color diferente. El color se mantenía en secreto o, como mucho, se le insinuaba a algún mozo o al novio de la moza en cuestión. Las cintas, cada una de ellas enrolladas en un canuto de caña, junto con otras cintas en las que no había nada bordado en ellas se colocaban una junto a la otra, a separaciones iguales, y se sostenían con una cuerda que pasaba por el centro de los canutos de caña. Esta cuerda se colocaba horizontalmente a una determinada altura. Los mozos, a caballo, se situaban con sus monturas detrás de una línea trazada en el suelo a una buena distancia de donde estaban las cintas y en su mano llevaban una cañita de unos treinta centímetros de longitud. Un juez daba la salida, bajando un pañuelo, y los mozos salían, a todo galope, para llegar a introducir la cañita por la anilla de alguna de las cintas y desliarla de su canuto de caña. Si no lo conseguía, debía regresar, por otro camino, hasta la línea de salida para volverlo a intentar. Si lo conseguía, ya no podía continuar participando,

puesto que no se puede sacar más de una cinta. Luego, cuando ya habían sido sacadas todas las cintas, se acercaban a la tribuna y, según el color de la cinta, una de las damas, o la reina, colocaba un pañuelo en el cuello del mozo que la había sacado. El pañuelo era del mismo color que la cinta y llevaba el nombre de la dama que lo había bordado y de este modo el mozo se convertía en el acompañante de la dama para todo el resto del día.

—Algo parecido pero menos interesante lo hemos hecho nosotros con la bicicleta alguna vez —dijo Javier.

—¡Quita ya! eso no se parece en nada. Esto es mucho más romántico y me recuerda a los torneos de la edad media que hemos visto en las películas —comentó Ana.

—Sí y es una pena que estas carreras se hayan perdido —comentó la abuela Isabel—. Creo que en algún lugar de Italia se sigue haciendo algo parecido.

—¿El abuelo te sacó alguna cinta, abuela? —preguntó riendo Candela.

—No, que va. El abuelo y yo conocimos estas carreras de cintas cuando éramos unos críos y luego se perdieron de forma rápida. Era divertido ver cómo varios mozos competían por la misma chica o cuando uno quería competir por la novia de otro. Alguna vez la cosa terminó de forma dramática, aunque siempre solía primar el buen humor —aclaró la abuela.

—Sigamos con la historia —dijo el abuelo.

La carrera iba a comenzar y en la tribuna, adornada con cobertores y mantones de manila, estaba sentada la reina y toda su corte de damas. Los participantes habían pagado la cantidad estipulada y Andrés concursaba montando a Mohína. De pronto, se escuchó un rumor en toda la plaza: el portón del parador de la casa-almacén de Marcial Laorden se abrió de par en par y Godo, hizo acto de presencia montado en un magnífico y altísimo caballo blanco. Era un animal espléndido y totalmente equipado. Portaba una silla jerezana de cuero repujado y adornado con tachuelas de plata. Tenía unos estribos anchos que le permitían al jinete poder izarse fácilmente sobre ellos —cosa de la que Godo no paraba de hacer ostentación—. Una serie de desconocidas riendas y ramales, de brillante cuero y doradas hebillas, salían del bocado del animal; nunca se había visto nada igual en el pueblo. Godo iba impresionante, allá arriba, vestido con unos calzones blancos y ajustados que se introducían en unas botas de caña alta de color negro con vuelta de ante marrón y espuelas de plata. Llevaba una casaca roja con filigranas doradas, bordadas en el cuello y en las

mangas, y en la cabeza, un pequeño tricornio azul.

El caballo lo traía Joselito, el Noé, sujeto por la brida.

Joselito, el Noé, era un muchacho muy inocentón y bastante falto, hijo de los caseros de Marcial Laorden. A Joselito le pusieron el apodo del Noé porque imitaba a la perfección todos los berridos, aullidos y cantos de los animales que hubieran podido entrar en el arca de Noé.

Joselito, el Noé, era además el cartero del pueblo —aunque no sabía leer ni escribir—. El cargo se lo proporcionó Marcial Laorden para que tuviera un pequeño empleo, y porque él era la persona que más correo recibía en el pueblo. Por todo ello, Joselito, el Noé, le debía una servil pleitesía a su señorito Godo —que se aprovechaba de él, y de su hermana Consuelito, como si siervos y esclavos fueran, que esa era la única forma que Godo tenía de tratar al servicio y a los empleados.

Cuando apareció Godo con aquella indumentaria y montado en tan magnífico corcel, la gente quedó perpleja y se preguntaban si era justo y legal que aquel formidable ejemplar compitiera con jamelgos de escaso porte, con burros, e incluso con mulas, y todos ellos montados a pelo. Miraron a los mayordomos de las fiestas que, encogiéndose de hombros, no supieron qué decir; no había norma alguna ni sobre la talla de los caballos a concursar, ni sobre la indumentaria que se podía usar, y no encontraron razón para descalificar a aquel tremendo animal que Godo montaba. Además ¡a ver quién era el guapo que se lo prohibía!; le podía dar un ataque de ira y empezar a gritar como un poseso diciendo que estaban todos despedidos, como si la fiesta fuera suya y el pueblo su finca particular. Para terminar de arreglar la cosa, Godo se sacó de la bota una batuta de marfil que tenía unos cincuenta centímetros —un palmo más largo que las cañas que usaban los demás para ensartar las cintas—. Tampoco había nada dicho sobre la largura de la caña.

Iba a comenzar la carrera y los jinetes se situaron en la línea de salida.

Godo se colocó al lado de Andrés y con una falsa sonrisa le dijo:

—Los forasteros primero. Es norma de cortesía de la casa Laorden.

Andrés lo miraba con duda, pensando en que aquella amabilidad parecía mal intencionada; de todas formas quiso salir de los primeros para poder ensartar la cinta de Antonia antes de que otro lo hiciese.

Salió rápido Andrés y se encaró enseguida mirando fijamente a

la anilla que colgaba de la cinta de color verde manzana de Antonia. El galope de Mohína era constante y tendido. Levantó Andrés el brazo y con el extremo de su caña tenía la anilla de la cinta enfilada: no podía fallar; pero cuando ya estaba en la punta de su caña… la cuerda se movió y la anilla se desvió de su trayectoria lo suficiente como para no poder ensartarla. Miró a los extremos de la cuerda y en uno de ellos vio a Joselito, el Noé, que escondía tras de sí una caña con la cual había golpeado la cuerda en el momento justo. Miró hacia atrás y se cruzó con la mirada burlona y chulesca de Godo. Se dio cuenta, en ese instante, de su grave error: le había indicado a Godo cuál era la cinta de Antonia. Este supuso que ella le habría dicho cuál era el color de su cinta. Sólo era cuestión de que él la señalara y de que Noé realizase bien su trabajo y le hiciera fallar en el intento. La oportunidad era ahora toda de Godo. Andrés miró con angustia a Antonia que sentada en lo alto del palco había comprendido la estratagema de Godo.

Godo, una vez que ya conocía el color de la cinta de Antonia, se dispuso a iniciar su carrera con la agoniosa precipitación que siempre le privaba de poder disfrutar de su astucia. El caballo, bien educado para el que supiera montarlo, era fiel y obediente a las señales que le indicara el jinete y cuando Godo le clavó las rodillas para salir, el caballo, domado en alta escuela, se puso a caminar hacia atrás ante el pasmo de Godo y la risa de todos. Godo se asustó y, enojado con el animal, le picó espuela y lo castigó con la fusta; aquella orden, que no figuraba en su repertorio, hizo comprender al caballo que no estaba siendo montado por un jinete experto, sino más bien por un zoquete. El caballo giró sobre sí mismo e hizo una cabriola descabalgando a Godo que cayó al suelo todo lo largo que era. La gente reía viendo a Godo en el suelo que, de aquella guisa y con aquellas espuelas tan largas, no podía sentarse para volver a ponerse en pie. Joselito llegó corriendo para sujetar y tranquilizar al animal.

—¡Imbécil!, deja al caballo y ayúdame a levantar —le gritó Godo a Joselito.

—¡Idiota!, que no se te escape el caballo —le volvió a gritar Godo una vez que estuvo levantado.

Ayudó Joselito a volver a montar a Godo que, como inexperto jinete que era, adoptaba posturas ridículas y patéticas que producían mofa.

Mientras tanto los jinetes restantes, que no habían obtenido cinta, se disponían a volver a pasar. José, que ya había obtenido su cinta y contemplaba el espectáculo, le dio un grito a Andrés para

que continuara; aún había posibilidades. Mirando a Pedro que estaba entre la gente, le hizo una señal con la cabeza que Pedro entendió a la perfección. Andrés salió cabalgando, por la calle abajo, para alcanzar otra vez la línea de salida. Godo se iba acercando a la línea de las cintas. Su caballo había adoptado un paso lento y danzarín por lo que Godo se tambaleaba, de un lado para el otro, haciendo esfuerzos por mantenerse erguido sobre la montura. En la mano llevaba aquel rejón de muerte y su codicia le volvía a jugar otra mala pasada porque ahora la varilla era excesivamente larga y con el bailoteo del animal era muy difícil mantenerla apuntando hacia la anilla. Detrás de él venía Gabriel, el Tisis, el hijo de Tona, la Camporra, sobre su burro, a todo lo que daba de sí el pobre animal que se movía con graciosos pasos cortos.

Joselito, el Noé, se volvió a marchar corriendo hacia su sitio, en el extremo de la cuerda para volverla a mover si fuese necesario, pero allí estaba esperándole Pedro que con un pisotón de su más de doce arrobas lo dejó clavado al suelo y le dijo al oído:

—Si tocas la caña, te la meto por el culo y te la saco por la boca. ¿Me has entendido bien, Joselito?

Ante aquella mole humana, tan seria y tan capaz de hacer lo que decía, Joselito, el Noé, asintió con la cabeza y de sólo pensar en la caña saliéndole por el gaznate se le erizaron los pelos y se protegió con una mano el trasero y con la otra la boca.

Gabriel llegó a la cuerda después de que lo hiciera Godo y, cabalgando de pie sobre su pollino, logró ensartar una cinta azul, que era la penúltima. Ya solamente quedaba la cinta de Antonia.

Andrés acarició el cuello de Mohína y dándole un ligero manotazo en el anca, se lanzó hacia la línea de la cuerda.

Godo había conseguido llegar debajo de la cinta, un poco pasado y ladeado. Logró detener la marcha del caballo que, nervioso, no paraba de piafar; pero ahora estaba aquella maldita varilla tan larga… La absoluta falta de pericia y habilidad de Godo era patética; no tenía ninguna destreza en las manos. La gente protestó por haber parado al caballo: aquello era trampa.

La inteligente Mohína inició un trote constante y tendido. Andrés, sujetándose de las crines, dio un impulso y se alzó de rodilla sobre los lomos de su yegua y con la caña en la mano extendió el brazo derecho todo lo que pudo… Pasó como una exhalación por el lado izquierdo de Godo sin tan siquiera rozarlo. Se escuchó un «¡oh!» y luego una cerrada ovación de la gente; fue entonces cuando vio que llevaba la cinta verde manzana ensartada en su caña. Godo no comprendía lo que había ocurrido, sólo sabía

que la cinta estaba en la cuerda y que un parpadeo de ojos después ya no estaba. Cuando se percató de lo sucedido, y vio además que, el Tisis, montando un infame jumento, se terminaba de llevar la otra cinta que quedaba, quedando él sin ningún trofeo, entró en cólera y quiso pagarlo con el caballo —que una vez más lo puso cuerpo a tierra para jolgorio de la gente—. Cuando Joselito llegó para ayudarlo, Godo le dijo algo al oído y Joselito, el Noé, se fue corriendo hacia donde estaban esperando los que habían obtenido trofeo y acercándose a Gabriel, le hizo, en voz baja, la propuesta que Godo le hacía, a lo que Gabriel le contestó bien alto para que todos lo oyeran:

—Dile a tu amo que se meta los veinte reales por donde le quepan. Que es cierto que soy pobre pero tengo la suficiente dignidad como para saber que el respeto y la consideración de cualquiera de las mozas de mi pueblo no tienen precio. Si quiere comprar «carne», su padre le dirá dónde. Aquí no.

La ovación fue de órdago. Desde aquél día, a Grabiel, el Tisis, el hijo de Tona, la Camporra, se le llamó sólo Gabriel y se ganó la aceptación y consideración de todo el pueblo —menos para Godo que le juró odio eterno y fue el único que le seguiría llamando el Tisis.

Todos los ganadores, sobre sus respectivas monturas, fueron acercándose hacia la tribuna mostrando la cinta que cada uno había ganado. La moza de la cual era esa cinta, se levantaba y le anudaba al cuello el pañuelo bordado por ella con su nombre y así, el mozo afortunado, pasaba a ser su acompañante oficial por ese día o, si ambos querían, por el resto de las fiestas.

Francisco emparejó con Choni, que era la reina de las fiestas. Sus padres tenían la principal tienda del pueblo y sus alrededores —incluso de las poblaciones vecinas de Nonduermas, Puebla de Soto y La Raya.

José lo hizo con Encarna, una hija de Félix, el herrero del pueblo.

A Gabriel le puso el pañuelo Carmen, la Posi, que era la hija de Anacleto, el Verdiales, el panadero —la cual tampoco era un mal partido.

Andrés fue a que Antonia le colocase su pañuelo al cuello y mientras se lo anudaba Antonia le dijo:

—Bueno, parece que por fin vas a ser mi pareja por el resto del día.

—¿Por el resto del día? ¿Tanto te molestaría si lo fuese para el resto de la vida?

—Uf, que largo me lo fías; eso tendrá que verse… pero si está de Dios… Conformémonos con el día de hoy y con estas fiestas.

—Sí, como tú bien dices ¿quién sabe?… Conformémonos con el día de hoy que cada día tiene su propio afán y el día de mañana no nos pertenece. Ya veremos lo que pasa —dijo Andrés que ya le estaba tomando la medida al juego irónico de Antonia.

Bajaron todas las damas del palco y desfilaron cogidas del brazo de sus respectivos acompañantes. La banda de música les seguía animando el pasacalle con sus notas alegres y festivas. Al salir vieron a Godo, apoyado en una pared, sacudiendo el polvo de su atuendo —sin poder hacerlo con el polvo del orgullo—. Antonia y Andrés se acercaron para interesarse por si estaba herido. Cuando se marchaban, Andrés volvió la cabeza para ver a Godo y se encontró con la mirada más maléfica y aterradora con la que nadie le había mirado jamás: los ojos de Godo destilaban odio y sus dientes, tan fuertemente apretados, parecía que iban a saltar hechos añicos. Al instante Andrés tuvo una convulsión y comenzó a sentirse mal. Al notarlo, Antonia le preguntó a Andrés:

—¿Qué te ocurre?

No obtuvo respuesta. Antonia miró hacia atrás, buscando la causa del silencio de Andrés, y vio cómo Godo lo seguía mirando. Instintivamente se interpuso entre Andrés y aquella maligna mirada. Godo, al verla a ella, retiró la vista y se marchó a su casa para descargar allí el ataque de cólera que llevaba contenida.

Andrés se apartó a un rincón y apenas podía hablar; le asaltaron temblores y sudores fríos. Antonia, asustada, llamó a su hermano Francisco que no acertaba a diagnosticar lo que le podía estar ocurriendo a Andrés. Rápidamente acudieron Gabriel y Pedro. Gabriel sospechando algo dijo:

—Llevadlo inmediatamente a mi madre.

Cuando llegaron a la chabola de Tona, la Camporra, acostaron a Andrés en el camastro de Gabriel.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó Tona.

Antonia le contó todo lo de la carrera y lo que había pasado después con Godo.

—No me digas más —le interrumpió Tona.

Tona tomó un candil y un tazón lleno de agua. Vertió aceite del candil sobre el dorso de la mano izquierda de Andrés y dejó que una gota se deslizara hasta el borde del dedo corazón mientras ella rezaba unas jaculatorias que nadie alcanzaba a oír. La gota de aceite cayó en el centro del tazón, pero al tocar el agua la gota se extendió rápidamente hacia los bordes del mismo. Repitió la

operación dos veces más y en las dos veces ocurrió igual que en la primera.

—Está muy enfermo; está pasaico —comentó Tona.

—¿Pasaico de qué? —preguntó Antonia angustiada.

—¿De qué va a ser? Está pasaico de mal de ojo. Lo han ojeao entero. Se nota que lo han envidiado mucho.

—Eso ha sido el canalla de Godo —dijo Pedro.

—No, no le echéis las culpas a Godo, él no tiene la culpa. No ha estado en su voluntad hacerle este mal a Andrés. Bastante tiene el pobre con soportar su propia envidia —comentó Tona.

—¿Y qué hay que hacer ahora? —comentó Francisco que aún estaba mirando, sin salir de su asombro, cómo las gotas de aceite habían desaparecido del agua del tazón.

—Será mejor que se quede aquí esta noche. Yo lo cuidaré. Os aseguro que se pondrá bien, aunque es posible que tarde dos o tres días —dijo Tona.

—¡Me quedo contigo! —respondió Antonia.

—No, no. Vosotros os vais a la fiesta; yo me quedo con él. Ahora le daré una infusión y se dormirá. Esta noche va a ser la peor; tiene que soltar todo el mal que lleva dentro. ¡Venga, vosotros marchaos, que la gente os estará echando en falta y comenzará a murmurar!

Ya se marchaban cuando Francisco, echándose mano a la faltriquera, dijo:

—Tona, le voy a dar para que no le falte de nada a Andrés y…

—Francisco, no tiene que darme nada, ni a él le va faltar de nada —le cortó Tona.

Todos se marcharon a la fiesta, aunque para ellos ya no hubo fiesta. Pedro se emparejó con Antonia y rápidamente se extendió por todo el pueblo lo que le había ocurrido a Andrés, con lo cual se incrementó más el temor y el poco afecto que le tenían a Godo que era capaz de hacer cosas así.

Tal como había previsto Tona, la Camporra, Andrés pasó la noche intranquilo. Tuvo varios episodios de vómitos, convulsiones, sudores, y delirios. En cada episodio Tona se levantaba de su camastro y lavaba el cuerpo de Andrés restregándole con un hisopo hecho de hierbas y una pócima que ella había preparado. En los delirios, Tona hablaba con él y él, inconscientemente, le respondía en una jerga que sólo ella entendía. Cuando el episodio pasaba le daba a beber de una infusión y entonces Andrés quedaba tranquilo y sosegado hasta la próxima crisis. Gabriel estaba acostado en el suelo, a los pies del camastro que ocupaba Andrés, y se incorporaba para ayudar a su madre cuando tenía que atenderlo. Así pasaron la

primera noche.

* * * * *

—Perdona, abuelo, pero no sabemos quién era esa Tona, la Camporra, ni cual era ese extraño mal que padecía Andrés —comentó Candela.

—Sí, es cierto, os tengo que decir quién era Tona, la Camporra, porque oiréis hablar mucho de ella.

Todos se removieron en sus sillas y se dispusieron a escuchar algo que los tenía intrigados y miraron de reojo a la abuela Isabel temiendo que se le ocurriera dar por clausurada la sesión de aquella noche.

—Os cuento —continuó el abuelo—. Tona, la Camporra no era del Rincón de Seca. Apareció un día por el pueblo junto con su hijo Gabriel, que era un niño, y con un burro que portaba sus escasos enseres. Se quedó a vivir allí. Nadie sabía quién era ni de dónde procedía aquella mujer. Unos decían que venía de los campos de Moratalla; otros que la habían visto vivir en una cueva de Campos del Río; otros aseguraban haber visto una mujer igual por el valle de Ricote; otros que por los campos de la Folla de Ibi… por eso la apodaron como: la Camporra.

Al principio no fue bien recibida en el pueblo, incluso decían de ella todo tipo de comentarios y exageraciones.

Tona, la Camporra, tenía una edad indefinida. Algunos decían que era muy joven; otros decían que Gabriel no era su hijo sino su hermano pequeño, y otros que por no tener no tenía ni edad. No se ponían de acuerdo en si era guapa, o si era fea; puede que hubiese sido guapa, o al menos bien parecida, pero ella ponía especial empeño, con su ropa y con su aliño, en no parecerlo. Siempre vestía de negro y la cabeza cubierta con un inseparable pañuelo del mismo color. En invierno se abrigaba con un mantón que no sólo le tapaba la cabeza sino que cubría su rostro dejando ver unos penetrantes ojos negros lo cual le daba un aspecto moruno y misterioso a la vez que sugestivo y exótico. Para otros parecía una bruja… No había acuerdo entre los vecinos.

En lo que todos coincidían era en que un buen día llegó y montó una especie de tienda de lona, en un pequeño descampado a las afueras del pueblo. Pronto la echaron de aquel lugar alegando que el campo tenía dueño. Igual pasó con varios asentamientos más —incluso junto a un estercolero al que también le salió un ignorado y olvidado propietario—. Por último se instaló en la monda del río, sobre una pequeña elevación. Aquel terreno no tenía dueño

conocido, o si lo tenía sería de la Corona o del Concejo, o vaya usted a saber de quién; tampoco era cuestión de perseguir a la mujer que por otro lado no hacía ningún mal a nadie.

Tenía Tona, la Camporra, unos sorprendentes conocimientos de botánica, de las plantas medicinales y de sus efectos sobre la salud, aunque ella siempre decía que no entendía de medicina, ni tampoco cómo se curaba nada, pero aquello era un mecanismo de defensa, como si ya hubiera sufrido por tener esos conocimientos. Lo cierto es que comenzaron a ver en ella ciertas virtudes.

Una vez, un vecino vaquero tenía una vaca que iba a parir. El ternero venía posicionado del revés y el parto se presentaba muy difícil; la vida de la vaca, y la del ternero, peligraban seriamente. Mandó el vaquero a su hijo para que fuera a Murcia, a llamar al veterinario. Cuando el muchacho llegó a casa del veterinario, le dijeron que el señor y su señora esposa estaban en una función de teatro. Cuando llegó allí, el portero no quiso avisar al veterinario hasta que no hubiese un intermedio. Cuando el acomodador le pudo pasar el recado al veterinario, este respondió que esperase hasta que terminara la función y que tan poco sería tan grave la cosa. Mientras tanto la vaca se moría.

La mujer del vaquero, sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, fue a ver a Tona, la Camporra, y le pidió, por favor, que si ella podía hacer algo que lo hiciera, pues esa vaca era la mitad del sustento de su familia. Tona se presentó allí cuando el vaquero ya estaba desesperado y a punto de llorar la muerte de su vaca; se lavó bien las manos y poco a poco fue introduciendo su mano por la vagina del animal, y luego el brazo hasta el mismísimo hombro, y allí dentro comenzó a trajinar. Con suaves movimientos fue sacando el brazo, muy lentamente, al mismo tiempo que hacía unos giros y le hablaba a la vaca y al ternero con palabras de ánimo y cariño, como si de persona humana se tratara. La vaca mugía muy abonico —antes la vaca había estado despidiéndose de la vida con tan dolorosos mugidos que allí acudieron unos cuantos vecinos a ver cómo el pobre animal se moría—. El caso es que cuando Tona sacó por fin la mano apareció detrás de ella el hocico del ternero, toda la cabeza y el cuerpo que se descolgó con estrépito de líquidos y humores que se proyectaron sobre Tona y los curiosos vecinos. Parecía que el ternero estaba muerto, pero Tona le sacó de la boca una densa madeja de mucosidad y tomando después el hocico del animal le sopló muy fuerte. Repitió la operación, diez o doce veces, hasta que al final el ternero dio un resuello y después de un pequeño vómito y estornudo de mocos comenzó a respirar dando

lastimosos mugidos. La vaca estaba agonizante. Tona se fue primero hacia su cabeza y le habló y la acarició con ternura. Le llevó al chirrico para que lo viera y lo dejó a su lado para que lo lamiese y se tranquilizara mientras ella se dispuso a reparar el severo desgarro de la vagina. Pidió agua caliente, unos paños limpios y que le hirvieran una aguja saquera. Tomó del interior de una caja metálica un trozo de hijuela, que ella misma obtenía de los gusanos de la seda y con rapidez se puso a suturar el desgarro hasta que éste quedó convenientemente cerrado. Lavó la herida con agua caliente y la secó con paños limpios colocando después un ungüento sobre ella.

La gente quedó estupefacta al ver cómo Tona, la Camporra, había salvado la vida de los dos animales. El vaquero no sabía qué hacer ni qué decir de lo contento que estaba. Tona, lavándose las manos y la cara, comenzó a recoger sus cosas para marcharse, no sin antes darle unas instrucciones de cómo debía cuidar ahora a la vaca. El hombre le preguntó que cuánto dinero tenía que pagarle por aquello y ella le respondió que ninguno, que no lo había hecho por dinero sino por la vaca. La mujer del vaquero lo comprendió todo, antes que el insistente y corto de luces de su marido: Tona no podía cobrar por hacer aquellos servicios porque no estaba autorizada para ello y podía tener problemas con la justicia si era acusada de intrusismo. La mujer le dio las gracias a Tona y le dijo a su marido que se callara y no insistiera con lo del pago. Los demás vecinos no paraban de comentar lo sorprendente que había estado Tona, la Camporra. Cuando Tona se marchó la mujer dio una explicación al torpe de su marido del porqué de la actitud de Tona y convinieron en no decir nada.

Casi tres horas después del alumbramiento llegó el hijo del vaquero junto con el veterinario, que al ver el parto ya finiquitado montó en cólera por haberle hecho venir de noche para asistir a un parto que se veía claramente que no había tenido dificultad alguna —ni se molestó en mirar la vagina de la vaca—. Eso sí, dijo que él cobraba por la salida y por las horas del viaje hubiera o no hubiera alumbramiento feliz.

Al día siguiente la mujer del vaquero fue a la chabola de Tona y le llevó un regalo de leche, queso y mantequilla; volvió a agradecerle todo lo que había hecho y le pidió que enviara a su hijo, todos los días, para darle dos cuartillos de leche.

Tona, la Camporra, fue adquiriendo popularidad. La solían llamar para otros muchos servicios como: atender a parturientas o para reducir fracturas y traumatismos de huesos; pero en lo que

realmente destacaba Tona, la Camporra, era en sus sorprendente conocimientos de herboristería. Las plantas medicinales, sus elixires, pócimas, infusiones, ungüentos y cataplasmas no tenían secreto para ella. En perfumes y cremas era una autoridad que para sí la hubiesen querido muchos ilustres próceres de la farmacopea de la época. Las mujeres solicitaban sus productos y perfumes para seducir a los hombres o para estar más bellas. Ella no vendía nada, sólo regalaba.

Tenía también el extraño don de leer el corazón de las personas con sólo mirarlas a los ojos. Tona quería mucho a Antonia, decía de ella que tenía un alma bellísima y noble, y quiso enseñarle muchos de sus conocimientos —que debían ser transmitidos un día de Viernes Santo y detrás de la puerta de una iglesia—, pero Antonia prefería seguir viviendo sin saber de aquel oculto mundo. Tona había creado un perfume exclusivo para Antonia, al que llamaba Aura y que, según decía ella, solamente una persona que, al igual que Antonia, tuviese una noble aura, podría ver la suya.

—Entonces eso es lo que vio Andrés en Antonia el día de San Blas cuando se conocieron —dijo rápida Candela.

—Sí, efectivamente, Andrés entrevió aquella aura esplendente.

—Sí, y yo también veo a vuestras auras que se están yendo a la cama a dormir porque ya no aguantan más y hace un buen rato que sonó la una de la madrugada y estas no son horas de auras sino de fantasmas, así que ¡a la cama, que mañana no hay quien os mueva! Luego tenéis las madrugadas del tío Conejero, que le estaba dando el sol en el culo y decía que era el lucero —cortó la abuela Isabel.

Todos se levantaron riendo y, sin rechistar, se despidieron dándoles un beso.

Manuel se levantó para dar una vuelta a la casa y despedirse de su lechuza, sus grillos, sus luciérnagas y del murmullo del agua de su acequia.

Isabel lo llamó desde la puerta de la casa.

—¡Ya voy, ya voy! —Y se marchó con ella.

Noche 4ª

Candela pasó la mañana de aquel día escribiendo todo lo que el abuelo les había contado en las tres noches anteriores. Necesitaba dejar constancia de la historia que se le estaba revelando y que había suscitado en ella un fuerte deseo de expresar los sentimientos que le producían el encuentro con los seres que le habían precedido; aquellas personas que sintieron, amaron y vivieron en el mismo paisaje que sus ojos contemplaban ahora. Trataba de mirar por los ojos de ellos; o quizás eran ellos los que volvían para mirar por medio de los suyos.

El abuelo se acercó a su lado y, cuando vio lo que estaba escribiendo, le dejó un beso en el cabello alejándose en silencio.

Llegada la noche continuó la historia y cuando estuvieron todos sentados, Candela volvió a darle al abuelo la misma cinta y el mismo pañuelo de la noche anterior y le dijo:

—Anoche nos quedamos en que Andrés estaba en la chabola de Tona la Camporra con aquel mal de ojo y…

—Sí, ya recuerdo. Continúo:

Según las creencias de la huerta, el mal de ojo es un daño que se le transmite a una persona, generalmente de forma inconsciente e involuntaria, por mirarla de mala manera. Esto provoca en ella un daño que puede ser considerable y a eso se le dice que le han echado un mal de ojo, o también, que lo han «ojeado». La forma de transmitirlo es siempre por la mirada y generalmente se produce por la envidia hacia las posesiones de otro, o por sentirse mal por el éxito de otra persona, o por sentir celos. Estaba claro que la mirada que Godo le había echado a Andrés tenía esos tres ingredientes, por eso Antonia, cuando se percató de ello, comprendió que nada bueno podía ocurrir y si ella no se hubiese interpuesto entre los dos puede que incluso el daño ocasionado a Andrés hubiese sido aún mayor. Se dice en la huerta que muchas personas, especialmente niños y bebés, han muerto por causa de este mal. Cuando el mal de ojo es muy leve se le llama entonces «aliacán», que produce un estado de ansiedad y melancolía; como en un estado depresivo. Hay varias maneras de curarlo y una de ellas es viendo pasar las aguas del río

Segura alejándose lentamente.

La forma más común de detectar un mal de ojo, así como de conocer su intensidad, es la de las tres gotas de aceite en un tazón de agua tal como lo hizo Tona, la Camporra. Ese fenómeno, físicamente imposible, es el que vio Francisco y que no podía creer sin echar por tierra gran parte de los conocimientos estudiados.

Continuando con lo que os contaba anoche, a la mañana siguiente fueron Antonia y Francisco a la chabola de Tona, la Camporra.

—¿Cómo está Andrés? —le preguntó Antonia con ansiedad.

—Aún está mal. Ha pasado una noche muy inquieta.

—¿Qué podemos hacer? ¿Qué necesitas?

—Voy a necesitar unos paños limpios y si me podéis lavar estos ya usados, me hacéis un favor.

—Te traigo paños limpios ahora mismo y te lavo estos.

Antonia marchó a su casa y sacó dos sábanas bajeras de hilo fino, de las de su ajuar, y las cortó en tiras. Una de las sábanas de arriba, bordadas con sus iniciales, también se la llevó a Tona para que la usara con Andrés.

Durante el día todos los amigos fueron pasando por allí. Pedro llevó a Enrique, el padre de Andrés, para que viera a su hijo. Tona lo tranquilizó y lo convenció de que se estaba haciendo lo mejor que se podía hacer, y que en un par de días estaría bien. Enrique conocía muy bien aquel mal que afectaba a su hijo; también lo padeció su mujer, la madre de Andrés.

Gabriel no se apartó del camastro de Andrés, ni de noche ni de día. Le daba a beber de la infusión que su madre preparaba y lo alimentaba con el caldo de uno de los capones que había ganado en el concurso de la cucaña.

Llegó la noche y con ella volvieron también los delirios de Andrés. En la huerta profunda se decía que cuando alguien deliraba era porque un espíritu, bueno o malo, se había alojado en su cuerpo y se comunica haciéndole hablar en una jerga difícilmente inteligible para los no iniciados. En uno de los trances que tuvo Andrés aquella noche, Tona prestó atención a lo que decía y le pareció que era un espíritu bueno que trataba con cariño a Andrés. Tona hizo entonces lo que se había prometido que no volvería hacer nunca jamás: tratar de hablar con un espíritu. Comenzó haciendo tímidas preguntas y al poco tiempo el espíritu le fue respondiendo con sonidos guturales. Cuando ambos se convencieron de que no querían ningún mal para Andrés el diálogo se hizo más directo. Tona le preguntó sobre cómo veía a Andrés por dentro y el espíritu

le respondió que no tenía ninguna lesión. Le preguntó si era él el espíritu que había venido la noche anterior y este le contestó que al principio no, pero que después vino para expulsar al espíritu inmundo que había entrado en Andrés y desde entonces ya no lo había abandonado. Se atrevió Tona a preguntarle cómo veía la vida de Andrés y se produjo un silencio; sospechó que el espíritu se había marchado, pero al poco comenzó a hablar en su jerga y fue revelando algunos episodios de lo que iba a ser la vida de Andrés. Le dijo que tanto Tona como Gabriel estaban destinados a ser una parte importante en su vida.

Tona tuvo la ocurrencia de pasarle por el rostro un paño impregnado con el perfume Aura de Antonia, y entonces se iluminó la cabeza de Andrés y apareció una sombra, como la de una mano, que acariciaba su frente. Al instante la sombra de aquella mano se retiró y la comunicación se interrumpió definitivamente.

Tona quedó perpleja tratando de comprender todo lo que creía haber escuchado y visto.

Al amanecer del día siguiente, Andrés despertó; no sabía dónde se encontraba. Al primero que vio fue a Gabriel que estaba dormido en el suelo junto a aquel camastro que desconocía. Intentó levantarse pero se percató de que estaba desnudo; sólo cubierto por una suave sábana. La colchoneta del camastro sobre el que descansaba estaba rellena con hojarascas de panocha y, al intentar incorporarse, el ruido despertó a Gabriel.

—Buenos días, Andrés. Ya has vuelto.

—¿He vuelto?

—Has estado más por allá que por acá, pero ahora ya estás de nuevo aquí.

Andrés se quedó mirando aquel extraño aposento en el que no recordaba haber estado nunca. ¿Qué hacía él allí?

El recinto era muy pobre. Tendría apenas unos tres metros de ancho por cinco de largo y estaba formado por cuatro paredes hechas con bloques de atobas. El suelo era de tierra apisonada y estaba pintado con rojo almagre. En el techo había unas colañas de troncos de chopo y sobre ellas un cañizo espeso. Había dos catres separados por una cortina y a los pies de ellos otra cortina dividía la zona de dormir del resto de la única habitación. El orden era perfecto y todo estaba limpio. Junto a las paredes había unos rústicos anaqueles llenos de cajas, unas de madera, otras de metal y algunos saquitos atados por un cordel. Todas las cajas estaban rotuladas con los nombre de las plantas que contenían: *Vaccinum myrtillus; Aloe succotrina; Matricaria chamomilla; Artemisia*

Absinthium; *Ocimun Basilicum L*… Bajo los anaqueles había una mesa de madera larga y sobre ella una balanza así como varios matraces y probetas junto a algunos morteros de metal y de piedra. Un intenso y agradable olor, casi un perfume, impregnaba el aire de aquella chabola. Su única puerta se cerraba por dentro con una tranca. La luz le entraba por medio de dos ventanas, la una frente a la otra, en los paramentos laterales.

Tona, la Camporra, apareció con una sonrisa, le pasó la mano por la frente y le dio a beber de la pócima que traía en un tazón.

—Ya estás mejor. Ahora te sentirás muy débil y confundido pero eso es normal. Voy a traerte tu ropa que te ha lavado y planchado Antonia.

—¿Antonia?

—Bueno, será mejor que te cuente qué es lo que te ha ocurrido antes de que te levantes.

Tona se lo fue contando todo. Andrés sólo recordaba que iba del brazo de Antonia y que se interesó por Godo. Mientras tanto Gabriel avisó a Antonia y a Francisco de que Andrés ya había despertado. Antonia llegó corriendo y estaba tan contenta que no paraba de moverse y de reír. Francisco lo reconoció, hasta donde llegaban los humildes conocimientos de un estudiante de cuarto curso de medicina y no encontró nada de particular en Andrés. Si él no hubiera visto todo el proceso maligno que había sufrido Andrés, no lo hubiese creído, como tampoco le creerían a él si lo contase en la Facultad de Medicina de San Carlos en Madrid. Lo mejor era ver, oír y aprender. Le parecía imposible que aquella mujer supiera tanto sobre las plantas medicinales. Estaba convencido de que ocultaba unos conocimientos muy superiores a los que se le atribuían. Aquello era un misterio que quizás se descubriese alguna vez.

Andrés preguntó a Tona sobre cómo podría pagarle todo el bien que le había hecho, y Tona, la Camporra, le respondió que ella ya estaba suficientemente pagada. Andrés se acercó a Tona y dándole un abrazo le depositó un beso en la frente. Tona se ruborizó y acarició la mejilla de Andrés y dijo, en voz alta, para que Antonia lo escuchara «Eres un hombre noble y una buena persona».

Andrés terminó de reponerse siguiendo lo que Tona le había indicado: tomar unos baños en el Huerto de Cadenas, junto a la balsa de Cadenas[1].

Y hablando de baños y puesto que estaban en el mes de julio, el más caluroso, era costumbre entre los huertanos —dependiendo de cómo se había dado el año, económicamente hablando—, el ir a tomar el novenario de los baños al mar Menor, principalmente a Los

Alcázares.

Llegados los calurosos días del verano, una vez terminadas todas las labores de la huerta, pagado el rento y vendida la seda —y siempre después del día de la Virgen del Carmen y antes de la recolección del maíz y de los membrillos—, se ponían en marcha caravanas de alegres carros que acampaban en la orilla de la playa de Los Alcázares para tomar los baños.

Los Alcázares era entonces un pequeñísimo poblado de pescadores con muy pocas casas. Los huertanos más pudientes alquilaban alguna habitación con derecho a cocina. Los ricos de la ciudad, tenían su villa en la Alberca o en Santo Ángel, o incluso casa propia en Santiago de la Ribera.

José, Francisco, Pedro y Andrés habían proyectado ir ese verano a Los Alcázares, todos juntos. Precisamente ese año Juan Parra y su mujer Rosa, tenían que volver a Peñas de San Pedro una vez terminadas las fiestas del Rincón de Seca. Aquello fue una contrariedad terrible para Antonia que suplicó a su madre rogándole que la dejaran ir a la playa con sus tíos Ñin y Teresa. No era justo que su hermano Francisco sí pudiera ir y ella no. ¿Qué iba a hacer ella, allí sola, en Peñas de San Pedro…? Les dio cien razones y mil argumentos; pero no fueron los argumentos ni las razones las que convencieron a Rosa, sino la cara de enamorada que veía en su hija y la alegría e ilusión que ponía en sus palabras.

—Déjame a mí. Yo intentaré convencer a tu padre.

No le fue difícil a Rosa convencer a Juan. Sólo tuvo que decirle que así podrían estar ellos dos solos y tranquilos, en Peñas de San Pedro, para recordar aquellas noches tan maravillosas de la aldea, y que podrían hacer alguna excursión a la misma posada de Las Lagunas de Ruidera en donde ellos estuvieron cuando se casaron. Ante aquella perspectiva a Juan se le puso la cara mitad de ángel y mitad de demonio y accedió, con una digna condición impuesta al tiempo que se sujetaba el cinto haciendo como que se subía los pantalones, como para que no hubiese dudas sobre quién era el que los llevaba en la casa, y con un elocuente: «Bueno, vale, pero sin que sirva de precedente».

Cuando Rosa les dijo a los jóvenes que Antonia sí podía ir con ellos, lanzaron al aire su alegría y Rosa vio cómo Andrés miraba a su hija. Rosa pensó para sus adentros: «Me gusta este muchacho para mi Antonia; me gusta…».

Los jóvenes se pusieron a organizar el viaje y Francisco dijo entonces:

—Puesto que ahora vamos a estar todos juntos, podemos ir con

tres carros; así iremos más cómodos. Las chicas con Ñin y Teresa. José y yo en mi carro y Andrés y Pedro en el de Andrés.

—Está bien, pero falta uno —dijo Andrés.

—¿Falta uno? ¿Quién? —preguntó Francisco.

—Sí, falta Gabriel. Quiero invitar a Gabriel para que venga con nosotros. Eso es cosa mía y yo corro con su gasto.

—De eso nada. Me parece estupendo que venga Gabriel, porque se lo merece, y que seas tú el que lo invite, comprendemos las razones que tienes para ello, pero Gabriel también es cosa nuestra y por tanto es también nuestro amigo y nuestro invitado. ¿Verdad, muchachos? —dijo José.

—Sí, es cierto; si no es así Gabriel no se podría tomar unos días de vacaciones en la playa ¡Qué orgullosa estoy de vosotros y qué feliz me siento! —exclamó Antonia.

—No se hable más, vamos a decírselo: le daremos una alegría.

Fueron todos a la choza de Tona, la Camporra, y de Gabriel.

—¿A qué se debe esta visita? —preguntó Gabriel.

—Hemos venido porque la semana próxima vamos a ir a tomar los baños a Los Alcázares y hemos decidido que tú también te vengas con nosotros —dijo Andrés.

Tona lo miró con ojos de ternura y cariño. Nunca nadie se había acercado a ellos para invitarlos a nada ni a compartir nada semejante. Desde que llegaron a ese pueblo nadie había querido tener relación desinteresada con ellos, nadie, excepto Antonia.

—No sabéis cuánto os lo agradezco pero no va a ser posible —dijo Gabriel.

—¿Y eso?

—Tengo muchas cosas que hacer… Me han llamado para echar unas peonadas en la construcción de una barraca… —mintió Gabriel—. Además no puedo dejar sola a mi madre.

Andrés comprendió inmediatamente las verdaderas razones de Gabriel y dijo:

—Bueno, vamos a dejar esto por ahora; todo se arreglará. Tú vete preparando que te vienes con nosotros. Pasado mañana hablamos.

Cuando todos se marcharon, Gabriel le dijo a su madre:

—Madre, no me mire usted así. ¿Cómo quiere que me marche con ellos? Usted sabe que no tengo ni una muda para cambiarme y que la única que tengo me la tiene que lavar usted por la noche y ponerla al lado del fuego para que esté seca al día siguiente. No tengo para bañarme; me baño en el río con una camisa, y cuando no me ve nadie. ¿Cómo voy a ir con ellos si no tenemos ni un real?

Además no quiero dejarla a usted sola.

Tona veía que Gabriel tenía razón pero tampoco quería que su hijo perdiera aquella oportunidad de relacionarse con tan buenos amigos y además «sabía» que sus historias se tenían que unir. Aquello podía ser una prueba para ver si la revelación que le había transmitido aquel espíritu que visitó a Andrés, cuando estuvo inconsciente, era cierta o fue tan sólo una alucinación.

—Confía y ten esperanza. El corazón me dice que todo se arreglará.

Al día siguiente Antonia les llevó un hato con ropa usada de su familia «por si os viene bien». Por la tarde apareció en la puerta una nota que decía «Para Gabriel» y dentro de una bolsa había veinte reales. ¡Qué casualidad!, esa era la misma cantidad que le ofreció Godo por comprarle la cinta que había obtenido Gabriel en la carrera.

Dos días más tarde Andrés le dijo:

—Oye, Gabriel, mi padre ha hablado con un boticario amigo suyo y le ha dicho que necesitaría un ayudante de mancebo para su botica y él ha pensado en ti. ¿Te interesa?

—Por supuesto que sí. Muchas gracias, Andrés. ¿Cuándo habría que empezar?

—Ya te lo diré yo, pero será para cuando regresemos de Los Alcázares —le contestó Andrés a la vez que le guiñaba el ojo.

Gabriel se quedó en silencio, pensativo, sentado en la puerta de su chabola viendo cómo Andrés se alejaba y le dijo a su madre:

—Madre, creo que nuestra suerte va a cambiar. Por fin hemos encontrado a unas personas buenas.

—Sí, es cierto hijo: nuestra historia va a cambiar.

El viernes siguiente, al caer el sol, emprendieron el viaje a Los Alcázares los tres carros, junto con otros cuatro más del pueblo[2].

Así, viajando de noche para evitar el calor del día, movidos por un anhelo alegre y festivo, fueron recorriendo las diez leguas que les separaban del mar a donde llegaron después de catorce horas de marcha.

Cuando ya la cansera hacía mella en los viajeros, la sola visión del mar Menor y sus molinos renovó sus enflaquecidas fuerzas. Percibían ese olor tan exclusivo y característico, a algas, a sal y a brea, que quien ha estado allí y lo ha olido, lo recordará siempre. Sólo con el olor de su cercana presencia se les reconfortaba el ánimo.

Aquel mar Menor era una deuda histórica que había pendiente, en nombre de las innumerables riadas e inundaciones con las que el

río Segura[3], con sus afluentes y ramblas, había castigado los campos murcianos y que con las aportaciones de las tierras así robadas fue acumulando en sus desembocaduras sedimentos rojizos entre El Colegre, El Pedrucho, el Estaño o Estacio, y que apoyándose en una multitud de escollos había creado una barra de tierra que se unió con el cabo de Palos y formó La Manga. Se cerró así una bahía y se configuró esta albufera que es el mar Menor. Era pues una compensación de la naturaleza por los daños infringidos a la huerta de Murcia y a sus campos.

Allí se encontraron con otras familias que seguían llegando de otros lugares de la huerta. Los carros y tiendas se situaban a lo largo de dos y hasta de tres filas paralelas al mar. Algunos acampaban formando un cuadro para estar las familias más unidas, pues de eso se trataba: de pasar unos días de vacaciones y convivencia y de tomar el novenario de los baños que tan sanos eran para el reuma y para poder pasar el invierno sin acatarrarse, pero eso sí: según los últimos adelantos de la medicina, tenían que ser nueve los baños. Si se tomaban más, entonces tenían que ser en otra tanda de nueve baños, o como mucho, siempre baños impares —caprichos de la ciencia—; pero lo que sí era cierto es que aquellos baños eran buenos para la salud del cuerpo y del espíritu de los huertanos.

Ayer dolor en el cuerpo
En los brazos y rodillas.
He tomado nueve baños
Y ya bailo seguidillas.

Cuando llegaron, tendieron las lonas, montaron las tiendas, sacaron los enseres y organizaron la acampada. Gabriel se descubrió como un eficiente y servicial colaborador, su agilidad para trepar y subir era, más que prodigiosa, espectacular y acrobática. Sorprendió a todos con sus cualidades atléticas y además era, con muchísima diferencia, el mejor nadador de todos —su escuela había sido la del río Segura, nadando corriente arriba y corriente abajo—. Atendía solícito cualquier necesidad que observara, se la pidieran o no. A Teresa le encantó la ayuda que tenía con Gabriel, ya fuese para hacer el fuego, para matar y desplumar un pollo o despellejar un conejo o para hacer una paella.

—Este sí que es un hombre. ¡A ver si aprendes Ñin, que estás hecho un güevales siempre ensoñiscao! —dijo con humor Teresa.

—A mí ejádme tranquilo ¡lecha!, que en cuanti vengo a la mar me entra la flojera —respondió Ñin.

La primera vez que se vieron en ropa de baño se burlaron los

unos de los otros. Cuando salió Gabriel, causó risa: le sobraba tejido por todos lados; casi podía entrar y salir, todo él, por una de las axilas y meter las dos piernas por una de las patas del calzón. El más elegante era el de Francisco —que se lo había comprado en una tienda de moda en los Madriles—, y además se cubría con un largo albornoz a listas y un elegante sombrero de paja.

Si los trajes de baño de los mozos eran patéticos, no ocurría lo mismo con los de las chicas —a los ojos de ellos, claro—. Las dos primas se habían confeccionado el traje de baño copiando de los modelos del escaparate de una de las tiendas de la calle Trapería. Ellas estaban asustadas, porque lo encontraban muy atrevido, pero tanto Rosa como Teresa se los habían visto puestos y le habían dado su aprobación. Las dos cuñadas eran mujeres prácticas y mucho más avanzadas que sus maridos; sabían que, dentro de un orden, había que ser atrevidos y modernos. Aquel refrán de sus abuelas: «Guarda el paño en el arcón que no le faltará comprador», no lo compartían en absoluto porque ya habían visto cómo muchas buenas mozas, «bien guardadas», al final habían tenido que «vender su paño» de prisa, corriendo, y a más bajo precio, porque se les estaba «apolillando» y se quedaban para vestir a los pudorosos santos. Ellas compartían más bien, el dicho de: «Lo que se hayan de comer los gusanos, que lo vean antes los cristianos». El traje de baño era de manga corta, dejando los brazos totalmente al descubierto, con un escote de caja, tanto por delante como por detrás. De largo llegaba hasta un poco más abajo de las rodillas, ciñéndose a la cintura por medio de un cordón, como una túnica; llevaban debajo unos vaporosos pololos que se ajustaban hasta las pantorrillas donde se ataban por medio de cordones. El conjunto se completaba con un gracioso gorro, festoneado con ganchillo, y atado a la cabeza por medio de unas cintas del mismo color que los cordones. Ciertamente era muy atrevido. Las dos llevaban unas pequeñas calabazas sujetas a la cintura.

Cuando salieron a la playa, en plan de coquetas y divertidas divas, estaban todos ellos esperando aquella aparición y rompieron en aplausos. Después se escuchó una sonora exclamación cuando se quitaron los albornoces para introducirse en el agua. Estaban espléndidas con aquellos trajes de baño.

El primer baño siempre era corto, lo justo para que las yemas de los dedos se arrugaran —esa era la medida de tiempo correcta y prescrita por los galenos—. Lo malo —o lo bueno—, fue cuando Antonia y Ana decidieron salir del agua y vieron los ojos que, como platos, se les estaban poniendo a Andrés y a Pedro, que con la boca

abierta y la cara llena de asombro no quitaban sus ojos de aquella visión, como si de Venus emergiendo de las aguas se tratase. Extrañadas, se miraron la una a la otra y entonces vieron, con espanto y horror, que los trajes de baño se les ajustaban y ceñían al cuerpo de una manera ostensible, marcándoseles hasta la ropa íntima de ganchillo. Dando un grito, cruzaron sus brazos tratando de cubrir su cuerpo y se volvieron corriendo hacia el agua para sumergirse, otra vez, hasta el cuello.

Tuvo que intervenir Teresa que, muerta de risa, se introdujo en el agua con los albornoces e hizo que los muchachos miraran hacia otro lado mientras ellas se levantaban y se envolvían.

Ellas, al principio, estuvieron serias y remisas, como avergonzadas, pero al final, todos terminaron riendo. Lo cierto era que ni a Andrés ni a Pedro se les iba de la cabeza la visión de aquellas curvas, tantas y de tangencias tan perfectas, que ni sospechaban que podían ocultar los cuerpos de las mujeres debajo de aquellos opacos ropajes.

Todas las noches se organizaban bailes. Andrés había traído su guitarra (la rajada) y aparecieron otras guitarras, bandurrias y laúdes. Se intercambiaban canciones y pasos de baile porque había huertanos de muchos lugares y todos tenían sus propias particularidades. El intercambio cultural y folclórico era muy enriquecedor.

Una tarde se escuchó a una mujer que gritaba:

—¡Que mese ahoga! ¡Socorro, que mese está ahogando mi marío!

Todos miraron y vieron que un hombre se había metido demasiado adentro del mar, donde no hacía pie, y movía los brazos a la vez que se sumergía y volvía a salir. Sin dudarlo un instante, Gabriel se lanzó al agua y nadó rapidísimo hacia él; Andrés y José hicieron lo mismo, pero eran más lentos que Gabriel. Cuando Gabriel llegó, el hombre, preso de un ataque de pánico, se agarró fuertemente al cuello de Gabriel y no lo soltaba ni atendía a razones. La envergadura de aquel hombre era muy superior a la de Gabriel y hacía que los dos se sumergieran: corrían peligro de ahogarse juntos. En esto llegaron Andrés y José, y entre los tres pudieron controlar la situación y sacarlo hasta la orilla con serios síntomas de ahogamiento. Francisco le hizo rápidamente los ejercicios de reanimación, pero el hombre no reaccionaba. Algunos de los presentes, dándolo por muerto, movían negativamente la cabeza. Francisco no cejó y siguió insistiendo, turnándose con Andrés. La mujer de aquel hombre y sus dos hijas lloraban

desconsoladas. De pronto a Francisco se le ocurrió la idea de unir su boca a la del hombre y le sopló fuertemente —como le habían dicho que hizo Tona, la Camporra con el *chirrico* aquel—. Aquello, tan novedoso, surtió efecto y el hombre comenzó a respirar y a toser expulsando el agua a bocanadas. Al poco tiempo el hombre se pudo incorporar y apoyado en su familia se marchó hacia su carro.

A la mañana siguiente, el hombre, con su mujer y sus dos hijas, regresaron para darles las gracias a Gabriel, a Francisco, y a todos, por haberle salvado la vida. Aquel hombre se llamaba Joaquín y era un artesano alfarero y ceramista del pueblo de Puente Tocinos. Las hijas, que estaban de muy buen ver, estuvieron coquetonas. Una de ellas, la menor, de atributos más que sobresalientes, que se llamaba Socorro, se fijó en Gabriel y le dijo —poniéndose dulce y con caída de ojos y suspiros incluidos:

—¡Ay! ¡Qué valiente ha sio, Grabiel, que si no es por usted nos quedamos huerfanicas! ¡Nada usted mejor que los pescaos!

La mayor, que era algo más alta y se llamaba Angustias, no fue menos que su hermana y posando sus ojos melosos sobre Francisco le dijo:

—¡Ay Paco, que cencia y c'arte más devino tiene usted; con sus resoplíos ha resucitao a mi padre! Se paecía usted al mismico Jesucristo.

Joaquín y Rosario, que así se llamaba la mujer, no sabían cómo pagar todo el bien que les habían hecho y lamentaban que allí no tenían nada para ofrecerles, pero que los esperaban en puente Tocinos para visitar su taller de cerámicas y de figuras de belén. Las hijas se pusieron contentísimas con aquel acuerdo y desde aquél día se hacían las encontradizas por la playa para ver «al *Grabiel*» y «al Paco».

Era la última noche cuando Andrés y Antonia contemplaban cómo las breves olas mesaban, con lenta mansedumbre, las pequeñas piedras de la playa tejiendo sobre ellas sus blancos encajes. Les sobrecogió el silencio cuando vieron emerger a la luna que se sostenía ingrávida sobre el horizonte mostrando su desnuda redondez. Una trémula senda, con ribetes de plata y oro, los invitaba a ascender y unirse a aquella luna de color miel cuya luz contorneaba las siluetas de las misteriosas islas del mar Menor.

Andrés deseaba tomar la mano de Antonia entre las suyas. Se miraron fijamente a los ojos y Andrés supo que ya no quería ver más horizontes que el de la línea de los parpados de Antonia, ni más lunas que sus pupilas, ni bañarse en otro mar que en el verde de sus ojos, ni beber más agua que la que había en su boca, ni

descubrir más islas misteriosas que las de sus pechos, ni tenderse en más arenas que en la cálida finura de su piel, ni…

Andrés palpitaba con aquellos deseos, lo mismo que Antonia, que adivinaba y compartía los pensamientos de Andrés.

Iba Andrés a hablar cuando se les acercaron los demás y se sentaron junto a ellos. Antonia se puso triste y mirando a Andrés le dijo:

—Todo lo que estás pensando parece que no va a ocurrir nunca, como tampoco el sol alcanzará jamás a la luna.

Antonia se levantó y despidiéndose, se marchó invadida de tristeza. Andrés se despidió después. Los demás quedaron extrañados sin comprender qué era lo que les había ocurrido.

Al día siguiente regresaron al Rincón de Seca.

El mes de agosto declinaba y la vida fue volviendo a su cíclica cotidianidad. Andrés y Antonia no volvieron a verse más en aquel verano.

* * * * *

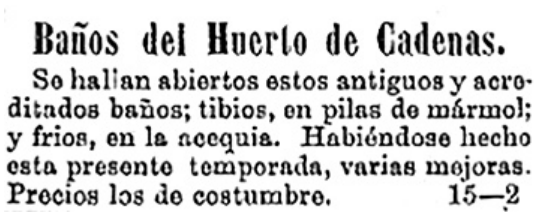
La abuela dio por terminada la sesión de aquella noche y los cuatro nietos, despidiéndose, se marcharon a dormir.

Manuel, como siempre, se quedó escuchando la nocturna sinfonía de la huerta que nunca repetía la misma secuencia de notas.

Notas de la noche 4ª

1Entre la plaza de San Agustín y junto al convento de Las Agustinas y la torre de Junterones, se alquilaban unos baños, con bañeras de mármol, que se llenaban de agua tibia, o fría, procedente de la acequia Caravija, que pasaba por las instalaciones, y donde algunos murcianos combatían los calores estivales.

Grabado de la antigua torre de Junteron. Actual museo de la ciudad



Baños del Huerto de Cadenas.

Se hallan abiertos estos antiguos y acreditados baños; tibios, en pilas de mármol; y frios, en la acequia. Habiéndose hecho esta presente temporada, varias mejoras. Precios los de costumbre. 15—2

Anuncio de prensa en el siglo XIX

2Había dos caminos para ir a Los Alcázares. Por un lado estaba la ruta antigua que tomaban casi todos los huertanos de la zona de levante: desde San Benito hasta Zeneta. Aquella era la ruta del puerto del Garruchal en cuya cumbre se hacía un alto para cenar y esperar a otros carros que vinieran y así formar una caravana para protegerse de los pequeños salteadores que robaban a los huertanos viajeros. Seguía la ruta por Sucina, Gea y Truyols, Balsicas y, por el Cabezo Gordo, llegaban a Los Alcázares.

La otra ruta pasaba por la venta de La Paloma donde hacían un alto, para esperar a otros y cenar, así como otras paradas menores que eran las de los Pepes, los Civiles y la venta de la Virgen, donde había un pilón para abrevar las bestias. Se continuaba el viaje hasta el Cabezo Gordo y por Roda se llegaba a Los Alcázares.

3Al que los griegos llamaron Staber, los romanos Thader, los hispanos Taderus, y los árabes nahr Mursiya —río de Murcia—, Alana, o, nahr Al-Abyad (río Blanco)

NOCHE 5ª

Al llegar la noche, aparecieron Antón y Fuensanta y pidieron permiso para incorporarse a la reunión. Habían escuchado que se estaba contando la historia de la familia y eso les interesaba; no en vano también ellos eran parte de aquella historia pues aunque no fueran de la familia, por línea directa, sí lo eran por la de los afectos y por todo el tiempo que habían convivido juntos. Antón y Fuensanta viven en la casa que hay junto a la entrada del huerto. Antón se encarga de organizar el cultivo de la huerta y de los animales y Fuensanta, de la casa y de ayudar a la abuela. No tienen hijos, pero querían a los cuatro nietos de Manuel e Isabel como si fueran propios.

—¿Qué habéis traído para esta noche? —preguntó el abuelo.

—Hoy hemos traído una mazorca de maíz, toda desgranzada y negra.

Candela le ofreció una bolsa que contenía los restos de una panocha que Manuel tomó con cuidado.

—Se ha deteriorado mucho desde la última vez que la vi —comentó el abuelo—. Empecemos.

* * * * *

Desde que regresaron de Los Alcázares, Andrés y Antonia no se volvieron a ver. Andrés ayudaba a su padre en las labores de la huerta y también en la de Lucía. Recolectaba el panizo sin interés, estaba serio y triste: no podía dejar de pensar en Antonia.

Lucía, que lo observaba, le dijo:

—Andrés, yo creo que tú estás enamorado y espero que sea de una buena mujer, porque eres un hombre bueno y mereces una mujer tan buena como tú.

—No sé si estoy enamorado o no, pero sí es cierto que hay una mujer y no consigo quitármela de la cabeza. Tampoco sé si ella está enamorada de mí.

—¡Uy!, entonces es cierto que estás enamorado, ¡ja, ja! No lo dudes, Andrés, tú eres un hombre del que a una mujer le es muy fácil enamorarse.

Antonia también estaba seria y triste, sin saber nada de Andrés. Pensaba que quizás fue muy dura y cortante aquella última noche en Los Alcázares. La sola idea de que Andrés pensara que ella no lo quería, o de no volver a verlo, le hacía sufrir.

Antonia le contó a Tona sus penas y temores.

—No sé qué me pasa Tona, pero estoy en un sinvivir.

—Lo que te pasa es que estás enamorada y no sabes qué hacer porque es la primera vez que te has enamorado.

—Si estar enamorada es que no puedo parar de pensar en él, en qué es lo que estará haciendo, en que si va a volver, en que si estará pensando en mí o en otra mujer…, entonces debe ser eso, que estoy enamorada y celosa. Yo nunca he tenido estos sentimientos.

Tona sentía un gran cariño por Antonia, pero no podía decirle las cosas que había descubierto cuando Andrés estuvo inconsciente en su casa. ¿Y si aquellas revelaciones fueron fruto de su imaginación? Podía hacer mucho daño a la vida de ellos dos. Debía esperar a que el tiempo les fuera mostrando sus destinos.

—Pues sí, Antoñica, lo que tú tienes son signos inequívocos de que te estás enamorando de Andrés y eso es una buena noticia porque, o yo me equivoco mucho, o él también está enamorado de ti. Ten paciencia y a un tallo verde no le pidas la resistencia de una rama. No seas muy exigente y deja que las cosas vayan a su ritmo. El amor os está conduciendo por un camino que no conocéis y por el que no habéis pasado jamás. La próxima vez que lo veas ponte tu perfume, por favor.

Pasaron unos días y otra vez José, inducido por su hermana Ana, invitó a Andrés, y muy especialmente a Pedro, a que fuesen a su casa para empezar con la desperfolla —o «esperfolla» como se dice en la huerta[1].

Cuando Andrés llegó a casa de José ya había comenzado la esperfolla. Se saludaron y vio que Antonia estaba sentada entre su prima Ana y su amiga Carmen, la Posi que, como siempre, no paraba de hablar sin tomar parte en lo que se decía en el corro. La llamaban la Posi porque tenía esa muletilla y así, cuando alguna amiga se casaba, o se la llevaba, o la depositaba el novio, decía: «Posi, esa ya ha hecho lo que posi tenemos que hacer todas»; y cuando alguien fallecía: «posi, ese ya ha hecho lo que posi vamos hacer todos» o «¡posi, anda!, posi, venía yo anteanoche, posi, por el carril de los Funes y…». No era una muchacha fea o con mal tipo, pero los jóvenes la evitaban porque hablaba demasiado y no atendía a lo que decían los demás.

Cuando llegó Andrés, Ana se levantó rápidamente y le colocó

una silla junto a la de Antonia.

—¿Cómo estás, Andrés? —le preguntó Antonia.

—Bien. Estoy bien —respondió con una seria sonrisa.

—Desde aquella noche en Los Alcázares, yo tampoco estoy muy bien.

Andrés miró a Antonia a los ojos y vio que estaba sufriendo. ¿Sería por él?

—Pues yo te veo muy guapa. No sé pero… tienes el rostro muy esplendente, como aquel día que te conocí.

Antonia calló y sonriendo se afanó en la esperfolla.

De pronto a Gabriel, que estaba al lado de Carmen, la Posi, le salió una mazorca colorada y todos lo celebraron esperando a ver lo que él hacía con aquella panocha. Gabriel se volvió con la panocha en la mano hacia Carmen, pero ella seguía hablando con Ana que le hacía gestos para que se callara y volviera la cabeza hacia Gabriel que estaba con la mazorca en la mano como si fuese la sota de bastos. Después de mirar dubitativamente a la panocha y de contemplar el cogote de Carmen, la Posi, que dándole la espalda no paraba de hablar totalmente ajena a lo que estaba sucediendo, tiró la panocha al montón y dijo:

—Sería una relación imposible.

Todo el corro, que estaba en silencio y pendiente de lo que Gabriel decidía, soltó al unísono un decepcionante: «¡No!». Carmen, la Posi, que no se había enterado de nada, volvió entonces la cabeza y viendo que todos la miraban con cara de lastima preguntó:

—¿C'asío?

Y le respondieron riendo:

—Que un besico s'ha perdío, y un posible novio, s'arrepentío.

Aquella noche hubo especial profusión de panochas «colorás» y muchos besos y abrazos, con alguna carrera que otra. A Antonia le salió una de ellas y todos quedaron pendientes para ver lo que hacía. Ella se levantó, y con graciosa picardía, dando una vuelta al corro enseñando la mazorca dijo:

—Esta me la guardo para aquel que haya de ser mi novio. —Y se la metió en el bolsillo del delantal.

Poco después volvió a salirle otra panocha «colorá» y volvió a decir:

—Otro beso para el hombre que haya de ser mi novio.

Las mozas le dijeron con guasa:

—¡Antoñica, que densanchá estás! A tu novio lo vas a dejar babeao con tantos besos.

—¡Deja alguna panocha colorá para las demás!

—¡Posi no sé quién será el mozo ese, pero con tantas panochás, posi que lo vas a marear!

Algunos mozos le decían:

—Antoñica, dame tus panochicas a mí, que yo no me mareo. Me moriré de abusto, eso sí, pero te juro que no me mareo naica.

—¿Soy yo, Antonia? —preguntó otro de ellos.

Antonia, riéndose, le respondió:

—El que ha de ser ya tiene su nombre escrito en el agua de mi acequia.

Andrés recordó con una sonrisa que aquellas palabras ya las había dicho Antonia el día que se conocieron en la romería de San Blas.

Pedro, en uno de aquellos revuelos de carreras y abrazos, se sentó al lado de Ana y llevaba un ritmo frenético en desperfollar buscando una panocha colorada; al fin le salió una y le soltó un sonoro beso a Ana que causó la risa de todos. Inmediatamente abrió Ana la panocha que tenía en sus manos y… también era roja… se hizo un silencio total y Ana, volviéndose, le dio a Pedro un beso aún más sonoro que el suyo e hizo que Pedro se cayera cómicamente con la silla hacia atrás, y estirando tembloroso las piernas en el aire y agitando los brazos fingió un ataque mortal. Esta inocente gracia hizo que Pedro acaparase la mayoría de los besos de las mazorcas rojas que le salieron a las mozas.

Cuando se terminó el montón de panochas, aparecieron las guitarras y los jóvenes comieron y bailaron. La mayor parte de los bailes los bailó Antonia emparejada con Andrés y Ana con Pedro. Mientras tanto… Carmen, la Posi no paraba de hablar.

Hubo más noches de desperfolla, alegres y divertidas. Antonia y Andrés siempre se sentaron juntos, pero Andrés no había conseguido que le saliera ninguna panocha colorada; la última noche de desperfolle Andrés hizo una trampa: se llevó escondida en su faja una panocha colorada y en un momento en que estaban todos distraídos la sacó dando un grito:

—¡Tengo una panocha colorá!

Todos le miraron expectantes para ver qué es lo que hacía. Andrés se volvió hacia Antonia y le depositó un beso en la mejilla que duró unos segundos más de lo habitual. Antonia se puso más colorada que la panocha, pero no retiró la cara. Como siempre, todos dieron un fuerte aplauso y vieron lo que estaba tan claro como el agua y que Andrés y Antonia no terminaban de ver: que los dos se amaban.

Aquella noche, Andrés y Antonia bailaron poco y hablaron

mucho. Sentados en el pretil del puente de la acequia de aquella casa, Antonia comentó lo bonita que estaba la noche y lo bien que olía.

Andrés le dijo:

—Para bonica tú y para perfume el tuyo. Tendré que ir a mirar en la acequia de tu casa para ver si ya está escrito allí mi nombre.

Antonia, bajando los ojos, sonrió.

Andrés y Antonia tardaron un tiempo en volverse a ver.

Godo no paraba de cortejar a Antonia pretendiendo enamorarla con sus pavonadas. Una de sus ocurrentes galanterías era la de llevarle a Antonia un abanico hecho con «filletes» y acciones del Banco Español de San Fernando para que, según decía él, se abanicara y se murieran de envidia las demás mozas del pueblo al ver los dineros que él tenía.

Marcial, estaba muy preocupado por el futuro de su mujer y de sus tres hijos que vivían en un mundo fantasioso e irreal. Para empeorar aún más las cosas, Vicky había conocido a Úrsula, su visionaria particular. Úrsula era una especie de adivina quiromántica, que vestía con unos extraños hábitos —no se sabe de qué orden ni congregación—, y que le echaba las cartas, le miraba los posos del café, la llevaba a secretas sesiones de espiritismo —que invariablemente se hacían en una casa de la cercana calle del Pilar—, donde Úrsula, hacía de médium y le decía todo aquello que a Úrsula le interesaba que Vicky oyera. Úrsula le auguraba el futuro, al mismo tiempo que se aseguraba el suyo propio, sacándole el dinero a Vicky que confiaba ciegamente en ella.

Con aquel panorama Marcial estaba desesperado; veía que aquellos cuatro incapaces que tenía de familia, si él faltaba, no durarían ni un año en verse en la pobreza más absoluta, porque además Vicky no quería ni oír hablar de verduras ni de carne, le parecía un mundo extremadamente ordinario y vulgar.

Por un lado estaba su hija María de las Victorias, que era una muchacha buenísima, y no era fea la criatura, pero la pobre era incapaz de tomar una iniciativa por sí misma; sólo se activaba cuando su madre se lo pedía y entonces, si había visita, se ponía al piano y tocaba *Para Elisa* o cantaba *La Barcarola* en alemán. Aquella pobre hija sería presa fácil para algún desaprensivo y vago cazadotes con apellidos rimbombantes.

Marcialito, que ya estaba por el séptimo curso de primero de ingeniero de minas en Madrid, —es decir, que ya le habían expulsado de la Escuela de Ingenieros de Minas hacía cuatro años —, era un vago muy ocupado en no hacer nada. Marcialito había

hecho de la mentira y el engaño su forma de subsistencia hasta el extremo que mentía con total naturalidad y hasta por las cosas más nimias e innecesarias; él mismo se llegaba a creer sus propias, falsedades, medias verdades, tergiversaciones y deformaciones. Decía Marcial que Marcialito había nacido mintiendo, y era cierto, porque dudaba de si sería realmente hijo suyo. No se le parecía en nada a él, ni a sus hermanos, y cada vez le encontraba más parecido a un tal Rodolfo La Torre, aprendiz de comediante y sobrino de un aventajado discípulo del gran Isidoro Máiquez, que visitaba con frecuencia su casa, cuando vivían en Cartagena, y que, además de propinarse buenas meriendas, ensayaba con Vicky, y con sus amigas, las más ardientes y difíciles escenas de amor que luego iba a interpretar en público. Decía este cómico que Vicky tenía actitudes innatas para el teatro; que podía haber sido una gran actriz, incluso mejor que María de Navas, la Milanesa. Y Vicky se lo creyó.

Cuando Vicky quedó embarazada de Marcialín, fue una sorpresa inesperada. El tal La Torre dejó de ensayar en su casa y se marchó precipitadamente a Madrid «para perfeccionar y promover su carrera artística a la sombra de su afamado tío». Aquello se parecía más a un cobarde mutis por el foro que a un traslado.

Lo cierto era que Marcial no podía contar con su hijo mayor para que le ayudase y estaba claro que tenía que buscar la solución con personas ajenas a su familia.

Marcial fue diseñando su estrategia. En principio, tendría que ser él el que se ocupara de casar a Victorita. A Marcialito le recortaría el suministro económico para hacer que él mismo se volviera a Murcia sin tener problemas con Vicky. A Godo, el casarlo con una mujer lista y con carácter no iba a ser empresa fácil —Godo no tenía ni idea de lo que era una mujer, ni para qué servía si no era, poco más, que para poseerla como se posee un objeto—, y era una lástima porque realmente Godo podía haber sido un chico estupendo, de haber tenido una educación normal, sin tanto orgullo, sin tantas fobias ni tantos miedos.

Así las cosas, Marcial decidió contratar a un buen secretario que le ayudara en las faenas de la lonja y le dejara tiempo libre para darle el giro que pensaba a su fortuna. Al poco tiempo, su hermano y su suegro le avisaron de que tenían a la persona adecuada y fue a Cartagena para entrevistarlo. Se trataba de un hombre de treinta y cinco años, de buen porte y bien parecido, que había sido sargento de Marina y que hasta hacía unos meses había estado embarcado en los barcos de guerra con los que recorrió más de medio mundo. Su

misión era la de aprovisionar y controlar la intendencia del barco. Además, como era bueno con los números y los cambios de divisa, tenía también el cargo de ayudante del oficial pagador.

Desembarcó porque se le había producido una lesión de cadera que lo martirizaba con fuertes dolores cuando andaba por el interior del barco. Le dieron un destino en el arsenal de Cartagena, pero allí, varado, no era feliz. Decidió que para ser marinero en tierra, mejor ser civil.

Se llamaba Eduardo y estaba soltero —decía que un marino no puede atender adecuadamente a su familia mientras esté constantemente navegando—. A Marcial le gustaron sus maneras, su seriedad y disciplina. No dudó en contratarlo y comenzó a trabajar en el almacén de Cartagena para ir conociendo el negocio, pero donde Marcial lo quería era en Murcia.

Efectivamente, al cabo de unos meses Eduardo fue requerido para que se trasladara a Murcia. Marcial lo puso al frente de su despacho de la lonja y le facilitó el hospedaje en una buena pensión, en el Portillo de San Antonio.

Era Eduardo un hombre inteligente y enseguida se dio cuenta de los fallos que tenía el negocio y de las chapuzas y sisas de Godo.

Cuando pudo disponer de tiempo, Marcial se dedicó a comprar casas y huertos. Por la desamortización de Mendizábal —y más aún por la de Madoz—, se habían expropiado las posesiones de la Iglesia, tanto de fincas rústicas como de edificios urbanos.[2]

Andrés y Antonia no se volvieron a ver hasta que llegó diciembre, el mes de la Pascua. La víspera del día ocho, que es el día de la Purísima, la Campana de Auroros del Rincón hizo la «despierta» y…

—Abuelo, ¿qué es eso de los Auroros y las despiertas? —interrumpió Daniel.

—Eso es mejor que os lo cuente Antón que ha sido hermano de los Auroros hasta que lo dejó.

Antón rehusaba hablar, pero la insistencia de Fuensanta, su mujer, y la de los jóvenes, terminaron por vencer su timidez.

Comenzó diciendo:

—Los Auroros son una hermandad cuyo origen es muy antiguo[3]. El carácter de estas hermandades es el de ser un grupo coral, exclusivamente religioso, y su repertorio está íntimamente ligado al tiempo litúrgico que vive la Iglesia. Las hermandades de los Auroros se constituyen bajo diversos nombres, pero especialmente bajo la advocación de la Virgen del Rosario, la Virgen del Carmen, y las Benditas Ánimas del Purgatorio. Aquí, en el Rincón de Seca, hay

dos hermandades: la de la Virgen del Rosario y la de la Virgen del Carmen.

Alguien los definió como:

«Tañedores del alba al son de una campana, que en las horas inciertas de la madrugada, velan el sueño de la huerta».

Lo forman una treintena de huertanos, con sus voces quebradas y rudas, que se sitúan formando dos círculos. Uno de los hermanos es el que porta la campana y hace de guía. Ese es el hermano mayor, y por esa pequeña campana es por lo que se les llama «Campana de Auroros».

El nombre de Auroros les viene porque su principal actuación se hace a la aurora, en las llamadas «despiertas», es decir: entre la media noche y antes de que la luz de la aurora anuncie la llegada del nuevo día.

Con el paso del tiempo, las despiertas han ido evolucionando pero lo habitual, en los tiempos de Andrés y Antonia, era que pasada la media noche de los sábados y vísperas de fiestas de guardar, salía de su casa el «hermano despertador» con el farol en una mano y la campana en la otra tocando al compás de su paso.

Llegado a la casa de alguno de los hermanos cantores, daba un fuerte golpe en la puerta con el mango de la campana y decía: «Ave María Purísima»; el que estaba dentro le respondía: «Sin pecado concebida»; entonces, el hermano despertador lo llamaba por su nombre y le decía: «Fulano, ¿vas a ir a cantar?», y ante una respuesta afirmativa, le respondía: «¡Anda, que no eres el último!» animándole para que no se volviera a dormir. Del mismo modo se iba haciendo con todos y cada uno de los hermanos cantores, a través de los senderos de la huerta, recorriendo unos cuantos kilómetros a buen paso y en absoluto silencio.

Tras avisar a todos los hermanos, la campana realiza la despierta dirigiéndose a la iglesia donde, antes de que comience la misa del alba, los hermanos de la aurora rezan la última salve.

Hay que pensar que se trata de una hermandad que reza cantando y cuyo único sentido de existir es el estrictamente religioso.

El farol es otro de los elementos característicos de los Auroros y siempre los acompaña en sus rezos. Tiene dos sentidos: uno material y práctico que es el hecho de alumbrar a los hermanos cuando en las despiertas transitan por los oscuros carriles de la huerta; el otro es espiritual, por el cual la llama del farol alumbra a las almas de los hermanos fallecidos para que encuentren el camino, si es que aún no lo han hallado.

El estandarte, bordado con la imagen de la Virgen del Rosario o la del Carmen y el nombre de la hermandad, es el signo distintivo de la misma, y, como una bandera, encabeza la marcha de este pacifico ejército de hombres de la huerta al servicio de Dios y de su bendita Madre.

Otra fecha señalada para los Auroros es la que se celebra el primero de noviembre, festividad de Todos los Santos, donde se canta a los difuntos las salves de ánimas. Ese mes es muy intenso pues con él se empieza a preparar la Navidad.

Es el mes de las gachas, del arrope y del calabazate; que por si no lo sabéis, el arrope y el calabazate son dulces muy ricos y típicos de la huerta de Murcia que se hace macerando, en vino y miel, trozos de fruta y de calabaza. Es un postre típico para el Día de Todos los Santos y los venden en unas pequeñas ollas de barro precintadas con yeso. Se pueden comprar en unos tenderetes que tradicionalmente se colocan en algunas plazas de Murcia; como en la plaza de San Pedro.

Con la despierta del día la Purísima Concepción comienza el ciclo de la Navidad que es el más festivo y gozoso.

En esas fechas, además de lo alegre de los cantos, contribuye la música con la incorporación de numerosos instrumentos de cuerda y de percusión. Si durante todo el año el único instrumento que acompaña a los Auroros es la campana, durante el ciclo de Navidad se incorporan guitarras, laúdes, requintos, violines, bandurrias, castañetas, matracas y panderetas, acompañando los aguilandos. En las misas de gozo y en los aguilandos son los protagonistas junto con la figura del «trovero» o «guía» que improvisa las coplas.

Y esto es casi todo en términos generales.

—Díaz Cassou definió a los Auroros, diciendo con justicia de ellos, que eran «el alma de Murcia» —terminó diciendo el abuelo.

—Antón, es precioso esto de los Auroros. Nunca había escuchado una tradición tan bonita y sentida. ¿Y tú eras un hermano de los Auroros y lo dejaste? Qué pena. ¿Por qué lo dejaste? —preguntó Candela.

—¡Candela! esa es una pregunta y una decisión muy personal que no procede…

—No, no; Isabel, déjela que pregunte; me viene muy bien responder. Pues mira, Candela, la verdad es que no sé muy bien por qué lo dejé, no tengo una respuesta clara para darte. Se empieza por pequeñas discusiones internas dentro de la hermandad; se continúa con una crítica solapada al hermano mayor, se pasa a no estar de acuerdo con él, se sacan y se comentan las discrepancias fuera del

seno de la hermandad, se hacen oídos a comentarios de quienes se burlan de todo esto y de la Iglesia… y, poco a poco, se va uno apartando. También pierdes de vista el sentido real de la hermandad, que es el de rezar, y vas perdiendo la fe. De esto hace ya algunos años y la verdad es que aún me pregunto yo por qué.

—Estoy segura de que te gustaría volver —insistió Candela.

—Y no será porque no lo llamaron y ha tenido a su lado a toda la hermandad que aún rezan y van a buscarle —comentó Fuensanta con reproche.

—Pues la verdad es que la oración debe hacer su efecto porque me falta el canto de un duro para… estoy muy removidico, y con el ánimo más dispuesto. La verdad sea dicha, me lo estoy pensando seriamente. Últimamente estoy un poco repuntao, y sí…; me lo estoy pensando.

—¡Bien! —gritaron los muchachos.

Fuensanta se quedó mirando fijamente a su marido con una cara entre asombrada y picarona, y, con los ojos entornados, le soltó muy despacio, y remarcando muy bien cada una de las palabras:

—Si vuelven los hermanos de la Aurora a llamar a mi puerta, para que te vayas a rezar… y tú te vas con ellos..., te suelto un besazo en to los morros que te voy a enderezar las arrugas de la cara y se te van a caer toicas las pecas.

Las carcajadas fueron sonadas.

Fuensanta era así de graciosa y de espontánea, con lo cual sonrojaba a veces a Antón, pero en el fondo era parte de la sal y la pimienta de la vida que hacía más sabroso su matrimonio.

—Y colorín colorado por esta noche se ha terminado —intervino la abuela.

—Abuelo, ¿entonces esa cosa que hay en la bolsa de plástico es la panocha aquella de la trampa de Andrés? —preguntó Candela.

—Sí, efectivamente. Esta es.

—Es una historia preciosa, abuelo. Estoy muy contenta y orgullosa de ser una chozna de aquel hombre y de aquella mujer.

—¿Y tú qué sabes si se van a casar o no?

—Lo intuyo.

—Pues no intuyas nada hasta el final. Ve y vuelve a guardar la mazorca en su sitio.

Candela tomó con cuidado la bolsa de plástico que contenía los restos de aquella panocha y la llevo al arcón.

Así terminó aquella noche.

Notas de la noche 5ª

1Consistía en que un buen grupo de jóvenes se reunía por la tarde en la puerta de la casa de uno de ellos y sentados en corro, alrededor de un buen montón de panochas de maíz, se ponían a deshojarlas. Era un buen motivo para que los jóvenes se trataran y conocieran. De aquellas inocentes desperfollas salían buenos noviazgos. Todo transcurría en un ambiente alegre y jovial, con risas, cantos, y comentarios picantes. Aquello tenía el aliciente de que cuando a un mozo le salía una panocha colorada, este podía darle un beso, o un abrazo, a la moza que estaba sentada a su lado —suponiendo que ella no saliera huyendo, en cuyo caso aumentaban las risas y los comentarios—. Después, cuando se terminaba de desperfollar las panochas, el dueño de la casa ofrecía unos platos de patatas asadas con un porrón de vino y allí mismo comenzaban un baile. La noche siguiente se repetía en la misma casa, o en la casa de otro, y así todas las noches hasta que se terminaba de desperfollar toda la cosecha de maíz. Era una forma inteligente de ayudarse en la recolección, haciéndose, entre todos ellos, un buen favor y al mismo tiempo servía de diversión.

2En la zona sur de la península la Iglesia disponía de considerables extensiones de tierras que al ser sacadas a pública subasta, sin haberlas dividido en trozos menores, ningún pequeño agricultor podía acceder a ellas; por esta razón fueron adjudicadas a familias ricas y a un precio inferior. Esto produjo un efecto muy negativo en la economía murciana. La incipiente industria que se estaba desarrollando en Murcia no sólo se paralizó, sino que retrocedió. Se cerraron varias fábricas, de salitre y de hilatura de la seda, al dirigirse las inversiones hacia la adquisición de tierras y no hacia la industria, que era el futuro. No ocurrió lo mismo en la parte norte de España, como Vascongadas o Cataluña, donde las posesiones de la Iglesia eran múltiples minifundios y les fue mucho más fácil a los colonos el hacerse con la propiedad de las tierras, formándose así un gran tejido de pequeños y medianos agricultores propietarios, por lo que las familias ricas siguieron invirtiendo su capital en la industria. Al verse expoliada, la Iglesia respondió promulgando una pena de excomunión para todos aquellos que adquirieran sus bienes. Para solventar este problema muchos compradores no participaban directamente en las compras, sino que lo hacían a través de testaferros interpuestos.

3Parece ser que en la huerta de Murcia hicieron su aparición a inicios del siglo XVII, pero su máximo esplendor lo obtuvieron en los siglos XVIII y XIX.

Campana de Auroros y Óleo de Muñoz Barbaran

Noche 6ª

Cuando todos estuvieron reunidos, el abuelo comenzó a contar:

—Anoche nos quedamos con la magnífica exposición que nos hizo Antón sobre los Auroros. La despierta de la Purísima abre el paso al tiempo de la Pascua. Este es el tiempo más alegre porque, como él dijo, además de la campana, se unen a los Auroros otros instrumentos musicales de la rondalla, como las guitaras, bandurrias, laúdes, algún violín, panderetas, platillos, castañuelas, las huertanas castañetas (que se hacen con una caña, rajada en uno de sus extremos, y que se tocan golpeándolas sobre la palma de mano) además de otros sonidos muy divertidos y antiguos, como el que se hace con tres cucharas; o con una botella de anís y una llave; o con un harnero de cerner el arroz, como lo sabe hacer la abuela.

Es el tiempo de las llamadas misas de gozo, que son nueve, rememorando con ello los nueve meses de embarazo de la Virgen María, y que transcurren desde el día 16 de diciembre hasta día de Nochebuena. Durante esos días, los Auroros y la cuadrilla, acuden juntos —a las cinco y media de la mañana— a la misa del alba. Al terminar la misa, se canta a la Virgen la última despierta con una Salve y a un toque de la campana del hermano mayor comienza la cuadrilla con los cantos de villancicos y aguinaldos de la Navidad. El guía, o trovero, improvisa esos cantos que son causa de admiración y la gente del pueblo se une al estribillo.

El villancico y el aguinaldo —o «aguilando» como se le dice en la huerta—, son poemas de cuatro versos octosílabos. El guía va improvisando sobre la marcha encadenando un interminable rosario de versos, con gran genialidad y gracia. Hay que tener en cuenta que el guía es un hombre rudo de la huerta, sin estudios, y que, en aquellos tiempos, no sabía ni leer.

Conforme se acercaba las fechas de la Navidad, la actividad en el pueblo iba creciendo y revistiéndose de fiesta.

Se comenzaba con la matanza del cerdo (el marrano) que era todo un rito. En aquella época los cerdos que había en nuestra huerta eran los llamados «chatos murcianos» (por lo corto que tienen su morro) y de color negro, o pinto, que está íntimamente

emparentado con el cerdo ibérico. La carne del cerdo era la mayor aportación proteínica de los huertanos, junto con la de los animales de corral en menor escala. Si el año había sido bueno y la cosecha generosa, se mataba el marrano —al que habían alimentado con las sobras de la comida doméstica y que siempre permanecía atado de una pata a una higuera por medio de una soga (marrano soguero se le denominaba); pero si el año había sido malo, o había habido gastos extraordinarios imprevistos…entonces se vendía el marrano con todo el dolor del corazón y se esperaba a que el año siguiente fuese económicamente mejor y se pudiese hacer matanza.

Aquel año fue benigno y en muchas casas de la huerta se mató al marrano.

En casa de Ñin y de Teresa, se preparaban para la matanza. La víspera fue de mucha actividad. Había que preparar todos los recipientes, limpiar las calderas de cobre, frotándolas con arena del río, limón y estropajo, había que hacer lo mismo con la recia y baja mesa de madera de morera donde se sacrificaba al marrano, revisar todos los lebrillos y ver si había que lañar alguno, pelar las cebollas, acopiar la leña, preparar los cajones para salar los jamones y el tocino, colocar cañas nuevas para colgar las morcillas y las longanizas… Todo ello requería de una organización que dirigían las mujeres de la casa. Ellas se encargaban de comprar todas las numerosas especias que se necesitaban para hacer los embutidos: pimienta en grano, pimienta molida, pimentón rojo, pimentón picante, clavo, comino, piñones, canela, matalahúva, hilo bramante… La huerta entera olía a gloria bendita y el ir y venir de las mujeres a la tienda hacía parecer que cualquier día era domingo. Ya se respiraba el mejor ambiente festivo.

José invitó a Andrés, a Pedro y a Gabriel, para asistir a la matanza, y Ana invitó a sus amigas. Todos ayudaban.

Entre las mujeres que vinieron a la matanza estaba la siempre presente tía Escolástica, la Campana. La tía Escolástica era una mujer cuyo cuerpo encorvado parecía un garfio. Siempre caminaba apoyada sobre una pequeña silla. Ella misma se invitaba a todas las fiestas, bautizos, bodas, entierros y matanzas. Era la tía Escolástica una mujer graciosa, y sus dichos, picarones y subidos de tono, animaban las reuniones: a ella se le permitía todo. Nadie conocía la edad que tenía Escolástica, ni siquiera ella misma lo sabía, pero algunos deducían que los 90 ya no los cumpliría. Escolástica, la Campana tenía un sólo diente —de ahí su apodo de Campana porque con un único badajo lo pregonaba todo—, y por ello sólo podía comer cosas blandas —aunque se decía que, con su único

diente, y con paciencia, también le atacaba a las castañas pilongas —, pero lo que más le gustaba a Escolástica, la Campana, eran las morcillas recién hechas, de las que no se cansaba de comer: «Yo, en habiendo morcillas, no paro de comer» solía decir. Succionaba una morcilla en menos tiempo que se persigna una monja y todos se quedaban asombrados mirando a su único diente para ver si también se lo había succionado con ella. Escolástica era alcahueta, casamentera, correveidile, graciosa y bromista como ella sola. Eso sí, cuando se ponía a hablar o a reír, mejor era que estuvieras a una distancia prudencial o te llevabas una perdigonada de morcilla. Y por supuesto, más te valía llevarte bien con ella que no ser el blanco de sus iras.

Por la mañana, muy temprano, llegó el matarife y comenzó por desplegar todo su arsenal y su ferretería. Terminó de concretar con Ñin y con Teresa la cantidad de chacinería que deseaban hacer de cada tipo. El matarife le echó un ojo al marrano y supuso que debía pesar unas quince arrobas.

El día amaneció espléndido y sin nubes. Un limpio sol se levantó por el valle del río, disolviendo a una bruma trasnochadora, dispuesto a no perderse la fiesta de la matanza.

Y allí estaban nuestros jóvenes:

—Antonia, qué guapa estás con ese delantal blanco tan grande y con las mangas de la blusa remangadas —dijo Andrés con galantería.

—¡Anda, mira este! Si me he puesto lo más viejo que tenía para la faena. ¡Quita, mentiroso! Si llevo los pelos sin arreglar. ¡No sé ni cómo voy con esta pinta de desaliño!

Eso era falso porque había estado más de media hora cuidando aquel desaliño delante del espejo de la entrada.

—Pues yo te veo muy guapa —insistió Andrés.

Antonia se ruborizó, y con las manos atrás y la cabeza agachada esbozó una sonrisa e hizo girar su cuerpo de un lado hacia otro. Andrés ya conocía ese gesto y sabía que aquél era un gesto de nerviosa complacencia.

Tres pasos más allá:

—¡Hoola, Aana! Qué guapa y elegante vas. ¿Pero yo a qué he venido? ¿A matar al marrano o a su boda?

—¡Ja, ja, ja! Ay, Pedro, siempre me haces reír. Tienes unas caídas…

—No, si caerme sí que he estado a punto de caerme, pero en cuanto te he visto venir —siguió apretando Pedro.

—¡Ja, ja, ja! ¡Ay, Jesús, este hombre me va a matar de risa! ¡Qué

cosas tienes!

—¡Andaaaa, y eso que aún no has visto casi nada!

—¡Ja, ja, ja!

Teresa miró a su hija y, al verla reír con Pedro, ella también se alegró. Ana se estaba haciendo mayor y aún no había llegado el novio deseado. Pedro era un buen muchacho y tanto a ella como a Ñin les gustó desde que lo conocieron.

Unos tres pasos más a la izquierda:

—Hola, Carmen, parece que vamos a tener un buen día —le comentó Gabriel a Carmen, la Posi, que estaba a su lado.

—Sí, posi sí que parece que posi sí vamos a tener un buen día.

—¿Te vas a quedar todo el día aquí?

—Posi es que me ha pedio l'Ana que posi que le ayude hasta el final. ¿Te molesta?

—¡En absoluto, Carmen!, al contrario, me alegra y me gusta mucho verte.

Más o menos en esas conversaciones estaban los jóvenes cuando la voz del matarife, un hombretón de mediana edad, se dejó sentir con unas sonoras palmadas.

—¡Bueno, ¿aquí a qué hemos venido, a pelar la pava o a matar al marrano?! Pues venga, dejad los arrumacos para el día de Navidad y manos al marrano que aquí hacen falta hombres.

Empezó a distribuir a la gente para poder echar al cerdo encima de la mesa que ya estaba preparada.

A Gabriel le dijo que tirara del rabo y que así la primera morcilla sería para él. Gabriel que estaba ya avisado y sabía que la broma de la primera morcilla del cerdo era la que el cerdo excrementaba en el momento de morir le contestó rápido:

—No, déjalo. Aún no tengo hambre. Mejor te la comes tú que vienes de más lejos y además así ya sabes cómo es el sabor de tus morcillas.

Aquello hizo gracia al matachín que nunca le habían contestado de esa manera y le guiñó un ojo a Gabriel como signo de cómplice amistad.

—Tú y tú, os ponéis aquí abajo sin parar de remover la sangre en el lebrillo para evitar que se cuaje —dijo refiriéndose a Antonia y a Ana que eran las mozas que vio más guapas.

A los matarifes les gustaba que las mozas más guapas estuvieran allí abajo, en el suelo y a su lado, removiendo con las manos la sangre que iba cayendo en un lebrillo, así, cuando estaban ocupadas, les gastaba la broma de untarles la cara con sangre que ellas no se podían limpiar. Además, desde allí arriba podía divisar

por los escotes algún canalillo que otro.

Tuvieron que dedicarse a fondo para poder echar al marrano en la mesa porque se resistió cuanto pudo y gruñía como cuando Vicky, la Piojilla, hizo su entrada triunfal en el Rincón, de lo cual aún se acordaba la gente, y entre ellas Escolástica, la Campana, que siempre que oía gritar a un cerdo en una matanza lo recordaba.

Conforme pasaba la mañana la actividad fue creciendo y cuando salieron de la caldera los primeros productos del cerdo, Antonia y Ana tomaron un plato y fueron a la puerta donde estaban los hombres. Cuando Antonia vio a Andrés, se paró para contemplarlo detenidamente en plena actividad: le pareció la figura de un bello guerrero. Tenía la camisa blanca desabrochada y salpicada con sangre, las mangas remangadas, su pelo estaba revuelto y un leve sudor bajaba de su frente. Andrés se percató de la presencia de Antonia, dejó lo que estaba haciendo y se deleitó en contemplarla. Antonia se acercó a él, con el plato de las ofrendas en su mano izquierda y la mano derecha apoyada en la cintura, sin dejar de mirarlo a los ojos. Andrés la vio llegar con la blusa salpicada y floja, las mangas remangadas por encima de los codos, la cara con restos de la sangre que le quedó después de limpiarse la que le untó el matarife; en la mejilla derecha, junto a la oreja, un tiznajo del hollín de la caldera; la cabeza enmarcada en un pañuelo blanco por donde asomaban unos rizos de pelo negro, y una pícara sonrisa que se dibujaba en sus labios y en sus ojos. Andando con ese paso lento y solemne parecía una sacerdotisa griega que iba en busca del victorioso atleta para imponerle la corona de laurel. Ninguno de los dos se dio cuenta de que al verla a ella acercarse así, de esa manera tan insinuante, todos callaron e hicieron pasillo contemplando la escena. Hasta el matarife paró unos segundos su quehacer para contemplar aquel espontáneo espectáculo de dos jóvenes que era evidente que se deseaban.

—Toma, son de las primeras y las he hecho yo. Lleva cuidado que aún están calientes —dijo Antonia ofreciéndole el plato y sin dejar de mirarle a los ojos.

—Dámela tú —respondió Andrés mostrándole las palmas de sus manos sucias para justificar que no podía hacerlo él.

Antonia tomó una de las morcillas y se la llevó a la boca de Andrés que, con lenta succión, la fue vaciando con los labios y la lengua mientras ella la sostenía con la mano.

—¿Te gustan?

—Están buenísimas. ¿Las has hecho tú?

—Sí, y me alegro que te gusten.

—Nunca una obra fue mejor que su creador —replicó Andrés.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que aunque me guste lo que haces y cómo lo haces, más me gusta quien lo hace.

—¿Más te gusta «quien lo hace…»? Y, ¿no sabes ser más directo?

—Ya sabes que de mujeres no sé mucho, pero estoy aprendiendo.

—Pues yo de hombres aún sé menos, pero creo que tengo la lección aprendida. Tú pareces un poco lento —le respondió Antonia con gesto picarón al tiempo que, dándole la espalda, se volvía hacia el interior de la casa mientras ofrecía a los demás hombre los productos que llevaba en el plato.

Ana, que, como todos, estaba observando la escena de Antonia y Andrés, se volvió hacia Pedro para ofrecerle el plato y se lo encontró con las palmas de las manos sucias puestas hacia arriba y poniendo cara de inocente.

—Tendrás que dármela tú —se anticipó a decir Pedro.

—Qué tramposo eres —dijo riéndose Ana mientras le ponía una morcilla en la boca.

—Hmmm está buenísima —comentó Pedro

—¿Te gusta?

—¿Que si me gusta… ? Me gusta hasta los andares —contestó Pedro.

—¿Los míos? —preguntó coquetamente Ana.

—Me estaba refiriendo al marrano —respondió Pedro.

—¡Malasombra! —le espetó Ana riéndose al mismo tiempo que le daba un golpe en el brazo y se volvía contoneándose descaradamente.

La mañana fue transcurriendo con el ajetreo propio de la faena. El día mostraba ese sol de diciembre que en Murcia quiere engañar a todos haciéndoles creer que ya ha llegado la primavera.

A la hora de comer no cabían todos en la casa y los jóvenes decidieron comer en el huerto. Antonia sacó un mantel pequeño y pidió a Andrés que extendiera su manta debajo de un limonero de los que había detrás de la casa. Los demás jóvenes hicieron lo mismo, emparejándose.

La comida era la típica de las matanzas: arroz caldoso con costillejas, trozos de carne magra, puntas de lomo y algunas morcillas.

El día de la matanza siempre era un día de oportunidades para los jóvenes que, con sus juegos y bromas, se introducían correteando por las habitaciones de la casa y disfrutaban de sus

inocentes roces y escarceos amorosos. Los mozos aprovechaban la permisividad e indulgencia que los mayores concedían en ese día, como también a ellos se la concedieron cuando fueron jóvenes. La hora de la comida era la excusa perfecta para que los jóvenes pudieran estar un rato a solas.

Choni, la reina de las fiestas, estaba sentada en el pretil del puente de la acequia junto con un hombre, mayor que ella, llamado Anselmo. El tal Anselmo era un viajante de Elche que últimamente venía a menudo a la tienda de los padres de Choni. Era muy elegante y hablaba con muchas eses y finuras; nadie lo había invitado a la matanza pero se presentó allí y como era avispado y tenía mucha labia, no tardó en hacerse un hueco. Se notaba que le gustaba a Choni y allí estaba el de Elche calentándole la oreja.

Ana se había sentado bajo un limonero con la espalda apoyada en el tronco y las piernas extendidas. Pedro, sentado frente a ella, no paraba de decirle cosas graciosas que la hacían reír. En un momento, Pedro dijo que estaba algo mareado y Ana le propuso que se tendiera en el suelo. Él no sólo se tendió, sino que colocó la cabeza apoyada sobre las piernas de Ana que no se resistió.

—¿Estás así mejor?

—¡Uf! y que lo digas, así estoy en la mesmísima gloria. Vamos a estar así un ratico a ver si se me pasa este mareo que me ha entrao —dijo el picarón.

Andrés y Antonia estaban sentados el uno junto al otro.

—Qué día más bueno, ¿verdad, Andrés?

—Sí que lo es. Se está muy a gusto aquí a tu lado.

Antonia bajó la vista y se puso a juguetear con una punta de su delantal.

—¿Vosotros no hacéis matanza? —preguntó Antonia.

—No, a nosotros no nos merece la pena hacer matanza ¡Para los dos que somos! No podríamos ni engordar al cerdo con las sobras de la comida. Los vecinos sí matan y nosotros les ayudamos. Luego nos mandan presentes. No se olvidan de nosotros; tenemos tanto que nos sobra y lo repartimos entre los que más lo necesitan —aclaró Andrés.

—Ahora que dices lo de los presentes, luego vamos a ir a llevarle un presente a Tona, la Camporra.

—Sí, yo también había pensado llevarle una cosa.

—Dentro de unos días, cuando mi madre reciba lo de la matanza de las Peñas de San Pedro y hagamos los dulces, iré a llevarle presentes a otras familias.

—¿Matanza de las Peñas? —preguntó Andrés intrigado.

—Sí, a mi madre y a todos nosotros nos gustan más algunos de los embutidos que se hacen en la Mancha. Bueno, menos las morcillas y los morcones que nos gustan más los de aquí. Así que a nosotros nos matan el cerdo en las Peñas de San Pedro y nos lo vamos trayendo poco a poco.

—Llevas razón, los chorizos de orza que he probado del pueblo de tu madre son buenísimos y el jamón…¡hmm: especial!

—Luego quiero que te lleves un poco para tu padre y cuando venga lo mío le llevarás más.

—¿Y eso?

—Tu padre me cayó muy bien cuando nos conocimos el Viernes Santo. Me parece un buen hombre.

—Tú también le caíste muy bien. Dice que eres muy guapa, tan guapa como lo era mi madre.

—¿Ah, sí? Y ¿tú qué dices?

—Amén a lo primero y a lo segundo que me gustaría mucho que así fuera.

—Y ¿por qué te gustaría?

—Porque así al menos sabría lo guapa que era ella.

—¿Sabes que tengo guardado el clavel que me dio tu padre?

—¿Sabes que tengo yo guardada una guitarra rajada? —le respondió Andrés.

—No entiendo…

—Algún día puede que te lo cuente —contestó Andrés.

—¿Por qué no me lo cuentas ahora?

La conversación se interrumpió: Teresa llegó dando palmas para hacerse notar.

—A ver, se acabó el recreo. Mozos y mozas seguimos con la faena.

El sol fue cayendo y casi al anochecer se había terminado con toda la matanza. El matarife guardó sus apechusques y, cuando fueron recogidos todos los recipientes y utensilios, salieron las guitarras y las bandurrias: comenzó el baile en la puerta.

Escolástica, la Campana —que no había parado de comer y beber en todo el día—, improvisó una parranda que decía:

Llamaron a Bonifacio,
como oficial de primera,
pa construir un palacio.
Le salió una marranera…;
¡y eso que fue muy despacio!

El canto tenía su gracia, porque el tal Bonifacio y la tía

Escolástica fueron unos novios eternos y ella lo dejó a él porque ya estaban en más de los 70 años y Bonifacio no se arrancaba para llevarla a la vicaría. Decía Bonifacio que él era aún muy joven para casarse y Escolástica le dio viento porque decía: «Ya se me está echando la juventud encima y yo no puedo esperar a que el lento del Bonifacio se haga mozo».

La Navidad se acercaba con sus afanes de hornos encendidos y aromas dulces de la huerta: tortas de naranja y de boniato, mantecados, cordiales de cabello de ángel, rollos de naranja y de anís..., todo un repertorio de dulces que conteniendo cada uno de ellos los mismos ingredientes, competían entre sí en función de: las cantidades, el orden de mezclado, el tratamiento de fermentación, la temperatura, el tiempo de cocción y las manos que lo hacían; de manera que en cada casa tenían su propia y acusada personalidad. Esto hacía que los aromas fueran diferentes por momentos, dando lugar a una sinfonía en la que rara vez se repetían las mismas notas.

Al fin llegó la Nochebuena. Ese día fue un día de mucho trabajo y ajetreo. Antonia y Ana amasaron el pan para que no faltara en toda la Pascua. Hicieron panes grandes —de unas cinco o seis libras — para mantenerlos más tiernos metidos dentro de una orza. Juan y su hermano Ñin mataron y desplumaron el pavo que tenían preparado para ese día y que pesaría una arroba bien cumplida. Lo dejaron colgado en un lugar fresco hasta el día siguiente. El día de Nochebuena era día de abstinencia y se guardaba con rigor este precepto.

Francisco y su primo José enjaezaron a Cascabel en la tartana y se marcharon a Murcia a comprar cardos blancos para el guiso de pelotas del día siguiente, así como: cascarujas, castañas y bellotas para asar aquella noche y, de paso, darse un garbeo por la capital que ese día bullía con el trasiego de las gentes, y ver a las «churubitas». Se tomaron unos «correntales» de vino en la calle de las Mulas y pasaron por la Trapería y, en la puerta del hotel Patrón, vieron a los hermanos Laorden: Marcialito y Godo. Marcialito leía un periódico mientras Godo contemplaba a su hermano con absorta y rendida admiración.

—Menudo pinta está hecho el Marcialito —comentó Francisco.

—¿Lo ves por Madrid?

—Muy poco. Yo no frecuento sus terrenos pero me han dicho unos amigos que lo conocen que no es muy de fiar. Al principio da el pego pero cuando lo tratas un poco te das cuenta de que miente más que habla y que es un petulante. Tiene las manías de grandeza de su madre.

—Pues según dice Godo, su hermano es muy listo.

—Godo en el fondo no es malo, pero sigue mucho la estela de su hermano. Si se despegara de él sería mucho mejor.

—Sí, es cierto, Godo es un pobre muchacho que se merece ser más feliz, pero su hermano Marcialito lo domina. Según me han dicho, a Marcialito le ha cortado su padre los vuelos y ya no le va a pagar más estudios en Madrid donde, según cuenta Vicky, es el furor de los palacios de la alta sociedad y parte de la nobleza.

—¡Quía! ¡Qué va! Eso es lo que él le cuenta a su madre, pero ese liga menos que un gallo en la madriguera de una zorra. Bien que lo intentó, pero se rieron de él; es muy soso y no tiene valor ni clase. Lo que sí parece que se le da bien es la interpretación teatral, cosa no extraña por sus cualidades de fingir. Siempre que he ido a un teatro o alguna corrala, allí me lo he encontrado. Anda con un tal Latorre y ha actuado en un papel secundario de una obra de Fernández de Moratín llamada *La derrota de los pedantes*. Desde entonces se presenta a sí mismo como actor.

—Pues ya sabes que Godo está queriendo pretender a tu hermana.

—¡Ya!, pero Antonia es lista y no se casaría con Godo ni aunque fuese el único hombre sobre la tierra. Hace falta ser muy tonta para cargar con un muermo así.

—No te creas, no es tan tonto como parece, lo que le pasa es que ha tenido una educación tarada. Si lo sacas de ese ambiente puede llegar a ser un muchacho normal.

—Lo dudo. A ese ya no hay quien lo enderece.

Los jóvenes siguieron su camino sin que los hermanos Laorden se percataran de su presencia. Pasearon por la plaza de la Cruz y luego por la de Palacio para entrar en los cafés de El Arenal y en una de sus terrazas se sentaron para tomar un vermut y ver pasar a la gente.

—Verdaderamente hay mujeres guapas aquí en Murcia —comentó José.

—Sí, es cierto, son las más guapas que he visto. En Madrid son más elegantes y extrovertidas pero aquí son más guapas.

—¿Más elegantes? Mira aquellas dos que vienen por allí.

—Sí, esas dos son elegantes pero en Madrid te aseguro que lo son más y hay muchas más.

—¡Cuánto me gustaría ir contigo a Madrid! ¡A la capital de España! —suspiró José.

—Eso está hecho; cuando tú quieras. Lo mejor es ir en primavera. Ya hablaremos.

—Oye, Francisco ¿y cómo te ves tú con Choni? La está cortejando ese viajante de Elche.

—No sé. La verdad es que Choni me cae bien, pero no lo suficiente como para llegar a más. Hay una chica en Peñas de San Pedro que me gusta. Además me he acostumbrado al clima de Madrid y la humedad de Murcia me mata. He heredado de mi madre esta debilidad para el reuma que hace que me sienta fatal en los inviernos aquí. En Albacete o en Madrid el clima es más frío en invierno, y no deja de ser caluroso en verano, pero es mucho más seco y están preparados para combatirlo. Aquí no.

—¿Quieres decir que cuando termines la carrera no piensas venir a Murcia?

—No estoy muy seguro de ello. Desearía ser el médico de un pueblo en el que pueda vivir a gusto y su clima me sea propicio. Me gustaría vivir en Peñas de San Pedro.

—¿Saben eso en tu casa?

—No, pero yo creo que mis padres, con el tiempo, se querrán ir a vivir largas temporadas allí. Mi madre no se encuentra muy bien con esta humedad, y a mi padre le gusta aquello. Pero tú no digas nada.

—Descuida. Vámonos que se nos hace tarde para comer.

—Sí, y además tenemos que preparar el nochebueno.

La comida fue suave, y exenta de carne, como corresponde a un día tan señalado de abstinencia y porque se reservaban para la cena.

Juan, Ñin, Francisco y José fueron a por la leña para la gran fogata y a elegir el «nochebueno»: el leño que debía de durar encendido durante toda la noche.

Todos estos preparativos los hacían siempre los hombres de la casa y a Juan y a Ñin les gustaba hacerlo con la ayuda de sus hijos, tal como ellos lo vivieron con sus padres.

En todas las casas de la huerta la cena de Nochebuena era abundante; especialmente en los postres con dulces y frutos secos. Las castañas y las bellotas —con un cortecico para que no exploten —, se asan en el fuego mientras el nochebueno arde desde la caída del sol. Las guitarras salían solas desde los arcones y con sus seis cuerdas no paraban de cantar los villancicos. El vino jumillano corría generoso, así como la mistela y el lechanis en unos pequeños porrones, y si la casa era más pudiente había también alguna botellica de anís escarchado reservado para esas fiestas.

En casa de la familia Laorden el día había comenzado con mucho ajetreo para el servicio y para Vicky, que tenía que recibir a

la peluquera, a la manicura, incluso había llamado a Úrsula para que le aconsejara sobre cómo organizarlo todo.

La cena la traían directamente del hotel Patrón y Vicky exigía que para cenar, había que vestirse de etiqueta, cosa que Marcial aborrecía. Él añoraba las Nochebuenas de su juventud en el Rincón de Seca, y se imaginaba viviéndolas de una forma sencilla y alegre, con sus hijos cantándole y pidiéndole para que les diera el aguinaldo, y no con tanto perifollo y tanta comida cara que luego se comería el servicio o se tiraría. Además era siempre una cena triste con aquella mujer tan cursi y aquellos hijos tan sosos. Se entristecía, más todavía, porque en el fondo sabía que gran parte de la culpa era suya por haber descuidado la educación de sus hijos.

Vicky comentó en la cena que estaba pensando en hacer una fiesta para Nochevieja y otra para el día de Reyes, con muchos regalos, a la que asistirían todos los hijos de la alta sociedad murciana para que los jóvenes se conocieran y pudieran salirles novios y novias. Marcial miró a sus dos hijos varones, que escarbaban por entre la comida y no hablaban de nada si no era para discutir o acusarse mutuamente, y pensó que les iba a ser muy difícil casarlos.

Después de la cena, la familia Laorden se marchó a la Catedral, a misa de gallo. Podían haber ido a Santa Catalina que la tenían en la misma plaza, al salir de casa, y eran unas misas muy afamadas, pero para Vicky, en Santa Catalina no estaba el señor obispo y ella no iba a misa de gallina, ni de pollo de media pluma, no, ella iba a la misa de gallo, allí donde esté el más gallo.

La misa de gallo en el Rincón, y en toda la huerta, es completamente diferente a la de la catedral. Allí era la última de las nueve misas de gozo y la sencilla iglesia del pueblo estaba rebosante. La alegría y la participación de todos, en los villancicos y en los aguinaldos, era total. La hermandad de la Campana de Auroros de Nuestra Señora del Carmen, junto con la cuadrilla, desde el coro de la iglesia, no paraba de cantar y de seguir todo el oficio eucarístico respondiendo con cantos; como cuando cantaban este villancico refiriéndose a su patrona, Santa Ana:

Vamos a Belén pastores
A ver al nieto de Ana
Que tiene un león atado
Con una hebra de lana.

O cuando la cuadrilla, a toda cuerda, interpretaba el himno de España al alzar al Santísimo en la Consagración; entonces se

llenaban los corazones de emoción, las gargantas de nudos y en los ojos se cuajaban algunas lágrimas. Pero cuando el cura se volvía para decir el *Ite misa est,* comenzaba entonces la locura, el acabose. Las guitarras, bandurrias, laúdes, violines, panderetas, postizas, castañetas y zambombas, gritaban con júbilo tocando aguinaldos. El trovero no paraba de improvisar cantos ayudado por su apuntador. La gente no quería salir de la iglesia, o lo hacía muy lentamente, para poder escuchar los «aguilandos» y, en el fondo, con la esperanza de que el trovero le dedicase alguno de ellos.

Cuando Juan salía de la iglesia con su familia, el apuntador se lo hizo notar al trovero y este improvisó un aguinaldo que Juan agradeció con un saludo y un gesto que venía a decir «Cuando queráis os espero en mi casa». El aguinaldo decía así:

A Juan Parra yo le canto
Y le canto con salero
Pa pedirle el aguilando
Que Dios le dará en el cielo.

Y el estribillo decía:

Que Dios le dará en el cielo
Ángeles, bajad y ved
Al Niño recién nacido
En el Portal de Belén.

El viejo trovero correspondió dedicándole otro, pero esta vez para Antonia que iba al lado de su padre:

En el Rincón hay zagalas
Hacendosas y bonicas
Pero pa novia me pido
De los Parra, a la Antoñica.

Antonia le guiñó un ojo y le envió un beso por el aire en señal de agradecimiento.

Al terminar la misa volvieron todos juntos a casa de Juan. La noche continuó al calor del nochebueno. Así fue avanzando, lentamente, aquella Nochebuena hasta que comenzaron las deserciones hacia la cama.

Al día siguiente, el día de Navidad, Antonia se quedó despierta en la cama recordando otros tiempos, cuando era niña. Todas las mañanas de ese día, junto con su hermano Francisco, se pasaban a la cama con sus padres para cantar villancicos. Su madre, en la

cocina, trajinaba con la comida pero, de vez en cuando, aparecía con un plato de dulces de Pascua que dejaba sobre la mesilla y al que no tardaban en dar buena cuenta. Permanecían metidos en la cama hasta bien avanzada la mañana. Antonia trataba de verse en una escena igual, en el lugar de su madre, y no le era difícil imaginarse así. Se veía entrando en el dormitorio con un gran plato de dulces y allí, en la cama, cantando villancicos, estaba Andrés con un niño y una niña que palmoteaban y cantaban felices. Se vio ella introduciéndose con ellos en la misma cama; hacía frio esa mañana y la cama estaba caliente. Se acurrucó entre las mantas, se abrazó fuertemente a la almohada, cerró los ojos..., y siguió soñando despierta.

Los «mayordomos» de las fiestas andaban muy ocupados visitando todas las casas del pueblo y las barracas de la huerta, transportando a la Niña María, con la cuadrilla de los «aguilanderos» y recaudando fondos para el culto y para las fiestas de Santa Ana del verano próximo.

Junto con ellos iban los *Inocentes,* que aquel año eran tres: Julio, el «Cañote», Santiago, el de «Trini», y Pencho el «Tormo». Los Inocentes vestían con unas ropas estrafalarias y llevaban un gran sombrero lleno de largas cintas que les colgaban por todos lados y con una escoba en las manos, a forma de bastón de mando, actuaban como si fueran unos graciosos dementes. Sus sentencias y actos disparatados gozaban de total impunidad y benevolencia colectiva. No se les podía tomar a mal ninguna de sus bromas que, por otra parte, no traspasaban al umbral de lo ofensivo aunque sus comentarios fuesen atrevidos y algo jocosos.

El trovero improvisaba las canciones y lo normal era que el dueño de la casa invitara a pasar a toda la cuadrilla y allí los obsequiaban con comida, con bebida y con algún presente depositando su donativo en la bolsa que a tal efecto portaba el «hermano bolsero». Mientras tanto, los inocentes barrían el portal de la casa con sus escobas, y si se les antojaba que la dádiva no había estado a la altura que se esperaba de la casa, o no dejaban nada en la bolsa, volvían a barrer, esta vez hacia adentro de la casa, o les barrían los pies al dueño en señal de desaprobación. Pero todo con gracia y alto sentido del humor.

La colecta se terminaba el día veintiocho con el Baile de Inocentes, también llamado «baile subastao o de pujas», que aquél año se trasladó al día treinta, porque caía en domingo, y así podía participar más gente.

La fiesta comenzó con la misa mayor (la segunda misa del día)

sobre las diez de la mañana. Los inocentes hacía rato que estaban, en la puerta de la iglesia, increpando a la gente e imponiendo multas a los que por allí pasaban con cualquier motivo: por venir corriendo, por andar despacio, por estar hablando, por hacer un corro…

Cuando estuvieron todos sentados en la iglesia, salió de la sacristía don Serafín, el cura, revestido y muy contrariado, haciendo grandes aspavientos y diciendo que no se podía celebrar la misa porque alguien había robado el libro de misa. Los inocentes, conchabados con el cura, se pusieron a gritar por en medio de la iglesia:

—¡Esto no pue ser! ¿Cómo va haber ladrones en nuestro pueblo?

—Cañote, que te digo yo que sí, que aquí hay muy mala gente y alguien ha robao los Evangelios.

—¡Y además son ladrones sacrólogos! —enfatizó el Tormo.

—«Tormo», querrás decir sacrílegos —le rectificó don Serafín el cura.

—Pues eso es lo que he dicho; de sacro, sacrólogos.

—¡Que no, piazo de burro, que se dice sacrílegos! —le gritó el Trini.

—¡Claro, claro!, Lo que yo he dicho: sacrílegos. ¿Qué pensabas que había dicho?

—Pues como descubramos quién ha sido tendrá que pagar una buena multa —intervino el Cañote para cortar con la cabezonería de el Tormo que tenía fama de ser muy pillo.

—Tormo, que digo yo que por lo menos deberá pagar una multa de cinco reales quien haya sío.

—¿Cinco reales sólo? Yo creo que deberá ser más de cinco reales, pero no de vellón, ¡de plata!

—¡Maere mía y maere mía! ¡No quisiera yo estar en la pelleja del ladrón!

—¡O de la ladrona!

—¡Cañote!, ¡Tormo! ¡Vamos a descubrir quién ha robao el librico de la misa!

La gente se reía y miraba a su alrededor para tratar de descubrir quién lo había «robado».

Cañote, Trini y Tormo, se pusieron a buscar por entre la gente, mirando debajo de los bancos, por entre las faldas de las mujeres y en las fajas de los hombres con gran regocijo de todos.

—¡Aquí está! —gritó de pronto Cañote.

—¿Quién lo tenía? —preguntó Tormo.

—Lo tenía la Choni.

—¡No pue ser! ¿Cómo una zagalica tan principal y de tan buena familia ha podido robar el libro de la misa?

—¡Lo tenía escondío debajo del banco; bajo las fardas!

—¡Yo no he sido! —protestó ella entre el rubor y las risas.

—¡Pero, Choni! ¿Cómo es posible que hayas hecho esto con lo buena y modosica que tú eres? —le increpó el cura.

—¡Venga, no se hable más! Esto se arregla pagando una multa —medió el Trini–. A ver, ¿dónde está el padre de la Choni?

—Aquí están su padre y su madre, para lo que haga falta —dijo desde su asiento Matías, el Torrao, y su mujer Asunción, la Molinera.

—Pues van hacer falta diez reales… y eso porque la Choni es la reina de las fiestas, que si no…

—Trae la bolsa y que no se hable más. ¡Tengamos la misa en paz! —sentenció Matías, el Torrao, con graciosa elocuencia.

La misa transcurrió con normalidad.

A la salida se organizó el tan esperado baile de inocentes. Se sacaron los bancos y las sillas de la iglesia y los músicos de la cuadrilla se colocaron en su sitio.

El baile lo «rompía» (lo iniciaba) aquel que pujara más alto para ser el privilegiado que ese año inaugurara el baile. Si iba acompañado, salía al centro y bailaba con su pareja, y si no iba acompañado, decía que quería bailar con la mujer que él eligiera, independientemente de que la elegida tuviera novio o no. Si era el caso de que sí lo tenía, el novio o pretendiente y sus amigos pujaban más alto evitando así que el otro bailara con ella, para lo cual eran graciosamente provocados y acosados por los inocentes. Si salía otro pujador que quería ser él el que rompiera el baile o había varios que querían ser ellos, la puja adquiría unos niveles elevados de dinero y de orgullo. Al final ganaba el que más alto había pujado y ese era el que, ese año, tenía el honor de inaugurar el baile con la muchacha elegida sin que ella se pudiera negar a bailar con él.

Los inocentes salieron al centro y comenzaron a «calentar» la puja.

—Oye Cañote, que digo yo que este año no va a pasar como el año pasao, que se rompió el baile por cuatro reales y medio —empezó gritando el Trini.

—¡Ah, no, eso sí que no! Este año el que quiera ser el primero en romper el baile se va a tener que rascar bien el bolsillo —contestó el Cañote dando un fuerte escobazo en el suelo.

—Eso, y además no vamos a estar aquí toda la mañana para ver quién es ese valiente. El primero que puje alto se lo lleva; que hay

mucho que bailar y el tiempo es oro —apostilló el Tormo.

—Oye, Trini, ¿y a ti qué te parece si ponemos un mínimo de veinte reales para romper el baile? —preguntó el Cañote.

—¡Nooo. Que eso es una burrá de dinero! —se oyó decir a algunos de entre la gente.

—¡Síií, Que se rasquen el bolsillo! —se oyó decir a la otra parte del pueblo que no pensaba pujar por romper ellos el baile.

—¡Así me gusta, que estemos tos los del pueblo d'acuerdo! —ironizó el Trini—. Semos pocos pero bien avenios.

De pronto se oyó a alguien que atropellándose y nervioso gritó:

—Yo, yo, yo… yo doy cinco reales por bailar con la Antoñica.

—¿Quién ha sio ese burro? —preguntó el Tormo.

—Ha sido el Godo —dijo una voz.

—Pero vamos a ver, Godo; vamos a ver si eres capaz de entenderlo bien: ¿No hemos dicho que íbamos a empezar con veinte reales? ¿Y tú ofreces cinco y na menos que por bailar con la Antoñica? ¡Tú estás chalao! Bailar con la Antoñica vale mucho más de veinte reales —le soltó el Tormo, amenazándole con la escoba.

Godo se dio cuenta de que, una vez más, los nervios y su agoniosa precipitación le habían jugado una mala pasada. No tenía que haber dicho con quién quería romper el baile. Ahora se había descubierto su intención y le iba a costar mucho más dinero del que pensaba pagar. Se hubiera dado un guantazo al ver lo torpe que había sido.

—Yo doy los veinte reales por bailar con quien yo diga —se oyó decir a uno del pueblo.

—Así me gusta, que seáis listicos ¡coña! —apuntó el Cañote al tiempo que daba otro fuerte escobazo en el suelo—. Pero veinte reales son pocos reales, hacen falta… más reales.

—Yo doy veinticinco reales porque mi hijo baile con la moza que él quiera.

—Esto se pone caliente. Resumiendo: el Godo que se queda sin bailar con la Antonia. Este que por veinte reales se queda sin bailar con ninguna moza y tenemos al Pencho que quiere que su hijo baile con la moza que él quiera. ¿Hay alguien que dé más? —preguntó Santiago el Trini.

—Veinticinco reales y dos perras gordas por bailar con la que yo diga —se oyó decir entonces a Godo, lo cual provocó una carcajada porque ya se sabía con quién quería bailar y quería disimularlo ahora.

Antonia se puso nerviosa porque no quería bailar con Godo, aunque se esforzaba por mantener la sonrisa. Andrés estaba que no

tragaba saliva y no podía imaginarse a Antonia bailando con Godo, los dos solos, en medio de aquel corro. Eso era demasiado para él.

Rosa, viendo la tensión entre los jóvenes, le comentó algo al oído a su marido para que interviniera, pero Juan dijo que no con la cabeza; prefería esperar para ver cómo se resolvía aquel lance.

Andrés buscó todo el dinero que tenía: doce reales. José puso los quince que llevaba, Pedro otros doce y Gabriel que llevaba tres. Podían superar la oferta de Godo que los contemplaba con cara de gusto.

—Pujamos con treinta reales para que uno de nosotros baile con la moza que elijamos —dijo Andrés.

—¡Sí señor! ¡Así da gusto recibir a los forasteros! ¡Rumbosos y echaos p'alante —dijo el Trini—. ¿Es que se van a rajar los del pueblo?

Godo le echó una mirada furibunda al grupo de amigos y a Andrés en particular.

—Cuarenta y cinco reales porque bailen mi hijo con mi hija y no se hable más —dijo entonces Plácido, el marmolista.

Se escuchó un clamor de admiración. Jamás en la vida se había pujado tan alto por romper un baile «¡Eso es una fortuna!» —decían los mayores que no salían de su asombro— «¡Y por romper el baile! ¿A dónde vamos a llegar?».

Antonia y Andrés respiraron tranquilos. Godo, con mucho nerviosismo, no paraba de buscar por entre sus bolsillos encontrándose sólo otro real. Le metió la mano en los bolsillos a Joselito, el Noé, que casi le baja los zaragüelles allí en medio, y le encontró otro real atado en el moquero. Era evidente que no tenían más dinero. Mientras tanto los Inocentes seguían su cometido provocando y chinchando a posibles pujadores para ver si hacían una puja mayor, pero ya no les quedaban argumentos. Aquella puja se les había subido y estaban más pendientes de lo que pasaba en la subasta, sin que ellos intervinieran, que en intervenir.

—Pues yo creo que la cosa está ya rematá —dijo el Cañote.

—No sé, no sé… Me da a mí en la nariz que esto no se ha rematao entavía —contestó el Trini.

—Yo, yo…, yo, yo… doy cuarenta y seis reales por bailar con quien yo quiera —se le oyó decir a Godo.

La nueva oferta de Godo rompía las expectativas de Andrés que miró con angustia a Plácido para ver si la superaba, al fin y al cabo se sabía que Godo ya había llegado a su tope máximo, pero Plácido hizo un gesto negativo con la cabeza, prefirió ver cómo quedaba aquel desafío entre los jóvenes; a él ni le iba ni le venía. Andrés vio

a Godo que en ese momento estaba mirando a Antonia con codicioso regusto y Antonia le hacía un gesto de resignación y se disponía a levantarse para salir a bailar; pero Andrés tuvo de pronto una inspiración y le hizo a Antonia una señal para que continuara sentada.

—Bueno, pues si no hay nadie que aumente esa puja de Godo, esto está rematao, así que a la una… a las dos… y…

—Un momento, aún hay puja por hacer. Acércate, inocente —Andrés llamó al Trini, que era el que le parecía más inteligente de los tres, y le habló al oído.

—¡Pues sí que lleva razón este forastero! —dijo el Trini— aún queda puja por hacer. Y tú Godo, vete *pa* tu sitio que esto aún no s'ha rematao —le dijo a Godo que ya había salido al centro del atrio esperando a que saliera Antonia para bailar con él.

—Yo doy todo lo que tenemos: cuarenta y dos reales, porque Godo rompa el baile con la moza que él elija, pero con Antonia no —dijo Andrés.

La gente se quedó muda sin comprender muy bien lo que estaba ocurriendo.

—¿Tú qué dices, Godo? —le dijo el Trini al tiempo que hacía un gesto para que se callaran sus compañeros hasta que estos comprendieran bien la jugada que se estaba tramando.

—Pero, pero, pero, pero, yo, yo… yo sólo quiero bailar con la Antoñica y mi oferta es mayor que la de él —balbuceó Godo.

—Sí pero te han puesto un veto; te han echao el tablacho. Tú tienes tres opciones. Primera opción: puedes bailar con otra moza y pagar cuarenta y cinco reales y nosotros cobramos tus cuarenta y cinco reales y los cuarenta y dos que paga el forastero porque tú no bailes con Antonia. Segunda opción: te retiras de tu oferta con lo que él paga sus cuarenta y dos reales y tú te quedas fuera y volvemos a subastar el baile; y tercera opción: superas la oferta que él ha hecho para que tú no bailes con Antonia, con lo cual quedarías libre de poder bailar con ella —le aclaró el Trini guiñando un ojo a sus compañeros que ya habían comprendido la estratagema.

Aquellas eran altas matemáticas para que Godo las entendiera y menos con el estado de excitación en el que se encontraba. Se volvió Godo para consultar con el Noé buscando ayuda. En ese momento alguien gritó ofertando un real porque el Noé rebuznara, y el Noé, al verse requerido y subastado en un acto tan principal como era aquel, se sintió tan protagonista y halagado que comenzó a lanzar sus mejores rebuznos con tanta fuerza y tan bien

ejecutados que no había jumento que los mejorara. Mientras el Noé rebuznaba, Godo no paraba de hacerse cuentas con los dedos y la gente se desternillaba.

—Venga, Godo, que es para hoy y hay mucho que bailar —le apremió el Tormo.

—Yo yo… yo doy cuarenta y tres reales por quitarme el veto ese que me ha puesto el forastero por bailar con Antonia. Y quedo libre para poder bailar con Antonia ¿Verdad?

—Sí Godo, pero paga primero y quedas libre de poder bailar con quien tú quieras —le dijo el Tormo acercándose con la bolsa para tomarle los cuarenta y tres reales.

—Bueno, entonces, recapitulando: tenemos que hay una oferta de cuarenta reales de estos forasteros para que uno de ellos pueda bailar con la moza que ellos digan; otra oferta de cuarenta y cinco reales que ha hecho el amigo Plácido para que sean su hijo y su hija los que rompan el baile y… faltas tú, Godo. Y tú, Noé, para ya de rebuznar de una puñetera vez que me tienes revolucionás a toas las burras del pueblo ¡lecha! —gritó el Trini.

—Yo… yo, yo ya he pagado cuarenta y tres reales y ahora pongo tres más y son cuarenta y seis —dijo Godo.

—No, Godo, no. Tú has pagado cuarenta y tres reales, sólo para levantar el veto que te han puesto y poder optar a bailar con cualquiera de las mozas que hay aquí, incluida Antonia Parra. Ahora tienes que volver a pujar si quieres romper el baile —le volvió a aclarar el Trini.

Ahora toda la gente comprendió la sagaz jugada que le había hecho Andrés para neutralizar a Godo y que este seguía sin comprender.

—Pero… pero… pero a mí no me queda más dinero —se quejó lastimoso Godo.

—Pues entonces no puedes romper el baile —le contestó el Tormo— guárdate los tres reales que te quedan y bailarás después.

—Tenemos que la mejor oferta anterior era la de Plácido para que rompiera el baile su hijo con su hija. ¿Se mantiene esa oferta, Plácido?

Plácido miró con agrado al grupo de los cuatro amigos y estaba admirado de la sagacidad, inteligencia y rapidez con la que habían resuelto la prepotente actitud de Godo. Él sabía que los cuatro tenían interés por cuatro mozas del pueblo y que la puja de ellos había llegado a su límite. Se vio reflejado en su juventud y decidió ayudarles. Los miró a los ojos y ellos lo miraban a él esperando su decisión que ya no podía ser mala para Antonia.

—Plácido sólo tiene una palabra —comenzó diciendo Plácido— pero esta vez voy a retirar mi oferta porque veo que así les gustaría a los jóvenes forasteros que han pujado tan bien y con tanta audacia. Al fin y al cabo, mis hijos aún son jóvenes y tiempo tendrán de romper el baile otro año, pero una lección como la que han vivido hoy, seguro que no la olvidarán jamás. Ahora bien, como no quiero que se perjudique la bolsa de los inocentes por mi retirada de la puja, y como quiero premiar a estos jóvenes por su magnífica lección, yo pongo veinticinco reales y que ellos pongan los veinte restantes para que uno de ellos elija a la moza con la que se ha de romper este baile que ya se está haciendo largo.

La gente aplaudió la sabia decisión de Plácido.

—Pues que no se hable más; a la unalasdosylastres. Adjudicado el baile —sentenciaron los inocentes dando tres fuertes escobazos en el suelo.

Los cuatro amigos se miraron y decidieron quién iba a salir a bailar. Todos esperaban que fuera Andrés el que rompiera el baile con Antonia, pero cuál fue la sorpresa cuando vieron que el que salía era Gabriel, y que sacara a bailar a Carmen, la Posi.

La cuadrilla interpretó una jota y Carmen y Gabriel la bailaron con tanto ímpetu que algunas cuerdas de las bandurrias se rompieron, y hasta Antonia, que estaba tan feliz y contenta al lado de Andrés, rompió la castañeta que ella tocaba.

Se escuchó un largo rumor cuando la gente se dio cuenta de que Andrés no había querido someter a Godo a mayor humillación y decidió que fuese un mozo humilde del pueblo el que rompiera el baile de ese año, y de gratis. La elección fue muy bien recibida. Plácido, y todos en general, hicieron un gesto de aprobación ante esta decisión tan inteligente y noble. Entre los asistentes se comentaba: «Creo que es el hijo de un tal Enrique el Justo, del Consejo de Hombres Buenos». «Qué buen zagal y qué listo que es. Ya lo querría yo de novio para mi zagala…». «Qué buenos zagales y nobles son estos mozos». «El forastero es de la Arboleja y está aquí porque le gusta la Antonia, la zagala del Juan y de la Rosa, la Manchega…».

En el pueblo no se recordaba un baile de pujas tan emocionante, ni tan bien organizado, ni tan tranquilo, porque casi siempre solía haber algún mal pique y el baile terminaba «esfaratándose» por las trifulcas y broncas a causa de los celos. Aquel año no las hubo. Al final todos bailaron con quienes quisieron, pagando una pequeña cantidad por salir a bailar. También el cura se remangó las sotanas, y hasta la pareja de la Guardia Civil terminó bailando con las mozas

que pagaron por sacarlos a bailar a ellos. La colecta fue la más cuantiosa que se recordaba y todo terminó con paz y alegría, y la consabida frase de los inocentes:

—¡Hasta el año que viene…!

—¡Si Dios quiere!

Cuando ya todos se habían marchado del atrio, aún quedaba en la plaza Pencho, el Tormo, tratando de explicarles a Godo y al Noé, lo que había ocurrido.

Por la tarde se reunieron en casa de José y de Ana y comentaron lo bien que había transcurrido el baile de pujas y lo acertado de no sacar a Antonia a bailar, aunque Pedro dejó bien claro que el «celebro» de la operación había sido él.

—Querrás decir el cerebro —le corrigió Ana.

—No, no, he querido decir lo que he dicho: yo he sido el «celebro» de la operación porque yo he sido el que más lo ha «celebrao».

Ana y los demás reían con las gracias de Pedro.

Carmen, la Posi, y Gabriel se apartaron del grupo y se fueron despacico, hablando por la senda del huerto.

—Y tú ¿por qué me has sacado a mí a bailar?

—¿Es que te ha disgustado?

—Al contrario, me ha gustado mucho. Nunca nadie ha tenido tanta deferencia conmigo.

—Pues yo creo que te la mereces y me ha dado mucha alegría, y he sentido mucho agradecimiento, cuando ellos se han vuelto y me han dicho que sacara yo a bailar a la moza que quisiera. Yo tampoco podré olvidar ese gesto porque nunca me lo hubiera imaginado, ni me hubiera podido permitir una cosa así.

—¿Y tú te has fijado en mí habiendo podido sacar a tantas mozas guapas como hay en el pueblo?

—Sí, solamente he pensado en sacarte a ti. Sólo te veía a ti.

—Eso puede querer decir muchas cosas y puede no querer decir nada.

—Eso sólo tiene una interpretación.

—¿Y cuál es?

—Pues la única interpretación que para mí tiene es que tú me importas mucho y que creo que me gustas.

—¿Solamente lo crees?

—No solamente lo creo, sino que lo afirmo, y deseo que, si Dios quiere, este sea el comienzo de una relación más duradera.

Carmen miró fijamente a Gabriel que, con la respiración contenida, trataba de adivinar la respuesta de ella. Le habían salido

aquellas palabras sin titubear, sin haberlas tenido prevista. Carmen sabía que las palabras de Gabriel eran sinceras, que le salían del corazón; el brillo de sus ojos así se lo indicaba.

Carmen bajó la mirada y dijo:

—Yo también creo que me gustas tú.

—¿Solamente lo crees? —le devolvió la pregunta Gabriel.

—Sí, lo creo.

—Con eso me basta.

—Aún podré darte más.

—Ya lo sé, pero sabré tener paciencia y conquistar tu corazón.

—Me parece un sueño, no me imaginaba que esto me pudiese ocurrir a mí —suspiró Carmen.

—¿Por qué no? Tú eres una mujer, guapa, buena y cariñosa. La suerte sería la mía, que no soy nada.

—No digas eso. Yo sólo soy Carmen, la Posi. Tú eres un buen hombre y un buen hijo. Seguro que sabrás ser un buen esposo y un buen padre.

—¿Te has dado cuenta de una cosa?

—¿De qué?

—¿No te has dado cuenta de que has hablado lo justo y bien, y que no has repetido, ni una sola vez, la muletilla del «posi»?

—¿Sí?… llevas razón. ¿Por qué habrá sido eso?

—Porque te has sentido querida tal como eres, en gratuidad, y eso ha hecho que te sintieses segura. Ya me lo dijo mi madre.

—¿Qué te dijo tu madre de mí?

—Que eras una gran mujer y que ese problemilla del «posi» era sólo por una falta de seguridad que se te marcharía cuando sintieras que alguien te quería tal como eres, sin tener que dar la talla.

—¿Y por qué te dijo eso?

—Porque yo le dije que me gustabas.

—¿Y ella que te contestó?

—Que tú también le gustabas a ella y que si tú me llegabas a querer, ella estaba segura de que seríamos una pareja muy feliz. Pero que no las tenía todas consigo: temía la reacción de tu padre.

—Dios lo quiera. A mí también me gusta tu madre, me transmite paz. Con mi padre no lo vamos a tener tan fácil. Con mi madre es diferente.

—Ya contaba con ello y lo comprendo. Yo no soy nada, pero confío en que tus padres me lleguen a aceptar.

—Tú sí que eres un hombre bueno y noble. No hace falta más.

—Me hace muy feliz el oírte decir estas cosas.

—A mí también. ¡Dios quiera que esto termine bien!

—Eso, Dios lo quiera.

La tarde fue transcurriendo con lenta placidez dejando expectativas entrañables y felices.

* * * * *

Llegados a este momento de la noche, el abuelo les aclaró:

—Esta noche os he hecho un largo preámbulo pero era necesario para ambientaros sobre lo que significa esta castañeta rota y este papelito que os ha dado la abuela. Esta es la castañeta que rompió Antonia cuando Carmen, la Posi, y Gabriel iniciaron el baile de inocentes.

El papelito es un adagio. ¿Que qué es un «adagio»? Yo os lo cuento:

Andrés y Antonia volvieron a verse el Día de Año Nuevo, en casa de Choni, para hacer el juego de emparejar: de echar los años, o los adagios. Este juego consistía en que se metían en una bolsa unas papeletas muy dobladas con los nombres de las mujeres solteras o viudas del pueblo, sin importar la edad que tuviesen. En un sombrero se hacía lo mismo con los nombres de los hombres solteros o viudos. En otra bolsa se colocaban los adagios, que eran pequeños versos de carácter picante y algo subido de tono.

Una mano inocente sacaba una papeleta de la bolsa de las mujeres y después sacaba otra del sombrero de los hombres con lo cual quedaban emparejados para todo el año. Otra mano sacaba, al azar, un adagio que estaba destinado para esa pareja. Algunas veces, había suerte y se emparejaba a mozo y moza que se gustaban y que sólo les faltaba un pequeño empujón para decidirse. Claro, que en otras ocasiones salían parejas disparatadas, como la más rica o la más guapa, con el más tonto o el más viejo, o como Escolástica, la Campana, con el más joven.

Ese año la suerte emparejó a Pedro con Escolástica, la Campana.

—Oing, qué suerte he tenio: que güen mozo m'a tocao, ¡lecha! —dijo Escolástica muy satisfecha.

—Esta vez no te escapas, Escolástica, que yo no soy como Bonifacio. Yo te llevo a la vicaría seguro. ¡Que estoy por tus carnes! —achuchaba Pedro.

—Anda, saca el adagio a ver que nos dice y no platiques más que sois tos igualicos; se os va la fuerza por la boca.

El adagio decía:

En un bancal de ajos,
Tú bocarriba y yo bocabajo.

Aquello fue tremendo: estallaron en risas. Pedro salió corriendo hacia Escolástica como un poseso gritando:

—¡Vámonos a hora mismo a un bancal de ajos que yo no soy el Bonifacio y no me aguanto más, Escolástica de mis huesos!

Escolástica daba vueltas a una mesa, huyendo de Pedro, e interponiendo su silla gritaba:

—¡Quitadme de aquí a este sátiro pérfido! ¡Que soy moza! ¡Seguro que te ha enviado el Bonifacio! ¡Mal rayo lo parta!

Ana, salió emparejada con el Noé y el adagio fue:

Contigo en tu porche
Pasaría toda la noche.

Le preguntaron a Noé:

—¿Y tú qué es lo que piensas hacerle a Ana en su porche durante toda la noche?

—Pues yo le puedo hacer to lo que ella quiera. El perro, el pato, el burro ¿Quieres que te haga otra vez el burro, Anica?

—¡Uy, no, no, por favor, que me asusté mucho! —respondió Ana poniéndose coqueta y mimosa a la vez que le guiñaba un ojo—. Mejor me haces un pajarico que me gusta más.

El Noé se creyó aquello y desde entonces se enamoró perdidamente de Ana, y abrigó en su corazón, y en su pobre mente, escenas amorosas bajo porche de su casa. Aquello tendría sus consecuencias posteriormente.

Quiso la suerte que Antonia y Andrés salieran emparejados y el adagio que les tocó no fue precisamente gracioso, pero resultó premonitorio. Decía:

Antes de convivir
Mucho habréis de sufrir.

Y ese es el adagio que me habéis traído esta noche, que, como veréis posteriormente, tuvo razón.

—Bueno, pero eso será mañana, ahora es la hora de irse a dormir —dijo la abuela.

Todos comprendieron que era cierto. Esa noche había sido especial por lo largo de la historia y dándoles un beso a los abuelos y, despidiéndose de Antón y de Fuensanta, desfilaron para sus habitaciones.

Manuel se quedó, como siempre, escuchando las voces de la noche. Aquella noche hasta la luna escuchaba asomando su rostro, de medio lado, entre cortinas de blancas nubes.

Apareció entonces Candela.

—Abuelo, ¿puedo quedarme un poco aquí?

—Por supuesto que sí.

—Me apetece estar a solas contigo. Te quiero decir que me están gustando mucho las historias que nos estás contando y que estoy tomando notas de todo lo que cuentas. No sólo estoy tomando notas sino que estoy grabando lo que dices. Quiero que lo sepas, y me des tu aprobación.

—¿Y para qué quieres grabarlo?

—Porque no quiero que se pierda nada de lo que nos cuentas y quiero dejarlo escrito.

—¿Para cuando tú se lo tengas que contar a tus hijos o a tus nietos?

—No solamente por eso, sino para que muchas más personas lo puedan conocer.

—Eso está muy bien, me gusta tu detalle. Puedes tomar cuantas notas y grabaciones quieras.

—Gracias, abuelo, sabía que no te iba a importar.

—Sí que me importa; me importa tanto que cuenta con todo lo que te haga falta para ayudarte en lo que estás haciendo.

—Gracias otra vez, abuelo. ¿Puedo usar tu ordenador para escribir mis notas?

—Por supuesto que sí. Es todo tuyo.

Se despidieron de los sonidos de la huerta y se adentraron en la casa mientras los pequeños grillos los obsequiaban con su rítmica letanía y la acequia les dedicaba su delicada sinfonía.

NOCHE 7ª

Amaneció raro aquel día. Unos nubarrones surcaban el cielo viajando con prisa y rociando con gruesas gotas de lluvia que predecían unas calendas lluviosas para el próximo mes de febrero, según la teoría de las cabañuelas.

La abuela y Fuensanta deambulaban por la casa con trajines de armarios y ruidos de cajones.

Candela entró en el despacho del abuelo y se sentó en su sillón. Acarició la vieja mesa de escritorio, como queriendo descifrar, por entre los surcos de la madera, todas las palabras que sobre ella fueron escritas. Trató de imaginar las conversaciones que aquellas cuatro paredes habían escuchado y que ahora dormían en sus confidentes tímpanos. Un ligero olor a libros viejos se mezclaba con el agonizante aroma de las dos rosas blancas que, en una copa de cristal, se desnudaban marchitándose sobre la mesa. Paseó la mirada por los estantes y los libros que sobre ellos descansaban. Leyó los nombres de viejos autores que le hablaban de vidas contadas con bellas palabras: Balzac, Unamuno, Pío Baroja, Azorín, Benavente, Valle Inclán, Rosalía, Carmen Conde… No había en aquellos anaqueles ningún libro de ingeniería; el abuelo decía que la ingeniería le había servido durante sus cuarenta años de vida profesional, pero que ahora, para los años que le quedasen en su nueva vida de jubilado, no le servían para mucho, se había reencontrado con una vieja amante, nunca olvidada, que le reclamaba, celosa, todo su tiempo para ella: la literatura.

Salió Candela al porche de la casa, a esa hora tórrida en la que hasta las sombras se ocultan debajo de los árboles, y encontró al abuelo dormido en su mecedora. Tenía las gafas puestas y un libro caído entre las manos. Se quedó contemplando aquellas manos; eran como a ella le gustaban las manos de un hombre: grandes, fuertes y con los dedos largos; tal como las dibujó Durero. Candela siguió contemplando al abuelo, estudiando todos sus rasgos, sus arrugas, sus manchas… Su hermano y su primo pasaron persiguiéndose y el abuelo se despertó. Cuando abrió los ojos se encontró con los de Candela.

A Manuel le gustaban mucho los ojos de su nieta Candela. Tenía una mirada franca y noble, limpia y sincera. Transmitían serenidad. Los dos entendieron lo que cada uno de ellos pensaba del otro. Se sonrieron y Candela, levantándose, le acarició la cabeza y depositó un beso sobre su frente.

Aquella noche, Antón y Fuensanta llegaron más temprano y cuando todos estuvieron sentados, el abuelo, como siempre, preguntó:

—¿Qué objeto me traéis esta noche?

—La abuela nos ha dado esta caja de madera y dentro hay unas figurillas de barro —dijo Candela.

Manuel tomó la caja en cuya tapa se adivinaban dibujos que algún día fueron flores policromadas. Tenía todos sus bordes redondeados y la tapa estaba contorneada con un leve surco formando una delicada filigrana. Soltó la presilla de plata ennegrecida y al levantar la tapa, en su reverso, había un espejo salpicado con las ocres manchas del tiempo. Se miró en él y pensó en las imágenes que aquel espejo guardaba; en los rostros de las personas que en él se habían reflejado. Del interior de la caja sacó una bolsa de tela y dentro de ella dos figurillas de barro que sus nietos no habían sabido reconocer; las tomó en sus manos y mirándolas les dijo:

—Estas dos figurillas de barro, como decís vosotros, son dos San Blas.

—¿Y qué es un *sanblas*?

—Os lo cuento. Anoche nos quedamos en que ya había pasado la Pascua y las fiestas de Navidad, el baile de los inocentes, los adagios y el Auto de los Reyes Magos.

—No, del *Auto de los Reyes Magos* no contaste nada —dijo Ana.

—Bueno pues eso es mejor que nos lo cuente Antón, porque sé que él lo ha interpretado muchas veces y lo conoce mejor que yo.

Antón, atrincherado tras su timidez, se hizo de rogar pero al final la gracia de Fuensanta le venció y comenzó a contar:

—En los días cuatro, cinco y seis de enero, se representaba, y aún se representa en muchos pueblos, la que quizás sea la pieza teatral más antigua que existe en España: el *Auto de los Reyes Magos*. Data del siglo XII, por lo tanto muy anterior al *Misterio de Elche,* aunque en nuestra región la costumbre de su representación es menos antigua, y es interpretada por las personas del pueblo de una forma muy sencilla. El argumento se centra en la extrañeza de los tres reyes cuando se encuentran con la estrella (que suele ser una niña montada en un pollino) que los va conduciendo por distintos

lugares del pueblo donde se establecen los diálogos, como el de los tres Reyes Magos con Herodes. En el caso de Murcia, la representación adquiere personalidad propiamente huertana y en el *Auto* se incorporan dos personajes, que se llaman Jusepe y Rebeca, y que le da una nota de humor distendido al texto de san Lucas. Por ejemplo; hay un diálogo entre Jusepe y Rebeca que dice:

—«Oye Jusepe, ¿no ves? ¡Por allí viene una estrella!

—¿Por dónde?

—Por Oriente.

—¡Válgame Dios, qué cometa!

—¡Mira allí que jopo tiene!

—¡Parece cola de yegua!…».

El *Auto* termina con la adoración de los tres Reyes Magos al Niño, en el interior de la iglesia.

—«Jopo», qué gracioso. ¿Y eso se sigue haciendo y participa la gente del pueblo? —preguntó Daniel con guasa.

—Pues sí, sí que se representa. En Aledo se hace todos los años con mucha solemnidad y con la participación de todo el pueblo. Allí el *Auto* es un poema de 1589 versos y es una preciosidad que merece la pena verlo además de ser un gran patrimonio cultural. En Churra también se representa, con mucha afición, en la puerta de la iglesia y es la más antigua de la región en hacer estas representaciones.

—Pues a nosotros nos gustaría verla —afirmó Ana.

—Pues ya sabéis, sólo tenéis que estar aquí para el Día de Reyes —comentó la abuela.

—¿Y nos perdemos los Reyes en casa? —preguntó Javier.

—Te advierto que por aquí también pasan los Reyes —ironizó el abuelo.

—¡Claro que sí, y seguro que aquí pasan aún mejor, tontucio! —le recriminó su hermana Ana.

—Bueno, no riñáis y continuemos —medió el abuelo—. Ya en aquella época se hacían algunos regalos, aunque no tantos ni tan caros como ahora. Por ejemplo: este neceser de madera que tengo en las manos se lo regaló Andrés a Antonia ese mismo Día de Reyes. Lo compró Andrés en una tienda de la calle Platería. Pero sigamos la historia porque hoy vamos a llegar a un día muy importante para vuestras vidas.

Todos se removieron en sus asientos preparándose para escuchar aquel emocionante capítulo que les prometía el abuelo.

Tomó las dos figuritas de barro, que en su parte inferior tenían un penacho formado por finas hebras de seda, uno de ellos era de

un desvaído color rosa y el otro de color azul, y se puso a hablar el abuelo:

—Andrés y Antonia tardaron un mes en volverse a ver. Pasaron las Pascuas y llegó el 2 de febrero. ¿Quién sabe qué ocurre el 2 de febrero?

—Ese es el día de mi santo. La festividad de la Virgen de la Candelaria —dijo Candela.

—Efectivamente, ese es el día de tu santo, ¿pero alguien te ha explicado por qué es el día de tu santo y de dónde viene ese día? —preguntó el abuelo.

—No, o al menos yo no lo recuerdo. Ni tampoco sé por qué me pusieron este nombre.

—Escuchad esto, porque todo tiene una razón de ser, todo tiene un porqué —dijo el abuelo—. Según se ordenaba en el libro del Levítico (Lv12, 6-8) a los cuarenta días de haber dado a luz una mujer judía debía acudir al templo de Jerusalén con su marido, para su purificación, y presentar allí al niño y hacer una ofrenda, para el holocausto, de un cordero de un año, una tórtola y un pichón. Si no tenían dinero suficiente para esto, entonces debían presentar dos tórtolas y dos pichones. José y María, como buenos judíos, así lo hicieron.

Con la nueva alianza (el cristianismo) se eximió a las madres de esta ley puesto que el cordero para el holocausto ya había sido provisto e inmolado para siempre: Jesucristo. Entonces se les pidió a las madres que presentasen a sus hijos, ese mismo día en una misa y así, desde muy antiguo, ellas presentan a los hijos, nacidos durante el año, con el mismo traje de su bautismo y con la túnica encapuchada blanca. Hasta aquí podríamos decir que es la Virgen de la Presentación o de la Purificación, pero las madres también empezaron a traer una vela, la misma que se les da en el rito del bautismo, y al final a la Virgen se le puso también una vela en la mano, una candela, y de ahí su nombre de Virgen de la Candelaria. Y a san José, que siempre la acompaña, se le representa con una vara florecida y con la tórtola y el pichón que completa la ofrenda.

En Murcia se celebra esta festividad en la iglesia de Santa Eulalia, en la misma iglesia en la que, al día siguiente, también se celebra la festividad de San Blas, que como recordaréis es el día en el que, el año anterior, se habían conocido Andrés y Antonia. ¿Lo recordáis?

—Sí.

—Bueno, pues ese año, Andrés y Antonia, volvieron a encontrarse en el mismo lugar en que se conocieron. Todo el día lo

pasaron juntos. Bailaron poco; hablaron algo más y pasearon en silencio. Por la mañana, al terminar la misa, se pusieron de rodillas ante el altar para que el sacerdote les impusiera en la garganta las dos velas que habían iluminado en la celebración. Esa es la tradición para que el santo te guarde de las enfermedades de la garganta. Junto a la imagen de la Virgen de la Candelaria, estaba también la de san Blas.

Después de comer, dijeron de volver a entrar un rato a la ermita para rezar juntos y allí, de rodillas, con su cintón puesto, Antonia, en silencio, le rezó a la Virgen:

—Virgencica de la Candelaria, tú sabes que quiero a este hombre con toda mi alma; si tú ves que va a ser para bien el que él sea mi marido, yo te prometo que la primera hija que tenga vendré a presentártela y le pondré el nombre de Candelaria en tu honor.

Lo que ella no sabía era que, igualmente, con la montera estrujada entre las manos, Andrés, de rodillas, así mismo rogaba:

—Santo san Blas: quiero a esta mujer más que a mi propia vida y deseo hacerla mi mujer. Te pido tu ayuda para vencer mi timidez y poder decirle cuánto la quiero. Si así ha de ser, si obtengo tu favor, en muestra de agradecimiento y alianza contigo, nuestro primer hijo se llamará Blas.

Salieron de allí los dos muy serios y en silencio. Andrés se acercó a un puesto ambulante de los que había en la plaza y compró un san Blas, y allí mismo, en la puerta de la iglesia, los dos frente a frente, mientras anudaba el san Blas en el cuello de Antonia, Andrés le dijo todas las cosas que un hombre de bien debe decirle a la mujer que ama.

Andrés comenzó a hablar y dijo:

—Antonia, hoy hace un año que aquí mismo nos conocimos. Cuando te vi sentí un impulso hacia ti que no pude contener. Aquel día me robaste el corazón, con un baile, con un movimiento de tu cintura, en un roce de tu refajo, con una mirada tuya, con una sonrisa. Nunca había sentido nada parecido. Al principio pensé que sólo era un impulso loco; que sería pasajero. Pero no, no ha sido pasajero; cada día se ha ido confirmando más y más este sentimiento y ahora estoy seguro del amor que te tengo. Varias veces he querido decirte lo que te digo ahora, pero no he sabido cómo hacerlo, o no he podido por mi timidez, o quizá porque me pareces inalcanzable, porque pienso que no soy lo bastante bueno para ti y sería demasiado hermoso el que tú me amaras aunque no fuese tanto como yo te amo a ti. No quiero seguir así por más tiempo. Ahora estoy seguro de que no puedo darle mi vida a

ninguna mujer que no seas tú. No puedo compartirla con nadie si no es contigo. No sé lo que tú estarás pensando, ni si me querrás o no me querrás, pero yo no puedo seguir viviendo sin decirte lo mucho que te amo y aunque tú no me quieras, no podrás evitar el que yo te siga amando.

Antonia permaneció en silencio durante toda la declaración de Andrés; sin poder articular palabra; le parecía que el corazón iba a saltar en mil pedazos. Así pasó un minuto, que a Andrés le pareció como si el mundo se hubiese detenido. Antonia se dio la vuelta y, dirigiéndose al mismo puesto ambulante, compró otro san Blas que anudó en el cuello de Andrés al tiempo que le contestaba:

—Andrés, yo siento lo mismo por ti. Deseo lo mismo que tú y eres lo que más me importa en este mundo. Si ha de ser de Dios que este tiempo que comenzamos nos lleve a formar una familia, bendito sea; yo lo deseo y estoy dispuesta, porque tampoco puedo evitar amarte ni quiero compartir mi vida con otro hombre que no seas tú.

Cuando Antonia terminó de decir estas palabras, bajó las manos, suave y lentamente, desde el cuello hasta el pecho de Andrés donde las detuvo unos instantes en que los dos se miraban fijamente a los ojos. Andrés se estremeció al contacto de las manos de Antonia. Él la sujetó por los codos, y ella, muy lentamente, fue deslizando sus manos hasta dejarlas apoyadas sobre la palma de las de Andrés que las retuvo acariciándolas. Todo fue un instante, como un suspiro, apenas unos roces, pero a ambos les pareció que todo el universo se comprometía con ellos.

Aquella tarde ya no se unieron al grupo, ni tampoco bailaron, sólo se sentaron en una orilla, inmersos en un delicioso diálogo de cariñosas preguntas y dulces reproches: «Yo pensé que no me querías». «¡Ay, si supieras qué mal lo pasé aquella noche con lo de Godo! ¡No dormí en toda la noche!». «Y tú, ¿cuándo supiste que me querías?». «No lo sé, pero poco a poco me fui enamorando de ti. Quizás fue en Peñas de San Pedro, este verano, cuando más sentí tu ausencia. Y cuando sacaste mi cinta el día de la fiesta. Y cuando estuvimos en Los Alcázares… no sé, día tras día me fui enamorando, pero el día en que nos conocimos, hace hoy un año, fue el que más me impresionaste». «Lo recuerdo. Fue un día precioso». «¿Mejor que este?». «No, mejor que este habrá muy pocos». «Pensé que tú querías a Godo». «¿Cómo pudiste pensar eso?». «Porque él tiene buena posición». «Por favor no sigas por ahí que me pones mala». «Sí, pero él te pretende». «Pero yo no lo quiero». «Me comen los celos». «No seas tonto, no hay cuidado».

«¿Se lo vas a decir a tu prima Ana?». «Tan pronto como pueda; ella lo está deseando. También se lo diré a mi madre, aunque lo adivina todo enseguida». «¿Y a tu padre?». «A él tendrás que decírselo tú; a mí me da mucho respeto y apuro. Además es lo correcto para poder vernos en mi casa». «Es cierto, yo no quiero tener que verte sólo de fiesta en fiesta». «Yo tampoco Andrés». «¡Qué feliz soy, Antonia!». «Y yo también Andrés»…

Así, dulcemente, fue trascurriendo la tarde hasta que se hizo la hora de marchar.

Esta vez, en el viaje de vuelta, Mohína seguía a la tartana de Juan Parra con más retozos de los que hizo el año anterior, quizá iba espoleada por el rápido palpitar del corazón de Andrés que la dejó ir sola, a su aire, al ver que ella también iba contenta hacia donde la llevaba su destino. Hacía graciosas cabriolas siguiendo a la tartana de Antonia, era como si Mohína sintiera que todos eran ya miembros de una misma familia. Cascabel miraba de reojo hacia atrás y marcaba su mejor paso erguido y gallardo.

—No sé qué es lo que le pasa hoy a Cascabel, pero va muy distraído —comentó Juan desde la tartana.

—Déjalo ir, ¿no ves que va contento? —le respondió Rosa viendo, sonriente, la expresión de la cara de su hija que no paraba de mirar hacia atrás apartando la cortinilla trasera de la tartana con pésimo disimulo.

Andrés, esta vez, los siguió hasta la plaza de la Media Luna y allí los vio alejarse. Las sombras de aquella noche no eran horribles dedos largos y negros que pretendían atrapar a Antonia; aquella noche las sombras eran dedos alegres que, moviéndose a su paso, se acercaban y alejaban jugando en una danza de caricias. Rosa contemplaba la cara de radiante felicidad que tenía su hija: era como un libro abierto.

Cuando llegaron a casa, Rosa preguntó a su hija:

—Te veo muy contenta. ¿Lo has pasado bien hoy?

—Sí, madre, lo he pasado muy bien y soy muy feliz.

—Me alegro, hija, me alegro muchísimo. Por cierto, tenemos que volver esta semana a Murcia a ver unas telas y unas cintas a esa tienda que han puesto nueva en la trapería; quiero comprar unas cosas para tu ajuar.

No le hizo falta a Rosa que su hija le dijera nada más: «Boda habemus», latinajeó Rosa riendo para sus adentros.

* * * * *

—Entonces… ¿estos san Blas…? —preguntó Candela al tiempo

que los examinaba con atención.

—Estos dos san Blas que aquí veis fueron aquellos que se pusieron Andrés y Antonia el día que se declararon su amor. El de Andrés es el que está más deteriorado porque pasó más vicisitudes que el de Antonia, como más adelante podréis comprender.

—¡Pero qué historia más bonica y que orgullosa estoy de conocerla! ¡Esto sí que es empezar bien un noviazgo y no como los tontos de ahora, que no usan la lengua nada más que para atornillarse un morreo —comentó indignada Ana.

—Bueno, bueno, para el carro. Eso serán tus amigos, o quien sea, pero nosotros tenemos lengua para rajar de lo que haga falta —protestó Javier.

—Sí, para rajar de la PlayStation, porque de otra cosa no sabéis hablar, pollos que sois unos pollos con el cascarón pegado al culo —continuó increpando Ana.

—¡Vale! Ya está bien —medió la abuela—. Continuemos.

—Eso, continuemos.

—A las pocas semanas —continuó el abuelo—, Andrés y Antonia no podían esperar tanto tiempo sin verse y sin estar juntos. Acordaron que el día de San José, Andrés hablaría con los padres de Antonia. Por fin llegó ese día y ellos habían convenido que Andrés iría por la tarde, después de comer, cuando toda la familia estuviera sentada debajo de la parra.

Allí estaban todos ellos, al cálido sol de la tarde, tomando café de olla y unas copas de anís. Andrés llegó y, con el mayor respeto, se paró en la esquina de la casa y dijo:

—Buenas tardes tengan todos ustedes.

—Buenas tardes tenga usted. ¿Qué se le ofrece? —preguntó Juan Parra.

Todos se le quedaron mirando y se hizo un pesado silencio mientras Andrés permanecía allí, de pie, con la montera estrujada entre las manos. Cuando Antonia, que estaba terminando de ayudar a su madre, oyó la voz de Andrés salió corriendo secándose las manos en el delantal y, con el corazón desbocado, se colocó al lado de Andrés. Mirando a su padre le dijo:

—Padre, Andrés quiere hablar con usted.

—Pues que hable el mozo, que aquí escuchamos a todo el mundo. Pero siéntese usted, joven, y tome primero un café con nosotros que tiempo habrá de hablar. Antonia, anda, sácale una silla a este mozo y tú vente también aquí con nosotros. Sírvele un café.

Juan era un hombre avezado a los tratos y quería ver primero

cómo reaccionaba aquel muchacho. Él ya estaba informado, por Rosa, de lo que Andrés le quería hablar y sabía algunas cosas —como lo de la carrera de cintas y lo del baile de pujas—, pero no había tenido oportunidad de hablar con él; quería observar sus reacciones antes de entrar en mayores compromisos.

Rosa salió con un café y con la silla; Antonia estaba tan nerviosa que no sabía si entrar en la casa o salir.

—Muchas gracias, son ustedes muy amables —dijo Andrés tomando asiento y el café que le ofrecían.

«Bien empezamos: con educación», pensó Juan.

—¿Quiere un poco de anís en el café? —le preguntó Juan.

—Sí, sólo unas gotas, por favor.

«Así me gusta: que no sea apocao», volvió a pensar Juan.

—Pues, como te estaba diciendo… —se puso a contarle Juan a su hermano Ñin como si estuvieran hablando con anterioridad a la llegada de Andrés.

Juan pretendía estudiar al muchacho y ver sus reacciones, que apuntaban muy buenas, confirmando las referencias que le habían dado sobre él. Ñin sabía que su hermano estaba tanteando a Andrés como se tienta a un eral para ver su casta. Ñin hacía esfuerzos para mantener el semblante serio y no reír.

Antonia se había sentado al lado de Andrés y Ana, tomando su silla, se colocó junto a su prima; acto seguido hizo lo mismo José. Los cuatro estaban callados, escuchando la insulsa conversación que Juan y Ñin mantenían, hasta que Rosa consideró que ya estaba bien de monsergas e intervino sacando unas pastas para tomarlas con el café.

—Venga, tomaos esto que hoy es el santo de José.

Sacó Juan entonces la petaca del tabaco y el librillo del papel y dijo:

—Vamos a echar un pito. —Y le pasó la petaca de picadura y el papel a Ñin, que tomando lo necesario para liar un cigarro, se la pasó a Andrés.

Andrés, titubeando, tomó la petaca y se echó una cantidad de tabaco, más que sobrada, en la palma de la mano. Antonia lo miró con extrañeza porque no le había visto fumar nunca. Andrés intentó liar el cigarro, pero la picadura del tabaco se le caía por entre los dedos. Por fin logró liar algo con pretensiones de ser un cigarro.

Juan encendió el suyo y le pasó la yesca a su hermano, que a su vez se la pasó a Andrés. Encender Andrés su cigarro y comenzar a toser fue una misma cosa. Todos lo miraron con asombro. Intentó dar otra calada al cigarro pero fue aún peor, la tos se hizo más

estridente.

—Lo siento, pero la verdad es que no gasto —se disculpó Andrés, entre toses, al tiempo que apagaba el cigarro.

—Entonces ¿por qué lo ha aceptado? —preguntó Juan.

—Ha sido por no hacerle a usted el desprecio. Una tontería por mi parte —se disculpó entre las risas de todos.

«Me gusta, el muchacho está por agradar», pensó Juan.

—Bueno, vamos a escuchar lo que este hombre quiere hablar conmigo —dijo por fin Juan.

—Pues verá usted, señor Juan, yo he venido a pedirles, a usted, y a la señora Rosa, su permiso para poder visitar a su hija Antonia.

Juan se quedó en silencio. Le había gustado que el muchacho fuera tan claro y por lo derecho. Juan comenzó a hacerle un escrutinio:

—¿Tú quieres a mi hija?

—Sí, la quiero.

—Te pregunto seriamente. ¿Cuáles son tus intenciones?

—Confirmar que este cariño mutuo que nos tenemos da su fruto y por supuesto hacerla mi esposa.

—¿Qué medios tienes para mantenerla?

—Tengo seis tahúllas propias, que llevo con mi padre.

—No es mucho. Mi Antonia está acostumbrada a vivir bien —dijo malévolamente Juan.

—Sí, es cierto. Pero también tengo dos manos, dos pies, dos ojos, una inteligencia y un corazón.

—Eso está mejor —dijo Juan—. ¿Eres hijo de Enrique, el Justo?

—Sí, ese es mi padre.

—Sí, lo conozco de vista, lo elegimos, en la Junta de Hacendados, como miembro del Consejo de Hombres Buenos. ¿Y Antonia te quiere a ti y está de acuerdo?

—Eso debe responderlo ella —contestó Andrés.

—Sí, padre, yo también lo quiero y estoy de acuerdo —se anticipó a responder Antonia.

—¡Ya! —exclamó poniéndose más serio Juan—. Escucha lo que te voy a decir Andrés; porque te llamas Andrés, ¿no? Bien, pues escucha esto Andrés: Antonia es mi única hija, es la niña de mis ojos. Si os queréis y ha de ser de Dios que tú seas su marido y mi yerno, bienvenido seas; serás recibido en esta casa como un hijo, y en el altar de la iglesia, en misa mayor, y ante todo el pueblo, te la entregaré yo personalmente. Pero si no vienes con recta intención, cosa que no creo, o tratas de llevártela o depositarla furtivamente fuera de esta su casa y me privas de la honra, y de poder ser yo su

padrino para llevarla hasta el altar, como Dios manda, serás maldito en esta casa. ¿Estás de acuerdo?

—Estoy totalmente de acuerdo con usted y yo le doy mi palabra, y la empeño aquí en medio de todos ustedes, que ha de ser así, como usted y como yo queremos. Le prometo respetarla y honrar a esta casa y a esta familia que deseo que sea también la mía.

—Si ha de ser así, tienes mi autorización para venir a visitar a Antonia cuando quieras —respondió emocionado Juan.

—Y con mi autorización también, ¡caramba! ¿O es que yo no pinto nada en esto? Venga un abrazo, hija —dijo graciosamente Rosa.

—¡Y yo también le ofrezco mi casa para visitar a mi ahijada, y venga otro abrazo, coña! —dijo riéndose, pero igualmente emocionado Ñin.

A Antonia le brotaron lágrimas de alegría.

Ñin dijo entonces:

—Vale, pero guardemos las formas y las tradiciones que para mí son sagradas. ¿Sabe usted cuál es la tradición? ¿Sabe cómo su padre Enrique le pidió a su suegro permiso para rondar a su hija, la madre de usted? —le preguntó Ñin a Andrés.

Entendiendo lo que Ñin le estaba proponiendo, Andrés asintió sonriente con la cabeza y acercándose a Rosa le dijo:

—Por favor, señora Rosa, ¿puedo beber un poco de agua?[1]

Y Rosa trajo una jarra, con agua fresca del tinajero, de donde bebieron todos, y así se cerró el trato.

* * * * *

—¡Dios mío, Dios mío! ¿Es posible que estas cosas tan bonitas hayan pasado en nuestra familia? —preguntó Candela.

—¡Anda! Pues claro que es posible. Y escucharás cosas aún más bonicas —le respondió Fuensanta.

—Pues yo me he quedado sin palabras. ¡Qué tíos más grandes! —dijo Daniel.

—Es que parece una novela de esas que ve la abuela por la tarde en la tele —comentó Javier.

—¡Quita, quita! —protestó Ana—, esos novelones son más falsos que un billete de doce pesetas. Esto sí que es real y auténtico. Ni punto de comparación.

—Ana, mañana estamos pasando todo esto a limpio no sea que se nos olvide algo —dijo Candela.

—Bueno, ya está bien por hoy —medió la abuela—, ahora nos vamos a dormir que mañana será otro día.

Todos dieron un beso a los abuelos y Candela se lo dio también a Antón y a Fuensanta, que se despedían hasta el día siguiente.

El abuelo se quedó, como siempre, en el porche. Contemplaba la luna que, desde su cuarto creciente, parecía que lo miraba de medio lado, por un sólo ojo, haciendo esfuerzos para mirarlo de frente. En ello estaba cuando, en silencio, descalza, y con un jersey encima del camisón, apareció Candela.

—Abuelo, ¿me puedo quedar aquí un rato contigo?

—¡Claro que sí, Candela! Lleva cuidado no vayas a coger frío. Ven, siéntate a mi lado.

—Se está muy bien aquí —comentó Candela acurrucándose junto al abuelo.

—Sí, es cierto; pero, pon atención y escucha en silencio.

Candela escuchó, como el abuelo decía, el sonido de la huerta. El abuelo les había dicho que cuando llegabas a conocer todas las voces de la noche, y distinguías todos sus sonidos, se podían escuchar las «conversaciones» que mantenían los otros seres que habitaban en ella.

—¿Qué ha sido ese crac crac que se ha oído? —preguntó Candela.

—Ese ha sido el limonero, que como ha estado todo el día con los brazos extendidos hacia el sol, ahora, con el fresco de la noche, siente frío y se encoge para abrigarse.

—¿Y ese leve zuuum?

—Ese sonido viene de ahí, de donde están plantados los pepinos. Ese ha sido un alpicoz que ha crecido y ha pegado un estirón para formar un bucle.

—Es sorprendente lo que se puede oír, y los sonidos que no escuchamos —dijo Candela.

—Los sonidos y las conversaciones —apostilló —. No te puedes imaginar las conversaciones que tienen las plantas, los árboles e incluso los animales entre ellos —aclaró el abuelo.

—Parece como en una película fantástica de dibujos animados.

—¿Fantástica? ¿Tú crees que son pura fantasía? Yo no lo creo. La huerta está viva y también habla. Lo hace con las ranas que viven en la acequia y con los grillos, centinelas de las sendas y carriles, que insistentemente parcelan con sus chirridos la posesión del territorio.

—¿Y ese suave tintineo que se escucha de fondo? —preguntó Candela.

—Ese es el sonido que más me gusta de todos. Es el susurro del agua de la acequia. Con ella tengo unas conversaciones preciosas.

Son los mismos murmullos que escucharon, aquí mismo, nuestros antepasados.

—Es precioso todo esto.

De pronto se escuchó la voz lejana de la abuela que, interrumpiendo la conversación, dijo:

—Dejaos ya de casquera que es muy tarde y no me puedo dormir. ¡Venga, cada mochuelo a su olivo!

—¡Ja, ja, ja! ¿Esa voz también es de la noche? —dijo riendo Candela.

—Sí, esa suele ser la última palabra de la noche. Venga, vámonos; ya está bien por hoy.

—Abuelo estoy muy contenta y me siento muy feliz aquí con vosotros. Es como si la casa tuviera unos espíritus bondadosos que nos cuidan, nos miman, y nos tratan con cariño. Parece como si quisieran que estuviéramos aquí con ellos. Como si ellos también fueran felices.

Manuel miró a su nieta con ternura y acercándose a ella, le dio un beso en la frente al tiempo que le decía:

—Así es, Candela; así es. Yo también los siento. Son los espíritus de los que nos precedieron. Ellos no han muerto, sólo habitan fuera de nuestro tiempo.

El abuelo la abrazó por el hombro y los dos unidos se introdujeron en la casa.

Notas de la noche 7ª

1La tradición dice que el mozo debe acercarse a donde está el tinajero de la casa y pedir si puede beber un poco de agua. La dueña de la casa le ofrece una jarra con agua que el mozo bebe por uno de sus lados, si después de beber el mozo, la moza toma la misma jarra y bebe de ella, es señal de que ella acepta un compromiso de noviazgo, y si el mozo es del agrado del padre o de la madre de la moza, estos tomarán el mismo jarro y beberán de la misma agua que ha bebido él como señal de aprobación. Si no se cumple este requisito es que no se acepta al mozo, y no hace falta que se hable más sobre ese asunto, de momento.

«Jarra de la novia» de Inocencio Lario

Noche 8ª

El día fue transcurriendo con lenta monotonía, hasta que, sumadas sus horas, se insinuó la noche y con ella llegó un nuevo capítulo de esta historia que tanto fascinaba, a unos al descubrirla y a otros por recordarla.

Aquella noche, Candela le entregó al abuelo un sobre que contenía un buen número de cuartillas escritas.

—¡Uf!, aquí hay historia para varios días —exclamó el abuelo.

—¿Pero es bonita? —preguntó Ana.

—Más que bonita: es preciosa.

—Pues mejor así. «Lo bueno, si dura… mucho más bueno» —bromeó Daniel.

—Bueno, comencemos, pero antes tengo que haceros una introducción para que no perdáis de vista el hilo de la historia y el entorno donde se desarrollaba.

* * * * *

Marcial Laorden seguía adelante con su proyecto de comprar huertos cercanos a la ciudad; él sabía que el valor de la tierra era ahora muy escaso, pero una vez que se terminase de derribar la muralla que constreñía a la ciudad, su expansión sería imparable y lo que ahora eran humildes huertos se convertirían en riquísimos solares. Era el momento de actuar y necesitaba ayuda; una ayuda de la que no disponía.

A su hijo Marcialito se lo había traído de Madrid, donde vagueaba por corralas y teatros, sin más oficio ni beneficio que el de aprendiz de cómico, después de siete años de engaños con ingenieriles mentiras. El enfado de Vicky fue tremendo, pero cuando su hijo le dijo que lo que él verdaderamente quería era ser actor, y que su padre se lo impedía, se le subieron las ínfulas y, sacando pecho, fue a encararse con su marido.

—Vamos a ver: ¿qué es lo que pasa con Marcialito?

—Con Marcialito no pasa nada, sólo que ya me he cansado de mantener a un vago en Madrid, a cuerpo de rey, y que yo lo necesito aquí.

—¿No pensarás que Marcialito va a ser un «verdulero» y un «carnicero» como tú?

—Pues sí, estoy pensando en hacerlo un hombre de provecho como yo.

—¡Ah, no, eso sí que no! Mi Marcialito será un noble y distinguido actor. ¡Hasta ahí podríamos llegar! Marcialito se irá a Madrid a estudiar Arte Dramático tan pronto como yo le prepare el equipaje —gritó Vicky llena de razones y dándose la vuelta segura de haber dicho la última palabra.

—Me parece muy bien, pero… —contestó Marcial.

Vicky se detuvo en seco al escuchar aquellas palabras calmadas de Marcial; no estaba acostumbrada a que su marido contestara a sus filípicas y por aquella pausa que Marcial había hecho le pareció que la cosa no había quedado suficientemente clara.

—Pero… ¿qué? ¡Aquí no hay peros que valgan! —gritó Vicky.

—Pero… si vas hacer el equipaje de Marcialito —continuó diciendo Marcial, sin elevar el tono de su voz—, haz también el tuyo y márchate con él. Te aseguro que de aquí no os vais a llevar ni un real. Pero no te preocupes, posiblemente vuestro común y viejo amigo, el actor Latorre, estará encantado de acogeros en su casa y de ser el protector y maestro de Marcialito.

A Vicky se le pusieron los ojos como platos.

—Pero… pero, pero…pero… —balbuceó Vicky.

—Lo que tú has dicho: ¡aquí no hay peros que valgan! Si haces el baúl de Marcialito haz también el tuyo y no se hable más —dijo Marcial mientras salía dando un portazo.

Vicky quedó anonadada al darse cuenta de que su marido conocía, o sospechaba, su infidelidad con aquel cómico de Cartagena y la posible paternidad de Marcialito. No sabía qué actitud tomar ante aquella situación. Ella estaba acostumbrada a ganar siempre y a que todos hicieran su voluntad. ¿Cómo había que hacer para entrar en la voluntad de otro? ¿Cómo retroceder desde una actitud prepotente y seguir viviendo con normalidad?

Vicky mandó llamar a Úrsula para que la aconsejara. Cuando esta llegó le contó todo lo que había ocurrido y su vieja aventura con aquel cómico que, cuando supo que Vicky estaba embarazada, se marchó huyendo a Madrid.

Úrsula era una mujer lista y sabía que aquella tonta de Vicky no podía marcharse a ningún sitio porque ni ella ni su hijo eran capaces de sobrevivir por ellos mismos. ¿Cómo iba Vicky a perder el nivel de vida que llevaba con el buenazo de Marcial, que la había soportado tantos años sin hacerle ningún reproche, y con el peso de

una, más que probable, cornamenta sobre su cabeza? Tampoco Úrsula podía dejar que se le escapara su más fiel y benefactora clienta. El consejo fue sencillo.

—Su marido tiene razón, pero consultaré a las ánimas. Veré si puedo contactar con el alma de su madre para que nos ilumine sobre lo que debemos hacer —dijo Úrsula para tomarse un tiempo y asegurarse así un mayor beneficio.

Durante los dos días siguientes Vicky apenas salió de su habitación esperando las sabias instrucciones de Úrsula, la cual se presentó al tercer día e informó a su clienta.

—Las santísimas ánimas del purgatorio y el alma de su santa madre me han encargado que le transmita lo siguiente:

—¿Es que ha podido hablar con el alma de mi pobre madre? —preguntó emocionada Vicky.

—Sí, ella tuvo mucho interés en aparecérseme para que le diese este mensaje: «Vicky, no seas necia, te prohíbo que desobedezcas a tu marido. Déjate de estupideces con Marcialito, que es fruto de tu pecado de adulterio. Él no tiene ninguna culpa, pero tú sí. Consigue que tu marido lo acepte, pero no se te ocurra decirle que lleva puestos los cuernos; sométete a él y todo te irá bien. Esta es mi voluntad y no me hagas sufrir más de lo que estoy sufriendo». Luego me habló en un lenguaje que no entendí bien, pero del que recuerdo sus palabras y veré si puedo interpretarlas, aunque me llevará mucho tiempo el hacerlo. ¡Ah! Me dejó tan agotada… sin fuerzas… Tendré que descansar y no podré trabajar durante varios días.

—Se lo pagaré, Úrsula, yo se lo pagaré sobradamente —dijo Vicky emocionada—. Me hubiera gustado asistir a esa sesión.

—Esa sesión fue solamente para usted y por tanto no podía haber nadie presente. Comprenda que dada la delicadeza del asunto…

—Lleva razón, lleva razón. Si alguien se enterase de todo esto… ¡Dios mío, qué escándalo! Me quitaría la vida.

—Puede estar segura que mi boca es una tumba cerrada —dijo Úrsula.

Úrsula se marchó muy bien pagada y con un secreto que guardar para mejor ocasión.

Vicky accedió al plan de Marcial y las aguas volvieron a su cauce, al menos en cuanto al asunto de que Marcialito no volviera a Madrid.

Marcial enseño a su hijo lo elemental de las rutinas del negocio de las verduras, mientras él se dedicaba a abrir nuevos mercados en

el extranjero y daban los primeros pasos para un ambicioso y novedoso proyecto de futuro: la creación de una fábrica de conservas vegetales.

En el Rincón de Seca, la vida transcurría con la normal monotonía, salvo en casa de Juan Parra y de Rosa, la Manchega, en la que por sus puertas y ventanas había entrado la felicidad a raudales. Antonia, alegre y hacendosa, no paraba ni un momento, y cosiendo, bordando, o haciendo bolillo, completaba su ajuar sin parar de cantar.

Los sábados por la tarde llegaba Andrés al Rincón de Seca y se quedaba a dormir en casa de la tía Escolástica, la Campana, que tenía una habitación para alquilar; así podía estar más tiempo con Antonia. Ella le enseñaba las iniciales que estaba bordando en las mantelerías y en las sábanas de su ajuar, con dos A (las de Antonia y Andrés) artísticamente entrelazadas. Aprovechaban para acariciarse las manos por debajo de la tela bordada. Había bordados que Antonia ya le había mostrado a Andrés más de catorce veces, pero se los volvía a enseñar para tener el contacto físico de su piel, al tiempo que se acariciaban y se besaban con la mirada.

Pedro bajaba también desde Alcantarilla, Ana lo esperaba con impaciencia, y aunque aún no había formalizado su relación con ella, la cosa estaba clara: eran como novios y salían a pasear por el pueblo, junto con Antonia y Andrés.

Ñin estaba molesto porque la falta de la formalización oficial del noviazgo le incomodaba. Ñin era muy tradicional.

—O dentro o fuera ¡coñe!, pero las cosas se hacen como Dios manda. Voy a tener que hablar con este muchacho —decía Ñin enojado.

A Teresa no le preocupaba el que Pedro aún no les hubiese pedido el permiso para cortejar a Ana —como había hecho Andrés con Antonia—. Ana estaba segura de que Pedro la quería, pero Pedro era así de especial: bastaba que algo se le exigiera para que entonces no quisiera darlo, aunque se estuviera muriendo de ganas por hacerlo. Era, más que cabezón, «camoto».

En cambio Gabriel no tenía esa suerte. Efectivamente, tal como había predicho Carmen, la Posi, su padre, Anacleto, el Verdiales, se negaba al noviazgo entre Gabriel y su hija, porque decía que Gabriel era un muerto de hambre que no tenía ni donde caerse y que su hija podía aspirar a un hombre con más posibles. Pilar, la madre de Carmen, sí veía bien aquella relación, o al menos no quería impedirla, porque ella era consciente de que su hija, aunque era boniquilla de cara y tipo, con las pocas luces que tenía y el

apodo que llevaba…, no era como para tirar cohetes y se le estaba pasando la edad de merecer. Pilar le recordaba a su marido que él también había sido un pobre hombre que un día llegó al Rincón de Seca, desde el Partido de Verdiales de Málaga, para injertar los olivos que su padre había plantado en la huerta. Se enamoraron cuando él estuvo enseñando, a los mozos y mozas del pueblo, a cantar y a bailar fandangos de Verdiales. Anacleto no tenía entonces ni oficio ni beneficio, pero su padre le dio trabajo en su tahona y terminaron casándose unos años más tarde. Después, cuando murió su padre, Anacleto se hizo cargo de la tahona y les había ido muy bien económicamente.

Anacleto siempre solía estar de mal humor y con el carácter huraño que se produce al trabajar con la soledad de la noche como única compañera cuando los demás duermen; todo son oscuras sombras con las que entablar sordos monólogos. Ya no cantaba ni bailaba fandangos como lo hiciera antaño. Se encerró en sí mismo, en su familia y en su trabajo.

Pilar era una buena mujer, muy piadosa, con buenos sentimientos y caritativa. Ella atendía el negocio por las mañanas cuando su marido dormía. No permitía que nadie se marchara de su tahona sin el «pan nuestro de cada día», aunque fuese fiado. Ella sabía de las necesidades que tenían todos sus vecinos y procuraba remediarlas en la medida de sus posibilidades.

Carmen, era su única hija y quería que fuese feliz. Pilar conocía a Gabriel desde que vino al pueblo con su madre, Tona, la Camporra, junto con aquel pollino cargado con cajas y plantas. Tenía entonces, Gabriel, unos siete años y era un zagal muy delgado, con orejas de soplillo y una mirada noble pero asustadiza, como si temiera que algún mal le estuviese acechando. Nadie pudo sonsacarle ni una palabra sobre de dónde venían, ni a dónde iban. Pilar le calmó muchas veces el hambre, regalándole el pan que Gabriel llevaba corriendo a su madre.

Pilar había observado el cambio que se había producido en Carmen desde que la pretendía Gabriel: ya no tartajeaba, y el «posi», le había desaparecido. Anacleto también lo había notado, pero no quería dar su brazo a torcer, por eso Pilar protegía esta relación y los ayudaba cada vez que podía.

Así fueron transcurriendo las semanas, hasta que llegó la última de abril y con ella, aquel miércoles día treinta: la mágica noche de los mayos.

—¿La mágica noche de los mayos? ¿Qué es eso de la noche de los mayos? —preguntó Candela.

—Es una tradición muy antigua según la cual, en esa noche, en la que se inicia el mes de mayo, mes en el que todo florece, nace y se renueva, los Auroros, junto con las cuadrillas, iban por la huerta a rondar a las mozas. Si algún mozo quería cortejar a una moza, la cuadrilla llegaba hasta su ventana y allí el mozo le cantaba un «mayo» y le llenaba de flores la ventana. La moza no salía nunca ni se hacía notar, aunque se estuviese muriendo de amores, sólo escuchaba detrás de las cortinas. Pasaban varios días sin que los jóvenes se dijeran nada, pero en el primer baile que hubiese en el pueblo, el mozo que le había cantado el mayo le pedía baile a la moza y si el mozo era del agrado de ella, como para iniciar un noviazgo, entonces ella le concedía el baile, bien a la primera, o la segunda, o hasta la tercera vez que se lo pidiese, pero si se lo negaba las tres veces, era señal inequívoca de que el joven no era de su agrado y ella no accedía a sus pretensiones así se lo pidiera cien veces —comentó el abuelo.

—El mayo era una invitación al amor; una llamada de la tierra. Una tregua que la naturaleza les daba a los jóvenes para ayudarlos a emparejarse —intervino la abuela—. La vida convoca al amor y el amor acude. Para el amor no hay sendas lo suficientemente estrechas que le impidan el paso, ni puertas ni ventanas que no puedan ser abiertas. Eran preciosos cantos llenos de epítetos y requiebros galantes hacia la mujer. Aquellos Mayos eran los nervios de la tierra que resonando en las cuerdas de las guitarras hurgaban y ahondaban, rebuscando por las profundas raíces de sus ancestros, su razón para seguir viviendo.

—Es precioso lo que has dicho, abuela. No conocía esos mayos —dijo Candela.

—El primer mayo se cantaba siempre a la Virgen en la puerta de la iglesia —prosiguió el abuelo— y seguidamente se marchaban por las sendas y carriles de la huerta para cantárselos a las mozas. Lo que ocurrió fue que, incomprensiblemente, esta costumbre cayó en desuso durante un largo periodo de tiempo, hasta que, no hace mucho, un famoso escultor murciano, llamado Antonio Garrigós —que además de plasmar en sus obras hermosas escenas tradicionales murcianas, fue un protector de los Auroros—, volvió a descubrir los mayos en un pueblo de Albacete y los trajo hasta aquí, a Murcia, enseñándoselo a la Campana de Auroros de Nuestra Señora del Rosario del Rincón de Seca. Por eso, el 30 de abril, esta Campana de Auroros, se reúne primero en el jardín de Floridablanca, y allí, ante un busto de Garrigós, le canta un mayo que dice así:

Saludar de corazón

Y en la tierra yo venero,
Don Antonio Garrigós
Que me escucha allá en el cielo.

—¿Y ya no se cantan los mayos?

—Ahora sólo se cantan a la Virgen. Las distintas Campanas de Auroros y cuadrillas, salen esa noche, por la ciudad y la huerta, cantando a la Virgen en las iglesias y conventos donde colocan un altar muy florido. Hay pueblos de Murcia en los que se celebra de otra manera pero en aquella época se hacía así.

—Además, si el mozo que le cantó el mayo a la moza era correspondido por ella, en la siguiente noche de San Juan, él adornaba la ventana de ella con más flores y guirnaldas —amplió Antón.

—¡Qué bonito, qué bonito y qué bonito! —volvió a comentar Ana emocionada.

—Anda, tómate una Coca Cola y refréscate un poco, que te invito —le contestó jocoso Javier, provocando las risas de todos.

—Bueno, vale, prosigamos —medió el abuelo.

* * * * *

Aquella noche, después de haberle cantado el primer mayo a la Virgen, un buen grupo de mozos, junto con los Auroros y la cuadrilla, fueron por los carriles de la huerta a rondar a las muchachas.

Todas las mozas, cuando los oían venir avanzando por el carril, se sujetaban el corazón esperando que la rondalla parase en su ventana y que aquel mozo, el que a ella le gustaba, le cantara un mayo. Si la rondalla pasaba de largo sin detenerse, o no entraban en su carril y escuchaba sus cantos en la barraca de otra moza..., llegaba a llorar con amargura, bien por el sentimiento de soledad o bien porque se acordara del novio que, allá lejos, estaba sirviendo como soldado en el ejército. Con estos cantos también se reconciliaban amores o noviazgos rotos. No había ninguna moza que se escapara de sentir esa emoción, estuviera comprometida o no. Saberse amada es siempre muy hermoso.

—Andrés había escrito un mayo para cantárselo a Antonia, que es este mismo que hoy me habéis traído y que si queréis os lo canto.

—Sí, abuelo, por favor —suplicaron.

—Esperad un momento que voy yo a por mi guitarra y lo cantamos los dos juntos —dijo Antón.

—¿Es que tú conoces ese mayo, Antón?

—¡Claro que lo conoce! ¿Quién no lo conoce en este pueblo…? Él me lo ha cantado al oído muchas veces. ¿Verdad que sí, amor mío? —dijo la graciosa Fuensanta.

—Anda, cállate que lo cascas tó —le reprendió Antón.

Cuando Antón regresó con su guitarra, el abuelo tomó la de Andrés, hizo resonar el bordón y comenzaron a cantar este mayo:

CANTO DE MAYO PARA ANTONIA PARRA
(30 DE ABRIL DE 1856)

Despierta mujer, despierta,
que a cantarte hemos venido;
con la última luz de abril
y de mayo amanecido.

Es tu largo pelo negro:
negro como el azabache.
Lo bañan rayos de luna
con luz de plata brillante.

Como una fuente es tu frente:
limpia, pura y despejada,
donde toman las estrellas
su brillo y su luz prestada.

Dos ramicas de palmera
son tus pestañas arqueadas,
que el sol, deseando verlas,
madruga por despertarlas.

Y esos grandes ojos son
como luceros del alba,
que en cuantico tú los abres,
la noche muere... se acaba.

¡Qué blancas son tus mejillas!;
son como de fina nácar,
que al mirarte en las acequias,
el agua, al verlas... se para.

Entre tus labios abiertos
hay una copa formada,
que a beber de sus licores
con insistencia me llama.

Fuentes de miel son tus pechos;
lecho de amor y ternura
donde dormirán tus hijos
y el padre de las criaturas.

De tus hombros brotan verdes
ramas de dulces naranjas,
y los dedos de tus manos
son de azahar y albahaca.

Columnas son tus dos piernas
del templo de tu hermosura.
Firme sostén de la casa;
guardianas de tiernas cunas.

Tus pies... como dos gacelas
que cuando corren aladas,
ni en un punto se adelantan,
ni en un punto se retrasan.

Torpemente he dibujado
algunas de tus facciones;
ahora sólo falta el mayo
que las adorne con flores.

Para esta hermosa mujer;
para su novia del alma,
este loco enamorado,
sólo a ella un mayo le canta.

Y va llenando de flores
las jambas de esta ventana,
que de envidia han de morir
cuando te vean mañana.

Toda la noche estaría
pegadico a tu almohada,
susurrándote abonico
mis sentires… y mis ansias.

El abuelo terminó el canto y todos quedaron en silencio, atónitos, sin poder reaccionar.

—¡Manda güevos! —dijo por fin Daniel sin poderse contener—. ¿Y este fenómeno era antepasado mío? ¡Manda güevos! Yo me pido

ser como él. Esa canción me la voy a copiar inmediatamente.

—Daniel, no seas bruto y no digas tacos ¿Qué palabrotas son esas? —le reprendió la abuela.

—Abuela, es que esto no puede ser; no se puede aguantar. Cada día me gusta más esta historia, y estoy aquí haciéndome el duro para que no se me afloje el muelle y no me vean las chicas, pero yo ya no aguanto más. ¡Sí, me gusta, me gusta mucho! y pienso que hemos perdido muchas cosas que habría que recuperar. Esto de los mayos es una preciosidad que no se debe perder.

—Abuelo ¿y cómo terminó la noche? ¿Cómo reaccionó Antonia? —preguntó Candela.

—Pues ya os lo podéis imaginar; Antonia estaba al otro lado, con la ventana entreabierta, con la cortina echada, sin decir palabra, pero rompiéndose de amor por Andrés, mientras este le llenaba la ventana de flores y le cantaba el mayo.

Aquel mayo fue muy celebrado y al día siguiente todo el pueblo se enteró del precioso mayo que Andrés, el zagal del Justo, le había echao a la Antonia, la zagala del Juan Parra y de Rosa, la Manchega.

Juan y Rosa escucharon el mayo con emoción, abrazados en su cama. Estaban felices de ver que Antonia y Andrés se amaran tanto como ellos se amaban. El amor va más allá de quienes lo sienten y siempre alcanza a más personas.

También le cantaron los mayos a Ana, pero Pedro no sabía cantar y pidió a otro que lo hiciera por él, con la letra que él había escrito, que era muy graciosa con tintes guasones.

Después fueron a casa de Carmen, la Posi, que esperaba ansiosa a que Gabriel le cantara a ella. Cuando este comenzó a cantar, salió Anacleto de la tahona y, carraspeando, se apoyó con los brazos cruzados en el quicio de la puerta mirando fijamente a Gabriel. Los miembros de la rondalla lo saludaron, y animaron a Gabriel para que continuase con el canto, pero a Gabriel le cogió el nervio y ya no atinaba; apenas sí le llegaba la voz a la garganta. Fue un desastre de mayo, pero a Carmen le pareció hermoso. Cuando terminó de cantar, Anacleto se acercó al grupo y apartando a los demás se encaró con Gabriel, tiró la colilla del cigarro, y escupiendo en el suelo elevo la voz y le dijo:

—Escucha lo que te voy a icir Gabriel, y que escuchen también tos estos: aquí, tú no tienes na que buscar. Mi Carmen no va a ser pa ti, ¿t'has enterao? No quiero na malo pa ti, pero no me obligues a tomar otras medidas que sean más dramáticas. Asinque… ¡advertío queas!

Gabriel se marchó apesadumbrado, acompañado por Andrés y por Pedro. Los demás miembros del grupo continuaron con su ronda comentando la mala suerte que había tenido Gabriel y la mala sombra que tenía Anacleto, el Verdiales.

Llegó el sábado y Antonia esperaba impaciente la llegada de Andrés sin dejar de mirar por el carril. Cuando lo vio venir salió corriendo a su encuentro, se tomaron de las manos y se las besaron mutuamente.

—Amor mío, fue precioso el mayo que me cantaste la otra noche. No sabía si romper a llorar o a reír de lo feliz que era.

—Me alegro de que te gustara. Yo también estaba que me rompía de emoción. Hubiera arrancado la reja y entrado en tu habitación.

—¡Loco, que estás loco!

—Sí, estoy loco, pero loco de amor por ti.

Se fueron acercando a la casa y Andrés saludó a Rosa quitándose la montera.

—Buenos días tenga usted, señora Rosa.

—Buenos días, Andrés. Andad, echadme una mano para desollar un conejo que voy a hacer una paella que os vais a chupar los dedos. Andrés, hoy te quedas a comer con nosotros.

—Muchas gracias, señora Rosa, pero no quisiera ser una molestia…

—No eres ninguna molestia —dijo Juan que en ese momento salía del interior de la casa—, al contrario, es una satisfacción tenerte con nosotros en la mesa.

Comieron fuera, bajo la parra. «Este es el símbolo de la familia: la parra», dijo bromeando Juan al tiempo que hizo la bendición de la mesa y tomando un pan redondo, con la hoja del cuchillo trazó en él la señal de la cruz sobre su cara inferior y lo fue cortando en trozos y sirviendo a los demás, comenzando por Rosa, su mujer.

Toda la comida transcurrió de forma amena y relajada, sazonada con las bromas de un Juan especialmente alegre y jovial. Andrés, sin saber por qué, se encontraba tenso y cohibido; no estaba acostumbrado a una mesa tan familiar, ni tampoco con tanta gente. Todo era maravillosamente nuevo para él. Miraba con adoración a Rosa, descubriendo en ella la desconocida presencia de una madre en la casa. A Antonia la miraba con unos ojos que gritaban: «No te puedo querer más».

Después de comer se unieron a ellos Ñin, Teresa, Ana, José y Pedro que llegó en ese momento desde Alcantarilla. Tomaron café de olla que sirvió Rosa, y una copa de anís escarchado de la botella

que sacó Juan, a insistencias de Ñin.

Así estaban en animada conversación cuando de pronto, en la lejanía, se escuchó un toque de campanas que venía desde Murcia. Todos se miraron en silencio.

—*Laudeate dominus* —dijo ceremonioso Pedro.

—Sí, esos que oímos son los toques de conjuros. Hoy es 3 de mayo, el día de la Invención de la Santa Cruz, y hoy han comenzado los Conjuros —comentó Andrés.

—¿Qué son los toques de conjuro? ¿Por qué se tocan? Hemos oído hablar de ellos y los escuchamos, pero no sabemos lo que significan exactamente. Contádnoslo si lo sabéis —le pidió Teresa a Pedro.

Pedro miró a Ana, que se alisaba el cabello, estiraba el refajo, se mordía los labios para que estuvieran más rojos y se pellizcaba las mejillas pensando que Pedro no la observaba. Cuando Ana levantó la cabeza y se encontró con la mirada de Pedro que la observaba con embeleso, Ana se sonrojó avergonzada. Pedro bebió un sorbo de anís y carraspeando, como para aclarar la voz, comenzó a hablar:

—Un conjuro es una lucha encarnizada entre las fuerzas del bien y las del mal. Es un feroz combate, a vida o muerte, que se libra sobre la ciudad y su huerta para ocuparla y protegerla de los malos espíritus que puedan hacerle daño.

Todas las campanas tienen dos voces: una es la física o sonora, que es la bella y compleja voz que configura la suma de los armónicos que se superponen en el «Hum»[1] que oímos; la otra, la menos conocida y quizá la más importante, es la metafísica, que no es otra que la repetición insistente del mensaje que hay escrito en el faldón sonoro de la propia campana y que resuena con ella mientras permanezcan los últimos rescoldos de la vibración. Así, los toques de las campanas, van lanzando gritos que, como látigos centelleantes, envuelven todos los rincones de la ciudad para dar la batalla al mal, buscándolo allí donde este se halle escondido.

En Murcia, esta tradición es ancestral, al menos desde la nueva época cristiana y parece ser que en épocas anteriores, en los tiempos lejanos de los íberos, también existían, y con más razón, estos toques de conjuros.

La campana que ahora escuchamos se llama la Mora. Es una de las campanas más antiguas de España, que data de 1383[2].

La campana no es mora, pues los moros no tienen campanas, y puede que tampoco sea la más antigua. Lo que sí es cierto es que al ser muy anterior, en el tiempo, a la propia torre de la Catedral, puede que fuera esta la campana que advertía de las temidas

incursiones moriscas.

Dicen que su nombre también es debido a los dibujos e inscripciones que tiene grabado en su faldón sonoro: una estrella de cinco puntas, como la del rey David[3], una cruz gloriosa, y una inscripción en latín que dice:

«*ECCE CRUCEM DOMINI FUGITE PARTES ADVERSAE VICIT LEO DE TRIBU JUDÁ RADIX DAVID ALELUYA*». Su traducción, más o menos, viene a decir: *«ESTE ES EL LEÑO DE LA CRUZ. HUID LOS ENEMIGOS. HA VENCIDO EL LEÓN DE LA TRIBU DE JUDÁ, DE LA RAÍZ DE DAVID, ALELUYA»*[4]

El sonido de esta campana es muy dulce porque, según cuentan, cuando la fundieron, su bronce se aleó con mucha plata. Es una de las voces más bellas de la torre de la Catedral.

Todos estaban pendientes de las palabras que salían de la boca de Pedro. Particularmente Ana, que lo miraba con admiración.

Se hizo un silencio, pero unos segundos más tarde se volvieron a escuchar los mismos toques repetidos.

—Pedro, por favor, continúa contando —insistió Ana.

Pedro bebió otro sorbo del anís que Juan le había repuesto en la copa, y volviendo a carraspear continuó:

—Como he dicho, un conjuro de campanas es un combate contra las fuerzas del mal que intentan tomar nuestra ciudad y nuestra huerta. Con sus dos lenguajes, las campanas van ocupando plazas, calles, casas, campos, huertos y escondrijos; incluso llegan hasta el interior de las personas. Las palabras que pregonan los sonidos del conjuro son como una escala de Jacob por la que, desde las propias campanas y a golpe de sus tañidos, baja y sube una legión de ángeles con espadas de dos filos en las manos, para penetrar y curar el corazón de las personas llegando hasta las recónditas junturas del alma. Allí donde el mal anida con sus miedos, sus rencores, sus fobias, y con sus sentimientos contrapuestos y cainitas. Allí donde se esconden nuestros particulares demonios que permanecen agazapados esperando la más mínima oportunidad para manifestarse.

Las campanas, con sus fugas, sus variaciones de tonos, de intensidad y de volumen, representan ataques, asaltos, aproximaciones… y hacen huir, en desbandada, a las fuerzas del mal. Con sus ecos lejanos van persiguiendo, conquistando y marcando, por la audición de sus sonidos, su propia territorialidad. Las repeticiones de sus toques hacen recordar a las fuerzas del mal que toda la ciudad y su huerta está protegida por un león que las defiende, y les recuerda, a estas fuerzas adversas y malignas, de la

naturaleza que sean, que no intenten regresar para hacer de nuevo presa en ellas.

Murcia, y su huerta, tiene cuatro puntos débiles muy concretos con los que sus particulares demonios la atacan con devastadora fiereza arrebatándole el trabajo, el sosiego y la comida de sus gentes; estos son: las riadas, el granizo, las plagas y la sequía.

—Eso es cierto, aquí o nos ahogamos o nos morimos de sed cuando no nos come la langosta —interrumpió Ñin—. Continúa Pedro, que es muy interesante lo que estás contando.

—Por eso, para combatir estos males ante sus manifestaciones, y también de forma preventiva, la ciudad se proveyó de las armas campaniles con las que hacer frente a las fuerzas malignas que la acechan y así poder conjurar con ellas al mal. Como viene a decir la leyenda de la Mora: «Tenemos un León para luchar contra otros leones».

En este toque intervienen tres campanas a dúo y otras tres en conjunción. De esta forma se reza para combatir cualquier mal, y obtener la bendición de las cosechas y el alejamiento de plagas, tormentas y granizos.

Pero no sólo representan esa protección física sobre los desastres naturales, sino que van mucho más allá. Cuando una persona escucha el toque del conjuro, se hace presente, en él, el mensaje que las campanas pregonan: que existe el bien y le denuncia del mal que hay en su corazón. Porque hay quien oye la voz, pero no escucha los mensajes que proclaman las campanas. Por eso, la voz del conjuro, entra por sus oídos, remueve el mal que anida en su interior y le invita, y le ayuda, a expulsarlo fuera de sí: «*¡Fugite partes adversae!*».

Los toques comienzan y terminan con el tañido melancólico de una campana llamada la Trinidad y a la que la gente conoce como la Santa Águeda, que interviene, como una leona, lanzando fieros rugidos de *la,* que es la sexta nota del pentagrama y toma su nombre de la primera sílaba del sexto verso del himno litúrgico de san Juan: *Ut queant laxis*[5]*,* que dice: *«Labii reatun»* y que se traduce como: «Nuestros manchados (impuros) labios». En el faldón sonoro de esta campana hay inscrita la frase: *«PER SIGNUM CRUCIS DE INIMICIS NOSTRIS LIBERANOS DEUS NOSTER»* que quiere decir: *«POR LA SEÑAL DE LA CRUZ, LÍBRANOS, DIOS NUESTRO, DE NUESTROS ENEMIGOS».* Este toque acompaña al bello sonido de la Mora que lanza al aire su sonido de *re* que toma su nombre de la segunda estrofa del mismo himno de san Juan y que dice: *«Resonare fibris»* y que se traduce como: «Gritar a pleno pulmón» al tiempo

que evoca todo el conjuro que contiene en su faldón.

Alternándose con la Trinidad, suenan los tonos de otra campana: la María de la Paz, lanzando al aire otras andanadas en *la*.

Así, el conjuro, con su primer toque a dúo, entre la Santa Águeda y la Mora, dice:

«Con nuestros manchados labios decimos: *POR LA SEÑAL DE LA CRUZ, LÍBRANOS, DIOS NUESTRO, DE NUESTROS ENEMIGOS*. Y a pleno pulmón gritamos: *ESTE ES EL LEÑO DE LA CRUZ, HUID LOS ENEMIGOS. VENCE EL LEÓN DE LA TRIBU DE JUDÁ, DE LA RAÍZ DE DAVID, ALELUYA»*.

Por otro lado, con el segundo toque a dúo, entre la Paz y la Mora, dice esta otra imprecación:

«Con nuestros impuros labios proclamamos: *ESTA ES LA CRUZ DEL SEÑOR, HUID LOS ENEMIGOS, VENCIÓ EL LEÓN DE LA TRIBU DE JUDÁ*. Y exaltamos gritando: *ESTE ES EL LEÑO DE LA CRUZ, HUID LOS ENEMIGOS. VENCE EL LEÓN DE LA TRIBU DE JUDÁ, DE LA RAÍZ DE DAVID, CRISTO, ALELUYA»*.

Mientras estas tres campanas suenan a dúo, la campana Ecce Crucem, la Del Sen, y la Santa Florentina, repican batiendo el yugo de sus alas de madera y lanzando con sus tañidos a legiones de ángeles protectores que se extienden planeando sobre la ciudad y su huerta, y, con sus voces, hacen coro y acompañan al conjuro.

Pedro, sin pretenderlo, había ido elevando paulatinamente el tono de su voz hasta que se dio cuenta de la carga de emoción que había en ella. Calló un instante. Se hizo un silencio profundo y denso. Toda la huerta parecía escuchar las palabras que salían de su boca. Tras unos segundos, continuó con un tono de voz menos solemne, como haciendo un epílogo.

—También, cuando hay peligro de que descargue una tormenta de granizo, un oficiante sube al balcón de los conjuros desde donde conjura a la tormenta para que se aleje o para prevenir de la riá exponiendo la reliquia del *Lignum Crucis* entre los cuatro pináculos sobre los que se yerguen los cuatro hermanos santos cartageneros: san Leandro, san Fulgencio, santa Florentina y san Isidoro; pero esto es sólo ocasionalmente y con independencia de los toques de conjuro.

Los toques de conjuro se realizan así: el primero a las seis de la mañana y se repite a las seis y cuarto. Comienza así dispersando a los espíritus de las tinieblas y anunciando el clarear del nuevo día a

la vez que despierta a los habitantes de la huerta y de la ciudad diciéndoles: «Despertad que ya llega el nuevo día y el León de Judá está despierto y vigilante por vosotros».

El segundo toque tiene lugar a las once de la mañana y se repite a las once y cuarto. Les recuerda, a los que están trabajando: «Trabajar tranquilos que el León está alerta. No duerme ni reposa el Guardián de Israel».

El tercer y último toque suena a las cinco de la tarde y a las cinco y cuarto, para hacernos recordar: «El Señor guarda las entradas y salidas de la ciudad, protege nuestro sueño y nos libra de todo mal».

Y así se hace todos los días desde hoy, día 3 de mayo, festividad de la Invención de la Santa Cruz, hasta el día catorce de septiembre, festividad de la Exaltación de la Santa Cruz. Ese día, el 14 de septiembre, al terminar el último toque de las cinco y cuarto, tiene lugar un concierto de música, desde lo alto de la torre, que es esperado y seguido por una gran cantidad de murcianos y de forasteros. Las campanas de la torre nos convocan, nos une a todos con su voz, y nos recuerda que somos un mismo pueblo.

Este toque de conjuro que hemos escuchado nosotros es el mismo que escucharon los murcianos antiguos, nuestros antepasados, y será el mismo que escucharán nuestros hijos y nuestros descendientes. Por los siglos de los siglos... Amén.

Pedro había terminado su explicación, pero nadie decía nada: estaban emocionados y atónitos. Por fin, Ana se atrevió a hablar.

—Esto que nos has contado es precioso ¿Cómo sabes tantas cosas?

—Lo hemos estudiado y, más aún, lo hemos vivido muy intensamente por la proximidad del seminario a la Catedral.

—Pues yo no me quedo sin escuchar ese concierto el 14 de septiembre próximo —dijo José.

—¿Habéis subido alguna vez a lo alto de la torre? —preguntó Andrés.

—Yo no creo que hayamos subido ninguno de nosotros —respondió Antonia.

—Pues hay unas vistas preciosas de toda Murcia y de la huerta.

—¿Y se ve el Rincón de Seca? —preguntó Rosa.

—Sí, se ve. Igual que desde aquí, desde lo alto de una palmera, vemos la torre.

—Pues a mí sí me gustaría subir a la torre —dijo Antonia

—Y a mí también —apostilló Ana—. Podíamos ir un día todos juntos.

—Conmigo no contéis que a mí me da el pálpito si me subo más arriba de una morera —dijo Ñin.

—Conmigo tampoco contéis —dijo también Juan.

—Bueno, pues nos iremos nosotras con los jóvenes. ¿Verdad, Teresa?

—Vayamos todos una tarde, por ejemplo el sábado que viene —dijo Antonia.

—Decidido, el sábado que viene nos vamos de compras a Murcia y a subir a la torre —sentenció Rosa—. ¿Se puede subir libremente?

—Yo me encargo de eso —dijo Andrés—. Conozco al campanero.

Cuando Andrés terminó de hablar, los jóvenes decidieron ir a dar un paseo por el pueblo y verse allí con sus amigos.

La calle Mayor era la que atravesaba el pueblo y por ella paseaban todos los mozos y mozas, calle arriba y calle abajo. Las personas mayores sacaban sus sillas y mecedoras a la puerta de la casa para tomar el fresco, ver a la gente pasear, y comentar los ecos de sociedad sobre si algún mozo se había «arreglado» con alguna moza, o si una moza se había peleado con el novio, o le había dado calabazas. La comidilla de aquel día fue el noviazgo de Antonia y Andrés y el mayo que Andrés le había cantado. Todos coincidían en que formaban una hermosa pareja y Andrés, pese a ser forastero, había sido bien aceptado por todo el pueblo después de aquella noble lección que le había dado a Godo en el baile de los inocentes.

Otro tema del que hablar aquella tarde fue sobre Carmen, la Posi, y Gabriel. Las gentes del pueblo apoyaban aquella relación. Veían que Gabriel era un buen muchacho y que a la Posi no le iba a ser fácil que le saliera otro novio. Todos convenían en que Anacleto, el Verdiales, hacía mal en oponerse al noviazgo de su hija. Debía aceptar a Gabriel, recibirlo como hijo, enseñarle el oficio de panadero, y asegurarse así su vejez; como hizo con él su suegro.

La tarde fue cayendo lentamente y el sol se despedía, con sus últimos rayos, antes de desaparecer escondido tras Sierra Espuña. Los candiles y quinqués se encendieron y la luna se levantó tímidamente al tiempo que pasaba revista a sus vecinos del pueblo. Las sillas y las mecedoras iniciaron su retorno hacia el exclusivo lugar que ocupaban en el interior de las casas. Nada hacía presagiar que aquel día no fuera a terminar con la habitual normalidad de siempre. Pero no fue así…

—Ahora viene lo de Choni ¿verdad? —interrumpió Fuensanta con ladina sonrisa.

—No, ahora ya no viene nada más. Eso será mañana u otra

noche. Por hoy ya está bien —dijo la abuela al tiempo que retiraba su mecedora.

—Abuelo, eso de los conjuros es precioso —dijo Candela—. Yo no los he oído nunca. ¿Por qué ahora no se escuchan?

—Es cierto, no lo has oído nunca porque se han perdido. Ya no los tocan.

—¿Cómo es posible? ¿Cómo se puede perder un bien cultural e histórico de esta manera? Si estuviéramos en Múnich, en Colonia, en Ámsterdam, en Brujas, en Londres, o en Budapest… en cualquier ciudad europea, seguro que se habría respetado y difundido una tradición y un bien cultural tan grande. Se enseñaría a los niños en las escuelas y los turistas estarían en la plaza esperando a que llegase la hora para poder escuchar a que sonasen esas antiquísimas voces exclusivas de una de las catedrales más bellas de Europa. Eso tiene un valor increíble. No puede ser que Pedro estuviera tan equivocado y que tan sólo unos años más tarde se borrase de nuestra memoria esta riqueza que hemos heredado de nuestros antepasados. Ellos hicieron el esfuerzo, construyeron el campanario de la torre, la dotaron de más de veinte campanas, crearon los toques, conservaron las tradiciones… ¡nos lo legaron todo!… ¿y ahora qué?… ¿qué tenemos?… ¿tan solo un mudo monumento de piedra que se dibuja en el aire?… De ninguna manera… Esto hay que rescatarlo, la Catedral tiene que volver a hablar. Hay que volver a escuchar su voz antes de que se pierda del todo. Además, ¿no se van a reparar todas las campanas? ¿Para qué se va a gastar el dinero entonces? ¿Solamente para dar las horas, o para tocar a difuntos de canónigos y poco más…?

Todos se unieron a la indignación de Candela.

—Lleva razón la zagala —apuntó Fuensanta—. Es un crimen por nuestra parte el dejar que todo esto se pierda. Las campanas estaban antes que nosotros y los conjuros son el sonido de la conciencia y el alma de esta ciudad y de su huerta. Nuestra obligación es defenderlos.

—Abuelo, habría que hacer algo: escribirle al presidente de la Comunidad Autónoma, a los consejeros, al alcalde, al Cabildo de la Catedral, al obispo y al papa si hace falta. A todas las instituciones culturales de la ciudad para que se rescate la voz de los conjuros. Hay que volver a su significado y a su tradición. Los murcianos debemos amar nuestras tradiciones, hay que respetarlas y nadie tiene ningún derecho a robárnosla, y mucho más esta, porque los toques de Conjuro unen a la ciudad con su huerta, no distinguen entre el ser de la huerta o el ser de la ciudad; hablan para todos y a

todos alcanza su pregón. Se debería de tocar, por lo menos, un par de veces al día, durante las fechas de Cruz a Cruz, que es el tiempo más hermoso de Murcia, y terminar con una gran fiesta, el 14 de septiembre, que coincide con la terminación de la feria de Murcia y ese día concluirlo con un gran concierto.

—Incluso en otras ciudades europeas, como por ejemplo en la ciudad bávara de Rotemburg, las campanas doblan sin descanso, desde las nueve de la noche hasta el clarear del nuevo día, en la noche de los Reyes Magos y también el 30 de abril —que es la noche de Walpurgis, la noche de los mayos—. Esas dos noches gozan de una enorme carga de emoción. La primera por la que produce en los niños el anuncio de la inminente llegada de los Reyes Magos, y la segunda por el impulso amoroso que producen los cánticos de los mayos en la mujer amada y para ahuyentar al mal.

—Sí, también podría rescatarse el sentido del cortejo amoroso de la noche de los mayos.

—Sí, esa noche sería una fiesta de rondas por todas las calles y plazas de Murcia y de su huerta. Desde muy antiguo, en muchos otros lugares, se coloca un poste alto adornado con flores y con cintas. Junto a esos hitos se les podría cantar los mayos a las chicas. Eso se podría hacer por plazas y barrios, y además en esas fechas están las fiestas de primavera de Murcia, con la elección de sus reinas, y hay un certamen internacional de tunas… Seguro que hay mil maneras de poder rescatar esta hermosa tradición. Me imagino una noche murciana con la emoción y la alegría de los mayos.

—Es verdad, sería un bombazo. Además, los jóvenes están necesitados de actividades, de ideales que los emocionen y las hagan suyas. Si se les involucra y se les reintegra en su historia, muy posiblemente disminuirían otras actividades que han adquirido al estar ellos faltos de esos ideales, como por ejemplo el botellón, o esa dañina afición al grafitis insulso que tanto ensucia y daña los muros y mobiliario de la ciudad sin respetar los lugares artísticos e históricos. Si ellos no conocen su historia, no podemos pretender que la respeten. Si no les enseñamos el camino de la excelencia, no saldrán nunca de la isla de la mediocridad —añadió el abuelo.

—Pues nada, ya lo sabéis, a escribir cartas, a proponerlo y a conseguirlo. A fin de cuentas no estáis inventando nada, solamente tratáis de rescatar las costumbres de nuestros antepasados y os negáis a que se pierdan definitivamente. Son propuestas muy bellas y loables —dijo la abuela.

—Yo voy a escribir sobre esto y trataré de crear conciencia de lo

que estamos perdiendo. Me parece increíble. Incluso el baile de los inocentes es rescatable. Se me ocurren mil maneras de hacerlo y volver al espíritu festivo y a la recaudación altruista que tuvo y que se podría dedicar a unas causas justas —dijo Candela.

—Esperemos que así sea. Esa es ahora nuestra obligación: enseñarles.

Ahí terminó la velada de aquella noche.

Notas de la noche 8ª

1Parte del sonido audible.

2En su cuerpo figura inscrita la fecha de 1421 de la era hispánica, lo que obliga a restarle 38 años, puesto que en aquellas fechas se contaba el tiempo de la era hispánica y no como ahora, que se cuenta desde después de Cristo. La mandó fundir un polémico obispo de Cartagena, el francés don Guillém Gimiel, y fue un regalo del rey don Juan I, por sus segundas nupcias con doña Beatriz de Portugal.

Campana de los conjuros: La Mora, Catedral de Murcia

3Este símbolo ya se usaba antiguamente como talismán conjuratorio.

4Este texto es la antífona de uno de los salmos que se reza en el oficio divino de lecturas del día de la Exaltación de la Santa Cruz, el 14 de septiembre y se ajusta a uno de los pasajes del Apocalipsis (Ap 5,5).

5*Ut queant laxis* es un himno litúrgico a san Juan que fue escrito en el siglo VIII. Cuando se canta, cada uno de los versos se inicia con un tono diferente. En el siglo XI se tomaron las notas musicales nombrándolas con la primera sílaba de los siete primeros versos del poema y así nacieron las siete notas musicales: Ut *(do), re, mi, fa, sol, la, si.* Posteriormente, en el siglo XVII, se sustituyó el Ut por el *do* para que fuese más fácil solfear, en las lenguas latinas, si todas las notas musicales terminaban en vocal.

Texto original en latín

Ut queant laxis
Resonare fibris
Mira gestorum
Famuli tuorum
Solve polluti
Labii reatum
Sancte Ioannes.

NOCHE 9ª

Llegada la noche de aquel día, los nietos le entregaron un pequeño libro en cuya portada se leía:

ORDENANZAS Y COSTUMBRES DE LA HUERTA DE MURCIA
1849

Antes de que el abuelo comenzara a hablar, Ana, azuzada por Candela y por Fuensanta, se removió en su silla y le preguntó:

—Abuelo, quedamos anoche en que nos ibas a contar cómo había terminado el asunto de Choni.

—Bueno, aquello terminó muy mal. El de Elche, que luego resultó que no era de Elche, era un sinvergüenza que la engañó y le robó sus joyas, el dinero y luego desapareció. Pero ya volveremos otra vez a ese tema más adelante. Por ahora continuamos con la historia —le contestó el abuelo esquivando el tema.

—Abuelo, no te hagas el longui; queremos saber qué es lo que le pasó a Choni —le atajó Ana.

El abuelo vio que la abuela lo observaba como queriéndole decir: «No se te ocurra contarles nada a los críos». Pero… se atrevió.

—Os dije anoche que aquella tarde de sábado, nada hacía presagiar que no fuera a terminar con la normalidad de todos los sábados; pero no fue así. Choni paseaba por la calle cogida del brazo de sus amigas. Se la notaba muy nerviosa; insistentemente miraba hacia atrás como si temiera o esperase algo.

De pronto se oyó un cabriolé que se acercaba al trote; lo conducía el de Elche. Los que aún paseaban por la calle se hicieron a un lado extrañados de tan insólito comportamiento. El carruaje fue aminorando la marcha y cuando pasó por donde estaba Choni se detuvo, y Choni, soltándose del brazo de sus amigas, corrió a subirse en él. Todas quedaron estupefactas, sin comprender lo que estaba ocurriendo. Por fin, una de ellas, dándose cuenta, gritó:

—¡Choni!… ¿Qué haces, Choni?… ¡Que se va la Choni! ¡Ay, Dios mío, que se está yendo la Choni con el hombre ese!… ¡Choni, por favor no lo hagas…! ¡Choni…..Choniiii!

Pero Choni ya se había montado en el cabriolé que arrancó a

toda velocidad. Más adelante, a la salida del pueblo, el cabriolé se detuvo un instante y Choni recogió un bulto escondido bajo un limonero. El cabriolé continuó su huida a todo galope.

Cuando informaron a Matías, el Torrao, y a su mujer, de la fuga de su hija, les invadió la desesperación y la furia, maldiciendo al representante de Elche al que apenas conocían. Acudió don Serafín, el párroco, a consolarlos y tranquilizarlos.

Bajo la almohada de la cama de Choni encontraron una carta que decía que se fugaba con Anselmo porque estaba enamorada de él y le había prometido una vida de reina viajando por todo el mundo. Que estaba cansada de vivir en un pueblo y que deseaba vivir en ciudades como Madrid, Barcelona, París, Londres, Roma… y que, aunque él era muy rico, se llevaba sus ropas, todas sus joyas, sus dineros y una buena parte de los ahorros de sus padres, para no desmerecerse ante él, puesto que también eran los ahorros de ella después de tantos años trabajando en la tienda.

Hablaron de poner una denuncia ante la Guardia Civil, pero entonces se dieron cuenta de que no sabían casi nada del tal Anselmo, salvo que un día, en el mes de noviembre, se presentó en la tienda de Matías diciendo que era representante de un gran almacenista de productos coloniales de Elche, y le ofreció café, chocolate y unos quesos holandeses a un buen precio. Antes de Navidad, estuvo de vuelta para decirle que no le había enviado el pedido porque esperaba la llegada a Alicante de un barco, con un cargamento de mejor calidad y mejor precio, aunque para desembarcarlo, sin pasar por la aduana, necesitaba pagar por anticipado. Con aquel detalle se ganó la voluntad del avaricioso Matías que hasta lo invitó a comer varias veces en su casa. Cuando el de Elche iba a visitarlos a la tienda, siempre traía un regalo para Choni y mientras sus padres atendían al público, ella se retiraba hacia un extremo del mostrador y allí él le iba enseñando las ilustraciones de unas revistas parisinas con los modelos de lujosos vestidos y lencería, muy subidas de tono, que se usaban en París, y ¡vaya usted a saber qué otras ilustraciones y postales le enseñaría el astuto Anselmo a la inocente muchacha! Con su verborrea y galantería fue envolviendo a Choni y llenándole la cabeza de fantasías. Choni se ahuecaba como un palomo en celo y presumía de la fortuna que sus padres guardaban y de los trajes y alhajas que ella poseía, y que el de Elche alababa. Matías no veía estas galanterías con malos ojos pues el mozo era muy educado y muy bien vestido, y no al uso de los huertanos —a los que comenzaba a despreciar desde que se creyó el hombre más rico del pueblo con

sus diez casas alquiladas, cuatro huertos arrendados, y lo que era más importante: prestaba dinero a usura y tenía una larga lista de deudores de los productos de su tienda, a los que cobraba buenos intereses, reteniéndoles prendas y joyas—. En dinero efectivo se le calculaba una gran fortuna guardada en algún escondite de la casa. Choni, hija única, era todo un partido, a la que no le faltaban pretendientes, pero el proyecto de Matías era que su hija se casara con un hombre listo, que continuara con el negocio, y poder así ampliar sucursal en Murcia. El de Elche le pareció un buen candidato.

Al día siguiente, domingo, no se hablaba de otra cosa en todo el pueblo más que de la fuga de Choni.

Los viejos decían que ese mes de mayo había entrado muy «fogueao», que se notaba en cómo estaban de «henchíos» los campos, con una frondosidad agresiva; las higueras estaban «preñás» de higos; las abejas no paraban de hacer miel; el marrano berreaba insistentemente; los burros no paraban de rebuznar, y a los perros se les contaba por diez o doce siguiendo a una perra en celo. Así había entrado la primavera; por eso no era de extrañar que aquel año se fugara más de una moza, porque, cuando la «cincha» aprieta…

Don Serafín, en el sermón de aquel domingo, habló sobre los peligros de la carne. Invitó a las mozas del pueblo a ser castas y «modosicas». Todas las mujeres se colocaban siempre en el lado del púlpito, y los hombres en el contrario —«las cabras con las cabras y los ovejos con los ovejos» solía decir don Serafín—. Arremetió con el tema que le preocupaba, pues sabía que, con el ejemplo de Choni, se había destapado la caja de Pandora y aquello podía terminar muy mal. Era como encender yesca en un pajar. De hecho, algunas mozas se removieron inquietas en su banco y otros mozos resoplaron de contrariedad al ver que el cura les estaba deshaciendo algún oculto proyecto. Terminó don Serafín aconsejando a los padres que estrecharan la vigilancia sobre sus hijas y que las pusieran a buen recaudo, con siete llaves, si no querían lamentarlo después.

El sermón hizo su efecto pues el paseo de aquel domingo se quedó en menos de la mitad, y las mozas no salieron de sus casas o, como mucho, se quedaron sentadas en la puerta con toda la familia presente. Esto afectó también a Antonia y a Ana, más por no dar mal ejemplo que por desconfianza.

Aquel día no ocurrió nada, pero en los días sucesivos hubo dos fugas y una «depositá».

—Abuelo lo de fugarse o «llevarse a la novia» ya lo conocemos, pero eso de «la depositá» ¿qué es? —preguntó Ana.

—Cuando una pareja de mozos quería casarse y los padres se oponían a ello, solían hacer dos cosas: O llevarse a la novia con todas sus consecuencias, con lo cual estaban tres o cuatro días por ahí perdidos en una posada o por los baños de Fortuna o de Archena, y cuando se les acababa el dinero, se volvían a casa. Había veces que se llegaban a fugar cuando faltaba muy poco para la boda, pero eso solía ser una treta para ahorrarse el coste del convite.

La otra forma era que el novio llevaba a la novia a casa de una familia amiga y la depositaba allí, con lo cual se garantizaba que el novio no había «tocado» a la moza al no yacer juntos. La familia de la novia no sabía dónde estaba su hija hasta que, al día siguiente, el jefe de la casa donde estaba ella «depositada», o un amigo común, iba a decirles que su hija estaba en tal sitio. Se acordaba entonces la fecha de la boda y así la novia podía regresar a su casa. Esta forma era menos traumática que la primera pero el resultado era prácticamente el mismo; tenían que casarse, y en misa de ocho de la mañana, lo cual era un baldón y una mancha para la familia que tardaba más o menos tiempo en olvidarse.

—Vale, pero cuéntanos: ¿qué le pasó a Choni? —insistió Ana.

—Pues… aquella noche de su fuga, el de Elche se la llevó hacia Librilla y en una posada del camino, donde por poco dinero no hacen muchas preguntas, pasaron la noche. Aquella no fue una noche muy feliz para la inocente Choni, que no sabía nada de lo que le iba a ocurrir, y el de Elche fue muy violento y bruto con ella. Ella le pidió llorando que la llevara de vuelta a su casa, pero él la retuvo todo el día siguiente sin salir de la habitación. Cuando vio que la cosa se ponía mal, tomó el dinero y las joyas y marchándose la abandonó. La mujer del posadero se intrigó y entró en la habitación donde encontró a Choni, semiinconsciente, con las ropas ensangrentadas. La posadera trató de enmendar aquella catástrofe y Choni le pidió que la llevaran a su casa. Y así, en unas parihuelas, sobre el carro del posadero, el lunes por la noche, regresó Choni. Fue un drama tremendo para sus padres y para todo el pueblo.

No se volvió a saber más de aquel fulano de Elche y la Guardia Civil dijo que tenían órdenes de caza y captura reclamadas por la justicia de varias provincias, donde ya había cometido la misma fechoría, pero que era muy difícil capturarlo; siempre les llevaba mucha delantera. Aquí había dicho que era de Elche, pero en Albacete hizo lo mismo con la hija de un fabricante de navajas y allí

dijo que era de Bilbao. Tampoco se conocía su verdadero nombre, que no era Anselmo, sólo se sabía que su alias era Charly, y que era un tahúr, muy aficionado al juego de cartas, que engañaba a ricos incautos, a viudas adineradas, y a industriales y comerciantes con hijas casaderas, como había hecho con Matías. Las joyas que robaba, las desmontaba y las fundía para no dejar rastro, pero le gustaba quedarse con una de ellas como recuerdo de cada una de sus aventuras.

Choni, con el cariño de sus padres y de sus amigos, y con los cuidados de Tona, se fue recuperando físicamente, que no de ánimos. Dicen que no volvió a sonreír hasta mucho tiempo después.

Así fue como terminó la fuga de Choni, pero no la historia, como ya veréis más adelante.

—También se me olvidó contaros anoche unos misteriosos acontecimientos, que no fueron descubiertos hasta mucho tiempo después. Sucedió que algunas mañanas, después de aquellos mayos, comenzó a aparecer en la reja de la habitación de Ana un ramillete de flores. Ana pensó que aquello debía ser cosa de Pedro pero resultó que no era así y Pedro, que como sabéis era un cachazas, supuso que aquello era una treta de Ñin para darle celos y ver si así se arrancaba. De broma dijeron que habría sido el «lechuzo», porque Ana contaba que, por la noche, oía cantar a una lechuza. Así, Pedro, pensando que era cosa de Ñin, y Ñin, pensando que era cosa del guevales de Pedro, el caso es que los dos decían que había sido el «lechuzo», pensando que cada uno lo decía del otro.

—No te extiendas tanto que no vas a tener tiempo de contar nada —le recriminó la abuela.

—Bueno, pues a lo que vamos. Para contaros lo de esta noche, tengo que haceros un poco de memoria.

Como recordaréis, la otra noche os hablé de una mujer llamada Lucía que era la viuda de Vicente y que tenía tres hijos, Mari Carmen, Antón y otro pequeño, con parálisis cerebral, que se llamaba Tomás. Os dije que Andrés ayudaba a Lucía a la vez que enseñaba a su hijo Antón los oficios de buen huertano; pues bien, una mañana apareció Antón en la barraca de Andrés, muy enojado, con una corvilla en la mano y sangrando por la nariz diciendo que iba a matar a alguien. Cuando Andrés pudo tranquilizarlo, Antón le contó:

—Esta mañana he ido a hacer la parada del agua para regar y me he encontrado que la han taponado con obra, y que han construido encima un puente que pasa hasta el quijero de mi lado, y que han levantado una cerca, hecha con barras de hierro y alambre

de espinos, justamente pegada a la mía de cañas, y que me impide el paso a la acequia para poder echar el tablacho y regar. Al otro lado había tres hombres; uno era un corredor, que quiere que le vendamos la tierra, junto con otros dos más. El corredor se ha reído de mí y me ha amenazado con que si cruzaba al otro lado me denunciaría, porque dice que todo aquello es suyo. Me he ido para ellos con la corvilla pero me han pegado, han roto mi corvilla y me han tirado por encima de la cerca. Mi madre y mi hermana estaban allí llorando. He vuelto a mi barraca, a por otra corvilla para ir a matarlos, pero mi madre me ha suplicado que viniera en busca de tu ayuda.

—Has hecho bien; vamos allá —dijo Andrés.

Cuando llegaron, estaban allí los tres hombres fumando y dos de ellos llevaban una corvilla en la mano. Andrés se dirigió a los hombres y les dijo:

—¿Qué está ocurriendo aquí? ¿Quién ha colocado esa cerca de espinos?

—Aquí no ocurre ná, sólo que hemos cercado lo que es nuestro. Y basta —dijo el que parecía ser el corredor.

—¿Nuestro? ¿De quién?

—De la persona a la que represento. Y basta.

—¿Y quién es el dueño?

—Eso a usted no le importa. Un hombre muy respetao, y al que yo represento. Y basta.

—¿Por qué van ustedes con las corvillas?

—Porque íbamos a segar hierba y porque ese zagal ha entrado aquí con su corvilla amenazando. Ha estado a punto de herirnos. Y basta.

—Oye, Ybasta —tal era el apodo de aquel corredor—, no le tienes que dar más explicaciones a este tío —dijo uno de los acompañantes con cara de pocos amigos y al que llamaban Perolo.

El otro acompañante, desde que llegó Andrés, estuvo callado.

—Estos son los quijeros de la acequia y la acequia no es suya. Es de todos los huertanos representados por la Junta de Hacendados y sometidos a las leyes de la huerta y al Consejo de Hombres Buenos —dijo Andrés.

—¡Déjese de leches! Ni hombres buenos ni malos. Nosotros tenemos una escritura que dice que nuestra tierra linda con la de ellos. Y yo he visto una escritura que dice que ellos lindan con la acequia; luego está claro y así están las cosas. Ahora ellos lindan con la acequia y nosotros con ellos, luego la acequia está en nuestro lado. Y basta.

—Están equivocados, nadie tiene la propiedad de una acequia. Les digo que pertenece a la Junta de Hacendados de la huerta.

—Y yo le digo a usted que la acequia es nuestra y que las cosas se quedan como están porque así es como debe ser. Y basta.

—Están cometiendo un gravísimo error y van a perjudicar seriamente a una familia si no pueden regar inmediatamente.

—No es nuestra la culpa. Los papeles dicen lo que dicen. Y basta.

—Tendrán que responder ante el Consejo.

—Y ante el sursuncorda si hace falta. Esto es así y no se ha de mover. Y basta.

—¡Hombre, Ybasta!, quizás se podría dejar que regaran hasta que el Consejo decida sobre la propiedad —dijo el tercer hombre.

—¡Qué coño dices Belenes, ¿es que estás tonto?! ¡No hemos venío aquí pa ablandarnos ahora! He dicho que no. Y basta. Y le advierto a usted que aquí hay dos testigos que atestiguarán que está informado y que nos han atacado y amenazado. Y si alguien entra en esta propiedad o le hace algún daño, volveremos y será mucho peor. Advertíos quedan. Y basta. Vámonos.

Andrés tomó la única decisión sensata y se marchó con Antón a la plaza de Santa Catalina, en donde se reunía el Consejo de Hombres Buenos, y puso una denuncia por escrito.

Dos domingos más tarde se vio la causa ante el tribunal del Consejo, formado por un jurado de cinco miembros asistidos por los dos veedores de la acequia Aljufía, a la que pertenecía la tanda de riego de Lucía. Allí estaba el Ybasta, y sus dos testigos, junto a un joven, muy emperifollado, ataviado con toga de abogado, que se movía sin cesar, dando pequeños saltitos. Lucía fue con sus tres hijos y con Andrés, que pidió permiso al tribunal del Consejo para poder ser el interlocutor de ella y de sus hijos. El Consejo lo aceptó, pero el joven saltarín y emperifollado se opuso diciendo:

—Con la venia de este tribunal, me opongo a esta representación puesto que está aquí la persona litigante, la tal Lucía, y porque el que pretende representarla no es licenciado en Leyes, ni está togado. Por lo tanto…

—Un momento ¿quién es usted? —le preguntó el que hacía de presidente que no salía de su asombro viendo a aquel joven que parecía una berenjena dando saltos.

—Yo soy el licenciado en Leyes, como acredita mi toga, don Remigio de los Cobos y Fernández de Agüera, y me presento a este noble y altísimo tribunal consuetudinario en representación de don…, de don…, bueno de… don Ybasta, aquí presente —las

carcajadas se escucharon en toda la sala.

—Bueno, don…. don Recobos —dijo el presidente algo azorado.

—Don Remigio de los Cobos y Fernández de Agüera, señoría —corrigió el joven abogado haciendo una profunda reverencia.

—Bueno, pues eso, don… don… don Recobos y Fernández de la Higuera —prosiguió más azorado el presidente— le advierto a usted que este tribunal es, efectivamente, un tribunal consuetudinario que se atiene a normas y leyes más antiguas que las que usted seguro ha estudiado, y que aquí no usamos los servicios de letrados porque todos conocemos las leyes que son muy sencillas. Sus servicios pueden ser más provechosos en los tribunales ordinarios de justicia, pero no en este. No obstante no vemos inconveniente en que usted represente a una de las partes, como tampoco el que la otra parte esté representada por este hombre —refiriéndose a Andrés—. Así que empecemos con los hechos.

Se expusieron los hechos y el letrado llamó a los testigos.

Entró primero el Perolo, que era conocido no precisamente por su buen hacer. El abogado le pregunto:

—Señor Perolo, ¿no es menos cierto que el día de autos entró en la propiedad del señor Ybasta un hombre esgrimiendo un arma, con la que les amenazó a ustedes, y que tuvieron que defenderse?

—Yo no sé si ese día era de «autos» o de qué; fue hace dos semanas; pero sí es cierto que estábamos el Ybasta, el Belenes, y yo, hablando tan tranquilamente, cuando este crio entró amenazando con una corvilla en la mano y…

—Un momento —interrumpió el presidente— este tribunal no es competente para tratar ni mediar en asuntos civiles como peleas o disputas; para eso deben acudir a los tribunales ordinarios, aunque dudo mucho de que un tribunal pueda ver una agresión en un muchacho de catorce años frente a tres hombres hechos y derechos que encima le propinaron varios puñetazos. Aquí sólo podemos tratar sobre los asuntos que conciernan al buen gobierno de la huerta de Murcia.

Le dio la palabra a Andrés que expuso llana y sucintamente los hechos. El tribunal preguntó al abogado saltimbanqui que expusiera sus razones.

El letrado argumentó, blandiendo una escritura, que su representado tenía el derecho puesto que, según los linderos marcados en la escritura, la acequia quedaba dentro de su propiedad, y que en virtud de artículo 15 habían procedido a cercar sus tierras.

Los miembros del tribunal efectuaron consultas con los

«veedores» de la acequia y se dispuso a dictar sentencia. Tomó la palabra el Presidente y dijo:

—Le hacemos saber a don… don…, como se llame el señor abogado aquí presente, que nadie, absolutamente nadie, puede acreditar, ni tan siquiera con el mayor título de escribano, la propiedad de las acequias, con sus márgenes y sus quijeros, que son propiedad incuestionable del Heredamiento de Hacendados al que corresponda dicha acequia. Ningún título puede acreditar lo contrario, pues dicha propiedad y beneficio es muy anterior a cualquier otro título de propiedad, al habernos sido otorgada la misma por el rey don Alfonso X, el Sabio, siguiendo los usos y costumbres de los huertanos moros.

Igualmente le hacemos saber que se ha incumplido lo dispuesto en los artículos 14 y 16. Que con la construcción de un puente se ha infringido el artículo 60. Que se han producido daños a terceros con lo cual se han vulnerado los artículos 144 y 150 de nuestras Ordenanzas para el Régimen y el Buen Gobierno de la Huerta de Murcia.

Por todo ello condenamos a la parte demandada a volver a restablecer los márgenes y quijeros de la acequia como estaban anteriormente. A demoler el puente construido alevosamente y reponer la boca de riego de la parte demandante para que pueda regar de inmediato. A eliminar el cercado de espinos y llevarlo hasta donde establecen las leyes. Todo ello en el plazo improrrogable de tres días. Además se le impone una multa de trescientos cincuenta reales por los artículos contravenidos.

Sentencia dictada.

La sentencia fue largamente comentada por parte de los asistentes, por justa y por ser una de la sentencia más elevada que se recordaba. Esto hizo que se produjera un tumulto.

El joven letrado se alteró al escuchar el veredicto y comenzó a gritar dando saltos y agitando las escrituras.

—¡Esto es un atropello! ¡Apelaremos al Ayuntamiento! ¿Quién se han creído que son estos patanes? ¡Los llevaré a los tribunales civiles y allí verán lo que es bueno! ¡No me han dejado interrogar a los testigos! ¡Es juicio nulo!

El secretario cerró el libro de actas dando un fuerte carpetazo y dirigiéndose al presidente le increpó:

—¡Esta sentencia es nula! ¡No le han dejado que interrogue a sus testigos! —Era evidente que el secretario tenía simpatías con la parte sentenciada.

El presidente le respondió que los testigos lo eran sobre

cuestiones de tipo civil y no de uso y riego del agua de la huerta que era para lo único que era competente aquél tribunal.

El abogado saltarín no paraba de chillar e increpar al tribunal y aquello comenzó a ponerse tenso; incluso los comentarios de muchos asistentes —había una parte claramente a favor de Ybasta —, se destaparon con virulencia.

El presidente golpeaba con la maza reclamando orden y amenazando con llamar al alguacil.

Cuando los ánimos se apaciguaron, el presidente dijo:

—Este tribunal ha dictado sentencia con equidad. No obstante, nuestras actuales ordenanzas, por medio de sus artículos 167 y 168, contemplan la posibilidad de recurrir en apelación ante el Ayuntamiento, si se considera que la sentencia dictada es lesiva, o de injusticia notoria. Le recordamos a la parte sentenciada que, si desea hacerlo, tiene un plazo de tres días para presentar dicha apelación. Se cierra la sesión.

Efectivamente, dentro del plazo convenido, y ayudado por el secretario, se presentaron las apelaciones oportunas y el alcalde fue informado —también por el secretario—, de todo el altercado que se había producido y que casi hizo falta reclamar la presencia del alguacil para asistir al presidente, cosa insólita en este tribunal.

De aquello ya había transcurrido más de un mes, y llegó el mes de junio sin que Lucía hubiera podido regar su huerto. Se daba por perdida toda la cosecha.

El expediente fue remitido al Ayuntamiento, y este a su vez, con tardanza de tiempo por parte del secretario, fue enviado de vuelta al tribunal, para que se volviera a juzgar la causa y que se cumpliera con la formalidad de escuchar a todos los testigos por si podían aportar mayor luz al caso.

La ordenanza dictamina que el tribunal debe estar formado por cinco hombres que son nombrados por insaculación y sólo pueden actuar durante un mes, sin que puedan volver a ser miembros del tribunal hasta que no haya transcurrido un año. En ese mes de junio le había tocado en suerte, el ser miembro del tribunal, a Enrique, el Justo, el padre de Andrés. Dice igualmente la ordenanza, que en el caso de que se tenga que volver a reconsiderar una causa apelada, el tribunal lo formarán, sólo para esa ocasión excepcional, un total de diez Hombres Buenos, que son los cinco a los que les corresponda el turno del mes, más los cinco que formaban el tribunal que dictó la sentencia apelada. Además, la presidencia del Consejo la ostentará el alcalde o la persona que él designe. En esta causa, debido a la alegación y al altercado que se había producido,

fue el propio alcalde de Murcia, don Salvador Marín-Baldo y Fullea, el que presidió aquella nueva vista anunciada para el domingo quince de junio.

Andrés propuso que asistieran todos a dicho juicio —que tanta expectación había levantado en toda la huerta—, puesto que él tenía que ir para representar a Lucía, y además quería ver a su padre ejerciendo como miembro del Consejo de Hombres Buenos. Propuso además que, puesto que iban a Murcia, podían pasar allí el día y escuchar el toque de conjuro desde la propia torre de la Catedral como tenían previsto hacer desde antes de que ocurriera lo de Choni.

La propuesta fue bien recibida por todos; no tanto por Juan y por Ñin, que al final accedieron a ir con la condición de que ellos, después de comer, mientras los demás subían a la torre, se marcharían por su cuenta y los esperarían por la ciudad. Tanto Juan como su hermano Ñin habían decidido ir al café del Sol, situado en el Arenal, donde solía haber actuaciones de cantantes y coristas.

Al día siguiente se vieron bajo los porches del palacio del Almudí y todos juntos marcharon hasta el edificio del Contraste donde se iba a reunir el Consejo. El tribunal comenzó a juzgar los distintos casos que habían previsto para aquél día. Cuando le tocó el turno al procedimiento de apelación, la sala estaba repleta de gente. Hizo su entrada el alcalde, junto con los cinco miembros del tribunal que había juzgado con anterioridad la causa impugnada. El tribunal que estaba actuando en ese mes hizo sitio en la mesa para que se acomodara el alcalde y los otros cinco compañeros. A un lado del estrado estaba el Ybasta con el abogado, don Remigio de los Cobos y Fernández de Agüera. Al otro lado estaba Andrés y Lucía con sus hijos. Los testigos del Ybasta estaban fuera, en la calle, para que, según las normas, no se pusieran de acuerdo en sus declaraciones. El tribunal quedó formado y el alcalde, tomando la palabra, dijo:

—Queridos conciudadanos: Soy conocedor de la expectación que este caso ha suscitado en todos ustedes, y les aseguro que mi presencia aquí es sólo para respaldar el veredicto al que este tribunal llegue con su sabia justicia y con la ayuda de Dios.

Mi presencia no ha de coartar ninguna decisión de este tribunal ni ha de poner ni un sólo gramo en ninguno de los dos platillos de la balanza de la ley —se produjeron rumores de conformidad y aprobación a las palabras del Alcalde que continuó diciendo—. Tampoco consentiré que nadie menoscabe esta ley, ni de obra, ni de palabra, o faltando a la verdad; ni tampoco a este ancestral Consejo

de Hombres Buenos al que me honra el presidir. Una ofensa a él, es también una ofensa a toda la huerta de Murcia y a todos los hombres y mujeres huertanos y a todos los ciudadanos de Murcia —hubo una ovación y se escucharon exclamaciones: «¡Sí señor! ¡Eso es verdad!»—. Así pues —continuó el alcalde—, que prevalezca siempre la verdad y con ella resplandecerá la justicia. ¡Se abre la sesión!

El primero en intervenir fue el abogado, saltarín y togado, que no escatimó halagos al presidente y a su amigo el secretario.

—¿Quién es usted? —preguntó el alcalde.

—Soy el licenciado en Leyes y abogado togado, don Remigio de los Cobos y Fernández de Agüera, señoría.

—Perdone ¿cómo ha dicho? —volvió a preguntar el Alcalde que en ese momento se había distraído con un miembro del tribunal.

—¡Don Recobos!, señor alcalde; se llama don Recobos! —se oyó decir a una voz desde el fondo de la sala que fue recibida con risas.

—Ilustrísimo señor presidente y señorías de este noble tribunal, he dicho que me llamo don Remigio de los Cobos y Fernández de Agüera y soy licenciado en…

—Sí, sí, eso ya lo sabemos. señor de los Cobos, personalmente me agrada mucho ver a un letrado, tan joven y togado, actuando, pero le informo que las únicas togas que se usan en este tribunal son estos blusones negros de los hombres de la huerta y que, como bien puede apreciar, son los que llevamos todos sus miembros. Igualmente le rogamos que deje las palabras protocolarias y técnicas, muy propias del léxico de la buena abogacía, para los tribunales de justicia civil, donde estoy seguro que le serán tremendamente útiles y aplaudidas, pero aquí utilice palabras más llanas y coloquiales, al igual que le rogamos que sea estricto y concreto en exponer su causa —le atajó el presidente.

Pese a la advertencia del presidente el abogado hizo una larga y floreada exposición sobre los derechos escriturales de su representado y de la tremenda y bárbara agresión propinada por Antón. Todo con una prosapia que si no llega a ser por los saltitos, que producían hilaridad entre los asistentes, se hubieran aburrido hasta las ovejas. Cuando terminó, el presidente preguntó:

—Y a todo esto, ¿usted a quien representa?

—Represento aquí a don… a don… a don Ybasta—. La risa fue general y tuvo que salir Ybasta para decir que su nombre era Bartolomé Perales, cosa de la que se enteraron muchos, pues no lo conocían por otro nombre que por el alias.

—Bien, que se presente ahora la parte denunciante.

Se presentó entonces Lucía con su hijo Tomás en brazos, su hija Mari Carmen, su hijo Antón, y con ellos se presentó también Andrés.

—¿Todos ustedes? —preguntó el presidente— ¿No tienen a nadie que les represente?

—Señor presidente y respetables miembros del Consejo. Esta mujer se presenta como usufructuaria de las tierras que su marido dejó para sus hijos, y estos lo hacen como herederos de las mismas. Al ser ellos menores de edad, y ella poco entendida en los asuntos de la huerta, me han pedido que les represente yo. Mi nombre es Andrés Marín y…

—Un momento, por favor —se escuchó decir a uno de los miembros del Consejo que se puso en pie. Era Enrique, el Justo, el padre de Andrés. —Un momento por favor —volvió a repetir—. Yo no puedo permanecer en este tribunal, mientras se resuelve esta causa, por dos razones: la primera porque conozco mucho a esta mujer y a sus hijos por los que siento un profundo cariño y protección; y la segunda porque la persona que los va a representar es mi propio hijo, y ante la posible sospecha de que ello pueda influir en mi personal decisión al dictar sentencia, me retiro de este Consejo para que brille la justicia que en él se imparta, por encima de toda duda razonable. Por ello solicito al presidente, y a mis compañeros del Consejo, que me dispensen de continuar en esta mesa y permitan que me una al público asistente.

Todos los miembros de la mesa dieron su aprobación ante ese gesto de bonhomía, al tiempo que Enrique, saliendo de la mesa, se incluía en el público sentándose al lado de Antonia que, con los ojos emocionados, lo tomó cariñosamente del brazo. Enrique estaba admirado de la dulce frescura y espontaneidad de Antonia. Le recordaba tanto a su mujer…

El hecho fue muy elogiado por el presidente que entre otras cosas dijo:

—Este gesto honra tanto a un hombre justo como a la imagen y equidad de este tribunal al que nadie ose poner en duda.

Terminaron las presentaciones y el presidente pidió que entraran los testigos.

—¡Que pase el Perolo! —gritó el alguacil.

El Perolo entró y soltó su discurso aprendido y respondiendo a las preguntas acordadas con el abogado, exactamente igual que lo hizo la primera vez.

Llamaron al segundo testigo.

—¡Que pase el Belenes! —volvió a llamar el alguacil.

Cuando el Belenes entró en la sala se detuvo un instante y miró fijamente a Gabriel, y a todos ellos, y continuó hacia el estrado. Gabriel se quedó pensando y dijo que conocía a aquel hombre pero que su apodo no le era familiar.

—Diga usted su nombre —dijo el presidente.

—Joaquín Ros, y se me conoce por el alias de el Belenes.

—Señor Ros le recuerdo que está usted citado como testigo y que este tribunal espera de usted que sea preciso y veraz en sus declaraciones —le dijo el presidente—. Señor letrado, interrogue usted a su testigo.

—Señor Ros, ¿no es cierto que estaba usted con el… con el… señor Ybasta y con… el señor Perolo y que fueron atacados por el joven Antón, aquí presente?

—No, no es cierto —dijo con voz clara y fuerte el Belenes.

Se escuchó un gran revuelo en toda la sala y al abogado togado quedó mudo de estupor. En ese momento Gabriel dijo: «Ya sé quién es este Belenes. ¿Os acordáis del verano pasado, en Los Alcázares, aquel hombre que salvamos cuando se estaba ahogando?». «¿El padre de Socorro y Angustias, aquellas dos mozas que se colaron por ti y por Francisco?» preguntó Ana. «Sí; es él». Gabriel se acercó a donde estaba Andrés y le comunicó su descubrimiento al tiempo que Andrés miraba con interrogación a Joaquín y este le sonrió haciendo una leve afirmación con la cabeza.

—¡Orden!, ¡orden! —gritó el presidente golpeando con la maza —. Prosiga el testigo.

—Con la venia de su señoría, esta parte retira al testigo —dijo el abogado togado.

—Un momento por favor —intervino Andrés—. Señor presidente y miembros de este Consejo: todo este juicio está en función de la recusación formulada por la parte contraria al haber alegado que no se le dejó interrogar a este testigo. Si el señor abogado no quiere ahora interrogarlo, yo sí quiero ejercer el derecho de poder hacerlo.

—¡Protesto! Este es mi testigo y lo he retirado del caso —gritó el abogado.

—Le recuerdo a usted, señor letrado, que cuando un testigo ha entrado en la sala y ha comenzado su declaración el único que puede permitir su salida de la sala soy yo, el presidente, y que el testigo puede ser interrogado por la parte contraria e incluso me reservo el derecho de hacerle, posteriormente, las preguntas que este tribunal estime convenientes. Prosigamos pues.

Las palabras volvieron a ser aplaudidas y se notó que tanto el abogado como Ybasta se ponían nerviosos.

Uno de los asistentes salió corriendo de la sala. Al poco regresó acompañado por Marcial Laorden y por Eduardo, su administrador.

Andrés tomó la palabra y dirigiéndose al Belenes le dijo:

—Señor Ros, por favor, ¿quiere usted contarnos cómo sucedieron los hechos?

—Con mucho gusto. Es cierto que el muchacho entró muy indignado, pero esa era la reacción que habíamos previsto y provocado para que así ocurriera. No representó ningún peligro porque es muy joven y nosotros también llevábamos una corvilla cada uno que sólo pensábamos usar para intimidarlo.

—¿Quiere usted decir que todo esto fue deliberadamente provocado?

—Sí, la noche anterior fuimos el Ybasta, el Perolo, con cuatro hombres más, y yo, y levantamos la cerca con alambres de espinos, taponamos la toma del agua de riego de esta mujer y pusimos un puente encima para que no pudieran quitar el tapón de piedra que cegaba su toma de riego.

—¿Quién les incitó a hacer esto?

—A mí me llamó el Ybasta para que le hiciera el trabajo. Al principio no lo tenía claro, pero me llevó al despacho del señor abogao y este me convenció de que tenían una escritura que lo amparaba legalmente para hacer aquello.

—¡Protesto, señoría! Eso es una conjetura —le dijo el letrado.

—Le advierto a usted, señor letrado, que este tribunal puede interrogarle a usted mismo sobre la veracidad de este hecho, e incluso imputarle en un tribunal civil si se observara delito de falsedad en ello. No nos tiente —le aconsejó el presidente.

El abogado, poniéndose más blanco que el cuello de su toga, se volvió a sentar silencioso.

—Prosigamos —dijo el presidente.

—¿Usted llegó a ver, y a leer, esa escritura pública que le presentaba el señor abogado y Bartolomé, el Ybasta? —preguntó Andrés.

—A verla, creo que sí, porque vi unos papeles escritos en el despacho del abogao, pero a leerla no, porque… no sé leer. Me fio de la palabra que me dan; como es nuestra costumbre aquí, en la huerta y no de esos papeles de pelea.

—¿Y cuándo sospechó usted que todo esto podía ser una farsa?

—Cuando vi que se cegaba la boca de riego y que se le impedía regar a esta familia para que perdieran toda la cosecha que tenían plantada. Eso no se ha hecho nunca y lo sabemos tos los huertanos. Luego me enteré de que el Ybasta quería forzar la situación para

que esta mujer le vendiera el huerto a un precio rematámente bajo. Los remordimientos no me dejan dormir. No puedo consentir que un churubito de la ciudad fuerce nuestras costumbres y abuse de una viuda y de unos huérfanos de los nuestros. ¡Ni de los de naide!

Los huertanos que había entre el público se levantaron y dieron un aplauso que tuvo que interrumpir el presidente imponiendo orden.

Andrés continuó:

—No me cabe la menor duda de que ningún buen huertano, y me consta que usted lo es, consentiría hacer daño deliberadamente, ni prestarse a una vileza como esta. No tengo más que preguntar.

—Yo sí —dijo entonces el abogado—. Usted sabía lo que estaba haciendo y cobró un dinero por ello, luego era conforme con un trato tácito.

—Sí es cierto, yo cobré un dinero por un trabajo que me encargaron, pero no para hacer una villanía, que de haberlo sabido no la hubiese hecho. Usted y el Ybasta me engañaron con lo de la escritura. Aquí tiene su dinero que yo no soy un judas —le contestó Joaquín tirando el dinero a los pies del Ybasta.

—Este tribunal no necesita escuchar nada más, y no quiere verse obligado a formalizar una denuncia ante los tribunales civiles, que no son de su competencia, aunque a la parte representada por don Andrés, y le digo don porque tengo entendido que es usted bachiller, sí le aconsejo que lo haga. Este tribunal va a dictar sentencia por la parte en la que es competente —dijo el alcalde que se retiró a consultar con los otros nueve miembros del tribunal.

En breves minutos la sentencia estaba lista y tomando el alcalde la palabra dijo:

—Vista la causa, escuchadas las partes, los testigos, y los veedores de la acequia, este tribunal sentencia y condena a la parte demandada de la siguiente manera:

Por infringir el artículo 60 de nuestras ordenanzas, construyendo un puente no autorizado e intencionadamente pernicioso para la parte demandante. Se le condena, y se eleva la multa por encima de la que por esta causa se le condenó en la vista anterior, y se fija en 200 reales y demolición del puente dejando el terreno en su estado anterior en el plazo de tres días.

Por infringir el artículo 144, se le impone una indemnización a la parte demandante de 300 reales más la multa máxima del triplo de dicha cantidad es decir de 900 reales.

Por infringir el artículo 150 al haber regado en lugar de la parte demandante, cuando era a esta a la que le correspondía hacerlo, se

le impone una indemnización de 300 reales y multa máxima del triplo de dicha cantidad es decir 900 reales.

Como además, ha perjudicado seriamente a la parte demandante al haber perdido la cosecha que es el único sustento que tiene para mantener a su familia, se le impone una indemnización igual al importe de los daños, o el de dichas necesidades, en la cantidad mayor que en peritación resulte. En el caso de que no sea atendida esta indemnización, este propio tribunal, con su presidente al frente, se presentará en demanda de amparo ante los tribunales de justicia contra la parte denunciada.

Esta sentencia es firme e inapelable.

¡Sentencia dictada!

La gente quedó asombrada ante una sentencia tan ejemplarizante; nunca se había visto nada igual —claro que nunca se había visto osadía más grande que la del Ybasta y su abogado—. El monto de la sentencia superaba la escalofriante cantidad de 2.600 reales, más lo que dijeran los peritos sobre lo que había que compensar a Lucía y a sus hijos; más los gastos… ¡Una locura!

—¡Protesto! ¡Impugnaremos! —gritó histérico el abogado.

—¡Os vais a enterar todos vosotros cuando el amo de las tierras se entere de esto! ¡Y tú, Belenes ya me las pagarás! —gritaba el Ybasta—. Le voy a decir que…

—¡Aquí está todo dicho y no hay nada más que decir! ¡La sentencia es justa incluso escasa! —se oyó decir a una fuerte voz que desde el fondo se acercaba al estrado y continuaba diciendo:

—Señor presidente y señores del tribunal: soy Marcial Laorden, el propietario de las tierras colindantes. Este hombre, Ybasta, es sólo uno de los corredores y tratantes que me traen operaciones sobre las compras y ventas que realizo, pero les puedo asegurar que, hasta esta misma mañana, no he sido conocedor de toda esta treta que desapruebo íntegramente. Y aunque ni el Ybasta, ni este abogado, ni los testigos, me representan para nada, yo personalmente, asumo esta sentencia que, como de origen huertano que soy, considero justa en todos sus términos y les ruego que acepten mis disculpas por no haber sabido seguir más de cerca las cosas que ocurren en mis propiedades. Quizá con mi dejada actitud he podido alimentar sentimientos abusivos en estas personas, lejos de la equidad y la nobleza que inspiran los tratos entre huertanos.

—Su gesto lo honra señor Laorden y este tribunal acepta sus disculpas —dijo el presidente que desde ese día entabló una buena amistad con Marcial.

Se oyó un rumor de aprobación en toda la sala. Marcial se

acercó a donde estaba el grupo de Andrés y de Lucía y dirigiéndose a ellos y a Eduardo, su administrador, les dijo:

—Eduardo, pague usted todas las indemnizaciones y las sanciones, y cuide de que a esta mujer y a sus hijos no les falte de nada, absolutamente de nada, durante un año. Y tú, hija, si alguna vez quieres vender tus tierras ven a verme a mí directamente y que nadie te moleste, aunque veo que tienes buenos defensores.

El alcalde se acercó para saludar a Lucía e interesarse por ella. A Andrés lo felicitó por lo bien que había llevado el caso, puesto que habiendo podido hacer «sangre», cuando tuvo acorralado al abogado con su propio testigo, no cargó más la suerte una vez que ya tenía el litigio ganado. Eso le honraba como un caballero.

Dirigiéndose ahora a Enrique, que estaba allí a su lado, le dijo al secretario del Ayuntamiento:

—Hombres como estos se necesitan para el gobierno de la ciudad y de su huerta. A este hombre lo quiero de alcalde pedáneo de la Arboleja. Tome usted nota y haga lo que sea necesario. ¡Ah!, y mañana hablaremos usted y yo en el Ayuntamiento.

Marcial se volvió para saludar a Juan Parra, a Ñin, así como a Rosa y a Teresa y a sus hijos; no en vano eran viejos amigos que habían crecido juntos en el mismo pueblo. Así fue como Marcial se enteró de que ese buen mozo, que tan bien había defendido a Lucía, se llamaba Andrés y era el novio de Antonia, aquella niña, traviesa y vivaracha, que él conoció.

Salieron del edificio y se marcharon hacia el Malecón donde, a la sombra de un gran ficus, comerían las viandas que las mujeres habían preparado. Andrés pasó antes por el obrador de la cercana tahona de Pedro Bonache y retiró el pastel de carne que le tenía encargado. Le pidieron a Enrique que les acompañara en aquel sencillo e improvisado ágape.

—¡Tiempo habrá para banquetes! —dijo Enrique declinando la invitación.

—Y si ha de ser de Dios, así será —le respondió Juan Parra.

* * * * *

En este punto intervino la abuela Isabel para cortar la historia

—Y tiempo habrá para continuar que ahora ya es hora de arreglarse para ir a misa —dijo la abuela Isabel.

—Pues, por una vez, yo me he adelantado —respondió Antón.

—¡Miradlo, qué hermoso y que guapo que va; de arreglao, de afeitao, de repeinao y de bien perfumao pa ir a misa! ¡Lo llevo hecho un cromo a mi Antón! —dijo con gracia Fuensanta y

acercándose al oído le dijo achuchándole con picardía—: Esta noche te como… —pero no tan bajo como para que algunos no lo oyeran lo cual ocasionó una sonora carcajada.

—¡Calla, loca! Que te van a oír —le reprendió Antón ruborizado.

Cuando salían de misa y regresaban andando a casa, Candela iba cogida del brazo de su abuelo y le preguntó:

—Oye, abuelo ¿y de los famosos pasteles de carne de Murcia que están tan buenos, tú conoces su historia?

—¡Uf! La historia de los pasteles de carne se pierde en los siglos, en la Edad Media ya se hacían. Dicen que los árabes los hacían cambiando la manteca de cerdo, para hacer el hojaldre, por aceite de oliva, pero eso… no debe hojaldrar bien. Además, un pastel de carne sin chorizo… es otra cosa. Creo recordar que fue en el año 1695, cuando Carlos II promulgó unas ordenanzas que fijaban las normas referentes a la elaboración de los pasteles de carne, que entonces sólo se hacían por encargo. La calidad de la harina, las proporciones, la composición de la carne, así como la elaboración, debían ser las correctas. Hasta se les imponían penas de destierro para aquellos artesanos que no cumplieran dicha ordenanza, y pienso que se debería seguir imponiendo esa pena, porque hay algunos que no tienen ni idea de cómo se hace un buen pastel de carne… aunque ahora me comería yo uno muy a gusto.

—Mañana podríamos comer con un pastel de carne —sugirió Candela.

—Mañana vamos a encargar uno así de grande para comer todos.

—¡Vale! uno de carne de Bonache y una empanada de Espinosa —añadió Candela.

—Conforme, mañana llamaré a Carlos, o a Celia, los de Bonache, y les encargaré uno especial de carne, y a Espinosa para que nos haga una empanada grande; así hasta tendremos para cenar.

—Doña Isabel, no prepare usted ahora nada para cenar que yo tengo hechas dos tortillas, zarangollo, pisto de pimiento y magra con tomate —dijo Fuensanta.

—¿Y por qué te has molestado? —dijo la abuela.

—No es ninguna molestia. Ahora lo llevamos Antón y yo para la casa.

Después de cenar en el porche, la reunión continuó y el abuelo les siguió contando.

Lo hemos dejado en que estaban comiendo en el Malecón y cuando terminaron se marcharon hacia la Catedral.

Juan y Ñin se quedaron en el Arenal, en el café del Sol.

La entrada para subir a la torre se hace por la húmeda y fría puerta del Pozo. Las primeras rampas son suaves y oscuras, pero cuando llegas a las últimas vas echando el bofe si no has dosificado bien el esfuerzo.

Al final de la última rampa se entra a una amplia sala que es la sala de los Conjuratorios. Por ella se sale al balcón de Conjuros en cuyas cuatro esquinas se levantan los templetes que están coronados con las imágenes de los cuatro hermanos santos cartageneros. Desde esos balcones es desde donde se exorcizan y conjuran las tormentas, sequías, plagas y riadas, como ya había contado Pedro aquella tarde de mayo. En el centro de esta sala hay una gran columna de piedra por cuyo interior discurre una estrecha escalera de caracol.

Cuando llegaron a la sala de los Conjuratorios, Teresa y Rosa no quisieron continuar y se quedaron en sus balcones, disfrutando de las hermosas vistas sobre la ciudad. Los jóvenes subieron por la escalera de caracol hasta la siguiente sala: la de las campanas. Ya estaba allí el campanero, con dos de sus ayudantes, para realizar el último toque de conjuro del día. Llegada la hora tañeron las campanas y una bandada de palomas salió volando, alborotada; la torre entera retembló con el potente sonido de sus campanas. Todos se tapaban los oídos; todos menos Choni, que se tapó la boca y se sujetó el estómago para no vomitar. Gabriel se dio cuenta de la angustia de Choni y le protegió con sus manos los oídos; notó en su rostro la humedad de un sudor frío.

Cuando terminó el repique, Antonia y Andrés decidieron continuar subiendo.

Llegaron hasta lo más alto, hasta la mismísima linterna de la torre, donde a duras penas caben dos personas. Allí, alzados sobre un pequeño poyete de piedra, contemplaban la impresionante y majestuosa vista de la ciudad y de su huerta. La ciudad se dibujaba a sí misma como si de una maqueta se tratara. Por sus sinuosas calles y plazas transitaban unos pequeños puntos que parecían más bichos que personas. La huerta se rotulaba en perfectas cuadrículas de múltiples colores. Una bandada de golondrinas zigzagueaban con alocados vuelos por allá abajo y algunas etéreas columnas de humo ascendían, por allí y por allá, disolviéndose en el cielo. Aún faltaba un buen rato para que el sol comenzara a ponerse y toda la huerta reverberaba con el brillo de las hojas verdes de los limoneros.

—Qué preciosa es nuestra huerta —dijo admirada Antonia.

—Y de toda la huerta, la más preciosa eres tú —respondió Andrés.

Antonia volvió la cabeza hacia Andrés y sus labios se juntaron

en un largo y suave beso.

—Yo te juro, Antonia, que te amaré siempre. Viviré solamente para amarte.

—Y yo te prometo Andrés, y desde aquí pongo a nuestra huerta por testigo, que sólo seré tuya.

Antonia inclinó su cabeza sobre el hombro de Andrés, que la sujetaba por el talle, y volviendo el rostro le ofreció, otra vez, sus labios que se fundieron nuevamente con los de Andrés.

En el Arenal, en el café del Sol, Juan y Ñin, se habían acercado entorno a una mesa donde una animada tertulia había acaparado la atención de muchos de los asistentes. El grupo era variopinto y entre ellos destacaba un joven llamado Fortún —conocido zapatero de la calle del Aire, detrás de la iglesia de San Nicolás, donde tenía su casa taller—. Era conocido este ciudadano Fortún por su gran afición al teatro, lo que le había llevado a representar varias piezas teatrales en su propio taller, que acondicionaba a tal fin y al que llamaban el Casino del Agua. También era conocido por sus fervientes ideas políticas, liberales y progresistas. El joven Fortún, hablaba con gracioso desparpajo y con inusual conocimiento, cultural y político, para su edad y la escala social de la que provenía.

En aquel momento un anciano caballero, con chistera y bastón de empuñadura de plata, que se llamaba don Florencio Briones, increpaba al joven Fortún diciéndole:

—Usted, joven Fortún, no sabe nada de nada. Ese liberalismo progresista del que usted tanto alardea, sólo puede llevarnos a la ruina moral y económica. Además esa es la tapadera con la que se esconde la masonería más ladina que…

—Está usted mezclando las churras con las merinas, señor Briones; deje usted la masonería aparte, que a esa sardina le van muchos gatos, y no se la endose usted al liberalismo, porque le advierto que dentro de las logias masónicas que funcionan en Murcia, hay personas que le sorprenderían a usted —le respondió Fortún.

—¿Y usted qué sabrá? Además, ¿qué mayor liberalismo moderado que el que nos otorga el gobierno de nuestra majestad la reina por medio de la Unión Liberal del general O'Donell? ¿No querrá usted volver a los infaustos tiempos de la Regencia de Espartero?, porque así nos lució el pelo —le contestó con burla don Florencio.

—Pues sí, sí que se lo digo: lo de la Unión Liberal es una patochada, una zanahoria sacada de la chistera para pretender

contentar a algunos incautos. Más nos hubiera valido que el general, don Baldomero Espartero, estuviera ahora gobernando, cosa que seguro sería así, si no hubiera sido por la oligarquía catalana que promovió la rebelión del general Prim y el alzamiento en Barcelona.

—¿Qué tienen que ver en todo esto los catalanes? Usted desvaría señor Fortún.

—No, no desvarío ni un pelo. Ustedes los absolutistas están ciegos y no se dan cuenta de que otros están jugando con sus sentimientos. A la oligarquía catalana, sus sentimientos monárquicos los tienen al fresco; no les importa ni un pimiento. Ellos no han querido, ni querrán nunca, a un Borbón ni a ningún otro rey de España.

Cuando Espartero estuvo de regente se dictaron unas leyes, muy liberales y progresistas, permitiendo que hubiese un mercado más libre y evitando el proteccionismo para que la economía flotara y se hiciera competitiva; pero eso no le interesaba a la industria catalana y por eso propició una revuelta en Barcelona que hubo que sofocar a cañonazos; y suya es la frase: «A Barcelona hay que bombardearla por lo menos una vez cada 50 años». Después, no conformes con eso, conspiraron lanzando al conservador O'Donell y al general Prim, reconvertido hacia los particulares intereses de sus paisanos catalanes.

Y cuando Espartero fue derrocado, ¿qué es lo que sucedió? Que se anularon todas las leyes progresistas y se auspició una insulsa monarquía, con ribetes de liberalismo, que no engaña a nadie con dos dedos de frente. ¡Dónde se habrá visto mayor patraña que un catalán apoyando a un Borbón! ¡Eso es de locos! ¿Qué es lo que han conseguido los catalanes a cambio del apoyo a la total restauración borbónica? ¿No lo sabe? ¡Ah! pues se lo voy a decir yo: que se dicten unas leyes que han impuesto enormes barreras arancelarias para impedir la entrada en España de mercancías procedentes del extranjero, argumentando que era en defensa de la producción nacional. Eso era, precisamente, lo que la oligarquía catalana quería y lo que ha conseguido: que se impongan unas barreras infranqueables —aranceles de más del cuarenta por ciento— a la importación de paños y tejidos ingleses, franceses o de cualquier otro país, y así se ha quedado, toda España y las colonias, como un mercado cautivo de la economía catalana que con este monopolio encubierto se está enriqueciendo ¡hasta la avaricia!, al no tener competencia que les haga sombra a sus productos y sin que los demás podamos hacer nada para evitarlo. ¿O no? ¡Dígalo usted,

señor Salas, que tiene un gran comercio de paños en la plaza de la Carnicería!: ¿Quiénes son los que vienen ahora a venderle? ¡Dígalo, dígalo usted! —preguntó Fortún apremiando a don Ernesto Salas que era el propietario de un afamado comercio de tejidos.

—Eso es cierto, ahora sólo vienen a ofrecernos tejidos los fabricantes de paños catalanes. Antes venían también otros importadores con paños ingleses ¡y a muy buen precio y mejor calidad!, pero ahora ya no vienen, y el precio ha subido una barbaridad. Incluso hay veces que hay que adelantarles parte del pago si queremos que nos sirvan. Otras veces no nos sirven toda la cantidad pedida, no dan abasto, y su calidad es inferior a la inglesa.

—Bueno, pero eso habrán sido medidas necesarias para proteger la producción nacional —justificó don Florencio Briones.

—Querrá usted decir para proteger exclusivamente a la industria catalana en detrimento del resto del comercio español —aclaró Fortún.

—¿Cómo es posible que eso de que proteger a uno sea a la vez perjudicar a otros si somos los mismos? —respondió con sorna don Florencio.

—¿Ve usted? ¿Ve como ustedes, los monárquicos, llevan unas anteojeras de burro que no les permiten ver más allá?

—¡Oiga, joven, no le consiento a usted que me hable en ese…!

—Por favor, don Florencio, no se moleste usted, es sólo una metáfora —aclaró Fortún.

—Pues aclárese, por favor, y déjese de insultantes metáforas.

—Le aclaro, don Florencio, le aclaro. ¿Cuál cree usted que ha sido la reacción de Inglaterra y de Francia cuando se les ha impuesto tales trabas a la exportación de sus productos textiles y siderúrgicos al mercado español?

—Usted dirá.

—Pues muy sencillo: ellos han impuesto, a su vez, otros terribles aranceles a la importación de naranjas, limones, cereales, lana, trigo, aceite… y a todos los productos que proceden de España. Ahora no les vendemos nada de lo que producimos en la huerta de Murcia, o en la de Valencia, o en los campos de Castilla, o en los de Andalucía. Como castigo prefieren comprárselos todo entre ellos, o a Grecia o a Italia, y nuestros precios, lógicamente, han caído estrepitosamente; con lo cual no sólo perdemos el mercado, sino que nuestros campos no pueden subsistir y nuestros agricultores tienen que emigrar a otras zonas ofreciéndose por un salario de miseria.

—¡A Cataluña! —apuntó un joven contertulio de los que sólo

iban a escuchar y aprender.

—Por ejemplo —respondió Fortún.

—O sea, que según usted, señor Fortún, la oligarquía catalana, nos ha embaucado forzándonos a un monopolio de sus productos, a costa de pagarlos más caros, de no poder vender nosotros los nuestros en el extranjero, y de tener que vendérselos, a ellos mismos, a un precio muy barato, y luego, nos contratan con unos salarios de miseria.

—¡Sabia deducción, don Florencio!

—No me lo creo. Estoy seguro de que el gobierno de nuestra majestad tomará las medidas oportunas para…

—¡He ahí las anteojeras! No hay más ciego que el que no quiere ver —interrumpió Fortún—, pero aún hay más…

—¡No le consiento a usted…! —Se levantó amenazante don Florencio esgrimiendo su bastón.

—Por favor, don Florencio, siéntese usted y deje que Fortún se explique que hasta ahora lleva más razón que un santo y, si a usted no, a mí sí me está quitando las anteojeras. Siga por favor, Fortún, que le escuchamos —intervino un contertulio.

—Con el mercado español cautivo y a disposición de su industria, Cataluña se está enriqueciendo de una forma acelerada. Es cierto que son muy emprendedores y que invierten en nuevas tecnologías, pero el caso es que, a costa del resto de España, se están preparando para ser tremendamente competitivos y cuando se agote su crecimiento con esta situación de monopolio, porque saben que tarde o temprano se agotará, conseguirán entonces leyes para monopolizar los mercados y el tráfico de las colonias, y cuando también a estos se les termine de sacar todo el jugo, ellos estarán preparados para competir en los mercados europeos. Cuando esto ocurra entonces ya no querrán al empobrecido mercado español y no respaldarán a esta politicucha de monarquía borbónica con pintarrajos liberales y se abocarán totalmente hacia un liberalismo federalista amenazando con la secesión y si no… Al tiempo.

—¡Decir eso me parece una ignominia y una vileza por su parte! Cosa que por otro lado no me extraña dada su baja condición —gritó enfurecido don Florencio.

—Gracias a Dios, la inteligencia no entiende de niveles sociales. Créame, don Florencio, que mucho me alegraría estar equivocado, pero pienso que, lamentablemente, el tiempo me dará la razón. ¡Ojalá me equivoque!

Muchos de los contertulios movían la cabeza como terminando de creerse lo que decía Fortún. Otros no querían creérselo, pero una

duda razonable anidó en ellos.

Entre los contertulios había un hombre, de unos treinta y cinco años, que no expresaba allí sus opiniones pero que era muy conocido en Murcia por sus ideas honestas y sencillas a favor de la gente humilde; era natural de Torreagüera y se llamaba Antonio Gálvez, pero se le conocía por el nombre de Antonete Gálvez. Era un hombre con ideas revolucionarias y federalistas.

El resto de la familia ya había bajado de la torre de la Catedral, y caminaban por la calle Trapería donde las mujeres hicieron compras para el ajuar de las mozas. Los jóvenes paseaban por entre las gentes y Andrés, apartándose de ellos, entró en un taller de platería —en el de los sucesores de Ruiz-Funes—, para comprar una joya para Antonia. Eligió una mariposa de plata con las alas extendidas y con unas piedrecitas brillantes incrustadas sobre sus alas. Se podía utilizar, tanto como un prendido del pelo, como de broche en el pecho.

Cuando se la entregó, Antonia, muy sorprendida, le preguntó:

—¿Y esto por qué?

—Porque no me han podido engarzar los dos primeros besos que nos hemos dado. No había suficiente plata en el taller. Esta mariposa lleva un beso en cada una de sus alas.

—Es preciosa —dijo Antonia al tiempo que besaba las dos alas de la mariposa— ¿Y vas a engarzar todos los besos que nos demos? —preguntó poniendo cara de inocente picarona.

—No habrá para ello bastante plata ni en Potosí —le respondió Andrés todo encendido—. ¡Me vuelves loco, Antoñica! ¡Me vuelves loco!

— Sí que es verdad; estás un poco loco.

Los jóvenes marchaban riendo y dichosos, todos menos Choni, hacia el Arenal para recoger a Juan y a Ñin que estaban con la boca abierta y embelesados, escuchando todo lo que allí se decía. Ñin le dijo a su hermano en voz baja:

—¡Joder, Juan, hemos venido aquí para ver «carne» y nos vamos con la cabeza caliente y los pies helaos! ¡Hay que joderse, con lo que saben estos tíos!

—Sí, pero lo que dice el joven Fortún es cierto.

Antonia y Andrés se dijeron adiós hasta el fin de semana siguiente y mientras todos se despedían, Pedro y Ana estaban absortos sin dejar de mirarse a los ojos y reteniéndole Pedro la punta del dedo meñique de Ana. Como ni él se lo soltaba, ni ella se lo dejaba soltar, tuvo que intervenir Ñin para decirle:

—Oiga usted, Pedro, no es por ná pero a ver si le va a romper la

uña a mi Anica y cuando me pida usted su mano no se la voy a poder dar completa.

Ana se sofocó al tiempo que retiraba la mano, pero Pedro, que no se achantaba tan fácilmente, le respondió:

—No se preocupe usted señor Ñin, que cuando yo le pida la mano de su hija ya me habré descontado esta uña de muestra.

Estaba claro que aquella tarde habían ocurrido muchas cosas en lo alto de la torre.

* * * * *

—Y colorín colorado esta historia, por esta noche, se ha terminado; que ya no puedo más —dijo la abuela Isabel.

—Oye, abuelo, eso de Antonete Gálvez sí que lo hemos estudiado, pero no sabíamos que estaba tan cercano a esta historia —dijo Daniel.

—Oye, abuelo, y… ¿qué pasó con Choni? —volvió a preguntar Ana empujada por su prima Candela.

—Mañana lo sabréis. A dormir, y llevaos las sillas para adentro.

El abuelo se quedó en el porche escuchando sus sonidos hasta que Isabel le llamó y él, obediente, metió su mecedora en la casa y cerró la puerta.

Noche 10ª

Para aquella noche, el objeto que la abuela había elegido era un cordón trenzado de descolorida seda. Era difícil adivinar cuál pudo haber sido su color original y en sus extremos estaban los restos de un cierre de plata ennegrecida del que sólo quedaba una parte del mecanismo.

El abuelo miró fijamente el cordón entre sus manos y balanceando la cabeza con rítmicos movimientos de reconocimiento dijo:

—Todo lo que hasta ahora habéis escuchado, sobre la historia de nuestra familia, es una parte bonita de sus vidas, pero la vida tiene sus luces y sus sombras; sus alegrías y sus tristezas. Esta no podía ser menos. Os tengo que poner en antecedentes para que podáis comprender mejor el porqué de algunas cosas que ocurrieron en España y que lógicamente afectaron a todos los españoles de aquella época y a nuestra familia en particular.

Desde antes de la invasión francesa, la nefasta política de los gobiernos y monarcas de los siglos XVII, XVIII y XIX eran incapaces de mantener el inmenso imperio colonial que España poseía, frente a la codicia de potencias extranjeras —incluso de los propios criollos españoles afincados en las colonias—. Esta incapacidad y codicia también se manifestó en forma de filibusterismos y conspiraciones, aprovechando la debilidad de una España inmersa en empecinadas guerras civiles y sucesorias, además de la de independencia. No supieron ver la necesidad de otorgarle a las colonias un estatuto de autonomía similar al que tenemos actualmente en España. En repetidas ocasiones hasta se les negó el que pudiesen tener representación parlamentaria plena en las cortes españolas.

Fue en ese maremágnum de debilidad política, cuando las potencias extranjeras como Francia, Inglaterra y Estados Unidos, vieron la oportunidad de sacar tajada del gigante herido de muerte, con los españoles peleando y enfrentados entre ellos mismos. No solamente fueron las naciones que os he dicho, sino que hubo una pléyade de aventureros y mercenarios, como el aventurero Williams Walker, que aspiraban a hacerse nombrar reyes o presidentes de las

provincias coloniales, convertidas ahora en países, en las que pudieran rapiñar.

Por sus ansias de expansionismo, los norteamericanos tenían puestos sus ojos sobre Cuba, nuestra joya más preciada, y no tuvieron el menor reparo en ofrecerle a la reina de España la cantidad de 130 millones de dólares por su compra, y a punto estuvieron de conseguirlo si no llega ser por el escándalo que se originó al conocerse las negociaciones secretas que los americanos iniciaron con la reina.

En esas fechas, hubo un venezolano, llamado Narciso López, formado intelectualmente en España —que llegó a ser gobernador de Valencia y gobernador militar de Madrid con el grado de general —, que regresó a Cuba, y se dedicó a conspirar contra España, junto con la masonería —que en la isla de Cuba tuvo un gran auge—, y los Estados Unidos. Contó con la ayuda económica de riquísimos terratenientes cubanos que no dudaron en financiar una invasión de la isla de Cuba, desde Nueva Orleans, con un ejército de 600 mercenarios, ofreciéndoles a cada uno una paga de 1.000 dólares y la promesa de un lote de 65 hectáreas de tierra cubana.

Desembarcaron el cinco de mayo de 1850 en Cárdenas, capital de la provincia de Matanzas, pero fueron rápidamente derrotados al no encontrar en la isla los apoyos prometidos.

Narciso López, llegó incluso a diseñar la bandera cubana del mismo formato que la de Tejas, haciendo notar así que Cuba sería posteriormente anexionada a los Estados Unidos. Luego veréis cómo.

Al año siguiente volvieron a intentarlo con una expedición de 400 mercenarios, en su mayoría de Nueva Orleans, y que, al caer muertos en la refriega, hizo que se desencadenaran actos muy violentos en esta ciudad norteamericana, contra todo lo que fuese español o llevara apellido español. Llegando a asaltar e incendiar nuestro consulado.

La situación era por tanto muy inestable, llena de altibajos y sobresaltos. Por aquellas fechas la embajada española advirtió de que sus servicios secretos habían detectado un reclutamiento de mercenarios para volver a intentar, una vez más, la conquista de Cuba. Sus infiltrados en las logias masónicas habían informado sobre una sublevación en el interior de la isla, y que se estaba gestionando la compra de fusiles, cañones y vestimenta. En previsión de esto, el gobierno determinó hacer un llamamiento a filas para enviar un contingente de soldados españoles a la isla. Este reclutamiento afectaba, principalmente y en primer lugar, a todos

aquellos que, por estar estudiando o por cualquier otra causa, aún no habían realizado su servicio militar a la Corona y…

—¡No me digas más! ¡Van a llamar a Andrés! —exclamó sobresaltada Candela.

—Pues sí, así fue. Le llegó un correo oficial instándole a que se presentarse a reconocimiento médico, en el cuartel de la Trinidad de Murcia, para incorporarse a filas.

* * * * *

Aquel fin de semana Andrés llegó al Rincón de Seca con una mueca en su rostro, que pretendía ser un falso proyecto de sonrisa: no quería que Antonia le notase preocupación alguna.

Ella lo estaba esperando con la tristeza reflejada en su rostro, pero por otra causa que Andrés aún no conocía. Por la tarde, cuando se juntaron todos los amigos, Antonia y Ana les informaron:

—Os tenemos que contar una cosa que es muy seria.

—Dilo ya de una vez —dijo Pedro a Ana dándole con el codo.

—Resulta… resulta que… Choni…

—¡No me lo digas! —interrumpió Gabriel—. Que Choni está embarazada.

—Sí, eso mismo es. ¿Cómo lo has sabido?

—Me lo imaginé cuando el día que subimos a la torre vomitó. Dijo que le había sentado mal la comida, pero yo sabía que o estaba enferma, o que… ¡Ese canalla de Anselmo!

—La pobre está deshecha y no para de llorar. Sus padres están destrozados. Debemos de animarla y arroparla.

—Está visto que hoy va a ser un día negro —dijo Gabriel.

—¿Es que pasa algo más?

—Sí, se trata de Carmen. Su padre se la lleva a Málaga, a casa de unos parientes para alejarla de mí. Tiene miedo de que nos fuguemos o de que la deposite. Y ahora, con lo de Choni… aún peor. El Verdiales no me puede ni ver.

—¡Madre mía, qué burro y más que burro es este Verdiales! Va a desgraciar a su hija —dijo José.

—Y me va a desgraciar también a mí, que no sé qué camino tomar.

—Tranquilo, Gabriel, ten confianza. Si está de Dios que Carmen sea para ti, no hay verdialeros en el mundo que puedan impedirlo y si no ha de ser para ti… será porque te espera algo mejor. Ten confianza, que tú te lo mereces —le animó Andrés.

La tarde los envolvió en un triste crepúsculo y Andrés no quiso decir nada para no hacerla aún más triste: faltaba el trueno final.

Al día siguiente fueron todos a casa de Choni.

—Ya se me ha acabado la juventud —se lamentaba Choni.

—No digas eso; ya verás como este hijo te llenará de alegrías.

—Sí, posiblemente será cierto. Pero esta criatura no tiene ninguna culpa de mi necedad; ella lo pagará al crecer sin tener un padre.

—¿Y tú qué sabes? Tú eres una buena mujer, joven y guapa. ¿Tú qué sabes? Estoy segura de que hay muchos hombres que se sentirían muy afortunados de tener una mujer como tú.

—¿Con esta mancha…?

—Aquí no hay mancha que valga, sólo el vil engaño de un canalla, de lo cual, tú no tienes la culpa —le respondió Ana.

—Pero yo soy culpable de no…

Gabriel la interrumpió. Tomando la palabra y con total seriedad le dijo:

—Escucha lo que te digo, Choni: yo sé que eso que te ha dicho Ana es cierto. Si tomamos en cuenta nuestros errores, nuestros pecados y nuestras faltas… ¿quién hay inocente aquí? Sólo ese ser que llevas en tus entrañas. Él es el único inocente. Pues, por esa criatura que te ha de nacer, yo te digo hoy, que ella cambiará tu llanto en risas y que precisamente por ella, por esa inocente criatura, tú tendrás un marido que será mucho más marido y mucho más fuerte, porque te amará a ti amándola a ella; y será un gran padre y un esposo amante que te dará la felicidad que mereces. Ten confianza: Yo te aseguro que así ocurrirá.

Todos quedaron impresionados al escuchar aquellas palabras de Gabriel y un silencio absoluto se adueñó de aquella habitación. Gabriel había hablado con una fuerza y una autoridad desconocidas. Sus palabras sonaron como a una auténtica profecía.

—Gracias, Gabriel, me has consolado mucho. De verdad, me siento mucho mejor y más segura de que tus palabras se han de cumplir en mí —le respondió Choni tomándole a Gabriel las manos —. Yo también deseo que tú seas feliz, porque eres un buen hombre. Siento mucho lo tuyo. Ya sé que el Verdiales se ha llevado a Málaga a su hija Carmen esta mañana. Me han dicho que su madre también está llorando. Siento muchísimo que esto mío os haya podido perjudicar a vosotros dos.

—Sí, está llorando por lo de su hija y por la paliza que le ha dado el bruto del Verdiales cuando ella se ha querido oponer a que se la llevara a Málaga. Han tenido que intervenir los vecinos y Carmen ha accedido a irse con él para que no le ocurriese una desgracia a su madre —aclaró Ana.

Andrés no tuvo ánimo para contarle a Antonia lo suyo. Ya eran demasiadas malas noticias en un mismo fin de semana. Decidió esperar.

La carta de reclutamiento también llegó a casa de la familia de Marcial Laorden reclamando a filas a su hijo Marcialito. Aquel fue un drama inesperado para Vicky que clamaba diciendo que aquello era imposible; que le llevaran al gobernador militar tres banastas de verduras y un cabrito, pero que su Marcialito no se iba a la guerra. ¡De ninguna de las maneras!

La familia decidió inmediatamente «redimirlo a metálico», pagando una cantidad de dinero al estado, para evitar el ir al servicio militar. Se hicieron las gestiones oportunas pero resultó que ya no podía ser así; tenían que haberlo redimido antes de su llamamiento a filas. Ahora sólo quedaba la opción de la llamada «sustitución» y que otro mozo, de la misma región, se presentase en lugar de Marcialito.

La familia Laorden pensó inmediatamente en Joselito, el Noé, y Vicky negoció el trato ofreciéndole mil reales, un traje nuevo, y la amenaza de que si Joselito no aceptaba echaría a toda su familia de la casa, y le quitarían el cargo de cartero que tanto motivaba al Noé. Vicky consiguió que Joselito, el Noé, aceptara presentarse como sustituto de su hijo, el señorito Marcial.

La revisión médica se realizó el miércoles siguiente, y los mozos se concentraron en el patio del cuartel de la Trinidad. Allí estaba Andrés cuando, de pronto, le tocaron por la espalda y al volverse vio que era Pedro.

—Pedro, ¿tú también…?

—Sí, Andrés, a mí también me han llamado.

—¡Dios mío!, que disgusto se van a llevar Antonia y Ana.

—¿Tú no se lo has dicho aún?

—No.

—Yo tampoco se lo he dicho a Ana, pero tendremos que decírselo.

—Se lo diremos este sábado, porque esto va a ir muy rápido.

—Sí, me ha dicho un veterano de mi pueblo que nos están esperando en un cuartel de Cartagena para hacer una instrucción corta y enviarnos a Cuba.

—Me lo creo.

El reconocimiento se desarrolló con normalidad y a todos los fueron llamando de uno en uno. Tanto Andrés como Pedro fueron declarados útiles para el servicio.

El sábado siguiente fue un día de lamentos en casa de Antonia y

de Ana. Las dos primas lloraban como niñas.

Juan y Ñin estaban muy serios, sentados en la puerta, bajo la parra, junto con Andrés y Pedro. Gabriel y José los acompañaban.

—Imagino que esto no tiene otra solución —dijo Juan.

—¿Solución de qué? —preguntó Andrés.

—Lo digo porque si nosotros podemos hacer algo en la redención a metálico… podemos ver cómo ayudar —respondió Juan muy serio.

—Yo digo lo mismo. Es mucho dinero, pero algo podría yo ayudarle a usted, Pedro —afirmó Ñin.

—Se lo agradezco mucho, Juan, pero lo primero es que no se puede hacer esa redención, ni siquiera la sustitución una vez que ya se han presentado a filas; lo segundo es que yo no tengo dinero ni para empezar, y no consentiría que mi padre se endeudara por esto o malvendiera sus tierras; y lo tercero, porque mi conciencia no me permite hacerlo. Me parece una villanía que un hombre, por el solo hecho de ser más pobre que yo, cargue con mis obligaciones.

—Pienso lo mismo —dijo Pedro muy serio.

—¡Joder! Si es que están los dos cortaos por el mismo patrón del seminario ¡lecha! —exclamó impotente Ñin.

Las mujeres salieron de la casa con los ojos enrojecidos y, con algo más de entereza, se unieron al grupo.

—Y ¿de cuánto tiempo es la milicia?

—Poco, puede que sólo sean tres años de nada —comentó Andrés tratando de quitar importancia.

—Además, igual nos quedamos en España y no nos envían a ultramar.

Gabriel y José estaban en silencio. José era excedente de cupo y Gabriel no tenía clara su filiación de empadronamiento por lo que no figuraba en las listas del censo.

—Y ¿cuándo tenéis que incorporaros?

—El jueves que viene tenemos que estar en el cuartel. Es lo único que nos han dicho.

—Entonces esta es la última vez que nos vamos a ver en mucho tiempo —dijo Antonia conteniendo el llanto.

Ana no lo pudo soportar y volvió a entrar en la casa llorando. Pedro la siguió para consolarla y Teresa se levantó para ir detrás de ellos, pero Ñin la detuvo:

—Déjalos mujer.

Al día siguiente comieron todos en casa de Juan. Fue una comida triste aunque Rosa, y Pedro con sus bromas, ponían de su parte el ánimo que les faltaba. El toque de conjuro tañó triste

aquella tarde.

Al atardecer, queriendo darles un respiro a los jóvenes, los animaron a dar un paseo y contarse sus cosas antes de que oscureciera. Andrés y Antonia, se fueron caminando por la senda hacia el interior del huerto, por entre los naranjos, donde nadie los veía.

Antonia abrazó a Andrés apoyando la cara sobre su pecho y los dos se fundieron en un largo abrazo. Andrés notó que las mejillas de Antonia estaban húmedas y con sus besos le fue secando todas las lágrimas. Le besó la cara, le besó los ojos, le besó los labios…; todo sin prisas. Fueron caricias y besos, algunos suaves y otros apasionados, y, entre beso y beso, se dijeron palabras como: «Te quiero»; «No me olvides»; «Te estaré esperando»; «Vuelve, sin ti no sabría vivir»; «Viviré sólo para amarte»; «Cuídate para mi»; «Volveré porque aquí dejo mi corazón y mi vida»… Antonia se quitó del cuello un cordón que había realizado con la seda de sus gusanos y del que colgaba una cruz de Caravaca, y lo colocó en el cuello de Andrés. Al volverse para ajustar el cierre, Antonia lo abrazó fuertemente y le besó en la espalda.

Antes de que oscureciera ya estaban de vuelta en la casa. Andrés y Pedro se despidieron de todos con un «Hasta pronto»; «Los quiero mucho a todos»; «Volveré»; «Cuídense, los esperamos»; «Que Dios les bendiga»…

El jueves ingresaron en el cuartel de la Trinidad y dos días más tarde los llevaron a Cartagena, al regimiento España 18, en el cuartel de Antigones.

Era un domingo por la tarde, habían pasado tres semanas desde su llegada a Cartagena y estaban los dos amigos, absortos, contemplando la belleza del inmenso mar y del puerto, visto desde lo alto del castillo de la Concepción, cuando de pronto, a sus espaldas, escucharon una voz que exclamaba:

—¡Joer, cuantisma agua!

Se volvieron al unísono, sobresaltados por aquella conocida voz.

—¡Gabriel!, ¿qué haces tú aquí?

Se abrazaron los tres amigos y Gabriel, riendo, les dijo:

—No os lo cuento si no me dejáis que os invite a unos vinos.

Los tres amigos marcharon alegres hacia la calle Canales, a la Posada de Jamaica donde el amable Diego les sirvió una fuente de pescado frito y una jarra de buen vino de la cercana bodega de Amorós. Allí, Gabriel comenzó a contarles.

—No os lo vais a creer. Resulta que al mismo tiempo que os llamaron a vosotros a filas, también llamaron a Marcialito Laorden.

La Vicky convenció, con amenazas, a Joselito, el Noé, para que se presentara en sustitución de Marcialito, pagándole mil reales. Bueno, pues unos días más tarde llegó a casa de Marcial Laorden una pareja de la Guarda Civil y sacaron de la cama a Marcialito se lo llevaron preso al cuartel por desertor. A su madre le dio un patatús y el Marcialito estaba acojonao perdío, metido en una de las mazmorras del cuartel.

Marcial y Vicky fueron corriendo a casa de Joselito, el Noé, y allí lo encontraron, tan campante y contento, pensando en todo lo que se podría comprar con los mil reales que le habían dado. Cuando llegaron, Vicky le gritó:

—¡Desgraciado! ¿Qué es lo que has hecho? ¿Cómo es que no te has presentado en el cuartel para sustituir a mi Marcialito?

—Yo sí que me presenté en el cuartel, como me había mandao usted, y los fueron llamando a todos menos a mí, que me quedé allí solo, el último, pero como no me llamaron…, pues me volví a mi casa.

—¿Cómo que no te llamaron si se han llevado preso a mi hijo por no haberte presentado tú?

—¡Pos a mí no me llamó naide! Es más, fíjese usted si será pequeño el mundo que dio la casualidad que nombraron a tres que se llamaban igualico, igualico, igualico que yo, o sea: «José Colás Porras», y a los tres los llamaron de seguido, y ninguno de los tres se presentó. ¡Se lo digo yo porque estuve muy atento para ver quiénes eran esos tres fulanos que se llamaban igualico que yo! Pero a mí… ni mentarme.

—¡Si serás tonto! —gritaba la Vicky tirándose de los pelos—. ¡Te estaban llamando a ti, y te llamaron por tres veces consecutivas; desgraciado, que eres un desgraciado!

—Y yo le digo a usted, señá Vicky, que a mí no me nombraron ni una sola vez. Llamaron a esos tres que se llamaban igualico que yo, pero a mí… a Joselito, el Noé,… ni mentarme.

Se lo llevaron urgentemente al cuartel para cambiarlo por Marcialito que estaba muerto de miedo y que, junto con otros desertores, ya se los iban a llevar a Cartagena para embarcarles, hacia Cuba o hacia Filipinas, en el primer barco que saliese.

Cuando llegaron al cuartel, Vicky entró dando órdenes, a lo capitán general, con voz en grito. Por las recomendaciones que llevaba, el comandante médico accedió a reconocer, de mala gana, a Joselito, el Noé, y dijo que si bien era cierto que Marcialito era más flojo que una breva y no valía ni para tacos de escopeta, el Noé era tonto de remate, además de ser corto de talla y de tener los pies

planos, por lo que no podía admitir la sustitución y declaraba al Noé inútil total y que, como ya se había pasado el plazo de sustitución, procedieran a enviar a los desertores a la prisión del castillo de Galeras de Cartagena para su envío inmediato a ultramar.

A Vicky le volvió a dar el ataque cuando vio a Marcialito con grilletes, en un carromato celda, escoltado por soldados y junto con aquella chusma de presos. ¡No veáis cómo lloraba el valiente de Marcialito llamando a su madre!

Su padre tocó todos los resortes conocidos y por conocer; por último, gracias a una intervención del alcalde ante el gobernador militar, le dieron un plazo de tres días para encontrar a otro mozo que lo sustituyese, ¡pero pasmaos!, ¡para ocupar el lugar de Marcialito en el castillo de Galeras! No había nadie que estuviera dispuesto a cargar con ese fardo.

En estas que se enteran los padres de Marcialito, por nuestro querido amigo Godo, que yo estaba libre y vino Godo a negociar conmigo. Me ofreció los mil reales y un traje nuevo, lo mismo que le habían ofrecido al Noé. Lo mandé a hacer puñetas.

Enviaron entonces a su administrador, ese tal Eduardo, que me parece un hombre serio, y vino a mi casa para ver qué era lo que yo podía pedir. La verdad es que fue muy noble y comenzó diciendo que comprendía que la cosa estaba difícil.

Yo le dije que si me daban lo que pedía era posible que me fuera de «sustituto» de Marcialito. Le pedí 12.000 reales, dos trajes para mí y dos vestidos para mi madre, uno ahora y el otro cuando me licenciara, más una pensión para mi madre de diez reales semanales mientras yo estuviera en la mili y la misma pensión vitalicia para ella si yo caía mutilado o muerto.

—Pero esa es una cantidad tremenda de dinero —comentó Pedro.

—Sí que lo es, pero ahora verás lo que hizo el Eduardo este. Resulta que se quedó muy impresionado al ver la choza en la que vivimos y cuando informó de su gestión, a Marcial y a Vicky, cargó las tintas con aquello de «en caso de invalidez o de muerte» y..., ¡a todo me dijeron que sí! Y aquí me tenéis; ahora soy rico. Mi madre se podrá comprar una casa con un huerto para sus plantas y podrá vivir tranquila y con cierto desahogo.

—Pero yo creo que tú estás loco viniéndote aquí.

—No, en absoluto. ¿A dónde voy yo sin vosotros y vosotros sin mí? ¡Y desgraciado en amores…! ¡Ja, ja, ja! Mañana me incorporo en vuestro mismo regimiento.

A los soldados concentrados en Cartagena, no les dieron tiempo para despedirse de sus familiares. El ejército sabía que en estos casos, si se concedían unos días de permiso, aumentaba considerablemente el número de deserciones. Por ello, una mañana les dieron el uniforme nuevo de rayadillo con un equipo mínimo de campaña y el coronel del regimiento los arengó con un discurso sobre el honor de servir a España, y a la Corona, en las hermosas y bellas tierras de ultramar. Por la tarde ya estaban embarcados en el vapor *Cabo de Gata* y a eso de la media noche, el barco se hizo a la mar. Sólo tuvieron tiempo de escribir una carta. No volverían a recibir noticias hasta pasados dos meses.

Andrés dejó dos cartas, una para Antonia y otra para su padre. La de Antonia era una carta preciosa que cuando el Noé se la entregó, se quedó escondido mirando como ella lloraba al leerla. Lo mismo hizo cuando le llevó a Ana la carta que Pedro le había escrito.

La travesía comenzó bien, con el mar en calma, pero para tres huertanos que en su vida habían visto más agua que la que pasa por el río Segura y la que cabía en el mar Menor, aquello de no ver tierra y el continuo balanceo del barco… fue vomitivo.

Una mañana paseaban los tres amigos por la cubierta inferior del barco y se encontraron en el suelo un libro que, agitado por el viento, amenazaba con caer al agua. Era un cuaderno de campo de botánica ilustrado con muchas imágenes. Se sentaron en un banco a hojearlo y allí Gabriel identificó muchas variedades de plantas que en él venían y comentaba sus principales propiedades curativas. Andrés y Pedro leían y traducían sus nombres en latín y Gabriel les decía el nombre común.

Se preguntaban de quién podría ser aquel cuaderno tan particular. En la contraportada encontraron un texto manuscrito que decía: «Este cuaderno es propiedad de don Baldomero López-Egea y López. capitán de farmacia». Dos oficiales los observaban desde la cubierta superior sin que ellos se percataran.

—Habrá que buscar a este capitán. Será fácil.

—No hace falta que me busquen, soldados. Estoy aquí.

Miraron hacia arriba y desde la cubierta superior les hablaba un joven capitán, con las insignias de farmacia. Debía tener unos treinta y pocos años de edad. Tenía la cara redonda y sonrosada, el pelo muy negro, liso y brillante; era de talla mediana y contextura recia. Lo acompañaba un teniente médico, don Isidoro Conesa, más joven que él. Los soldados se cuadraron y saludando a los dos oficiales e intentaron disculparse contando cómo habían encontrado

el cuaderno, pero no hizo falta; los oficiales habían sido testigos de todo ello desde que se les cayó el cuaderno a la cubierta inferior.

—Suban aquí —les ordenó el capitán.

Los dos oficiales se mostraron muy sorprendidos e interesados al ver que Gabriel sabía reconocer muchas de las plantas, con sus propiedades curativas, y también de que sus dos amigos pudiesen leer en latín. Los oficiales se interesaron por ellos y tomaron sus nombres y filiación.

Tres días más tarde se presentó un cabo en la bodega donde estaba instalada la tropa y ordenó a los tres amigos que se presentaran ante los oficiales.

La entrevista fue breve; los dos oficiales preguntaron sobre el origen de los conocimientos de los tres soldados y por sus procedencias —don Baldomero era oriundo de Caravaca de la Cruz y don Isidoro lo era de La Aljorra, un pequeño pueblo del campo de Cartagena—. Les comunicaron que los tres habían sido trasladados a la compañía de Sanidad que ellos mandaban y que se pusieran a las órdenes del sargento Madrigal.

Madrigal era un leonés, de unos cincuenta años, con unos enormes y fieros mostachos, tras los cuales trataba de ocultar su carácter bonachón, y que llevaba a sus espaldas más milicia que el banderín de los tercios de Flandes. Madrigal les indicó cuáles iban a ser sus servicios en aquella compañía, la cual, algo menguada, estaba formada por una sección de camilleros y personal de servicio, al mando del alférez Castillejo, un almeriense al que le faltaba un año para terminar la carrera de medicina, cuando un desengaño amoroso lo llevó a alistarse voluntario en el ejército con destino en ultramar.

La segunda sección era de sanitarios y personal especializado en las artes de curar. Esa sección la mandaba el teniente don Isidoro Conesa Ballester y a ella fue destinado Pedro.

La tercera sección, a falta de otro oficial, la mandaba el propio sargento Madrigal y tenía bajo su responsabilidad toda la farmacia del regimiento. De él dependía el cuidado de unas plantas medicinales que eran transportadas a Cuba para su aclimatación y reproducción. A esta sección fueron destinados Gabriel y Andrés.

Después de veintitrés días de navegación llegaron a Cuba. La Habana los recibió con un cálido atardecer, cuando el sol pintaba de color azafrán el Malecón, y con los brazos extendidos del castillo de los Tres Reyes del Morro y el de San Salvador de la Punta.

Cuando pudieron pasear por las calles de La Habana quedaron sorprendidos de la gran vitalidad que tenía aquella enorme y

elegante ciudad. Todo tipo de carruajes y carromatos iban y venían haciendo un ruido infernal por las relucientes y bien adoquinadas calles que rebosaban de gentes de toda condición. Bellísimas mujeres mostraban un precioso color canela en su piel que ellos nunca habían visto, como tampoco habían visto a personas con la piel negra.

El aire, denso y bochornoso, con una particular mezcla de dulzona humedad impregnada de olor a mango y tamarindo, se adhería a la piel y hacía engañosa la brisa que abanicaba sinuosamente las hojas de las palmeras, al mismo compás que las caderas de las bellas mujeres cubanas ondulaban sus faldas.

—Pedro, ¿has visto a estas mujeres con esos cuerpazos de color miel? —preguntó Gabriel.

—¡Calla, calla! No me distraigas que estoy embelesao. ¿Pero tú has visto lo ligeras y escasas que van de ropa? ¡Si cuando están sentás se les ve hasta las pantorrillas!

—¡No las he de ver! ¡A ver si te crees que estoy cegato!

—Estas mujeres tan bellas son mestizas —les aclaró Andrés.

—Serán lo que ellas quieran, pero lo cierto es que están más buenas que el pan rebañao con pringue de longaniza. ¡Pero qué bonicas y qué buenísimas están!

—Pero ¿has visto qué piesecicos tan pequeños tienen estas muchachas? Si dan ganas de comérselos y chuparle hasta los huesos.

—Sí, claro, ¿y cómo te crees que nos llaman ellos a nosotros?

—No lo sé. ¿Cómo?

—¡Patones!

—¡Ja, ja, ja! Eso sí que tiene gracia.

—Pues que no te haga tanta gracia, que para ellos eso es un insulto. Cuando oigas que alguien te grita «¡patón!» estate atento porque va a por ti.

Los tres amigos paseaban tranquilamente por las calles de La Habana. Las edificaciones eran muy hermosas, la mayoría de dos plantas, y en sus puertas y balcones siempre había gente asomada que contemplaba, entre indolente y plácida, el ir y venir del día, meciéndose suavemente en artísticas mecedoras y hamacas colgadas en los porches de las casas.

El barrio viejo de La Habana tiene forma de lenteja y sus calles, para mejor ventilación, están dirigidas perpendicularmente hacia el Malecón, o hacia el puerto, es decir, hacia el mar. Siguieron caminando por la calle Lamparilla hasta llegar a la de Mercaderes, y torciendo a la izquierda llegaron a la plaza de la Catedral de San

Cristóbal.

Se quedaron un rato contemplándola y comentaban que aquella catedral no se parecía en nada a la hermosa Catedral de Murcia. Les parecía que era muy pequeña para una ciudad tan importante.

Un hombre de avanzada edad, casi un anciano, que los escuchaba, se les acercó y les explicó que realmente aquel no era el edificio que estaba destinado a ser la Catedral de La Habana, pues verdaderamente no era muy grande comparada con la Basílica de San Francisco de Asís. Les dijo que la obra fue iniciada por los jesuitas, en 1748, para ser la iglesia del convento de la orden que se estaba construyendo anexo.

Cuando La Habana cayó en poder de los ingleses en 1762, no destrozaron mucho esta iglesia, que dejaron para el culto católico, reservándose ellos la de San Francisco de Asís para el suyo propio.

—Cuando en 1767, la Corona española ordenó la expulsión de los jesuitas…

—Ese fue nuestro paisano el conde de Floridablanca —le dijo Pedro a Gabriel, en voz baja y dándole con el codo.

—… la archidiócesis adquirió entonces esta iglesia que ven ustedes aquí —continuó diciendo el viejo— y también el convento adjunto que tiene una construcción tan sólida que muchas fortalezas la querrían para sí. En 1773 se la designó como Parroquia Mayor de La Habana cuando la antigua catedral fue demolida, la cual se encontraba donde está ahora situado el palacio de los Capitanes Generales. Finalmente se terminó de construir en 1777, y se la elevó al rango de Catedral en 1793. Es cierto que la iglesia es relativamente pequeña para ser una catedral, pero también es cierto que tiene un señor castillo por sacristía. Tiene también la particularidad, como pueden apreciar, de que su torre izquierda es más estrecha que la de la derecha. Eso fue debido a que esta torre fue la última que se levantó y en el último momento, por un caciquismo, se decidió dar más anchura a la calle lateral a costa de hacer más estrecha la torre. A la Catedral la llaman así porque aquí están enterrados los restos de don Diego de Colon, hijo del almirante, pero su nombre verdadero es: Catedral de la Virgen María de la Concepción Inmaculada.

La Catedral, como pueden ver, da a una hermosa plaza porticada con lujosos palacios, y entre ellos destaca este de la esquina de la izquierda, que es el palacio de los Marqueses de Aguas Claras de los cuales me honra el ser la tercera generación de sus porteros.

—Muchas gracias, señor, sus explicaciones han sido muy interesantes. Se nota que es usted una persona instruida además de

muy amable.

El viejo miró a Andrés de arriba abajo con cara de complacencia. No estaba acostumbrado a tratar con soldados así.

—¿De dónde son ustedes, muchachos? —preguntó el anciano.

—De Murcia, una provincia del Levante peninsular; junto al Mediterráneo.

—Humm… qué lejos están ustedes de sus casas. Seguro que allí los esperan padres, esposas o novias.

—Ciertamente es así.

—Ya… Lleven mucho cuidado, muchachos. Aunque ustedes no lo aprecien las cosas están muy revueltas, y aún se pueden poner peor. Tengan mucho cuidado y procuren regresar sanos y salvos a sus hogares. Buenas tardes y que Dios los acompañe.

—Y a usted también, señor.

El viejo y Andrés se dieron la mano al tiempo que se miraban fijamente. Andrés vio en los ojos de aquel anciano como una neblina blanca que enturbiaba una húmeda y noble mirada. Le faltaba el dedo pulgar de la mano derecha: «Fue en la zafra, cuando yo era un niño» —se excusó el viejo señalando su mutilación, y se marchó lentamente desapareciendo tras el gran portón de carruajes de aquel palacio.

Emprendieron el retorno hacia su acuartelamiento y pasaron por las calles más antiguas y concurridas de la ciudad, muy próximas a la de Barracones, donde estaban los prostíbulos que bullían de entradas y salidas en un trasiego que emulaba al de una laboriosa colmena humana.

—Esto no falta en ninguna ciudad. Esta debe ser la calle donde se ejerce el oficio más antiguo del mundo —comentó Gabriel.

—Desgraciadamente es así. Yo pienso que, más que por el deseo sexual, es por la nostalgia, por la añoranza que produce el saberse tan lejos de la tierra, de la mujer amada, de la familia… Se siente uno tan solo y desamparado que necesita que alguien le escuche y le dé un poco de cariño, aunque sepa que es fingido.

—Pues este barrio es enorme, mucho mayor que el Molinete de Cartagena y la Cuesta de la Magdalena de Murcia —comentó Pedro sin muchas ganas de metafísicas.

—¡Ja, ja, ja! Parece que has estado mucho por allí. Por la boca muere el pez —bromearon.

Los tres amigos siguieron su marcha hasta llegar a la calle Cuarteles donde tomaron la barcaza que atravesaba la bocana del puerto y que los llevó donde estaba su acuartelamiento, en la fortaleza de San Carlos de la Cabaña, antes de que sonara el

cañonazo de las nueve que indicaba el cierre del mismo.

En Murcia ya se comenzaba a sentir la llegada del verano. Los veranos en Murcia comienzan muy pronto, y terminan tarde. Parece que Dios dejó aquí sólo dos estaciones: una larga primavera, un largo verano, y dos pequeñas transiciones. Cuando de verdad aprietan los calores, la ciudad pierde su pulso y se queda desierta. Los más ricos, como la familia Laorden, se desplazan a sus casas en las playas del mar Menor, o a sus villas, a la sombra de un huerto, en Santo Ángel o la Alberca. Los menos pudientes alquilan habitaciones en alguna de las casas de los pueblos de la playa, o sencillamente, pasan el verano refrescándose con el botijo y con los balcones de la casa cerrados para hacer creer a los demás que se han marchado de vacaciones.

Cuando llega el mes de septiembre, y comienza la feria, la ciudad recobra su ritmo normal y festivo. En las tardes de esos días, muchas familias murcianas acuden al frescor de la Glorieta y del Malecón, en la orilla del río. Corre por allí una agradable brisa impregnada de olores a cañas y pimentón, al tiempo que la banda de música de la Casa de la Misericordia, o la del ejército, desde un templete, ameniza a la distinguida concurrencia con los acordes del *Vals de la Olas* o *El Danubio Azul* que, aunque no tienen nada que ver con el río Segura, pero por lo menos ayuda.

Muchas familias con hijas casaderas, al caer la tarde, salían a ver pasear a la gente y a dejarse ver. Para ello se sentaban en las sillas que a tal efecto se alquilaban a lo largo del paseo y, como todo en la vida, las había de primera y de segunda fila con abono para toda la temporada, de a 10 y a 8 reales por silla, que distinguía el nivel económico de sus ocupantes. Allí tenían sus sillas de abono la familia Laorden.

Marcial le dio a entender a su secretario Eduardo que no era necesario, ni conveniente, que todos los fines de semana se marchase a Cartagena; que haría bien en quedarse y ver si encontraba alguna buena muchacha para formar una familia y vivir definitivamente en Murcia. Marcial pretendía que Eduardo se involucrara totalmente en el nuevo negocio que quería emprender y que pensaba compartir con él para que lo llevara adelante cuando él faltase.

Aquel fin de semana Eduardo se quedó en Murcia y, como era de esperar, fue a pasear por la Glorieta. Allí estaban, al igual que todos los domingos, Vicky con su hija María de las Victorias y Marcial, que también estaba aquella tarde con ellas. De pronto, el tedioso y monocorde rumor cotidiano se vio alterado por un revuelo de voces

y silencios que, como reguero de pólvora, fue surgiendo por entre las mozas casaderas y sus avisadas madres: apareció un caballero, alto, fuerte, moreno, con bigote atusado, incipientes canas sobre las sienes, enfundado en un magnífico traje de lino, de color mantequilla, sombrero panamá de ala ancha del mismo color, bastón de caña de bambú con puntera y empuñadura de marfil, zapatos bicolor en blanco y canela… que, con una blanquísima sonrisa y leves toques de su sombrero, iba haciendo estragos entre las azoradas féminas que le respondían con agitados movimientos de sus insinuantes abanicos subrayados con los coquetos y livianos mensajes de miradas y parpadeos. «¡Ah! ¿Quién sería aquel apuesto caballero?» se preguntaban todas las damas alteradas. Cuando Eduardo llegó a la altura donde estaba sentada la familia Laorden, Vicky se quedó anonadada al ver la apostura de aquel galán que se acercaba por el paseo de la Glorieta, y hasta a María de las Victorias se le alteró el ligero estrabismo de sus ojos ante aquella angelical aparición. Marcial se levantó, fue hacia Eduardo, lo saludó, y tomándole del brazo lo llevó para presentarle a su familia.

—Don Eduardo, hasta hoy no he tenido la oportunidad de hacerlo, pero quiero presentarle a mi esposa Vicky y a mi hija la señorita María de las Victorias. Aquí os presento a don Eduardo Carrión y del Os, mi perfecto colaborador y espero que futuro socio.

—Doña Vicky —dijo Eduardo tomando y besando la tendida mano enguantada en encajes—, es un placer conocer a tan distinguida y elegante dama.

—Señorita María de las Victorias, puede usted añadir a su nombre otra victoria más: la de este admirador que cae rendido ante su belleza.

No había duda de que Eduardo era un hombre con experiencia y con esa clase y seguridad que da el haber sido un marino que ha navegado por muchos mares.

—¿Así… que usted se llama don Eduardo Carrión y del Os…? Qué interesante. ¿Quiere usted hacernos compañía, señor «Carrión y del Os»? —dijo Vicky remarcando los apellidos y ofreciéndole una silla al lado de la de Victorita.

La tarde transcurrió animada y divertida. Con las experiencias y vivencias de Eduardo era imposible aburrirse. Marcial disfrutaba viendo que su plan podía dar resultado.

Godo, en ausencia de Andrés, su rival, se había obsesionado aún más con Antonia y se hacía el encontradizo cada vez que ella salía a la calle y cuyos movimientos espiaba. Le estrechaba el cerco convencido de que la podía conquistar.

Joselito, el Noé, andaba tan enamorado de Ana que la seguía a escondidas y todas las noches iba a su ventana para cantarle, imitando a un pájaro, con lo que el pobre infeliz aspiraba a que ella cayera rendida a sus pies.

Cuando Marcialito se vio libre del castillo de Galeras, estuvo más de un mes sin salir de casa, completamente traumatizado y enfermo de ansiedad; cada vez que llamaban a la puerta se escondía en un armario temiendo que volvieran a por él. Tomó una determinación: se marcharía definitivamente de Murcia, incluso de España —a Montevideo para ser más preciso—, a fundar allí una compañía de teatro.

En el acuartelamiento de La Habana, los trabajos de Gabriel eran sencillos: cuidar las plantas y llevar un recuento diario del estado y tratamiento de las mismas. Por ello le dieron los galones de soldado de primera.

Andrés, tenía a su cargo la oficina de la Compañía y era el enlace con la plana mayor del regimiento mixto al que pertenecía su compañía de Sanidad.

El enlace de una Compañía con la Plana Mayor de su Regimiento es un cargo de gran responsabilidad al ser el portador de documentos, y órdenes secretas, de gran utilidad para un enemigo si estas cayesen en su poder. Ello conlleva un alto nivel de riesgo por lo que se debe elegir muy bien a la persona adecuada e instruirla en sus deberes, riesgos y responsabilidades. El capitán López-Egea y López, eligió a Andrés para este cargo y fue instruido por el brigada don Ignacio Aranzadi, un donostiarra al que le ocurría lo mismo que al sargento Madrigal: parecía que te iba a comer crudo, pero cuando lo conocías, no había hombre con más alto sentido del deber, de la camaradería y del compañerismo que él.

Inherente a la misión de correo de enlace, es la de ser el cartero de la Compañía, que también es un cargo de responsabilidad porque, como es sabido, la moral del soldado está íntimamente ligada a la recepción de noticias de la familia y de la novia. Toda la correspondencia de los soldados del regimiento se centralizaba en la oficina de la plana mayor y era custodiada por el brigada Aranzadi.

Por todos estos cargos, Andrés recibió los galones de cabo y pusieron a su disposición una vieja mula blanca, que atendía por el nombre de «Española», y con la cual se desplazaba desde la Compañía, en la fortaleza de San Carlos de la Cabaña, hasta el palacio de los Capitanes, donde se encontraba, provisionalmente, la plana mayor del regimiento. Tenía aquella mula una particular y enigmática rareza, y era que si veía una raya, fuese un hilo o línea

trazada sobre el suelo, no la cruzaba ni aunque la matasen: se paraba ante ella y no había forma humana de que la traspasara. Así de terca era la mula, lo cual tenía sus ventajas pues bastaba con trazar un cuadrado en el suelo alrededor de ella y ya no se movía de allí. La única forma que había de que lo hiciese era que ella viera que su dueño la cruzaba primero. Por lo demás era un animal muy noble y obediente. Andrés se entendió a las mil maravillas con ella, dentro de lo que se puede uno entender con una mula, porque de mulas no entienden ni los mulos.

Hacía ya seis meses de su llegada a La Habana pero apenas habían recibido noticias de la península: dos cartas de Antonia y otras dos de Ana; pese a que Andrés y Pedro les escribían más de una vez por semana. No encontraban la razón de aquel silencio. El correo llegaba con regularidad y la tardanza máxima no llegaba a un mes.

Los silencios, con la distancia, hacen presuponer las cosas de una forma más trágica y triste. Andrés y Pedro no podían creer que hubieran sido olvidados, tan pronto, por aquellas que unos meses antes les habían jurado amor eterno.

En Andrés aún resonaban las palabras y las promesas de amor que Antonia le había dicho aquella tarde en lo alto de la torre de la Catedral:

«Y yo te prometo Andrés, y desde aquí pongo a nuestra huerta por testigo, que sólo seré tuya».

¿Cómo se podían olvidar aquellas palabras selladas con los dos besos engarzados en las alas de una mariposa de plata? El demonio de una duda se aferró en aquellas palabras y sembró en su corazón semillas de amargura que germinaron con espinas de tristeza.

Un día se rompió la monotonía de La Habana y les llegó el esperado destino del regimiento: la provincia de Sancti Spíritus.

La provincia de Sancti Spíritus está situada en el centro de la isla y tiene costa caribeña y costa atlántica. Era su costa atlántica, muy próxima a las costas de Florida, un punto muy estratégico por donde se podía temer una posible invasión —junto con la vecina provincia de Matanzas, donde, por su ciudad de Cárdenas, «la ciudad de las primicias», ya habían intentado entrar los invasores en dos ocasiones—. También fue decisiva en esta elección el hecho de que en una ciudad de esta provincia, en Trinidad, había un hospital militar llamado Hospital Militar de Nuestra Señora de Candelaria de la Popa. Era allí donde se estaban dando los mayores índices de bajas por las enfermedades de paludismo y malaria, muy por encima de lo normal, y con escasísimos casos de curación.

Sancti Spíritus, y particularmente Trinidad, era una de las ciudades más ricas de Cuba. Trinidad era la sede de los dominios de riquísimas e influyentes familias como la de Iznaga. Las mansiones y palacios de Trinidad eran de una gran belleza y todas sus calles estaban empedradas.

La inmensa riqueza y suntuosidad de la ciudad tuvo su mayor crecimiento con don Pedro José de Iznaga y Borrell, que era señor de la casa solar infanzona de los Iznaga, procedentes de Amorebieta, en el señorío de Vizcaya, y por la parte Borrell, de rancia familia catalana. Era don Pedro José propietario, entre otros, del ingenio Mahinicú y por una apuesta banal —con otros ricos terratenientes de la zona, para decidir quién de ellos sería el que se casaría con una rica heredera—, levantó la torre de Manaca Iznaga de 148 pies de altura (casi la mitad que la torre de la catedral de Murcia) y en lo alto de ella colocó una campana de bellísima sonoridad —decían que se había fundido con altos contenidos de oro y de plata, echando las monedas al crisol—. La campana pesaba cincuenta y seis quintales y se la podía oír en todo el valle. En su faldón sonoro tenía inscrita la siguiente leyenda: «Soy de don Pedro Iznaga. Ingenio Mahinicú. Año 1833». Los toques de esta campana marcaban los tiempos de inicio y terminación de las labores diarias de los esclavos en la recolección y el trabajo de todas las haciendas e ingenios de los Iznaga.

Las fortunas de estas familias se superponían unas sobre otras y se incrementaban de forma notabilísima al realizar matrimonios entre primos hermanos, con una vasta prole, y con segundos matrimonios al enviudar, como le ocurrió a esta familia de don Pedro José Iznaga, cuya joven viuda se volvió a casar con el que era el médico de la familia, D. Justo Germán Cantero, hombre muy rico, con el que tuvo gran número de hijos.

Trinidad siempre había aspirado a ser la ciudad principal de la «siempre fiel isla de cuba», por lo que sentía un mal disimulado rencor y deprecio hacia la ciudad de La Habana. Una calurosa noche, de un ya de por sí caluroso verano, tres indolentes y aburridos terratenientes millonarios se preguntaron: «¿Para qué queremos el oro escondido por los rincones, si tenemos más que suficiente para vivir holgadamente? ¿Por qué no construimos aquí en Trinidad palacios suntuosos y ricos que hagan sombra a los que hay en La Habana?».

Como los tres terratenientes eran igual de presuntuosos, don Pedro Iznaga, don José Mariano Borrell y don Juan Guillermo Bécquer, que así se llamaban, decidieron competir para ver quien

construía la casa palacio más suntuosa de Trinidad.

Se pusieron manos a la obra sin escatimar recursos ni dinero. Cada uno aspiraba a que su palacio fuese el mejor de los tres. Se llevó el premio el palacio de don Juan Guillermo Bécquer que era el más fastuoso y aparente.

Fruto de aquella iniciativa fue la riqueza arquitectónica de la ciudad, porque, a su par, se construyeron pequeñas, pero bellas mansiones coloniales, de mediana amplitud, que son las que constituyen el tejido urbano de Trinidad y le confieren su peculiar fisonomía. El caserío de La Popa y las calles de la Amargura y la del Cristo, son un ejemplo de ello.

Los altos balcones volados, con sus balaústres de madera, que se adelantan hacia la calle en actitud de bienvenida y saludo; las labradas puertas de cedro, adornadas con hileras de redondos clavos y cerraduras de bronce, que de tan gruesas hacen sonreír; las indiscretas ventanillas abiertas, cual ancianos ojos, que observan con curiosidad al transeúnte; los frescos patios interiores enlosados con cuadradas piedras marmóreas; los impolutos tejados; los balcones redondos y anchos —como para no ajar la pomposidad de los miriñaques de las damas— amorosamente trabajados por exquisitos artesanos de la madera… Todo era de un equilibrio perfecto. Se respiraba una inmensa paz sin la agitación ni los ruidos de La Habana.

Cuando Andrés, Pedro y Gabriel, llegaron a Trinidad, quedaron impresionados: no habían visto nada tan armonioso en su conjunto ni tan rico. La atravesaron absortos y boquiabiertos porque junto a tanta belleza, al fondo, hacia el sur, se mostraba la hermosa esmeralda del mar Caribe.

El hospital militar[1] estaba situado en lo alto de la colina Vigía, con vistas sobre la ciudad y orientado hacia el sur, bien ventilado y favorecido por las brisas de aquel mar que, inevitablemente, estaba al alcance de los ojos. Todo parecía perfecto y prometía ser un reducto de paz y de reconfortante trabajo de sanación.

Cuando entraron al hospital se llevaron una desagradabilísima sorpresa. Salió a recibirlos un enorme soldado de color, de casi dos metros de altura, que pasaría de las quince arrobas de peso, con galones de cabo, que se cuadró saludando con desgana y torpeza. Dijo llamarse Críspulo y ser él la máxima autoridad en el hospital. Lo acompañaban seis soldados, armados con rifle y con machete, no reglamentario, al cinto.

Al entrar en la nave central quedaron horrorizados. Una leve neblina de miasma verdosa emanaba de su interior sustentada por

el vaho de la fétida humedad que impregnaba todo el suelo. Aquello no era un hospital, era un dantesco hacinamiento de personas enfermas que emitían lastimeros quejidos. La nave era alargada; con cuatro filas de restos de literas, camastros, y colchonetas tendidas por el suelo, formando dos pasillos. Restos de vómitos secos, y de algunos excrementos, se veían por doquier. Las ventanas estaban cerradas y tan sólo algunos cuchillos de luz entraban por entre las rendijas de la madera rajando la absoluta obscuridad.

—¿Cuántos pabellones de enfermos hay? —preguntó el teniente Conesa al cabo Críspulo.

—Sólo tenemos abierto este. Para controlarlos mejor.

—¿Cuántos enfermos tienen aquí?

—Ayer contamos noventa, pero esta mañana han aparecido dos muertos que nos disponíamos a enterrar ahora.

—Deme el libro de registro de enfermos.

—Aquí no hay de eso.

—¿Dónde está el oficial médico responsable del hospital?

—¿Se refiere al oficial militar?

—Sí, por supuesto, me refiero al oficial médico militar.

—¡Ah! ¿El capitán médico Molina? Yo puedo decirle donde está, pero dudo que pueda hablar con él —respondió esbozando una burlona sonrisa.

—Y eso, ¿por qué?

—Pues porque está enterrado hace más de ocho meses. Murió de disentería y paludismo Su tumba está ahí detrás, al igual que la del teniente que falleció un mes más tarde.

—¿También murió el teniente de lo mismo?

—No, el teniente murió de… accidente —los soldados de Críspulo se sonrieron al oír aquello de: «accidente».

—¿Quién se ocupa de estos enfermos?

—Nosotros.

—¿No hay ningún médico?

—En la ciudad hay varios médicos que antes subían al hospital cuando se les llamaba. Ahora ya no viene, porque temen ser contagiados, pero como no son militares y no se les paga por sus servicios… Además ¿para qué? Se mueren de todas formas… —dijo Críspulo con una impertinente sonrisa.

—Lléveme al cuarto de enfermería.

Críspulo los llevó a un cuarto acristalado donde el polvo y la mugre tapaban por completo la visibilidad. Apenas había unas pinzas y restos de material quirúrgico que estaba tirado y disperso por toda la habitación.

—Esta es la sala de curas y el quirófano que, como puede ver, no se usa. Aquella es la botica.

La botica era una sala más grande, con varias dependencias y anaqueles vacíos, donde lo poco que había estaba en absoluto desorden. Unos deshechos camastros hacían adivinar que allí era donde dormían los soldados que estaban de guardia. Sobre una gran mesa de mármol había restos de comida, varias botellas vacías de ron y una baraja de cartas desperdigada.

El sargento Madrigal, intuyendo lo que podía suceder, y haciéndole un leve gesto de inteligencia a Andrés, salió del recinto y regresó a los pocos minutos con toda su sección. Dispuso guardias en las puertas con un pelotón de retén y otro rodeando el pabellón. Con el tercer pelotón entró silenciosamente en el local mientras escuchaba al capitán López-Egea que, muy serio, le ordenaba a Críspulo:

—Cabo, lléveme ante el oficial al mando de la guarnición.

Al ver Críspulo y sus hombres que los soldados españoles habían entrado con cara de pocos amigos, se les borró la sonrisa y cambiaron de actitud.

—El comandante Pisón es el que manda la guarnición y está en Sancti Spíritus; aquí sólo está el capitán Sanz, que estará abajo, en la ciudad, si es que no ha salido por ahí para pasar revista. Nosotros sólo cumplimos órdenes.

—Vaya usted a buscar al capitán Sanz y dígale que el capitán don Baldomero López-Egea y López, quiere hablar con él aquí. ¡Márchese!, el resto de los hombres se quedan aquí; ¡Sargento, hágase cargo de estos hombres!

—A sus órdenes, mi capitán.

Rápidamente comenzaron a poner orden en aquel caos. Lo primero fue sacar a todos los enfermos al exterior y acomodarlos bajo los árboles y dentro de las tiendas que montaron para poder realizar una limpieza y desinfección a fondo del hospital. Toda la compañía se dedicó a ello con ahínco, incluso algunas buenas personas del barrio subieron, muy temerosas, para llevar utensilios de limpieza y algunos, los más valerosos, incluso para ayudar físicamente.

La limpieza duró tres días y mientras, el teniente Conesa y el capitán López-Egea, se dedicaron a reconocer a todos los enfermos, hablar con ellos de sus dolencias y confeccionar las fichas médicas. Aparte del total abandono sanitario en el que estaban, había que sumar el abandono alimenticio al que los tenían sometidos. Los soldados enfermos tienen derecho a una ración reforzada con

proteínas, superior a la de la tropa, pero, en este caso, esa alimentación era completamente inexistente; sólo se les daba un café con leche aguado y un panecillo por la mañana; al medio día, una sopa clara de sospechosas verduras con unas hebras de gallina a las que previamente ya se les había extraído toda la sustancia, junto con otro panecillo. Por la noche ayuno.

Organizar aquel desastre iba a costar tiempo y el denodado esfuerzo de todos. El hospital había estado atendido únicamente por dos pelotones de soldados, de los cuales, sólo cuatro de ellos decían ser sanitarios y todos eran nativos. No se sabía si era por natural indolencia o por una actitud de boicot, pero su lentitud y erróneas interpretaciones de las órdenes exasperaban a los mandos de la compañía.

La despensa estaba prácticamente vacía y en los gallineros apenas había un par de docenas de gallinas. El soldado que llevaba la intendencia, un mulato muy grueso, presentó un libro de registro, que hacía casi un año que no se actualizaba, y no supo dar explicación de los suministros que el hospital recibía puntualmente desde Sancti Spíritus y que, según él, nunca llegaban completos. Las medicinas tampoco llegaban desde hacía el mismo tiempo.

El capitán nombró cabo de intendencia a Pedro, puso a sus órdenes al que lo había sido anteriormente, y lo encargó de la cocina.

Tenía Pedro muy buen oído, y más según para qué sonidos. En el silencio de la noche le pareció haber escuchado unos gruñidos. A la mañana siguiente investigó y encontró que en una de las marraneras, alejada y astutamente camuflada, había cuatro cerdos bien cebados. Aquel día los enfermos comieron carne de porcino. Cuando Críspulo volvió y se encontró con los cuatro animales muertos y metidos ya en sal, montó en cólera y dirigiéndose a Pedro le increpó.

—¡Patón!, ¿tú te has vuelto loco? ¡Tú no sabes lo que has hecho! Esos cerdos son de mi capitán Sanz y los guardaba para él. Cuando se entere te va a caer un paquete que te vas a enterar.

—¿Dónde estaban esos cerdos que dices? —preguntó flemático Pedro.

—¿Dónde han de estar? En las marraneras ¿Es que te quieres bregar conmigo, patón?

—Yo no quiero bregar con nada tuyo, moreno. Tampoco quiero que nadie se quede con algo mío. Si los cerdos estaban en las marraneras del hospital es porque los cerdos son del hospital.

—Cuando se entere el capitán Sanz eres hombre muerto.

Ante esta noticia, el informado capitán Sanz, apareció al día siguiente con una escuadra de soldados, dispuesto a arrestar a quienes habían robado los cerdos. Sanz era un hombre de unos cincuenta años, cubano de nacimiento pero de origen peninsular, que había ascendido a capitán partiendo de soldado raso. No tenía formación castrense y mandaba aquella guarnición como si fueran sus esclavos. Realmente parecía más un guardia pretoriano al servicio de algunos terratenientes trinitarios, a los que debía sus ascensos su cargo y su protección, con la única condición de que fuera obediente a los mandatos e intereses del clan y no diera motivos de escándalo ni de alarmas. Así las cosas, él era, a todos los efectos, el jefe militar de la ciudad y mandaba en la guarnición de Trinidad con privilegios casi medievales.

Cuando llegó, redujo por las armas al pequeño cuerpo de guardia del hospital y entró gritando dentro del pabellón de enfermos:

—¡Que salga inmediatamente el hijo de puta que me ha robado los cerdos!

Le salió al paso el teniente don Isidoro Conesa.

—¿Quién es usted? —gritó Sanz.

—Soy don Isidoro Conesa, teniente médico de este hospital. A sus órdenes, mi capitán.

—¡Cuádreseme usted, carajo, y deme al individuo que me ha robado los cerdos! ¡Ya!

Al oír las voces salió también el capitán López–Egea.

—¿Qué gritos son estos?

—¿Y usted quién es? —volvió a preguntar Sanz.

—Soy el capitán López–Egea y López, al mando de este hospital militar. ¿Y usted?

—Yo soy el comandante en jefe de esta plaza y vengo a…

—¿Comandante en jefe? ¿Dónde está el comandante Pisón que es la autoridad máxima de esta plaza?

—El comandante Pisón está en Sancti Spíritus. Aquí soy yo la máxima autoridad militar y déjese de chácharas. Vengo a llevarme al ladrón que ha robado mis cerdos.

—¡Han sido aquellos dos patones! —dijo Críspulo señalando con el dedo a Pedro y a Gabriel.

—¡Dense presos! —gritó Sanz.

—Un momento —intervino don Baldomero— Estos hombres son de mi compañía y sólo obedecen mis órdenes. ¿Con qué cargos y con qué autoridad los detiene?

—Con los cargos de robo de cuatro cerdos de mi propiedad y

con la autoridad máxima que ostento en esta plaza ¡Quítese de en medio y cuádreseme, carajo!

—¡Alto ahí! —le increpó el capitán López-Egea—. Primero: los cerdos estaban en las marraneras del hospital y por tanto son del hospital, y segundo: usted no tiene ninguna autoridad aquí. Solicite, por escrito y por el conducto reglamentario a la máxima autoridad de su comandancia, las causas razonadas de su denuncia y acredite la propiedad que dice tener sobre esos cerdos.

—Primero: los cerdos son míos y no hay nada más que demostrar; segundo: la máxima autoridad en esta plaza soy yo; y tercero: métase el procedimiento por el culo.

—Lo siento mucho pero en este hospital, y todo lo que en él ocurra, está bajo mi exclusiva responsabilidad. Usted no tiene ninguna autoridad aquí dentro. Además su misión es la de darnos la protección y el apoyo necesarios, cosa que no veo que esté usted haciendo. Así que retírese inmediatamente o tendré que dar parte a mi coronel de este altercado.

Los enfermos, que eran mudos testigos del valor y la gallardía de su capitán y de su teniente médico, comenzaron a golpear los platos con las cucharas produciéndose un abucheo general hacia el capitán Sanz y sus soldados, a los que odiaban y temían. Por otro lado, el eficiente sargento Madrigal, hacía rato que había tomado posiciones estratégicas y envolventes con los hombres de su sección con el armamento en prevengan.

—Le aconsejo y le ordeno, capitán Sanz, que se retire de este hospital inmediatamente y no me obligue a tomar medidas que puedan ser trágicas. Si no conoce el procedimiento, consúltelo con sus superiores, pero… retírese. ¡Ya!

El capitán Sanz, con los ojos inyectados de ira, vio que se había quedado en inferioridad numérica y que sus hombres estaban nerviosos. Llevaba las de perder y además se acordaba de las órdenes recibidas de sus mandatarios: «No dar escándalo ni alarma alguna».

—¡Esto no quedará así! Y vosotros —dijo dirigiéndose a Pedro y a Gabriel— ya nos veremos las caras. Y vosotros —dijo esta vez refiriéndose a los enfermos— no os preocupéis porque no os vais a salvar ni uno y si alguno sale vivo por la puerta de este hospital, yo lo estaré esperando afuera.

—¡Está usted amenazando a mis hombres y a mis enfermos y no se lo consiento! —dijo López-Egea al tiempo que desenfundaba su pistola al igual que lo hacía el teniente Conesa—. ¡Retírese inmediatamente o no respondo!

Sanz, que era cobardón y nunca se había visto apuntado por un arma, salió del hospital sin volver la espalda; cuando salió, todos los enfermos dieron una ovación al capitán López-Egea y al teniente Conesa que debió oírse hasta allá abajo, en la ciudad.

Está claro que no hay mejor cuña que la de la misma madera y Sanz, aunque había nacido en Trinidad, era hijo de una de las sirvientas que un miembro de la familia Borrell había traído de España, por eso debían andarse con cuidado y no echar en saco roto las amenazas.

El hospital comenzó a funcionar y los resultados no tardaron en notarse. Los suministros, que puntualmente enviaban desde Sancti Spíritus, comenzaron a llegar íntegros y eran administrados por Pedro. El pelotón de soldados nativos que tenía a sus órdenes, poco a poco, fueron confiándose a él y le contaron que los suministros anteriores se los repartían el capitán Sanz, el cabo Críspulo y sus «perros» —como él llamaba a los hombres de su escuadra—, incluso se vendían en el mercado y con los beneficios se estaba construyendo el capitán Sanz una bonita casa en Trinidad.

Aproximadamente cada treinta días Andrés tenía que ir a Sancti Spíritus a llevar los partes, las órdenes, el correo del hospital y traer los correspondientes de vuelta.

Al Estado Mayor en Sancti Spíritus le llegó un informe del capitán López-Egea en el que se hacía constar el lamentable estado en el que habían encontrado el hospital, las falsedades de los informes emitidos por el capitán Sanz, el abandono de las funciones de sus superiores, el enriquecimiento ilícito y lo que era más grave: las sospechosas muertes que allí habían ocurrido.

Sanz, junto con Críspulo, fue avisado de su inminente detención y desaparecieron fugándose a la sierra.

Aquello ocasionó un gran escándalo que provocó una investigación y la posterior vista de una causa judicial por un tribunal militar. Los hechos fueron suficientemente probados y confirmados con la huida de la mayor parte de los encausados, que fueron juzgados y condenados en rebeldía. Al capitán Sanz se le degradó y se le condenó a muerte. Al cabo Críspulo también se le condenó a morir frente a un pelotón de fusilamiento, y los seis hombres de su escuadra (sus perros) fueron condenados a presidio —todos ellos en rebeldía—. Al comandante Pisón lo degradaron y fue expulsado del ejército por abandono y dejación de sus funciones.

Aquella sentencia fue muy comentada en Trinidad, para alegría de muchos y odio de unos pocos. Un nuevo orden había llegado a la

ciudad y más concretamente al Hospital Militar de Nuestra Señora de Candelaria de la Popa.

El capitán, don Baldomero, estaba casado desde hacía dos años, y su esposa, doña Mercedes del Campo, había llegado a Cuba para reunirse con él.

Buscaba don Baldomero, en Trinidad, una casa digna para él y su esposa, pero no era fácil: nadie quería facilitarle la labor.

Los domingos, las familias más distinguidas asistían a la misa mayor en la iglesia de la Santísima Trinidad, una de las más grandes y bellas de Cuba. Al terminar el oficio de la misa, el sacerdote, un navarro amable y bonachón, se situaba en la puerta de la iglesia despidiendo a las familias y departiendo brevemente con ellas. Cuando salió el capitán López–Egea, con su joven y bella esposa, los retuvo un momento con el pretexto de presentarles a unas personas importantes de la ciudad, y así fue como conocieron a don Nicolás Brunet y Muñoz, conde de Brunet, y a su esposa doña Ángela Josefa Borrell y Lemus. Las dos parejas, junto con los sirvientes que acompañaban a los condes, se dispusieron a pasear plácida y amigablemente por la nueva plaza de Serrano, a cuyo alrededor están las principales edificaciones de la villa, con el parque central de palmeras y preciosos macizos de ipomeas moradas.

Doña Ángela Josefa Borrel intimó muy pronto con doña Mercedes del Campo, y días después tomaron café en el palacio Brunet. Al saber doña Ángela Josefa que el capitán y su esposa tenían dificultades para encontrar una vivienda adecuada, llamó inmediatamente a su administrador general, don Juan Cadalso y Piedra, que era uno de los mayores constructores de la ciudad, y le ordenó que les facilitara una de sus casas, con mobiliario y servicio doméstico incluido.

La relación de don Nicolás y doña Ángela Josefa con el matrimonio López-Egea fue creciendo y consolidándose en una sincera amistad.

Mientras tanto, en el Rincón de Seca, Antonia vivía en una profunda tristeza al ver que Andrés no respondía a sus cartas. Ya había transcurrido un año desde que se marcharon los tres amigos y allí sólo se recibieron un par de cartas al principio; después… un incomprensible y doloroso silencio. ¿Cómo era posible que la hubiera olvidado aquel que tanto amor le juró y prometió? No era posible. No lo quería creer. ¿Estará vivo? ¿Estará enfermo? ¿Estará herido?… muchas preguntas para ninguna respuesta. Juan Parra y

Rosa trataban de animar a su hija temiendo que enfermara. Antonia no salía de casa y había dejado de bordar y de hacer el ajuar. Apenas cuidaba de sus gusanos de seda. Lo mismo ocurría con su prima Ana; parecían dos jóvenes viudas de guerra.

Ana, cansada y hastiada, le pidió a su padre que echara definitivamente a aquel pajarraco que todas las noches venía, cerca de su ventana, a soltar sus desagradables chillidos que le sonaban a lamentos humanos insoportablemente tristes y de mal agüero. Ñín y Juan decidieron aquella misma noche cazar al mochuelo que tanto entristecía a Ana. Tomaron un viejo trabuco que Ñin cargó con sal gruesa. La noche estaba oscura y cuando la ventana de la habitación de Ana se iluminó con la luz del quinqué, se comenzó a escuchar el insistente canto de aquel mochuelo apostado en un naranjo próximo.

—Verdaderamente es desagradable el chillido de este pajarraco. Parece casi un lamento humano —le dijo Juan a su hermano Ñin.

—Sí, y da mal fario el jodido ¿eh?

—Sí, pero si lo matas dicen que trae mala suerte porque si después vuelve para cantarte en tu ventana es porque te vas a morir en tres días.

—¡Calla, coña, no me digas eso que me da la cagaera, joer!

—¿Ves al mochuelo?

—¡Quía!, no se ve una leñe, pero se le oye. Está en aquel naranjo que hay frente a la ventana.

—Bueno, pues tira bajo no sea que le des a la ventana. Es posible que el mochuelo se asuste, aburra el sitio, y no regrese más.

—Vale, tiraré bajo que este trabuco ya abre mucho de por sí y como va de retacao… Seguro que se lleva alguna perdigoná de sal.

Ñin apuntó como pudo y disparó un trabucazo que se pudo escuchar hasta en el vecino pueblo de Nonduermas. Se oyeron unos terribles ¡ay, ay, ay! y una loca carrera de saltos y tropezones por en medio del bancal.

—Oye, Juan ¿tú has oído lo que he oído yo?

—¡Contra, pues claro! pero yo no he oído nunca a un mochuelo gritar ¡ay ay ay! y de esa manera.

—¡Toma, ni yo tampoco! ¿Y has visto el rebufío que ha dao el puñetero cuando ha salío volando bajo? Parecía mesmamente como si en vez de volar, corriera. Se ve que lleva alguna perdigoná de sal en un ala, y también en el culo; por eso no ha podido alzar el vuelo.

—Pues el mochuelico debía de pesar lo suyo, porque ha armado una buena revolisquera…

—Bueno, pues ese ya no vuelve más por aquí.

—Yo creo que tampoco.

Los dos hermanos se marcharon con la seguridad de que aquel mochuelo no volvería a molestar.

Y así fue: el mochuelo no volvió más a la ventana de Ana y Joselito, el Noé, estuvo un mes en un ¡ay!, sin poderse sentar, con el culo hinchado como una calabaza de las de premio. Desde entonces, cuando alguien le pedía que imitara el canto del mochuelo, se ponía a buscar piedras para tirárselas al malasombra que le requería tan jodido y doloroso canto.

Godo aprovechó el silencio epistolar de Andrés para ir a la conquista de Antonia y la visitaba con frecuencia. No es que Antonia lo deseara; tan sólo le hacían gracia algunas de sus sandeces.

En Trinidad, Andrés y Pedro también sufrían la misma falta de noticias de España. Cada semana les escribían carta tras carta, pero, al no obtener respuesta, se fueron distanciando en el tiempo. Andrés iba cada mes a Sancti Spíritus con la renovada esperanza de que Aranzadi le entregara un puñado de cartas atrasadas como si hubiesen estado retenidas por alguna extraña razón. Cuando llegaba, Andrés miraba al brigada Aranzadi y este, apretando los labios, le hacía un lastimoso gesto negativo con la cabeza.

Una vez sí tuvo una noticia, pero era un sospechoso cablegrama que Aranzadi le dio en mano al tiempo que le hacía firmar el recibí en un libro de registro. Andrés lo miró a los ojos y Aranzadi rehuyó la mirada. Andrés se fue a un rincón y abrió el cablegrama que venía del Gobierno Militar de Murcia y decía:

LAMENTAMOS NOTIFICARLE FALLECIMIENTO DE SU SEÑOR PADRE ENRIQUE MARÍN STOP ÓBITO OCURRIDO EL PASADO ONCE ENERO STOP RECIBA SENTIDA CONDOLENCIA DE LA CORONA Y MÍA PROPIA STOP GOBERNADOR MILITAR DE MURCIA.

Andrés lloró en silencio en una esquina del despacho. Aranzadi tomó el cablegrama de la mano de Andrés y leyéndolo dijo:

—Andrés, acompáñeme.

Salieron del edificio y se marcharon por las empedradas calles de Sancti Spíritus. Atravesaron el puente románico sobre el río Yayabo con sus cinco arcos y, dejando a la izquierda el teatro Principal, torcieron hacia la derecha para llegar a la calle Llano. Allí entraron en un mesón conocido por su buena comida y el vino traído directamente de España. Aranzadi pidió para comer el plato típico cubano: el ajiaco criollo.

Aranzadi elevó su copa llena de vino tinto de Jumilla y dijo:

—Levanto mi copa por Enrique, el padre de Andrés. Porque el Señor lo tenga consigo en su gloria.

—Brindo por mi padre, Enrique, el Justo. Por todo el bien que ha hecho. Por todo el cariño que me ha dado. Por su generosidad para con todos. Porque se haya reunido con su esposa, mi madre, a la que tanto amó. Porque el Señor, en su infinita misericordia, le tenga en cuenta todo el bien que ha hecho y si algo queda pendiente, páseme a mí la cuenta y me permita enmendarla, que así lo haré. ¡Por mi padre!

—¡Por él!

Y así brindaron y echaron el alboroque. Así supieron más el uno del otro estrechando amistades.

En Murcia, en el carril de la Esparza, Lucía, con su hija Mari Carmen y su hijo Antón, se ocupaban de la barraca de Enrique, el Justo. Lucía fue la que cuidó a Enrique cuando se puso enfermo. Se lo llevó consigo a su barraca y allí murió. El médico dijo que había sido un mal del que se sabía muy poco, pero que era como si una parte del organismo olvidara que ya existía y empezaba a crecer, a crecer y a crecer, hasta que invadía otros órganos vitales y le producía la muerte. En el caso de Enrique el mal se le manifestó en el vientre. Enrique, viendo próxima su muerte, quiso que no se lo dijeran a su hijo Andrés; ¿para qué?, el pobre no podía hacer nada por él salvo sufrir. Lucía sí le mandó aviso a Antonia y tanto ella como Juan Parra y Rosa se personaron en la barraca de Lucía para ver a Enrique. Antonia se quedó con Lucía hasta el inminente final. También Antonia mandó llamar a Tona, la Camporra que sólo pudo aliviar el dolor final de la muerte.

Antonia envió una carta larga a Andrés en la que le decía, una vez más, que desconocía la razón por la que ya había dejado de quererla, pero que ahora no le escribía por ella, sino por su padre, y le explicaba cómo había sido su muerte, y que si era porque ella ya no le importaba, que por lo menos, por su padre, diera señales de que había recibido la carta.

La carta no llegó a Andrés, y, como todas las anteriores, se perdió por el camino. Tampoco Antonia y Ana, recibieron contestación alguna. Ante tan pertinaz silencio, tanto Antonia como Ana, comenzaron a aceptar que aquel amor se había terminado y ya se estaban apagando los últimos rescoldos de esperanza.

Había trascurrido un año y medio desde que se marcharon a Cuba; el mismo tiempo en el que Eduardo y María de las Victorias se habían hecho novios y llegado al día de su boda. Vicky se

encargó de convertirla en la boda más fastuosa que se recordara en Murcia. La ceremonia religiosa se celebró en la Catedral y fue invitada toda la alta sociedad murciana. Al salir de la Catedral, los campaneros dieron un concierto de campanas que ni los viejos recordaban nada igual; casi se rompieron las campanas —y los tímpanos de los asistentes—. Vicky iba pasando por entre los invitados preguntándoles, muy ahuecada y ufana:

—¿Habéis oído qué repique de campanas más hermoso?

—¡Cómo no! Lo que dudamos es si lo podremos volver a oír.

Los novios hicieron el recorrido hasta el cercano hotel Patrón, donde se iba a celebrar el ágape, montados en una gran calesa tirada por seis hermosos caballos blancos, mientras las campanas continuaban dejando un reguero de ensordecidos murcianos.

Godo se encargó de que toda la familia de Antonia fuera invitada; de esa manera pretendía rendir a Antonia ante sus encantos.

El banquete, según Vicky, fue «una cosa sencilla»; es decir: una barbaridad.

A los postres, Godo, con su madre, se acercaron a la mesa de la familia de Antonia.

—¿Lo están pasando ustedes bien?

—¡Magníficamente! —intervino Rosa—. ¡Qué grandiosidad de boda!

—¡Ay, hija!, tampoco es la fin del mundo. Es que por una hija se hace un esfuerzo, y no es por nada, sin querer desmerecer aquí a las presentes, pero es que mi María de las Victorias es una señorita que está prepará de to y por to. Y del ajuar que lleva… ¡ni le cuento!; con decirle que me han dicho que ni la reina lo llevó mejor.

—Y el novio no está nada mal ¿eh? —apuntó Rosa.

—Pssss..., bueno..., digamos que es pasable. Pero está claro que ella vale mucho más que él, y no es por pasión de madre, no, no.

—¡Claro! ¡Claro!

—Pues ya ve usted, Rosa, si esto se hace por una hija ¡qué no haría yo por este hijo! —dijo Vicky refiriéndose a Godo que no cabía en sí de satisfacción.

—No es por nada —continuó Vicky— pero la verdad es que este hijo mío se ha prendado de su hija Antonia y ni come ni duerme por ella. ¡Y ya ve usted!, ¡él!., que puede aspirar a cualquier señorita de la ciudad que estaría encantada de casarse con él. Porque, no es por nada, pero mi Godo es un partidazo muy, pero que muy apetecible. Incluso tengo que estar con cuidado, porque hay por ahí algunas lagartonas de medio pelo que están ojo avizor para ver si me lo

cazan.

—¿Si?

—Sí, hija, sí. Mi Godofredito, aquí donde lo ve, puede aspirar a picar muy alto. Hay pocos jóvenes tan bien formados y tan ricos como mi Godo. Pero mire por dónde se ha encaprichado de su hija Antonia y no hay quien se la quite de la cabeza…

—Ay, mamá, no digas esas cosas así y no me llames Godofredito en público —protestó suavemente Godo.

—Y a ti, Antoñita, ¿qué te parece esto?

—¿Qué me parece, el qué?

—Pues el tener una boda así como esta, o mejor aún.

—Yo sólo necesito un buen marido que me quiera, que sea honrado y trabajador

—Hija, pues mi Godo es mucho más que todo eso: es honrado, trabajador y… además rico. ¿No te gusta mi Godo?

Antonia, sofocada, no acertó a decir nada.

—Me encanta tu candor, Antoñita; comprendo que estés azorada porque una propuesta así no te la hacen todos los días. ¿Has terminado ya con aquel huertanucho que tenías por novio? ¿No te ha vuelto a escribir, verdad? ¡Claro! si es que esos palurdos cuando salen del bancal, se deslumbran con cualquier zanguanga que se le cruce por el camino ¡Y en Cuba…! ¡Madre mía en Cuba! ¡Cuánto peligro! Ese, seguro que ya no vuelve. Lo tiene liado por ahí alguna lagartona.

Antonia se sintió mal y a punto de vomitar ante los dardos envenenados que le estaba lanzando Vicky. Rosa, su madre, estaba siendo contenida por Juan, por debajo de la mesa, para no saltar al moño de aquella bruja.

—Bueno, Antoñita, tú piensa bien qué es lo que más te conviene. Perdónenme pero tengo que ir a saludar a otros invitados. ¡Orguá!

—Antonia, va a empezar el baile, ¿quieres bailar conmigo el bolero? —le pidió Godo.

—No, gracias Godo, no sé bailar esos bailes de bolero.

—¡Qué pena! Si quieres le puedo decir a mi maestro de bolero que vaya a tu casa a enseñarte[2].

—No, gracias Godo, no me interesa ese baile.

—¿No te importará que vaya a bailarlo con mis amigos?

—No, en absoluto Godo. Debes ir a bailar con tus amigos y tus invitados.

—Vale, pero fíjate bien en mí y verás qué fácil es.

Godo ponía todo su mejor empeño en bailar y no paraba de mirar a Antonia y de sonreírle pensando que ya la tenía

conquistada.

—Me quedo cien veces para «vestir santos», o me meto a monja de clausura antes que casarme con este necio —dijo Antonia.

—Y yo que te ayudo a desvestir a los santos para que los vuelvas a vestir y me voy contigo de madre abadesa, al mismo convento, antes que tener un yerno tan tonto y una consuegra tan borde —contestó Rosa—. ¡Vámonos ya! Aquí no pintamos nada.

En Trinidad, en Cuba, los dos amigos estaban totalmente dedicados a su trabajo como la mejor terapia para no pensar y olvidar aquella relación amorosa que ya daban por terminada.

Al mes siguiente de la noticia de la muerte de su padre, Andrés entró en la oficina de Aranzadi que le recibió con la mejor de sus sonrisas. Levantándose rápidamente de su mesa se adelantó para entregarle una carta que había recibido desde España. Le temblaban las manos cuando tomó la carta que Andrés comenzó a leer con avidez, pero Aranzadi, que esperaba impaciente, vio cómo se iba demudando la expresión en el rostro de Andrés.

—¿Qué pasa? ¿Qué te dice?

Andrés le dio la carta a Aranzadi para que la leyera. La carta decía:

> *Andrés: Te digo que debes saber que la Antonia lla no es tu nobia, que se ha ennobiao con uno de la capital y que se van a casar.*
>
> *No quiero que bivas engañao y con un peso grande encima de la cabeza (tú lla me entiendes). Asínque harías bien en orbidarla.*
>
> *Dinle al Pedro que la Ana tampoco le va a escrebir porque está encaprichá y en relaciones con otro mozo del pueblo.*
>
> *Asínque no les escribáis más cartas que no piensan responder a nenguna y se están riendo de vusotros por to el pueblo.*
>
> *Firmao una amiga.*

Andrés se derrumbó sobre una silla; no comprendía nada de lo que allí se decía, pero lo que sí era cierto es que la llegada de aquella carta sólo confirmaba que Antonia ya no lo amaba.

—Venga. Vámonos a comer a la calle Llano —dijo el brigada Aranzadi tomándole del hombro.

Terminaron la comida borrachos como cubas.

Un domingo por la mañana, Andrés, Pedro y Gabriel ahogaban

sus penas en una bodega de la calle Amargura, no porque tuviera el mejor vino, que no lo tenía, ni tampoco porque fuera apropiado el nombre de la calle, tan sólo porque era el más bullicioso y frecuentado por los soldados y lo que menos deseaban ahora era reconcomerse en la soledad de sus almas. Había allí un grupo de soldados de la guarnición del Fortín de Vizcaya que cuando los vieron tan tristes y solos, los invitaron a su mesa.

—¡Eh, vosotros! ¡Los de Sanidad! Veníos aquí con nosotros.

Ni Andrés, ni Pedro, ni Gabriel tenían ganas de juerga, sólo deseaban beber.

—¡Venga, hombre, si os conocemos! Yo os he visto en el hospital de Candelaria cuando fui a visitar a un paisano enfermo. Los tratáis muy bien, no como el cabrón ese del Críspulo que los mataba a todos.

—Sí, menuda diferencia. Antes no salía de allí ni uno sano.

—Al hijoputa ese de Críspulo me gustaría a mí darle su merecido. ¡Mira que le tengo ganas! —dijo otro de ellos

—Pues llévate cuidado que por aquí hay muchos oídos bordes y te puedes encontrar una noche con él y con sus inseparables «perros» y darte un buen susto.

—¡Venga, los de Sanidad, veníos para acá! ¿De dónde sois vosotros?

—De Murcia.

—¡Anda, de Murcia! Lo mismo que tú, Ginés.

—¡Oye, que yo no soy de Murcia! Un respeto que yo soy de Cartagena.

—¿Y qué diferencia hay?

—Hombre, si estuviéramos en Cartagena… mucha, pero teniendo en cuenta la distancia… ninguna. ¡Venga, venid para acá paisanos!

Ginés era un alegre muchacho, muy guasón y natural de El Albujón, una pedanía del término municipal de Cartagena, al que sólo le faltaban diez meses para licenciarse y volver a su casa, después de más de tres años fuera de ella. Era lo que, en términos cuarteleros, se llamaba un «abuelo».

—Bueno, Requena sigue contando la historia e ilustra a estos «pollos» para que sepan dónde se han metido —dijo Ginés a uno de sus compañeros.

Requena era un soldado veterano que, incomprensiblemente, se había reenganchado tres veces en el ejército, llevaba más de diez años en Cuba, y aún seguía vivo. La primera vez que lo licenciaron lo dejaron en La Habana, directamente en la calle, sin poderse

costear un mal pasaje de regreso a la península —al fin y al cabo Cuba era también España y a uno lo licencian en el punto de España donde le llegue la licencia—. Podía haber adquirido con la soldada que le adeudaban un pasaje de quinta clase —que costaba 1.500 reales—, en alguno de los barcos de regreso a España; pero tampoco tenía ningún interés en regresar: nadie lo esperaba, ni nada se le había perdido allí. Requena era una de esas extrañas personas del que apenas se conocía nada de su vida anterior. Se decía de él que estaba casado, pero que sorprendió a su mujer en la cama del señorito de la finca en la que trabajaba como administrador. Sintió el deseo irrefrenable de matar a los dos, pero el señorito tenía un pistolón en la mesilla de noche con el que lo amenazó. Requena, lleno de rabia, le pidió a su mujer que recogiera todas las cosas de la casa; que se iban de la finca. Ella, desde la cama, le dijo con la cabeza que no y el señorito le respondió que ya lo había oído, que ella era su amante, que se quedaba allí en la casa y que el que sobraba era él. Aquello le rompió el corazón y Requena, medio loco, se marchó sin rumbo y sin destino. Se alistó en el ejército como voluntario a Cuba, porque no había otro lugar más lejano a donde ir. Primero estuvo destinado en la provincia de Matanzas y cuando lo licenciaron se empleó con un pequeño terrateniente como encargado de una plantación de tabaco en Vuelta Abajo. Allí pudo haber hecho carrera de no haberse liado con la hija del dueño de la plantación —una joven, muy ardiente y fogosa, con la que tuvo ocultas relaciones—, pero al descubrirse que no se podía casar, porque ya estaba casado en España, la cosa terminó con él medio muerto y una herida de arma blanca que le cruzaba el pecho.

Después de aquello volvió a Matanzas donde se reenganchó en el ejército y desde allí lo destinaron a Trinidad, a la guarnición del Fortín de Vizcaya.

Requena había renunciado, varias veces, a los galones de cabo, incluso al codiciado cargo de policía militar, al que tenía derecho por ser veterano y voluntario, con mayor paga y mejor destino. Era un hombre serio, muy inteligente y poco hablador, pero después de unos cuantos vasos de vino, se prestaba a adiestrar fraternalmente a los novatos. Había visto tantas cosas que era toda una enciclopedia ambulante. Sabía quién era cada quién en Trinidad y lo que representaba.

—¡Cuéntales, cuéntales, Requena! Cuéntales a mis paisanos esas historias que nos cuentas y qué es lo que nos va a pasar aquí en Cuba por lo gilipollas que son nuestros políticos —le volvió a insistir Ginés.

—Vosotros no lo sabéis —comenzó a decir Requena—, pero Trinidad es la cuna en donde se han gestado la mayoría de las sublevaciones que hemos padecido en la isla, y no penséis que estas han sido producidas por los esclavos, no, no os equivoquéis, una parte de la alta burguesía trinitaria ha sido el germen de los levantamientos independentistas.

Uno de ellos fue un Iznaga. Sí, sí, no pongáis esa cara de extrañeza, se dice que el primero fue don José Aniceto Iznaga Borrell, de la familia de los Iznaga Borrell, que están todos emparentados entre sí, acumulando inmensas fortunas. A principios de 1822 se le atribuye a él el haber colocado en las paredes del mercado, que es el lugar más concurrido de Trinidad, un pasquín que, con fingida caligrafía y ortografía, decía:

Biba la Independencia por la razón o la fuerza. Señor
Ayuntamiento de Trinidad
«yndependencia o muerte».

Pero la cosa se supo y tuvo que exiliarse de Cuba, aunque no por ello dejó de conspirar desde el exterior; muy al contrario. Se entrevistó incluso con el presidente de los Estados Unidos, James Monroe, ese de: «América para los americanos», y posteriormente, junto con otros, trató con el presidente James K. Polk —que quiso comprar Cuba y Puerto Rico a la reina Regente— para ofrecerle la anexión de Cuba; pero los asesores del presidente le informaron sobre la realidad de la isla y llegaron a la conclusión de que, pese al cacareado «destino manifiesto», Cuba no estaba preparada para formar un autogobierno que posteriormente solicitase su anexión a los Estados Unidos, y no podían intervenir directamente en una guerra contra España, para apoderarse de Cuba, porque ni Inglaterra ni Francia se lo permitirían. La fruta no estaba aún madura; había que esperar el momento oportuno y ayudar para que madurara la rebelión[3].

Estos iluminados conspiradores se llegaron a entrevistar hasta con Simón Bolívar, al que le pidieron que les concediera un ejército de cuatro mil quinientos hombres para echar a los españoles de la isla.

—¡Pues sí, hombre! ¡Con cuatro mil quinientos tíos nos van a echar de Cuba! ¡Ni aunque juntaran a todos los mambises!

—¿Y qué razones podían tener estos ricos trinitarios para ir en contra de lo que parecen sus propios intereses? —preguntó Andrés.

—Esa es una buena pregunta y la respuesta es bien sencilla: la codicia, la envidia, los intereses ocultos, junto a la necedad y

ceguera de nuestros políticos.

—Explícate más, Requena.

—Es sencillo. Lo que estos terratenientes quieren es poder exportar directamente los productos que obtienen en sus ingenios a donde más les convenga sin tener que depender para ello de España, que les regula las exportaciones y les fija los precios. Quieren el autogobierno.

—Hombre, eso, visto así, parece que sería mayor riqueza —dijo Andrés.

—Sí, mejor para ellos, pero peor para España que pierde el control del precio y de los mercados de estos productos. Sería abrirle las puertas a Inglaterra para que se apoderara del mercado, y además las riquezas obtenidas no se quedarían necesariamente aquí, porque estos ricachones ya no quieren invertir más dinero en Cuba, sino en las regiones sureñas de Norteamérica, donde han adquirido grandes plantaciones. Lo que persiguen estos terratenientes es un mayor engrandecimiento de sus fortunas que pretenden incrementar separándose de España y anexionándose a Estados Unidos para garantizarse el comercio y la posesión de los esclavos negros.

—¿Si ya son inmensamente ricos, para qué montar toda esta ensalada? —comentó uno de los soldados.

—Pues sí; como tú bien dices esto es como una ensalada y en toda ensalada que se precie no debe faltar el aderezo de la sal, el aceite, y el vinagre, sin los cuales no hay ensalada. Todos estos intereses, digo, están aderezados con una pizca de la sal de la envidia que produce el creerse que son mejores que los demás y con mayores méritos, un buen chorro del oleoso y resbaladizo aceite del romanticismo poético que sirve para enaltecer a las masas, y un chorrito del ácido de los intereses de terceros que son los que controlan los hilos de la trama, como a los polichinelas.

—La lechuga y el tomate está claro que son los intereses y la expansión de estos ricachones. ¿Pero la sal? ¿Qué representa la sal? —preguntó Ginés.

—La sal es la envidia que anida en las personas que tienen una vida muy regalada, con mucho tiempo, y muy ocupados en no hacer nada. La vida, en esta isla, es muy placentera y fácil para algunas ricas familias que tienen multitud de esclavos y posesiones, la mayoría de las veces donadas por la Corona, que igualmente les regala los títulos nobiliarios que los hace intocables. Además, observad los apellidos de estas familias: ¿no os dicen nada…?

—Pues a mí no me dicen nada —dijo un tal Arenas.

—Porque tú eres tonto, Arenas, que no te enteras de nada. Yo sí te sigo, Requena. Lo de la sal está claro, ¿y el resto? —preguntó Ginés.

—El chorro de aceite es la demagogia del romanticismo, de las palabras huecas y simplonas. Dentro de las metáforas de las poesías, y de las canciones, se introducen muchas intencionadas mentiras, y cuando una mentira se repite cien veces se convierte en el himno de una verdad irrefutable por la que unos estarían dispuestos a matar y a dar la vida por ella. De esta manera se consigue captar a las clases medias y bajas para que sean ellas la auténtica fuerza de choque. A los poderosos, a los de la sal, no los verás nunca con un arma en las manos; ellos serán los que las vendan o las compren y las pongan en las manos de los pobres a los que los «románticos poetas» de todas las revoluciones habrán embelesado con sus arengas, sus himnos, sus poemas y sus mentiras demagógicas.

—¡Sí señor, lleva razón! El amo de la tierra en la que yo trabajaba nos decía que no había gente tan buena como nosotros, que éramos los mejores; nos daba unas palmadas en la espalda y con eso nos comíamos el mundo. Salíamos a trabajar como burros, hasta con fiebre. ¿Ves como sí comprendo? —dijo Arenas.

—Está claro lo de la sal y el aceite, pero lo del vinagre no lo entiendo —volvió a decir Ginés.

—El vinagre es primero un buen vino que después degenera y se agria, ¿no? Pues eso. Primero son buenos sentimientos y buenas palabras de los que se dicen amigos, pero que sólo aspiran a apoderarse de una buena parte del bocado cuando el león esté herido. Y no hablo solamente de los Estados Unidos, con los que más pronto que tarde terminaremos mal, sino de una fuerza oculta más difícil de detectar. Me refiero a la masonería.

—¿Y eso de la masanería que puñeta es?

—¡Masonería, Arenas, masonería! Que sigues sin enterarte.

—Pues eso, lo que yo he dicho, masanería, de viene de masa.

—No le hagas caso a este zopenco y sigue hablando, Requena.

—La masonería es una organización mundial de personas, muy influyentes, que se reúnen en grupos a los que llaman logias. Sus reuniones son secretas y lo hacen en unos salones, también secretos, a los que llaman templos, donde tienen sus reuniones o «tenidas»; allí usan unas vestimentas y practican unos ritos que ríete tú de las ceremonias de los canónigos de la Catedral. Entran a sus templos en procesión, dando unas vueltas a la sala en un determinado sentido para potenciar el efecto magnético de la tierra y tomar de su energía. Tienen unos signos muy particulares. Llevan un collar y un

mandil, como los antiguos canteros de las piedras pero en fino y elegante. El suelo de los templos está realizado con losas blancas y negras, formando un damero. El techo es azul simulando el firmamento estrellado, y hay también, presidiendo la sala, dos columnas salomónicas y otras tres más en el centro. Todo tiene un sentido alegórico, y siempre se reúnen bajo la advocación del Gran Arquitecto del Universo y… muchas cosas más; pero lo más importante es que todos estos personajes, que se llaman hermanos deben una estricta obediencia a las jerarquías superiores o grados, hay hasta 33 grados, y reciben consignas e instrucciones para poder conseguir un fin que ya ha sido decidido y proyectado en las más altas esferas de la masonería. Este proyecto es el de formar un mundo, según ellos, más justo y mejor, pero decidido y diseñado por ellos mismos que se autoerigen en los más sabios. Es como si siguieran las consignas de los déspotas ilustrados: «Todo para el pueblo pero sin el pueblo». Su poder es tremendo y acumulan mayores poderes captando y situando a los hermanos en la cumbre del poder, donde se toman las decisiones. Las deliberaciones que se acuerdan en sus tenidas son altamente secretas; nunca sabes lo que están tramando.

Ahora los masones están proscritos en Cuba, pero no por ello dejan de existir. Además, están las logias masónicas de los Estados Unidos.

La primera vez que yo vi un símbolo masónico fue en Matanzas, cuando Narciso López desembarcó con una expedición de más de quinientos hombres y se apoderaron, durante unas horas, de la ciudad de Cárdenas. Allí capturamos una bandera que era nueva para nosotros y los insurrectos decían que aquella era su bandera[4]. Aquí en Trinidad también hay logias masónicas; por ejemplo…

—Déjate ya las legías masánicas esas y vámonos que nos estarán esperando en el bohío de Ofelia con las sobrinas que dijo que iba a traer.

—¡Hombre, Arenas, por fin dices algo inteligente! ¡Vámonos que seguro que hay mujeres de sobra!

Ofelia era una mulata de unos cuarenta años y generosa en carnes. Ofelia siempre reía, y su oficio conocido era lavar, planchar y coser la ropa de los soldados. Ofelia siempre estaba alegre y decía, con mucho sentido del humor, que sus antepasados africanos debieron ser antropófagos, porque a ella lo que más le gustaba era la «carne del blanco» por los que sentía una gran atracción.

Vivía Ofelia en un bohío, a un kilómetro de Trinidad, bajando hacia el mar, por el camino de La Boca, y a orillas del río Guaurabo.

Desde el bohío de Ofelia el terreno descendía lentamente hacia el mar Caribe, que estaba a la vista y a escasos dos kilómetros pradera abajo. El lugar era por tanto delicioso pero… no hay rosa que no tenga sus espinas, y junto a la bondad natural de su clima, la belleza de su frondosidad, la proximidad del mar y la calidez de sus playas, de blanca y fina arena, tiene también sus espinas en forma de terribles tormentas e incluso de algún huracán. Los trinitarios ya están acostumbrados a estos fenómenos meteorológicos, que forman parte de su cotidiano vivir, pero no así los españoles, especialmente para nuestros murcianos, que jamás habían visto cómo una nubecita que se levantaba por el horizonte, en menos de una hora se convertía en una inmensa nube negra que descargaba un *balamío* de agua acompañado de ensordecedores rayos y relámpagos.

Junto al bohío de Ofelia se elevaban una docena de majestuosos, y esbeltos ejemplares de palma real, o alabbi, y un par de ceibas. En el prado crecía una gran variedad de arbustos, entre flores y plantas medicinales, que lo rodeaban hasta casi ocultar el bohío. Era el bohío de Ofelia un remanso de paz, de suaves aromas y deliciosos conciertos de pájaros.

Ofelia era santera, es decir, practicaba la santería. Era la más acreditada de las sacerdotisas de Oshun[5]. Ofelia, siempre alegre y sonriente, hacía más notoria su presencia por el persistente sonido de las pequeñas campanillas que llevaba sujetas en las muñecas y tobillos. Si no se escuchaba aquél tintineo la cosa podía ser grave, porque sólo dejaban de sonar cuando Ofelia se quedaba quieta y si esto ocurría, quería decir que estaba enojada lo cual era muy de temer, pues lo mismo podía provocar peleas entre los hombres, que resolver amigablemente sus problemas; lo mismo otorgaba el amor de un hombre a una mujer, que se lo quitaba y dejaba a ella en una absoluta sequedad amorosa, o en una profunda enajenación de celos, que podían llevar a un hombre hasta al suicidio. Era por tanto muy temida y aunque Ofelia tenía, de por sí, buenos sentimientos y no prodigaba el mal, no era conveniente confiarse en exceso, ni provocar su ira.

Ofelia vestía siempre de color ámbar con pañuelo del mismo color anudado a la cabeza. De igual manera, pero de color blanco inmaculado, solían vestir sus «sobrinas» que eran las acólitas de Oshun. Su casa no era, en absoluto, un burdel, pero tampoco se escandalizaba si alguna de sus pupilas, o ella misma, se encaprichaba de algún hombre.

Cuando el pequeño grupo de soldados llegó al bohío, Ofelia los recibió con gran alborozo y profusión de besos y abrazos. Gabriel se

quedó aparte, en el exterior del bohío, absorto por la gran cantidad de plantas que había alrededor de la casa. Contempló la belleza de la más alta de las palmeras alabbi. Era una palmera especialmente bella y esbelta; se acercó a ella y, rodeándola con sus brazos, sintió cómo su sangre fluía subiendo por sus venas a la par que lo hacía la savia de aquella palmera. De pronto, las hojas de la palmera comenzaron a agitarse hasta que todas ellas quedaron elevadas hacia el cielo, mientras las de las otras palmeras se inclinaban hacia la tierra, como en un gesto de adoración hacia la que Gabriel tenía abrazada. Ofelia salía en ese momento del bohío cuando vio a Gabriel en aquel abrazo mientras las hojas de la palma se mecían elevándose hacia el cielo sin que hubiese ningún viento o brisa que lo justificara. Ofelia quedó quieta, sorprendida, contemplando a Gabriel como si de una visión se tratara. Lo señaló con el dedo a la vez que, muy despacio y en voz baja, comenzó a decir:

—¿Changó…? ¿Eres tú, Changó?

Gabriel se volvió mirando fijamente a Ofelia y, deshaciendo su abrazo con la palmera, se acercó sonriente hacia ella para saludarla. El sol se ocultó tras una turbia neblina y, de pronto, estalló el más tremendo trueno que jamás habían escuchado. Todo el valle retembló y quedó iluminado por una cegadora luz. Un formidable rayo cayó sobre la palmera que Gabriel había tenido abrazada unos segundos antes. La onda expansiva derribó a todos los presentes proyectándolos contra el suelo; a todos, menos a Ofelia y a Gabriel. El gran cogollo de la palmera ardía en lo alto, igual que una antorcha.

—¡Changó! ¡Tú eres Changó! ¡Sí, sí, tú eres Changó! ¡Pataki de Changó se ha reencarnado con nosotros! —no paraba de repetir Ofelia, gritando, cuando se repuso de su asombro.

—¡Ahora sí que la hemos liado! —dijo Requena levantándose del suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó Pedro asustado.

—Ofelia ha creído ver en tu amigo Gabriel a una reencarnación del dios Changó.

—¿Quién es Changó?

—Uf..., es una historia larga pero simplificando te diré que Pataki Changó es una divinidad que figura en la regla del panteón de los Orisha, o sea, la regla de los dioses de la etnia africana Yoruba. Ofelia lo ha visto abrazando y acariciando una palma alabbi, que es su árbol sagrado, y ha visto el cordón ese que lleváis los tres al cuello con ese colgante de san Blas… y después el tremendo rayo que ha caído sobre la palma… y no sé qué más cosas

habrá visto en él… ¿Qué día es hoy?

—Hoy es domingo, 4 de diciembre.

—¡Joder! Hoy es el día de Santa Bárbara que es la representación sincrética de Changó cuyo signo es, precisamente, el rayo, el trueno y el fuego. Todo coincide. Ofelia ha creído que Gabriel es la personalización del dios Changó.

—Pero Gabriel no es nada de eso, ni sabe nada de todo esto. ¿Corre algún peligro?

—Ya..., pero dile tú eso a Ofelia… Yo no se lo digo. Y referente a si corre peligro, la verdad es que no lo sé, pero por los ojos enamorados con que lo mira… no lo creo. Claro que yo no lo sé todo; conviene no contrariarla y seguirle la corriente hasta ver en qué termina esto. Además Changó es el dios del fuego, del rayo, de la guerra y los tambores, y uno de los que suscitan mayor devoción en Cuba.

Gabriel no salía de su asombro y con el pasmo del rayo se había quedado sin el habla y sin reflejos. Ofelia estaba de rodillas, abrazada a sus pies y besándoselos. Miró a su amigo Andrés, y este le hizo un gesto para que no dijese nada y se dejase llevar.

Ofelia condujo, con sumo cuidado, a Gabriel, Changó, hacia el interior del bohío, junto con sus amigos y con sus sobrinas. Ofelia sentó amorosamente a Gabriel en el mejor lugar y encendió las velas y los inciensos olorosos de los pebeteros de su pequeño altar donde había caracolas, collares de cuentas amarillas, y abalorios de color ámbar. El centro de aquel altar lo presidía una gran sopera llena de agua del río, donde se dice que vive la diosa Oshún.

Ofelia recitaba y cantaba una serie de letanías incomprensibles, a la vez que agitaba sobre Gabriel un plumero amarillo.

Ofelia comenzó a contarle a sus sobrinas que Oshún le había revelado que recibiría la visita de Changó en la persona de un ser luminoso. Le dijo que Changó era el verdadero amor de Oshún y el único al que no había logrado seducir. Oshún le ordenó que cuando Changó llegase lo recibiera igual que si fuese a ella misma, y que la propia Oshún tomaría el cuerpo de Ofelia al igual que Changó se encarnaría en el cuerpo de su enviado.

Nadie se atrevía a decir nada; nadie excepto Arenas que, sin comprender el dramatismo del momento, dijo:

—¡Pero coño, ¿aquí se come o qué?! ¡Ja, ja, ja!

Ofelia le lanzó una fulminante mirada que dejó a Arenas sin respiración: se asfixiaba.

—No le hagas daño —dijo Gabriel.

—¿Es un guerrero tuyo, ¡oh amado Changó!?

—Sí, lo es. Pero ahora quiero que se marche —dijo Gabriel para impedir que el infeliz de Arenas se pusiera en peligro.

—Sólo Changó tiene un corazón tan noble —alabó Ofelia.

Arenas se marchó corriendo, muerto de miedo, temeroso de que aquella bruja lo matase, asfixiándolo sólo con la mirada.

—¿Tienes hambre, Changó?

—Sí, tengo hambre, y ellos también.

Ofelia lo ordenó y sus sobrinas prepararon la comida de ofrenda a Oshún.

La comida, servida con sumo ceremonial, duró hasta caída la tarde. Después de comer, Ofelia danzó para Gabriel.

La danza de Oshún, como corresponde a su divinidad, es la más sensual de todas. Ofelia, sin parar de reír, sacudía los brazos haciendo sonar las campanillas de sus brazaletes alzándolos por encima de la cabeza, enfatizando aún más sus femeninos encantos e insinuando a Gabriel que le pedía sexualidad con los brazos extendidos y los bruscos movimientos de sus caderas.

Todos estaban paralizados, sin atreverse a decir nada. El otro compañero de Ginés y de Requena se levantó soltando un inoportuno y estentóreo:

—¡Ven tú p'acá y baila conmigo, Ofelia, que te vas a enterar de lo que es un hombre de verdad sin tanto Changó, ni Changá!

Ofelia, con un movimiento rapidísimo, sacó una pequeña hoz que llevaba escondida en su muslo y se la puso a forma de garfio en los genitales al desdichado, a la vez que le decía con rabia, apretando los dientes:

—Nadie es más hombre que Changó.

—¡No, no lo hagas Oshún! —gritó Gabriel—. Es un guerrero mío que está un poco loco.

Ofelia soltó a su presa y se volvió a Gabriel con ojos amorosos.

—Solamente Changó tiene el corazón tan noble. ¿Estás bien, Changó? Entra conmigo al dormitorio.

—No, Ofelia, hoy no; estoy muy cansado del viaje y además ahora ya no soy Changó, soy Gabriel y tú tampoco eres ahora Oshún, eres Ofelia —le dijo Gabriel comprendiendo el juego de la doble personalidad que se había desarrollado—. Esperaremos a volver a ser Pataki los dos.

—Lo que tú quieras, mi amor, Oshún sabe esperar, pero Ofelia también desea hacer el amor con Gabriel.

—Y Gabriel no le hará el amor a ninguna otra mujer que no sea a Ofelia. Volveré pronto.

—No tardes en volver, mi amor. Te estaré esperando ansiosa.

Ofelia se despidió de Gabriel con un largo y apasionado beso.

Ya era de noche cuando volvían hacia Trinidad. Requena fue poniendo al corriente a Gabriel de toda la historia y de la suerte, y del peligro, que había corrido y que sería mejor no decir nada de aquello porque la santería era un mundo oculto con unos alcances desconocidos e insospechados. Les fue contando casos que él, en su dilatada vida en Cuba, había presenciado cosas como volver locos a dos hombres hasta hacerlos enfrentarse entre ellos y morir los dos, o quedarse ciegos y sordos, o morir de enfermedad desconocida en medio de tremendos dolores… y todo por venganza, por haber seducido a alguna mujer, o por envidias, o por celos de otros hombres y mujeres. Acudir a la santería a pedir gurú…, era muy peligroso.

—Pues a mí no me esperéis más. Yo allí no vuelvo —dijo el que había visto peligrar sus atributos masculinos a filo de hocete—, y mejor nos callamos todos.

En casa de la familia Laorden, María de las Victorias y Eduardo ya habían regresado de un largo viaje de novios y vivían instalados en el piso que su padre Marcial les había regalado en la calle Sociedad, próximo a la plaza de San Bartolomé. Vicky quiso enseguida organizar la vida de su hija, pero María de las Victorias no se lo permitió; no estaba dispuesta a que su madre manipulara la vida de ella y la de su marido, al que amaba profundamente. Fue como un jarro de agua fría para Vicky, pero aquello no era nada para lo que se le venía encima.

Vicky continuaba consultándolo todo con Úrsula, su vidente particular, y Victoria le pidió ayuda a su marido Eduardo para terminar con aquella dependencia tan absurda, cara y perniciosa para la salud mental de su madre. Eduardo diseñó un plan con el que desenmascarar a la impostora. Le envió a Úrsula un recado con una galera, como si fuera de parte de Vicky, pidiéndole que fuera urgentemente a su casa de Murcia para hacerle una consulta que no tenía espera. Al poco rato, Victoria y Eduardo, junto con Vicky, salieron de Murcia hacia El Raal con el pretexto de hacerle una consulta urgente a Úrsula. Vicky se llenó de alegría pensando que, por fin, iban a ser reconocidos los buenos y nobles servicios de su querida vidente. Por el camino, se cruzaron con la galera que trasportaba a Úrsula hacia casa de Vicky sin que Vicky lo supiera.

Úrsula vivía con una hermana y con el marido de esta, que era el que recibía a los clientes. Cuando llegaron a casa de Úrsula, una parroquiana salía, muy reconfortada, diciendo lo buena que era la vidente y lo mucho que la había ayudado; se marchó dejando un

sustancioso donativo. En ese momento entraron los tres sin previo aviso. Úrsula siempre que actuaba en su casa, se cubría con un largo y tupido velo negro que le llegaba hasta el suelo y su hablar se volvía ahuecado y misterioso.

—¡Ay Úrsula! —entró diciendo Vicky—, que contenta estoy porque por fin mi familia va a reconocer sus poderes. Atienda, por favor, a mi hija María de las Victorias y a su marido Eduardo igual que me atiende usted a mí.

La que hacía de Úrsula, muy nerviosa y sorprendida por aquella visita inesperada, les dijo:

—¿Qué cosa les preocupa?

—Díganos, ¡oh sapientísima Úrsula! ¿Este embarazo es de niño o de niña? —preguntó Eduardo.

—Denme la mano los dos —dijo al tiempo que acariciaba el vientre de Victoria.

—Este embarazo es de niña y vendrá dentro de siete meses. Nacerá para el verano, posiblemente en la noche mágica de San Juan.

—¿Está bien la niña?

—Sí, está muy bien. Ya la he visto y es muy guapa y tendrá un corazón noble y bueno igual que el de su abuela.

Vicky, que no sabía nada del embarazo de su hija, estaba emocionada y a punto de llorar.

—Díganos, Úrsula, ¿Qué nombre debemos ponerle? Mi fallecida madre se llamaba Herminia. ¿Puede preguntarle a ella si quiere que le pongamos su nombre? —dijo Eduardo.

—Pero si usted… —iba a decir Vicky al tiempo que su hija le tapaba la boca.

—¿Dice que su madre se llamaba Herminia? Veré a ver si puedo comunicarme con ella. ¡Herminiaaaaa! ¡Hermiiiiinia!: está aquí… su hijo… ¿cómo se llama usted?, Ah, sí, Eduardo. ¡Herminiaaaa!… ¿Está usted aquí? Su hijo Eduardo ha venido y quiere preguntarle el nombre que desea que le pongan a la hija que va a nacer.

La vidente se quedó en silencio, como en trance. Tuvo unas convulsiones y emitió sonidos guturales ininteligibles. Al poco, con una fuerte exclamación y simulando un leve desfallecimiento, recobró la normalidad y dijo:

—Su madre dice que le pongan el mismo nombre que el de ella: Herminia. Que la niña, si Dios quiere, nacerá bien y que tendrá «gracia», y para ustedes me ha dicho que le dediquen muchas misas para que le ayuden a salir del purgatorio y que…

—Ya está bien de engaños. Ni vamos a tener ninguna hija, ni mi

madre está muerta, ni se llama Herminia —dijo de pronto Eduardo al tiempo que le arrancaba de un tirón el velo negro que la cubría por completo y que, dando un grito de espanto al verse descubierta, mostró a la hermana de Úrsula.

—¡Qué pasa aquí! —entró gritando el marido.

—Que ya está bien de farsas y mentiras. De aquí vamos todos a la justicia —dijo Eduardo.

En ese momento entró Úrsula que venía del domicilio de Vicky donde le dijeron que, junto con Eduardo y Victoria, se había marchado a su casa, al Raal, a donde regresó corriendo temiéndose lo peor.

—¿Qué es toda esta farsa, Úrsula? —le preguntó Vicky con cara de sorpresa.

—Yo le explicaré amiga Vicky…

—No hay nada que explicar. Me ha estado engañando. Yo confiaba ciegamente en usted.

—De aquí vamos a denunciarla por estafa y brujería —dijo Eduardo.

—Un momento —dijo Úrsula—. Aquí no ha habido ninguna estafa porque yo no he cobrado nunca nada. Ustedes me han regalado sus limosnas y donativos. Tampoco ha habido brujería porque nunca se ha conjurado a animal, ni al diablo. Si ha habido algún engaño sólo ha sido a personas que querían que se les engañara y escuchar únicamente lo que ellos querían oír: como los tontos. Además, yo también tengo mi poder y mis relaciones y si todo esto sale a la luz, saldrán también otras muchas cosa que no querrían que se supieran; como por ejemplo lo de Marcialito que…

—¡No! Ya está bien —gritó Vicky—. La culpa ha sido mía. No se va a poner ninguna denuncia y aquí se ha terminado todo.

Aquello terminó allí y desde entonces Vicky se calmó y parecía otra persona, más tranquila y sosegada, para alegría de todos los de la casa. Eduardo y Victoria decidieron guardar el secreto.

Marcial y Eduardo iniciaron el proyecto más ambicioso que tenían en estudio: crear una fábrica de conservas de vegetales y frutas. Decidieron construirla en Puebla de Soto, una población a dos kilómetros del Rincón de Seca y a otros dos de Alcantarilla. La fábrica dispondría de la más moderna maquinaria, accionada por la energía de una potente caldera de vapor con una chimenea de casi veinte metros de altura. Había optimismo, las provincias de ultramar estaban tranquilas, y parecía que se avecinaba una época de bonanza en la que la burguesía progresista iba a liderar el desarrollo industrial de España, respaldado por gobiernos más

liberales, lo cual animaba a la inversión en la seguridad de que iban a propiciarse medidas que favorecerían el mercado exterior con la supresión de las impuestas barreras arancelarias.

Choni dio a luz una preciosa niña a la que puso por nombre Esperanza, porque ella creyó en aquellas palabras que Gabriel le había dicho y no perdió la esperanza de que las mismas se cumplieran. Esperanza era el juguete de todos y la alegría de sus abuelos que ya no sentían la vergüenza de lo que aquel canalla de Elche le hizo a su hija.

Todo estaba bien, pero las cartas nunca fueron contestadas y una bruma de olvido comenzó a enturbiar la memoria.

Godo insistía en conquistar el corazón de Antonia con sus fantasías presuntuosas y sus halagos fatuos. Antonia se sumió en una amarga resignación y se preguntaba si es que la vida era así, de esa manera, o acaso tenía que ser así y aceptar las cosas como venían con la esperanza de que la costumbre, la rutina y la convivencia, se convirtiera en algo parecido al amor. Dudaba de si lo que había sentido hacia Andrés había sido sólo fruto de un sueño y lo de Godo era su única realidad. Tona le decía que no se confundiera, que aquello no era el amor, que esperara a Andrés. Don Serafín, el párroco, le dijo que si pensaba casarse así, que con él no contara porque él no la casaría.

Aquella Navidad Godo, sin nadie que le hiciera la competencia, pensaba ver cumplido, por fin, el sueño de su vida: romper el baile de inocentes siendo el primero en bailar con Antonia. Más que por amor hacia ella, lo deseaba por amor propio, por amor a sí mismo, pues, al fin y al cabo, Andrés tampoco había bailado con Antonia el baile inaugural de los inocentes, luego estaba sin estrenar: «virgen» según decía él.

Godo, incapacitado para mantener ningún secreto, no supo evitar el que José y Francisco se enterasen de sus intenciones, pero ellos no estaban dispuestos a que Godo las llevara a término. José tuvo una idea y le habló a su amigo Rafael Cerdán. Rafael Cerdán era un conocido comerciante de tejidos y confecciones que vendía de fiado por toda la huerta de Murcia, especialmente para el ajuar de las hijas casaderas. Tenía Rafael un pico de oro para convencer: lo mismo le vendía un traje de baño a un esquimal, que una bata de cola a una madre abadesa. Comprendió Rafael la estratagema que le propuso su amigo José y se prestó a ella.

El 27 de diciembre, Rafael Cerdán se hizo el encontradizo con Godo y le preguntó dónde podía encontrar a un tal Andrés Marín. Godo, intrigado, quiso saber qué era lo que aquel hombre quería.

Rafael le explicó que hacía tiempo que el tal Andrés Marín le había encargado una «mantoleta manilera» con la que pensaba enamorar a una moza llamada Antonia Parra para que fuera su novia y se casara con él.

Godo le pidió ver el producto y Rafael Cerdán sacó una especie de tapete de madroños[6].

—¡Esto es lo mejor de lo mejor! ¡La máxima calidad! ¡La fin del mundo! Traído directamente de Manila. ¿Esto…? ¡Esto es… el no va más! Estoy por no venderlo porque quiero regalárselo a una moza de Zeneta, que le tengo echado el ojo y que con esto… ¿con esto?… ¡triunfo seguro!

—¿Seguro? —preguntó Godo.

—¿Ha dicho seguro? ¡Segurísimo! Y si estoy aquí es porque un amigo me presento a ese Andrés y, cuando yo doy mi palabra…

—Véndamelo a mí.

—No, no puedo vendérselo; ¡no le digo que estoy por no venderla! ¿Me ha oído bien?

—Por favor, véndamela a mí que la necesito para terminar de enamorar a una moza.

—¿Para enamorar a una moza dice…? Con esta se podría casar con ella mañana mismo. Pero no, no se la puedo vender, se la he traído a ese tal Andrés que ahora no encuentro, y eso que se la prometí vender por sólo treinta reales. ¡Una ganga! Si vendo esto en Murcia me dan por lo menos cincuenta. ¿Usted me comprende?

—¡Ande!, véndamela a mí porque ese Andrés ya no vive aquí —insistió Godo.

—¿Que no vive aquí? ¡No sabe la alegría que me da! Mañana mismo se la regalo a mi Mari Carmen y tenga por seguro que nos casamos.

—Por favor, véndamela. Yo le doy los treinta reales —insistió Godo con agonías.

—No, no puedo… no sé…, de todas formas… yo puedo pedir que me traigan otra pero sería ya para el año que viene y en Murcia tengo un amigo churubito, que vive en la calle Frenería, que me daría más de cuarenta reales para regalársela a una muchacha que él pretende y que es riquísima. ¡Si esto es lo último en moda! ¡El no va más!

—¿Sí…?

—¡Sí, hombre, que sí! ¡Lo que yo le diga! Esto nada más que la lleva la reina. Con decirle que la lleva hasta en los toros. Se la han traído desde Manila. Se nota que usted no es un adelantado de la moda.

—Venga, le pago los cuarenta reales.

—Bueno… pero no diga que se le he vendido en sólo cuarenta reales que se van a reír de mí. Diga que la ha comprado por cincuenta. ¡Ah!, y no se le ocurra entregársela directamente en mano a la moza que quiere conquistar, que eso está muy mal visto y trae mala suerte. ¿Tiene algún amigo de confianza?

—Bueno, sí, tengo uno, Joselito, el Noé.

—Estupendo, pues entonces se lo manda a la moza por medio de ese amigo y que le diga que mañana, en el baile, se la ponga porque le tiene que decir una cosa muy importante. ¡Ya verá! ¡Ya verá! ¿Me ha entendido? ¿Está en lo que es?

Godo dijo a todo que sí y cuando tuvo la prenda en su poder se marchó contentísimo a por Joselito, el Noé, y Rafael Cerdán se fue al ventorrillo de Colás donde lo esperaban José y Francisco. Rafael les dio los cuarenta reales y les dijo que la mantoleta manilera se la regalaba y más si los beneficios eran para la iglesia y las fiestas del pueblo.

Ahora quedaba la segunda parte de la operación «mantoleta».

Joselito, el Noé, salió corriendo hacia la casa de Antonia para entregarle el encargo con las palabras que Godo le había hecho repetir una docena de veces. Cuando pasó por la puerta del ventorrillo salió José a su encuentro y, halagándolo, le invitó a pasar y a tomarse unos vinos con ellos, cosa que Joselito festejó mucho. Detrás de aquellos vinos, vinieron otros más y llegado el momento entró uno con la noticia de que estaban buscando a Joselito por todo el pueblo.

—¡Andaaa y yo no le he eftregao efto a la Aftonia! —dijo Joselito beodo de vino.

—No te preocupes que yo personalmente se lo entrego a mi hermana —le dijo Francisco.

—Vale, pero dile a la Antonia que el Godo… que m'ha ficho… que le figa..., que mañana, el Godo, tienen que defirle que… no sé qué cosa le va fecir pero lo que tiene que fecirle es muy importante… y una cosa muy importante que… —balbuceaba Joselito.

—Ya, te he entendido perfectamente. No te preocupes, Joselito, que así se lo digo yo.

A la mañana siguiente estaba todo el pueblo en el baile de inocentes y comenzó la puja.

—Veinte reales por romper el baile con la mujer a la que le he regalado una preciosa mantoleta manilera —ofreció el orgulloso Godo.

Se escuchó un asombrado ¡Oh! Nunca se había comenzado una puja con una cifra tan alta y hubo una gran curiosidad por saber a quién le había regalado Godo aquella cosa tan rara de la «mantolena malacatonera» aquella.

—¡Nada, nada! ¡Este baile lo bailo yo con mi hermana! Y pago treinta reales. ¡No se hable más! —replicó Francisco incitando a Godo.

Godo se puso nervioso, aquello no lo tenía previsto en su corto guion.

Los mayordomos que controlaban la puja estaban atónitos y no sabían cómo reaccionar. Se acercaron al grupo y Francisco les dijo algo al oído que les hizo reír.

—Godo, me ha dicho la mujer a la que le has regalado la…, la cosa esa tan rara, que si es verdad que tú eres el que va a romper el baile con ella, que ella paga… ¡cuarenta reales! para que no os interrumpan el baile y lo podáis bailar los dos solos entero. ¿Qué dices, Godo?

Otro ¡oh! se escuchó ¿Quién había sido la osada? Sólo podía ser una con mucho dinero. Antonia y Ana, ajenas por completo a la treta de sus hermanos no paraban de reírse. Al ver así de contenta a Antonia, Godo se creció y pensó: «Ya la tengo en el bote».

—Yo, yo, yo, yo digo, que yo soy el más rico del pueblo y que si hay que pagar reales, pues se pagan. Yo, yo, yo, yo… pongo cuarenta reales y no tengo más. Francisco, no lo subas más por favor —suplicó Godo.

Ahora fue un ¡uuuuuuh! de mofa el que se escuchó.

—Un momento; Godo, pasa por la bolsa y paga primero —dijo el mayordomo.

Pagada la puja, Godo se fue directo a por Antonia al tiempo que comenzaba a sonar la música. Antonia lo miró con cara de ¿a ti qué te pasa?, y Godo se puso a dar saltitos delante de ella haciendo ejercicios de calentamiento. De pronto se escuchó a su espalda la voz de una mujer que dijo:

—Godo, ¿se puede saber qué estás haciendo? Te estoy esperando aquí para bailarme esta pieza contigo, que ya he pagado los cuarenta reales para que no nos interrumpan el baile y se nos está acabando el tiempo. ¡Ah, y muchas gracias por haberme regalado este tapete para la tinaja! Y dime, ¿qué es eso tan importante que me ibas a decir?

Era Tona, la Camporra, que estaba en medio del corro esperándolo con los brazos en jarras y con su preciosa mantoleta manilera puesta a modo de delantal.

Godo quedó lívido, sin poder articular palabra, y sin comprender nada se puso a bailar con Tona, la Camporra hasta que las risas de los demás le devolvieron a la realidad. Dejando el baile, se fue en busca y captura de Joselito que se había marchado corriendo cuando comprendió la inocentada que le habían gastado a Godo. Godo tardó su tiempo, después de muchas explicaciones, en comprender que, ese año, él había roto el baile de inocentes bailando con Tona, la Camporra, y por un importe de ¡80 reales! 40 de la mantoleta, con los que Tona pagó a los mayordomos para que no se interrumpiera el baile e incitar a Godo, y los 40 que pagó Godo por bailar con ella.

Aquello pasó a la historia del pueblo por la doble inocentada que le habían gastado al pobre Godo y por ser la mayor cantidad de dinero que jamás se había recaudado en un baile de inocentes.

La Navidad en Cuba se diferenciaba de la de España tan sólo en algunos pequeños matices.

El 23 de diciembre les concedieron a los tres amigos un mes de permiso y no eran fechas para estar ahogándose en tristezas y soledades. Tampoco sabían cuándo volverían a disfrutar de otro permiso como aquel. Decidieron aceptar la invitación que les propuso Ofelia de pasarlos en su bohío, pero ellos se impusieron el que todas las noches regresarían a dormir al hospital.

Los días siguientes los pasaron ayudando a Ofelia a preparar las viandas para la cena de Navidad. Toda Trinidad olía a los jugosos manjares que sólo se comen en esas fechas. Las calles estaban repletas de gente alegre y de niños que jugaban y alborotaban siguiendo a las mujeres, que volvían a sus casas desde el horno comunal, llevando sobre la cabeza llandas repletas de calientes y deliciosos dulces navideños.

A la cena de Navidad vinieron dos sobrinas de Ofelia. Una se llamaba María de la Caridad del Cobre, pero le decían Cachita, y la otra se llamaba Pilar. Ofelia sentó a Cachita junto a Andrés y a Pilar al lado de Pedro. La cena transcurrió con alegría y cantaron villancicos de uno y otro lado del océano. La educación y el agrado mutuo fue el denominador común de aquella cena donde las atenciones y los pequeños detalles eran el adorno principal de la mesa, especialmente para Gabriel, sin lugar a duda, el personaje más importante.

Después de la cena apagaron todas las velas y salieron a la puerta a disfrutar del encanto de una noche despejada y cuajada de estrellas, como no la habían visto jamás nuestros tres murcianos. Al fondo, unas pequeñas hogueras adivinaban la playa de La Boca y a

la derecha se escuchaba el cansino caminar del río Guaurabo surcando los dos últimos meandros antes de derramarse en su destino final: el mar Caribe.

Unas diminutas luces azuladas brillaban sobre un arbusto con una leve luz; ni Andrés ni Pedro habían visto nada parecido. Cachita y Pilar se reían de ellos al ver que no conocían a los cocuyos; parecían unos niños que habían descubierto a estos animalitos por primera vez en su vida. Se acercaron los cuatro para ver aquellos bichines. Eran unos pequeños escarabajos que emitían una luz fosforescente por lo que parecían ser sus ojos. Los niños cubanos juegan con ellos, los introducen en una botella de cristal para poderlos observar y después los dejan volar. Los primeros pobladores tomaban la cáscara del fruto de la guaina y, poniendo en su interior un poquito de miel, los cocuyos acudían a ella proporcionándoles luz en la oscuridad, incluso para caminar de noche por en medio del campo.

Hablando de estas sencillas cosas iban los cuatro jóvenes, entre arbustos y árboles, caminando felices y despreocupados. Poco a poco se fueron alejando y separándose las dos parejas. Andrés y Cachita se acercaron hasta la orilla del río para ver de cerca un árbol, todo él iluminado por los muchos cocuyos que había en sus ramas.

—Mira, parece un árbol todo nevado —dijo Andrés.

—No he visto nunca la nieve —comentó Cachita.

—Estos animalillos tampoco los hay en mi tierra.

—¿Es bonita tu tierra?

—Sí, es muy hermosa, pero esta es realmente preciosa y con este clima… qué extraño, estamos en Nochebuena y se podría uno bañar. Ahora en mi tierra hace mucho frío. Estarán calentándose con el nochebueno.

—¿Bañarte en diciembre? ¿Tú estás loco? —exclamó Cachita con una risa cantarina.

Andrés la miró fijamente al escuchar las palabras: «¿Tú estás loco?…». Le vino a la memoria que esa misma frase se la oyó decir, más de una vez, a Antonia.

Cachita se dio cuenta de que Andrés se había puesto triste.

—¿Echas de menos tu tierra y a tu gente?

—A mi tierra sí, pero a mi gente… menos. Realmente no tengo a nadie que me espere allí.

—Siempre hay alguien que te espera, y alguien a quien esperar.

—En mi caso no. Lo tuve cuando vivía mi padre, y creí que otra persona también estaría esperando mi regreso, pero no, no ha sido

así. —Andrés se volvió a quedar pensativo y dijo—. No, realmente ya no me espera nadie allí. Podría morirme hoy y todo lo que tengo y todos los que me quieren, están aquí. Soy igual que un caracol, llevo a cuestas todo lo que poseo.

Cachita rio cuando Andrés dijo que él era como un caracol. Andrés miró a Cachita y vio en ella a una mujer dulce y tierna.

—Ahora que nos iluminan los cocuyos, tu piel parece igual que la mía —dijo Cachita.

—El color de tu piel es mucho más bonito que el mío.

—¿Te gusta?

—¿El qué? ¿La noche o el río? —dijo sonriendo irónicamente Andrés.

—No, me refería a los cocuyos —le respondió Cachita con la misma fina ironía.

Los dos jóvenes rieron y Andrés se dio cuenta de que era la primera vez que reía desde hacía mucho tiempo. Cachita, en su risa, echó la cabeza hacia atrás y Andrés pudo contemplar su fino cuello, la blancura de sus dientes, el largo y sedoso cabello, el brillo de sus ojos, sus pequeñas orejas… era realmente una mujer de una exótica belleza y sensualidad. Andrés se estremeció al verla reír; le recordó que aquella escena ya la había vivido con anterioridad y, por un instante, la risa de Cachita se confundió con el eco de la risa de Antonia de aquel primer día de San Blas en Murcia, cuando se conocieron. Aquella imagen removió en Andrés los posos de la tristeza y los de unos recuerdos que iban disolviéndose por el abandono, el silencio y la distancia. La imagen de Antonia se perdía por entre aquellas risas de Cachita.

Con divertidas bromas y pequeños empujones, los dos alegres jóvenes volvieron al bohío y los tres amigos se despidieron hasta el día siguiente y regresaron de vuelta al hospital. Fue una noche preciosa, como nunca antes habían pasado desde que llegaron a Cuba.

Los días siguientes fueron también alegres y divertidos, aunque Andrés se debatía con unos recuerdos que no le dejaban entrar plenamente en la fiesta. Una parte de su ser continuaba estando en Murcia: recordaba a Antonia. Siempre había algo que, de pronto, le traía a la memoria alguna escena similar vivida con ella.

El día de los inocentes compartieron bromas y por la noche Ofelia, Cachita y Pilar bailaron para ellos una danza de origen africano que llamaban Eshu y estaba dedicada a Elegbá, divinidad de carácter travieso y juguetón, amante de las bromas y dueño de los caminos y las encrucijadas. Él era el principio y el final; el más

temido de los orishas del panteón Yoruba.

Ofelia comenzó un baile similar al que bailara el primer día para Gabriel. El baile, inspirado también en los antiguos ritos de su origen africano, representaba el momento en el que Oggún, dios guerrero y de los metales, que habita en el monte, rinde sus armas ante Oshún, diosa del río, del amor y de la feminidad. Ofelia danzó con tremenda sensualidad resaltando sus atributos femeninos. Llevaba miel en sus dedos y en su boca que sólo ofrecía a Gabriel. Ofelia bailaba solamente para Gabriel. Únicamente para Changó.

Cuando Ofelia terminó el baile Gabriel se levantó y transformado e incitado por la música de los tambores que tocaban Cachita y Pilar, comenzó a danzar de una forma desconocida; como si fuera una persona poseída. Se contorsionaba y daba vueltas, sin parar, dando embestidas, como un carnero, en dirección a los tambores. Abría los ojos con desmesura y sacaba la lengua, para significar que la tenía de fuego, y se acercaba peligrosamente una candela sin quemarse. Emitía gritos, agitaba los brazos simulando que llevaba un hacha sagrada; daba unos increíbles brincos más allá de su reconocida agilidad, se contorsionaba violentamente, de una forma muy extraña, y le decía a Ofelia unas palabras desconocidas que provocaban en ella una excitación extrema. Cuando los tambores callaron bruscamente, Ofelia se levantó y fue hacia Gabriel diciéndole: «Changó, bello y valiente Changó, ven con Oshún que te ama y te desea» y tomándolo de la mano lo introdujo dentro del bohío; tras la cortina de su dormitorio.

Andrés y Pedro estaban tan perplejos que no podían ni articular palabra. Andrés se levantó y se fue alejando lentamente del bohío. Cachita fue tras él. Anduvieron un largo trecho sin decir nada y así llegaron hasta la orilla de playa Ancón. Se sentaron sobre la blanquísima arena, junto al mar. La luna aún no había salido y el cielo mostraba un manto negro salpicado de palpitantes estrellas. Andrés rompió el silencio:

—Lo de esta noche ha sido muy extraño.

—Era lógico.

—¿Lógico?

—Sí, Oshún y Changó tenían que encontrarse y hacer el amor como esposos. Estaba dicho.

—¿Oshún y Changó?, querrás decir Ofelia y Gabriel.

—¿No te has dado cuenta de que cuando bailaban ya no eran ellos mismos?

—No lo sé. Nunca he llegado a este estado de excitación al que todos hemos llegado esta noche. Estoy muy confuso. Nunca había

visto así a Gabriel.

—El amor es siempre transformador porque es, en sí mismo, creador y origen de la vida.

—¿Amor? ¿Tú crees que eso es amor? Yo diría que es una desbordada pasión.

—Tú no puedes entender el sentir y los designios de los orishas. Tú no eres Yoruba.

—¿Y tú?, ¿eres Yoruba?

—Mis abuelos eran Yoruba. Me enseñaron sus tradiciones y a ser respetuosa con mis ancestros.

Andrés quedó en silencio, mientras contemplaba a Cachita. Tenía una frente amplia y sus cejas eran finas y separadas; los ojos grandes y negros; la nariz pequeña, poco abultada; su boca, grande y perfilada, mostraba unos labios carnosos; su cuello era particularmente largo y esbelto, como una palma; los brazos torneados y sus manos, al igual que sus pies, eran pequeñas. Se cubría el cuerpo con un amplio pareo de lino blanco que, anudado al cuello, dejaba los hombros al descubierto. Un pequeño ramillete de flores mariposa prendía su pelo junto a la sien derecha… y luego estaba ese color canela de su piel, tan brillante… Andrés pensó para sí que Cachita era una mujer muy bella y hermosa: excitante. Estaba tan confundido que no quería ceder hacia donde el instinto lo estaba llevando.

Una ingrávida luna comenzó a emerger por el mar.

—Qué noche tan preciosa y tan calma. Ya sale la luna y viene vestida de oro. Hoy brilla de una forma especial.

—¿Eso significa algo? —preguntó Andrés.

—La luna siempre nos dice cosas, pero el color ámbar con el que hoy viene vestida, es un mensaje y un regalo de la diosa Oshún.

—¿Y qué dice esta luna de Oshún?

—Que va a ser una noche cálida y tranquila. Una noche única para el amor.

Cachita se levantó del suelo y en silencio, con paso lento y cadencioso, se dirigió hacia el mar. Sin detenerse soltó de su cuello el nudo que le sujetaba el pareo y lo dejó caer sobre la arena: todo su cuerpo se mostró espléndidamente desnudo.

Andrés cerró los ojos y vino a él una imagen de Antonia que se alejaba por la profunda concavidad de sus párpados cerrados. Escuchó una voz que lo llamaba: «Andrés, ven conmigo»; creyó oír la voz de Antonia. Abrió los ojos y la imagen de Antonia ya no estaba, se había desvanecido. «Andrés, ven conmigo»… era Cachita la que, llamándole desde el agua con los brazos extendidos, lo

reinstaló en la realidad.

Y Andrés acudió a la llamada…

Un sol limpio y madrugador iluminó sus cuerpos desnudos, abrazados sobre un lecho de palma al amparo de una enorme ceiba. Los despertó el siseo de las pequeñas olas que lamían la orilla de la playa con pausado ritmo, y el repetido graznido de dos pelícanos que se alejaban volando a ras del mar. El amanecer de un día esplendoroso les mostró una larguísima playa que se perdía, por el este, en una sinuosa línea de fina arena blanca salpicada por algunas rocas, y por el otro extremo, los Topes de Collantes se precipitaban hacia el mar como un espeso glaciar de vegetación frondosa.

Cuando Andrés despertó en los brazos de Cachita ella lo besó en los labios y Andrés notó que sabían a mar y que su lengua era tan dulce como la miel.

—Dime qué ha ocurrido. ¿Ha sido un sueño, o una realidad? —preguntó Andrés.

—Lo que vivimos anoche fue una maravillosa realidad —le respondió Cachita a la vez que lo volvía a besar.

Andrés no recordaba cómo habían llegado hasta debajo de aquella ceiba que los acogía bajo sus vigorosas ramas.

—No recuerdo cómo hemos venido hasta esta ceiba.

—Ha sido ella la que nos ha acogido a nosotros —respondió Cachita.

—¿Cómo dices eso?

—La ceiba es nuestro árbol sagrado; es el árbol de los santos, donde habitan los espíritus de nuestros antepasados. Es el árbol bendito de los dioses. El árbol del misterio. El único al que respeta el rayo; ni los mayores huracanes lo pueden derribar. Bajo ella estamos a salvo. No se puede talar ni cortar una ceiba sin consultar a los oráculos. Si abrazas a una ceiba, te llenas de su energía positiva. Ella te devuelve la salud y te fortifica con su fuerza mística. Es el árbol de la fecundidad que hace fértiles a las mujeres que desean tener hijos, si bajo sus ramas que miran hacia el sol naciente se… Andrés silenció la boca de Cachita con un apasionado beso en cuyos carnosos labios se posó una sonrisa en forma de mariposa y la acurrucó entre sus brazos. El sol, íntimo y complaciente, volvió a iluminar sus entrelazados cuerpos desnudos.

Pilar llevó a Pedro a su bohío. Pedro pensaba que a él ya nada le retenía en España; se planteaba el quedarse en Cuba y volver a nacer a una nueva vida. Allí tenía, al menos, algo suyo, algo de lo que no le esperaba en Murcia: Pilar, una mujer que lo amaba, en la

que había encontrado el amor y la ternura que antes no había conocido y un futuro lleno de oportunidades que le brindaba Cuba.

Gabriel terminó instalándose en el bohío de Ofelia, pero él sí tenía claro que regresaría a España: le esperaba su madre. Gabriel sabía que su relación con Ofelia era fruto de una pasión, una locura, un frenesí, y que por tanto aquello finalizaría cuando concluyese la magia con la que había comenzado.

Andrés, solo y desconcertado, se refugió en el amor de Cachita. Cachita llevó a Andrés a su bohío en el extremo más alejado de la península de Ancón; un lugar escondido entre los arrecifes, al final de una playa de fina y blanca arena, al que sólo se accedía atravesando la bahía de Casilda en una canoa.

Fueron días de abrazos, caricias y besos. Cachita le descubrió a Andrés cómo era el alma desnuda de una mujer enamorada y Andrés se sintió feliz y dichoso al lado de Cachita, aunque, en algunos momentos, el recuerdo de Antonia le asaltaba, como cuando veía volar a una mariposa y le traía el recuerdo de aquellos dos besos que se dieron en lo alto de la torre. Cachita sabía que muchos de aquellos besos no eran para ella.

* * * * *

—¿Y por qué no les escribían Antonia y Ana? —interrumpió Daniel.

—Eso ya lo veremos mañana; por esta noche ya ha sido más que suficiente. Mirad la hora que es, ¡la una y media de la madrugada! Menos mal que la abuela se fue a dormir; como se despierte… ¡Hala, cada mochuelo a su olivo y sin hacer ruido! Hasta mañana.

—Abuelo, no me hables de mochuelos que ya me está doliendo el culo —dijo riendo Daniel.

—Abuelo, esta es una historia preciosa y mañana, si no te importa, voy a pasar mis notas a limpio en tu ordenador: quiero escribirla —dijo Candela.

El abuelo la miró con ternura: «Ciertamente esta criatura está llamada a ser una gran mujer. Dios lo quiera».

Notas de la noche 10ª

1

Catedral de La Habana. A la izquierda palacio de los Marqueses de Aguas Claras

Restos actuales de la ermita y hospital de Ntra. Sra. de Candelaria de la Popa. Trinidad (Cuba)

Tiene este hospital una bonita historia. Fue el presbítero José Jacinto Villalobos el que, en el primer tercio del siglo XVIII, construyó un pequeño edificio junto al santuario de la Popa y lo llamó hospital de La Caridad bajo la advocación de San Juan de Dios. Está situado en la falda de la loma de la Vigía, en el barrio de Jababuco. Posteriormente se construyó lo que era el hospital militar.

2El bolero era un baile, de difícil ejecución, muy extendido entre las clases adineradas de la época, que por la dificultad de sus pasos y movimientos, era necesaria la instrucción de un maestro bolero, al que había que pagar, lo cual marcaba diferencias sociales y económicas.

3El presidente James K. Polk terminaba de firmar el Tratado de Guadalupe Hidalgo (2 de febrero de 1848), por el cual se daba por terminada la provocada guerra de Estados Unidos contra México. Estados Unidos se anexionó más de la mitad del territorio de México que comprende la totalidad de lo que hoy son los estados de California, Nevada, Utah, Nuevo México,

Texas y gran parte de Arizona, Colorado, Wyoming, Kansas y Oklahoma. En total, una extensión de 2.100.000 km^2 (cuatro veces más grande que España). A cambio de ello, Estados Unidos pagaba a México la cantidad de 15 millones de dólares en tres cómodos plazos, además de incumplir con una buena parte de lo tratado. Algo similar había ocurrido con Luisiana y Florida.

4 Fue el propio Narciso López —que era masón—, el que un año antes, en Nueva York, en casa del poeta Rafael Teurbe Tolón —que también era masón y anexionista—, preparando la invasión de Cuba, propuso la bandera bajo la cual debían luchar. Toda ella esconde un marcado símbolo masónico. Para el color rojo sugirieron el triángulo equilátero, que representa la grandeza del poder que asiste al Gran Arquitecto del Universo y cuyos lados iguales simbolizan la consigna de «libertad, igualdad y fraternidad», las mismas que se esgrimieron en la Revolución francesa en 1789. Además, adoptaron una estrella de cinco puntas que simboliza la perfección del maestro masón: fuerza, belleza, sabiduría, virtud y caridad.

5 Oshún es una de las 401 deidades del panteón yoruba que representa la sexualidad y la fertilidad y que hace que los hombres se lleguen a matar entre ellos por obtener los favores amorosos de una mujer a la que Oshun haya bendecido con los dones de su sexualidad y de esa coquetería que los vuelve locos. Oshun tiene en Cuba muchos devotos y su imagen se sincretiza con la Virgen de la Caridad del Cobre.

6 Es un tapete que suelen confeccionar los marinos cuando se aburren en las largas travesías. Se hace con madejas de seda de distintos colores que se van atando con hilo de las redes, formando unas cuadrículas dibujadas sobre una tabla de madera, y que, al ser luego cortadas, forman unas bolas de seda como los madroños de las castizas goyescas. Aquello no valía gran cosa, pero era una prenda muy colorida y vistosa, y los soldados se la regalaban a sus novias para que la usaran de tapete de mesa o para cubrir el tinajero.

Noche 11ª

El reloj del comedor ya había dado las once campanadas cuando la abuela Isabel apremió a sus nietos para que se levantasen. No necesitó adivinar que la noche anterior había sido bien cumplida y de sesión larga.

—¿Qué? Anoche estuvisteis de cháchara hasta las tantas —le dijo la abuela a Fuensanta cuando la vio aparecer por la cocina.

—¡Ay, doña Isabel, es que usted no sabe lo interesante que estuvo todo anoche! ¡Hay que ver las cosas que le pasaron a Antonia y a Andrés!, ¡pobrecicos míos! Antón y yo estamos deseando que llegue esta noche para ver cómo continúa la cosa, porque… eso de Ofelia y de Cachita… nos tiene en un vilo.

—¿Dónde dejó la historia mi marido?

—¡Uy! Terminó con Andrés en los brazos enamorados de Cachita. ¿Cómo acabará todo esto, doña Isabel?

—Tendrás que esperar a esta noche para saberlo.

—No lo dude, porque yo no me pierdo este capítulo.

Llegada la noche, el abuelo continuó con la historia.

* * * * *

En aquella época en la que Andrés, Pedro, y Gabriel, estuvieron en Trinidad, se recuperó el esplendor que el barrio de La Popa siempre había tenido, y así, el día dos de febrero, se celebró la festividad de la patrona del barrio: Nuestra Señora de la Candelaria y, al día siguiente, San Blas. Acudieron a la ermita y sus alrededores gran cantidad de gente en romería. Hubo fuegos artificiales y puestos ambulantes de golosinas y de agua de Loja. El día de la Candelaria se repartió entre la gente velas benditas, y en el de San Blas, cordones para la garganta de cuyos males preserva la devoción al santo cuya imagen aparecía cubierta de innumerables exvotos.

—¿Igual que aquí en Murcia, como nos contaste la primera noche?

—Sí, igual que en Murcia, Esa fiesta llegó a Cuba de mano de los canarios que eran entendidos y apreciados para el cultivo del tabaco. Continuemos.

Las fiestas de aquel año fueron muy celebradas en todo el barrio de Jababuco. Aquel ya no era el lugar siniestro y aislado en que lo habían convertido el capitán Sanz junto con el cabo Críspulo y su jauría de perros. Todo el barrio estaba en fiestas y las casas se volvieron a adornar con ramajes de palmas; se decoraron las calles con flores y farolillos y, por las noches, se quemaron barriles llenos de paja a manera de candelas. En la calle de San Patricio había una buena pulpería, y en la calle del Desengaño, frente al hospital, en la tienda La Balandra, se vendían botellas de ginebra, de calidad superior, al precio de tres reales. Todo era un animado jolgorio.

Se recuperó la vieja tradición de rifar —coincidiendo con los números de la lotería oficial—, una novilla que se exhibía adornada con muchas cintas de colores y amarrada a un mamoncillo, que había en la fachada de una casa cercana al hospital. Era también costumbre el dejar a la novilla con un poco de cuerda larga para que los mozos disfrutaran, haciéndose los valientes ante las mozas, hostigando al bravo animal —con algún que otro revolcón y consiguiente susto.

La fiesta continuó hasta altas horas de la noche. Cachita le pidió a Andrés que la llevara a su ceiba. Andrés aparejó su mula y montando a Cachita a la grupa, enfilaron el camino que bajaba hacia playa Ancón, donde estuvieron, por primera vez, aquella noche de los Santos Inocentes. Allí se acomodaron debajo de su ceiba. Cachita, recobrando en su joven cuerpo el pudor de la inocencia perdida, se acurrucó entre los brazos de Andrés y allí, unidos en abrazos, caricias y besos, bajo las ramas protectoras de la vieja ceiba, cubiertos por el manto de la noche, y arrullados con el susurro del mar, se amaron tiernamente. Y allí los volvió a encontrar el sol cuando regresó al amanecer.

Unas semanas más tarde, una noche, en el bohío de Ofelia, se presentó el cabo Críspulo con cuatro de sus perros. El gigante negro comenzó a gritar golpeando la puerta:

—¡Ofelia! ¡Ofelia, dime que no es verdad!

—Que no es verdad el qué —contesto Ofelia saliendo del bohío medio adormecida y enojada.

—Que me han dicho que te has liado con un patón español. ¡Dime que no es verdad!

—Y eso a ti ¿qué? ¿Qué te importa? Entre tú y yo no hay nada, negro.

—¿Cómo que no hay nada? Tú has sido mía, eres mía y siempre serás mía. A esta yegua sólo la monto yo. ¡Luego es verdad que me estás engañando con un patón! ¡Lo mato! ¿Dónde está?

—Ándate con cuidado, negro, porque él no es uno cualquiera: ¡él es Changó! ¿Has oído bien, Críspulo? ¡Él-es-el-orisha-Yoruba-Pataki-Changó! —le respondió Ofelia restregándole cada una de las palabras.

Al escuchar aquel nombre, Críspulo y los hombres que le acompañaban, retrocedieron. Sabían de la inmortalidad de Changó, de su temida fortaleza, de cómo se las gastaba con el rayo y el fuego que salía de su boca cuando se enojaba.

—¡Mentira! ¡No es Changó! —se repuso Críspulo para recuperar el respeto de sus perros—. Si ese flaco es Changó, yo soy Oggún, y le he de matar con mi machete, y su corazón se lo daré de comer a mis perros.

—¡Yo no miento, negro! ¡Yo soy sacerdotisa de Oshún y no miento! Yo te conozco muy bien a ti, negro —le gritaba Ofelia—. Yo he estado dentro de ti y sé muy bien que tú no eres nadie. Tú no eres Oggún, el que violó a su madre; eres un vulgar y sucio negro mortal, y aunque fuera cierto que Oggún estuviera ahora en ti, ni Oshún ni yo queremos ninguna relación contigo. La que tuve, la tuve, y ya se terminó. Y ahora vete de aquí, negro, si no quieres que te mate con mi risa, a ti y a esos cuatro perros que lamen tu asqueroso y negro culo.

—¡Mataré a ese patón y te demostraré que él no es Changó! Te traeré su cabeza y tú volverás a ser mía ¡Te lo juro por estas! Dentro de poco daremos un golpe que va a ser sonao y entonces verás quién manda en Trinidad y en Cuba.

Críspulo se volvió hacia la sierra del Escambray, donde se decía que estaba escondido el prófugo capitán Sanz junto con su inseparable cabo y un grupo de unos cincuenta hombres que se habían unido a su partida.

Ofelia no quiso comentar a Gabriel este altercado para no preocuparlo, pero se propuso estar atenta y protegerlo en el caso de que viera o detectara algún peligro. No le habían gustado las últimas palabras de Críspulo. Algo se estaba tramando con aquello de «… dentro de poco daremos un golpe».

Unas semanas más tarde Cachita fue a visitar a Ofelia que la recibió con su particular risa cantarina.

—¡Hola, mi niña! ¡Pero qué carita más linda tienes! ¿Y esos ojos tan tristes, mi amor? Dime quién te ha robado la sonrisa. Cuéntale tus penas a mama Ofelia.

—Tengo que contarle algo, mama Ofelia. Es una cosa hermosa pero que me tiene muy triste.

—Ven conmigo, mi amor. Siéntate a mi lado y cuéntaselo todo a

mama Ofelia. Sabes que yo lo haré todo por ti ¿Qué te ocurre, mi amor?

—Ofelia..., estoy embarazada.

—¿Estás segura, mi niña?

—Sí, ya he tenido dos faltas.

—Te lo he notado en la mirada, en el brillo de tus ojos, en tu nueva sonrisa y en esa manera de llevarte las manos sobre el vientre. ¿Y el padre…?

—Andrés.

—Lo suponía. ¿Se lo has dicho ya?

—No, ni quiero decírselo todavía.

—¿Por qué?

—Porque lo quiero muchísimo. Lo quiero tanto que no puedo pensar en perderlo.

—¿No estás segura de su amor?

—Yo sé que él me quiere, pero noto cómo sufre por las heridas que le ha producido otra mujer en España. Cuando está conmigo yo siento que él me ama, que es mío; me llena de atenciones y es feliz a mi lado. Pero cuando está solo, observo que se queda ensimismado y ausente; de su rostro se borra la sonrisa con la que yo lo dejé un momento antes. Veo que le cubre un velo de tristeza que no se le quita hasta que yo no regreso a su lado. Su corazón no está entero aquí. Por eso sé que no es sólo mío; por eso no le he dicho nada aún.

—Has hecho bien en venir a verme. Debes saber que el corazón no es de quien lo rompe sino de quien lo repara. Pero cuéntame, ¿cómo y cuándo fue eso?

—¡Ay, Ofelia! fue la noche de los Santos Inocentes. Cuando nos marchamos de aquí y fuimos hacia playa Ancón. Fue allí, bajo una gran ceiba que…

—¿Bajo una ceiba grande que hay junto a la playa y que todas sus ramas se orientan hacia levante? —interrumpió Ofelia.

—Sí.

—¿Y la noche de los Santos Inocentes, dices?

—Sí.

—Sí, ya lo recuerdo. Aquella noche Oshún se manifestó muy potente y activa. Fue la noche de Oshún y de Changó, mi gran noche —dijo con una sonrisa de deleite recordando su primera noche con Gabriel—. ¿Tú sentiste algo especial aquella noche, Cachita?

—Sí, con los bailes y los tambores yo sentía como una fuerte opresión en el vientre y unos deseos enormes de hacer el amor con

Andrés.

—¿Eras virgen?

—Sí, pero no sentí ese dolor que se dice.

—Está claro, mi niña. Oshún te eligió a ti, a una virgen, y te llevó hacia el árbol sagrado de la Ceiba y concebiste bajo sus ramas que miran hacia el sol naciente. Cachita, lo que llevas en tus entrañas es una niña y es intocable.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Por qué sabes tú que es una niña?

Ofelia la miró con ternura, la atrajo hacia sí y le dijo:

—Tienes que hacerte a la idea de que eres una mujer muy afortunada y que tu vida está marcada por y para tu hija. Ella ha sido elegida para ser la hija de una orisha mayor: ¡Una hija de Oshún!, y por tanto, protegida y amadrinada por Yemayá, por tu virgen de la Caridad del Cobre, de la cual llevas el nombre, y por la Inmaculada Concepción. Todo habrá que comprobarlo y ver qué nombre eligen los orisha para la niña que te ha de nacer.

—Me estás asustando Ofelia, yo sólo quiero ser una madre normal y tener hijos normales con el hombre al que amo, y que él me quiera, y que se quede aquí en Cuba a mi lado, y…

—¡Cállate, Cachita! ¡Calla y no sigas hablando! Te puede oír algún orisha y lo que estás diciendo es blasfemo y sacrílego. ¿Cómo vas a preferir a un simple mortal antes que ser la madre de una orisha? ¿Estás loca? Tú estate tranquila que mama Ofelia se ocupará de todo. Yo cuidaré e instruiré a tu niña según me vayan diciendo Oshún, Yemayá, y las Vírgenes. Tú te vienes ahora a vivir conmigo y no volverás a ver más a Andrés.

—¿Por qué? —preguntó Cachita alarmada.

—Porque él no es un orisha; él es sólo un ser mortal y de él se ha valido Oshun para fecundarte, únicamente para eso, y ahora no te puedes acostar más con él, porque ensuciaría a la niña con su semen mortal.

—Pero yo sí quiero hacer el amor con él. ¡Yo lo amo! Quiero ser su mujer y aunque él no me quiera tomar por su esposa, yo le serviré mientras viva y…

—¡Calla, muchacha! La madre de una divinidad orisha no sirve a ningún mortal; la sirven a ella. Andrés ya no te sirve para nada.

—Pero ¿y si no es así? ¿Y si mi niña es normal? ¿Y si es un niño? Siempre necesitará a su padre.

—Todo eso se verá después. Consultaremos a los orisha. Ahora quédate conmigo.

Al día siguiente Ofelia mando llamar a los miembros más destacados de la santería trinitaria y allí acudieron a su

convocatoria. Ofelia preparó una copiosa cena, con abundante ron, y les relató sus sospechas. Todos estuvieron de acuerdo en que cada uno consultaría con su respectiva divinidad. Miraron a Cachita, que estaba muy asustada, le tocaron el vientre y tomaron una muestra de su pelo. Uno de ellos era el viejo y desagradable vidente de Oggún, al que llamaban «el gordo Fabián», gran amigo de Críspulo y padre de dos de sus perros. Era un hombre muy poco de fiar, con fama de mujeriego y de haber abusado de chicas indefensas, con la excusa de sacarles unos demonios que se les habían metido dentro y les habían alterado la regla menstrual y que, según él, las estaban matando. Dijo entonces el gordo Fabián que tenía que tomar, en privado, una muestra del vello púbico de Cachita y ver si de verdad era virgen, a lo cual Ofelia, observando la mirada aborregada e impúdica del gordo Fabián, se negó rotundamente. Discutieron con acritud. De todos era sabido que el gordo Fabián odiaba a Ofelia y podía desear hacerle daño en la persona de Cachita, su protegida.

En la discusión, y por efecto del ron, el gordo Fabián se envalentonó y se enardeció diciendo que dentro de poco se iba a dar un golpe en Trinidad que iba a ser muy sonao y que ese sería el comienzo de una nueva era de libertad para Cuba; que iban a echar a todos los patones fuera de la isla empezando por Trinidad.

El gordo Fabián se marchó, arrastrando su deforme sombra, y maldiciendo a Ofelia y a Cachita. Gritaba que Cachita no iba a tener ninguna criatura y mucho menos que fuese de una divinidad orisha, y que si tenía algo, sería el asqueroso bastardo de un patón conquistador al que le quedaban pocos días de vida. Cachita escuchó horrorizada aquellas palabras, y un temblor del mal presagio corrió por su cuerpo y temió por la vida de sus entrañas y por la de Andrés.

Mientras tanto, en el Rincón de Seca, Juan y Ñin no sabían qué hacer por sus hijas. Aquella situación les alteraba tanto que afectó incluso a la buena convivencia familiar. Por un lado estaban los que seguían defendiendo a los muchachos, como era el caso de Rosa y de Teresa: «Algo les está ocurriendo, pero yo continúo teniendo fe en ellos», decían las dos cuñadas. Por otro lado estaban los que opinaban: «Esos se han ennoviado con alguna de aquellas mulatas, y ahora les da regomello escribirle a sus novias de aquí»; «Volver, si no los matan, tienen que volver, pero ¡ya vendrán, ya! ¡Los voy a estar esperando con una estaca de morera, desechá por recia, con la que les voy a medir las costillas!» decía Ñin. Otros no decían nada, ni a favor ni en contra: «Algo está ocurriendo, algo grave, y no sé lo que es, pero no creo que sea lo que dice Ñin, aunque comprendo

que lo piense. Volver, yo sé que, al menos Gabriel, volverá». Esa era la opinión de Tona, la Camporra, que estaba desconcertada y no podía comprender qué era lo que les ocurría a los tres jóvenes.

Godo decía que él estaba perfectamente informado de todo, «por medio de un amigo», y que sabía muy bien lo que había ocurrido: «Esos huertanos han conocido una gran ciudad, como es La Habana, se han deslumbrado, se han ennoviado con alguna de aquellas zanguangas, si es que no se han casado ya, y no piensan regresar los muy cobardes. Mientras, aquí, han dejado a las pobres novias que parecen dos viudas». Godo tomaba fuerzas y soñaba con dar su asalto final a Antonia.

En Trinidad, el capitán López-Egea y López recibió una notificación del Estado Mayor que le ordenaba presentarse en la capitanía general, de Sancti Spíritus para recibir instrucciones. La misiva era muy escueta y poco aclaratoria pero estaba convenientemente diligenciada con el sello y número del registro de salida.

Don Baldomero y don Isidoro estaban extrañados, pero decidieron que era conveniente hacer el viaje acompañando a la dotación que acudía periódicamente para recoger los suministros medicinales y de intendencia. Don Isidoro se quedaría al mando del hospital.

El sábado siguiente salieron hacia Sancti Spíritus, que dista unos ochenta kilómetros de Trinidad, lo que supone, a paso de carreta, una marcha de casi tres días —siempre y cuando el tiempo no fuera desfavorable y las lluvias no embarrizaran los caminos—. Salieron de madrugada y la expedición la formaban el capitán, el sargento Madrigal, el cabo Andrés, el cabo Gabriel, cuatro carretas tiradas cada una de ellas por un par de bueyes con dos hombres por carreta, y diez hombres de escolta a caballo cedidos por el comandante de la guarnición de Trinidad, entre los que se encontraban Requena y Ginés.

Cuando llegaron a Sancti Spíritus, Andrés fue a entregar y a retirar el correo del hospital y los partes oficiales del mismo. Cuando Aranzadi le dio a Andrés la correspondencia recibida para el hospital, hizo un gesto negativo con la cabeza anticipándole que no había ninguna carta para él ni para sus amigos. El brigada recogió las cartas que Andrés le entregaba, entre las cuales había una para Antonia. Aranzadi tomó la carta y se quedó pensativo contemplando el sobre con un silencioso rictus de duda en los labios.

—Es la última carta que le escribo —le dijo Andrés.

—Todo esto es muy extraño, Andrés —comentó Aranzadi.

—No lo sé, pero no lo crea usted, mi brigada, que alrededor de una buena miel siempre acuden muchas moscas y, al fin y al cabo, los que están allí tienen el campo libre; máxime si alguno de los moscones tiene buena economía, como la tiene el que la pretende. Yo no la juzgo.

—¿Tú piensas que te ha podido dejar por el dinero de otro?

—¿Y qué quiere que piense, mi brigada? Los hechos y el anónimo hablan por sí solos.

—Sí, eso parece cierto, pero hay algo que no me encaja. ¿Me permites que yo me haga cargo personalmente del envío de esta carta?

—Haga lo que mejor considere, mi brigada; no me importa. De todas formas es una carta de despedida que no va a tener ninguna respuesta, al igual que las anteriores. No pienso volver a España.

Aranzadi se quedó en silencio y pensativo con la carta en las manos golpeándola sobre la punta de sus dedos. Cuando Andrés se marchó escribió una nota y la metió en un sobre junto con la carta de Andrés y, poniendo en él la dirección de Antonia, redactó un oficio que decía:

AL EXCMO. SR. GOBERNADOR MILITAR DE MURCIA

Estimado compañero:

Tengo especial interés en asegurar que esta carta llegue de forma personal y directa a manos de la destinataria. Se trata de un caso extraño y que afecta, en buena parte, a la moral de la tropa que sirve conmigo en Cuba.

Te ruego que, por un medio oficial, la hagas llegar a su destino y que se espere respuesta —si ello procede—, remitiéndome la misma por este conducto de la valija oficial.

Te lo agradezco y quedo a tus órdenes.

Sancti Spíritus, Cuba, a 12 de marzo de 1859

EL GOBERNADOR MILITAR DE SANCTI ESPÍRITUS

Fdo. Teniente Coronel D. Agustín Sandoval Casas

El brigada llevó el oficio al capitán ayudante del gobernador militar al que le explicó la situación y este, a su vez, se la transmitió

al gobernador que no dudó en firmarlo.

Aranzadi mataselló todas las cartas para su envío a la península, pero aquel sobre lo introdujo directamente en la valija oficial con destino al Ministerio del Ejército en Madrid.

La estancia en Sancti Spíritus se demoró cuatro días más de lo previsto porque el capitán López-Egea fue requerido para que dirigiera el camino de vuelta a Trinidad mandando una caravana de carretas que transportaban dos mil fusiles, munición y algunas piezas de artillería ligera. Aquel era un envío muy extraño pues la guarnición de Trinidad apenas llegaba a quinientos hombres de infantería y la artillería que allí había (la del fortín de Vizcaya, la batería de Guaurabo y la de San Pedro), eran baterías de costa y no cañones ligeros de campaña. Pero las órdenes eran claras y no admitían lugar a dudas: estaba firmada con el cuño del teniente coronel Sandoval. El capitán López-Egea protestó al saber que él sería el único oficial al mando de una expedición que correspondía transportar al cuerpo de Armamento o al de Intendencia, pero nunca al de Sanidad. Un mal encarado comandante Rebollo, primero con persuasivas palabras y luego con imperativa orden, zanjó el asunto alegando la falta de oficiales para realizar aquel servicio y que, al fin y al cabo, él era un capitán del ejército español y la misión transcurría en tiempos de paz sin mayores complicaciones. Además le comunicó que en el camino de vuelta se les unirían otros carromatos, con unas cargas de muebles, y un pelotón de refuerzo para la escolta.

Cuando iniciaron el regreso a Trinidad y llegaron al batey de un ingenio llamado La Esperanza, se les agregaron seis carretas que estaban ocultas en unos cobertizos, bien resguardadas de la vista de curiosos y el refuerzo de la prometida escolta era tan sólo de siete soldados mandados por un cabo poco conocedor de las ordenanzas militares.

Todo parecía un total ejercicio de ineficacia y descoordinación. Aquello no era lo natural.

Al poco de reiniciar la marcha, el soldado Requena, que montaba en cabeza junto con Andrés, se dio una vuelta por la formación y regresó malhumorado.

—Andrés, esto no me gusta nada en absoluto.

—¿Qué es lo que no te gusta?

—Muchas cosas. Para empezar no sé para qué hacen falta en Trinidad más de dos mil fusiles, además de los que ya hay allí, y piezas de artillería ligera de campaña. Para continuar te digo que me he dado una vuelta por los últimos carromatos y, haciéndome el

despistado, me he acercado a uno de ellos y he entablado conversación con los carreteros, que por cierto son más rancios que el pringue. He mirado por una rendija de la lona que tapaba los bultos y he podido ver que eran cajas de madera de las que usan para los fusiles Remington. Rápidamente ha venido el cabo, ese de la cara de mono, y me ha gritado para que me fuera a mi sitio en la formación.

—¿Estás seguro, Requena?

—Sí, creo que sí, y por lo que he visto, si todos los carros van igual de cargados, debe haber unos ocho mil fusiles, no sé cuánta munición y algunas piezas de artillería ligera. No es posible que este cargamento sea para la guarnición de Trinidad.

—Quizás vayan de paso.

—¡Andrés, coño!, por Trinidad no se pasa para ir a ninguna parte; a Trinidad sólo se va. Además ¿me quieres decir qué hacemos aquí cuatro gatos escoltando a un convoy de esta magnitud? Aquí hace falta, por lo menos, una compañía de tíos y no diez fusileros y media docena de sanitarios. Te digo que no me gusta nada esto.

—Habrá que decírselo al sargento.

—Sí, vamos, pero que nadie más se entere de nada.

Marcharon a comentarle sus sospechas al sargento Madrigal y este convino en que aquello no era normal, ni lo había sido desde el principio. El sargento informó al capitán y este le ordenó que se diese una vuelta por el convoy y, sin levantar sospechas, le informara de lo que viese. Volvió al rato y confirmó las dudas de Requena.

—Estos no son soldados y lo que transportan los carros, por el escaso volumen y por la hondura de las huellas que dejan, no son muebles. He podido ver cajas de madera con las rotulaciones tachadas con pintura pero por el tamaño creo que son fusiles Máuser o Remington.

—No debemos dar la alarma porque si son para los mambises, que se están armando, abandonarían las carretas para huir al monte y no las podríamos conducir, con lo que estaríamos paralizados y totalmente a su merced. Tenemos que actuar con astucia antes de emplear la fuerza —dijo el capitán—. Estoy seguro de que ahora estamos siendo observados. Están esperando a que lleguemos a un lugar que ellos ya habrán previsto y allí nos asaltarán para apoderarse del convoy. Un convoy como este, con armamento, munición, víveres y medicinas, es sumamente goloso para apoderarse de él. Se podrían armar y equipar a diez batallones —dijo Requena.

—¿Qué opina usted, sargento Madrigal? —preguntó el capitán.

—Que si se confirman estas sospechas, y no recibimos refuerzos rápidamente, lo vamos a pasar muy mal.

—Con su permiso, yo propondría que uno de nuestros hombres se escaqueara, se adelantara rápidamente hasta Trinidad, y regresara con fuerzas suficientes. Nosotros debemos aminorar la marcha, porque ellos tendrán previsto atacarnos en el mejor sitio y a la hora que más les convenga, que será por la mañana y seguramente por el flanco derecho —comentó Requena.

—¿Cómo sabe usted todo eso?

—Es fácil, mi capitán; de noche no lo harán nunca por diversas razones: la primera porque hay luna nueva, y en la oscuridad se produciría una gran confusión; la segunda porque en la refriega podrían matar algunos bueyes y de ninguna manera desean que eso ocurra, los necesitan para poder transportar el cargamento; y la tercera, porque atacarán bajando desde lo alto con el sol a sus espaldas para cegarnos a nosotros. Ellos no deben tener buen armamento y necesitan llegar rápidamente a la lucha cuerpo a cuerpo: los machetes son su mejor fuerza.

—Sí, eso tiene lógica —dijo el capitán—. ¿Quiénes son los mejores para ir a Trinidad a uña de caballo y traer refuerzos? Será una misión muy peligrosa.

—Yo me ofrezco voluntario para ir —dijo Andrés.

—No, solamente enviaremos a un hombre, no podemos desprendernos de más soldados. Andrés y Requena irán en descubierta, a cien metros por delante del convoy; usted, Madrigal, disponga a nuestras fuerzas leales en fila, a la izquierda de la formación, y a la derecha coloque a los dudosos. Quiero el armamento cargado de munición y el sombrero bien puesto. En caso de que nos ataquen será en un lugar angosto y de difícil maniobrabilidad; he estado mirando el plano y según lo que oportunamente nos ha dicho Requena ya sé dónde se podría producir el asalto. Aquí hay una vaguada por donde el camino pasa entre la ladera de la montaña y el río circula a la izquierda. Allí deberíamos estar mañana hacia media mañana y sería muy fácil aniquilarnos si disponen de fuerzas suficientes, sólo les bastaría obstaculizar a los dos bueyes de la primera carreta para inmovilizarnos por completo. Debemos encontrar un lugar por donde vadear el río y pasarnos a la otra orilla. Hay que poner el río en su contra y ralentizar la marcha para llegar a ese lugar hacia la puesta del sol de mañana. En caso de ataque nos parapetaremos detrás de los carros. Ellos querrán que los bueyes y la carga no

sufran daño y no dispararán sobre ellos.

—A sus órdenes, mi capitán, ¿a quién mandamos a por los refuerzos?

—¿A quién sugiere usted, soldado Requena?

—Creo que Ginés sería una buena opción. Tiene experiencia en vivaquear, es veterano, sabe orientarse bien y es muy rápido montando a caballo. Debería llevar dos caballos para llegar pronto y que no le alcancen en caso de ser descubierto.

—Correcto, informen a Ginés para que salga inmediatamente sin ser visto. Que se lleve mi caballo y que tome un camino distinto al nuestro evitando pasar por los ingenios del valle de San Luis. No me termino de fiar; en una operación de tanta envergadura tienen que haber metidas muchas manos poderosas. Que Dios lo acompañe.

—Y que también Dios se quede con nosotros, que lo vamos a necesitar —apostilló Madrigal.

La caravana prosiguió su marcha a paso lento con múltiples paradas argumentando diversas averías. Pernoctaron antes de tiempo y no lo hicieron en el lugar previsto, lo cual provocó la protesta de los sospechosos. A la mañana siguiente, se reemprendió la marcha, con el sol ya muy elevado, y se buscó un lugar para vadear el río con las consiguientes nuevas protestas del cabo sospechoso.

Después del mediodía, pasaron por delante del lugar donde el capitán había previsto que podrían ser atacados. El sitio era perfecto para una emboscada pero, al tener ahora el río por medio y el sol a su espalda, esta no ocurrió. Se ignoraba cuándo se produciría el ataque. Ahora eran los propios carreteros sospechosos los que ralentizaban la marcha, ganando tiempo para que sus compinches pudiesen elegir otro lugar adecuado.

Andrés y Requena iban en descubierta con el arma prevenida.

—Hmmm, no me gusta nada de lo que veo —dijo Requena.

—A mí me gusta menos lo que no veo. ¿Qué estás viendo tú, Requena?

—Aquel collado que se ve al frente hace que tengamos que pasar por entre dos montículos, con el río a nuestra derecha, y seguro que el río forma allí rápidos difíciles de vadear; mira cómo está subiendo la velocidad del agua.

—Eso quiere decir que nos atacarán por la izquierda y al atardecer, cuando tengamos el sol de frente y nos dificulte el verlos.

—Exacto, ya veo que vas aprendiendo, «murciano».

—Convendría entonces retrasar al máximo nuestra entrada en el collado y a ser posible hacerlo mañana por la mañana a primera

hora.

—Sí, pienso que sí, pero si Ginés no llega pronto con los refuerzos… lo vamos a pasar muy mal; sólo somos catorce hombres armados, más ocho carreteros a los que habría que armar. De los escoltas que se nos unieron en el ingenio y sus carreteros, no cuento con ninguno; si nos atacan, ellos nos tirotearán por la espalda.

—Ve y habla con el capitán.

Cuando escuchó las observaciones de Requena, el capitán ordenó simular una avería en uno de los carros de aprovisionamiento y que las carretas del armamento pasaran al centro de la formación.

Andrés se adelantó unos trescientos metros en descubierta cuando de pronto su mula, Española, se paró y haciendo uso de su particular rareza se negó a seguir caminando. Andrés observó que delante de ella había un fino y tenso alambre que atravesaba el camino por donde debían pasar. Andrés sabía que estaba siendo observado y dando la vuelta se volvió hacia el convoy. Cuando informó de que más adelante había una trampa, el capitán dedujo que aquello debía de ser una carga de dinamita para volarla antes de que pasara el convoy y paralizarlo en su huida hacia adelante. Puestas las cosas así, no tenían escapatoria. Ordenó arrestar y desarmar a los sospechosos. Dispuso que las carretas formaran en una U con el lado abierto hacia el río donde colocaron a los bueyes y se prepararon para pernoctar con la guardia redoblada.

Gabriel se acercó a Andrés y a Requena:

—¿Vosotros creéis que nos atacarán?

—Tenlo por seguro, muchacho, y va a ser dentro de muy poco, antes de que el sol se oculte por el collado —le respondió Requena.

—¡Joder, Andrés! Ahora sí que me gustaría ver aquí a Marcialito cagándose por la pata abajo del pantalón. Si he de morir, moriré matando.

—Ya te dije, Gabriel, que esto no iba a ser una broma. Demasiada suerte hemos tenido hasta ahora.

No había terminado Andrés de decir esto cuando sonó una descarga cerrada de fusilería y un griterío que descendía por la ladera.

—¡A por ellos! ¡Rendíos, patones, o sois muertos!

—¡Calen bayonetas! —ordenó el sargento Madrigal—. Pónganse a cubierto detrás de los carros. Requena, arme a los carreteros. Afinen el tiro… ¡Fuego a discreción!

Por la pronunciada vertiente del monte bajaba una oleada de mambises gritando y blandiendo machetes, mientras desde lo alto

no cesaban de disparar.

Los primeros atacantes fueron abatidos por los certeros disparos de los soldados. A los demás los obligaron a retirarse dejando en la ladera varias bajas entre heridos y muertos.

El segundo asalto no se hizo esperar mucho. Eran más numerosos y los mambises atacaron con mayor empuje mientras, desde arriba del monte, seguían disparando cubriendo a sus compañeros que bajaban por la pendiente derrochando valor, decisión y arrojo. Se llegó al terrorífico cuerpo a cuerpo dentro del recinto que formaban los carromatos.

El capitán López-Egea estaba en pie, entre dos carromatos, con el sable en la derecha y el revólver en la izquierda, no paraba de arengar a sus hombres:

—¡Viva España! ¡Ánimo, valientes! ¡Viva España!

Andrés luchaba cerca de él y lo vio combatir con el sable. Andrés había podido recargar y le quedaban algunas balas en el rifle pero tenía que luchar con la bayoneta.

Requena había cogido su fusil por el cañón y se defendía blandiéndolo a culatazos.

—¡Atrás, traidores mambises! Tendréis que pasar por encima de mi cadáver. ¡Viva España!

Gabriel llevaba un corte en la cara por el que sangraba abundantemente. Había agotado las balas de su máuser y no tuvo tiempo para recargar; luchaba con la bayoneta calada y dejó el rifle en el suelo para tomar el machete de un mambí caído. Con él se defendía, ante dos atacantes, dando ágiles saltos y gritando como un poseso:

—¡Yo soy Changó! ¡Yo soy Changó y os aniquilaré con el fuego de mi boca!

Aquellas palabras sobrecogieron a algunos de sus atacantes, incluso más de uno lo evitó para no enfrentarse a él.

De pronto, entre el fragor de la lucha, se oyó una voz que gritó:

—¡Dejadme a mí a ese Changó! ¡Dejádmelo a mí!

Era la voz de Críspulo, el negro gigantón que después de matar a uno de los soldados dio cuatro saltos y se puso frente a Gabriel con una sonrisa en los labios.

—Aquí me tienes, patón. ¿Te acuerdas de mí? ¿Y tú dices que eres Changó? ¡Tú no eres nadie! Yo sí soy de Oggún y te voy a matar y echaré tu corazón para que se lo coman mis perros y tu cabeza se la llevaré a Ofelia que volverá a ser mía.

Críspulo le atacó con un mandoble de su machete, con tal fuerza, que el machete de Gabriel salió despedido y haciéndole

perder el equilibrio cayó al suelo. Críspulo se acercó lentamente hacia él con la sonrisa en los labios. Gabriel tomó su fusil del suelo para protegerse.

—Ahora te voy a partir por la mitad, en canal, igual que a un cerdo —dijo Críspulo, con sádica sonrisa.

Críspulo sujetó su machete con las dos manos y, elevándolo a lo más alto, lanzó un machetazo dirigido a la mitad de la cabeza de Gabriel como para partirlo en dos. Gabriel, de rodillas, elevó el fusil para cubrirse del golpe, pero este era tan potente, tan tremendamente fuerte, que hizo que el fusil basculara y deslizándose el machete sobre el acero del cañón descendió con un reguero chispas y se fue a clavar en el hombro izquierdo de Gabriel. El afilado machete seccionó los músculos de los manguitos rotadores del hombro izquierdo y se escuchó el chasquido de la rotura del hueso de la clavícula. El grito de dolor fue tremendo y Gabriel cayó al suelo apoyando la espalda contra la rueda de un carromato. Andrés lo vio caer pero no podía desprenderse de dos atacantes para ir en su ayuda.

Críspulo, se acercó riendo dispuesto a darle el golpe final. Con las piernas abiertas elevó otra vez el machete con los dos brazos y gritó para que todos lo oyesen:

—¡Muere, patón Changó!

Lanzó un tremendo golpe dejando caer todo el cuerpo para darse mayor impulso. Gabriel no podía hacer nada. En un último esfuerzo elevó su fusil desde el suelo formando un ángulo y… se oyó un chasquido de huesos… Todos quedaron paralizados: Críspulo estaba clavado en la bayoneta del fusil que sujetaba Gabriel; le había seccionado el esternón y una serie de costillas. El gigante negro quedó suspendido en posición de plano inclinado sobre Gabriel y su cara se tornó en una horrible mueca de espanto y asombro al verse ensartado por aquella bayoneta que no esperaba. Sabía que estaba herido de muerte, pero a pesar de ello aún le quedaba un resto de vida para poder clavar su machete sobre el pecho de Gabriel. Críspulo, con el último acopio de sus fuerzas, apretó los dientes lleno de ira y con los ojos saliéndosele de sus orbitas, retrocedió el brazo derecho para asestar el golpe mortal. Gabriel cerró los ojos dispuesto a morir cuando, sin saber por qué lo hizo, apretó el gatillo de su fusil y… sonó un disparo. Una lengua de fuego impactó sobre el pecho de Críspulo y lo despidió hacia atrás, cayendo a los pies de Gabriel que, con las fuerzas que pudo reunir, gritó:

—¡Muere tú, Oggún de mierda!

La lucha quedó unos segundos paralizada ante la terrible visión

de aquella escena.

Requena estuvo rápido, y al darse cuenta de la sorpresa que aquellas palabras habían producido en los atacantes, comenzó a gritar:

—¡Changó está con nosotros! ¡Estáis muertos, mambises! ¡Changó lucha con nosotros!

Los sorprendidos atacantes, al escuchar esas palabras y al ver a su campeón muerto, se asustaron y emprendieron una rápida huida monte arriba mientras que detrás de uno de los árboles alguien gritaba:

—¡No huyáis, cobardes, no huyáis! ¡Es mentira, no es Changó! ¡Volved, volved a la lucha, que ya quedan pocos y son nuestros!

El capitán López-Egea reconoció la voz, inconfundiblemente chillona, del capitán Sanz.

—¡Sanz, ven aquí si tienes cojones! ¡No te escondas, cobarde gallina! ¡Baja y lucha conmigo de hombre a hombre!

Al verse reconocido el capitán Sanz se escondió aún más y retrocedió. Aquel gesto de su capitán y el haber visto la muerte del cabo Críspulo, a manos de aquel que decía ser Changó y que luchaba a favor de los patones, desmoralizó a las fuerzas de Sanz —que en su mayor parte eran esclavos cedidos por los propietarios de algunos ingenios.

La noche se echó encima y con ella, un fuerte aguacero acompañado de un ensordecedor aparato eléctrico. El capitán López-Egea mandó agrupar a los heridos y recoger a los muertos. Contabilizaron cinco muertos y ocho heridos, cuatro de ellos graves —entre los que se encontraba Gabriel—, y los restantes con lesiones varias, excepto Requena, incomprensiblemente ileso, aunque la sangre salpicaba todo su cuerpo.

De las fuerzas atacantes recogieron doce muertos, en el recinto exterior de los carros, dos en el recinto interior y cuatro heridos.

Sólo quedaban disponibles el capitán, el sargento Madrigal, el cabo Andrés, Requena, tres carreteros, dos sanitarios y cinco fusileros.

El capitán, después de curar a los heridos, reunió a sus hombres y les dijo:

—A ninguno se nos escapa que la situación es desesperada. Solamente quedamos catorce hombres disponibles y cuatro heridos que aún puedan, a duras penas, sostener un fusil. Nosotros somos más eficaces en la lucha en el recinto exterior. No podemos permitir que entren dentro porque en el cuerpo a cuerpo ellos, con sus machetes, son más efectivos que nosotros con las bayonetas, así que

tenemos que impedirlo. Como ellos aún no saben las bajas que hemos tenido, nos repartiremos colocándonos estratégicamente. Que cada uno de ustedes lleve tres fusiles a su lado para poder cambiar y disparar sin tener que recargar; que se distribuyan otros fusiles espaciados entre los tiradores, con las bayonetas caladas y los cañones asomando para que crean que son más los fusileros vivos. Hay que hacer ejercicios de distracción con las cargas de pólvora de los carros, para retenerlos fuera. Si entran al recinto, en el cuerpo a cuerpo, utilicen los machetes. Los heridos que no puedan disparar que se pongan junto a los bueyes y si ven que todo está perdido, que los maten. Hay que impedir a toda costa que puedan apoderarse de este convoy. Nos atacarán al amanecer y será el ataque definitivo. Si Ginés no llega de Trinidad, puede que mañana seamos nosotros los que subamos ante la Santísima Trinidad. Coraje y que Dios nos ampare.

Se pusieron manos a la obra. Requena tomó varias cargas de pólvora de los cañones y se marchó a la vertiente a enterrarlas. Después, tomó dos pequeños cañones y los montó en la orilla del río; era consciente de que sólo se podrían hacer dos disparos. Llevaron a Gabriel, lo sentaron junto a los cañones y le dieron las dos cuerdas de disparo de los mismos. Requena le indicó hacia donde estaban apuntando para que tuviera una referencia a la hora de disparar.

Andrés tomó a su mula, Española, y se adelantó hasta que esta se volvió a detener. Palpó el terreno y encontró el alambre que no se sabía muy bien para qué estaba allí. Ató una cuerda al alambre y deshizo el camino con el otro extremo de la cuerda.

A eso del amanecer, sonaron los cencerros de los bueyes que Madrigal había atado a unos hilos para que dieran la alarma si alguien se les acercaba.

—¡Madrigal, demuéstreles cómo ruge un leonés! —gritó el capitán López-Egea.

—¡Fuego a discreción! ¡Viva León y viva España! —ordenó el sargento Madrigal.

Fue una descarga cerrada que sorprendió a los atacantes y los hizo retroceder; la cadencia de fuego era tan alta que les pareció que habían recibido refuerzos.

Al despuntar el sol, los mambises vieron brillar más bayonetas de las que ellos esperaban, pero ya no les quedaba tiempo, tenían que apoderarse de aquel convoy esa misma mañana y para ello había que lanzar un ataque frontal, a la desesperada.

Así lo hicieron. Bajaron todos corriendo y disparando, pero

nuestros hombres también disparaban sin cesar y parecía que eran más de treinta. Gabriel tiró de una de las cuerdas pero el cañón no disparó, tiró de la otra y el disparo impactó de lleno entre las fuerzas que descendían por la ladera; cuatro de los atacantes salieron despedidos por los aires.

—¡Bien por Gabriel! ¡Murciano tenías que ser! ¡Ahora veréis lo que os hace un manchego!

Requena encendió la mecha de las tres cargas y al poco explotaron dos de ellas con gran espanto de los atacantes; a la tercera le falló la mecha.

Los mambises se agachaban poniéndose a cubierto. La vista de sus compañeros muertos y heridos los paralizaba. Los defensores también tenían bajas. Se les habían acabado las maniobras de distracción: se iba a llegar a la terrible lucha de cuerpo a cuerpo.

Andrés tiró tres veces de la cuerda que tenía atada al alambre y una tremenda explosión, muy superior a lo esperado, se produjo en el ala derecha del combate y los atacantes se tiraron al suelo. ¿Qué era aquello?

El capitán López-Egea luchaba de pie, a pecho descubierto, blandiendo el sable —ya había tirado el revólver cuando se quedó sin balas—. De pronto sonó un tremendo pistoletazo y el capitán recibió un impacto de bala en mitad del pecho que le hizo retroceder cuatro pasos y, con cara de asombro, miró al que le había disparado. Era un hombre mayor, casi un anciano, que con un viejo pistolón de dos cañones le apuntaba desde unos cuatro metros. El viejo apretó el gatillo del segundo cañón pero le falló el fulminante; se dispuso a cambiarlo mientras se acercaba amartillando de nuevo el arma. Andrés se dio cuenta de la tragedia y, con un golpe del mango de su machete, se deshizo del mambí con el que luchaba y gritando un fuerte ¡nooo!, se lanzó contra el hombrecillo, que ya elevaba el arma para disparar sobre la cabeza del capitán que estaba inerme y caído de rodillas. Andrés, dando un tremendo salto, voló abrazándose al mambí, al tiempo que su cabeza golpeaba al viejo pistolón en el mismo instante en que este se disparaba. Los dos hombres rodaron por el suelo pero Andrés quedó herido. Sangrando por la cabeza y aturdido, intentaba levantarse sin poder conseguirlo. El viejo se incorporó y elevó su machete para terminar con aquellos dos patones. Andrés, indefenso, lo miró a la cara y vio en los ojos de aquel anciano una ira oculta tras una neblina blanca que enturbiaba su mirada. Le faltaba el dedo pulgar de la mano derecha. Andrés dijo en voz alta: «Fue en la zafra, cuando era niño…». El viejo reconoció a aquel joven español,

de Murcia, con el que tan amablemente conversó aquella tarde frente a la catedral de La Habana. Su mirada se tornó humana, y el viejo, bajando el machete, se marchó.

De pronto se escuchó una cerrada descarga de fusilería que dejó aturdidos a unos y a otros ¿De dónde salía ahora aquella descarga? Los pocos soldados que aún quedaban en pie, se dieron por muertos ante aquella nueva ofensiva que se les venía encima, con los mambises que bajaban por la ladera corriendo para hacerse cargo de los carros. Fue Gabriel el que se dio cuenta de que detrás de él, en la otra orilla de río, una columna de soldados allí desplegada disparaban al tiempo que otra columna iniciaba el cruce del río. Gabriel no pudo contener su alegría y gritó:

—¡Son los nuestros! ¡Son los nuestros! ¡Ginés ha vuelto! ¡Viva España!

Aquella cerrada descarga paralizó a los mambises que ya estaban dentro del recinto, para apoderarse de los carros, junto con el cobarde capitán Sanz. Los poquísimos defensores que quedaban en pie vieron reanimadas sus fuerzas ante los asombrados y asustados atacantes, que comenzaron a tirar las armas y se rindieron cuando vieron a la primera columna que ya había atravesado el río.

Requena se fundió en un fuerte abrazo con su amigo Ginés y le decía emocionado:

—¡Has vuelto, cabrón, has vuelto! ¡Dos murcianos y un cartagenero! ¡Manda huevos! ¡Redíos, mambises! ¡Manda güevos!

—No, perdona, tres murcianos y un cartagenero, que Alcantarilla, aunque es villa, también es Murcia —le rectificó el sonriente Pedro que venía detrás de Ginés junto con los sanitarios y camilleros. Los tres se fundieron en el mismo abrazo.

—Atended al capitán que está allí mal herido, junto con Andrés —dijo Requena al tiempo que se derrumbaba.

En España, en Murcia, en el Rincón de Seca, un teniente y dos soldados se personaban en el domicilio de Juan Parra preguntando por Antonia, que en aquel momento se encontraba en casa de Choni. Juan y Rosa se alarmaron al saber que aquellos soldados eran portadores de un sobre y que tenían órdenes de entregárselo personalmente a Antonia Parra Cavas. Juan hizo pasar a su casa a aquel oficial y a sus hombres. La noticia se extendió como un reguero de pólvora por todo el pueblo y rápidamente se formularon toda clase de conjeturas. Le enviaron aviso a Antonia que llegó corriendo con el corazón desbocado.

El teniente se presentó como uno de los ayudantes del

gobernador militar de Murcia, y venía con la orden de entregar, personalmente, un sobre y esperar respuesta.

Antonia recogió el sobre y sin decir palabra se marchó a su habitación. Salió al rato con dos cartas en las manos y los ojos cuajados en lágrimas; les entregó las cartas a sus padres para que las leyeran.

La carta que había en el primer sobre decía así:

Estimada señorita:

Soy el brigada Ignacio Aranzadi con destino en la cartería del Estado Mayor en Sancti Spíritus (Cuba). No tengo el gusto de conocerla, pero sí a su prometido, el cabo Andrés Marín, del cual me honro en ser su amigo, y en nombre de esa amistad me permito, personalmente, dirigirme a usted.

Desconozco, aunque respete, cuáles pueden haber sido sus legítimas razones para haber renunciado a su relación con el que fuera su novio, Andrés, pero permítame que le diga que en absoluto comparto su hermético silencio epistolar al que ha sometido a este hombre y que con ello ha contribuido a aumentar el sufrimiento que le ha supuesto la recepción de un anónimo, anunciándole la actitud despectiva de usted hacia él y sus sentimientos.

No consigo comprender tal proceder de la mujer en la que Andrés depositó un día todo su amor; esto me ha hecho pensar que algo extraño puede estar sucediendo, máxime cuando me consta que dicho silencio está también asociado con la falta de correspondencia de otras dos personas de esa misma localidad.

Si usted es conocedora de estos hechos, y consciente de ellos, le ruego que disculpe mi atrevimiento aunque yo seguiré lamentando esa actitud tan dolorosa. En el caso de que no los conozca, le ruego que dé parte a la persona portadora de esta carta para que actúe en consecuencia y, si usted así lo desea, utilice este mismo medio para su esperada respuesta.

Suyo afectísimo.

Brigada Ignacio Aranzadi

Antonia, anonadada y ausente, con la mano en el pecho conteniendo los suspiros y el llanto, tenía la mirada perdida. Una

expresión de hondo dolor se dibujó en su rostro.

Su padre, Juan, cuando terminó de leer la carta de Aranzadi, no salía de su asombro mientras que Rosa, su madre, leía la carta de despedida de Andrés, con una mano en su boca y las lágrimas en los ojos.

La carta de Andrés decía:

> *Querida Antonia (no sé si puedo llamarte «querida» pues es posible que a estas alturas ya estés casada con Godo):*
>
> *Te escribo por última vez sin la esperanza de que me contestes, como has hecho con todas mis cartas anteriores. Si habías dejado de quererme, si yo ya no te interesaba, sólo tenías que habérmelo dicho en una breve nota y yo lo hubiese comprendido, pero este silencio… me ha roto el corazón. Y por si algo faltaba, el anónimo que recibí anunciándome tu compromiso con Godo casi me volvió loco.*
>
> *Te deseo que seas muy feliz con él. Te devuelvo todos los besos y abrazos que me diste. Todas las promesas de amor que me hiciste, en lo alto de la torre y en tu huerto, quedan anuladas. Con las mías haz lo que más te guste. No te preocupes por mí; sabré salir adelante aquí en Cuba, donde pienso quedarme definitivamente para tratar de emprender una nueva vida que ya ha comenzado.*
>
> *Tuyo, que fui,*
> *Andrés*

Avisados por algún vecino, llegaron corriendo Ana y su hermano José que leyó la carta de Aranzadi en voz alta para que la oyera también sus padres, Ñin y Teresa.

—¿Que no les han llegao las cartas que estas dos mozas les han escribío?… ¿Que ellos sí les han escribío a ellas y aquí no han venío sus cartas?… —reflexionaba Ñin guiñando un ojo—. ¡Me cate en brevas! Esto va a ser cosa del «Noé» —soltó Ñin al tiempo que se daba un palmetazo en el muslo— ¡Le voy a cortar los güevos en cuanti lo vea!

—¿Cosa del Noé…? —dijo Ana.

—… Y seguro que también de Godo —terminó de decir Rosa.

—Mire usted señor militar…

—Teniente Gomis, mi señora.

—Mire usted, señor teniente Gomis —prosiguió Rosa—; estas

mozas les han escrito a sus respectivos novios, que están sirviendo en Cuba, no sé cuantísimas cartas de las cuales no se ha recibido ninguna respuesta. Se puede usted imaginar el dolor y la angustia de estas dos mujeres que no saben nada de ellos desde hace ya dos años. Ahora, en esta carta que usted, ¡bendita sea la hora!, nos ha traído, se nos dice que tampoco ellos tienen noticias de ellas. O sea que las cartas, ni han salido, ni se han recibido. ¿Dónde están esas cartas? Ahora resulta que el cartero, que no sabe ni leer ni escribir, y su señorito, que sí sabe leer, pretenden los amores de estas dos mozas. ¿Qué piensa usted que ha ocurrido?

El teniente Gomis tomó la carta de Aranzadi y comprendió a la perfección la razón de su presencia allí y qué era lo que se esperaba de él.

—¿Quién es el cartero y dónde está la cartería? —preguntó el teniente Gomis.

—Se llama Joselito, el Noé, y su señorito se llama Godo y los dos deben estar en la casa de dos plantas que hay en la plaza de la iglesia y…

—Espere usted un momento que yo le acompaño. ¡Voy a por una corvilla! —dijo Ñin muy decidido.

—Ni usted ni nadie se mueven de aquí. Sólo vamos a ir mis hombres y yo.

Cuando llegaron los soldados a la casa preguntaron por Joselito, el Noé; cuando este salió y vio a los soldados se asustó. El teniente Gomis le dijo:

—Sabemos que tiene usted secuestrada correspondencia que no ha sido entregada para su expedición y también correspondencia recibida que no ha sido entregada a sus legítimos destinatarios.

Aquellas palabras eran demasiadas para el Noé, así que cuando el teniente vio lo falto y flojo de mollera que era, le dio una orden clara y contundente:

—Deme usted todas las cartas que tiene escondidas. ¡Y las quiero ya!

—Yo..., yo no tengo ninguna; las tiene todas el Godo, las de su Antonia y las de mi Ana —dijo balbuceante y asustado.

—Pues lléveme a donde esté ese Godo.

—Se vengan conmigo.

El Noé, llevó al teniente y a los dos soldados al piso superior y entrando directamente en el dormitorio de Godo lo sorprendieron acostado y releyendo un montón de cartas.

—Godo, estos soldados vienen preguntando por las cartas de «tu» Antonia y las de «mi» Ana.

—¿Qué significa esto? —preguntó con viva y potente voz el teniente Gomis.

Godo se sobresaltó e intentó recoger inmediatamente el montón de cartas que había extendidas por la cama, por toda la habitación y en un cajón de madera.

—Yo… yo… no… Yo no sé nada de todo esto… Estas cartas son del Noé… él es el cartero; pregúntele a él, yo… yo no sé nada —balbuceaba Godo tirando al suelo las cartas que tenía en las manos queriendo desentenderse de ellas.

—A mí no me líes, Godo, que yo no sé leer ni escribir y tú siempre me dices lo que tengo que hacer y a quién tengo que llevarle las cartas.

—Yo no sé nada; el cartero es el Noé. Yo me voy a mi casa, a Murcia.

—De aquí no se mueve nadie. Usted, recoja todas estas cartas y métalas en ese cajón. Usted, registre toda la casa para ver si hay más correspondencia —ordenó el teniente a los dos soldados que le acompañaban.

Cuando todo estuvo recogido, el teniente fue a casa de Antonia.

—Señoritas, efectivamente las sospechas han resultado ser ciertas. Hay una gran cantidad de cartas procedentes de Cuba que no les han sido entregadas y otra cantidad dirigidas a sus respectivos novios que no fueron enviadas. Todas las cartas han sido profanadas y leídas por ese tal Godo y su compinche… Joselito, el Noé.

—Déjemelos a mí, que yo me encargo de ellos —le dijo Ñin blandiendo la corvilla.

—Usted va a estar quieto. A estos dos individuos los llevo detenidos al Gobierno Militar para que respondan por la comisión de varios delitos. Habrá que abrir una investigación y por eso nos llevamos todas las cartas, para proceder a su recuento y clasificación, y como pruebas inculpatorias. Posteriormente les serán devueltas. Señoritas, les garantizo la total confidencialidad de su correspondencia, y como tardarán algún tiempo en devolvérselas, les aconsejo que escriban ustedes a sus prometidos anticipándoles lo ocurrido. Yo enviaré el viernes a un soldado para que recoja sus cartas y me comprometo hacerlas llegar a su destino por medio de la valija militar.

El teniente detuvo a Godo y al Noé, y atándolos a una cuerda los llevó caminando detrás de su caballo, junto con una saca de correspondencia. Aunque todo se hizo con rapidez y discreción no se pudo evitar que la noticia se extendiera por el pueblo y muchos

vecinos salieron a la calle para ver la comitiva y abuchear a Godo por todos los abusos que les había perpetrado.

—¡Godo, cabrón, ¿te creías el rey del Rincón?!

—¡Godo, ya no vas a abusar más de nosotros!

—Que llamen a mi madre —pedía lloriqueando Godo.

Quisieron incluso tirarle objetos y verduras pero el teniente desenvainó el sable y ordenó a los soldados que se pusieran a ambos lados protegiendo a los prisioneros mientras Godo se ocultaba tras Joselito. Y así se los llevaron, andando y lloriqueando, hasta el Gobierno Militar de Murcia donde fueron encerrados en el calabozo.

Mientras, en Cuba, los heridos fueron evacuados al hospital militar de La Habana.

El capitán López-Egea tenía alojada una bala entre la vena aorta y el corazón. Los cirujanos no se atrevían a extraerla. Si no había infección y la bala no se movía de aquel lugar, podría vivir indefinidamente con ella en el cuerpo.

Gabriel tenía seccionada la clavícula Fue intervenido para reparar los músculos y unir el hueso. Tenía también otras heridas menores en todo el cuerpo que no revestían gravedad.

Cuando Andrés desvió la pistola, que el viejo mambí disparó sobre la cabeza de su capitán, la bala salió rozándole el parietal izquierdo, arrancándole un trozo del cuero cabelludo y parte del pabellón de la oreja. El fogonazo le quemó el cabello y algo de la mejilla izquierda pero lo más grave fue que la explosión le reventó el tímpano y le causó una hemorragia con agudos dolores y vértigos insufribles.

El incidente tuvo fuertes repercusiones. Lógicamente se produjo un gran revuelo político, pues aquello hacía evidente que las cosas no estaban tan tranquilas como se quería hacer creer a la población y que algo serio se estaba tramando en Cuba. Se abrió una investigación para esclarecer los hechos. Había muchas preguntas por responder: ¿De dónde salieron aquellas armas? ¿Quién las había pagado? ¿Cómo se había organizado aquél asalto tan en secreto? ¿Quién estaba detrás de aquella operación? Y así muchas más que se vieron incrementadas cuando el capitán Sanz, pieza clave para el esclarecimiento de la investigación, cuando iba a ser interrogado, apareció ahorcado en su celda en un aparente suicidio, tan burdo, que no había ninguna silla ni mesa en la celda para que pudiera haberse ahorcado él solo. ¿Quién lo había hecho? Nunca se llegaría a conocer ese misterio.

Los demás prisioneros eran gentes sencillas que habían sido embaucados con frases e himnos patrióticos y con promesas de

libertad y de propiedades.

Todo apuntaba a que adinerados propietarios de ingenios, y profesionales —algunos exiliados en los Estados Unidos—, habían sido los conspiradores y financieros de la intentona.

Varios miembros de las familias más reconocidas de Trinidad se vieron bajo sospecha, pero el círculo de hierro de la masonería actuó con todo su enorme poder, protegiendo a sus miembros. Fue imposible demostrar, fehacientemente, la intervención de algunos de sus hermanos en los hechos.

Estaba claro que el objetivo era armar a un buen grupo de gente y provocar un levantamiento general creando una franja que dividiera la isla en dos mitades, uniendo Trinidad con Matanzas, y nombrar un gobierno provisional que sería inmediatamente reconocido por Estados Unidos. Esa era la condición impuesta por los estadounidenses, para poder intervenir, militarmente, en defensa de sus súbditos y de sus propios intereses económicos en la isla, así como la excusa de proteger los derechos de los habitantes del nuevo Estado reconocido, que además iba a solicitar su anexión. Aquella era la forma convenida por las distintas logias masónicas para justificar la intervención norteamericana sin provocar las suspicacias de Inglaterra y de Francia, arrancando así a España sus joyas más preciadas: Cuba y Puerto Rico.

En el Rincón de Seca, un inicio de alegría volvió a aparecer en los rostros de Antonia y de Ana que rescataron del rincón del olvido los bastidores de bordados y los mundillos, con su carga de hilos y de bolillos, que, con los movimientos malabares de sus ágiles dedos, volvieron a tomar vida y a elaborar los blancos y delicados encajes y puntillas que esperaban adornar los juegos de cama de aquellos ajuares de boda tristemente interrumpidos.

Pero un temor y una pena anidaron en el fondo del corazón de Antonia, y era la frase final de la carta de Andrés:

«… para tratar de emprender una nueva vida que ya ha comenzado».

Le urgía que la carta que había escrito a Andrés le llegara enseguida para que comprendiera todo lo que había sucedido y que seguía amándolo tanto o más que cuando él se marchó.

Andrés y Gabriel se restablecían de las heridas, aunque Andrés quedaría sordo de su oído izquierdo y Gabriel no volvería a poder usar su brazo izquierdo.

El brigada Aranzadi fue personalmente a llevarle al hospital la carta de Antonia que llegó con la valija militar, y a leerle el informe que el gobernador militar de Murcia le había enviado a su

compañero de Sancti Spíritus donde daba explicaciones del delito descubierto y de que se había detenido a los responsables, al considerar que se había secuestrado e intervenido correo con destino a una unidad militar.

La carta de Antonia la comenzó a leer Aranzadi con entonación castrense, como si de un parte de guerra se tratara, pero fue doña Mercedes la que volvió a releerla con la entonación enamorada que procedía. Andrés se emocionó al escuchar las palabras y las renovadas promesas de amor que Antonia le hacía y desde entonces, doña Mercedes y Antonia, aun sin conocerse, se hicieron amigas tan sólo por esa afinidad de sentimientos que une a los espíritus nobles y enamorados donde quiera que ellos se encuentren.

Pedro también recibió la carta de Ana y se turbó muchísimo: luchaba entre dos amores. Pedro ya había dado por finalizada su relación con Ana y así se lo había hecho saber en la última carta que le escribió. Pilar había ocupado el hueco que Ana había dejado. Pilar lo amaba y estaba allí: ella era una realidad palpable. Pedro había decidido no regresar a España, ¿para qué…?, nadie lo esperaba, ni había ningún proyecto de vida que continuar; allí era un pobre, un don nadie. En cambio Cuba le abría sus brazos y le brindaba la oportunidad de una nueva vida. Pero la carta de Ana le dolía en su interior. Ana no había dejado de amarlo, ella le había sido fiel, era inocente, al igual que lo era él. Pero él había dudado a causa de aquel fatal anónimo y del silencio.

Gabriel fue el afortunado que recibió dos cartas: una de su madre y la otra… ¡nada menos que de Choni! La carta de Choni era una carta alegre y jovial. Le hablaba de las cosas del pueblo, de los últimos acontecimientos, de lo que se comentaba sobre ellos. También le contaba cosas de su hija Esperanza: «Gracias a las palabras que me dijiste aquella tarde en que yo deseaba morir. Gracias a las promesas que me hiciste y a la fe que pusiste en ellas… yo las creí. Por ellas deseé tener esta hija que es tan bella como inocente, que tanto ha cambiado mi vida y tanta alegría me está dando. Te encantará cuando la conozcas, porque las dos te debemos la vida». Aquellas palabras calaron profundamente en el corazón de Gabriel y se entristeció al verse con el brazo izquierdo colgando. ¿Cómo podría volver a trabajar para mantener una casa y una familia? Era un inútil; un tarado.

Andrés preguntó por Cachita en la primera visita que Pedro y Ginés le hicieron en el hospital. Le dijeron que tanto Ofelia como Cachita se habían marchado a vivir a Santiago de Cuba.

En el periodo de convalecencia Andrés y Gabriel volvieron a

salir a pasear por La Habana. Una tarde, estaban en una concurrida bodega, cerca de la Catedral, cuando unas fuertes risas y una voz hicieron que Gabriel prestara atención a la conversación que se mantenía en una mesa próxima.

—Esa voz me resulta conocida.

—Sí, a mí también me resulta familiar esa voz tan fina y con tantas eses..., me es desagradable.

—Eso mismo me pasa a mí, pero no caigo a quién me recuerda.

—Vamos a ver qué se cuece ahí.

Se acercaron a la mesa donde se jugaba una animada partida de cartas. La voz conocida procedía de un hombre bien trajeado, con barba corta, que trataba de ocultar una cicatriz que desde la comisura de la boca hasta casi la oreja izquierda le cruzaba la cara. Jugando en la mesa estaba también el bodeguero, y cuatro personas más que, por sus atuendos y por la familiaridad con la que se trataban, bien podían ser pequeños comerciantes de la zona. Se pujaba relativamente alto y un corro de curiosos seguía la partida con interés comentando la buena suerte de aquel forastero bien trajeado que decía llamarse don Gaspar y ser representante canario de maquinaria para las fábricas de tabaco.

Don Gaspar llevaba una variada cantidad de joyas de oro encima. Una cadena gruesa con varios anillos, camafeos y pendientes colgaba del cuello por su camisa entreabierta, y en ambas muñecas lucía varias pulseras y esclavas. No paraba de hablar y de reír, haciendo alarde de que todas aquellas joyas eran «trofeos amorosos de guerra» que le habían regalado las múltiples amantes que había tenido en todas las ciudades de España y parte del mundo. De vez en cuando, le preguntaban sobre alguna de las joyas y él, sin pudor alguno, contaba la historia. Con aquella conversación tenía encandilada a la audiencia que estaba más pendientes de sus historias que del juego.

Gabriel miró la muñeca del individuo y vio una esclavita de oro en cuya placa tenía grabada la palabra CHONI. Andrés y Gabriel se miraron y asintieron. No había duda, aquel sinvergüenza era el de Elche, el que había seducido a Choni, y aquella esclava era la que ella llevaba siempre.

Alguien del corro le preguntó:

—¿De quién era ese camafeo?

—Sí, don Gaspar, cuente usted la maravillosa historia de ese camafeo —le animó uno de los espectadores.

—¡Ah! Este camafeo era de una joven y desconsolada viuda, de Santander. ¡Dios, cómo la recuerdo! Era una mujer apasionada en

extremo. Una amante insaciable.

—Y seguro que la viudita tendría una abultada fortuna, además de un buen cuerpo —prosiguió el que le había animado a hablar.

—Sí, efectivamente, el marido le dejó una abultada fortuna de la cual vivimos opíparamente durante doce meses. También le dejó un hijo… pero yo no cargo con los «paquetes» que otros han encargado.

La gente reía aquellas gracias. Andrés y Gabriel estuvieron observando y se dieron cuenta de que las preguntas casi siempre las formulaba el mismo espectador de entre el público, y cuando esto ocurría, Gaspar dejaba las cartas sobre el tapete y se reclinaba hacia atrás en la silla para contar la historia. Las manos abandonaban la mesa hasta que, una vez terminada de contar la historia, volvían a ella. Otro espontáneo preguntó por una cadena gruesa pero esa vez don Gaspar no quiso responder y perdió la jugada.

La partida terminó con la promesa de volverla a reanudar al día siguiente, a la misma hora.

Andrés y Gabriel se interesaron por el personaje, y el bodeguero les contó que el simpático don Gaspar había aparecido por allí hacía un par de semanas y que todas las tardes se dejaba caer para jugar una partida de cartas y, como él mismo decía, aligerarle los bolsillos de dinero para luego ir a jugárselo en las timbas que se organizaban hasta altas horas de la madrugada con los ricachones del Círculo Mercantil.

—Este es el canalla que engañó a Choni —dijo indignado Gabriel.

—Sí, es el mismo fulano que decía ser de Elche, aunque ahora lleva barba para disimular ese tajo que le cruza la cara.

—Tenemos que denunciarlo.

—No sería buena idea. ¿Qué conseguímos con eso? Aquí sería nuestra palabra contra la de él y habría que volver a involucrar a Choni en toda aquella historia, ahora que, por lo que te dice en su carta, ya lo ha superado. Y además ¿de qué lo denunciamos? ¿De haberse fugado de forma consentida con una menor?… Mientras todo este asunto se remueve, el «pájaro» volvería a desaparecer y nosotros quedaríamos como tontos. No, no sería inteligente el hacerlo así.

—Llevas razón, pero yo no me voy a quedar sin darle a ese canalla su merecido.

—Lo haremos de la siguiente manera: ¿has visto que siempre que hay una puja fuerte es porque alguien le pregunta por la historia de alguna de las joyas y que siempre es el mismo el que le

pregunta?; ese es su compinche que está por detrás viendo las cartas que tienen los demás. Formulando las preguntas tiene alguna manera de descubrirle la jugada que lleva el contrario y luego, cuando se retira hacia atrás apartando las manos de la mesa y tiene distraídos con la historia a los otros jugadores, es cuando debe hacer el cambio de cartas. Mañana le daremos una lección con sus propias armas. Prepara dinero que mañana jugamos.

—¡Mañana me juego la paga de toda la mili, todo lo que tengo y hasta mi alma si hace falta!

La tarde siguiente aparecieron por la taberna y cuando se iba a organizar la partida Gabriel dijo:

—Aquí hay dos personas más que quieren jugar.

Don Gaspar miró con desprecio a los dos soldados.

—¿Quiénes? No veo a nadie ¿Acaso vosotros dos, soldaditos lisiados?

—Pues sí, nosotros dos, lisiados y todo.

—No tenéis dinero suficiente para jugar con nosotros —dijo despectivo don Gaspar—. Empecemos, señores, que se nos hace tarde.

—Nuestro dinero es tan bueno como el de todos ustedes —respondió Andrés soltando sobre la mesa una abultada bolsa.

—Hombre, si ellos quieren jugar tampoco podemos negárselo —dijo el tabernero engolosinado con la visión de aquel dinero fácil.

Gaspar miró receloso a los dos soldados y se propuso quitárselos de en medio.

—No, no quiero que se diga por ahí que don Gaspar del Río se ha dedicado a desplumar a dos pollos lisiados. ¡Comprendan que tengo que velar por mi reputación!

Aquella salida fue fácilmente celebrada por el público que ya se había congregado en torno a la mesa. Gabriel no se amilanó y con una sonrisa burlona, mirándole a los ojos y sacando de sus adentros el mayor acento chulesco le espetó:

—No se preocupe usted por su reputación, don Gaspar, que está bien asegurada. Estos pollos lisiados, como usted dice, ya se han comido más de tres gallos y sólo les falta desplumar hoy a una gallina cacareadora. Si es que la gallina no huye, ¡claro!

Aquellas desafiantes palabras cayeron como un bombazo y todos los ojos se clavaron en don Gaspar que miraba a Gabriel con encendido odio. Pero salió de aquella situación y esbozando una sonrisa, dijo burlonamente:

—Bueno, pues en ese caso todos ustedes han sido testigos de que ya les advertí del riesgo que corrían, pero también les digo y les

prometo, que voy a desplumar a estos dos ingenuos pollos y me voy a comer sus crestas para cenar esta noche. Comencemos la partida.

Las primeras manos fueron de tanteo y ni se perdía, ni se ganaba gran cosa, hasta que Gabriel consiguió reunir un trío de reyes. Dejando las cartas sobre la mesa dijo:

—Ande, don Gaspar, cuéntenos la historia de esa esclavita que tiene en su muñeca y que pone CHONI.

—No. Esa es una de mis mejores historias y no la cuento nunca.

—Pues alguna vez tendrá que ser la primera, digo yo. ¿O acaso es la esclava de su hermanita?

Gaspar se removió de su asiento y miro a Gabriel con los ojos entornados y apretando los dientes mientras Gabriel volvía a retomar sus cartas y las repasaba sin hacerle el menor caso.

—Sí, don Gaspar, no se corte y cuéntele al soldadito esa historia, seguro que nos va a gustar —dijo el compinche que había pasado por detrás de Gabriel y le había visto las cartas.

—Está bien, si tanto insiste… —dijo don Gaspar echándose sobre el respaldo de la silla y dejando las cartas sobre la mesa, como siempre hacía—. Esta esclava era de una joven fantasiosa que fue mi novia durante unos días. ¡Por Dios que era joven, guapa, y tenía un cuerpo escultural! Aún la recuerdo. Su padre, un rico tendero de pueblo, casi me la entregó en bandeja. Ya nos veía casados y yo al frente del negocio familiar; pero yo no soy «pollo capón» —dijo esto mirando a Gabriel—, yo soy gallo de muchos gallineros. Nos fugamos, pero aquello sólo duró dos días. No fueron los mejores de mi vida, pero fueron los más excitantes. Recuerdo que estaba asustada y se resistió llorando y suplicándome. La muy ingenua no tenía ni idea de lo que le iba a ocurrir..., pero luego… ¡Ah!; fue mía.

Aquellas palabras levantaron algunas burdas sonrisas de aprobación, y también silencios de desagrado hacia la persona de don Gaspar; al fin y al cabo muchos de los presentes tenían hijas o hermanas de la edad que podría tener aquella Choni y no querían imaginarlas en semejante situación.

Gabriel y don Gaspar se enzarzaron en un desafiante silencio de fieras miradas. Don Gaspar, conociendo la jugada que Gabriel llevaba, se sabía ganador. Iba a machacarlo.

Cuando empezaron las pujas previas las hicieron por lo alto. Todos se fueron retirando de la jugada al ver que aquello era un mano a mano entre Gabriel y don Gaspar.

—Le toca a usted pujar, «pollo».

—Efectivamente, y me voy a jugar mi resto. Apuesto todo lo que

tengo, sin mirar, contra esa esclava de su «hermanita» que pone CHONI.

—Soldado, no me haga enfadar, ya le dije que no era mi hermana. Además acepto su resto pero contra igual cantidad. La esclava no me la juego.

—Lo siento pero la apuesta la he abierto yo con mi resto, y siendo el valor del mismo superior al valor de la esclava sólo tiene dos opciones: o la ve, o… se va. O es gallo, o… es gallina.

Aquella última frase de Gabriel levantó rumores que se extendieron por todas las mesas y unos cuantos soldados se acercaron a la misma al ver a un compañero de Sanidad jugando con aquel señorito presumido y peleón.

El duelo de miradas de Gabriel y de don Gaspar seguía impertérrito, con un rictus de sarcasmo en sus bocas. Los dos se sabían ganadores.

—Acepto la puja. Te voy a desplumar, pollo y, lo dicho, hoy me ceno tu escasa cresta.

—No cacaree más y ponga la prenda sobre la mesa.

—He dicho que la acepto y yo sólo tengo una palabra.

—La prenda sobre la mesa —insistió con firmeza Gabriel.

Don Gaspar dio un manotazo e hizo amago de levantarse de la silla, pero las manos poderosas de dos soldados se posaron sobre sus hombros y lo volvieron a sentar al tiempo que le decían:

—No se sulfure usted, amigo, nuestro compañero lleva razón, las reglas dicen que sólo son apuestas las que están encima de la mesa.

Gabriel levantó la mirada para ver a aquellos soldados: eran Requena y Ginés que habían regresado con su compañía a La Habana. Un sobresalto de alegría y de ánimo invadió a Gabriel y a Andrés al ver a sus amigos allí. Se sentían más seguros con ellos.

—Lleva razón el soldado, las apuestas deben estar encima de la mesa —apostilló el bodeguero.

Don Gaspar se quitó lentamente la esclava y la arrojó encima de la mesa junto a la bolsa de Gabriel.

—Terminemos de una vez con esta farsa que me está aburriendo. ¿Qué llevas, soldadito?

—Trío de reyes.

—Has perdido «pollito capón» yo llevo trío de ases —dijo don Gaspar con una sonrisa burlona.

Cuando don Gaspar puso la mano derecha sobre sus cartas para mostrarlas, Gabriel gritó: «Un momento…», y dando un fuerte golpe clavó su bayoneta en el dorso de la mano de don Gaspar que, atravesándola junto con sus cartas, quedó clavada sobre la mesa de

madera.

El grito de dolor fue terrible y los asombrados ojos de los asistentes se llenaron de espanto. Andrés se había levantado al mismo tiempo y con su bayoneta puesta bajo el cuello del compinche de don Gaspar lo inmovilizó.

—Un momento y haya tranquilidad —volvió a repetir Gabriel—. A ver, señor bodeguero, por favor, cuente usted todas las cartas que hay aquí encima de la mesa y diga usted las que faltan. Y tú, don Gaspar, o acaso Anselmo, o acaso Charly para la Guardia Civil, no grites tanto que en vez de gallina pareces un cerdo degollado.

—¡Me estoy desangrando!

—Sí, ya lo veo, como un cochino cerdo —respondió Gabriel impasible.

El bodeguero contó las cartas y dijo que faltaban el as de espadas, el cuatro de copas, el cinco y el dos de oros, y el siete de bastos.

—Luego, debajo de la mano de «don Gaspar» no puede haber un trío de ases, ¿cierto? —preguntó Gabriel.

—Imposible —respondieron el bodeguero y varios de los compañeros de juego que empezaron a comprender lo que había ocurrido.

—Veamos entonces las cartas que hay bajo la mano de don Gaspar, o don Anselmo, o… ¿acaso Charly?

Gabriel desclavó la bayoneta y el bodeguero tomó las cinco cartas que estaban ensartadas debajo de la mano de don Gaspar. Había tres ases un cinco y un siete, luego había seis ases encima de la mesa. Miraron en los bolsillos, en las mangas y entre los pliegues del forro de la levita de don Gaspar. Allí estaban las cartas que faltaban junto con otra colección de ases, reyes y damas, así como un buen fajo de billetes y un diminuto revolver al que no pudo acceder.

Gabriel tomó de la mesa la esclava de Choni y dijo:

—Señores, yo me cobro la prenda apostada y el dinero que he jugado con este tramposo. Tomen ustedes la cantidad que hayan perdido y usted, señor bodeguero, sirva una ronda a todos los presentes, que invito yo, y tres más que va a pagar aquí el tramposo don Gaspar, Gallo Desplumao. Las joyas sacadas con tan malas artes, propongo que sean entregadas en el torno del convento de la Inclusa.

—Sí señor, aprobado por unanimidad, y, señores soldados, a estos dos tramposos échenmelos ustedes a la puta calle. Que no volvamos a verlos jamás por aquí. ¡Hoy también invito yo! —dijo el

bodeguero.

Aquella noche, los cuatro amigos cogieron la mayor borrachera de sus vidas, sabiendo que pronto se despedirían. A Gabriel y a Andrés los iban a licenciar debido a las heridas. Su temor era que lo hicieran allí, en Cuba, en cuyo caso tendrían que buscarse y costearse un pasaje para poder volver a la península.

Una noche, don Baldomero López-Egea y su esposa doña Mercedes del Campo, invitaron a cenar a Andrés y a Gabriel, en su casa de La Habana. Después de la cena el capitán les dijo:

—He estado hablando con el coronel médico del tribunal militar que va a presidir vuestro caso de invalidez. Os van a declarar inútiles para el servicio. Le he recordado el heroico comportamiento que figura en vuestra hoja de servicio, de lo cual él ya era conocedor, y me ha prometido que os va a remitir al hospital militar de Cartagena, en España, con una carta de recomendación para que seáis licenciados allí, en la península, en vuestra casa.

—Muchísimas gracias, mi capitán.

—Muchísimas de nada. Yo también estoy «tocado» y esta bolita de plomo que llevo junto a mi corazón, es como una espada de Damocles que gravita sobre mi cabeza. Así es que estoy esperando a que llegue mi ascenso a comandante y voy a pedir la excedencia. He decidido montar botica. Al principio pensé hacerlo en Caravaca de la Cruz, pero mi mujer me ha convencido para que lo haga en Murcia. Necesito de vosotros un gran favor, y es que me busquéis un buen lugar en Murcia donde construir mi casa y la botica.

—Por supuesto mi capitán. Seguro que encontraremos un buen lugar y nos alegra mucho el tenerlos a ustedes en Murcia.

—El gusto va a ser mutuo —respondió doña Mercedes.

—Por supuesto, contamos con vosotros para todo, incluso para que trabajéis conmigo en la botica, si así lo deseáis.

Todo salió como lo había previsto el capitán: Andrés y Gabriel, fueron embarcados para España con destino al hospital militar de Cartagena, a la espera de que un tribunal médico dictaminara allí sobre su situación militar.

El reencuentro de Antonia y Andrés fue en la avenida de la estación de ferrocarril de Cartagena. Era una mañana de mayo y las acacias del paseo de la estación estaban cuajadas de mimosas amarillas que ahuyentaban la mala suerte. Se vieron venir desde lejos, y en una loca carrera devoraron la distancia que los separaba. Se fundieron en un larguísimo abrazo que dio cobijo a las lágrimas y a los besos.

Juan alquiló una habitación, en una casa de la calle del Alto,

para que Antonia, acompañada de Rosa, pudiera estar más tiempo con Andrés y con Gabriel.

Tenían que recuperar el tiempo perdido.

* * * * *

Cuando el abuelo terminó con la narración de aquella noche, el silencio era absoluto.

—Qué historia más hermosa. Cuánto sufrimiento y cuánta maldad —dijo Candela.

—Y cuánta bondad también —corrigió la abuela.

—¿Y qué fue de Pedro y de la pobre Ana? —preguntó Ana.

—Eso lo veremos más adelante —respondió el abuelo.

—Y si no había más balas en el fusil de Gabriel, ¿de dónde salió aquella que mató a Críspulo? —preguntó Daniel.

—Nadie lo sabe, ni siquiera él mismo se lo explicaba. Juró y perjuró que había disparado todo el cargador y que apretó el gatillo sin saber por qué lo hizo.

—Quizá la bala salió de otro fusil.

—No, no salió de otro fusil; salió del suyo —dijo Antón que hasta entonces había estado escuchando sin decir nada.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Candela.

—Porque la vaina de aquella bala es esta —dijo Antón al tiempo que la sacaba de la cadena que llevaba colgada al cuello—. Gabriel la guardó toda su vida, y ahora la guardo yo, que soy su biznieto.

—Alucino… ¿de forma que tú eres el biznieto de Gabriel? —dijo boquiabierto Daniel.

—Así es —le contestó el abuelo.

—De todo esto se puede escribir una novela —le dijo Ana a Candela.

—Sí, ya estoy en ello. ¿A que es alucinante?

—¿Alucinante?… ¡Es fascinante!

La historia terminó y todos se retiraron a dormir. El abuelo permaneció allí un rato más; necesitaba relajarse escuchando los sonidos de su huerta. Aquella noche todas las voces estaban alborotadas: las ranas competían con los grillos en sus cantos amorosos y la lechuza revoloteaba, torpemente, persiguiendo a los topillos. Las aguas de la acequia bajaban dando trompicones, como si una fuerte trifulca hubiese entre ellas y los *partiores*.

Noche 12ª

Cuando llegó la noche ya estaban todos sentados en el porche; todos menos Candela y la abuela, que aún trajinaba por el interior de la casa. La abuela apareció por fin y dijo:

—Ya podemos comenzar.

—¿Y Candela? ¿Dónde está Candela? ¿Qué objeto me vais a mostrar hoy? —preguntó el abuelo.

—Mira detrás de ti.

Él se volvió, y en el quicio de la puerta estaba Candela, sonriente y vestida con un traje de novia huertana. Manuel apenas pudo contener una emocionada expresión. La abuela tomó a Candela de la mano y le hizo dar una vuelta delante de todos.

—¡Ay! ¡Qué bonica está!, ¿verdad que parece una novia? —exclamó emocionada Fuensanta.

—Sí, está preciosa con ese vestido; no le falta detalle. Es el vestido de boda de Antonia y le sienta perfecto. Debió de ser tan alta como ella.

El abuelo se quedó un momento pensativo, mirándola. Entró entonces en la casa y regresó con una fotografía que mostró a Candela; todos se arremolinaron en torno a aquella vieja fotografía que el tiempo había vuelto amarilla.

—Esta es una fotografía de Antonia y de Andrés. Antonia llevaba ese mismo vestido. Fijaos cómo se parecen.

—Es cierto, se parecen muchísimo, y si a Candela le hacen ese mismo peinado seguro que es igual que Antonia —respondió Ana.

Manuel tomó de las manos a su nieta mayor y dándole un beso en la frente la ayudó a sentarse en su mecedora.

—Hoy eres tú la que se sienta en esta mecedora.

El abuelo contemplaba la foto y a su nieta; cerró los ojos y, como enredándose por el aire, escuchó un murmullo del tiempo.

* * * * *

Era el domingo 6 de octubre de 1861 y en el pueblo del Rincón de Seca se celebraba la víspera de la festividad de Nuestra Señora la Virgen del Rosario. El día se despertó con una hermosa y limpia

mañana. Desde el amanecer, la casa de Juan Parra era un bullicio de trasiegos, risas y alborozos: a Antonia la estaban vistiendo. Se casaba ese día.

—Decidle a mi hermano Francisco que no tire más cohetes que me estoy aturullando con los sobresaltos —se quejaba Antonia—. ¡Ay madre! ¿Y el día de tu boda estabas tan nerviosa?

Todos se reían de los nervios de Antonia. Ya llevaba puestas las siete almidonadas enaguas blancas —una por cada día de la semana — para que le ahuecara bien el refajo de novia. Las enaguas estaban adornadas con tres filas de alforzas y, en la parte baja, una tira bordada, ancha y fruncida, con pasacintas y cintas del color del refajo. La camiseta era con escote de pico. Las medias de seda blanca atadas con las ligas del mismo color. Tenía ya puestos los zapatos para no tener que sentarse y ajar las enaguas. Los zapatos blancos, de piel de cabritillo, se los había comprado su padre —los mandó hacer a aquel zapatero de San Nicolás, Lorenzo Fortún, el Fortunilla, que conoció aquella tarde en el café del Sol, en el Arenal.

—Ya no me hacen daño los zapatos, madre.

—Claro hijica, eso ha sido por las crillas que les puse para que se ablandara la piel y ensanchara.

Su largo pelo negro estaba peinado con moño de picaporte formado por dos trenzas de diez ramales tejidas a modo de pleita y atadas en su mitad con una cinta de raso negra. Se sujetaba con una peineta de plata repujada, agujones y horquillas. Un pomo de flores adornaba el peinado. La raya a un lado, y unas ondas, marcadas con tenacillas calientes, conformaban su cabeza dejándole la frente despejada. Llevaba en las orejas unas arracadas de oro que le regaló doña Mercedes cuando se pidió la mano de Antonia para Andrés, y en el cuello, en una sencilla cinta de terciopelo negro, una cruz de Caravaca que le regaló Tona, la Camporra. En la muñeca un rosario con las cuentas de cristal regalo de don Serafín, el párroco, y en el escote, un pequeño pomo de flores prendidas con la mariposa de plata y alas con piedrecitas brillantes —la de los dos besos del día de la torre.

De una bolsa grande, de fino tejido de hilo blanco, sacó Rosa el refajo de su hija. Era de seda, en color palo de rosa —y no la basquiña de color negro como solía ser la antigua costumbre—. La pieza de tejido se la regaló don Joaquín Valence, director de la fábrica de la seda Valence y Sobrinos, amigo de Juan Parra. El refajo lo había confeccionado la propia Antonia y estaba profusamente bordado con hilos de colores, de plata, y con pedrería

y perlas, formando figuras de mariposas y gusanos de seda. Un vestido digno de una reina. No se había visto nada igual en el Rincón de Seca.

En la barraca de Andrés, Lucía y sus hijos le habían ayudado a vestirse. Desde que Andrés volvió de Cuba, ellos se habían encargado de atenderlo. La barraca siempre estaba limpia y a las labores de la huerta le ayudaba Antón que, pese a su juventud, ya se había convertido en todo un respetado huertano. Los viejos del lugar decían que veían en el muchacho a Vicente, su padre, con las hechuras de sus maestros Andrés y Enrique. Antón se hacía querer por su nobleza y buena disposición. No dudaba en echar una mano a todo vecino que se lo pidiera, como hicieron con él; porque en la huerta de Murcia, el honor y el amor, con honor y con amor se pagan.

Don Baldomero y su esposa, doña Mercedes, pasaron a recoger a Andrés en una calesa. Doña Mercedes era la madrina de Andrés.

Gabriel llegó a casa de Antonia y le hizo entrega de un ramo de flores con azahar. Esa era la señal de que Andrés ya había llegado a la iglesia y que allí la estaba esperando. Andrés y Antonia habían decidido cambiar la costumbre, que era la de que el novio iba a la casa de la novia para salir juntos caminando hacia la iglesia. Quisieron que fuera Juan el que acompañara a su hija por todo el pueblo y la subiera hasta el altar y que Rosa los acompañara del brazo de su hijo Francisco.

Rosa, por último, le colocó a su hija, sobre los hombros, cubriéndole la cabeza, el cintón de raso negro con tramos intercalados de terciopelo y azabache. Al hacerlo no pudo evitar que las lágrimas afloraran a sus ojos y apretando los labios para no romper en llanto le dijo:

—¡Ea, hija!, vamos que el novio espera.

Antonia se arrodilló frente a su padre y este, emocionado, le dio su bendición para salir de su casa, para crear su propia familia.

Francisco había preparado el cabriolé descapotado que las amigas de Antonia habían adornado con cobertores y flores. Al joven Cascabel le pusieron los aparejos bien lustrados y todas sus campanillas y atalajes relucían como si fuesen de oro. El caballo tiraba del carro mostrando su mejor paso, alegre y gallardo, exhibiendo a la novia por todo el pueblo, camino de la iglesia.

Andrés esperaba al pie del altar la llegada de su amada. Cuando las puertas de la iglesia se abrieron, de par en par, y en medio de ella apareció Antonia, el corazón de Andrés se desbocó de emoción. Estaba bellísima y radiante, entrando despacio del brazo de su

padre. Al llegar al altar Juan le cedió a Andrés el brazo de Antonia al tiempo que le decía para que sólo él lo oyese:

—Como una vez te prometí: ante Dios, en su iglesia y frente a los hombres, te entrego a mi hija como esposa, y a ti, como hijo te recibo.

Andrés no se esperaba aquellas palabras de Juan —aunque las recordó de cuando él se las dijo aquella tarde de San José, en la que le pidió permiso para visitar a Antonia— y tragándose el nudo de emoción que se le había formado en la garganta, atinó a reaccionar diciéndole:

—Y yo como compañera y esposa la recibo, y a ustedes, como hijo me entrego.

Juan hizo un gesto de satisfecho y emotivo asentimiento ante aquellas palabras de Andrés que, dichas por un huertano y en medio del altar, tenían mucho más valor que las propias leyes.

La iglesia estaba a rebosar y la gente, que no cupo dentro de ella, siguió la boda desde la calle. La ceremonia fue de las que hacen historia. En el coro la rondalla tocó y cantó hasta desgañitarse y don Serafín, que vio su iglesia más llena que en una misa de gallo, se animó, se creció, se echó para adelante, se vino arriba, y se explayó en tal sermón, hablando del amor, de la familia, del matrimonio y su débito conyugal, —y hasta de la patria—, que se removieron los cimientos y retemblaron las baldosas de la iglesia; incluso algunos matrimonios que andaban entre ellos «tibios», ese día se calentaron bien recalentadicos… y de aquel sermón aún se acordaban, algunas parejas, nueve meses después.

Allí estaba el pueblo entero, más los forasteros de la Arboleja que no le quitaban ojo a las mozas del lugar. Pocos fueron los que faltaron a la ceremonia, pero el más añorado de todos fue Pedro que envió un telegrama, junto con el brigada Ignacio Aranzadi y con Requena, que se leyó desde el altar al terminar la ceremonia.

DESDE ESTE LEJANO RINCÓN DE NUESTRA ESPAÑA
BRINDAMOS POR VUESTRA FELICIDAD UNIDOS A TODOS
VOSOTROS STOP QUE DIOS OS BENDIGA STOP PEDRO STOP
REQUENA Y ARANZADI.

Gabriel y Ginés fueron los testigos del novio y Ana y Choni lo fueron por parte de la novia.

Al principio se pensó en hacer el convite en casa de la novia, como era la costumbre, pero Juan Parra quería que todos compartieran su alegría. Al final se habilitaron largas mesas en la plaza de la iglesia y allí mismo se celebró el mayor ágape de la historia del pueblo. Todos los vecinos participaron sacando sillas,

mesas y manteles. Las paellas, las morcillas, longanizas, morcones, lomos, chuletas, magra con tomate, tortillas, zarangollos, pistos, y demás viandas, corrían sin parar por las improvisadas mesas. El pan lo regaló la tahona de Carmen la Posi, que hacía un año que había regresado al pueblo casada con un pariente de su padre del cual heredó, junto con el mal carácter, el apodo de, el Verdiales. El buen vino de Yecla y de Jumilla se trasegaba con generosidad por las gargantas. Don Serafín, el párroco, estaba feliz y contento de ver la convivencia que había entre todos sus feligreses. Tan animado estaba que cuando un grupo de alegres jóvenes —que también se habían entusiasmado con el sermón conyugal que don Serafín les había echado—, se pusieron a gritar: «¡Que hable el cura! ¡Que hable el cura!», se levantó emocionado y alzando los brazos al cielo, con un porrón en su mano derecha y un trozo de morcón en la izquierda, gritó: «¡Viva la Virgen de la Fuensanta! ¡Vivan san Joaquín y santa Ana! ¡Viva mi pueblo! ¡Viva la novia y viva la madre que la parió!». Aquello fue ya el colmo; los vivas y los aplausos se escucharon hasta en el vecino pueblo de Puebla de Soto. Claro que, al día siguiente, cuando al bueno de don Serafín ya se le había pasado la euforia del jumillano, se marchó a Murcia diciendo: «Tengo que ir a ver al médico». Sus monaguillos lo tradujeron como: «Tengo que ir a confesarme».

Las *tortás* de merengue las encargó la madrina, doña Mercedes, en la afamada pastelería de Alonso, en Murcia, y fueron tantas las que hubo que hasta algunos días después los zagales del pueblo aún las comían de postre en sus casas.

Escolástica, la Campana, disfrutó dándole trabajo a su único diente, y cuando el jumillano le aflojó la lengua —para lo cual no hacía falta mucho jumillano—, comenzó a perseguir a su exnovio Bonifacio y a cantarle coplillas para ver si se arrancaba a bailar con ella o a llevarla a la vicaría.

Ven conmigo, Bonifacio
Que quiero darte un abrazo
Méteme la manecica
Por debajo del refajo.

En la fiesta, Ana se sentó junto a Ginés para que le volviese a contar cosas de Cuba y hacerle las eternas preguntas: ¿Por qué se había quedado Pedro en Cuba? ¿Qué razones había para que Pedro decidiera quedarse allí cuando lo licenciaron y asociarse con Requena? ¿Cómo era Pilar? ¿Se había casado? Ginés se esforzaba en explicarle, y darle razones a Ana, sobre la responsabilidad que

había pesado en la decisión de Pedro. Para un hombre hay razones y sacrificios que pesan más que el corazón, aunque para el amor no haya razones de peso, y le volvió a contar a Ana que fue el silencio epistolar y especialmente aquella carta anónima, tan demoledora, lo que motivó su decisión. Le dijo que Pilar había sido en Cuba el paño de lágrimas de Pedro y que ella le había dado mucho más que su amor. Pedro estaba atrapado, no podía decirle «adiós» a Pilar. Además él no tenía nada que ofrecerle a Ana, únicamente su pobre persona. No era nadie. No tenía familia, ni fortuna, ni medios de vida. No tenía tierras. Ni siquiera era huertano.

—Eso a mí no me importaba. Sólo me importaba él —respondió Ana a punto de llorar.

—Sí, ya lo sé, pero… él quería poder ofrecer algo más que su pobreza y Cuba le abría las puertas y sus brazos.

—Qué daño tan grande puede llegar a hacer un loco como Godo con un poco de poder.

—Sí, eso es cierto: un loco con poder es lo más peligroso que existe. Esa es la mejor definición de un tirano. Y encima ha sido el pobre tonto del Noé el que ha pagado por todo.

—Por mucho que les hagan, no podrán pagar nunca todo el mal que han hecho. Han marcado mi vida para siempre.

—La tuya y la de otros.

—Sí, pero en la de otros se ha llegado a tiempo —refiriéndose a Andrés y Antonia.

—¿A tiempo? Tú no sabes casi nada de todo lo que ha ocurrido y de lo que pudo ocurrir. Tú no conoces la historia.

—Bueno, sé que Cachita se dio cuenta de que no podría enamorar a Andrés y se marchó a Santiago de Cuba. Por lo menos fue honesta y se retiró de la vida de Andrés.

Ginés se quedó mirando fijamente a Ana, en silencio y pensativo. Él nunca podría olvidar la dantesca escena que vio en el bohío de Ofelia aquella mañana que le tocó ir, como uno más de la escolta, acompañando al juez militar que instruía el caso. Al principio se sospechó que aquel crimen podía ser obra de algún soldado con intención de robar. Cuando entraron en el bohío de Ofelia lo encontraron todo revuelto por el suelo. El cadáver de Ofelia estaba en la entrada, hasta donde había podido salir arrastrándose y dejando un reguero de sangre. Cuatro golpes de machete necesitó el asesino para poder abatir a aquella gran mujer. En la habitación de Ofelia, en medio de otro charco de sangre, estaba tendida Cachita. Un enorme tajo le había abierto el vientre de abajo arriba. Cachita tenía las manos taponando la herida, como

tratando de cerrarla para retener en sus entrañas al ser que llevaba dentro. No se había defendido y, estando ya de rodillas, su asesino le asestó un segundo y certero golpe con la punta de su machete que le seccionó la garganta. Había tardado unos instantes en morir, los suficientes como para que sus ojos se llenasen de lágrimas, y no fue por el dolor de las heridas, pues, aun faltándole el aire para respirar, no retiró las manos de su vientre protegiendo y reteniendo la vida de su hijo.

Detuvieron al asesino, el gordo Fabián, y en el juicio se supo que el motivo había sido el rencor y la venganza por la muerte de sus dos hijos —dos de los perros de Críspulo— que cayeron en el asalto a la caravana de armamento. Pensó el gordo Fabián, que Ofelia y Cachita habían prevenido del mismo a los soldados.

Cuando el gordo Fabián pendía colgado del cuello en el patíbulo, hasta su horrible sombra se ahorcó con él.

De todo aquello, ni Andrés ni Gabriel, sabían nada; así lo acordaron todos y así debía seguir siendo. La versión oficial fue que Ofelia y Cachita se habían marchado a vivir juntas a Santiago de Cuba.

Ginés esbozó una sonrisa para Ana, al tiempo que la cuadrilla comenzaba a afinar sus instrumentos: el baile duró hasta el anochecer. Ginés se excusó de bailar, no conocía bien los pasos de los bailes murcianos y Ana no había vuelto a bailar desde que lo hiciera con Pedro la última vez; era como si le llevase un luto eterno. Ginés se quedó a su lado toda la tarde.

En otro extremo de la plaza, ajenos al bullicio de la fiesta, Gabriel y Choni hablaban más íntimamente. Choni jugueteaba con la esclava que Gabriel le había «rescatado» en Cuba. Él nunca le dio detalles sobre cómo la había conseguido, pero al final todo el mundo lo supo y Matías, el Torrao, el padre de Choni, comenzó a mirar a Gabriel con más cariño y admiración al saber con qué par de «cojones» se había enfrentado a aquel indeseable y lo bien que había solucionado el asunto sin tener que remover los cienos de la familia. Una vez más se demostraba que nunca se puede saber cómo reaccionará ese otro yo que llevamos oculto dentro de cada persona, y que a veces, de quien menos se espera, surge el mejor de todos ellos.

—Qué boda más preciosa —comentó Choni dando un suspiro—. ¡Cuánto me hubiese gustado tener una boda así!

—Tú te podías haber casado con quien hubieses querido. Pretendientes no te han faltado.

—No, yo sólo podría casarme con un buen hombre que me

quisiera y al que yo quiera. ¿Quién se va a querer casar conmigo?

Gabriel la miró fijamente a los ojos y tras un breve silencio le dijo:

—Escucha, Ascensión, yo no puedo ofrecerte casi nada, soy pobre y además estoy lisiado, pero lo que tengo, todo lo que soy, te lo ofrezco. Ya sé que es poco, y que tú te mereces mucho más, pero en ese poco va todo mi cariño y todo mi amor. Esa es mi mayor y mi única fortuna. Te la doy a ti. ¿Querrías compartirla conmigo para siempre?

Choni bajó la mirada en silencio y cuando la volvió a subir y a fijarla en Gabriel, dos lágrimas brillaban en sus ojos y, muy lentamente, le fue diciendo:

—Nadie, absolutamente nadie, me llama nunca así…, por mi nombre, Ascensión. Ahora mismo acabo de comprender su significado: «Dejar la tierra para ascender al cielo». Has sido tú el que así me ha llamado, por primera vez, desde mi bautizo. Tú me haces salir de la tierra para subir al cielo. ¿Y Esperanza? ¿Tú cargarías con mi hija Esperanza?

—No, Choni, yo no «cargaría» con «tu» hija Esperanza. Ella sería mi hija y yo sería su padre, y para ti tu esposo. Si tú me aceptas.

—Eres muy bueno y muy noble, Gabriel y estas son las palabras hermosas con las que yo siempre he soñado.

—¿Acaso esperabas que yo te las dijese?

—Las esperaba con toda mi alma. Desde la tarde en que tú me consolaste con aquellas otras palabras tuyas llenas de esperanza.

—¿Y por qué no me lo dijiste? ¿Nos hubiéramos ahorrado muchos sufrimientos? No me hubiese ido a Cuba.

—Porque fue poco a poco como me fui enamorando de ti; no quería que te sintieras coaccionado, y además, porque todo ocurrió tan rápido que no tuvimos tiempo para hablarnos ni escribirnos.

—Sí, es cierto. ¡Cuánto daño nos han hecho Godo y el Noé!

—Sí, pero mira el daño y el sufrimiento que les han ocasionado a Andrés y a Antonia.

—Y a Ana y a Pedro… Que Dios los perdone.

Los dos se quedaron en un largo silencio, mirándose a los ojos, y Gabriel, temeroso, se decidió a decir:

—Te lo vuelvo a preguntar: Ascensión, ¿te quieres casar conmigo?

Choni volvió a bajar la mirada y continuó en su silencio. Gabriel pensó que aquello era un no, pero entonces, Choni levantó los ojos y fijándolos en los de Gabriel le dijo:

—Sí. No sólo lo quiero sino que es lo que más deseo en este

mundo.

El «arreglo» entre Gabriel y Choni corrió como la pólvora y la alegría de la fiesta, que ya era de por sí grande, con esa noticia lo fue aún más. Llegó hasta a los padres de Choni y su padre Matías, el Torrao, no paraba de decir emocionado:

—¿Pues sabéis lo que os digo? ¡Que estoy contento! ¡Oye, de verdad, que estoy contento!… ¡Pero de verdad, que estoy muy contento!… No es por ná pero es que… la verdad es que estoy contento. ¡Joer!… que estoy muy contento, ¡leñe! Que sí, que es cierto, que estoy contento. ¡Tomad to lo que queráis, que está to costeao!

Desde entonces le quisieron cambiar el alias por el de Matías, el Contento, pero la cosa no prosperó, porque lo del Torrao le venía desde su tatarabuelo y, en la huerta, los apodos se heredan antes que el dinero.

Era ya de noche cuando Jesús, el Barquero, cruzó al nuevo matrimonio a la otra orilla del río, hacia su nueva casa: la barraca de Andrés en la Arboleja.

Lucía despidió a la cuadrilla que se retiraba por el carril cantandole a los novios.

Por fin quedaron solos y la noche se hizo íntima en aquella pequeña barraca. Andrés atrajo hacia sí a Antonia y los dos se unieron en un largo y cálido abrazo. Aquellos suaves besos contenidos, enmarcaron el silencio de la noche y, poco a poco, se fueron derramando hasta convertirse en caricias. Sus cuerpos extraviaron el pudor y, en aquel sencillo lecho de bordadas e inmaculadas sábanas…, se amaron.

Al día siguiente, Antonia se levantó radiante, y Lucía preparó la comida de tornaboda[1]. Asistió toda la familia: Juan, Rosa, Francisco, Ñin, Teresa, José, Ana, Lucía, el pequeño Tomás, Mari Carmen, Antón, así como don Baldomero y su esposa, doña Mercedes. Fue un día perfecto, donde en medio de las bromas y las risas, los nuevos esposos fueron los anfitriones. Los regalos y las buenas noticias aún no habían terminado.

Francisco ya hacía tiempo que había concluido sus estudios de Medicina, y anunció en la comida que dejaba Madrid y se trasladaba, para montar consulta en Peñas de San Pedro, donde se había enamorado de Consuelito, la hija de unos amigos de sus padres que vivían allí. Rosa no cabía en sí de alegría: «Me vais a matar de gozo, pero no me importa morirme de esta manera».

Don Baldomero y doña Mercedes les tenían preparado otro regalo: al día siguiente los novios saldrían de viaje a los Baños de

Mula donde les habían alquilado una casa, durante una semana, con baño termal incluido, y después, otra semana o el tiempo que ellos quisieran, en la finca de don Baldomero en Caravaca de la Cruz, en la que todo estaba preparado para recibirlos.

Cuando llegaron a los Baños de Mula, los acogió una pequeña y confortable casa de piedra. Su interior se dividía en una entrada comedor, que recibía la luz por un gran ventanal asomado a un soleado patio árabe, donde una parra, una higuera y una palmera, dibujaban sus sombras sobre el suelo, y los muros de las tapias. En mitad de aquel patio había una pequeña alberca con algunos nenúfares, en donde el agua tibia entraba y salía continuamente rebosando hacia una pequeña acequia. Sólo el constante y leve sonido de aquella alberca, y el canto de algún jilguero, rompía aquel apacible silencio. En el lado izquierdo había una cocina con alacena, y en el derecho, un único y espacioso dormitorio con una gran cama y una pequeña piscina donde las aguas termales vertían hacia la alberca del patio. Tenía dos ventanas: una de mayor tamaño encima de la piscina, con vistas a la alberca, y la otra junto a la cama. Se iluminaba así el íntimo dormitorio inundado de la suave luz tamizada por discretos visillos.

Las aguas termales de Mula, desde los tiempos romanos (y desde los árabes, de donde le viene el nombre), tienen fama de ser beneficiosas y muy saludables para muchas curas; entre ellas la de la infertilidad.

Fueron días de cálidos baños y largas ternuras. Se acariciaron hasta que sus manos descubrieron todos los rincones de sus cuerpos y los aprendieron de memoria.

Después se instalaron en la finca de don Baldomero, El Llano, a las afueras de Caravaca de la Cruz. Aquella fue una semana de conversaciones tranquilas y deliciosos paseos por aquella alameda de olmos que, como extendidos y acogedores brazos, recibían al visitante y lo conducían hasta la puerta de la casa. Al atardecer, el sol se ocultaba jugando tras las nubes diluyéndose con otoñal languidez. A lo lejos se escuchaba el sonar de la única campana de la basílica de la Vera Cruz tocando a conjuro; entonces ellos iniciaban el rezo de un credo y dándole gracias a Dios por todos los bienes que habían recibido le pedían que el mal se alejara de ellos y no turbase la paz y el amor de sus vidas.

Las noches ya eran frías en Caravaca de la Cruz, y al calor del fuego de la chimenea se le unió el del amor y la ternura de los esposos.

Andrés y Antonia regresaron felices de su viaje de bodas y tan

pronto como Tona, la Camporra, miró a Antonia a los ojos exclamó:

—Estás embarazada.

—¿Y tú cómo lo sabes si yo aún no lo sé?

—No hay más que mirarte a la cara: tienes una sonrisa inconfundible.

Efectivamente, al mes siguiente se confirmó el pronóstico de Tona: Antonia estaba embarazada.

En el mes de mayo se casaron Gabriel y Choni y también fue una gran boda. Matías, el Torrao, el padre de Choni, no dudó en echar la casa por la ventana. Matías había recibido muy bien a Gabriel y este comenzó a trabajar en el negocio con su suegro.

Antonia seguía felizmente con su embarazo, pero Tona, la Camporra, estaba preocupada. «Este embarazo nos va a traer sorpresas. Esperemos que no sean malas…» se decía para sí.

Llegó el mes de julio —el tiempo previsto para el parto—. Antonia estaba particularmente cansada y con el vientre muy abultado. Antonia, sus padres, y Andrés, convinieron en trasladarse a la casa de Juan y Rosa para el momento del parto. Aquella casa reunía mejores condiciones que la barraca de Andrés y además podrían ayudarla en el momento crucial.

Los dolores de parto llegaron en la tarde del martes día 15 de julio, festividad de San Enrique, pero Antonia no rompía aguas. Toda la casa se revolucionó con los preparativos. Tona palpaba la barriga de Antonia y movía la cabeza sin decir nada. Juan Parra, intuyendo que el parto se presentaba difícil, mandó llamar a un médico de Alcantarilla que después de reconocerla decidió quedarse allí toda la noche: «Juan, vamos a tener una noche toledana», le anticipó el médico. La noche transcurría con las dolorosas contracciones de Antonia pero el parto no avanzaba. Esa noche no durmió nadie en aquella casa. Antonia apretaba los dientes con fuerza y no podía evitar que los gritos de dolor se escaparan de su boca. Andrés no se separaba de la cabecera de la cama secándole el sudor y poniéndole paños húmedos con una solución de menta, alcohol de romero, y albahaca, que había preparado Tona. A la mañana siguiente, la preocupación era extrema y el médico movía la cabeza con fatal expresión. Los dolores ya eran muy seguidos, la dilatación no era suficiente… y el médico no sabía qué hacer.

En la casa, todas las mujeres corrían de un lugar para otro sin saber muy bien a dónde ir. En la calle, los hombres y los vecinos se fueron congregando ante el cariz que tomaban los acontecimientos. Alguien sacó un rosario que comenzó a rezar en voz alta y todos se unieron a la oración. El párroco, don Serafín, se presentó con el

viático y los santos óleos de la extremaunción.

Tona intentó, varias veces, que el médico le dejara reconocer a Antonia, a lo cual este se opuso radicalmente alegando que ella no era una profesional.

Antonia ya no tenía fuerzas ni para quejarse.

Tona se lavó inmediatamente las manos y le dijo al médico:

—¡Por favor, déjeme!

—¡Pero qué hace usted, mujer! ¡Usted no es licenciada en…

—Y usted sí lo es, pero no sabe qué hacer y la vamos a perder si no actuamos rápidos —le respondió Tona.

—Déjela usted hacer —le ordenó Andrés con tono tajante.

La criatura venía de nalgas. Tona, como hacía cuando ayudaba a nacer a un ternero, comenzó a canturrear y a hablarle cariñosamente a Antonia y a la criatura, al tiempo que con la punta de los dedos iba dando vueltas y, suavemente, dilataba el cuello del útero al tiempo que ayudaba a la criatura a darse la vuelta. De pronto, a la voz de Tona, Antonia dio un fuerte grito y realizó su último y desesperado esfuerzo… y la criatura asomó su cabecita.

—¡Ya sale! ¡Ya está aquí! Lleva una vuelta del cordón en el cuello. No, espere… lleva dos vueltas. —Al tiempo que Tona deshacía el lio y recibía en sus manos a la nueva vida. El médico la apartó bruscamente y cortó el cordón umbilical: la criatura comenzó a llorar.

Un suspiro de alivio aleteó por toda la casa. Risas y lágrimas entremezcladas asaltaron a las mujeres. Emocionados aplausos sonaron en la calle.

—¡Ya está aquí! ¡Es una preciosa niña! —gritó el médico—. ¡Yo la he sacado! ¡Se acabó todo! Tome usted, Juan, aquí tiene a su nieta. ¡Si no llega a ser por estas manos mías, usted no tendría ahora ni nieta, ni hija! Pero ya se ha acabado todo.

—Señor médico, que digo yo que aún tiene la barriga muy dura —observó Rosa.

—Eso no es nada. Ahora que la laven bien y dentro de un poco expulsará la placenta y… ya está. Esto está terminado —dijo el médico saliendo de la habitación y dando todo lujo de detalles sobre lo difícil que había resultado el parto, pero que él había estado siempre tranquilo y seguro de que todo saldría bien «gracias a estas manos».

Tona miraba y limpiaba a Antonia con preocupación: una mujer no termina un parto y sigue con aquellos dolores, con la placenta sin salir y a punto de desfallecer. No, eso no era lo normal, no estaba tranquila.

Al poco, Tona se dirigió hacia donde estaba el médico, que continuaba dándose importancia. Llevaba en sus manos una toalla con algo dentro y le dijo:

—Entonces, doctor, ¿esto que ha salido ahora de Antonia, dice usted que es la placenta?

—Pues sí, esa cosa sanguinolenta que lleva usted liada en la toalla es la placenta. La puede tirar.

—Pues no sé qué decirle doctor, porque esta cosa sanguinolenta, como usted dice, tiene dos ojos, dos manos, dos piernas y entre ellas un palito y dos bolitas muy bien colocadas. Yo diría que es un niño y ahora sí que se ha terminado el parto.

El médico, aturdido, quedó sin habla; pero la alegría de todos al ver a las dos criaturas sanas y salvas, y a su madre, desfallecida pero con un leve rictus de alegría en sus labios, fue inmensa. El anís escarchado, el aguardiente y la mistela, corrieron a placer y las palmadas de felicitación sonaron sobre las espaldas de Andrés y de Juan.

Antonia, poco a poco, se fue recuperando. Andrés la colmaba con atenciones y mimos, y le ayudaba para que le pudiera dar el pecho a las dos criaturas. A los pocos días, Antonia le dijo a Andrés:

—Andrés, nunca hemos hablado de esto, pero he pensado que, si a ti te parece bien, al nene le pongamos el nombre de Andrés o bien el de Enrique por tu padre y porque me puse de parto el día de San Enrique…

—Pues… no me parece muy bien —le atajó Andrés—. En cambio yo había pensado que a la nena le pusiéramos el nombre de Antonia, o el de Rosa como tu madre.

— Pues a mí tampoco me parece bien.

—¿Y eso?

—Porque, verás..., no sé cómo decírtelo..., pero es que el día que nos hicimos novios, cuando estábamos allí arrodillados en la iglesia de Santa Eulalia, yo le prometí a la Virgen de la Candelaria que si me casaba contigo, a la primera hija que tuviese le pondría por nombre Candelaria.

Andrés quedó mudo al escuchar aquellas palabras de su mujer y emocionado le respondió:

—Pues me parece muy bien, porque las promesas siempre hay que cumplirlas. Pero resulta que, aquel mismo día, yo también le prometí a san Blas que si te casabas conmigo nuestro primer hijo se llamaría Blas.

—¿De verdad hiciste eso, Andrés? ¡Qué bonico que eres y cuánto te quiero! Los dos tenemos que cumplir nuestra promesa.

—¿Candela y Blas? Suena bien… ¡Muy bien! ¡Me gustan!

—Ya habrá tiempo de ponerles a otros hijos nuestros nombres.

—¿Es que te han quedado ganas de tener más hijos con lo que has sufrido?

—¡Anda! ¿Ahora que ya tienen el caminico hecho? ¡Pues claro! Todos los que Dios quiera mandarnos; pero eso sí, a los Baños de Mula no volvemos más, que allí los encargamos a pares —dijo Antonia entre seria y riendo.

Antonia y Andrés se dedicaron a criar a sus dos hijos. Mientras ella amamantaba a uno, Andrés consolaba a la otra y cuando los dos lloraban, mecían a los dos. Fue entonces cuando Andrés compró dos mecedoras, que son estas mismas en la que ahora nos sentamos la abuela y yo, tantas veces reparadas. Sin saber por qué, cuando las dos criaturas se ponían a llorar al unísono, Andrés siempre tomaba a su Candela y Antonia a su Blas.

El tiempo continuó trascurriendo y con él fue llegando más vida a aquella barraca. Dos años más tarde, Antonia y Andrés tuvieron otro hijo, al que pusieron el nombre de Enrique. Fue entonces cuando Juan y Rosa les propusieron sus planes: Rosa sufría de fuertes dolores reumáticos además de un asma crónico —no le sentaba bien el húmedo invierno de la huerta— y decidieron irse a vivir a Peñas de San Pedro, donde su hijo Francisco ejercía como médico. Pensaron que Andrés podía vender su barraca y sus tahúllas y hacerse una vivienda cómoda y buena allí, en medio del huerto, y encargarse de administrarlo y de continuar con el negocio del grano en el puesto que Juan tenía en la lonja de cereales. Al fin y al cabo habían pensado dejarles a ellos, en herencia, el huerto del Rincón de Seca junto con el negocio de los cereales, y a su hijo Francisco la finca de Peñas de San Pedro. Ellos vendrían al pueblo, con el buen tiempo, para las fiestas de Santa Ana.

Andrés y Antonia lo pensaron y como vieron que la propuesta era lógica y buena, así lo hicieron. Andrés vendió sus tahúllas, que se las compró el propio don Baldomero —más porque no se aprovecharan de él los sabuesos de Marcial Laorden que por el interés de invertir en ellas— y este a su vez, se las arrendó a Antón, el hijo de Lucía.

Andrés y Antonia construyeron una casa de dos plantas. En la planta baja estaba el recibidor, una salita, el comedor, la cocina, un aseo, un dormitorio y un despacho. En la parte superior estaban los restantes dormitorios y el acceso a una torre de planta cuadrada donde estaba la buhardilla. Un amplio porche daba sombra a la puerta principal que miraba hacia mediodía. Era una construcción

sólida, a dos crujías, hecha a base de piedras tomadas con mortero de cal, enlucida con mortero graso y estuco bruñido. Las maderas de las puertas y ventanas eran de pino de Canadá y sus hojas de cuarterones estaban sencillamente labradas con unos finos dibujos de motivos florales. Las rejas eran de hierro forjado en buche de palomo. Con el tiempo, la casa se fue transformando y ampliando, pero lo más impresionante era que desde todos sus lados se veía el huerto. Era un remanso de paz y un exclusivo universo de deliciosos sonidos. La discreta, y siempre presente acequia, discurría paralela a la casa con los cantarines susurros de sus aguas que eran el eterno contrapunto de todos los sonidos que se escuchaban. Un arqueado puente permitía su cruce y, a ambos lados, una pérgola de acero forjado sustentaba a unos varios rosales trepadores y una frondosa buganvilla. Era como un anticipo del paraíso.

Don Baldomero y doña Mercedes mantuvieron aquella hermosa amistad, y ellos, que no tuvieron hijos, fueron los padrinos de Candela, de Blas, de Enrique, y se adjudicaron el padrinazgo de todos los hijos que Antonia y Andrés tuviesen. Eran felices viendo crecer a los niños.

En el mes de octubre de 1862, la reina Isabel II vino a Murcia para inaugurar la estación de ferrocarril y el teatro de los Infantes, que se había construido en la plazuela del Esparto. Se representó la obra *El hombre del mundo,* magistralmente interpretada por el actor murciano Julián Romea.

Ginés, de vez en cuando, venía desde El Albujón a visitarlos y a ver a Ana, a la que cortejó con paciencia y delicadeza. Y así fue como, poco a poco, ella fue olvidando a Pedro.

Cuando a Pedro lo licenciaron del servicio militar, se quedó en Cuba y se marchó con Requena a la provincia de Matanzas; allí se emplearon como encargados asalariados de un indiano que tenía un pequeño ingenio azucarero. Los dos amigos comenzaron a desarrollar una especial habilidad e inventiva para construir artilugios y herramientas que mejoraban la producción y la calidad del azúcar que se producía. El astuto indiano supo ver enseguida las cualidades de aquellos dos amigos, y les propuso constituir una sociedad para fabricar aparatos y máquinas que se pudieran comercializar, tanto en la isla como fuera de ella. Fue así como iniciaron un próspero negocio que, con el tiempo, llegó a ser una de las industrias más grandes y florecientes de Cuba: La Maquinista. La capacidad industrial de aquella empresa fue tan importante que llegó a obtener beneficiosos contratos con los Estados Unidos,

durante la guerra de secesión, y a fabricar gran parte del material ferroviario que se instalaba en la isla.

Lograron una considerable fortuna y Pedro construyó un palacete en el paseo del Malecón de La Habana. Allí vivía con Pilar, su esposa, y con su hijo Pedro.

Por aquellos tiempos, las agitaciones políticas en España apenas alteraban la vida en el Rincón de Seca donde eran contempladas con distante indiferencia. La alternancia de los gobiernos repercutían muy poco en el día a día de sus gentes, excepto los acontecimientos que tuvieron lugar en Cádiz, el 19 de septiembre de 1868, cuando se proclamó la revolución, que fue llamada La Gloriosa, y se inició el Sexenio Democrático, que supuso el derrocamiento de la reina Isabel II y la restauración de una nueva monarquía en la persona de don Amadeo I de Saboya.

Don Amadeo I no fue un monarca bien recibido por los españoles, y así se lo demostraron cuando llegó a Cartagena, a bordo de la fragata *Victoria,* el 30 de diciembre de 1870. A su llegada apenas fueron a recibirle pocos más que las autoridades, y sus hermanos de las logias masónicas.

Breve y tortuoso fue aquel reinado para el elegante Amadeo I, pues tuvo que afrontar múltiples avatares: desde la unión en su contra de toda la oposición hasta el estallido de la tercera guerra Carlista y el recrudecimiento de la guerra de los Diez Años de Cuba. Pasó, además, por un intento de asesinato, el 19 de julio de 1872, y fue por ello por lo que Amadeo I dijo aquello de: *«¡Ah, per Bacco, io non capisco niente! ¡Siamo una gabbia di pazzi!»*[2].

El día 11 de febrero de 1873 le comunicaron al rey su «despido» y ese mismo día, recogiendo a toda su familia, renunció al trono y se refugió en la embajada italiana. Su escrito de renuncia fue un certero análisis de la situación política española y de él entresacamos:

> *Dos años largos ha, que ciño la corona de España, y la España vive en constante lucha, viendo cada día más lejana la era de paz y de ventura que tan ardientemente anhelo. Si fueran extranjeros los enemigos de su dicha, entonces, al frente de estos soldados tan valientes como sufridos, sería el primero en combatirlos; pero todos los que con la espada, con la pluma, con la palabra agravan y perpetúan los males de la Nación son españoles; todos invocan el dulce nombre de la patria; todos pelean y se agitan por su bien; y entre el fragor del combate, entre el confuso, atronador y contradictorio clamor de los partidos, entre tantas y tan opuestas manifestaciones de la opinión pública, es imposible afirmar cuál es*

la verdadera, y más imposible todavía hallar remedio para tamaños males. Lo he buscado ávidamente dentro de la ley y no lo he hallado. Fuera de la ley, no ha de buscarlo quien ha prometido observarla.

Nuestros políticos ni se inmutaron ni se dieron por aludidos con aquella renuncia y Castelar hizo este discurso en las Cortes:

Señores, con Fernando VII murió la monarquía tradicional; con la fuga de Isabel II, la monarquía parlamentaria; con la renuncia de don Amadeo de Saboya, la monarquía democrática; nadie ha acabado con ella, ha muerto por sí misma; nadie trae la República, la traen todas las circunstancias, la trae una conjuración de la sociedad, de la naturaleza y de la Historia. Señores, saludémosla como el sol que se levanta por su propia fuerza en el cielo de nuestra Patria.

Tras este floreado discurso, y entre encendidos aplausos, fue proclamada la República española por 258 votos a favor y tan sólo 32 en contra.

Aquellos polvos trajeron sucios lodos, y la imagen, que tan magistralmente pintó Goya, de dos españoles resolviendo sus diferencias, semienterrados en el fango y a garrotazos, se volvió a manifestar.

Instaurada la Primera República, su primer gobierno fue caótico y de vida efímera. Esta etapa sí afectó seriamente a Murcia y en ella jugó un papel muy determinante Antonete Gálvez, Tonete, —aquel mozo de Torreagüera que escuchaba en silencio la discusión entre el zapatero Fortún y el viejo monárquico, en el café del Sol del Arenal.

En 1872 Antonete Gálvez lideró una revuelta con motivo del llamamiento a filas de otra quinta de soldados para las guerras de Cuba y Carlistas. El pueblo, cansado de esta sangría, se unió a Gálvez y lo siguió en la revuelta. Se enfrentaron a la Guardia Civil y a las tropas enviadas desde Madrid; se produjeron escaramuzas por la calles de Murcia, con levantamiento de barricadas, y hubo numerosas bajas en ambos bandos.

Tres meses más tarde, la columna guerrillera de Antonete Gálvez entraba triunfante en Murcia, donde fue recibida por una enfervorecida multitud dando vivas a su persona y a La Federal.

El 12 de julio de 1873 Manuel Cárceles proclamó el cantón de Cartagena consiguiendo Antonete Gálvez que toda la marinería y el arsenal militar se unieran a la causa cantonal, anticipándose, intransigentemente, al proyecto federalista defendido por Pi y

Margall en las Cortes y que al final fue derrotado.

Se dieron casos tan disparatados como la petición oficial que hizo el cantón de Cartagena, al presidente estadounidense, Ulysses S. Grant, de integrarse como un estado más de los Estados Unidos. O el del constituido cantón Jumillano que dictó un comunicado diciendo:

> *La Nación jumillana desea vivir en paz con todas las naciones vecinas y, sobre todo, con la nación murciana, su vecina; pero si hoyara su territorio, Jumilla se defenderá, como los héroes del Dos de Mayo, y triunfará en la demanda, resuelta completamente a llegar, en sus justísimos desquites, hasta Murcia, y a no dejar en Murcia piedra sobre piedra.*

Los cantones proclamados en España fueron rápidamente sofocados, pero el de Cartagena resistió hasta que, seis meses después, el general Martínez Campos bombardeó Cartagena, dejándola prácticamente arrasada, y el 11 de enero de 1874 se rindió la ciudad.

Todos los jueves por la tarde, se hablaba de todas estas cosas, en la rebotica de don Baldomero, donde se reunía un nutrido y selecto grupo de amigos. Allí acudía Andrés, después de su trabajo.

Para Antonia la vida transcurría en una feliz rutina atendiendo a sus hijos y a su enamorado marido en aquella preciosa casa.

A la tía Escolástica, la Campana, un mal día se le cayó el único diente que le quedaba y a las pocas semanas murió. Como no tenía parientes, el sepelio lo presidió su eterno novio, Bonifacio, que lloraba amargamente siguiendo el féretro. Al siguiente invierno también murió Bonifacio y los vecinos del pueblo decidieron enterrar a Bonifacio junto a Escolástica. Así, a los que la vida no había conseguido unir, los unió la muerte.

—Y aquí termina la historia por hoy. Buenas noches y hasta mañana.

Notas de la noche 12ª

1 Que, como es la costumbre, se celebra siempre el día después de la boda en la casa del novio.

2 «¡Ah, por Baco, no entiendo nada. Esto es una jaula de locos!».

Noche 13ª

Aquella tarde subieron todos los nietos al desván y la abuela Isabel tomó del baúl una gran carpeta de cartón, jaspeada en blanco y azul, y atada con cintas rojas. Contenía los recortes de unos viejos periódicos que el tiempo había teñido dejando en ellos su huella en color ocre.

Llevaron la carpeta al abuelo para que la ordenara y recordara antes de que llegase la noche. Aquellos recortes de periódicos hablaban de una de las tragedias naturales más grandes que Murcia ha sufrido en su historia: hablaban de la riada de Santa Teresa[1].

Llegó la noche presidida por una blanca luna que con complaciente sonrisa los iluminaba. Noche a noche, aquella tímida luna había ido descubriendo su rostro y puntualmente asistía a la reunión como la única que podía atestiguar la veracidad de lo que allí se contaba.

El abuelo dejó sobre la mesita la carpeta y aclarando la voz comenzó a decir:

—El río Segura no siempre ha sido un río amigo y generoso. Con demasiada frecuencia pasaba factura de su amistad y benevolencia. Entonces, un reguero de desolación, ruina y muerte, descendía por su cauce deshaciendo todo el bien que había hecho a la fértil vega que riega con sus aguas: eran las temibles riadas.

El día 14 de octubre del año 1879 amaneció lluvioso y desapacible. Fue transcurriendo con cansino desasosiego, y el cielo, encapotado tras hoscas nubes, se fue tiñendo con toda la gama de colores grises sin dar tregua al sol. Una lluvia persistente se desleía sobre Murcia y su huerta.

Antonia y Andrés dormían aquella noche cuando ella se despertó sobresaltada.

—¡Andrés, Andrés…! —llamó Antonia zarandeándole.

—¿Qué ocurre?, ¿les pasa algo a los zagales? ¿Qué hora es? —respondió Andrés.

—No lo sé, deben ser las dos de la madrugada, pero escucha… ¿no oyes?

Andrés se incorporó en la cama y prestó atención en la dirección

que su mujer le indicaba.

—No, no oigo nada en particular. Ya sabes que no oigo bien. ¿Qué te ocurre?

—Estoy toda la noche sin poder dormir. No sé lo que me pasa pero presiento algo malo.

—No te preocupes, mujer; no pasa nada. Has estado todo el día algo nerviosa y tristona. Ven conmigo, acurrúcate y descansa.

Andrés atrajo amorosamente hacia sí a su mujer y la cobijó en su pecho envolviéndola en un abrazo.

Habían transcurrido sólo unos minutos cuando Antonia alzó la cabeza, aguzó el oído y volvió a despertar a Andrés.

—Andrés, Andrés, despierta, algo está ocurriendo. Escucha… me ha parecido oír el sonar de una caracola.

Andrés se incorporó otra vez y escuchó en silencio.

—No, no oigo nada…, pero…, sí huelo.

—¿A qué hueles? ¿A fuego?

—No…, a fuego no…, huelo a avenida; a avenida de agua.

Se levantaron y salieron al porche de la casa. Nada más abrir la puerta, un lejano pero trepidante rumor de agua arramblando, y el olor característico de la riada, se manifestó con toda claridad. Aún no se veía el agua, pero por el ruido se podía adivinar que estaba arramblando por la Media Legua: el Reguerón se había desbordado por su margen izquierda. Andrés dio la vuelta a la casa y, por su lado norte, pudo escuchar cómo el río Segura bramaba: estaban atrapados entre dos corrientes de agua que no tardarían en hacer acto de presencia. Andrés sacó su caracola y, dando los primeros toques de aviso, la hizo resonar con desaforados gritos de alarma: la riada.

Escuchó cómo, por Nonduermas, contestaban otros plañideros cantos de caracola. Un minuto más tarde, las campanas de la iglesia de Nonduermas tomaron el relevo tocando a rebato. Contestaron las de la iglesia del Rincón de Seca.

—¿Por qué no suenan las de la Catedral? —preguntó Antonia.

—Algo les ha debido ocurrir. Posiblemente no se han enterado. No debe haberles llegado aún el agua.

Las campanas de la Catedral permanecían mudas, sin avisar de la riada. Su anuncio llegaría tarde.

La noche estaba envuelta en un espeso manto negro y el agua no se podía divisar, pero el rugido de la corriente se escuchaba más cercano y el olor de avenida era ya muy intenso. Sólo las luces de algunas antorchas se adivinaban, como luciérnagas errantes, pululando por el camino de Alcantarilla.

Candela y Blas se habían levantado y estaban junto a sus padres.

—Antonia, despierta a los zagales. Tomad los alimentos que podáis, agua de las tinajas, ropa de abrigo, y lo lleváis todo arriba —ordenó Andrés.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Antonia angustiada.

—Voy a por Ana, y ver a quién puedo ayudar. Vuelvo pronto.

—Andrés, por favor, no te vayas, no se ve nada y el agua está subiendo. Ya es tarde. Tengo miedo.

—No te preocupes, mujer; haz lo que te he dicho. Nunca es tarde cuando alguien te necesita. Ayudad a vuestra madre —ordenó a sus dos hijos mayores.

Andrés encendió un farol y se dirigió hacia el centro del pueblo. No había caminado ni cincuenta pasos cuando escuchó que le gritaban:

—¡Padre, espere, voy con usted! —Era Blas, que con una antorcha le alcanzaba.

El agua ya entraba por las calles del pueblo y mucha gente, con antorchas, candiles y quinqués, corría en todas direcciones sin saber a dónde ir ni qué hacer. Andrés y Blas llegaron a casa de Ana; la encontraron llorando, aterrorizada, y en cuanto los vio se abrazó a ellos, como un náufrago a su tabla de salvación. Tomaron algunas de sus cosas y salieron a la calle con el agua por los tobillos.

—Blas, vete y lleva a casa a tu tía —ordenó Andrés.

—¿Y usted qué, padre?

—Yo voy a ver a quién puedo ayudar.

—Padre, yo me quedo con usted.

—Obedece, hijo; haz lo que te digo.

La casa de Andrés estaba en la parte alta del huerto y, por haber sido construida en alto y con piedra, tenía mayor seguridad.

Andrés fue a la barraca de Tona, la Camporra, y la encontró tratando de recogerlo todo para salir. El agua llegaba ya a media pierna y comenzaba a empujar.

—No hay tiempo que perder. Tona, vente conmigo. ¿Y Gabriel?

—Ayer estaba en Murcia. Por eso no habrá venido —respondió Tona—. Pero ¿y Choni? ¿Y mis nietos? —preguntó angustiada.

—Si no están con él, estarán en su casa. En cualquier caso allí están a salvo ¡Vámonos ya!

Andrés cargó con un saco y tomando de la mano a Tona salió de su barraca rápidamente.

No habían andado ni diez pasos cuando la barraca de Tona se desplomó, hundiéndose lentamente, sin estrépito. Estaba construida con bloques de adobe que se reblandecieron con el agua y no

soportó el empuje de la riada. Tona y Andrés se miraron en silencio viendo aquella ruina que les podía haber costado la vida.

Andrés y Tona pasaron por la tahona de Carmen, la Posi, y allí estaba ella frente a su marido, el Verdiales, discutiendo. Ella decía que el pan que hasta esa hora habían podido hornear se repartiría gratuitamente entre las gentes del pueblo, pero él gritaba diciendo que no, que aquel pan lo guardaría para venderlo más caro cuando hubiese hambre. Carmen no cedía en su empeño y el Verdiales la amenazaba con el puño en alto que ya había descargado al menos una vez.

Cuando Carmen vio entrar a Andrés y a Tona, se armó de valor y tomando una de las palas del horno se enfrentó a su marido y le dijo con arrojo:

—Verdiales, escucha bien lo que te digo: este pan no se va a vender. Se va hacer lo que yo digo porque yo soy la dueña de esta tahona y, por la memoria de mi santa madre, este pan se repartirá mañana entre quienes lo necesiten. Así que ya lo sabes, si lo quieres, ¡bien!, y si no… ¡Uña! ¡Urse!… ¡Vete!

Ante la contundente reacción de Carmen y la presencia de Andrés y de Tona, el Verdiales, ciego de ira, optó por salir de la tahona lanzando improperios y amenazas. Todo el pan que había lo metieron en sacas y, tomando las tablas y las artesas de amasar, lo sacaron flotando por el agua que ya llegaba por las rodillas.

Iban los tres hacia la casa de Andrés cuando pasaron junto a la barraca de Colás que estaba sacando a sus hijos pequeños y se los entregaba a su mujer que estaba subida en la higuera de la puerta. Colás ya había transportado a cuatro de sus hijos y sacaba ahora a los dos más pequeños cuando, de pronto, la barraca se inclinó y se vino abajo. La ola que produjo hizo que Fuensanta, la hija más pequeña de Colás, se resbalara de entre los brazos de su padre y cayera al agua. El terrible grito de dolor de aquel padre y de aquella madre no se puede reproducir. Colás se sumergía buscando a su pequeña Fuensanta, mientras mantenía a su otra hija con el brazo extendido fuera del agua. Andrés se arrojó hacia donde intuyó que podría estar la niña, considerando la velocidad y dirección de la turbia corriente. Palpaba por debajo del agua, con los brazos abiertos tratando de abarcar mayor superficie, pero la pequeña Fuensanta no aparecía; ya se temían lo peor. Quiso Dios que Andrés tropezara con un cuerpo blando atrapado entre unas matas, metió los brazos y sacó a la pequeña, semiinconsciente, que de inmediato pasó a Tona para que la reanimase.

—No os podéis quedar aquí; este no es un lugar seguro; venid a

mi casa —les dijo Andrés ayudando a la familia de Colás a bajar de la higuera.

Antonia los recibió con toallas y mantas y los fue acomodando en la planta alta. Andrés y Blas comenzaron a sellar las puertas y ventanas, cuando de pronto se escucharon unos aterrorizados relinchos.

—¡Padre, nos hemos olvidado de los animales!

—¡Dios mío, no los he oído! Hay que volver a abrir la puerta.

Al hacerlo, un torrente de agua se introdujo por toda la planta baja de la casa y algunos muebles comenzaron a flotar. El agua cubría ya casi la mitad de la puerta de la cuadra; era muy peligroso llegar hasta ella: la corriente podía arrastrarlos. Andrés tomó dos cuerdas para atárselas a la cintura y que Blas le asegurara desde uno de los pilares del porche, pero su hijo Blas no lo consintió; le dijo que se ataría él, que era más joven y pesaba menos; así lo hicieron y Colás acudió a ayudarles. Con las sogas atadas a la cintura, Blas se lanzó al agua y, aunque la distancia no era larga, la corriente lo derribó varias veces hasta que, poco a poco, llegó a la puerta de la cuadra. Mohína y Cascabel relinchaban aterrorizados con el agua por el cuello; sus ojos brillaban en la oscuridad queriendo escaparse de sus órbitas y se reflejaba en ellos el pánico atroz de la muerte. Blas, tratando de tranquilizarlos, los acarició y los soltó de sus pesebres. Primero ató a Mohína a una de las cuerdas, la llevó hasta la puerta e hizo que Andrés le hablara para que, reconociendo su voz, se tranquilizara. Andrés y Colás tiraron de ella hasta que consiguieron acercarla al porche donde quedó a salvo.

Andrés gritó a su hijo para que dejara a Cascabel y se atara él a la otra cuerda, pero Blas le gritó que no, que salvaría a Cascabel y él se pondría a salvo rompiendo el techo de la cuadra y quedándose allí, en lo alto del tejado. Andrés, recordando cómo había caído la barraca de Tona y la de Colás, volvió a gritar diciendo que no lo hiciera, que era muy peligroso, pero cuando esto decía, Cascabel ya asomaba por la puerta atado al extremo de la otra cuerda. Andrés, sin pensarlo más, se ató a la cuerda que había traído a Mohína y se lanzó al agua a por su hijo. Antonia, que había oído los gritos de su marido y de su hijo, salió corriendo hacia el porche y muda de espanto vio cómo Andrés luchaba por llegar hasta la cuadra. Andrés se introdujo en ella justo cuando la puerta quedó tapada por el agua. Colás no sabía qué hacer y miró angustiado a Antonia que suplicaba y lloraba en silencio. Esperó un par de minutos, que le parecieron horas, hasta que Antonia sintió un leve tirón de la

cuerda y comenzaron a recuperarla. Al poco emergieron del agua las cabezas de Andrés y de Blas unidas. La cuerda, al quedar libre, hizo el péndulo y se tensó poniéndose alineada a contra corriente. El peligro ahora estaba en poder sortear los troncos y ramas que la corriente arrastraba; si alguno de ellos les golpeaba o alguna de las madejas de ramajes, que bajaban sobre las impetuosas aguas, se enredaba con la cuerda, sería imposible tirar de ellos y la bardomera los mataría allí mismo, a escasos veinte pasos de la casa. Colás tiraba con fuerza de la cuerda y Antonia rezaba y tiraba. Andrés había previsto que si el rescate se hacía imposible, él se soltaría para que su hijo Blas se salvara. Antonia continuaba rezando, a la vez que no cesaba de tirar de la cuerda. Ocurrió lo que tanto temían: una isla de ramajes se les enredó en la cuerda y frenó su curso sumergiendo bajo ella al padre y al hijo. Colás, asegurando la cuerda en el pilar del porche, tiraba y tiraba sin conseguir avanzar ni un centímetro; Antonia tiraba y rezaba con todas sus fuerzas y con toda su voz. Colás sabía que si tardaban un poco más en salir tendría que soltar la cuerda para que no murieran ahogados o aplastados por la presión de las ramas y así pudieran tener alguna remota posibilidad de sobrevivir dejándolos ir aguas abajo. Colás ya iba a soltar la cuerda cuando la isla de ramas se dividió en dos partes que volvieron a seguir libremente su curso por la corriente. Transcurrieron unos angustiosos y eternos segundos hasta que vieron emerger la cabeza de Blas, y después la de Andrés. Los arrastraron hasta llegar al porche y Antonia se fundió en un abrazo con su marido y con su hijo. Recordó el mandato de la Orden de San Benito que decía: *«Ora et labora»*.

A Murcia la inundación llegó traicioneramente sobre las dos y media de la madrugada. Comenzó a entrar por el barrio de San Benito —por la calle de Cartagena y la Alameda—, y sorprendió a los serenos cuando vieron que por las calles ya corría el agua. Cuando quisieron dar la voz de alarma a los vecinos, el agua ya entraba en las casas.

Fue entonces cuando la campana oficial de la ciudad tocó a rebato. Un poco después le repitió la Del Sen, tocando hacia el mediodía, y al poco le siguió el sonido de La Paz, avisando por el norte. La Trinidad tañó avisando por el poniente, y San José lo hizo hacia levante. Les siguieron las campanas de las demás iglesias y conventos. En el reloj de la Catedral sonaron los tres cuartos; eran las tres menos cuarto de la madrugada del día 15 de octubre de 1879, festividad de Santa Teresa.

A esa hora, el Reguerón ya había inundado a Alcantarilla, San

Ginés, El Palmar, Nonduermas, Rincón de Seca, Aljucer…

Al otro lado del río la inundación llegó a Murcia por la margen izquierda del Segura. Saltando el dique del Malecón, el agua entró por el barrio de San Antolín y el de San Pedro.

Las acequias se desbordaron y las alcantarillas de la ciudad reventaron. El agua comenzó a correr por la calle de las Mulas y se extendió rápidamente inundando todo el barrio de San Nicolás. El Almudí, el Contraste, la lonja, el matadero, la plaza de Santa Catalina…, todo quedó inundado. Por la calle de la Cárcel y la de Frenería avanzó el agua anegándolo todo a su paso: la cárcel, la Catedral, la plaza de las Cadenas, el palacio, el hospital, el barrio de San Juan… Varias casas se derrumbaron en la calle de la Greña.

Las farolas de gas que iluminaban la ciudad se fueron apagando: el agua había inundado sus tuberías. La ciudad quedó totalmente a oscuras.

Se llegó a calcular que la riada aportaba un caudal de unos 1.900 m^3 por segundo. La lengua de agua abarcaba un frente de 20 kilómetros de ancho inundando la Albatalía, Beniscornia, la Arboleja, Guadalupe, Espinardo, Churra, Monteagudo, el Raal… El agua cercaba a la ciudad por el norte y por el sur; por el este y por el oeste.

A los molineros no les dio tiempo a sacar la harina almacenada, ni el trigo, ni el pimentón. El agua entró en los molinos como un *balamío* llevándoselo todo. El más afectado fue el molino de las Veinticuatro Piedras por donde el agua del Reguerón, que inundaba el barrio del San Benito, quiso revertir su caudal al río Segura en el momento álgido.

Del trigo y los cereales que habían almacenados no se salvó nada. El agua alcanzó en el Almudí hasta una altura de diez metros.

Por el Reguerón, y por el río Segura, las aguas descendían bramando con furia ensordecedora y amenazando con derribar los puentes. Desde el puente de los Peligros se podía llegar a tocar el agua con la mano: las aguas que bajaban eran muy superiores a la capacidad de su cauce.

Andrés y Antonia miraban por el balcón de su dormitorio y, conforme se iba descorriendo la pesada cortina de sombra que cubría la noche, la luz grisácea del amanecer les fue mostrando la magnitud de la tragedia: toda la huerta era un inmenso mar. Las casas parecían pequeñas islas, en cuyos tejados se acurrucaban personas aterrorizadas, náufragas e indefensas. Donde antes había una barraca, o alguna casa, ahora se adivinaba un montón de escombro o simplemente no se veía nada. Tan sólo alguna esbelta

palmera indicaba que allí hubo una vivienda ya desaparecida, volatilizada como por arte de un maldito encanto. Las copas de los árboles de los huertos apenas se dibujaban como cogollos verdes plantados en perfecta simetría en medio de las aguas de aquel turbio mar. No se escuchaba más sonido que el que producía la torrentera. Todos los animales hacía rato que habían callado sus lastimeros quejidos. El agua continuaba subiendo.

—Dios mío, qué tragedia; qué desolación más grande —le decía Antonia a su marido con lágrimas en los ojos—. No quiero pensar en lo que estará pasando en Nonduermas…, y en Aljucer…, y en San Ginés…, y en Murcia…; debe ser tremendo.

En aquellos precisos momentos, en Nonduermas ya habían fallecido cincuenta y cuatro personas y las casas derruidas eran muchas; algunas se hundieron con sus moradores dentro y fallecieron en ellas familias completas. El agua llegaba hasta el altar mayor de la iglesia..., y no paraba de subir.

En Alcantarilla, el Ayuntamiento estaba reunido, desde las dos de la madrugada, en comisión permanente de emergencia para dirigir los servicios de salvamento. Habían muerto ocho personas, que se supiera, y en el camino de Murcia a Alcantarilla se había visto, junto a una bardiza de cañas, el cuerpo de un niño de unos cinco años y un poco más allá el de una mujer, quizá su madre, ambos ahogados.

En la Era Alta ya habían muerto seis personas y en Aljucer perecieron los siete miembros de una misma familia al hundirse la casa en la que habitaban. En el partido de San Benito eran otras siete las personas fallecidas y se habían derrumbado unas ciento cincuenta casas. Y las aguas continuaban subiendo.

Desde las tres de la madrugada los vecinos del pueblo de Beniajan intuían que la riada estaba llegando; la oían y la olían, pero se desconocía la magnitud de la misma. Primeramente la riada se fue extendiendo por toda la huerta y fue a las siete de la mañana cuando se dieron verdadera cuenta de la cantidad de agua que les venía encima. A esa hora, el Reguerón, —que ya había inundado la huerta y la ciudad por su margen izquierda, uniéndose con las aguas desbordadas del río Segura y formando un mismo frente arrollador—, comenzó a desbordarse por su margen derecha y no por estar Beniajan más alto se libró de la tragedia. Las aguas la cercaron, la inundaron y saltando por encima de las vías del tren producían un estruendo espantoso. Los puentes amenazaban con derrumbarse ante el empuje de las aguas. Un padre luchó brincando de terrado en terrado para salvar a sus hijos..., le faltó suelo…;

todos fallecieron. Las aguas no paraban de subir y como un quinto jinete apocalíptico continuó galopando y desolando a la Vega Baja y a Orihuela, hasta llegar a desahogar su ímpetu en Guardamar.

Las trágicas cifras definitivas no se conocieron hasta varios días después. El número de personas muertas bajo el fango, y entre los escombros de las casas, debía ser muy elevado. La cantidad de animales ahogados era cuantiosa.

Antonia, junto con Candela, Ana, y Tona, organizaron la casa y atendieron a los niños. Todos, en silencio, se dispusieron a ayudar.

Andrés y su hijo Blas improvisaron una balsa uniendo las tablas del pan con las artesas de la tahona de Carmen y cuando las aguas aflojaron su empuje llenaron las artesas con parte de los panes y alimentos de su despensa y se dispusieron a llegar hasta las casas del pueblo. Remando con las palas del horno fueron repartiendo la ayuda a las gentes que se habían refugiado en las plantas altas, en los tejados y en los árboles. Algunos se refugiaron en la torre de la iglesia y en las casas de los vecinos. A otros se les vio flotando en el agua: ahogados.

La solidaridad entre los vecinos del Rincón de Seca fue ejemplar —como es lo habitual en los huertanos en los momentos de necesidad—: tomaron solamente los alimentos que estrictamente necesitaban y compartieron los restantes. Hacían honor a su matrona de Murcia —que está presente en la fachada del edificio Almudí y en la fachada de la Catedral, representando a la virtud de la Caridad[2].

Con la improvisada balsa de Andrés se repartieron alimentos y se transportaron a varias personas desde lugares comprometidos hacia otros más seguros.

Muchos jóvenes del pueblo, tomando ejemplo de Andrés y de su hijo Blas, juntaron cañas y puertas de madera y confeccionaron balsas para ayudar a los demás. Se repartieron ropas para protegerse del frio, y sobre las casas derruidas acumularon leña para encender hogueras que calentaran e iluminaran la triste noche que les envolvía de nuevo. Los ancianos y los niños pequeños fueron repartidos por entre las distintas casas. A los enfermos los llevaron a casa de Andrés y de Antonia. Allí estaba, Tona, la Camporra, para atenderlos.

En Murcia fue grande la generosidad y el heroísmo de muchas de sus gentes, como la de Rafael García Bermejo, el Torrao, que construyendo una balsa de cañas salvó con ella a varias personas. Todas las tartanas de punto se pusieron a disposición de la corporación para llevar, hasta donde el agua lo permitiese, todo

tipo de ayuda material y personal. La Guardia Civil, a pie y a caballo, con gran arrojo y valor, se internó por las zonas inundadas de mayor peligro, ayudando y salvando a muchas personas aisladas.

Pasó la noche; llegó otro día y el agua apenas descendía. Volvió la noche, y al amanecer del día siguiente, el agua comenzó a bajar. Una fina bruma de vaho gris se tendió, como una sucia sábana, por encima de las aguas y se fijó entre los cañaverales y los escombros de las casas. Conforme el agua bajaba fue dejando al descubierto un fantasmal y desconocido paisaje de cieno, barro, escombros y animales muertos: ni rastro de lo que era la hermosa huerta. Lo que antes era un bello y alegre lugar, ahora era tan sólo un montón de barro. Un reino de muerte y de ruina.

Las aguas habían formado grandísimas lagunas y casi todas las acequias y los azarbes quedaron destruidos y atorados por el barro. Había que limpiarlos y volverlos a reconstruir para poder reconducir y evacuar las aguas estancadas. La epidemia del tifus planeaba sobre ellas.

La prensa y los periodistas de Murcia dieron puntuales y cumplidas referencias informativas sobre cada momento de la tragedia.

En la última edición del mismo día 15 de octubre, *El Diario de Murcia* decía:

> *Las últimas noticias son más graves de lo que presumíamos […]. La huerta de un lado y de otro, vista desde la torre de la Catedral, es un mar, no se ve más que agua. El hospital y la cárcel están inundados. El telégrafo está roto por todas partes; sólo hay comunicación por Alicante con Madrid. Los hombres están construyendo barcas para socorro.*

El día diecisiete, Pedro Díaz Cassou escribe en el diario *La Paz:*

> *Cojo una antorcha, voy al río y quedo aterido: cubre la riada los dos ojos del puente, toco con la mano, no dando crédito a mi vista, las turbias y revueltas aguas; no hay duda, el río que antes pasaba tranquilo corre hoy más alto que el nivel del cauce…*

El Diario de Murcia por medio de su director, el periodista murciano don José Martínez Tornel, pone en marcha una campaña benéfica para ayudar a los damnificados. Aquella iniciativa fue el detonante que abrió paso a otras muchas ayudas de la prensa nacional e internacional. El 18 de octubre, el periódico *El Imparcial*, el más importante de España, envía a Murcia a su redactor, Gabriel

Baleriola Albaladejo, murciano él, para cubrir la noticia. Publicó varios artículos sobre la tragedia y sensibilizó a la opinión pública para recaudar fondos de ayuda a Murcia. A esta iniciativa se le unieron los periódicos *El Liberal, El Globo, La Correspondencia*, incluso *La Ilustración Española y Americana,* que publicó unos grabados que fueron las únicas imágenes gráficas que se publicaron sobre la catástrofe. En Francia se hizo eco de la noticia el diario *Le Figaro.*

Se formaron varios comités de ayuda y entre ellos la Junta Central de Socorro, formada por todos los periódicos de Murcia y por los redactores de los diarios nacionales destacados en la ciudad. Estaba presidida por Antonio Hernández Amores, director del periódico *El Semanario Murciano*. Hicieron un llamamiento para realizar una colecta que llegó a toda España.

El día 21 de octubre, adelantándose un día a la fecha prevista, el rey don Alfonso XII, llegó a la estación de ferrocarril de Alcantarilla —la de Murcia no estaba operativa por los daños de la inundación —. Rápidamente, visitó las zonas afectadas entrando en Nonduermas. En Aljucer —desde lo alto de la terraza de una casa—, pudo contemplar todo el dantesco panorama. Pasó luego a Beniaján y al centro de la ciudad de Murcia —donde los daños, aun siendo cuantiosos, fueron menores—. Siguió por Espinardo y por varias zonas afectadas.

Toda la corporación municipal se volcó y se multiplicó en un trabajo inmenso de saneamiento y reconstrucción. Urgía enterrar y quemar los numerosos animales ahogados. De esta difícil misión se encargaron, con gran eficacia, los concejales don Francisco Illán y el señor Calvo.

Unos 2.500 huertanos estuvieron trabajando en la monda de las acequias y del Reguerón; había que volver a canalizar las aguas para desecar las grandes lagunas que inundaban la huerta. Luego vendría la penosa y difícil tarea de retirar las ingentes cantidades de barro y cieno que la riada había depositado —hasta dos metros de altura en algunos lugares, según la velocidad de las aguas—; desescombrar los edificios derribados y volver a nivelar la tierra para rehacer los cultivos y que corriera el agua por las acequias.

La riada destruyó 129 molinos, así como todo el grano que había almacenado en ellos, por lo que la hambruna se extendió por toda la huerta. Por los caminos se veía a pobres mujeres demacradas mendigando algo de comer.

* * * * *

—Abuelo, eso debió ser tremendo —interrumpió Ana—. No puedo ni imaginarme tanto dolor.

—Es cierto, aquello fue inimaginable. Una feraz huerta que alimentaba a sus huertanos y a la ciudad y, en una noche, quedó toda destruida.

—¿Cómo pudieron superar aquella calamidad?

—Es difícil de imaginar lo que una persona puede llegar a hacer para superar una tragedia así. De aquella desgracia se salió con mucho coraje, con amargos tragos de dolor y lágrimas, con mucho trabajo, con mucha fe y con mucha generosidad.

—¿Recibieron ayuda?

—Sí, recibieron ayuda; casi todo el mundo se volcó con Murcia. Hubo almas generosas como la de don José María Muñoz —conocido industrial oriundo del pueblo de Cabezuela del Valle, en la provincia de Cáceres—, que donó la cantidad de 861.192 reales para los damnificados de la riada. Murcia le correspondió con una velada poética en su honor, el nombramiento de hijo adoptivo de Murcia, y el monumento que, con estatua de bronce, podéis contemplar al final del Malecón.

Su majestad el rey, a sus expensas, ordenó la publicación de un libro titulado *El Libro de la Caridad* donde escribieron doña Emilia Pardo Bazán, doña Blanca de los Ríos, Pedro Antonio de Alarcón, Arnao, Balaguer, Federico Balart, Cánovas del Castillo, Echegaray, García Gutiérrez, Fernández Grilo, López de Ayala, el marqués de Molins, Núñez de Arce, Manuel del Palacio..., entre otros. Desde *La Gaceta* (antecesor del BOE) se hizo un llamamiento a todos los municipios de España para que aportaran su ayuda y el periódico *El Imparcial* promovió una colecta nacional por todas las provincias españolas que aportaron cuantiosos donativos; desde Madrid —que aportó 841.696 pesetas—, hasta Segovia —que lo hizo con 102 pesetas—. Valencia no escatimó ayuda para con sus hermanos de Murcia —al igual que Murcia supo corresponderles cuando Valencia, precisamente aquel mismo día del 14 de octubre pero del año 1957, sufrió la riada más terrible de su historia.

El ejército y la Iglesia también se volcaron en ayudas, no solamente personales y espirituales, sino materiales, con tiendas de campaña, alojamientos, jergones, ropa, alimentos y dinero obtenidos por medio de donativos y rifas benéficas. En Alicante se celebró una corrida de toros a beneficio de los damnificados.

La desgracia trascendió más allá de nuestras fronteras y así, en diciembre de aquel año, el Comité de Prensa de Francia publicó un único número de la revista *PARIS-MURCIE*[3]. Fue una revista, en

gran formato, costeada por la publicidad de algunas empresas parisinas. Sus doce hojas publicaban, en facsímil, autógrafos de su santidad el papa, varios reyes, reinas, príncipes, presidentes de repúblicas, políticos… Contenía artículos originales firmados por Dumas, François Coppee, Alphonse Daudet, Zola, Frederic Mistral, Victor Hugo, el marqués de Molins, Caro Baroja, Ruiz Zorrilla, y otros muchos autores de renombre. También se publicó un delicioso cuento de la genial actriz Sarah Bernhardt, así como grabados de dibujos de Doré, Madrazo, Gérôme, Jean-Paul Laurens, Latour y otros pintores de fama internacional. Con la venta de aquella codiciada y única revista se obtuvieron unos ingresos de dos millones de pesetas.

La reina Isabel II, exiliada en Francia, movilizó al todo Paris celebrando numerosos actos benéficos, rifas y subastas. Tuvo especial relevancia la que se celebró en la noche del 18 de diciembre en el hipódromo de París, a la que asistió toda la nobleza, los políticos, los financieros y los artistas. Se celebraron múltiples subastas, rifas y sorteos conducidos por bellísimas mujeres que animaban la velada moviendo a la generosidad. Intervinieron varias orquestas de la Ópera de París, así como famosas cantantes.

No sé exactamente cuánto dinero se recaudó con aquellas galas pero, entre todo, creo recordar que fueron unos cuarenta y tres millones de pesetas ¡de las de aquella época, que era mucho dinero!

—Está claro que París se portó muy bien con Murcia —dijo Candela.

—Sí, es cierto, París se portó muy bien con Murcia, lo cual es muy de agradecer, y debe estar siempre en nuestro recuerdo, al igual que otras veces en que hicieron mucho bien a los españoles, a pesar de nuestras diferencias y rencillas de otros tiempos. Otros países y ciudades también se solidarizaron con Murcia como, por ejemplo Italia, Bélgica, Inglaterra, Rusia, Grecia, Cuba, Filipinas, Méjico, Veracruz, Montevideo, Buenos Aires… y hasta Turquía y Egipto entre otros.

—Pues eso emociona mucho…, hasta Turquía y Egipto… —repitió sorprendida Ana.

—Sí, a mí también me emociona que tantos países se acordaran de Murcia. Hay que ser agradecidos.

—¿Y qué pasó después?

—La prensa murciana correspondió a la solidaridad francesa y el mismo día, 18 de diciembre, se publicó un único número de la revista *MURCIA-PARÍS,* de igual tamaño que su homóloga parisina pero con ocho páginas, que contenía composiciones en verso y en

prosa de insignes escritores, murcianos y nacionales, como José de Echegaray, Tomás Maestre, Ricardo Gil, Díaz Cassou, Andrés Baquero, José Martínez Tornel, y otros.

—Fue un bonito y emotivo gesto.

—Sí que lo fue.

—¿Sabes una cosa, abuelo? Ahora me doy cuenta de quiénes fueron esos hombres y mujeres cuyos nombres figuran en las calles y plazas de Murcia. Pasamos por ellas, sabemos dónde están, conocemos sus nombres, que vemos rotulados en placas de piedra, pero no sabemos nada de las personas a cuya memoria están dedicadas. Ahora, cuando camine por las plazas, como la de Martínez Tornel, o por las calles, como las de Ricardo Gil, la de Andrés Baquero, la de Marín Baldo…, sentiré el honor y la emoción de saber de ellos, de sus vidas y de sus obras; de recordarlos. Y me sentiré muy orgullosa de mis raíces murcianas. ¿Por qué no nos enseñan estas cosas en las escuelas? ¿Por qué no se lleva a los niños a conocer las calles cuyos nombres tanto tienen que ver con ellos? Si no se les enseña, ellos nunca lo sabrán, y se les estará robando su memoria, su propia historia, que es tanto como esconderles el camino de su futuro.

El abuelo escuchaba con agrado las sensatas palabras que decía su nieta Candela. Las profundas raíces murcianas se estaban removiendo en su interior y ellas darían fruto.

—Es cierto —respondió—, es como apagarles la luz que les muestra el camino. Cuando uno conoce la historia de sus gentes y siente su proximidad, ve que fueron personas muy cercanas a uno mismo; que no son anónimas ni lejanas. Que ellos anduvieron por nuestras mismas calles, cuyas baldosas aún conservan el eco de sus pisadas; que vivieron en nuestras mismas casas; que estudiaron e impartieron docencia en nuestras mismas aulas, en nuestra misma universidad, donde las paredes conservan aún el sonido de sus voces; que sus apellidos están entre nosotros. Entonces uno comprende que «todo» es posible; que si ellos lo hicieron es porque se puede hacer. Conociendo sus nombres y sus obras uno siente la vocación de emular y continuar la obra iniciada. Son como un faro que orienta y motiva a abandonar el naufragio en la isla de la mediocridad y de la ignorancia e invita a proseguir conquistando el continente del conocimiento y la excelencia.

—Abuelo, me estás «lanzando» con tus palabras. Escuchando todo lo que dices siento un sincero deseo de mejorar; de sacudirme la pereza; de aspirar a logros mayores. ¿Por qué no? El hecho de conocer lo que otros murcianos, como yo, hicieron, me motiva y me

impulsa a desear un futuro mejor. Me parece accesible, próximo. Es cierto lo que dice Candela, esta lección de vida no nos la han dado en los colegios —dijo Daniel.

—Decía don Marcelino Menéndez Pelayo: «El pueblo que no sabe su historia es pueblo condenado a irrevocable muerte. Puede producir brillantes individualidades, rasgos de pasión, de ingenio y hasta de género, pero serán como relámpagos que acrecentarán más y más la lobreguez de la noche». También dijo el filósofo George Santayana: «Aquellos que no recuerdan el pasado, están condenados a repetirlo».

Esto es tener «memoria de nuestra historia»: conocer la senda que otros iniciaron. Lo otro es «fanatismo histórico» que, como también dijo George Santayana, es: «Redoblar el esfuerzo cuando ya se ha olvidado el fin».

—El siglo XIX fue un siglo muy importante y lleno de grandes acontecimientos para Murcia, pero, aun estando tan próximo, es un gran desconocido. Prosigamos:

La riada de Santa Teresa ocasionó en Murcia 761 muertos, 13 en Lorca, 2 en Librilla y 1 en Cieza. Toda la huerta fue anegada por el barro y se perdieron todos los cultivos. 7.000 familias quedaron en la más absoluta miseria. Destruyó 5.762 casas y barracas. Nonduermas fue borrada del mapa. Se contabilizaron 22.469 animales muertos, y los destrozos en las infraestructuras de acequias, márgenes, caminos y carriles fue casi absoluto. Todo hubo que volverlo a reconstruir.

Andrés y sus hijos no esperaron a estar comunicados con Murcia y se pusieron a realizar y coordinar los trabajos más urgentes de reconstrucción como era el de evacuar el agua empantanada y atender a las personas más necesitadas. Su casa se convirtió en una especie de hospital de campaña atendido por Antonia, Tona y Ana.

Utilizó la casa de los padres de Antonia para alojar a varias familias, ente ellas a la de Colás el Carreteras. Andrés mandó que le trajeran harina con el trigo que tenía almacenado en Peñas de San Pedro y Carmen, la Posi, se afanó en poner en funcionamiento su tahona. De su marido, el Verdiales, no se volvió a saber nada, dijeron que lo habían visto queriendo ir hacia el camino de Alcantarilla cuando la riada era más fuerte: se le dio por desaparecido.

Pasó bastante tiempo hasta que la huerta volvió a su inestable normalidad. Tras aquella inundación llegó otra y luego vinieron dos años seguidos de sequía; le siguió una plaga de langostas y después otra inundación… parecía como si una maldición se hubiera cebado

sobre Murcia y su huerta. No disfrutaron de dos años seguidos de bonanza.

Marcial Laorden se arruinó. Tenía comprada la cosecha de grandes extensiones de huerta antes de que la inundación lo arrasara todo. Los rebaños de borregos y las piaras de cerdos que tenía en Lorca, también se ahogaron. La riada inundó los almacenes de la fábrica de conservas que estaban repletos de botes; listos para servir a sus clientes…, todos quedaron inservibles. Quiso resarcirse de las pérdidas volviendo a comprar la cosecha anticipada y sobrevino otra inundación. Un año después llegó la sequía con la langosta, y el siguiente fue otro año de sequía. Para poder pagar las deudas, vendió las casas que tenía en la ciudad y hasta tuvo que vender la suya de la plaza de Santa Catalina. Se fueron a vivir a la casa del Rincón de Seca donde volvieron a ser los Colisos y la Piojilla.

Vicky entró en una profunda depresión que le privó de la razón y del habla. Marcial ya no levantó cabeza. Al poco tiempo murió.

Eduardo y Victoria lograron superar la crisis y volvieron a levantar la fábrica de conservas.

Godo centró su vida en atender a su madre.

Marcialito, cuando supo de la desgracia económica de su familia, no volvió a dar señales de vida —aunque se sabía que se había casado con una rica heredera argentina y allí vivía con desahogo.

Gabriel y Choni le dieron dos hermanos a su hija Esperanza y aunque montaron tienda en Murcia —Galerías la Huertanica, en la calle Trapería—, no por eso dejaron de vivir en el Rincón de Seca.

Ginés, desde el día de la boda de Andrés y de Antonia, quedó prendado de la dulzura y la fidelidad de Ana. Volvieron a verse en todos los acontecimientos de la familia y, poco a poco, se fueron enamorando en silencio. Unos días después de la riada de Santa Teresa, Ginés llegó desde El Albujón, a casa de Andrés, con un carro lleno de alimentos y de herramientas para ayudar a su amigo. Se quedó unos días con él y, en medio de la reconstrucción de aquella desgracia, Ginés le confesó su amor a Ana. Fue una boda rápida y sencilla: todo estaba ya dicho. Se marcharon a vivir a El Albujón.

Antonia había tenido ya siete hijos: Candela y Blas; Enrique; Rosa; Ana; Miguel; y el último, el más pequeño, cuando ya nadie lo esperaba, en el día de Navidad de 1878, nació Manuel. Fue un parto difícil y Antonia volvió a estar a las puertas de la muerte. Solamente un milagro la rescató de sus garras. Así lo reconoció Tona.

Manuel fue un hijo y un hermano muy querido: todos lo tenían

como suyo. Nadie le llamaba Manuel; su madre le llamó «mi Manuel», y así quedó, como Mimanuel.

Mimanuel creció siendo un niño sano y alegre; contagiaba a todos con sus risas y su alegría de vivir.

Él y Fuensanta —aquella niña, hija de Colás, el Carreteras, a la que Andrés salvó de morir ahogada—, crecieron juntos como alegres hermanos; compartían sus juegos y sus travesuras: eran inseparables.

Todo parecía ir bien, pero algo ocurrió unos años después: apareció el terrible cólera.

El abuelo hizo una larga pausa de silencio en su relato y continuó:

—Fue en el mes de mayo de 1885. Un terrible brote de cólera morbo invadió toda Europa, atravesó Francia, se introdujo en España y bajó por toda la península hasta alcanzar Murcia.

Al principio, las autoridades le quitaron importancia para evitar que la enfermedad se pudiese extender por las alocadas huidas. Decían que el brote no era importante y que la epidemia ya remitía, pero conforme pasaban los días el bacilo del cólera se fue adueñando de nuestras aguas y aquella epidemia se manifestó con total virulencia. Llegó por Puerto Lumbreras y Alhama, procedente de Granada. Las familias acomodadas huían de la ciudad y se refugiaban en los campos, en las alturas, lejos del río y de la huerta. Las autoridades locales dejaron de asistir a sus puestos: unos por enfermedad y otros por abandono. Algunos médicos se desentendieron de sus pacientes y también huyeron. Se dictó una orden de inhabilitación perpetua para aquellos que abandonaran sus puestos de trabajo y a sus pacientes.

No había un plan eficaz para atajar la enfermedad; tan sólo los cinturones sanitarios que se establecieron en las poblaciones, como la preceptiva cuarentena de las familias e individuos que procedieran de localidades infectadas, y el aislamiento en determinados centros de observación, o lazaretos, en cuyas puertas se apostaban guardias para impedir que nadie saliera de ellos. Allí se encerraban, siguiendo la suerte de los enfermos, un médico, un sangrador y un sacerdote.

Tampoco se conocía ningún remedio curativo eficaz[4]. A nivel popular tan sólo se confiaba en los milagrosos y afamados «*Polvos de viborera*» y en hacer hogueras con ramas aromáticas para evitar que la enfermedad se transmitiera por el aire.

Pocas familias se libraron de la funesta enfermedad y en algunas

de ellas la padecieron todos sus miembros con un alto grado de mortandad.

Tampoco se libró nuestra familia. Antonia cayó enferma en el mes de septiembre, justo cuando la enfermedad comenzaba a remitir después de su gran eclosión en los meses de julio y agosto.

Todos se volcaron en cuidar a Antonia. Ella sólo pedía que no la sacaran de su casa, ni de su cama. Tona le suministraba todo tipo de infusiones y don Baldomero hizo traer, desde Yeste, los auténticos polvos de lenguaza viborera que antaño elaborara su colega, el boticario de esa población, don José Antonio Ruiz Melgarejo, y hasta hizo que su amigo, y afamado médico, don Tomás Maestre Pérez, la visitara y se interesara por ella. Todo fue inútil: el lunes, 14 de septiembre, a las cinco y cuarto de la tarde, cuando aún vibraban en el aire los sonidos del último toque de Conjuros…, Antonia expiró.

Antonia murió en paz con toda su familia alrededor. Su marido, y sus tres hijos mayores la llevaron a hombros hasta su último aposento.

* * * * *

Cuando el abuelo dijo estas palabras, un denso y prolongado silencio invadió la noche y se fue extendiendo por todo el huerto.

—No me esperaba esto —dijo Ana *sorbitando* una lágrima.

—Os lo tengo dicho: la muerte nunca es esperada; siempre sorprende.

—Sí, pero duele, y en este caso mucho más —respondió Candela —. ¿Cómo puede continuar la vida después de un golpe así?

La luna ocultó su emoción tras el tul de una nube, mientras que el canto de una lechuza se alejaba y el último y solitario grillo amordazó, por respeto, su intermitente llamada de amor hasta acallarse.

El agua de la acequia se despidió en silencio mientras las sillas y mecedoras retornaban mudas a su lugar de origen y las luces de la casa se fueron apagando. Se hizo el silencio.

Notas de la noche 13ª

1

Grabado de la riada de Santa Teresa a su paso por Murcia realizado por Gustave Doré

2En ella se ve a una madre que deja de amamantar a su propio hijo para compartir la leche de sus pechos con los hijos de unos extraños.

3

Portada de la revista PARIS-MURCIE

4Aunque Koch ya había descubierto el vibrión colérico y se trabajaba en la obtención de vacunas.

Noche 14ª

—¿Cómo estáis después de lo de anoche? —preguntó la abuela mientras ayudaba a servir el desayuno.

—Pues yo estoy fatal. Casi no he podido pegar ojo en toda la noche —se anticipó a contestar la fiel Fuensanta al tiempo que le daba vueltas a las torrijas en la sartén—. No me lo esperaba tan pronto.

—Yo creo que a partir de ahora van a cambiar mucho las cosas. Ya nada va a ser igual. No me imagino cómo puede continuar la historia sin Antonia —dijo Candela.

—Abuela, por favor, anticípanos algo… que no estemos así hasta que llegue la noche —le suplicó Ana.

—No, tenéis que esperar a que llegue la noche; la noche forma parte de la historia y ahora que hay luna llena, más aún. La luna es la única que ha sido testigo presencial de toda esta historia: la luna, la casa y la acequia.

—¡Porfa, abue, adelántanos algo!

—Vale, os adelantaré algo para que le dé tiempo al abuelo a terminar de contaros hoy.

Fuensanta sacó de la sartén las últimas torrijas, las espolvoreó con azúcar y canela, apagó el fuego, se limpió las manos y se sentó a escuchar.

—Anoche preguntabais que cómo se podía vivir después del golpe que sufrieron todos cuando Antonia falleció.

—Sí, eso fue lo que dijimos.

La abuela continuó:

—Cuando uno de los pilares de una casa se derrumba, toda la casa se conmueve y sufre una transformación hasta que el edificio logra encontrar un inestable equilibrio —comenzó diciendo la abuela—. Si el pilar que se derrumba es el de un padre, la autoridad, la seguridad, y la economía, es lo que se resquebraja en la casa; pero la fortaleza moral, el amor, y el tesón, que supone el pilar de una madre, consigue unir, entorno a sí, todas las cargas de la casa y esta, aunque en precario, se mantiene erguida. Cuando es el pilar de la madre el que se derrumba..., la carga de toda la

familia no la puede soportar el pilar del padre y las deformaciones y grietas en el edificio son más evidentes y notorias.

—¿Y si son los dos pilares los que se derrumban? —preguntó Daniel.

—Entonces, sálvese quien pueda: la ruina es segura. Se desestructura la familia y, más tarde o más temprano, las carencias se manifestarán en todos sus miembros al quedarse faltos de referentes fiables y sólidos. No hay pilares que puedan sustituir a los de los padres. Es como si le quitásemos a la obra de un edificio todos sus puntales y su andamiaje antes de que la obra esté suficientemente fraguada.

—¿Qué pasó entonces con la familia de Andrés? —preguntó Ana.

—¿Pensáis que con la muerte de Antonia ya está todo terminado…? Pues no; el tiempo pasa y la vida continúa abriéndose camino, aunque hubo importantes transformaciones. Candela se hizo cargo del gobierno de la casa y Blas acompañó a su padre en los negocios, en las labores y administración del huerto. Enrique continuó con sus estudios, y cuando terminó los de secundaria, comenzó a trabajar como ayudante de mancebo en la botica de su padrino. Después, don Baldomero lo envió a Granada para realizar los estudios de Farmacia.

Rosa ayudaba a su hermana Candela en el gobierno de la casa. Ana era la ahijada favorita de doña Mercedes, con la que pasaba temporadas; la envió a estudiar a un internado para señoritas. Miguel no quiso estudiar más allá de la enseñanza primaria; le gustaba la mecánica y pronto se colocó a trabajar en una de las fábricas de hilaturas de seda.

Mimanuel fue un caso aparte. Era un niño alegre y risueño, querido por todos y que a todos caía bien. Creció libre como el viento y solamente se interesaba por aquello que fuese aventura y el descubrimiento de la naturaleza. Siempre andaba por el pueblo junto con Fuensanta: su inseparable compañera. Mimanuel y Fuensanta eran una misma cosa, como las dos caras de una misma moneda y juntos fueron descubriendo las pequeñas maravillas que les ofrecía la vida. Cuando al caer la tarde Fuensanta iba a recoger las hojas de morera para sus gusanos de seda, él siempre la acompañaba. Ella recogía de las hojas bajas y él se subía a lo alto para cogerle los brotes más tiernos. Después cargaba con las hojas y le ayudaba a extenderlas sobre el cañizo de sus gusanos. Él le decía que ella se parecía a uno de aquellos pequeños gusanos, y ella se enfadaba y lo perseguía para pegarle. Cuando desembojaban los

capullos de seda, se peleaban, dándose manotazos, para ver quién desembojaba más. Los dos tenían la misma edad, respiraban el mismo aire, comían de la misma fruta, compartían las mismas curiosidades, las mismas travesuras y las mismas ganas de vivir.

Tona, la Camporra, seguía muy de cerca el crecimiento de Mimanuel. Antonia, poco antes de morir, le había pedido a Tona que cuidara de sus hijos y muy especialmente de su pequeño. Así se lo prometió y así lo cumplió. Tona lo tomó como si fuese su propio hijo y miraba complacida aquella joven amistad.

Pasó el tiempo y un caluroso día de verano Fuensanta no quiso salir a jugar con Mimanuel, le puso una serie de excusas que él no alcanzó a comprender. Fuensanta no salió, ni ese día, ni en toda una semana. Cuando volvió a salir ya no era la misma y poco a poco fue perdiendo el interés por sus inocentes juegos.

Una tarde de invierno estaban tumbados en el suelo del huerto contemplando cómo el día moría con la humildad de un apasionado crepúsculo, cargado de colores y de magia, y cuando el sol se ocultó tras el horizonte Fuensanta se volvió, y posando sus labios sobre los de Mimanuel los besó, se levantó, y se marchó corriendo. Él se quedó con el salobre sabor de una lágrima y la herida de una semilla desconocida sembrada en su corazón.

En la siguiente primavera, recogiendo las hojas para los gusanos, al elevar Fuensanta sus brazos, Mimanuel se percató de que los pechos de ella comenzaban a abultar. Así se lo hizo saber, al tiempo que los tocó con la mano. La reacción no se hizo esperar: Fuensanta se protegió el pecho y dándole una bofetada se marchó llorando. Mimanuel no comprendía aquella reacción tan extraña de su amiga.

El verano llegó y Fuensanta ya no quiso bañarse en la acequia como cuando eran niños. Ya nada era igual: el mundo había cambiado.

Cuando volvió el otoño, Mimanuel se llenó de melancolía. Tona, la Camporra, le preguntó y él le contó sus pesares; fue entonces cuando Tona le habló del amor.

El pájaro del tiempo voló sobre ellos y se llevó consigo la infancia. Aquel año, Fuensanta, «el pequeño gusanico de seda», se transformó en una bella y hermosa libélula. Cuando llegó la época de las canciones, vino también el de los suspiros: se buscaban, se miraban, suspiraban… y se rehuían.

Fue entonces cuando algo fatal e imprevisto ocurrió. Una tarde, Andrés llamó a Colás, el Carreteras, y a su mujer, y le pidió la mano de su hija Fuensanta para su hijo Miguel. Aquel pequeño raspajo de niña que Andrés salvó de morir ahogada cuando la riada de Santa

Teresa y que enredaba por su casa jugando con Mimanuel, se había convertido en una hermosa joven y su hijo Miguel se había enamorado de ella. Colás, y su mujer, estuvieron muy conformes con aquella boda que los emparentaba con Andrés. Se dieron palabras, se estrecharon manos y todo quedó sellado. La boda se concretó para el otoño siguiente.

Cuando Colás se lo comunicó a su hija Fuensanta, ella sintió como si un puñal le atravesara el pecho. Sus lágrimas fueron interpretadas como de alegría, y la obediencia debida a sus padres, como una feliz aceptación gozosa.

Mimanuel llegó a su casa en medio de la fiesta y las felicitaciones. Le informaron de la buena nueva y quedó anonadado mientras su hermano Miguel le pedía su complaciente abrazo.

Una tarde de aquel verano, mientras Fuensanta recogía la ropa tendida en la solana, se presentó Mimanuel y, en silencio, se puso a ayudarle.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Estoy —respondió Fuensanta.

—¿Qué nos ha ocurrido?

—Que lo teníamos tan cerca de nosotros que no nos dimos cuenta de ello. Pensábamos que el mundo era sólo nuestro; que no había nadie más en él.

—Quizá yo llegué muy tarde.

—O quizá fui yo la que llegué muy pronto.

—El tiempo nos ganó la mano a los dos, pero no puedo resignarme a perderte.

—¿Estás loco? Tienes que olvidarme. Ahora seré la mujer de tu hermano Miguel.

—Nunca dejarás de estar dentro de mí, porque tú eres como el corazón: te llevo dentro aún sin sentir.

—Por favor, Mimanuel, no me digas eso…

—Te lo digo porque lo siento. Te lo digo porque te amo.

—¡Por favor, Mimanuel… por fav…! —Fuensanta no pudo terminar su súplica. Tras las blancas sábanas, sus sombras se abrazaban y se fundían en un beso.

Desde entonces se rehuyeron mutuamente.

La boda se celebró dos meses después y, extrañamente en él, Mimanuel bebió hasta perder el sentido. Tona, la Camporra, lo observaba con preocupación.

Los jóvenes esposos se instalaron a vivir en la casa de Andrés, por lo que Mimanuel veía a Fuensanta todos los días en la mesa, en las labores de la casa, con sus hermanas, cuando se iba al

dormitorio con Miguel..., a todas horas.

Cuando su hermano Miguel se marchaba a trabajar a Murcia, Mimanuel se iba con él, o a Alcantarilla, o a cualquier otro lugar, y no regresaba hasta ya caída la tarde; sabía que no podría soportar la tentación de encontrarse con Fuensanta allí, a solas.

Fue la mañana de un domingo de mayo del año siguiente, 1897, cuando Miguel dio la noticia: «Estamos esperando un hijo». La alegría invadió toda la casa: ¡era el primer nieto y el primer sobrino! Hasta Mimanuel levantó su copa para celebrarlo en silencio.

—Lo demás que os lo cuente esta noche el abuelo.

Cuando llegó la noche Candela entregó al abuelo una vieja carpeta con escritos, recortes de periódico, un libro, y una cajita que contenía una condecoración.

El abuelo tomó los objetos y comenzó a contar:

—Ya sé que la abuela os ha adelantado algunos detalles de los acontecimientos de esta noche. Hoy vais a conocer unos valores que habitan en lo profundo del ser; allí donde nace el sentido del honor, la capacidad de sacrificio, la generosidad, la entrega, el tesón, la valentía, la sublime nobleza… Allí donde otros voceros sólo ven obcecación, obstinación y necedad, allí, os digo, vamos a descubrir cómo en el interior de muchos españoles suele haber un santo, o un héroe, que espera a despertar.

Todas las cartas, escritos, libros y recortes de prensa que hay en esta carpeta, contienen una de las más bellas y emotivas páginas de nuestra familia, y cuentan, a su vez, uno de los episodios más heroicos de la historia de España.

Me vais a perdonar que esta noche sea un poco largo y prolijo en detalles de personas y de acontecimientos, pero es conveniente, es necesario, que se les recuerde aunque no los conozcáis y creáis que su historia no os atañe. No lo creáis: os atañe y mucho más de lo que pensáis. Además, nuestro recuerdo, nuestro agradecimiento y nuestro respeto es lo único que les queda a estas personas; por lo tanto, por mi parte, las voy a nombrar a todas, una a una, y las voy a recordar siempre, y espero que vosotros también las honréis siguiendo este relato con respeto y atención hasta el final.

Los nietos se acomodaron dispuestos a escuchar.

—Como ya os ha contado la abuela, Mimanuel y Fuensanta sufrían en silencio su escondido amor. Para él era muy difícil tener que convivir bajo el mismo techo, viéndose a todas horas y rehuyéndose, para no encontrarse a solas, cuando lo que el corazón les pedía era justamente lo contrario. Él sabía que, de seguir así,

sólo era cuestión de tiempo el que ocurriese algo desastroso. No podía hacerle eso ni a su hermano Miguel, ni a Fuensanta, ni a su padre. Tenía que buscar una solución.

Una mañana de junio de aquel año de 1897, Tona, la Camporra —que era por entonces la cartera del pueblo desde que detuvieron a Joselito, el Noé—, tenía en sus manos una carta cuyo destinatario era M. Marín Parra y que provenía del Gobierno Militar de Murcia. Aquella «M» no terminaba de identificar a la persona a la cual iba dirigida la carta: lo mismo podía ser para Miguel que para Manuel. Tona se quedó pensando sobre lo que debía hacer con aquella carta. Intuía que aquello podía tener serias consecuencias según a quien fuera destinada. Golpeaba la carta sobre las puntas de sus dedos cuando al final tomó una decisión.

Mimanuel abrió la carta y, después de leerla, la dobló y la volvió a introducir en el sobre. Tona, la Camporra, lo observaba en silencio.

—¿Qué pasa Mimanuel?

Manuel se dio cuenta de que no podía engañar a Tona; lo conocía perfectamente —ella fue la que primero lo tuvo en sus brazos cuando llegó a este mundo—.

—Por favor, Tona, no digas nada de esto. Esta carta es cosa mía y haré lo que tenga que hacer.

Tona se le quedó mirando en silencio y después, haciendo un gesto de comprensión con la cabeza, se marchó.

Cuando Mimanuel dio la noticia de que había sido llamado a filas para incorporarse al ejército, hubo una gran conmoción y desasosiego en toda la casa. ¿Cómo era posible que el pequeño de la casa, el Nene, el Mimanuel, se fuera de quinto? ¡Y a ultramar! ¡Si aún era casi un crío! Candela lloraba desconsolada. Su hermano Blas maldecía dando puñetazos en la mesa. Ana, en cuanto lo supo, fue a casa de su padre, junto con los padrinos. Don Baldomero se ofreció para pagar las dos mil pesetas que supondría la redención a metálico pero, al haber sido destinado al ejército de ultramar, no podía ser redimido con dinero: únicamente se podría salvar enviando en su lugar a un sustituto que fuese de la misma zona militar de Murcia. A esa posibilidad se opusieron tanto Mimanuel como su padre. Andrés miraba a su hijo y callaba. Su hermano Miguel pensaba para sus adentros: «Debían haberme llamado a mí y no a él. Yo era el que tenía que haber ido y no mi hermano pequeño. Él es aún muy joven», pero Miguel también miraba a Fuensanta, su mujer, y se estremeció sólo de pensar en tener que dejarla, y más ahora que estaban esperando a su hijo. Fuensanta

lloraba en silencio.

Veinticinco mil hombres fueron enviados con urgencia a Filipinas. Manuel embarcó en el vapor *Covadonga* el quince de diciembre de 1897 e incorporado a la 3ª compañía del batallón expedicionario de cazadores nº 2, con destacamento en Manila. Unos días después, Fuensanta dio a luz un hijo varón al que pusieron por nombre Manuel.

Tan sólo se recibieron tres cartas suyas desde Manila y en la última, fechada el 7 de febrero de 1898, decía que su sección, con cincuenta soldados al mando de sus tenientes don Juan Alonso de Zayas y don Saturnino Martín Cerezo, se embarcaba con destino a Baler.

Baler era entonces una población de unos dos mil habitantes, cabecera del distrito del Príncipe, en la isla de Luzón que distaba, en línea recta, unos 150 kilómetros de Manila, pero lo escarpado de sus barreras montañosas, la frondosidad de sus selvas, y las dificultades para poder vadear sus ríos, hacían que su acceso por tierra fuese extremadamente dificultoso por lo que era aconsejable llegar por mar. El pueblo de Baler está ubicado a orillas del océano Pacífico, con un rio que circula, a poca distancia, en paralelo a la playa.

Llegaron a Baler para reemplazar a un destacamento de cuatrocientos hombres, y su misión era velar por el apaciguamiento de los nativos —después de la precaria paz firmada con el pacto de Biakna-Bato el 14 de diciembre anterior—, vigilar la costa y evitar que no se produjera ningún desembarco de armas para los insurgentes del movimiento independentista Katipunan. Al despedirlos en Manila, el jefe del batallón les había dicho que aquel destino no era muy bueno, pero que estaba previsto que estuviesen allí tan sólo dos meses.

En casa de Andrés no se volvió a recibir ninguna noticia hasta que, casi dos años después, les llegó todo este paquete de cartas y notas que veis aquí y que son las cartas que Manuel escribió, así como los recortes de algunos diarios con los que se pudo recomponer toda la historia.

En el mismo barco que transportaba a Baler al destacamento de Mimanuel, el *Compañía de Filipinas,* viajaban también el capitán don Enrique de las Morenas y Fossi, recién nombrado gobernador político militar del distrito del Príncipe con destino en Baler, y el teniente médico provisional de Sanidad Militar, don Rogelio Vigil de Quiñones, junto con tres sanitarios.

El 12 de febrero llegaron a Baler y en ese mismo barco se

marcharon los cuatrocientos soldados a los que ellos relevaban. Tenían munición suficiente —diez cajas de 1.500 cartuchos—, pero sólo disponían de alimentos para los dos meses previstos de estancia. Las provisiones que allí dejó el destacamento anterior estaban en muy malas condiciones; casi todas inservibles. No recibieron más suministros.

Baler era entonces un pueblo de casas alineadas, construidas con troncos de madera y hojas de palma. Formaban calles que accedían a una plaza central en donde estaba la iglesia. Los primeros días transcurrieron con tensa normalidad. El capitán Las Morenas intentaba atraerse a los tagalos[1] por medio de un trato amigable, paternal y condescendiente, pero las noticias que le llegaban no eran muy tranquilizadoras: el movimiento del Katipunan estaba resurgiendo y se preparaba para otra sublevación. El pueblo, poco a poco, se fue despoblando.

Para evitar sorpresas, el teniente Alonso decidió almacenar todos los víveres, agua, materiales y munición, en el único edificio que reunía unas mínimas condiciones de resistencia en el caso de verse atacados: la iglesia de San Luis de Tolosa; la única iglesia de Baler.

En la otra parte del mundo, en Cuba, iba a tener lugar un desgraciado accidente que sería el detonador y desencadenante de una terrible guerra.

Desde hacía mucho tiempo, Estados Unidos no ocultaba su desmesurado interés por apoderarse de las últimas colonias de España ante la manifiesta debilidad del gobierno español, incapaz de administrar y gobernar adecuadamente sus territorios de ultramar. Una terrible campaña mediática orquestada por la prensa norteamericana y dirigida por William Randolph Hearst —propietario del diario *New York Journal*—, y por Joseph Pulitzer —propietario del *New York World*—, fueron determinantes. Ambos periodistas compartían un absoluto desprecio por el periodismo ético y responsable y a ambos se les atribuye la creación de un nuevo estilo de periodismo difamatorio que habría de ser conocido con el nombre de «periodismo amarillo». La manipulación de sus noticias periodísticas fueron decisivas para hacer creer a la opinión pública estadounidense que el pueblo cubano estaba siendo injustamente perseguido y cruelmente maltratado por los españoles, y que la única manera de que los cubanos pudieran alcanzar su libertad era a través de la intervención militar norteamericana. Hearst y Pulitzer publicaban en sus periódicos todo tipo de historias falsas, proporcionando nombres, fechas y lugares de escaramuzas, así como atrocidades cometidas por los españoles y aunque se

demostraba la falsedad de las mismas, nunca publicaron rectificación alguna. Así fueron creando un estado de opinión totalmente hostil hacia España, incluso no dudaron en encrespar los ánimos de las mujeres norteamericanas divulgando noticias falsas sobre violaciones masivas y vejaciones a las mujeres cubanas.

Tanto empeño tenía Hearst en hacer que los dos países entraran en guerra que cuando su corresponsal gráfico, desplazado en La Habana, le envió un cable diciendo que La Habana estaba tranquila, que allí no habría nunca guerra y que quería regresar a New York, Hearst le contestó diciendo: «Usted proporcione las imágenes, que yo proporcionaré la guerra».

—Eso me recuerda a una película de Orson Welles, *Ciudadano Kane* —dijo Candela.

—Efectivamente, en esa película sale esta escena y parte de esta historia —respondió complacido el abuelo—. Continúo contando. La ocasión llegó cuando el 15 de febrero de 1898, a las 21.40, el acorazado *USS Maine* se hundió por una explosión estando fondeado en el puerto de La Habana. El *Maine* había llegado a La Habana, sin previo aviso, con la provocadora excusa de visitar y salvaguardar los intereses norteamericanos en la isla. El hundimiento fue achacado a un atentado español.

EL BARCO DE GUERRA USS MAINE FUE PARTIDO EN DOS POR UN ARMA SECRETA INFERNAL

Este fue el titular que publicó Hearst en su diario, con todo lujo de detalles, diagramas y planos del inexistente torpedo secreto español. La realidad demostró después que la explosión se produjo en el interior del barco y que fue debida a un mal diseño del mismo al haber situado uno de los almacenamientos de carbón (que en ese momento se había incendiado) junto a la santabárbara (almacén de municiones) del buque. El buque se partió en dos, justo por esa sección y las chapas de acero estaban retorcidas hacia el exterior (señal inequívoca de que la explosión había tenido lugar de adentro hacia fuera y no al revés como sería el caso si hubiese sido hundido por un torpedo o por una mina). Fue inútil: no quisieron admitir ninguna versión ni investigación española y la opinión pública norteamericana fue manipulada hasta exigir la guerra al grito de:

RECORDAD EL MAINE, ¡AL INFIERNO CON ESPAÑA!

El 18 de abril de 1898, la Resolución Conjunta de la Cámara de Representantes y del Senado de los Estados Unidos, exigió a España

el inmediato abandono de las islas de Cuba y Puerto Rico, lo cual significaba una tácita declaración de guerra al ser inviable dicha petición.

Una vorágine de fervor patriótico recorrió España entera con manifestaciones antiyanquis. La prensa española, obediente a los dictados de los partidos políticos a los que servía, y la murciana entre ellas —salvo honrosas excepciones como la de *El Diario de Murcia,* periódico independiente y de ideología católica dirigido por Martínez Tornel—, enardecía a la población con titulares tales como «¡Guerra! ¡Guerra! ¡Guerra!». Y arengas tan grandilocuentes como la dada por el gobernador de Murcia «…el mundo entero temblará cuando oiga rugir el león español», no favorecieron a la moderación ni a ponderar justamente el potencial bélico de los norteamericanos.

El 26 de abril de 1898, Estados Unidos declaró la guerra a España.

El conflicto, que comenzó en Cuba, se extendió también hasta el Pacífico, donde España poseía las Filipinas, y la isla de Guam —isla principal de las islas Marianas—.

El 1 de mayo la escuadra norteamericana del Pacífico, mandada por el comodoro George Dewey, que desde hacía tiempo estaba preparándose —haciendo prácticas de tiro, y pintando sus barcos, en la bahía de Hong Kong, al amparo de la «hostil neutralidad» de Inglaterra—, se situó frente a la bahía de Manila. La flota española, mandada por el almirante don Patricio Montojo y Pasarón, estaba en el puerto de Cavite. Eran las cinco y cuarto de la mañana cuando comenzó el combate.

Dos horas y media después la batalla estaba aún sin decidir y aunque los barcos estadounidenses eran más nuevos, tampoco se podía decir que la escuadra española fuera muy inferior. Además, era impensable que un país emergente, de «segundo orden», sin tradición naval alguna, y que nunca se había enfrentado en combate fuera de su propio territorio, pudiese dar la batalla, y ganar a España, que había sido una de las mejores armadas del mundo. El comodoro Dewey se retiró de la lucha para dar descanso a sus hombres. Dewey se cuestionaba seriamente el éxito de la batalla; había gastado la mitad de su munición y no había conseguido hundir ningún buque español —aunque sí habían dañado dos acorazados con sus cañones de 203,2 mm—. En ese momento, el almirante Montojo, tomó la decisión más difícil de su vida —y quizá la más errónea—: unilateralmente dio por perdido el combate y ordenó el abandono de los buques, quitando los cerrojos de los cañones y abriendo los grifos. Dewey, que no se podía creer el

regalo que le estaba haciendo el almirante Montojo, se prestó rápido a reanudar el combate. Fue un desastre total para la armada española. Allí se perdió Filipinas —y por no hablar de la triste y patética perdida de la isla de Guam—.

Mientras, el pueblo de Baler había sido abandonado por sus habitantes y un pesado silencio hacía temer lo peor. El teniente Alonso ordenó que todos los soldados se trasladaran al interior de la iglesia que, por la solidez de sus muros —de un metro y medio de espesor—, era el único lugar que podía ofrecer alguna garantía de resistencia. Después se cerró el cerco y el aislamiento fue total.

Encerrados en aquella pequeña iglesia comenzaron las deserciones. Las primeras fueron las del cabo Alfonso Sus Forja, con el soldado Tomás Paladio Paredes (ambos, sanitarios indígenas) y la de los soldados peninsulares Felipe Herrero López, y Félix García Torres.

El 26 de junio, día de San Pelayo, Baler amaneció como un pueblo fantasma: no quedaba ni un alma en el poblado. El ataque de los insurrectos tagalos era inminente.

De las páginas de su diario entresacamos:

> *Día 30 de junio de 1898.*
> *Hoy hemos salido en descubierta por el pueblo, a las órdenes del teniente Martín Cerezo. Éramos doce soldados y el cabo Jesús García Quijano. Antes de llegar al puente de España, los tagalos estaban apostados en la orilla del canal y han comenzado a disparar contra nosotros. Hemos repelido el ataque pero, cuando han tratado de envolvernos cortándonos la retirada hacia la iglesia, el teniente ha ordenado que nos replegásemos conduciendo al cabo García Quijano, herido en la pierna izquierda.*
> *Estamos sitiados.*

A partir del día siguiente, los tagalos comenzaron a enviar una serie de escritos y misivas conminándoles a la rendición por medio de burdos ardides que no hicieron mella en la moral de los sitiados. El capitán Las Morenas, en tono paternal y conciliador, aconsejaba a los insurrectos que depusieran las armas y que volvieran a la normalidad: les esperaba con los brazos abiertos. Les ordenó que no dejasen más escritos por los alrededores de la iglesia, que para comunicarse dieran un toque de atención y que si se les respondía con el mismo toque de corneta, se acercara un hombre, portando bandera blanca, para entregar el mensaje así como para recoger la respuesta.

Al principio los tagalos eligieron como correo a los soldados

desertores Felipe Herrero López y Félix García Torres, pero el capitán Las Morenas les comunicó que no volvería a recibirlos más, y que si insistían en enviarles a esos desertores los recibirían a tiros.

Estos días hemos estado aspillando y terraplenando ventanas y puertas. Hemos quitado el techo de la casa del convento dejando sólo las paredes, de unos dos metros de alto, como tapia. Nos han cortado el suministro de agua y el capitán ha ordenado que cinco hombres caven un pozo en el patio de la iglesia, con tan buena fortuna que a cuatro metros de profundidad ha salido agua suficientemente potable para nuestro consumo. Ya no le tememos a la sed.
Con unas losas, arrancadas del suelo de la iglesia, hemos construido un horno para hacer el pan.
No podemos salir al exterior: no paran de tirotearnos constantemente.
Apenas tenemos ropa para cambiarnos, porque los tagalos, a los que les pagábamos para que nos la lavaran, nos la robaron cuando se marcharon del pueblo. No tenemos más que lo puesto.
Los tagalos han comenzado a construir trincheras alrededor de la iglesia. Las hacen, en silencio, al amparo de la noche, y con el ruido de las olas del mar no podemos detectar su posición para dispararles. Vemos con preocupación que sus trincheras van avanzando —ya están a cincuenta pasos de la iglesia, y en algunos puntos a tan sólo veinte—, uniendo las casas más inmediatas. Falta poco para que quedemos estrangulados.
Anoche, el soldado Gregorio Catalán Verdú, con gran valor y arrojo, salió de la iglesia, a pecho descubierto, y consiguió prenderle fuego al edificio cuartel de la Guardia Civil y a las escuelas. El valor y la decisión que ha mostrado Gregorio ha sido un ejemplo para todos nosotros y pocos días después hemos sido varios los que hemos salido para incendiar las casas más próximas desde las que nos tiroteaban impunemente.

Hubo nuevas misivas invitando a la rendición bajo promesa de ser bien tratados. Viendo los insurrectos que las mismas no causaban los efectos deseados, utilizaron a los desertores para tratar de minar la moral lanzando amenazas contra los oficiales e invitando a los soldados a la rebelión. Aquel tipo de lucha, en la que las palabras eran las balas, resultaba aún más temible.

Día 18 de julio de 1898.
Hoy nos han golpeado duro los tagalos. Están afinando mejor la

puntería y son muchísimos los que nos tienen cercados. Esta tarde han herido a un compañero que estaba de guardia; se ha descuidado y le han alcanzado. Se trata de Julián Galvete Iturmendi. La herida es grave y he visto al médico, don Rogelio Vigil, cómo lo curaba, con preocupación.
Todos los días nos disparan y al teniente Alonso se le ha ocurrido una idea para dar un golpe de efecto: extrañamente, hay en la iglesia algunos cañones muy antiguos sin armazón ni accesorios. Hemos cargado, al más pequeño de ellos, con la pólvora de unos cohetes y de unos cartuchos inservibles, y se ha retacado con toda la metralla posible. Lo hemos llevado hasta una de las arpilleras y con una cuerda lo hemos suspendido de una de las vigas del techo para ajustar la puntería. El estruendo ha sido tan enorme que no sé quién se ha asustado más, si los tagalos o nosotros, porque el retroceso del cañón, haciendo el péndulo, ha hecho que este saliese disparado hacia atrás y ha golpeado sobre la pared de enfrente con tal fuerza que toda la iglesia ha retemblado.

Día 20 de julio de 1898.
Ayer, el jefe de los insurgentes nos envió una invitación a rendirnos que decía:
«Acabo de llegar con las tres columnas a mi mando y enterado de la inútil resistencia que vienen ustedes haciendo, les participo que si deponen las armas entregándolas en el término de veinticuatro horas respetaré sus vidas e intereses, tratándolos con toda consideración. De lo contrario, se las haré entregar a la fuerza sin tener entonces compasión de nadie y haciendo a los oficiales responsables de todas aquellas desgracias que puedan ocurrir. Dado en mi cuartel general a 19 de julio de 1898. Calixto Villacorta».
Esta mañana el capitán le ha contestado diciendo que los defensores de Baler estiman más la honra que la vida y que: «los oficiales no podemos ser responsables de las desgracias que ocurran; nos concretamos a cumplir con nuestro deber, y tenga usted entendido que si se apodera de la iglesia, será cuando no encuentre en ella más que cadáveres».
Los tagalos se han enfadado y han iniciado un tiroteo, furioso y constante, que ha durado todo el día.

Martes, 2 de agosto de 1898.
El sábado, día 30, murió nuestro compañero Julián Galvete Iturmendi, al que hirieron el pasado día 18. Nos ha consternado a todos, y aunque la herida de bala fue grave y veíamos que su vida se iba apagando lentamente, en nuestro pecho siempre

albergábamos la esperanza de que no muriera. La muerte siempre sorprende. Fray Cándido le ha atendido espiritualmente y lo hemos enterrado en el patio de la sacristía.
¿Quién de nosotros será el siguiente?
Los tagalos se han empeñado en sacarnos de las dudas y del abatimiento. Ayer nos volvieron a escribir conminándonos, una vez más, a rendirnos y que si no lo hacíamos harían fuego de cañón y destrozarían la iglesia sin compadecerse de nadie.
Esta vez no ha sido una bravuconada, porque a las doce de la noche han abierto fuego de artillería por tres lados a la vez. El estruendo de los impactos sobre los muros de la iglesia ha sido ensordecedor. Los gruesos muros han resistido bien pero nos han ocasionado destrozos astillando parte de la puerta y los fardos de mantas que la parapetaban han salido volando. La metralla ha perforado el techo; ahora estamos casi a la intemperie y hemos tenido que reubicarnos para evitar que la lluvia nos moje a nosotros y a nuestras pocas pertenencias.

Miércoles, 4 de agosto.
Ayer desertó un compañero: el soldado Jaime Caldentey Nadal. Cuando estaba haciendo guardia en la ventana derecha del altar, se ha arrojado al exterior llevándose el armamento y la munición. Yo estaba de guardia en la torre y me ha dado tiempo a verlo; lo he tenido, durante un instante, en el punto de mira de mi máuser..., pero no he podido dispararle. Si toda deserción es preocupante, esta lo es aún más porque Jaime era el asistente del teniente Alonso y tiene mucha información de nuestros puntos débiles; él conoce nuestro temor a que los tagalos puedan pegarles fuego a las vigas de madera de la iglesia. El mejor sitio para hacerlo sería por la parte norte, donde únicamente hay un centinela en lo alto del muro.
Esta tarde nos han estado tiroteando y cañoneando sin cesar y Caldentey ha querido enviarnos un preciso cañonazo pero, para apuntar bien, se ha expuesto demasiado. El centinela de la torre no lo ha dudado esta vez y lo ha abatido de un disparo. Lo hemos sentido mucho pero no ha habido más remedio. O era él, o todos nosotros.

Efectivamente, Caldentey, antes de morir y quizá para congraciarse con los tagalos, les debió informar de todos los puntos débiles y sobre los temores que tenían los sitiados, porque la noche del día siete trataron de sorprenderlos. Arrimaron una escalera para llegar a la cubierta y pegarle fuego, pero, afortunadamente, vinieron a colocarla justo donde estaba el centinela que dio la voz

de alarma. Sostuvieron una lucha muy fuerte frente a un grupo de asaltantes que no desistía en su empeño. Dada la superioridad numérica del enemigo, al teniente Alonso se le ocurrió simular una salida al exterior y para ello ordenó al corneta que tocase con fuerza el toque de «paso de ataque» al tiempo que ordenó gritando: «¡Al balay de Hernández!» —una de las casas atrincheradas del cerco—. Este anuncio de salida de los españoles intimidó a los atacantes que se retiraron, incluso arrojándose desde lo alto de la escalera, y del muro, donde se luchaba cuerpo a cuerpo. Huyeron a sus trincheras dejando muertos y heridos, así como todas las latas de petróleo que llevaban para incendiar la iglesia.

Lunes 15 de agosto de 1898.
Hoy, día de la Asunción de Nuestra Señora, fray Cándido nos ha exhortado en la misa a tener fe en nuestra Madre. Me he acordado mucho de la mía y sé que ella me cuida desde el Cielo. No sé si habrá otra iglesia en la que se tengan más presentes las oraciones y las plegarias que en esta. El tener con nosotros a fray Cándido es un gran consuelo para todos.
Los tagalos nos han estado tiroteando sin parar y han herido a nuestro compañero el soldado Pedro Planas Basagañas.
Tenemos problemas con los alimentos.

El día 20, Villacorta envió a parlamentar a fray Juan López Guillén y a fray Félix Minaya, dos frailes de otro pueblo. Ellos hicieron todo lo posible, con sus elocuentes razones, para convencerlos de que debían rendirse. No lo lograron y el capitán Las Morenas dispuso que los dos frailes se quedaran con ellos.

Lunes, 22 de agosto de 1898.
Hoy el fuego y el cañoneo de los tagalos ha sido nutrido y han herido al soldado José Sanz Miramendi y a mi paisano murciano, de Cieza, Francisco Real Yuste.
Con mi paisano Francisco tengo una especial amistad al igual que con Luis Cervantes Dato, que también es murciano de Mula.
El calor es agobiante y dentro de la iglesia el bochorno y el hedor se hacen insoportables. El aire está viciado y los alimentos se están echando a perder.

Nuestro temor ya no son los tagalos, a ellos los mantenemos a raya con las armas, ahora nuestro temor es una terrible enfermedad: se llama beri-beri2, y contra ella no valen ni nuestras defensas ni nuestros fusiles. Es el enemigo más traidor: nos ataca desde dentro.

La enfermedad entró en la iglesia de Baler y al primero que atacó fue a su párroco, fray Cándido Gómez Carreño. Murió el 25 de septiembre, a los setenta y siete días de asedio. Fue enterrado en el altar mayor, en el lado de los Evangelios.

Ese mismo día recibieron la noticia de que en Manila, el pasado día 14, y después de un simulacro de batalla, el general Agustín había capitulado frente a los estadounidenses que sitiaban la ciudad —para no hacerlo ante los tagalos por si estos se tomaban venganzas y saqueos—.

Los defensores tomaron la noticia como una invención del enemigo. No las creyeron. No era posible.

Viernes, 30 de septiembre de 1898.
Hoy ha muerto uno de los más valientes y abnegados soldados: Francisco Rovira Mompó. Estaba enfermo de disentería y de beri-beri. Con las piernas inútiles y doliéndole horrorosamente, en un momento del combate, cuando este era tan recio que temíamos un asalto inminente y definitivo, ha intentado levantarse, pero al no poder sostenerse en pie se ha arrastrado y se ha colocado frente al agujero de la puerta; ha armado su fusil con la bayoneta, se ha tendido en el suelo, y allí, casi expirando, ha esperado a que se presentase el enemigo. Al final se le ha presentado a combate la muerte… y ella le ha vencido.
Su valor y presencia de ánimo han sido un acicate para todos nosotros.
Lo hemos enterrado dentro de la iglesia, bajo el coro, al entrar a la derecha.

Ese mismo día, los tagalos les hicieron llegar una carta del gobernador civil de Nueva Écija, señor Dupuy de Lome, diciendo que Filipinas se había perdido y que todos los destacamentos se estaban rindiendo —dando profusión de nombres de plazas, de oficiales rendidos y fusiles entregados—, y que ya no había razón alguna para seguir defendiendo aquella plaza por lo que ordenaba que depusieran inmediatamente las armas.

Aquellos argumentos parecían fáciles de creer si no fuese por el empeño y la obstinación que los tagalos tenían por rendirles a la fuerza y apoderarse de sus armas. No les creyeron. Podía ser un engaño, o incluso tener prisionero al gobernador. Era imposible que España hubiera perdido, con tanta facilidad, todos aquellos dominios. Además, si así era, esperarían a que viniesen a rescatarlos, porque ningún ejército, cuando abandona un territorio, deja olvidadas a las fuerzas que tiene comprometidas en campaña.

La enfermedad seguía minando la salud de los defensores; únicamente poco más de media docena de ellos estaban indemnes. El día 9 de octubre fue herido de bala el cabo José Olivares Conejero y al día siguiente murieron de beri-beri el cabo José Chaves Martín y el soldado Ramón Donat Pastor.

El día 13 resultó herido el teniente médico Vigil. También fueron heridos, levemente, el teniente Martín Cerezo, y por segunda vez el soldado Ramón Mir Brils.

El 18 de octubre, muere el segundo teniente y Comandante del destacamento don Juan Alonso Zayas. Fue un golpe durísimo para la moral de los defensores. Era un valiente oficial. Se hizo cargo del destacamento el teniente don Saturnino Martín Cerezo al estar gravemente enfermo el capitán Las Morenas.

El hedor que había en la iglesia era insoportable además de infesto. El teniente Martín Cerezo ordenó abrir unos agujeros en la parte baja de la puerta sur, sin comprometer la seguridad. Se improvisaron unas letrinas con evacuación hacia el exterior de la iglesia. La ventilación alivió un poco el agobiante calor que desprendían las chapas de cinc que cubrían la iglesia y la fetidez del interior de la misma.

Las bajas eran tan numerosas que con los pocos soldados que quedaban sanos no se podían realizar todos los servicios de guardia y por ello tuvieron que utilizar a los enfermos y heridos. Como estos no se podían mantener en pie, había que llevarlos en brazos hasta el puesto de centinela y allí, sentarlos en una silla y con el fusil apercibido, hacían la guardia de seis interminables horas. Ninguno de aquellos valientes se quejaba, pese al sufrimiento de la enfermedad y de las heridas. Todos hacían guardia, incluso el capitán Las Morenas (que estaba enfermo de beri-beri), el médico Vigil (dando muestra de una entrega, valentía y abnegación encomiables pese a estar herido) y el teniente Martín Cerezo.

Cada cinco minutos, el cabo de guardia iba pasando por todos los centinelas para comprobar que todos estaban en sus puestos y despiertos. Lo hacía con extrema precaución para evitar que los asaltantes, y los desertores, los identificaran por la voz y los ubicaran —al estar algunos de pie y en lugar expuesto, eran un blanco fácil—, por eso iba diciendo con queda voz:

—¡Altar!

— Hummm —respondía susurrando el centinela.

—¡Derecha!

—Sssss.

—¡Torre!

—Grrr.

La noche hace crecer las sombras, y parece como si alguien caminara por los rincones donde se posan los cansados ojos de la vigilia. El cercano murmullo de las olas del mar era confundido con palabras y susurros de los sitiadores.

El día 22 de octubre muere el soldado José Lafarga Abad. Al día siguiente es herido de gravedad el soldado Miguel Pérez Leal y el día 25 fallece el soldado Ramón López Lozano.

El techo de cinc de la iglesia estaba totalmente agujereado por los disparos. Trataron de repararlo parcheándolo con una masa de yeso y harina, pero la lluvia y el calor ablandaban y destruía aquella argamasa. Lo intentaron, con algo más de éxito, con los restos de la hojalata de las latas de sardinas. Eran tantos los agujeros que por la noche se podía contemplar el cielo estrellado como si fuese a través de una celosía. La lluvia torrencial lo inundaba todo y cada uno tenía que buscarse un lugar donde guarecerse. Apenas se podía dormir.

Se habían quedado sin zapatos y muchos andaban descalzos o con el calzado varias veces remendado por ellos mismos —como les había enseñado el cabo Olivares, que era zapatero en su pueblo de Caudete—, y cuando ya no admitían más reparaciones, confeccionaron una especie de abarcas realizadas con tablas de madera atadas con cuerdas.

Las ropas eran harapos. Se reservaron algunos restos de uniforme para que al salir a recoger algún mensaje no viesen los tagalos sus miserias. Con las sábanas que sobraban de la enfermería, unos soldados (Ramón Ripollés Cardona, que era sastre en su pueblo de Morella, Castellón, y Marcos Mateos Conesa, que era sombrerero en su pueblo de Tronchón, en Teruel), confeccionaron algunas prendas para cubrir las desnudeces.

Las provisiones de alimentos se agotaban. La harina había fermentado y formaba grandes grumos. Las latas de sardinas estaban descompuestas —tenían que repartir varias de ellas para que alguna fuera medio comestible—; lo poco que quedaba de habichuelas y de garbanzos estaban llenos de gorgojos; el arroz había que descascarillarlo y limpiarlo —con el supremo esfuerzo de los enfermos que estuviesen fuera de servicio—. Había azúcar abundante, pero en cambio no tenían ni un sólo gramo de sal para cocinar y conservar los alimentos.

En el interior de aquella pequeña iglesia cercada, la vida y la muerte convivían de forma revuelta; como pueden convivir los corderos con un león dentro del cercado y con los lobos fuera de él.

Pese a todo ello, la constancia y el tesón de los sitiados no se alteró.

La muerte impuso su dominio y con esa cachazuda serenidad de la que hace gala el soldado español en los momentos difíciles, realizaron una lista a la que llamaban «Expedición para el otro mundo», en la que figuraban los nombres de los que estaban próximos a morir. Al que encabezara aquella lista le decían: «Tú vas a ser el próximo y tu sepultura va a estar en este lugar». El afectado sabía que era cierto, que iba a morir, porque la enfermedad o las heridas le estaban arrancando la vida con avaricia; pero, con fría calma, defendiendo la sonrisa, sin darle importancia a la muerte, le daba una cantidad de dinero al que había de abrirle la fosa o le donaba sus cosas personales. Tanta fue la grandeza y la entereza de espíritu que se derrochó entre aquellos cuatro muros, que aún ahora nos estremece recordarlas.

Llegó noviembre haciéndole honor al mes de los muertos. El día 8 murió el soldado Juan Fuentes Damián, y como los combates no cesaban, el mismo día hirieron a Ramón Ripollés Cardona. Al día siguiente fallecieron Baldomero Larrode Paracuellos y Manuel Navarro León. El 14 murió Pedro Izquierdo Arnáiz. Todos ellos murieron después de una horrible agonía y sin más consuelo que el de hacerlo confortados por la religión y bajo la bandera española que, como un capote, sucio y hecho girones, toreaba al viento en lo alto del campanario y hacía presente que aquel pequeño reducto era aún territorio español.

El capitán Las Morenas, mortalmente enfermo, agonizaba. En su delirio hablaba con su familia: «¡Enriquillo! ¡Enriquillo!» —refiriéndose a uno de sus hijos—; y volviéndose hacia el teniente le ordenaba: «Mande usted que salgan a buscar a ese niño. ¡Pronto!, que me lo van a coger los insurrectos».

El bravo capitán falleció el día 22 a media tarde. Era el día 145 del asedio; únicamente quedaban poco más que las sombras de un teniente, treinta y cinco soldados, un corneta, tres cabos, el médico con un sanitario, abundante munición y… una bandera herida que aún ondeaba en lo alto de la torre y a la que había que sostener mientras les quedara un cartucho y un hálito de vida para defender aquel trozo de España y guardar el depósito de sus compañeros allí caídos y enterrados.

Llegó diciembre y los insurrectos iniciaron otro tipo de guerra para minar la moral de los defensores: la guerra psicológica. En las trincheras tagalas se comenzaron a escuchar gritos y risas de juerga con mujeres. Los insurrectos se encargaban de que los defensores lo

oyeran, y les gritaban: «¡Kastilas[3], vosotros no tenéis mujeres!»; y las mujeres los provocaban llamándolos por sus propios nombres, y arrojándoles piedras. Entre aquellos gritos se distinguían, con gran dolor, las voces de sus compañeros desertores que los llamaban, animándolos a desertar y seguir la juerga con ellos: «Tenemos mujeres para todos, ¡venid!».

La provocación era terrible. Para levantar el propio abatimiento, y acallar aquellas voces que surgían en la noche —como a los hombres de Ulises el canto de las sirenas—, y para hacer ver al enemigo cuál era el grado de indiferencia que aquella provocación les producía, comenzaron los defensores a cantar y hacer palmas. Lo mismo se cantaba fandangos, con letras alusivas, que cantos regionales o romanzas de zarzuela. Pero aquellas canciones tenían un doble efecto, pues si bien era cierto que levantaban el ánimo con la juerga y la jarana, también lo era el que les traían recuerdos de España, de los seres queridos, padres, esposas y novias, a los que, muy probablemente, no volverían a ver jamás. Tomaron conciencia de lo solos, lo lejos y olvidados que estaban. Dudaban que vinieran para rescatarlos.

Por aquellas fechas se estaba preparando en Manila una expedición para ir en auxilio de los defensores de Baler. Ya estaban dispuestos para salir en su busca cuando la fatalidad hizo que se presentara allí el cabo de Sanidad Militar, Alfonso Sus Forjas, que tuvo la osadía de ir a reclamar sus haberes. El miserable, que ocultó ser un desertor que se había pasado al enemigo, dijo que la guarnición de Baler hacía tiempo que se había rendido y dio todo lujo de falsos detalles sobre a dónde los habían llevado y cómo los trataban. Aquello hizo que se suspendiera la salida de la columna de auxilio, aunque unos días más tarde se supo que en Baler aún se seguía luchando.

Por temor a hacerle notar al enemigo que el capitán Las Morenas había fallecido, y después de que habían sido engañados en tantas ocasiones, el teniente Cerezo suspendió los parlamentos.

Los tagalos perfeccionaron sus trincheras y desde las casas próximas, situadas a unos cuarenta pasos, los hostigaban constantemente. Se hacía necesaria la destrucción de aquellas casas, aunque la dificultad era extrema. Fue el soldado malagueño Juan Chamizo Lucas el que con un heroísmo y serenidad admirables, se deslizó sigiloso y delante de los propios fusiles enemigos consiguió prender fuego a las casas; el fuego se propagó y quedaron completamente arrasadas —incluida la que contenía uno de los cañones que más daño les estaba haciendo—. Chamizo regresó

indemne a la iglesia. Había conseguido debilitar el cerco que los atenazaba.

El 8 de diciembre, día de la Inmaculada y patrona de la infantería Española, moría de beri-beri el soldado Rafael Alonso Mederos. Fue la nota triste de aquel día tan señalado.

Los ánimos de los sitiados estaban encendidos y el coraje a flor de piel. Preferían un ataque frontal, aun sabiendo que la superioridad numérica de los sitiadores era abismal —se estima que había más de ochocientos tagalos—, que el tedioso e intermitente tiroteo. Querían luchar, llegar al cuerpo a cuerpo si ello era preciso, antes que continuar viendo cómo la enfermedad y los disparos perdidos mataban a sus compañeros.

El teniente Cerezo y el médico Vigil, proyectaron una salida a la desesperada para el día 23 de diciembre con el objetivo de incendiar todo el pueblo y obtener provisiones para celebrar con dignidad la Navidad, bien allí o bien en la vida eterna.

El médico se encontraba postrado por la enfermedad y esperando la muerte. Pese a ello, sentado en un sillón, continuaba cuidando a sus pacientes. El día 13 le dijo al teniente Cerezo que ya se moría, que si pudiera comer algo verde..., quizá él y los otros enfermos, mejorarían[4]. Frente a la iglesia había un huerto de naranjos y verduras.

El teniente Cerezo decidió adelantar la salida, sin importarle el peligro ni la tremenda desproporción numérica —apenas podía disponer de una veintena de hombres débiles y enfermos—. Era una locura, un suicidio, pero saldrían a pecho descubierto. La sorpresa y la audacia era la única ventaja que les daba la muerte y, morir por morir, preferían morir luchando.

> *14 de diciembre de 1898.*
> *Nos ha llamado el cabo Olivares y nos ha dicho que esta misma mañana haríamos una salida a la desesperada. Ha elegido a catorce hombres. El teniente nos ha dado las instrucciones. Hemos salido de uno en uno, reptando, con gran sigilo, por el agujero que hay junto a las letrinas y que da paso a la trinchera de la sacristía. Una vez reunidos hemos calado bayonetas y nos hemos desplegado en abanico para rodear la casa que está en la fachada norte de la iglesia. Uno de nosotros llevaba cañas con trapos empapados en petróleo para provocar el mayor incendio posible. Cuando un centinela tagalo nos ha descubierto, ya ha sido demasiado tarde para ellos. Hemos corrido, disparado, gritando como locos y hemos llegado a la lucha cuerpo a cuerpo. Desde la iglesia nos han cubierto nuestros compañeros, los enfermos y los heridos,*

disparando certeramente y evitando que pudiesen sofocar el incendio que se ha extendido con mucha facilidad. Tal ha sido el ímpetu y el coraje del ataque, que los tagalos, llenos de pánico, han huido dejando libre el campo. Sus bajas han sido numerosas y nosotros no hemos sufrido ninguna: Dios nos ha protegido.

En aquel heroico ataque se destruyeron casi todas las casas y fortificaciones próximas, así como las trincheras, que rodeaban la iglesia. Los tagalos huyeron despavoridos a esconderse en la selva y abandonaron el pueblo. Durante unos días los defensores se dedicaron a recolectar todas las naranjas, calabazas y verduras que encontraron, así como vigas, tablas y clavos, para reparar y para hacer fuego. Talaron la parte de una loma, que les impedía ver el acceso al mar, por donde los tagalos recibían sus refuerzos y provisiones, dejando con ello el paso al descubierto y al alcance de los tiradores desde la torre de la iglesia. Pudieron abrir la puerta sur de la iglesia (clausurada hacía cinco meses y medio) para aliviar la necesaria ventilación. Se limpió el corral y se hizo un pozo negro a donde se condujeron las aguas fecales.

Aquella provisión de naranjas, calabazas, hojas de platanera y demás hortalizas, así como la ventilación, obraron el milagro anunciado por el médico y la epidemia comenzó a remitir. Fue tan grande el agradecimiento del médico que le regaló su propio reloj al cabo José Olivares Conejero.

Fray Minaya dice en sus memorias que «la apertura del aire fue ovacionada, los enfermos fueron sacados al sol por vez primera en casi un año, y comieron con fruición tallos de plátano, hojas de calabaza, pimientos y otros vegetales, que hicieron casi el milagro de que desaparecieran las hinchazones de aquellos esqueletos ambulantes».

El médico dirigió la plantación de un huerto, dentro del patio de la iglesia, sabiendo que pronto volverían a estar cercados y que ya no tendrían tanto éxito en posteriores salidas.

La Nochebuena la festejaron con un menú extraordinario a base de calabaza, dulce de cáscara de naranja y café. En la iglesia se encontraron unos instrumentos musicales y la noche la animaron con una ruidosa fiesta. Participaron, en aquella célebre Nochebuena, dos heridos graves, quince enfermos de beri-beri, tres enfermos de disentería y dos con calenturas tropicales.

Cada uno se arrancó cantando coplas de su tierra y hubo quien improvisó algunas letrillas como esta:

Treinta mil filipinos, ¡madre!

Con sus cañones
Contra treinta españoles, ¡madre!
Con sus «riñones».

Al día siguiente, día de Navidad, el cabecilla de los insurrectos, Calixto Villacorta, anunció que acudían, como parlamentarios, un capitán del ejército español (un tal Belloto) y un franciscano (fray Mariano Gil Atienza), portadores de sendas cartas. El teniente Cerezo accede a recibir al capitán Belloto que al final no se presentó a parlamentar. Aquello hizo recelar, aún más, a los defensores, convencidos de que los insurrectos no podían presentar ninguna autoridad realmente acreditada para garantizar que Filipinas ya no era española, tal como ellos decían —incluso por medio de algunos periódicos que les llevaron y que los defensores tomaron por burdas falsificaciones—.

Lejos estaban los sitiados de saber que, efectivamente, el pasado día 10 de diciembre de 1898 se había firmado el llamado Tratado de París, por el cual España perdía Cuba, Puerto Rico, Guam, y Filipinas[5]. Allí se liquidó el imperio español: Filipinas ya no era de España y por tanto no había razón para seguir defendiendo aquella hectárea de terreno; aquella pobre y perdida iglesia de Baler.

Entre cantos y chirigotas, con patéticas y cómicas actuaciones, despidieron aquel triste año de 1898, pero al descolgarse de él la última de sus hojas, el almanaque les mostró el vacío de la soledad: un siniestro agujero obscuro que se precipitaba sobre un futuro, si cabía, aún más negro e incierto.

Mientras todo esto ocurría en Baler, en Manila, el día 4 de enero, los norteamericanos proclaman la soberanía de Estados Unidos sobre Filipinas. Emilio Aguinaldo, el presidente de la naciente República Filipina, protestó sorprendido por la reacción de los norteamericanos pues, según los acuerdos verbales entre ambas partes, estos habían venido para liberarlos de los españoles y no para someterlos otra vez. Aguinaldo esperaba una contestación a sus peticiones enviadas al presidente norteamericano McKinley, pero las tropas estadounidenses respondieron apresando y confiscando todas las pequeñas embarcaciones tagalas y atacando por sorpresa todas las líneas filipinas. Con ello se inició la guerra entre Estados Unidos y Filipinas.

De nuevo en Baler, el 13 de enero resultó herido de bala el soldado Marcos José Petana —que después, el 19 de mayo, moriría por la herida y por la disentería—.

El 13 de febrero murió de beri-beri el soldado José Sanz

Meramendi.

Al día siguiente, después de muchos toques de atención, se presentó a parlamentar un individuo que decía llamarse capitán Olmedo. El propio teniente Martín Cerezo bajó desde la torre a la trinchera para hablar con aquel desconocido. El diálogo que mantuvieron se transcribe según se relata en el libro *El sitio de Baler*[6] escrito por el propio teniente don Saturnino Martín Cerezo:

> *—¿Es usted el capitán Las Morenas? —me dijo al verme.*
> *—No, señor —contesté—; soy uno de los oficiales del destacamento. ¿Qué se le ofrece a usted?*
> *—Soy el capitán don Miguel Olmedo y vengo de parte del capitán general para hablar con el señor Las Morenas.*
> *—El capitán Las Morenas no habla con nadie ni quiere recibir a nadie. Lo han engañado ya muchas veces y se ha propuesto que no lo vuelvan a engañar; dígame usted lo que desea y yo se lo diré.*
> *Contestó que ya sabía el general que lo había intentado engañar; pero que ya no había este peligro, porque todo cuanto le habían dicho era cierto y que traía un oficio de nuestra primera autoridad en el archipiélago.*
> *Sosteníamos este diálogo, yo desde la trinchera y él como a unos cuarenta pasos de distancia. Al oír que traían una comunicación oficial, mandé salir a un soldado para que pudiera traérmela, a lo que se resistió, desde luego, diciendo que tenía orden terminante de darla en propia mano; pero habiéndole yo argüido, como fin de polémica, que si no quería entregarla que se retirase inmediatamente con ella, cedió a mi ultimátum y me la envió con el soldado.*
> *Entonces le dije: «Puede usted esperar; voy a ver qué determina el capitán». Entré, como si fuese a la comisión prometida, y leí el oficio siguiente:*
> *«Habiéndose firmado el tratado de paz entre España y los Estados Unidos, y habiendo sido cedida la soberanía de estas islas a la última nación citada, se servirá usted evacuar la plaza, trayéndose el armamento, municiones y las arcas del Tesoro, ciñéndose a las instrucciones verbales que de mi orden le dará el capitán de infantería don Miguel Olmedo Calvo. —Dios guarde a usted muchos años—, Manila, 1º de febrero de 1899.— Diego de los Ríos». Y al pie: «Señor comandante político-militar del distrito del Príncipe, capitán de Infantería don Enrique de Las Morenas y Fossi».*
> *Extrañado de semejante dirección personal, volví a repasar el*

oficio con la desconfianza que puede imaginarse y reparé que no parecía registrado en ninguna parte. «Vaya —pensé—, no se les ha ocurrido numerar la comunicación, y, en cambio, sobre indicar al pie la personalidad oficial a quien va dirigida no se les ha olvidado precisar además el nombre y apellidos, redundancia completamente innecesaria, y se preocupan de lo de las "arcas del Tesoro", cosa que aquí ni aun remotamente conocemos». Me volví a los soldados y les dije: «Nada; la misma música de siempre». Salí a la trinchera y grité al titulado capitán Olmedo: «El capitán Las Morenas ha dicho que está bien; puede usted retirarse».

El citado capitán Olmedo, que iba vestido de civil, lejos de retirarse pidió entrar en la iglesia para pasar la noche, cosa que se le negó con gran enojo de este.

Había varias razones para dudar de la autenticidad de Olmedo porque:

—Preguntó si el teniente Cerezo era el capitán Las Morenas cuando era evidente que Cerezo llevaba en su guerrera las insignias de teniente y no las de capitán.

—Preguntó si Cerezo era Las Morenas cuando había dicho, anteriormente, que él era amigo y compañero de promoción del capitán Las Morenas. Luego la pregunta era innecesaria, si realmente era amigo y conocía al capitán sabría que Cerezo no era él.

—Era imposible que un escrito tan importante no llevase un registro de salida.

—El interés por «las arcas del Tesoro» era increíble por inexistente.

—Era inaudito que un capitán del ejército español se presentase, para esa misión tan importante, sin escolta, de paisano y sin ningún distintivo ni divisa española.

—Durante las noches posteriores se le escuchó dialogar, animadamente, con los insurrectos en el *bahay*[7] del cabecilla tagalo.

Aunque todos estaban deseosos de que terminase aquel sufrimiento, no daban credibilidad al documento ni a la persona que se lo transmitía, por tanto no podían creer en su contenido; máxime teniendo en cuenta que el artículo 748 del Reglamento de Campaña prohíbe, terminantemente, rendir una plaza a requerimiento de una orden escrita de la superioridad, sin que esta

orden haya sido perfectamente autentificada, para no ser víctima de un ardid del enemigo.

Aquellas llamadas a rendirse, con tentadoras promesas, eran constantemente ofrecidas por los insurrectos a voz en grito. Ante aquella cantidad de mentiras y engaños, y en aquellas circunstancias donde la sutil línea entre la vida y la muerte era tan imprecisa, la razón no alcanzaba a diferenciar lo que era cierto de lo que era falso. En esas condiciones los hombres pueden sobreponerse al sufrimiento y tomar decisiones que les hace capaces de los actos más heroicos y sobrehumanos, o por el contrario, les lleva a sucumbir a la tentación dejándose deslizar por la cómoda vertiente del mínimo esfuerzo pensando que esa es la mejor y la única opción. De todo hubo en aquella iglesia, y aunque sobreabundó con creces lo primero, tampoco faltó de lo segundo. La debilidad y el abandono de sí mismo era una actitud contagiosa que podía llevar a la perdición a todos los miembros del destacamento. Por ello, el teniente Martín Cerezo, debía estar en guardia y no dar muestras de debilidad o indecisión ante sus hombres.

En Manila, la prensa se hacía eco de que un puñado de heroicos soldados españoles aún seguía defendiendo, bajo la bandera de España, lo que ellos suponían que era un trozo de territorio español, sitiados por un número de tagalos que los superaban hasta en veinte veces. Recriminaban que las autoridades militares y civiles de la isla, y de España, fuesen tan inoperantes y pusilánimes que no hubiesen hecho casi nada por salvar a aquellos valientes españoles que estaban escribiendo una de las páginas más heroicas, dando su vida por defender a su patria, aunque ahora fuese de forma totalmente gratuita. El gobierno de Sagasta fue muy criticado por ello, al igual que el general Ríos, jefe militar de la isla.

La noche del 24 de febrero un centinela abortó la deserción del soldado Antonio Menache Sánchez. Interrogado por el teniente, Menache confesó que había un complot para desertar junto con el soldado José Alcaide Bayona y el cabo Vicente González Toca. Pretendían pasarse al enemigo con el armamento, correaje y munición. El delito era gravísimo y en aplicación de los artículos 35 y 36 del Código de Justicia Militar, y de los Bandos de la Capitanía General del Archipiélago, eran reos de muerte: debían ser fusilados inmediatamente. En cambio, el teniente Martín Cerezo ordenó que les pusieran grilletes y los retuviesen en el pequeño baptisterio con la intención de entregarlos a la autoridad cuando viniesen a rescatarlos, aunque ello suponía tener tres bocas más, no defensoras, que alimentar y una añadida responsabilidad y

dedicación para su vigilancia.

Una noche, a finales de febrero, un centinela le disparó a una sombra que se movía por el exterior; resultó ser un carabao[8]. Fue para los defensores españoles como un milagro —como lo fue para el pueblo de Israel la caída de las codornices en su éxodo por el desierto—. Pudieron comer carne fresca hasta hartarse. Únicamente duró tres días aquel festín pues, al no tener sal, no podían conservar la carne por más tiempo. Disfrutaron de la caza de otros tres carabaos que pastaban libremente por entre los dos bandos, hasta que los tagalos retiraron aquellas reses y no volvieron a aparecer más.

El 11 de abril amaneció como un día más y el sol bañó con su luz los acribillados muros de la iglesia sin presagiar que ese día un vendaval de esperanza entraría por las arpilleras de los defensores. Serían algo más de las tres de la tarde cuando se escucharon unos lejanos cañonazos desde tierra adentro. Una loca alegría los invadió: por fin llegaba el tan esperado socorro. La alegría se elevó a su culmen cuando, llegada la noche, el potente reflector de un barco dirigía su luz sobre el poblado buscando la iglesia: «No hay duda —pensaron—, vienen por tierra y por mar para rescatarnos». Aquella noche fue de gozosa vigilia, pendientes de todo lo que acontecía en el exterior y deseando que llegase el clarear del nuevo día. Cuando estaba amaneciendo, se escuchó un intenso tiroteo por el lado de la playa que no tardó en extinguirse. Por la tarde comenzaron a rugir los cañones del barco; los tagalos huían aterrorizados y toda la iglesia se estremecía por los estampidos de los obuses. Al llegar la noche el teniente Cerezo mandó que subieran dos hombres al campanario, provistos de una caña larga y un trapo impregnado en petróleo, e hicieran señales luminosas para que los del barco las pudieran ver. Así lo hicieron, pero no se obtuvo respuesta alguna; a las cuatro de la madrugada vieron cómo el barco apagaba el reflector y sus luces se fueron perdiendo rumbo a Manila.

Es fácil imaginar el desfallecimiento que este abandono produjo en los defensores. El teniente Cerezo, ahuyentando la tristeza y el desaliento, tuvo que recomponer una nueva esperanza con los restos de fe que les quedaban y deshacer aquel lazo invisible que los atenazaba y les unía a la muerte. Argumentó todo tipo de razones y conjeturas para reanimar a sus abatidos soldados, asegurando que aquello que había ocurrido era tan sólo una escaramuza para tantear a las fuerzas enemigas a las que se tenían que enfrentar; pero que volverían con más refuerzos para rescatarlos en breves

fechas. Así lo creyeron todos, porque no había más remedio, pero las breves fechas se alargaron más allá de lo generosamente razonable… y allí no venía nadie a socorrerlos.

Supieron después que aquel barco de guerra era el cañonero estadounidense *USS Yorktown,* al mando del almirante Charles Stillman Sperry, y que había llegado desde Manila para rescatarlos. Contaba para ello con una exigua fuerza de catorce infantes de marina, al mando del teniente James C. Gillmore, que desembarcaron en la isla a bordo de un bote. Según una versión, al intentar cruzar el río, los tagalos les tendieron una emboscada y mataron a dos de ellos y a otros dos los hirieron gravemente. El teniente norteamericano, ante la disyuntiva de rendirse o morir acribillados, negocia con los tagalos una rendición en la que los tagalos le imponen la condición de que convenzan a los españoles para que les entreguen las armas y así dejarían que se marchasen con ellos en el *USS Yorktown*. Eso explicaría el extraño caso que ocurrió al día siguiente cuando ondeó una bandera norteamericana y un marinero, chapurreando un mal francés, se acercó a la iglesia diciendo que si entregaban las armas a los tagalos se podrían marchar en su barco. Como era de esperar, el teniente Martín Alonso le contesto que aquello era un insulto al ejército español y despidió a aquel extraño parlamentario disparándole de forma intimidatoria. Los españoles llegaron a creer que aquel marinero era el propio capitán Olmedo disfrazado, o un prisionero. Otro engaño.

Los tagalos lo volvieron a intentar en múltiples ocasiones, incluso enviaron a un niño de unos seis años con una carta en la mano y después de conminarle varias veces para que se marchara, como parecía que no entendía el español, un soldado le arrancó la carta de la mano con un certero y preciso disparo, sin tocar al niño que salió corriendo.

El día 20 de abril, el centinela de la ventana izquierda avisó de que alguien se estaba acercando a la iglesia con sigilo —habían colocado una red de latas vacías de sardinas para que si alguien se acercaba lo delatase—. El teniente le advirtió al centinela:

—¿Estás seguro? No vaya a ser que sea un animal, como el otro día.

—No, mi teniente; los animales siguen su marcha aunque las latas hagan ruido. Los que hay fuera, cuando hacen ruido, se paran muy preocupados de que el ruido los delate. Estoy seguro de que son personas —respondió el centinela con toda razón.

Y efectivamente fue así: había un grupo de tagalos apostados bajo la ventana del altar, en un ángulo muerto, donde era imposible

dispararles. Fue el teniente médico Vigil el que, en un arrebato de desesperada heroicidad, sacó el brazo por la misma ventana y con su revólver comenzó a disparar con gran peligro para él. Gracias a este gesto pudieron evitar que aquella noche los tagalos incendiaran la iglesia con los haces de leña, trapos y latas de petróleo que abandonaron en su huida.

El día 24 se acabaron los últimos restos de habichuelas y de café; a partir de ese día el menú se redujo a unas hojas de calabaza mezcladas con sardinas y un poco de arroz triturado. Para desayunar, un brebaje preparado con hojas de naranjo hervidas. Todo animal viviente que por allí pasara —caracoles, perro, gato, roedor, cuervo o réptil, por repugnante que fuera en otras circunstancias—, era delicioso alimento para la cazuela.

El presidente filipino, Emilio Aguinaldo, decidido a que se terminara con aquella enconada resistencia de un pequeño puñado de españoles, envía a Baler refuerzos al mando del general Tiño que a su llegada intenta un ataque frontal a la iglesia llegando a enfrentarse con los defensores en una lucha cuerpo a cuerpo. Este ataque les costó más de cincuenta bajas a las fuerzas tagalas. El general comunicó a su presidente que la toma de la iglesia de Baler, por asalto, era imposible y Aguinaldo le respondió: «Ya verá como *sí* es posible» y le envió un moderno cañón —lamentablemente capturado a los españoles en Cavite—.

Los tagalos intensificaron sus ataques disparando desde todas sus líneas. Los cañones los tenían ocultos tras unas esteras que había que levantar para poder hacer puntería antes de disparar; en ese momento, al levantar la estera, el artillero era abatido por el certero disparo del centinela de turno. Supieron después los españoles que de esta manera habían causado numerosas bajas y que el puesto más peligroso para los tagalos, al que ninguno de ellos aspiraba a ocupar, era el de ser artillero.

Los violentos ataques se intensificaron aún más, con el firme deseo de terminar con aquella situación, tal como Aguinaldo había ordenado. Los defensores tuvieron varios heridos, como el gerundense Pedro Planas Basagañas, del pueblo de San Joan de Abadesses, y el valenciano, de Alzira, Salvador Santamaría Aparicio —que murió de las heridas cinco días más tarde—. Los disparos del nuevo cañón comenzaron a ser más certeros y consiguieron abrir varias brechas en el castigado muro de la iglesia.

Uno de aquellos obuses perforó el muro del pequeño baptisterio, donde estaban retenidos los tres desertores. El destrozo fue considerable y los escombros casi sepultaron a aquellos tres

desgraciados. Rápidamente se les auxilió y se les llevó a unas camas que se dispusieron en el centro de la iglesia donde se les curó de las heridas y magulladuras. En un momento de descuido de la vigilancia, el preso José Alcaide Bayona se soltó de los grilletes y escapó por una ventana corriendo hacia la trinchera enemiga.

Alcaide fue, con mucho, el desertor que más daño hizo a los defensores de Baler. Aparte de volcar todo el odio que llevaba hacia sus compañeros y hacia sus oficiales, facilitó a los tagalos toda la información sobre la precaria situación y las necesidades de los sitiados. Les informó sobre las intenciones que tenían los defensores de que, llegado el momento, ante la falta de alimentos, y si no venían para rescatarlos, saldrían a la desesperada escapando por la selva hasta llegar a Manila.

Fue Alcaide, que tenía conocimientos de artillería, el que el día nueve disparó el cañón cuya granada hirió a varios de sus compañeros, entre ellos al leridano, de Talteüll, Pedro Vila Garganté y al murciano, de Cieza, Francisco Real Yuste.

La torre de la iglesia estaba ruinosa al haber recibido el impacto directo de los cañonazos, al igual que hicieron añicos tres de sus cuatro campanas. Era muy peligroso mantener la vigilancia desde lo alto de la torre: el centinela estaba tremendamente expuesto a los disparos de los tagalos, pues la escalera de acceso había quedado al descubierto y era zona batida.

Sobre aquella torre se sostenía la única razón que motivaba el heroísmo de aquellos hombres: la bandera de España, sobre la cual juraron lealtad, por la cual luchaban, y bajo la cual morían.

La bandera, que después de tantos días de asedio, abrasada por tantos soles, abatida por tantos vientos y tormentas, y acribillada por tantos disparos, estaba hecha girones. Con las sotanas rojas de los monaguillos y el tejido amarillo de unas mosquiteras, los soldados recompusieron aquella bandera. Fueron dos de ellos los que, a riesgo de perder la vida por lo expuestos que estaban en lo alto de la torre, subieron por aquella escalera para volverla a izar; uno de ellos fue el valenciano Loreto Gallego García; el otro soldado era…

Al llegar a este momento de la narración, el abuelo se quedó en silencio, con la mirada extraviada por encima de los naranjos. Sus ojos se vidriaron, y los nietos comprendieron.

—El otro era Mimanuel… ¿Verdad, abuelo? —dijo, quedamente, Candela.

—Sí, el otro era Manuel —afirmó el abuelo sobreponiéndose a la emoción—. Dicen que cada hombre tiene escrito su destino y en el

de Manuel había una bala tagala. Se expuso demasiado para que la bandera ondeara bien desplegada y… fue un blanco fácil. La bala no lo perdonó: le atravesó el pecho.

— ¿Entonces murió allí?

— Sí, allí murió. La muerte llega de dos maneras: una, de forma inesperada, sin pedir permiso; la otra, entrando por la puerta y sosteniendo un diálogo con el interesado. En aquella iglesia de Baler la muerte se paseaba libremente por entre los defensores y jugaba con ellos. Todos sabían que la muerte no les daría tregua y que su abrazo final ya estaba muy próximo, bien por el inminente ataque frontal de los tagalos, bien por la traicionera enfermedad, o bien en la salida desesperada que debían realizar para poder escapar por la selva.

—Hace falta estar hecho de una madera especial para soportar un trance así, con esa entereza y con ese valor —dijo Daniel emocionado.

—No lo sé…, eso solamente se puede saber cuando se vive una situación semejante. Entonces se conoce la madera de la que está hecha cada persona. Lo que sí es cierto es que hay que tener un amor, unos valores, y unos principios muy sólidos, para que se manifieste esa generosidad, esa entrega, esa fe y esa grandeza de espíritu que se sobrepone al hambre, al sufrimiento, incluso al miedo y al propio instinto de conservación. Eso es el heroísmo: cuando ya has aceptado tu propia muerte —respondió el abuelo.

—Abuelo, desgraciadamente, esos valores, en estos tiempos, no se enseñan, no se cultivan, no son «políticamente correctos» —dijo Ana.

—Continuemos —dijo el abuelo con un leve gesto de triste asentimiento—. Cuando los tagalos volvieron a ver ondear la bandera española reconstruida, se irritaron aún más y decidieron terminar con aquella resistencia por medio de un ataque frontal. Era finales de mayo de 1899, el ataque fue muy violento; se llegó a la lucha cuerpo a cuerpo, con las bayonetas caladas. Los defensores, a duras penas pudieron rechazar a los numerosos asaltantes a los que causaron diecisiete bajas. Los tagalos llegaron a parapetarse incluso al otro lado del muro del patio desde donde les podían disparar impunemente si los españoles se acercaban al pozo para sacar agua; querían rendirlos por sed, o envenenar el pozo. Como los defensores no tenían ángulo de tiro para poderlos abatir y expulsarlos del muro, lo consiguieron derramando sobre las espaldas de los asaltantes el agua hirviendo del rancho y estos huyeron dejando sobre el terreno numerosas bajas.

Aquella misma tarde, después del ataque, se escuchó un toque de atención y se presentó a parlamentar un militar español uniformado, que decía ser el teniente coronel del Estado Mayor don Cristóbal Aguilar y Castañeda, con una bandera española. Iba acompañado por un fotógrafo. El teniente coronel sacó su documentación que el teniente Martín Cerezo creyó innecesario verificar. Dijo venir de parte del general don Diego de los Ríos para hacerse cargo de aquel destacamento y evacuarlo hasta Manila a bordo del barco que tenía esperando en la bahía. El teniente Martín Cerezo le dijo, pese a sus acreditaciones y buenas maneras, que también podía ser un prisionero o un desertor pues no tenía ningún sentido el ataque de aquella misma mañana si el oficial español ya estaba allí para rescatarlos y aún menos el que, desde hacía varios días, los tagalos les gritasen afirmando que, el propio general, don Diego de los Ríos, era ahora el ministro de la Guerra filipino. Después de tantos engaños, aquello no tenía ninguna credibilidad. El teniente coronel le pidió que dijera qué era lo que quería que su barco hiciera para que viéndolo creyera. Acordaron que al día siguiente el barco en cuestión se hiciese visible por un lado de la playa y disparase dos cañonazos.

Por la mañana se escuchó un cañonazo y se vio maniobrar por la playa a un pequeño vapor —se trataba del *Urano*— con tan mala fortuna que el segundo cañonazo sonó de diferente manera y les pareció que el mismo no provenía del vapor, sino desde la propia playa. El teniente Martín Cerezo subió a la torre y, con sus deficientes prismáticos, le pareció ver que aquello, más que un vapor español, era un lanchón tagalo, camuflado, que navegaba demasiado cerca de la orilla donde apenas había profundidad para que lo hiciese un vapor.

Verdaderamente, los prejuicios llegan a cegar las evidencias, y las ideas preconcebidas anulan la razón. Los nervios, y los continuos intentos de engaño por parte de los tagalos, hicieron que los defensores no lo creyeran y se tomaron a risa todo aquel supuesto tinglado del enemigo. Hasta algunos creyeron ver a los tagalos que con el agua por la cintura tiraban de aquella especie de patético barco de decorado de opereta.

Volvieron a hablar los dos oficiales y al decir el teniente coronel que los defensores debían dejar las armas allí mismo y salir de la iglesia para embarcar en aquel vaporcito, terminaron por creer que todo aquello era una estratagema más y que el citado teniente coronel era un farsante, y a punto estuvo de que un soldado le disparase si no lo llega a evitar el teniente Martín Cerezo.

Al ver el teniente coronel que no era creído, le preguntó si creería en el caso de que viniese el propio general de los Ríos, a lo que el teniente Martín Cerezo le respondió que entonces sí le creería. Le preguntó también sobre qué pensaba hacer y el teniente le dijo que tenía alimentos y munición suficientes para aguantar durante otros tres meses más (ese día ya sólo les quedaban unas pocas latas de sardinas) y que si en ese plazo no venía ningún barco de guerra español, o tropa, para rescatarlos, saldría para presentarse en Manila con los hombres que pudiera salvar, tardara lo que tardase, costara lo que costase, y por los caminos que pudiese. El teniente coronel le respondió que aquello era una locura, pero que les deseaba suerte y que se alegraría mucho de volver a verlos a todos allí.

El teniente coronel Aguilar se marchó dejando un fajo de periódicos españoles en el suelo que fue recogido por los defensores.

Sin alimentos, y sin esperanzas de un rescate inmediato, no había más solución que la salida desesperada a la selva. A ello se dispusieron con prontitud. Primero descolgaron las lámparas para, con sus cordeles, improvisar puentes que vadearan los numerosos ríos que se iban a encontrar por el camino. Se repartieron la dura piel de los carabaos, las cartucheras y los correajes de los muertos, para hacer abarcas. Se prepararon camillas para los heridos y enfermos. Se distribuyó toda la ropa y las mantas disponibles. Se destruyó el armamento sobrante —el de los muertos— y repartieron toda la munición.

El teniente Martín Cerezo tuvo que tomar la dolorosa determinación de mandar fusilar a los dos desertores: al cabo Vicente González Toca y al soldado Antonio Menache Sánchez. La ejecución se realizó sin formalismos. Fue totalmente necesario: la marcha, llevando consigo a los dos prisioneros, era del todo imposible.

La salida estaba prevista para aquella noche de primero de junio, pero una anormal actividad en las trincheras enemigas y la claridad de la noche, sin luna pero despejada, aconsejaron posponer la salida para el día siguiente.

En la madrugada del día 2, el teniente médico Vigil leía en voz alta uno de los periódicos españoles dejados por el teniente coronel Aguilar y comentaba lo perfecta que era la falsificación del mismo. De pronto una sencilla noticia leída en *El Imparcial* reclamó la atención del teniente Martín Cerezo; la noticia decía así:

«El teniente de la Escala de Reserva de Infantería,

D. Francisco Díaz Navarro, pasa destinado a Málaga…».

Aquel teniente Díaz Navarro era amigo personal de Martín Cerezo y compañero de armas. En una ocasión le había revelado a este, confidencialmente, que cuando terminase la campaña de Cuba pediría su traslado a Málaga donde tenía a su familia y a su novia. Aquello no lo podían haber inventado los tagalos, luego todo lo que decía aquel periódico era cierto y todo lo que le habían comunicado los distintos parlamentarios era verdad: España había perdido todos sus dominios. Continuar con la defensa de aquel trozo de tierra no tenía ningún sentido: aquella tierra ya no era española. Este descubrimiento fue demoledor para la moral de aquellos dos oficiales. Por un lado estaba el saber que habían cumplido con su deber, hasta más allá de lo humanamente soportable, defendiendo aquella posición que para ellos era española; y por otro lado les embargaba la inmensa carga de aquel sacrificio.

El teniente Martín Cerezo reunió a toda la tropa y les hizo partícipes de su descubrimiento y de su intención de capitular ante el enemigo confiando en sus promesas. No hubo por ello ninguna explosión de alegría, como cabría esperar entre los soldados; no, no la hubo. Los soldados se retiraron a deliberar y, según relata el padre Félix Minaya en sus memorias, no fue cosa sencilla pues algunos de ellos estaban dispuestos a salir y continuar luchando. En medio de aquel pequeño amotinamiento pidió la palabra un sencillo soldado, un humilde hombre del campo —se llamaba José Giménez Berro, y era de Almonte (Huelva)—. Aquel muchacho, de veintitrés años, dijo que ellos debían hacer lo que los oficiales y los padres franciscanos dijesen; invocó la confianza y la fe que tenían en ellos y *«… el bien que nos han hecho en un año. Ellos saben mejor que nosotros lo que hacer»*. Aquel hombre, con aquellas sencillas y sabias palabras, convenció a todos.

El teniente Martín Cerezo ordenó al corneta que diese los toques de atención y llamada para capitular, y dicen que aquella corneta vibró, desesperadamente, al ser tocada por Santos González Roncal, labrador de Mallén (Zaragoza), que se resistía a tocarla y que con rabia dijo: «¡Qué trance! ¡Qué hora!».

Los sorprendidos tagalos vieron, por primera vez en todo el tiempo de asedio, que las fuerzas españolas pedían parlamento. El teniente Martín Cerezo dijo al jefe de las fuerzas tagalas:

Capitulamos porque no tenemos víveres, pero deseamos hacerlo honrosamente. Pedimos no quedar prisioneros de guerra y que ustedes admitan otras condiciones que expondremos, de las que

levantaremos acta. Queremos que nos hablen con claridad y que no nos engañen. Si se han de portar con nosotros de mala manera, deben decirlo, porque en ese caso no nos rendimos. Pelearemos hasta morir, pero moriremos matando.

El jefe tagalo respondió que dictara él mismo las condiciones de capitulación en la seguridad de que, si no había en ellas nada denigrante para ellos, serían aceptadas. El coronel tagalo les ofreció que podrían salir con las armas y que estas serían entregadas al llegar al límite de la jurisdicción de su territorio, pero el teniente Martín Cerezo declinó tan generoso ofrecimiento para evitar que pudiera ocurrir cualquier mal entendido o desgracia entre sus hombres y las fuerzas tagalas.

El Acta de Capitulación decía así:

En Baler, a los dos días del mes de junio de mil ochocientos noventa y nueve, el 2º teniente comandante del destacamento español, D. Saturnino Martín Cerezo, ordenó al corneta que tocase atención y llamada, izando bandera blanca en señal de capitulación, siendo contestado acto seguido por el corneta de la columna sitiadora. Y reunidos los jefes y oficiales de ambas fuerzas, transigieron en las condiciones siguientes:

Primera*: Desde esta fecha quedan suspendidas las hostilidades por ambas partes beligerantes.*

Segunda: *Los sitiados deponen las armas, haciendo entrega de ellas al jefe de la columna sitiadora, como también de los equipos de guerra y demás efectos pertenecientes al Gobierno español.*

Tercera: *La fuerza sitiada no queda como prisionera de guerra, siendo acompañada por las fuerzas republicanas adonde se encuentren fuerzas españolas o lugar seguro, para poderse incorporar a ellas.*

Cuarta: *Respetar los intereses particulares, sin causar ofensa a las personas.*

Y para los fines a que haya lugar, se levanta la presente acta por duplicado, firmándola los señores siguientes: el teniente coronel, jefe de la columna sitiadora, Simón Tecson. El comandante, Nemesio Bartolomé. capitán, Francisco T. Ponce. El segundo teniente, comandante de la fuerza sitiada, Saturnino Martín. El médico, Rogelio Vigil.

Cuando se abrió la puerta de la iglesia, los soldados tagalos quedaron sorprendidos al ver aquel puñado de hombres, harapientos, descalzos, demacrados, heridos y enfermos que tan bravamente les habían combatido. Dicen que formaron fila, a ambos lados de la puerta, y presentaron armas y que el teniente Martín Cerezo, al verlos, ordenó al corneta dar los toques de: «¡En formación: de a cuatro izquierda. Izquierda. De frente sobre el hombro. ¡Marchen!». Y con aquella bandera, desplegada al viento, salieron de la iglesia desfilando después de 337 días de asedio. No cabía mayor honor para unos héroes. Salieron por aquella puerta, treinta y un soldados, dos oficiales y dos frailes. Dentro quedaron diecisiete muertos.

No pudieron vivir aquel momento de gloria los seis desertores que consiguieron huir.

Fue aquel día cuando sí se puso el sol sobre el imperio español.

Mientras estuvieron en Baler, las fuerzas tagalas, mandadas por el teniente coronel Simón Terson, se portaron correctamente con los soldados españoles y respetaron los acuerdos. Las gentes del pueblo, lejos de manifestar odio o rencor hacia aquellos soldados que tantas bajas les habían causado, los miraban con respetuosa admiración y fueron generosos con ellos; no se explicaban cómo habían podido resistir tanto tiempo en aquellas condiciones.

El presidente filipino, Emilio Aguinaldo, ordenó que se les tratase con todo tipo de atenciones y deferencias y que los escoltaran hasta su llegada a Tarlak —ciudad donde él residía y donde estaba el gobierno de la República de Filipinas—. No ocurrió lo mismo con el trato que recibieron en otra parte de su camino de regreso y en particular el que les dispensaron sus antiguos compañeros desertores —ahora «tenientes» de las fuerzas tagalas— y muy especialmente por parte del desertor Alcaide.

El presidente Emilio Aguinaldo dictó este histórico bando:

REPÚBLICA DE FILIPINAS

DECRETO

Habiéndose hecho acreedoras a la admiración del mundo, las fuerzas españolas que guarnecían el destacamento de Baler, por el valor, la constancia y heroísmo con que aquel puñado de hombres aislados y sin esperanza de auxilio alguno, han defendido su bandera por espacio de un año, realizando una epopeya tan gloriosa y tan propia del legendario valor de los hijos del Cid y de

Pelayo; rindiendo culto a las virtudes militares e interpretando los sentimientos del ejercito de esta República, que bizarramente les ha combatido; a propuesta de mi secretario de Guerra, y de acuerdo con mi Consejo de Gobierno, vengo en disponer lo siguiente:

ARTÍCULO ÚNICO

Los individuos de que se componen las expresadas fuerzas no serán considerados como prisioneros, sino por el contrario, como amigos; y en su consecuencia, se les proveerá, por la capitanía general, de los pases necesarios para que puedan regresar a su patria.

Dado en Tarlak a 30 de junio de 1899.— El presidente de la República, Emilio Aguinaldo.— El secretario de Guerra, Ambrosio Flores

En esas fechas, sin saber que ya habían capitulado, cierta prensa española arrojaba todo tipo de especulaciones y acusaciones tendenciosas contra los defensores de Baler, amparándose en suposiciones, difamaciones y villanía solapada, como la que vertió un columnista, que firmaba como Carlos Ría-Baja, publicado, el día 9 de junio, en *El Nacional,* de Madrid; vuelto a publicar en la revista *Los Dominicales del Libre Pensamiento,* el 22 del mismo mes, ratificado en Barcelona el 13 de julio de 1899, y publicado en un libro del mismo autor editado aquel mismo año. Todas aquellas falsas noticias se publicaban en pequeños cortos, como de relleno, sumergidos por entre las terceras y cuartas páginas de los periódicos. Nunca en una primera página como se debiera haber publicado de ser ciertas la calumnias que en ellos se decía.

Cuando los héroes de Baler llegaron a Manila los recibió una comisión que los alojó en el antiguo edificio de capitanía general (el palacio de Santa Potenciana) y fueron agasajados con numerosas fiestas, regalos y homenajes. Fue en una de aquellas fiestas cuando el teniente coronel Aguilar le dio un abrazo al teniente Martín Cerezo al tiempo que, en son de broma, le decía:

—Y ahora, ¿me reconoce usted?

—Sí, señor —le respondió Martín Cerezo—. Y más me hubiera valido hacerlo en Baler.

El 29 de julio de 1899 embarcaron en el vapor *Alicante* con rumbo a España. Llegaron a Barcelona el día primero de septiembre y allí fueron recibidos por algunas autoridades y curiosos. Pasados

los homenajes, los licenciaron y regresaron a sus casas —algunos incluso mendigando—, en donde muchos de ellos ya habían sido dados por muertos.

Los que fueron llamados Los Últimos de Filipinas o Los Héroes de Baler eran un teniente de infantería, don Saturnino Martín Cerezo; un teniente médico, don Rogelio Vigil Quiñones; dos monjes y treinta y un soldados[9].

* * * * *

—Y esta es la historia que hay en estos papeles y esta es la medalla que le concedieron a Mimanuel.

El silencio se hizo denso y ninguno de los nietos encontraba palabras para romperlo.

—Os ha impresionado, ¿verdad?

—Yo no sabía que había ocurrido todo esto —dijo Daniel.

—Yo sabía algo, pero muy de pasada, y cuando nos lo dijeron en el instituto no le dieron mayor importancia. Tuvo más importancia, para el profesor de Historia, la película *El acorazado Potemkin* —dijo Ana.

—Sí, eso es lo que pasa ahora, que se le da mayor importancia a todo lo foráneo que a lo nuestro —comentó el abuelo—. Pero fijaos en una cosa: esta historia de los Héroes de Baler es un tema clásico que se estudia en las academias militares de casi todo el mundo. En West Point, que es la más prestigiosa academia militar y donde se forman los oficiales del ejército norteamericano, esta historia sirvió como debate para ilustrar hasta dónde se debe llegar, más allá del sufrimiento, en el cumplimiento del deber y de las órdenes recibidas. Los norteamericanos no tienen un Baler; de haberlo tenido estarían orgullosísimos de ello y habrían realizado numerosas películas, como lo hicieron con El Álamo, que no se puede comparar con Baler. Tened en cuenta que cuatro meses después de la salida de los españoles, las fuerzas norteamericanas llegaron, precisamente a Baler, con muchos más efectivos y equipamiento, y que después de un breve asedio, ¡se rindieron a las fuerzas filipinas!

—¡No me digas!

—Lo que estáis oyendo. Escuchad cómo lo cuenta este recorte del periódico *El Heraldo de Madrid*, publicado el 5 de octubre de 1900, que dice así:

LOS NORTEAMERICANOS EN BALER.
UN RECUERDO

Un telegrama de Filipinas da cuenta de que las fuerzas norteamericanas destacadas en Baler se han rendido a los insurrectos.

La rendición de estas fuerzas en el mismo sitio donde un pobre destacamento español, sin municiones, sin víveres, sin esperanza de auxilio, contuvo a una enorme masa de enemigos durante muchos meses, es un contraste consolador para España.

La abnegación espartana de aquel puñado de héroes, casi desnudos, hambrientos, pero indomables, resulta ahora doblemente grande, doblemente hermosa. Baler está consagrado por la sangre de mártires y de héroes, y hazañas como aquella no se repiten, no pueden ostentarlas nación alguna: la orgullosa Norteamérica podrá tener riquezas inmensas, posesiones dilatadas; pero un sitio de Baler no lo tiene, no lo tendrá nunca.

Tras largos meses de ensañada lucha; de resistir las inclemencias y angustias de la fiebre y del hambre; de rechazar vigorosos y terribles ataques, el destacamento español salió de Baler a banderas desplegadas, victorioso, invencible. Era un destacamento de agonizantes, de rostros cadavéricos, de cuerpos devorados por la calentura.

Pero debajo de aquellos uniformes rotos, de aquellos pechos que temblaban con el frío febril, el corazón de la patria latía formidable y entero, capaz, como siempre, de producir asombro al mundo con su valor supremo.

Nos han arrebatado tierras y sangre; justo es que este recuerdo, avivado por la rendición del Baler norteamericano, nos haga volver los ojos, llenos aún por el llanto de la derrota, hacia aquellos hijos que realizaron allí tan bizarra defensa.

Eso no podrán arrebatárselo nunca a España: podrá caer en la desventura, pero sus sitios de Baler la han impuesto y la impondrán en el respeto del mundo.

—Y escuchad lo que Azorín escribió sobre estos héroes:

Duró la defensa 337 días —se escribe eso rápidamente—. No se piensa lo que esos 337 días representan en un local cerrado, infecto, sin víveres, sin ropa, inundados por la lluvia, sin sal, sin agua saludable, sin zapatos, azotados par la epidemia, sin poder

dormir. ¡337 días de ansiedad, de constancia, de heroísmo! ¡Sí, desde Numancia no se ha dado caso tan extraordinario en España!

—Es increíble que de toda esta gesta apenas se conozca nada —dijo Candela.

—Ya sabes: «Roma no paga traidores», ni España paga héroes. En España los valores patrios no son políticamente correctos. En el fondo, nada les daba más miedo a los dirigentes que aquellos héroes que sobrevivieron para contarlo. A los muertos ya nadie los recuerda, pero aquellos treinta y tres…, aquellos Últimos de Filipinas…, eran la denuncia constante de su cobardía, de su ineficacia, y de sus fracasos. Había que enterrarlos en el olvido hasta que se extinguieran sus voces y su recuerdo. Los triunfos tienen muchos padres, pero las derrotas son huérfanas.

En España es más ventajoso ser un ladino pillo emboscado, dorándole la píldora al tonto de turno y sin dar la cara para nada, que el ser leal y tomar iniciativas y decisiones.

Llevaba entonces razón el rey don Amadeo I cuando dijo que este país era una jaula de locos. Esto en cualquier otro país sería recordado con respeto y orgullo. Siento dolor y vergüenza.

—Abuelo, ¿cómo llegaron aquí estas notas de Mimanuel? —preguntó Candela.

—Las trajeron sus compañeros, Luis Cervantes Dato y Francisco Real Yuste, los dos únicos supervivientes murcianos, cuando regresaron a Murcia y se las dieron a su padre; a mi tatarabuelo Andrés, junto con una carta.

—¿Una carta de Mimanuel? ¿Para quién?

—No lo sé, pero Andrés le comentó alguna vez a su hija Candela, que aquella carta la debió escribir Mimanuel sin desear que la misma llegara a su destino. Por lo tanto, no llegó. Mi abuelo Blas insinuó alguna vez que la carta podría ser para Fuensanta o quizás para su hermano Miguel. No se sabrá nunca, porque Andrés, después de un tiempo, la quemó.

—¿Y qué fue de Miguel y de Fuensanta? —preguntó Ana.

—Miguel era un buen encargado y mecánico en una fábrica de hilaturas de seda, en Murcia. No se sabe muy bien por qué lo hizo, pero un día, con una carta de recomendación de su jefe, se marchó con su mujer y su hijo a Tarrasa, a una fábrica de hilaturas de algodón donde Miguel llegó a ser encargado general. Se quedaron a vivir allí.

—¿Entonces esa es la rama lejana de la familia que tenemos en Barcelona? —dijo Ana.

—Efectivamente, esa es.

—¿Cómo es posible que no nos hayan enseñado esta historia? ¿Cómo es posible que en Murcia no haya ningún monumento que recuerde a estos héroes? ¿Cómo una nación, una región, una ciudad, un pueblo, puede tratar así a sus hijos? ¡Nada menos que dos murcianos héroes y supervivientes de Baler! Siento indignación y rabia —volvió a insistir Candela—. ¿Qué fue de ellos?

—Como os he dicho, cuando desembarcaron en Barcelona, los recibieron con algunos honores y halagos, pero después de los aplausos y las fotos, los ignoraron, y al día siguiente fueron licenciados. Varios de ellos tuvieron que vivir de la caridad y mendigar por las calles para poder retornar a su pueblo. Algunos retornos fueron dramáticos, como el del murciano Luis Cervantes Dato que cuando llegó a su casa, en Mula, su familia le llevaba luto porque había sido dado por muerto y… «resucitó». Pidió ser cartero, pero se cansó del oficio. Se casó y tuvo once hijos de los que crecieron seis y, que yo sepa, aún viven dos. Trabajó, esporádicamente, de albañil. No quiso ningún empleo estable; los sufrimientos padecidos en Baler le cambiaron su percepción de la vida. En Mula, su pueblo, apenas se le recuerda.

Francisco Real Yuste, de Cieza, llegó en el tren envuelto en una bandera española y fue recibido con honores y agasajos. El Ayuntamiento le otorgó un donativo de cien pesetas. Solicitó el puesto de vigilante de la huerta que riega la acequia de la Andelma y el cargo le fue concedido cuando se produjo la vacante. Al igual que a todos sus compañeros le correspondió una pensión vitalicia —de siete pesetas con cincuenta céntimos—, pero un malvado funcionario lo engañó, y haciéndole firmar papeles se fue quedando con la paga. Todo se descubrió cuando al fallecer aquel mal funcionario, su sustituto se presentó en casa de Francisco para preguntarle por qué no pasaba a recoger su paga; fue entonces cuando supo que, desde el principio, había tenido derecho a ella. Un Viernes Santo intentó cruzar la calle por delante de las autoridades que presidían la procesión y la policía lo expulsó fuera. Francisco, indignado, se marchó a su casa, se colocó todas sus medallas y volvió a cruzar por la procesión. Cuando intentaron volver a expulsarlo, la autoridad lo impidió y fue invitado a presidir la procesión con ellos.

A muchos otros les han dedicado en sus pueblos, plazas y monumentos, ¡incluso un museo!, pero aquí, en Murcia..., tan sólo una pesada losa de olvido.

—Eso me parece increíble y totalmente surrealista. ¿Qué nos

pasa en Murcia? —se lamentó Candela.

—Se concedieron después dos Laureadas de San Fernando: una al capitán don Enrique de las Morenas y Fossi (a título póstumo) y la otra al teniente don Saturnino Martín Cerezo. Bien está, pero para mí hay pendiente otra Laureada Colectiva para todos los defensores que son los que más la merecieron —comentó el abuelo —. Para ellos hubo medallas pensionadas que sufrieron diversas suertes en los avatares de nuestra última guerra civil, en función del bando donde le cupo la suerte de estar unos u otros. A unos se las quitaron, a otros se las incrementaron, y algunos, en ambos bandos, fueron asesinados.

El abuelo les enseñó los planos que había conseguido reunir, así como viejas fotografías y les cantó una preciosa canción inspirada en aquella gesta: «Yo te diré».

Candela se acercó al abuelo para darle un beso y le preguntó al oído:

—Abuelo, aquella M de la carta que le entregó Tona no era la de Manuel; era la de Miguel ¿verdad?

—Nunca lo sabremos con certeza.

Cuando terminaron de escuchar la canción, todos se marcharon a dormir visiblemente emocionados y en silencio, pero en sus pechos vibraba una mezcla de emoción y de rabia que recordarían siempre. La memoria histórica había prendido en ellos y ya no olvidarían jamás a aquellos hombres; aquellos héroes que fueron llamados Los Últimos de Filipinas.

Notas de la noche 14ª

1Nativos filipinos.

2El beri-beri, es una enfermedad producida por la falta de vitamina B1 y comienza su invasión atacando por los pies. Cuando se manifiesta, hincha las extremidades inferiores con tumefacciones que afectan al sistema nervioso produciendo una parálisis con temblores convulsivos y muy dolorosos. Cuando alcanza ciertos órganos, produce la muerte con terribles dolores.

3Españoles.

4En aquellas fechas aún no se conocían las vitaminas.

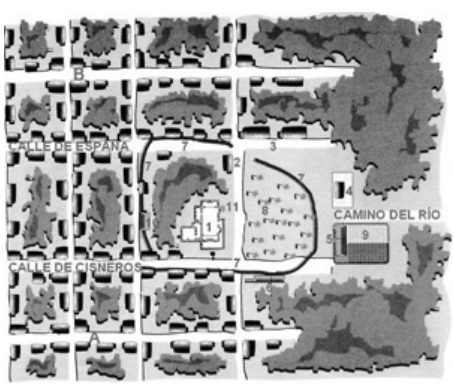
5Por lo que Estados Unidos pagó a España la cantidad de veinte millones de dólares.

6*El sitio de Baler.* 4ª edición de 1946; pág. 147-149. Editorial Biblioteca Nueva.

7Casa filipina.

8Una especie de robusta res, tan apreciada en la isla como nuestros bueyes lo son en España.

9

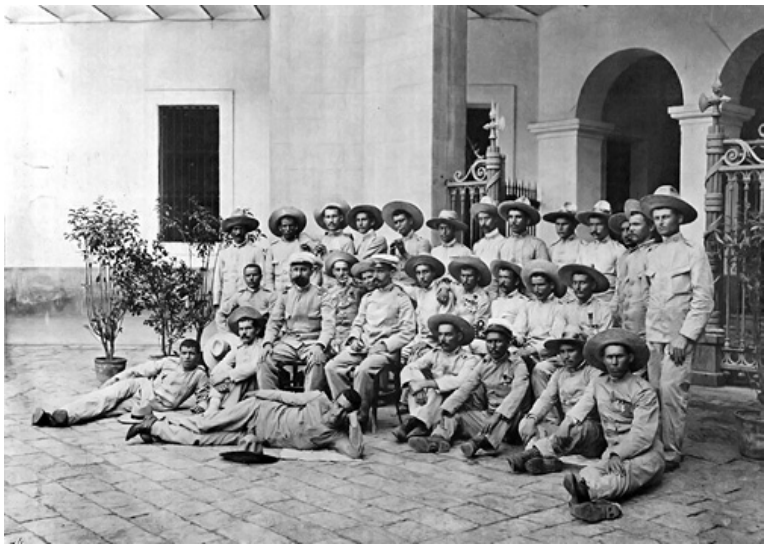


Plano de conjunto del poblado de Baler

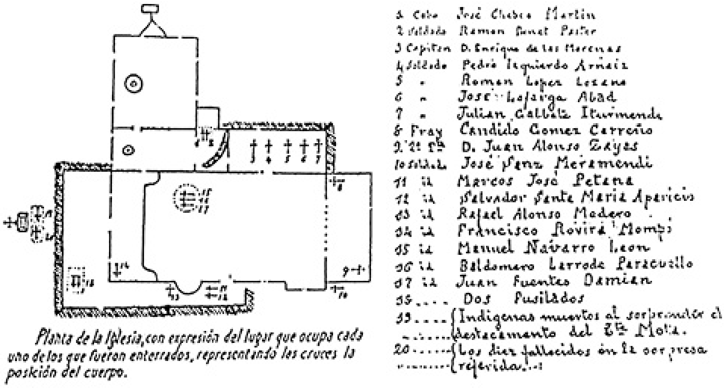
1. Iglesia de Baler
2. Cuartel Guardia Civil
3. Escuelas públicas
4. Casa del maestro Lucio Quezón
5. Comandancia político militar
6. Tribunal
7. Trinchera rebelde
8. Plaza del pueblo con naranjos

9. Terrenos de la comandancia
10. Casa de Hernandez
11. Huerto hecho por los defensores
A. Casa del gobernadorcillo (alcalde)
B. Casa de los cabecillas filipinos

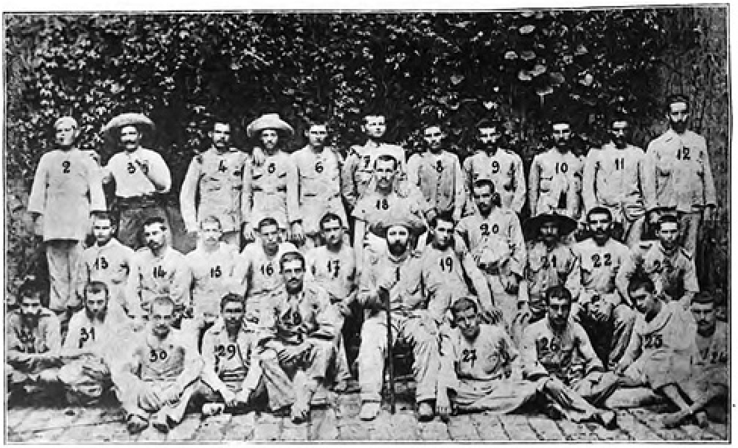
Sección de la iglesia de Baler



Los supervivientes del destacamento de Baler fotografiados el 2 de septiembre de 1899 en el patio del cuartel Jaime I de Barcelona. (Actualmente un campus de la Universidad Pompeu Fabra)



Plano manuscrito realizado por el teniente Saturnino Martín Cerezo con detalle de los enterramientos



Los Héroes de Baler fotografiados en el patio del palacio de Santa Potenciana en Manila

1. Saturnino Martín Cerezo
2. Gregorio Catalán Valero
3. Vicente Pedrosa Carballeda
4. Loreto Gallego García
5. Ramón Buades Tormo
6. Miguel Méndez Expósito
7. José Jiménez Berro
8. Felipe Castillo Castillo
9. José Pineda Turán
10. José Martínez Souto
11. Emilio Fabregat Fabregat
12. Jesús García Quijano

17. Juan Chamizo Lucas
18. Manuel Menor Ortega
19. Marcelo Adrián Obregón
20. Marcos Mateo Conesa
21. Antonio Bauza Fullana
22. José Hernández Arocha
23. Eustaquio Gopar Hernández
24. Santos González Roncal
25. Miguel Pérez Leal
26. José Olivares Conejero
27. Eufemio Sánchez Martínez
28. Ramón Ripollés Cardona

29. Timoteo López Larios
19. Bernardino Sánchez Caínzos
30. Pedro Planas Basagañas
10. Domingo Castro Camarena
35. Pedro Vila Garganté
15. Francisco Real Yuste
36. Ramón Mir Brils
16. Luis Cervantes Dato

Relación de los soldados supervivientes de Baler

Saturnino Martín Cerezo									
Rogelio Vigil de Quiñones									
[illegible]									
[illegible] Guillén									
[illegible] García Quijano									
[illegible] Olivares Conejero									
[illegible] González Roncal									
[illegible]									
[illegible] Hernández Arocha									
[illegible] Cervantes Dato									
[illegible] Menor Orega									
[illegible] Pedrosa Carballeda									
[illegible] Bauza Fullana									
[illegible] Castro Camarena									
[illegible] Hernández									
[illegible] Martínez									
[illegible] Fabregat Fabregat									
[illegible] Castillo									
[illegible] Real Yuste									
[illegible] Codina									
[illegible] Berro									
[illegible] Martínez Santos									
[illegible] Gallego García									
[illegible] Mateo Conesa									
[illegible] Pérez Leal									
[illegible] Hernández Expósito									
[illegible] Vila Garganté									
[illegible] Planas Basagañas									
[illegible] Mir Brils									
[illegible] Boades Tormo									
[illegible] Ripollés Cardona									
[illegible] López Larios									
[illegible] Catalán Valero									
[illegible] Adrián Obregón									
Bernardino Sánchez Caínzos									

Noche 15ª

Aquel día, 29 de agosto de 1995, fue el último que los nietos pasaron en el Rincón de Seca. La abuela les dijo que no hacía falta sacar ningún objeto nuevo del arca; tan sólo la guitarra de Andrés.

Llegó la noche y la luna lucía blanca, grande y plena. La sierra de Carrascoy dibujaba su negra silueta sobre el cielo, como un telón de fondo y, sin más preámbulos, el abuelo comenzó a decir:

—Estamos llegando al final de esta parte de la historia. Según me contó mi abuelo Blas, era el día 7 de octubre del año 1901. Aquella mañana amaneció luminosa y hacía rato que el viejo reloj del comedor había anunciado las nueve campanadas, cuando Andrés se levantó de la cama. ¿Qué necesidad había de madrugar cuando se han escuchado todas las horas que da el reloj, incluso las más tristes y obscuras que anteceden a la salida del sol? Se vistió con lentitud. En su rostro se dibujaba la indiferencia.

Su hija Candela le ayudó a abotonarse la camisa. Desde que le dio aquella embolia, todo su lado derecho le quedó paralizado e inútil.

Candela le hablaba con frases cortas mezcladas con caricias. Andrés apenas podía balbucir algunas pocas palabras; sólo miraba a su hija y dibujaba en sus ojos lo que ella sabía interpretar como una sonrisa cargada de ternura.

—Padre, hace un día precioso, con mucho sol —le dijo Candela —. Le he sacado su mecedora al porche, bajo la parra, entre el sol y la sombra; verá qué bien va a estar ahí. Luego vendrán sus amigos para hacerle compañía. Yo tengo que salir a la tienda y a la botica, pero vuelvo enseguida.

Dándole un beso y colocando una manta sobre las piernas de su padre, se marchó. Andrés contempló cómo aquella hija, a la que tanto quería y que tanto se parecía a Antonia, se alejaba por la senda. Una vez más se lamentó de que ella no hubiese tenido suerte, al enviudar tan joven y sin hijos. Podía haberse vuelto a casar, que pretendientes no le faltaron, pero ella no quiso. Andrés llegó a pensar que lo había hecho solamente para poder cuidar de él; esa duda lo atormentaba.

Don Bernardino, el cura, junto con José, el primo de Antonia, y su amigo Chencho, venían todos los días a terminar la mañana con Andrés y aunque él no hablaba mucho, cuando lo hacía, seguía siendo el «maestro» que siempre había sido y los sorprendía con sus certeras observaciones que no provenían sólo del conocimiento sino de la hondura de una vida profunda y reflexiva.

Mientras esperaba a que ellos llegaran, Andrés, con los ojos entornados, miraba los rayos de sol que jugueteaban por entre los pámpanos de la parra bailando al son de la leve brisa. Las uvas exhalaban un aroma dulzón y, con su color dorado, reclamaban que en pocos días las vendimiaran. Un tenue silencio se extendía por todo el huerto, sólo interrumpido por el intermitente canto de un jilguero que era respondido por otro, menos virtuoso, de una tórtola cercana.

Andrés escuchaba aquellos plácidos sonidos y el del cantarín murmullo del agua de su acequia que siempre lo acompañaba. El sol calentaba su cuerpo y, poco a poco, fue sintiendo un ligero sopor que lo adormecía.

No tardaron en acudir a su memoria los hermosos recuerdos que lo envolvían con imágenes casi tan nítidas como cuando las vivió por primera vez. Eran escenas vividas que llegaban y se marchaban, como por entregas, pero cada vez se le iban incorporando otros viejos recuerdos.

Así le llegó la imagen de cuando conoció a Antonia, aquel día de San Blas en Santa Eulalia. Sonrió al verse tirar la guitarra y como un loco, poseído por el brío de su lozana juventud, se puso a bailar con ella. Tarareó la premonitoria letra de la jota que improvisó en aquel momento:

La moza que está bailando
La moza que está bailando
Tiene algo y no sé qué es
Pero si con ella bailo
Con ella me casaré.

Apartó, avergonzado, el recuerdo de aquel absurdo enfrentamiento cuando conoció a Godo el día del santo de José.

Sonrió recordando cuando, en Los Alcázares, contempló la hermosa visión de Antonia emergiendo del agua con el traje de baño adherido a su cuerpo. Y la pícara imagen de aquella cálida noche de septiembre, en la esperfolla, en la que le robó a Antonia su primer beso haciendo trampa con la mazorca roja que llevaba escondida en la faja… Antonia se puso más roja que la panocha,

pero él notó que ella no le apartó el rostro.

Le llegaron las imágenes de cuando se subastó y ganó aquel baile de inocentes y que habiendo podido bailarlo con Antonia se lo cedió a Gabriel para no humillar más a Godo. Vio lo feliz que se sintieron mientras contemplaban a Gabriel y a Carmen, la Posi, bailando, y a los mayordomos que, haciendo cómicas piruetas a su alrededor, fingían bailar con sus escobas.

También volvieron las imágenes de aquella tarde del 3 de febrero cuando le declaró su amor a Antonia mientras le anudaba al cuello la figurica de san Blas. Con este recuerdo se le dibujó una sonrisa en su rostro.

Sintió ternura al recordar aquella tarde de San José, cuando fue a casa de Antonia a pedir permiso a sus padres para rondar a su hija, y se quedó pasmado en la esquina de la casa. Notó la fuerza y el respaldo de Antonia, que ya nunca le faltó, cuando ella se situó a su lado. Vio el detalle de sus manos estrujando la montera y las de ella retorciendo la punta del delantal, asustada, nerviosa y los ojos puestos en su padre. ¡Qué bien supieron sacarles Juan y Rosa de aquel trance tan embarazoso! ¿Y cuando lo del cigarro… ? ¡Qué cosas hace uno cuando es joven…!

¿Y aquella preciosa tarde de mayo cuando subieron a la torre de la Catedral a escuchar los conjuros?… Allí, con toda Murcia a sus pies y la huerta como testigo, ratificaron su amor con dos besos que quedaron engarzados en las alas de una mariposa.

Aquellos recuerdos eran como escenas que se acercaban desde lejos, lentamente, hasta que se situaban ante él; luego se volvían a alejar hasta perderse y desaparecer, al tiempo que daban paso a otras. Era una sensación extraña; la misma que sintió aquella tarde en la que, sentado en su mecedora, le sobrevino la embolia por la que estuvo a punto de morir y le dejó paralizado el lado derecho. Sabía que soñaba despierto. Sabía que si abría los ojos, aquel dulce encanto desaparecería; por eso no quería abrirlos: temía que aquellos sueños se esfumaran y no los volviera a recobrar.

Recordó cuando se bebió las lágrimas de Antonia con los besos que se dieron la tarde en que se marchaba a Cuba.

Llegó después la imagen de Cachita. Su recuerdo siempre le produjo tristeza. Nunca la olvidó.

El recuerdo de sus amigos: Pedro, Requena, Aranzadi… «Qué extraño —pensó—. Son imágenes de seres queridos que no están aquí. Quizás me dicen que ya se han ido para siempre».

Continuó su visión recordando la entrada de Antonia en la iglesia, el día de su boda. «¡Tal día como hoy, un 7 de octubre! —

pensó—, con aquel vestido de seda de color palo de rosa… ¡Qué guapa estaba!». Y aquellas palabras tan sentidas y tan sinceras que su suegro Juan le dijo, ante el altar, al cederle el brazo de su hija:

Ante Dios y ante los hombres, como esposa, te la entrego
y ante Dios y ante los hombres, como hijo, te recibo

Y también aquella noche de amor en su barraca, y las sucesivas en los Baños de Mula, y en Caravaca de la Cruz, cuando, entre abrazos y caricias, hasta sus sombras se fundieron en una.

Andrés tosió varias veces y sintió un fuerte dolor en el cuello y en el pecho… El corazón le dio un fuerte vuelco…

De pronto se produjo una gran luz. Una luz, esplendente y cegadora, lo iluminó todo en él y comenzaron a perfilarse borrosas imágenes que se le acercaban. Eran numerosas siluetas, blancas y brillantes, con forma humana. Sintió una paz inmensa.

Una figura de mujer se adelantó y se interpuso entre él y la cegadora luz…; era la imagen de Antonia. Andrés quedó perplejo; ¡igual que aquel día, cuando le dio la embolia!… pero esta vez la imagen lo tomó de la mano y le dijo:

—Ven conmigo, amado mío.

Otra figura de hombre se fue acercando hacia él: «¡Sí, parece un soldado… ! Un soldado con el uniforme de rayadillo… y viene sonriendo… ¡Sí, es mi hijo Manuel!… ¡Es Mimanuel!».

Mimanuel le puso la mano en el hombro y le dijo suavemente:

—¡Ea, padre, vámonos! Ya ha cumplido usted con su misión.

Dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

Al fondo, una multitud de gente lo estaba contemplando. Todos sonreían.

De entre ellos, se le acercaron dos figuras hasta que pudo ver con claridad sus rostros…: «¡Es mi padre… !». A su lado, una mujer que no conocía le tendía amorosamente las manos: «¡Dios mío, ¿acaso mi madre?! Sí, la recuerdo… es la imagen que vi en mis sueños, la que me acariciaba la frente cuando estuve enfermo con el mal de ojo en la barraca de Tona». La mujer se le acercó, lo tomó de la otra mano y le dijo:

—Hijo mío.

«¡Cuántas personas han pasado por mi vida amándome!», pensó Andrés.

Todos ellos iban vestidos con resplandecientes túnicas blancas y se abrían paso a través de los pámpanos de la vieja parra cuyas hojas se apartaban impulsadas por su hálito.

Se escucharon entonces unas voces que gritaban nerviosas:

—¡Andrés, Andrés… ¿Qué te pasa?! —Era la voz de don Bernardino.

—¡Andrés, despierta…, joder, despierta! ¡No me asustes! —exclamaba José.

—¡Don Bernardino, haga usted algo, relecha! Haga algo, por el amor de Dios. ¡Coooño, haga usted algo, que se nos está yendo…! —gritaba, nervioso, Chencho.

—¡No puede ser! ¡Si se está riendo… y… si está llorando…! ¡Si está caliente! ¡No puede ser!

Andrés volvió un instante su mirada atrás y se vio a sí mismo, sentado en aquella mecedora y, alrededor, a sus amigos que gritaban y gesticulaban enloquecidos. No sintió deseos de regresar… y, elevándose, se marchó. Lo estaban esperando.

Únicamente don Bernardino comprendió lo que estaba ocurriendo. Miró hacia el cielo pero sólo llegó a ver que unas hojas de la parra se agitaban sin que las moviera el viento. Con una sonrisa en los labios trazó una bendición y dijo:

—Hasta la vista, amigo mío.

A José y a Chencho, que no paraban de moverse tratando de reanimar el cuerpo de Andrés, les dijo:

—No os molestéis. Andrés se nos ha ido. Ya no está aquí.

Tona, la Camporra no dejó que nadie entrara en la habitación donde estaba el cuerpo de Andrés hasta que ella salió. Hizo bien su trabajo. Nunca nadie había visto a Tona llorar. Dicen que cuando murió Antonia alguien le vio una lágrima, pero lo cierto es que, cuando salió de arreglar a Andrés, sus ojos los tenía rojos y húmedos: eso sí lo vieron todos.

Candela fue dejando la casa a semioscuras con las ventanas casi cerradas, las cortinas echadas, y la puerta de entrada con tan sólo una de sus hojas entornada. Todos los espejos y los cuadros de la casa fueron tapados con un paño o vueltos hacia la pared.

Por todas la casa se extendió una tibia fragancia: la del perfume de Antonia, Áurea.

Las mujeres rezaban el rosario y la guía del rezo la llevaba un niño de siete años. Todos se maravillaban que un niño pudiera llevar las cuentas del rosario y las letanías en latín. El niño era Blas, un nieto de Andrés.

Los hombres, fumando en la calle, comentaban sobre su muerte, y de que allí estaban todos reunidos. Nunca se había visto otro velatorio igual en el pueblo.

Llegó la noche y con ella vino la campana de Auroros al completo, con Modesto, su hermano mayor, al frente. Formaron dos

corros, apretados y concéntricos, junto a la ventana de la habitación donde estaba el cuerpo de Andrés. El farol se colocó en el centro y el estandarte de la Virgen del Rosario apoyado en la ventana. Todos callaron: se hizo el silencio.

Modesto pidió permiso formulando la consabida pregunta: «Aquí, ¿se canta, o se reza?». Pero aquella vez no esperó la respuesta. Modesto se contestó a sí mismo y levantando la voz dijo:

—En memoria de nuestro hermano Andrés y por el eterno descanso de su alma, aquí… ¡se canta!

La campana dio la entrada con un tañido y aquellos recios hombres, poniendo lo mejor de sus voces, cantaron la salve de difuntos:

Salve Reina de los cielos
Madre de los pecadores,
aquí tenéis al difunto (Andrés)
que aguarda vuestros favores.
Madre por vuestros dolores,
por vuestra piedad inmensa,
que no se pierda esta alma
que tanto a tu Hijo le cuesta.
Amadísima María,
agárralo de la mano
y llévalo a la presencia
de tu Hijo soberano.
Para que le des la cuenta
de todos cuantos pecados
ha cometido en el mundo
que le sean perdonados.
«Dale la gloria Hijo mío
no le detengáis los pasos
para que cante victoria
con los bienaventurados».
Con los bienaventurados…

Terminada la salve, Modesto rezó un padrenuestro y un avemaría y volviéndose dijo a los presentes:

—Que el alma de nuestro hermano Andrés, y las benditas ánimas del purgatorio, descansen en paz. ¡Amén!

—¡Amén! —respondieron todos.

Casi todas las mujeres, y muchos de aquellos fornidos huertanos, se secaban las lágrimas. Las unas con los pañuelos negros de la cabeza, o con una punta del delantal; los otros a sorbetones, con el

dorso de sus rudas manos, o con sus moqueros de cuadros blancos y azules.

La tarde siguiente lo llevaron a hombros desde su casa hasta la iglesia. Todos los hombres quisieron hacerse un hueco para portar el féretro.

La misa fue muy sentida y la iglesia estaba a rebosar. Hubo que abrir las puertas de la calle porque no cabía un alma: como ocurrió en el día de su boda.

La homilía versó sobre la Resurrección según el Evangelio de san Lucas (Lc 24, 4-6), cuando las mujeres fueron al sepulcro y lo encontraron vacío, y apareciéndoseles dos ángeles les dijeron:

¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? No está aquí, ha resucitado.

Don Bernardino les dijo que Andrés no se había ido, tan sólo se había transformado, y que siempre estaría allí con ellos. Únicamente su sombra se había marchado.

Les hizo ver que cuando hay un hombre de bien, el bien se manifiesta y se hace presente en toda su casa y alcanza a todo su pueblo.

Por último leyó un salmo de la Biblia, —el que tanto le gustaba a Andrés y le decía a su mujer, Antonia, que todo el mundo debería conocer—.

Se trataba del salmo nº 1:

¡Dichoso el hombre
que no sigue el consejo de los impíos,
ni en la senda de los pecadores se detiene,
ni en el banco de los burlones se sienta
mas se complace en la ley de Yahveh,
su ley susurra día y noche!
Es como un árbol plantado
junto a corrientes de agua,
que da a su tiempo el fruto
y jamás se amustia su follaje;
todo lo que hace le sale bien.
¡No así los impíos, no así!
Que ellos son como paja que se lleva el viento.
Por eso, no resistirán en el Juicio los impíos,
ni los pecadores en la comunidad de los justos.

Porque Yahveh conoce el camino de los justos,
pero el camino de los impíos se pierde.

—Este salmo se ha cumplido en Andrés —dijo finalmente don Bernardino.

La gente dio un emocionado aplauso y abrazaban a los hijos y a los nietos de Andrés.

Lo llevaron a hombros y le quisieron dar una vuelta por todo el pueblo, antes de ir al cementerio, como una despedida.

Nada más salir de la iglesia, al pasar por la puerta de la casa de Godo, salió este de entre la gente y poniéndose delante de todos levantó la mano pidiendo a los porteadores que pararan un momento. Así lo hicieron. Se produjo un silencio expectante y acercándose lentamente puso la mano sobre los pies del féretro y con voz alta y clara, como nunca antes había hablado, dijo:

—Andrés, amigo, te pido perdón.

Se produjo un murmullo de sorpresa y admiración. Godo se apartó a un lado y el cortejo continuó su camino. Cuando los hijos de Andrés pasaron junto a él, le hicieron un gesto de aprobación y asentimiento con la cabeza.

En aquel mismo instante, la campana grande de la iglesia del Rincón de Seca, la Santa Ana, dio un fuerte tañido. Todos miraron hacia arriba, hacia la campana, pero… no vieron a nadie.

Unos dijeron que esa había sido la particular manera de despedirse Andrés, dejando un mensaje de unión y reconciliación para todo el pueblo, aunque con el tiempo, se extendió la versión de que Andrés inspiró a Tona, la Camporra, para que ella lo hiciese así. Pero de lo que hasta ahora nadie se ha dado cuenta es, que Tona, la Camporra, ya tenía más de ochenta años y no podía subir las escaleras de la torre.

¿Quién ha dicho que las campanas no hablan?

EPÍLOGO

Diecisiete años después

Eran las diez de la noche cuando entré en mi apartamento y el teléfono sonaba. Dejé que continuara insistiendo antes de responder a sus llamadas. Intuí una mala noticia.

—¿Dígame?

—¿Candela?

—Sí, mamá, ¿qué pasa?

—El abuelo…

La voz de mi madre se escuchaba llorosa y entrecortada.

Tenía que ser así.

Mi abuelo Manuel se quedó dormido en el porche y ya no despertó: su vieja mecedora dejó de mecerse.

Cuando entramos al cementerio la tarde se desplomaba y un sol cobrizo languidecía tamizándose por entre los cipreses, arrancando reflejos púrpura sobre las lápidas de mármol esculpidas con «recuerdos» y «no te olvidos» que ya casi nadie recordaba. Una desapacible brisa vagaba por entre el bosque de las erguidas cruces expeliendo a su paso olores a crisantemo seco y al aceite quemado de las lamparillas.

La puerta de hierro del panteón se abrió con lastimero chirrido y en su cerradura, y por entre los goznes, se marcaban las lágrimas secas del robín. El silencio del interior tan sólo era turbado por los mínimos golpes de los sepultureros, mientras que, en el exterior, el agudo tañido de una monocorde campana marcaba la entrada a las rítmicas voces de los Auroros entonando la salve de ánimas. En el centro de ellos: el farol que ilumina el camino a las almas de los hermanos fallecidos; y en lo alto: el amparo del estandarte de la Virgen del Carmen.

Cuando abandonábamos el cementerio, un concierto de cipreses nos acompañó con susurros de despedida y adioses.

La abuela Isabel no consintió que nada de la casa se tocara, ni que cambiara de lugar; todo debía quedar como cuando estaba el abuelo. También había decidido que ella se quedaba a vivir en

aquella casa de la huerta.

Fuensanta me acompañó hasta la que había sido mi habitación. Al entrar en el dormitorio, acaricié con la mirada los ordenados objetos que, en silencio, me remitían a tiempos pretéritos y me hablaban, sin reproches, de historias sencillas con escasa retórica: cuentos, libros, muñecos, fotografías… Fuensanta me observaba desde el quicio de la puerta.

—El abuelo siempre quiso que esta habitación estuviese dispuesta para ti. Decía que tú regresarías, al igual que regresaban sus vencejos.

Por primera vez, mis ojos se cuajaron de lágrimas y, falta de apoyo y de fuerzas, me volví hacia Fuensanta fundiéndome en su abrazo.

A la mañana siguiente la abuela se levantó y fue ordenando el desayuno de los que aquella noche nos habíamos quedado en la casa. Un delicioso olor a chocolate y a paparajotes impregnaba el aire desde la cocina.

El día fue transcurriendo y, conforme habían venido, todos se fueron marchando. La abuela me preguntó si podía quedarme con ella unos días. Fue entonces cuando percibí un brillo triste y cansino en su mirada. Le respondí que sí y ella me entregó un sobre cerrado en el que, con pulcra caligrafía, ponía: «Para mi nieta Candela». Era una carta de mi abuelo Manuel.

La abuela me dejó a solas y pidió que me sentase en su mecedora: allí abrí el sobre. Después de leer la carta la doblé con cuidado, dejé las gafas sobre la mesa y entornando mis vidriados ojos los acomodé a la claridad que iluminaba el paisaje fuera del porche. Las hojas de los limoneros brillaban con tenues destellos mientras que unos trémulos rayos de sol jugaban por entre los pámpanos de la vieja parra; sus sombras habían abandonado el suelo y, trepando por las paredes, se dibujaban a sí mismo formando un mosaico que pululaba como con vida propia. La tarde de otoño languidecía derramándose con voluptuosa placidez, mientras que un respetuoso silencio se extendía sobre la huerta contemplando el ocaso.

En aquella casa siempre había percibido buenas sensaciones. Parecía como si los espíritus de los que allí habitaron aún permaneciesen en ella y se alegrasen al verme. A veces, las cortinas se movían suavemente, sin que ninguna brisa justificase el hacerlo, como si algún ser invisible pasara por su lado. Las fotografías colgadas de las paredes sonreían y me seguían con su mirada. En el fondo de los espejos se insinuaban, por entre las viejas manchas,

tenues imágenes que parecían sombras moviéndose con juguetona complicidad. De vez en cuando, se escuchan traviesas y cantarinas risas al abrir las puertas de algún armario, como cuando se sorprende a un niño en el juego del escondite. Un aroma a membrillos se ocultaba por entre las ropas de cama cuidadosamente guardada en los cajones de las cómodas. Todo ello no me producía temor alguno, al contrario, me sentía feliz y segura en aquella casa.

Telefoneé a mi editor y le conté la razón de mi estancia en Murcia y la decisión de quedarme, durante dos semanas, para hacer la última corrección de mi novela *El murmullo del tiempo,* en el mismo lugar donde se gestó.

Pasé allí otras quince noches.

El reloj de la estación de Murcia del Carmen marcaba las 17,43 del día 20 de noviembre de 2011, cuando el tren Altaria que me retornaba a Madrid inició su marcha.

Un minuto más tarde, unos pitidos de «atención al tren» prevenía de su cruce por Nonduermas y mis ojos agudizaron la vista intuyendo la cercanía del Rincón de Seca: la plaza, la iglesia, el huerto, la casa de los abuelos… Atrás fueron quedando.

El sol otoñal apuraba su descenso tras la sierra de Carrascoy mientras que, de forma oblicua, se despedía de los huertos tiñéndolos de verde y oro. Conforme el tren avanzaba, la fértil huerta se iba diluyendo a la par que un árido campo le arrebataba el paisaje.

Sobre la ventanilla se dibujaba el rápido subir y bajar de una catenaria colgada de postes que acuchillaban mi mirada mientras que un coche, circulando por la cercana carretera, iba compitiendo en velocidad hasta que la divergencia nos separó.

Como reflejándose sobre el cristal de la ventanilla, regresaron a mí los recuerdos y las imágenes de aquella otra tarde, de finales de agosto de 1995, cuando mi abuelo Manuel me despedía en aquella misma estación.

* * * * *

—Abuelo, son muchos los objetos que aún han quedado dentro del arca. La historia de anoche fue muy triste, pero es la más hermosa que jamás he escuchado.

—Sí, y aún quedan más. Sólo has conocido el principio de la historia.

—¿Te importa si escribo sobre lo que hemos vivido estos días?

—En absoluto, Candela: esta historia es la tuya; puedes hacer lo

que quieras siempre que seas fiel a ella. Si quieres escribir, aún hay muchas cosas que contar, sobre lo que vivió nuestra familia. Pregúntame, yo te iré diciendo.

—Pero yo estoy en Madrid. No estaré aquí para mostrarte los objetos que quedan en el arca.

—No importa, te lo contaré igualmente. Hubo muchos acontecimientos en nuestra familia que se vivieron con distinta suerte: la guerra de África; la dictadura de Primo de Rivera; la República; la Guerra Civil, que la sufrimos en los dos bandos; la Segunda Guerra Mundial, con la División Azul, en la que también participaron familiares muy cercanos. Hay más cosas que contar. Mucho se ha escrito sobre esas historias, pero poco sobre cómo se vivió, en directo, en primera persona, con sus nombres y apellidos.

—¿Me escribirás contándome todo eso?

—Así lo haré, si así lo deseas. Además, el arca siempre estará aquí esperándote. Tú también tendrás que depositar en ella algún objeto, y dejar un testimonio, para los que te sucedan.

—Lo deseo muchísimo. Siento la necesidad de escribir y recuperar esta parte de nuestra historia. Ahora que lo sé, escucho dentro de mí las voces de las mudas campanas de la torre de la Catedral y sus conjuros; las de los cantos de los mayos; las de los inocentes; y las de los soldados de Cuba y los Héroes de Baler; y… Ya no puedo pasear por Murcia sin escuchar esas voces que, junto con las de los hombres y mujeres que nos precedieron, se mezclan con el rumor de la gente de ahora. Ni andar por las calles y jardines sin evocar sus nombres, sin oír sus pisadas sobre las mismas baldosas que yo piso, solapando mi sombra sobre sus sombras. Siento que todos ellos están presentes, junto a mí, y me instan a que escriba. Oigo cómo, con la voz del silencio, me gritan y me apremian: «¡Escribe, Candela, escribe! ¡Sé fiel a nuestra historia y a las tradiciones que os hemos dejado! No permitas que ellas se pierdan, porque si se pierden, nosotros habremos desaparecido para siempre y todo el legado recibido, y que os hemos transmitido, habrá sido estéril…». y siento la obligación de hacerlo. La otra noche, cuando me enseñabas a escuchar los sonidos de la huerta, me hablaste del lastimoso quejido del limonero encogiéndose por el frescor de la noche. Del alegre zumbido de un alpicoz que, dando un estirón, se enroscaba en un nuevo bucle. De las tiernas palabras con las que nos hablaba la acequia con su susurro… Yo percibí, además, un sonido mucho más sutil, más hondo; venía como del fondo de la tierra, de las raíces de los limoneros: era el eco del monótono lamento del bordón de la guitarra de Andrés que, cuando

tú la afinabas la primera noche, ya me habló. Sonó especialmente para mí; me quería decir algo que no supe entonces adivinar. Lo volví a escuchar la noche en la que cantaste el mayo; fue desde la guitarra de Andrés y no desde la guitarra de Antón. Volvió a hablarme cuando nos cantaste la canción *Yo te diré* de los Últimos de Filipinas. Me lo decía a mí y sólo a mí. Ese sonido, esa voz, la volví a escuchar anoche, cuando terminaste de contarnos el último relato. Ya no sonó solamente en mis oídos: aquel bordón resonó en mi corazón y sé que nunca podré dejar de escucharlo, porque ese bordón es el cordón umbilical que me une a nuestra historia; a nuestra tierra. Ese sonido es el murmullo del tiempo…

Después, aquel tren se puso en marcha y nuestras miradas se abrazaron en el aire. Con la mano sobre el cristal de la ventanilla acaricié la imagen de mi abuelo hasta que su alargada sombra se extinguió.

Pasadas unas semanas recibí un paquete. Contenía unas carpetas con folios escritos y una guitarra —la guitarra rajada de Andrés—, junto con una nota que decía:

Querida nieta Candela:

Continúa escribiendo mientras esta guitarra te hable con el vibrar de sus cuerdas. Ella te ha elegido a ti.

Si algún día dejas de escuchar su voz, la devolverás al arca, donde debe permanecer guardada, hasta que a otro le vuelva a hablar.

Aún me sigue hablando.

El tiempo pasará, pero ellos continuarán entre nosotros mientras la sombra de su memoria perdure y alguien los recuerde.

Esta novela se terminó de escribir en Murcia, los días 2 y 3 de febrero de 2012, festividad de Ntra. Sra. de Candelaria y de San Blas. El mismo día que comienza la historia.

Adenda

TRÁNSITO DE ANDRÉS MARÍN, PATRIARCA HUERTANO, CON ACOMPAÑAMIENTO DE RONDALLA Y LA CAMPANA DE AUROROS DEL RINCÓN DE SECA

A Manuel E. Mira

A través de los pámpanos de la vieja parra
cuyas hojas se apartan impulsadas por su hálito,
aparecen. La imagen bienamada de Antonia,
la esposa; la tan querida imagen de Mimanuel,
el pequeño desaparecido en Filipinas
donde fue como soldado, que le habla…
Envueltas en la misma cegadora luz
se acercan las siluetas de Fuensanta y Miguel;
de José, de Chencho, Modesto, Cachita, don Bernardino,
Candela, Ñin Parra, Tona la Camporra,
y tantas otras de aquellos todavía aquí.

«¡Cuántas personas han pasado por mi vida
amándome!», suspira el moribundo, atento
al murmullo de la cercana acequia y su música
escondida que convoca la memoria, el alma
de lo que fue una vez: los destinos. Nuestras
vidas son las corrientes que se pierden
antes de llegar a una desembocadura cierta.
¿Quién ha dicho que las campanas no hablan?
La Santa Ana, la campana grande de la iglesia,
da un fuerte tañido inesperado. Los presentes,
alzada la vista al campanario a nadie ven.

SOREN PEÑALVER

MUSEO RAMÓN GAYA, Murcia, 26 de mayo de 2014.
Día de la presentación de la novela El murmullo del tiempo.

AGRADECIMIENTOS

- A Marili (Emilia Bernal), que fue la primera que leyó el borrador de esta obra y que con sus consejos, y sincera opinión, me motivo para terminarla.
- A mi esposa, María Dolores Sánchez Rosillo, por su amor, su apoyo, su ánimo y sus largas horas de corrección. Vital es ella para mí.
- A mi hija mayor, Celia, que fue la segunda persona en emocionarse con su lectura. Con la limpieza de sus ojos, y de su corazón, captó el mensaje y me insufló el ánimo.
- A todos mis hijos —Elvira, Rebeca, Manuel, Pablo, María, Sara, Giovanni, Juanvi, Fuensanta y Vania—, que con sus palabras y sus silencios han contribuido a ella.
- A los hermanos de mi comunidad, porque de algunos de ellos he tomado prestado leves semblantes para los personajes de esta novela: Juan, Rosa, Ñin, Teresa, Luisi, Ángel, Ana Mari, Encarnita, Modesto…
- A Soren Peñalver y a Manolo Fernández-Delgado porque sin el apoyo entusiasta y decidido del primero, y sin la ayuda y mediación del segundo, no hubiese sido posible que esta novela viese la luz.
- A mi alcalde, el Ilmo. Sr. D. Miguel Ángel Cámara Botía, y al concejal de Cultura D. Rafael Gómez Carrasco, por su ayuda y ofrecimiento incondicional.
- A mi Colegio Oficial de Ingenieros Técnico Industriales, en la persona de su decano D. Alfonso R. García López, por su apoyo y generosa colaboración.
- A Cristina Rodiel, que con su lectura, corrección, y comentarios, tanto me ha ayudado.
- A la última campanera que tocó los conjuros en Murcia: Angelita Lechuga Sánchez.
- A los historiadores y estudiosos de Murcia: José Crespo; Antonio de los Reyes; Ginés García Martínez; Juan Torres Fontes; Antonio Pérez Crespo; Carlos Valcárcel Mavor; Enrique Máximo; José Antonio Melgares; Antonio Botías; Carmelo López García y María Loreto López Martínez… (por nombrar sólo a algunos y sin olvidar a ninguno) porque son ellos los verdaderos padres de esta

novela. Yo, con sus tramas y urdimbres, sólo he tenido que ir tejiendo y mal hilvanando una historia creíble.

- A los periodistas y escritores que nos precedieron y dejaron entre nosotros fiel constancia de su amor a Murcia y de su memoria, para que la nuestra no flaquee.
- A mi familia y a mis amigos, que desde que supieron de la gestación de esta novela me han estado animando con su sincero interés en leerla.

A todos ellos mi agradecimiento.

Personajes

Personajes de ficción

- [illegible] «[illegible]porra»
- [illegible] Caballero Lopez-
- [illegible]
- [illegible]
- [illegible] Madrigal
- [illegible] «Belenes»
- [illegible]
- [illegible]
- [illegible]
- [illegible] Parra
- [illegible] Torre
- [illegible] «La Manchega»
- [illegible] «Justo»
- [illegible] Parra
- [illegible] Cerdan
- [illegible] o, el de Elche
- [illegible] Parientes:
- [illegible] Parra
- [illegible] Crn. Sandoval
- [illegible] Rebollo
- [illegible] Cabrera
- [illegible] «Torrao»
- [illegible] «Barquero»
- [illegible] Victorias
- [illegible] Marín
- [illegible] (cura)
- [illegible] «Posi»
- [illegible]
- [illegible] Cavas
- [illegible] Marín,
- «[illegible]manuel»
- [illegible] de los Cobos
- [illegible]
- [illegible] Briones
- [illegible] Sálas
- Diego

Personajes reales que intervienen o se citan:

- Rey Alfonso XII [illegible]
- [illegible]
- [illegible]
- [illegible] (concejal)
- [illegible]
- [illegible]
- [illegible]
- [illegible]
- [illegible] de Sebaste
- [illegible]
- [illegible] Albornoz
- [illegible] de San
- [illegible]
- [illegible] Cadalso y
- [illegible] de Belluga
- [illegible] Borrell
- [illegible]
- [illegible]
- [illegible]
- [illegible]
- [illegible] Ruiz
- [illegible]
- [illegible] Carrasco
- [illegible]
- [illegible] (cura)
- [illegible] Serrano
- [illegible]
- [illegible]
- [illegible] Grant
- [illegible]
- [illegible]
- [illegible] Aguas
- [illegible] Tornel
- [illegible]
- [illegible]
- [illegible]
- [illegible] Hernández
- [illegible]
- [illegible] Bazán
- [illegible]
- [illegible] Baquero
- [illegible]
- [illegible] Daudet
- [illegible]
- [illegible]
- [illegible]
- [illegible]

- Ruiz Zorrilla / Gutiérrez
- Antonio Fernández / Sarah Bernhardt
- Alm. George Dewey / Ángel G
- Alm. Patricio Montojo / Manzano Ayala
- Gral. Pérez de Molins / Gymnopédies
- Jeant Paul Laurens
- Latour

Héroes de baler:

Sobrevivientes

- Ten. Saturnino Martín Cerezo / Sol. Felipe Castillo Castillo
- Ten. Rogelio Vigil de Quiñones / Sol. Francisco Real Yuste
- Fray Félix Minaya / Sol. José Pineda Turán
- Fray Juan López Guillén / Sol. José Jiménez Berro
- Cab. Jesús García Quijano / Sol. José Martínez Souto
- Cab. José Olivares Conejero / Sol. Loreto Gallego García
- Corneta Santos González Roncal / Sol. Marcos Mateo Cabeza
- Sol. Miguel Pérez Leal / Sol. Juan Chamizo Lucas
- Sol. José Hernández Arocha / Sol. Miguel Méndez Expósito
- Sol. Pedro Vila Garganté / Sol. Luis Cervantes Dato
- Sol. Pedro Planas Basagañas / Sol. Manuel Menor Ortega
- Sol. Vicente Pedrosa Carballeda / Sol. Ramón Mir Brils
- Sol. Antonio Bauza Fullana / Sol. Ramón Boades Tormo
- Sol. Ramón Ripollés Cardona / Sol. Domingo Castro Camarena
- Sol. Eustaquio Gopar Hernández / Sol. Timoteo López Larios
- Sol. Eufemio Sánchez Martínez / Sol. Gregorio Catalán Valero
- Sol. Marcelo Adrián Obregón / Sol. Emilio Fabregat Fabregat
- Sol. Bernardino Sánchez Caínzos

Muertos

- Cap. Enrique de las Morenas y Fossi † / Sol. Juan Fuentes Damián †
- Ten. Juan Alonso Zayas † / Sol. Baldomero Larrode Paracuellos †
- Sol. Manuel Navarro León † / Sol. José Sanz Meramendi †
- Sol. Pedro Izquierdo Arnáiz † / Sol. Julián Galvete Iturmendi †
- Fray Cándido Gómez Carreño † / Sol. Rafael Alonso Mederos †
- Sol. Francisco Rovira Mompó † / Sol. Marcos José Petana †
- Sol. José Chaves Martín † / Sol. José Sanz Meramendi †
- Sol. Salvador Santa María Aparicio † / Sol. Ramón Donat Pastor †
- Sol. Antonio Menache Sánchez † / Sol. José Lafarga Abad †
- Cab. Vicente González Toca † / Sol. Ramón López Lozano †

Desertores

- Cab. Alfonso Sus Fojas / Sol. Felipe Herrero López
- Sol. Félix García Torres / Sol. Tomás Paladio Paredes
- Sol. Jaime Caldentey Nadal / Sol. Felipe Herrero López
- Sol. José Alcaide Bayona / Sol. Félix García Torres

Otros de baler

- Fray Mariano Gil Atienza / Gen. Diego de los Ríos
- Cap. Francisco Díaz navarro / Ten. Belloto
- Ten./Cor. Simón Tecson / Pdt. Emilio Aguinaldo
- Cdt. Nemesio Bartolomé / Pdt. McKinley
- Cap. Francisco T. Ponce / Cap. Miguel Olmedo
- Alm. Charles Stillman Sperry / Gen. Calixto Villacorta

- Ten. Dupuy de Lome
- Gen. Tiño
- Carlos Ría Bajo
- Ten. Jaques de Gilmore
- Arcón
- Carlos Ría Bajo
- Cristóbal Aguilar y Castañeda

Edición en formato digital: 2016

Acuarela de la portada: Pedro Serna
Fotografía del autor: Juan Ballester
Ilustraciones del libro: sus autores

© Manuel E. Mira Sánchez
© Algaida Editores, 2016
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
algaida@algaida.es

ISBN ebook: 978-84-9067-468-0

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA

www.literaria.algaida.es